





OFFICE OF THE ADJUTANT GENERAL
WASHINGTON, D. C. 20315

BUEN SENTIDO

DE FE

UNITED STATES OF AMERICA
DEPARTMENT OF THE ARMY
WASHINGTON, D. C. 20315



OFFICE OF THE ADJUTANT GENERAL
WASHINGTON, D. C. 20315

BT771

C3

V. 1

UNITED STATES OF AMERICA
DEPARTMENT OF THE ARMY
WASHINGTON, D. C. 20315

UNITED STATES OF AMERICA
DEPARTMENT OF THE ARMY
WASHINGTON, D. C. 20315

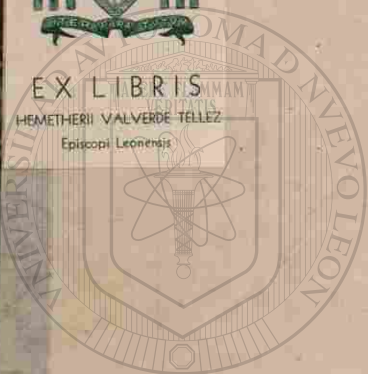


1080015110

EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

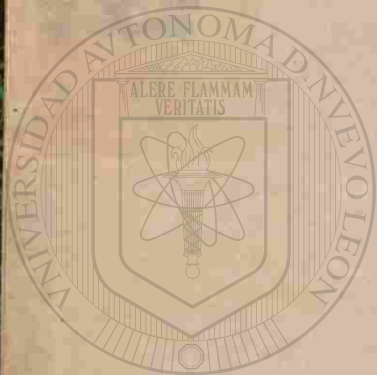
Episcopi Leonensis



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



EL
BUEN SENTIDO DE LA FÉ.

TOMO I.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

26
234.2

C



EL BUEN SENTIDO

DE LA FE,

EXPUERTO EN CONTESTACION A LAS OBRAS FILOSÓFICAS
Y CIENTÍFICAS DEL D.F.A.

POR EL R. P. CAUSSETTE.

VICARIO GENERAL, DEFENSOR DE LOS SACERDOTES DEL SACRADO ORDEANADO DE TIERRA

VERSION CASTELLANA

Del Dr. Cayetano Vidal y de Valenciano.

Clásico, por oposición, en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad
de Burdeos, Licenciado en Derecho Civil y Criminológico.

CON UN PRÓLOGO-CENSURA

Del I. Sr. D. Buenaventura Ribes y Quintana,

Prebitero, Doctor en Teología, en Jurisprudencia, y Canónigo
de la Santa Iglesia de Saragosa.

Es indispensable acompañar
esta obra con su número.
Alfonso X, Ley II, Cap. XII



PRIMERA PARTE.
LA AFIRMACIÓN.

MEXICO.
IMPRENTA DE J. A. BARBEDILLO Y CA.
MONTEALEGRE NUM. 15.

1989.



BT 771

C3

v.1



Edición de la "Voz de México."



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLO

PRÓLOGO-CENSURA.

M. I. Sr.

Un escritor de talento más agudo que vasto, en un libro más bien escrito que bien pensado, consignó una verdad, cuya trascendencia en el terreno ortodoxo, no compensa los sinsabores que ha causado en el corazón de nuestra Santa Madre la Iglesia, por sus temerarias y obstinadas negaciones, en todo lo que mira al orden sobrenatural; pero verdad que es una confesión, cuyo alcance él mismo no comprendía tal vez, por que es la negación de todas sus negaciones. «Solo el catolicismo, dice, tiene el privilegio de consolar á las almas, y de ser profesado de los espíritus honrados, nobles y sinceros, contrarestando los horribles principios del materialismo y

003162

proponiéndose el objeto más grato y laudable; guiar á los hombres á la otra vida, por el camino del deber, de la virtud, de la sabiduría y de la esperanza (A).» Y la obra cuyo exámen y cuya version al castellano van á ocuparnos, es un llamamiento á las almas honradas que desean arraigar sus convicciones, á los espíritus fuertes que, con buena voluntad, á sangre fría, quieran estudiar la razon filosófica hasta la teológica del catolicismo, tal vez sin pedirle á Dios que ayude su incredulidad, porque es el *talte lege* que se ofrece á tantas almas en ruina, á tantos corazones que sufren en torno de nosotros: tabla de salvacion para tantos naufragos en la fé, á quienes atormenta sin cesar el pensamiento de si lo que de la vida presente se les enseña es una verdad, y la duda de si es ó no es una mentira, lo que se les anuncia para más allá de la sepultura.

Sabido es, M. I. Sr., que al Catolicismo no se le combate hoy en el exclusivo terreno del dogma, ni desde las regiones de la Metafísica, como en siglos anteriores, pues los modernos arrianos le han declarado guerra á muerte en nombre del

(A.) Luis Vialardi: *Los viejos futuros, esdon la ciencia*, v. 17. Paris, 1860.

naturalismo de Kant, del liberalismo de Coignet, de la filosofía positiva de Augusto Compté, del naturalismo de Büchner, y sobre todo, en nombre de las ciencias naturales cuyo ha de ser el porvenir del mundo sabio, según acaban de proclamarlo Renan (A) y Draper (B). Pero, esto tiene de admirable y de consolador la apología católica: enriquece sus parques y arsenales, á medida que el enemigo prepara las embestidas; defiende, —raras veces ataca— no, en su propio terreno, sino en la misma arena á que se le llama, con las armas que elige el adversario: que es de buen lidiador mostrar indiferente el arma y contar solo con la destreza del brazo y con su propia fuerza. El catolicismo no teme la luz de la discusion: quizá es la discusion de poca luz, hija legítima de la ignorancia lo que la mortifica, ya que poca filosofía aparta de la religion y mucha filosofía conduce á ella, según es ya de todos repetido; que si en el orden moral, el encadenamiento de las virtudes constituye un santo, en el orden intelectual, la íntima relacion

(A.) *Questions contemporaines. Avenir religion de société*, etc. Paris, 1860, pág. 537.

(B.) *Revue des questions scientifiques*, Janvier 1870.

de todas las ciencias obtenida por el hombre de estudios forma el sabio. Por esto, el autor del *Buen Sentido de la Fé* al examinar la negación científica contemporánea, lamenta el exclusivismo de los llamados especialistas, que no ven más que lo que les permite el prisma de su exclusivismo, sin que, como á la escuela de Juvenel acontece, puedan elevar sus indagaciones á las causas generales, que unidas á menudos detalles producen la armonía del conjunto (A.) "Distingo, dice el P. Caussette, en lo más alto de los cielos, un ojo que vela constantemente por mí; en cada beneficio resultante de la creación, una tierna solicitud y en la creación misma, una casa paterna, dentro de la cual, sea el que quiera el lugar en que me lamente, despierto ecos cariñosos y una especie de seno amatísimo que me lleva entre sus brazos amorosos que en nada se parecen á un engranaje de metal.—Por esto, desafío al hombre á que ponga sin repugnancia, la negación de la Providencia como base de las cosas, convencido de que, á medida que la ciencia vaya escribiendo semejante blasfemia, el corazón la borra y acusa á la ciencia de haberle engañado." (B)

(A) *Les Genes selon la science*, chap. 10-Paris 1975,

(B) *Tomo 27,*

Gira esta obra en torno de dos polos igualmente combatidos: la creación en el órden material y la redención en el órden moral. Que las ciencias naturales toman hoy vuelo asombroso; que con osadía no ménos asombrosa, se encaran contra la veracidad del Génesis, no hay para qué ocultarlo, pero, que la apología católica no vuelve la espalda, es de todos conocidos. Que un racionalismo intemperante niega la humanidad de Jesucristo y hasta su misma personalidad y su misión, harto hemos debido de saberlo, sobre todo en los sacudimientos y delirios de estos últimos años; pero que la obra del P. Caussette es otro de los comprobantes de que cuando se ataca al catolicismo, no se ataca á un moribundo y mucho ménos á un muerto, viene comprobado en el plan que aquí se desarrolla, al probar que el hombre es un sér esencialmente religioso: que la religión ha de ser por necesidad sobrenatural, que tal carácter es exclusivo de la religión de Jesucristo y que el verdadero cristianismo es el catolicismo. Con esto, ha consignado una distinción que creemos indispensable desde la aparición de la secta protestante y de sus poco ménos que innumerables manifestaciones, cual es la de que no debe continuar la confusión de cristianos que se dan todas las sectas

disidentes, y el dictado de católica que tan solo conviene á la religion verdadera, que es católica, porque es la genuina cristiana: en lo qual como en otros puntos de la obra, ha estado el autor oportunísimo, demostrando que el catolicismo de la Iglesia Romana es el verdadero cristianismo. Con esto y con valiente maestría cierra las puertas á todos los sofistas que se han levantado contra la divinidad de nuestra santa religion y contra la necesidad de creer, que es el punto concéntrico del sincretismo moderno.

Sin entrar en un análisis detenido de todas las materias que contienen los dos tomos del P. Caussette, porque sobre ser innecesario, sería trabajo difuso é impropio del presente escrito, y concretándonos solo á las cuestiones culminantes que nos salen al paso, debo manifestar á V. S. que es de mano maestra el tratado que se ocupa sobre el tema de que fuera de la Iglesia no hay salvacion, tema que, bien puede asegurarse, que en todos tiempos ha sido la piedra de toque *omnium theologorum ingenia torquens*, y que actualmente excita la nerviosa caridad de los que apantalan la casa agona, dejando desmoronar la propia. «La Iglesia, dice, que no vé las disposiciones interiores, debe condenar en masa á las sociedades que se han desprendido

de su seno, destrozándola, pero deja á Dios el juicio de sus individuos. O bien un cristiano se ha separado de ella por su propia voluntad, y entónces es justo que sufra la pena merecida, ó bien se ha separado inocentemente y entónces la Iglesia le reconoce á él sin que él la haya reconocido. ¡Qué excelente madre la que estrécha en sus brazos, con un amor jamás no comprendido al hijo que la rechaza, porque no la conoce! De donde resulta que la Iglesia reina donde no reina el Pontífice, y que hasta en los países del cisma y de la heregía, cuenta con numerosas poblaciones que la proporcionan una soberanía inmensamente más poderosa que la de Isabel la Católica; y si bien es verdad que no existe mano humana que pueda dibujar el mapa de este catolicismo movable, no puede desconocer se que existe trazado en el pensamiento de Dios, que deja caer su bondadosa mirada sobre este sublime rebaño, para mantener en su corazon una misericordia siempre más grande que las ingraticudes de la humanidad (1).» ¡Qué claridad en la exposicion de tal doctrina de la cual brotan dulces, muy dulces consolaciones! Y con

(1) Tomo I.º

la melancólica fruición de quien ha cumplido un deber penoso, ó pasado por un sendero cubierto de abrojos, mientras con trémula mano separa de sus ansangrentados pies puntas de zarzas, esclama «acabo de salvar en el terreno de la doctrina, á numerosos seres en la porción de la humanidad que compone el alma de la Iglesia; si soy menos liberal respecto de aquellos que, perteneciendo á su cuerpo en virtud de su nacimiento, hanse separado del mismo por rebeldía de educacion, es porque Dios no ha establecido en vano, una verdad en el mundo, y por que no puede tener reservado igual destino á los que no le conocen y á los que le desdennan. Ruego á mis lectores que se persuadan de que con verdadero dolor he llenado semejante deber, pues cuando se amá á los hombres no se les condena por el mero placer de asustarles.—Un predicador se presentó un dia al elocuente Masillon pidiéndole consejos sobre la ciencia oratoria, y éste le contestó sencillamente: «Jóven, procura tener corazon». El corazon no es ménos necesario al apologista, que al apóstol del Evangelio (A).

(A) Ibid.

¿Es Jesucristo un compilador astuto y venturoso? ¿Es el catolicismo una evolucion de la religion inmanente en la humanidad? ¿Reponcen uno y otros por principios derivativos, al *Krisna*, á los *Potavasas* y *Velas* de la India; ó al *Chou-King* de la China con sus tres millones doscientos setenta y seis mil años de antigüedad, ó el mismo Menes de los egipcios, nacion que segun los últimos descubrimientos jamás tuvo cronología? ¿Es el fundador de la Iglesia Católica un plagiarlo de Zoroastro; ó el Minos de Creta, el Magnes de la Frigia, el Manos de la Liclia ó el Manu de la Germania; ó el electicismo de la escuela de Alejandria, segun pretenden en España los Sres. Salmeron y Castelar? (B). A estos estudios, á estas investigaciones dedica el autor pacientes tareas que dan por resultado la verdad y la evidencia, á la luz de la historia, de la filosofia en sus origenes positivos de la verdadera religion, á los cuales la critica actual no ataca más que con hipótesis, nunca con datos ni con fechas positivas.

La infalibilidad del Pontifex, dogma sobre el cual los católicos de nuestros dias no siempre

(B) *Discurso sobre la idea del progreso*, págs. 270 y 271. Madrid 1861.

tienen la claridad y precisión de conocimientos que conviene tener en doctrina tan candente y de oportunidad, sobre la cual la ignorancia, el despecho y la mala fé amontonan todo el virus de la sátira, de la injuria y de la heregia, está explicado con una sobriedad, con una lucidez que encantan y llevan el convencimiento al que tan solo sin prevencion lo estudie: y cuya doctrina viene sintetizada con la bellísima consideracion de que Jesucristo no se propuso elevar á su Vicario á costa de nuestra sumision, sino por el contrario, dar garantías á nuestra sumision por medio de las prerogativas de su Vicario.

Termina el primer tomo con una explicacion curiosa é imparcial de los caracteres distintivos de la Iglesia Católica, tan á la vista de las impugnaciones de sus detractores, que nada oculta de lo que contra ella se ha publicado, y le acompañan algunas piezas justificativas escritas por quienes no militan en nuestras filas, pero á cuya fuerza es imposible resistir, si la preocupacion no domina la curiosidad del lector.

Comienza el segundo tomo con un exámen que bien podria llamarse anatómico-psicológico de las pasiones que oponen sus obstáculos y sus estragos á que la fé entre en ciertas almas: exá-

men en que el escalpelo y la sonda descienden á los últimos pliegues del corazon, con una maestría y una seguridad que asombran. Y esto, sin exceptuar el estudio de la pasion política que á tantos arrastra, que tantas ruinas amontona, tantos caracteres rebaja, tantas divisiones engendra, tantos odios provoca y tantas virtudes prostituye. «Los partidos, dice, se parecen á estas máquinas cuyo engranaje arrastra el cuerpo entero, con tal que haya hecho presa en un solo dedo.» La pasion política, hemos de repetir una vez más, con intensa amargura de nuestra alma, es la única pasion que no tiene entrañas.

Entrando luego con desembarazo admirable, con una serenidad que enamora, y con la confianza de que pone el pié en terreno de cuya firmeza tiene seguridad completa, en el exámen de las ciencias naturales en sus relaciones con la fé, nos hace participar de su asombro, al recordar lo que el primer capítulo del Génesis tan solo, ha costado al racionalismo científico y á la ciencia ortodoxa, cuyos principales apologistas son los Seccis, Cuvier, Brongniart, Deluch, Marcel de Serres, Fleming, Hugo Miller, Sir O'Brewter, Jamesson, Eduardo Turner, y en nuestro país, entre otros, el Dr. Almera en su preciosa obra de Cosmología y Geología, y Rda.

P. Llanas de la Escuela Pia, cuya modestia no tenemos reparo en mortificar, por cuanto sus conferencias dadas en la iglesia de Nuestra Señora de las Mercedes, y algunos de los discursos predicados en la Catedral Basílica de Barcelona, durante la pasada cuaresma, suben de punto en su mérito y en su clara profundidad, porque—y nos complacemos en consignarlo,—estando cuasi todos sus materiales contenidos en el libro que motiva estas líneas, el hijo de San José de Calasanz, apenas conoce más que por el título, el concienzudo trabajo del Rdo. Superior de los Sacerdotes del Sagrado Corazon de Tolosa.

Estableciendo como punto de partida cardinal el principio de que Moisés no escribió la historia del origen y desarrollo de los conocimientos sobre la naturaleza, y de que la Iglesia no ha aceptado fechas en cuestiones que, en estos mismos días, dividen á los hombres de la ciencias físico-matemáticas, la mayor parte de las cuales cuentan aparición muy reciente, el P. Causette, con notable desenfado consigna y refuta las travesuras de todas ellas. De la Geología, porque, según el sistema que sustenta cada uno de sus discípulos, y porque sus investigaciones no se remontan á más fecha que la de

setenta años, conceden á la creación centenares de miles de años, ó la fijan de época muy reciente; de la Paleontología, que tanta privanza tiene con las ciencias médicas, porque nacida ayer, ha de pasar por lagunas profundísimas y por abismos insondables, para merecernos autoridad en sus impugnaciones de la narracion genesiaca, en lo que mira á la raza de animales y vegetales que en otro tiempo existieron en nuestro globo, y cuyos restos aparentes ó reales se encuentran entre las costras y cavernas de la tierra; de la Fisiología cerebral que es ciencia tanto más peligrosa en sus deducciones, cuanto tiene más íntima conexión con la psicología y cuyas consecuencias han de ser trascendentales en el órden espiritual, por todo lo que se refiere al aparato encefálico, asiento del alma, según la escuela católica, ó el alma misma según afirma Cabanis; de la Antropología en sus diversas ramificaciones sobre el origen, unidad, constitucion y cantidad del hombre, sintetizadas en el ruidoso Darwinismo, con su generacion espontánea, que nos hace descender, no ya precisamente del mono, ó del gorilla, sino hasta de los animales microscópicos que se rebullen dentro de una gota de agua. «Singular sistema que toma por creador, una pellita de lodo desecado en su pantano»

un poco de movimiento sin objeto, pedido á los vientos y á las olas; un poco de color pútrido tomado á un rayo de sol; y además, un instinto pedido á una potencia sorda vegetativa, y todo esto para prescindir de Dios, ó para relegarlo á los abismos de la abstracción y de la inercia, (A); y de la Etnología que es estudio arqueológico sobre los pueblos, desde el punto de vista de su antigüedad, la época de su nacimiento ó aparición sobre la tierra, grados de su civilización en lo que se relaciona al conjunto de la Biblia y á las historias que contiene.

En cuanto á la Astronomía, con todo y abarcar el espacio sideral y los asombrosos cuerpos que lo pueblan, el autor la considera ménos inofensiva que las demás ciencias físico-matemáticas, ya por su antigüedad, y por ser fuente pareña de supersticiones; y esto que sus observaciones se ciernen sobre espacios que están á distancias larguísimas de la superficie en que están enclavados los piés del hombre, y de la cual apenas puedo elevarse algunos metros, sin peligro y sin temeridad.

Para la Teología católica está, por decirlo así, sobre el tapete y de día en día agranda sus pro-

(A) Tomo 2º

porciones, la cuestión sobre la pluralidad de mundos; cuestión llena de complicaciones que la poesía y la incredulidad, dándose de mano con la astronomía heterodoxa, explotan contra la fé, la cosmogonía de Moisés, la efesíasis de la redención, el catolicismo de la Iglesia Romana, y contra el plan divino, en toda su vasta extensión, y hasta contra la misma dignidad de los que habitamos en este planeta, realmente imperceptible en la incalculable inmensidad del ser. El catolicismo tiene preparadas soluciones para todos los problemas del libro de Flammarion; y el P. Causette los examina en todas sus faces, con poca sobriedad, pero oponiendo afirmaciones positivas, á unas negaciones que tienen más de fantásticas ó ilusorias que de razonadas. Es una falta gravísima de nuestro siglo el convertir en novelas las ciencias de la naturaleza, como lo ha hecho con sus costumbres; de aprovechar sus conocimientos todos, para convertirlos en motivo de distracción, ó de argumentos contra Dios; y de no poder descubrir sin falsificarlo todo, en perjuicio de la verdad moral (A) (B).

(A) Tomo 2º

(B) P. Secchi, *Le solci*. Pavia, Grütler (Villaza), 1877. *Ateneo Católico*. Lovato, Septiembre 1877 p. 246.

No dejan de ser muy notables las palabras del P. Secchi sobre esta
página

Tal es, M. I. Sr., *El Buen Sentido de la Fé*, considerado en sus partes capitales; como quién dice á vista de pájaro, pues otra casa no consiente el encargo que V. S. ha confiado á mi buena voluntad, más bien que al corto alcance de mi aptitud. Vista en su conjunto, tiene esta obra un sabor en su estilo, y una unción, que se apoderan del ánimo del lector de una manera poco ménos que irresistible. Participa de la sávia evangélica que, en Jerusalem convertia á millares á los que oían la voz de S. Pedro: que en Atenas hacia enmudecer al Areópago: que confundia el eclecticismo de la escuela de Alejan-

materia. "¿Qué pensar de estos espacios inmensos y de los astros que los llenan! ¿Qué pensar de estas estrellas que son sin duda como nuestro sol, centros de luz, de calor y de actividad destinadas como él á mantener la vida de sus series de criaturas de toda especie! Por nuestra parte nos parecerá absurdo mirar estas vastas regiones como desiertos inhabitados: deben estar pobladas de seres inteligentes y racionales, capaces de conocer, de honrar y de amar á un criador; y tal vez estos habitantes de los astros son más fieles que nosotros á sus deberes que les impone el reconocimiento hacia Aquel que los ha creado de la nada. Queremos esperar que entre ellos no hay esos seres informados que llevan su orgullo hasta negar la existencia y la subsistencia de Aquel; á quien ellos mismos deben su existencia y la facultad de conocer tantas maravillas."

dria; que con el dulcísimo San Francisco de Sales convertia regiones enteras, y que en la *Imitación de Cristo* ha santificado más almas que letras contiene. Y atendido el giro que hoy ha debido tomar la apología del catolicismo, ruda y perseverantemente combatido en el terreno de la ciencia más que en el del dogma, esta traducción exigía, no ya la mera traslación del francés al castellano, sino el conocimiento del mecanismo tecnológico de las ciencias de actualidad, y el traductor, ya por la clase de estudios á que viene dedicándose desde algunos años con renombre y con provecho, en muchas de estas páginas nos ha mostrado una vez más la maestría del catedrático, la fruición del católico, y la admiración que tiene con justicia merecida el P. Caussette, que á nuestro humilde entender, es uno de los primeros apologistas de este siglo. Lo que fué Tertuliano en los primeros tiempos del catolicismo, lo que San Agustín y San Juan Crisóstomo despues: lo que Santo Tomás de Aquino al concluir la edad media, lo que Suarez y Belarmino en el siglo diez y seis con todos sus discípulos, y el insigne Bérme, de cada día más apreciado, esto es, el autor del *Buen Sentido*: brillante de primera magnitud en la diadema de defensores que hoy,

como en todos tiempos, circunda las inmaculadas sienes de la Esposa del Cordero, que asiste á su Iglesia con los auxilios que reclaman las necesidades de cada época.

Hombre de mundo el autor en cuanto tal dictado es aplicable al sacerdote, que, hijo de su siglo, lo conoce, entusiasta por los libros los estudia, y médico de las llagas del alma, con mirada perspicaz penetra las dolencias que agreden la sociedad en que vive por la cual trabaja y sufre, el autor, en desempeño de un ministerio del cual ha dicho el Divino Maestro, *qui autem fecerit et docuerit hic magnus vocabitur in regno caelorum* (A), hace destilar por estas páginas una ternura que no es lo que ha de llamar ménos nuestra atención, por la caridad con que habla de su tiempo y de sus hermanos. No con vinagre y sal, sino con aceite y vino se cicatrizan ciertas heridas; y á un siglo le sucede lo que á un hombre: para decirles la verdad con fruto es preciso amarles y darles á conocer que se los ama, porque, el que se lamenta de su tiempo con exceso y se irrita con sus hermanos, ultraja á la Providencia y demuestra que ignora la historia.

(A) San Mateo v, 19.

Otra de las pruebas de que el P. Causette conoce á fondo la sociedad en que vive, y de que ha sabido tomarla el pulso, es el apelar al buen sentido de sus lectores, católicos ó racionalistas, para hacerles admirar lo que puede la razón humana auxiliada por la fé; porque se remonta á unas alturas en las cuales se pierde de vista con Santo Tomás de Aquino, ó profundiza abismos sin fondo, con la Geología Católica, para cantar en los espacios las glorias de nuestra santa religion, y para encontrar en las entrañas de la tierra seres y objetos que justifiquen la existencia de Dios con evidencia deslumbradora, pero evidencia que en el hombre en manera alguna debe permanecer silenciosa, so pena de ser irrisoria. El buen sentido dice que si la religion para ser posible (A), debe proceder de una creacion positiva; para ser razonable es preciso que exprese públicamente esta creacion. La religion que consiste en respetar á Dios sin ofrecerle testimonio alguno de respeto, ha sido siempre la de los hombres que no quieren ninguna. La naturaleza no reconoce un culto clandestino. No hay en nuestra alma movimiento

(A) Tomo I, 2

alguno que no lo traduzca el cuerpo por medio de la correspondiente manifestación, ¿se concibe pues, que en tanto todos nuestros respetos y todos nuestros amores nos arrancan gritos elocuentes, sea nuestra fé el único respeto y el único amor condenado á silencio eterno? Un objeto que nos cause admiración, nos inspira ditirambos; caemos de rodillas para expresar nuestras apasionadas simpatías, ¿solo Dios estará privado de obtener en tiempo alguno en público testimonio de nuestro amor?».

Es verdad que como todos los hijos de la nación, cree y afirma que su patria es la nación más católica de la tierra. «Si por acaso, dice, (A) vais á Constantinopla, prestad oído atento á las brisas del Norte, y percibiréis el rumor del pueblo encargado de echar la losa sobre la tumba de los sultanes. Y no se crea que esto son ensueños de una política supersticiosa: no, ese sepulcro se habría abierto ya, si la Francia no hubiese interpuesto su veto. Confirmación manifiesta de mi verdad, pues así como no se desprende un solo cabello de nuestra cabeza sin el permiso de la Providencia, tampoco puede des-

(A) Tomo 19.

prenderse una sola piedra de las bóvedas de las monarquías europeas, sin el consentimiento del más cristiano de los pueblos que existen en la sobre haz de la tierra.»

Pero éste y otros muy contados, son lunares que en manera alguna afectan el mérito de una obra, pasto de la inteligencia y del corazón de un sabio en toda la extensión de la palabra; como en una de las purpúras mañanas de Abril, una nubecilla perdida en las inmensidades del firmamento, no deslustra, la brillantez del sol.

Por todo lo cual, M. L. S. después de haber leído con toda atención la obra titulada *El Bien Sentido de la Fé*, y no haber sabido encontrar en la traducción, doctrina alguna que no esté conforme al dogma y la moral del catolicismo, salvo el sabio parecer de V. S., creo que puede conceder la autorización que se solicita para publicarla.

Dios guarde á V. S. muchos años.

Barcelona, 25 de Abril de 1878. *Festividad del Evangelista San Marcos.*

DE BUENAVENTURA RIBAS Y QUISTANA. Pbro.

M. L. S. *Vicario Capitular de la Diócesis de Barcelona.*

El M. I. Sr. Vicario Capitalar ha tenido á bien decretar lo siguiente:

Barcelona, 27 de Abril de 1878.—En vista de la favorable censura que ha recaído en la obra titulada *el Buen Sentido de la Fé*, damos licencia para su publicación, debiendo presentarse antes dos ejemplares visados por el censor á nuestra Secretaría de Cámara. Lo decretó y firma el Muy Ilustre Señor Vicario Capitalar, de que certifico.—*Juan de Palá y Soler.*—Por mandato de S. Sria. Licdo. *Ignacio Palá y Martí*, Canónigo Secretario. Lo que traslado á vd. para su conocimiento y efectos consiguientes.

Dios guarde á vd. muchos años.

Barcelona, 27 de Abril de 1878.

IGNACIO PALÁ Y MARTÍ.

Sres. Viuda é Hijos de J. Subirana.

A LOS INCRÉDULOS.

A vosotros se dirige este libro: á vosotros lo dedico. De cuantos desgraciados existen en el mundo, ninguno más digno de compasión: y se comprende perfectamente, puesto que la muerte de la fé en una alma, presupone la muerte de las esperanzas. La pérdida de Dios es la desgracia más intensa que pueden experimentar el corazón y el pensamiento del hombre.

Y sin embargo, de cuantos desgraciados existen en el mundo, vosotros sois los que ménos compasión inspiráis. Para los hombres de fé, vuestro mal es tan inconcebible, que les repugna creer en su existencia; los que de ella llegan á convencerse, siéntense hasta tal punto ascaudalizados, que presumirían contaminarse, con sólo concederos su simpatía.

El M. I. Sr. Vicario Capitalar ha tenido á bien decretar lo siguiente:

Barcelona, 27 de Abril de 1878.—En vista de la favorable censura que ha recaído en la obra titulada *el Buen Sentido de la Fé*, damos licencia para su publicación, debiendo presentarse antes dos ejemplares visados por el censor á nuestra Secretaría de Cámara. Lo decretó y firma el Muy Ilustre Señor Vicario Capitalar, de que certifico.—*Juan de Palá y Soler.*—Por mandato de S. Sria. Licdo. *Ignacio Palá y Martí*, Canónigo Secretario. Lo que traslado á vd. para su conocimiento y efectos consiguientes.

Dios guarde á vd. muchos años.

Barcelona, 27 de Abril de 1878.

IGNACIO PALÁ Y MARTÍ.

Sres. Viuda é Hijos de J. Subirana.

A LOS INCRÉDULOS.

A vosotros se dirige este libro: á vosotros lo dedico. De cuantos desgraciados existen en el mundo, ninguno más digno de compasión: y se comprende perfectamente, puesto que la muerte de la fé en una alma, presupone la muerte de las esperanzas. La pérdida de Dios es la desgracia más intensa que pueden experimentar el corazón y el pensamiento del hombre.

Y sin embargo, de cuantos desgraciados existen en el mundo, vosotros sois los que ménos compasión inspiráis. Para los hombres de fé, vuestro mal es tan inconcebible, que les repugna creer en su existencia; los que de ella llegan á convencerse, siéntense hasta tal punto ascaudalizados, que presumirían contaminarse, con sólo concederos su simpatía.

Por lo que á nosotros toca, debemos confesar que asumimos decididamente toda la responsabilidad que puede provenir de esa caridad mal comprendida, fundándonos para ello en la consideración de que la más bella de las limosnas que pueden tributarse á nuestros semejantes, es la que tiene por objeto enriquecer con los tesoros de Dios á aquellos que de tales bienes tienen exhausto el corazón.

« Los que no hayan probado las dificultades que se experimentan para distinguir el error de la verdad, y para encontrar el verdadero camino de la vida en medio de las ilusiones del mundo, diremos con San Agustín, pueden proceder rigurosamente con vosotros. »

Lo que es nosotros, que con frecuencia hemos merecido ser vuestros confidentes en vuestras amarguras, mereceríamos á justo título el nombre de crueles y olvidadizos si os tratáramos con severidad.

Por esto en el presente libro os hablaremos con afecto y cariño como á los enfermos que yacen postrados en el lecho del dolor.

Y aun cuando en medio de las tinieblas en que yacéis sumidos, vislumbremos un tenue rayo de luz, no por esto pronunciaremos con sarcasmo estas santas palabras: « No ha querido ins-

truirse para obrar bien » (1), pues recordaremos que si es cierto, por punto general, que el hombre posee la fé que merece, es posible que su incredulidad sea al par su desgracia y su propia obra.

La naturaleza y la educación abren con frecuencia, entre la verdad y ciertos espíritus, abismos de profundidad tan horrenda, que desconfiaríamos de salvarlos y conducir á aquellos al opuesto borde, si no supiéramos que pueden ser las luces de la divinidad que los débiles susurros de la enseñanza humana. No de otra suerte la luz se propaga en el espacio con mayor rapidez que el sonido.

Por vuestra parte os suplicamos que no exijais una demostración palpable de lo que en manera alguna puede tenerla. La religión se halla suficientemente demostrada, estándolo bastante más que muchísimas de esas creencias y opiniones naturales á las cuales consagrais vuestra existencia.

En esta noble investigación poned vuestro sentimiento al servicio de vuestra inteligencia, recordando que ésta, cuando se halla debida-

(1) Salmo 55, 4.

mente dirigida, léjos de disminuir la razon, completa al hombre. *Siendo Dios amor* quanto más en este sentido nos parecemos á El, tanto más apenes nos hallamos para comprenderlo. Por esta razon un gran matemático del siglo XVII, no definia la fé, diciendo que fuera un teorema de geometria, ni una evidéncia filosófica, sino Dios mismo *hecho sensible al corazon* [1].

Leed además estas pájinas sin perder de vista la profunda sinceridad que las ha inspirado: áun cuando no os sean gratas, tienen derecho á vuestra indulgencia, por lo mismo que han sido escritas por amor á vosotros; y dado que no os parezcan decisivas, son por lo ménos acreedoras á vuestro respeto, por lo mismo que no podeis oponer á ellas objeciones de la misma fuerza.

Y si por ventura vuestra incredulidad admite el dogma de un Dios capaz de oír los suspiros de su criatura, pareciéndoos en esto al tierno infante privado de vista, que para tender al padre sus amantes brazos, no ha menester la luz que falta á sus ojos, pronunciad conmigo esta plegaria compuesta por Bacon para rezarla antes de empezar su estudio.

[1] Pascal: *Pensamientos*.

«Padre mio, que habeis comenzado todas
«vuestras obras creando la luz visible, y las ha-
«beis terminado dando vida á la luz intelectual,
«ya que inspirásteis vuestro aliento en la faz
«del hombre, obra maestra salida de vuestras
«manos, dignaos dirigir y proteger esta obra, que
«teniendo por principio vuestra bondad, debe
«tener por fin vuestra gloria [1].»

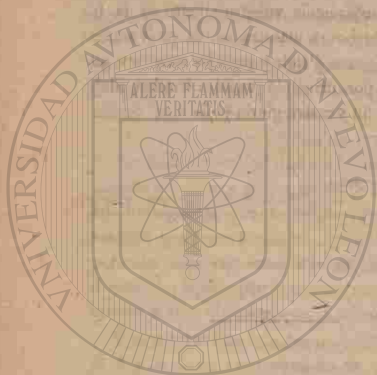
[1] *Nocum organum.*

UNIVERSIDAD ANTONIO DE NEBRUCHA

JANL

UNIVERSIDAD ANTONIO DE NEBRUCHA NOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE INVESTIGACIONES

Escribimos en un momento solemne de la historia del catolicismo (1). En breve se levantará la voz potente de la Iglesia, por el órgano incomparable de ochocientos obispos congregados

(1) Mantenemos esta alusión histórica, porque fija la fecha de la composición de este libro. Por parte general nos abstenemos de hacer aplicaciones exclusivamente nacionales o contemporáneas a fin de conservar, en cuanto podamos a nuestro trabajo, un carácter de objetividad universal.

en la Ciudad Eterna. Cuando va á hablar semejante autoridad ¿qué autoridad doctrinal puede merecer la atención pública? Esto nos hemos preguntado; más meditando en ello hemos convenido en que semejante coincidencia lejos de amenerarla, aumenta la oportunidad de nuestro trabajo. El BUEN SENTIDO DE LA FÉ sirve de preparacion á los espíritus para que más fácilmente puedan aceptar los decretos que van á promulgarse; tiende á formar en la opinion de los lectores esclarecidos una adhesion anticipada á todas las enseñanzas dogmáticas de lo porvenir, y en tanto que el Concilio no se impone de hecho sino como derecho, nada más que á las conciencias y á las inteligencias sometidas á la Iglesia, trabajamos por nuestra parte para llevar el convencimiento á las que no quieran reconocer las decisiones del Concilio.

Si ahora se nos pregunta ¿qué necesidad hay de una nueva apologia de la religion? Contestaremos que las antiguas no bastan en manera alguna. Como en la guerra, los procedimientos del ataque han variado de diez años á esta parte en las polémicas contra la fé: la defensa ha caido en mora en lo que á la modificacion de los suyos se refiere. No cabe duda que nuestra verdad es inmutable; pero también es cierto que se

ofrece bajo diversos aspectos, según sea los momentos que su eternidad deba iluminar. Es como la luz de un faro que ofrece diversos colores sin cambiar ella misma, y que desde el centro de su inmovilidad, ilumina sucesivamente todos los puntos del horizonte.

Cierto que la apologética solo es completa á condicion de unir sus argumentos tradicionales al interés de actualidad, y de permanecer antigua siempre, no obstante su continua renovacion; mas con todo esto puede muy bien afirmarse, que por punto general es tanto más útil cuanto más apropiada á las necesidades de los tiempos. Nuestro libro es una concesion á esta legitima exigencia del espíritu.

Hase echado en cara al sacerdote su repugnancia en amoldar su inflexible ortodoxia á las aplicaciones contemporáneas, y su persistencia en permanecer encerrado en la tradicion hasta el punto de ser injusto con lo presente, por admiracion sobrado exclusiva respecto de lo pasado; por nuestra parte hemos procedido con toda la fuerza de nuestra razon y de nuestra caridad contra esa tendencia retrograda, considerando á la sociedad actual como una especie de auditorio al cual debe conocerse perfecta-

mente para decirle la verdad, y á quien es indispensable amar, para hacérsela agradable.

En este concepto, podemos asegurar que nos presentamos á nuestros contemporáneos con benévola imparcialidad. Desahucarse en desmesuradas alabanzas en favor del siglo en que se vive, vale tanto como caer en la baja de la alabanza propio; demostrarlo, es lo mismo que proclamarse superior á él. Entre esas dos opuestas manifestaciones del amor propio, existe un lugar á propósito para la verdad, y este lugar, este prudente justo medio, es el que procuramos establecer.

Considerando as cosas desde este punto de vista, nuestra época se nos ofrece como una confusa amalgama, en la cual andan revueltos el bien y el mal, el primero con fuerza suficiente para mantener viva la esperanza; el segundo harto amenazador para excitar grandes alarmas. El espectáculo de semejante dualismo debe inspirar las ideas y el acento de la controversia teológica. No cabe duda en manera alguna que desde el día en que Lamennais fulminó su elocuente acusación contra el indiferentismo, la sociedad europea, en lo que al concepto religioso se refiere, ha experimentado al par y simultáneamente, un doble trabajo de restauración y

de disolución, hasta tal punto, que la segunda mitad del siglo décimo nono, es al propio tiempo mejor y peor que la primera. ¡Contraste singularísimo, que es indispensable conocer, para que pueda comprenderse del modo debido el mundo de que se forma parte, y en ocasiones hasta para comprenderse uno á sí mismo!

La mejora se manifiesta por medio de un conjunto de síntomas halagüeños, toda vez que no obstante los cantos de triunfo entonados por el adversario, han podido escribirse en nuestro tiempo, en Francia, sobre el *Despertamiento cristiano*, páginas elocuentísimas que constituyen un cuadro irreprochable de nuestros progresos evangélicos. Ciertó que á la ironía de Voltaire han sucedido las odiosas y repugnantes coaliciones del *Soldadismo*; mas no se pierda de vista que hasta el odio es ménos irreligioso que la burla. Detestar á Dios, es en cierto modo tomarlo en serio; podría decirse que es una manera indirecta de reconocerle, teniendo en cuenta que el hombre es incapaz de odiar lo que no existe. En tanto que el blasfemo se ha impuesto, á pesar suyo, las formas del respeto, la fe, desde el comienzo de este siglo, sigue en determinadas clases el camino de una progresión

siempre ascendente. Digan lo que quieran los observadores mal informados, las comuniones pascales aumentan; las obras de caridad práctica pululan por doquier; las leyes reparadoras en favor de la libertad de enseñanza rinden copiosos frutos; las desventuras de Pio IX han excitado simpatías y producido sacrificios, que no obtuvieron ni con mucho la ancianidad proscribita y destronada de Pio VI, ni los infortunios del auguste cautivo de Fontainebleau; hemos asistido al más bello de los centenarios de la muerte de San Pedro de que conserva memoria la Iglesia: lo más selecto de la juventud católica se nos ofrece unas veces viviendo á la manera de levitas, formando parte de la asociación de San Vicente de Paul, otras se nos presenta muriendo cual los antiguos cruzados en defensa del trono pontificio; nuestro clero inferior y nuestro episcopado, no ceden ni en ciencia ni en dignidad, á ninguno de los que han vivido en otras épocas.

La autoridad, vacilante ántes en todas partes, fortifícase de día en día en el catolicismo, merced á una marcada agrupación de los espíritus y de los corazones en derredor de la supremacía papal. Gracias á esta disposición y merced al concurso del vapor, el sucesor de San Pedro puede

reunir en el Vaticano, en el breve espacio de tres meses, á los Obispos de las cinco partes del orbe, con el fin de exterminar en gérmen los cismas y las heregias. Por último, nuestro tiempo manifiesta por la verdad religiosa una curiosidad, que Dios tendrá de seguro en cuenta, si es su móvil el respetuoso deseo de conocerla, no la orgullosa pretension de encontrarla en falta. Si el siglo más enfermo no es el que se apasiona por el error sino el que mira la verdad con criminal desden, dista mucho el nuestro de ocupar el último grado en la escala de la decadencia, puesto que si desprecia á los hombres es precisamente porque ellos han comenzado por envilecerse trocando su noble título de hijos de Dios por el brutal abolengo de descendientes del mono; mas aún así, conserva la santa pasión de la verdad.

Y no venga un pesimismo estúpido ó mal intencionado á oponer sus negaciones á estos consoladores resultados: podrán cerrarse los ojos á la evidencia de los hechos históricos; pero ante el elocuente lenguaje de los números, no queda más arbitrio que enmudecer. La obra de la Propagación de la fé, que en 1823 no producía más allá de 80,000 francos, distribuye en el día más de seis millones á quinientas diócesis esparcidas

en los dos hemisferios: las conferencias de San Vicente de Paul, que en la propia fecha contaban solo ocho miembros, compónense al presente de más de treinta mil individuos, que socorren en su domicilio á más de cien mil familias menesterosas: las Hermanitas de los pobres, institución nacida como quien dice ayer mañana, al soplo de la ardiente caridad de una humilde criada, alimentan en sus asilos á más de veinte mil ancianos: los Hermanos de las Escuelas cristianas, que en 1804 contaban apenas con quinientas casas, poseían más de mil en el año de 1876: y para no multiplicar datos, terminaremos diciendo: que en el breve espacio de cincuenta años, se han construido ó abierto al culto católico, más de diez mil iglesias. Pruebas son éstas completamente irrecusables, de perecero y robusta vitalidad en nuestra fé, á pesar de la existencia de muchas apariencias contrarias que conozco perfectamente, y con todo y existir opuestas corrientes, que en manera alguna pretendo disimular (1).

Ni cabe tampoco desconocer que la fé se mantiene viva en las masas, siquiera oculta, como

(1) Las cifras de esta estadística comparada, están tomadas de la obra de Guizot *Méditations sur la religion*. Esc II.

la chispa en las entrañas del podernal: para que se manifieste es indispensable el choque. Un sacerdote la ha comparado á la naturaleza que, semejando muerte durante los rigores del invierno, brilla con todo su esplendor en cuanto asoma la riente primavera. Mientras permanece aletargada, los enemigos de la fé creen ó afectan creer que ha muerto; pero á todos esos plañidores de oficio que entonan endechas cabe la nueva hija de Jairo, los dice Dios por medio de milagros inesperados. *La niña no está muerta sino dormida* (1).

Este maravilloso poder de resurrección, resuelta elocuentísima á los que pretenden guardar su tumba, será el testimonio perenne del triunfo del catolicismo; del mismo modo que la confianza que abrigamos en sus constantes renacimientos, no es hija de una vana superstición sino de las afirmaciones de la historia y de una visión de lo porvenir que se refleja en las enseñanzas de lo pasado.

Por lo demás no hay para qué mirar á lo pasado ni á lo futuro para cobrar esperanzas: lo presente por sí solo basta para alentarnos; pues

(1) San Mateo, 6 66.

cuando se tiene la dicha de tratar á las nobles almas de los tiempos presentes, y de admirar, en cierto modo, en las palabras que brotan de sus labios, las pulsaciones del corazón de la Iglesia, se comprende, que no porque se concentre en el interior, hay temor de que se extinga la vida del catolicismo. Ello es que la sociedad moderna ha podido contar con los diez Justos, para defenderla contra la justicia de Dios, y contra los rigores de lo porvenir.

Bajo la inspiracion de esas ideas y de estos hechos innegables, un pensador profundo y perfectamente impuesta de las cosas de su tiempo, ha podido resumir en los siguientes términos sus apreciaciones respecto de los últimos cincuenta años. «A pesar de los obstáculos, de las vacilaciones, de las desviaciones y de las faltas que pueden observarse, no puede ménos que distinguirse el despertamiento cristiano. Ha habido progreso en la fé cristiana, progreso en la ciencia cristiana, progreso en las obras cristianas, progreso en la fuerza cristiana; progresos incompletos é insuficientes; pero reales y fecundos, síntomas de una vitalidad poderosa y llena de porvenir. Desengáñense los enemigos del cristianismo: pueden hacerle como lo están haciendo una guerra á muerte; pero han de

tener la conviccion de que no se la hacen á un moribundo.»

Pero si son evidentes las señales del progreso, no lo son ménos las de la descomposicion, de suerte que nuestro siglo ofrece al par los bellos celajes de la aurora y la bruma aplomada del crepúsculo de la tarde. No vaya á creerse, sin embargo, que al expresarnos en estos términos pretendemos significar que deba verse en él un día esplendente, precursor de una noche espantosa; mas no cabe desconocer que estaremos en lo cierto comparándolo á un alumbramiento, ya que, como en semejante acto, concurren en él esperanzas que alientan y dolores que torturan. Hemos hablado ya de las esperanzas de la fé que abrigamos en nuestro corazón: bosquejamos ahora el cuadro de los dolores.

En el siglo XVIII hallábanse trabajadas por el escepticismo las clases más elevadas de la sociedad: hoy, por el contrario, es la base de la misma la que está corroida y esto indica que se halla en gran manera comprometida la solidez del edificio. Hay más aún: la intensidad del mal ha crecido al compás de su desarrollo. En 1820, asustada la incredulidad por la siniestra experiencia de la revolucion, experimentaba una especie de placer, algo parecido á legítimo orgullo

ó virtuosa satisfaccion, refutando á Condillac, y se detenía ante las tímidas conclusiones del deísmo: hoy, por medio de fórmulas capciosas, avanza hasta las negaciones más radicales. Antes, y no hace muchos años, dejaba subsistir á Dios y al alma humana sobre las ruinas del símbolo cristiano: al presente hace tabla rasa de todas aquellas verdades que no pueden ser ensayadas en la piedra de toque de la ciencia. Ayer sostenía que todas las religiones eran igualmente buenas: hoy las anatematiza todas por perniciosas, y en lugar de los dogmas positivos, enarbola esta orgullosa quimera, cómplice en todas las pasiones del corazón y en todas las aberraciones del pensamiento individual: ¡la religion!

Aun considerada la cuestion desde el punto de vista exclusivamente natural, no puede imaginarse mayor atentado contra la humanidad, que esa supresion de la fé. La fé es la participacion de la divinidad en las ideas del mundo. Los individuos como los pueblos, desprovistos de ese nimbo celeste, experimentan dolorosísimas caídas: el arte, la poesia, el mismo amor se desvanecen en cuanto ha desaparecido la fé, y arrojado Dios de la inteligencia humana, no trascurriré mucho tiempo sin que ocupe en ella su lugar una esencia infernal, siendo frecuente el

espectáculo de los creyentes convertidos en locos ó en monstruos.

Y téngase en cuenta que los pueblos que presumen ser posible apostatar impunemente de la fé, reciben siempre el condigno castigo! No tenemos que buscar la demostracion de nuestro aserto léjos de nosotros: fijese la mirada en nuestra sociedad escéptica en materias de religion y se observará que tambien se ha hecho escéptica en política, con la circunstancia de que el escaso pudor que le resta respecto del particular, es más bien efecto de un noble orgullo que la obliga à permanecer fiel à sus tradiciones, que no resultado de verdadera fé en los principios. Y como en política es escéptica y filosófica, puesto que ha prestado oídos à las estúpidas teorías de la identidad de los contrarios: es escéptica en moral, toda vez que la distincion entre el bien y el mal, no es para ella otra cosa más que una convencion basada en intereses de momento: es escéptica en materia de sentimientos, y el crimen horrendo de no creer en Dios, vése en ella castigado por la desgracia de no creer los hombres los unos en los otros: es por último, escéptica en lo que à su propia existencia se refiere, porque los que en nada creen es imposible que crean en su alma, y

después de haberlo negado todo, acaban por negarse á sí mismos: *Aquí termina la razon humana.* (1)

Y hé ahí á la intaligencia girando sin cesar sobre un mismo círculo hace seis mil años, sin haber conseguido aprovecharse de las enseñanzas adquiridas. Afortunadamente con la tentación que ciega la conduce al abismo, existe en ella una fuerza invencible que la remonta á los cielos. Ese freno, verdaderamente providencial, impedirá que nuestra civilización, desde la cima del salvario donde se transfiguró, descienda á inferior nivel del paganismo, que á lo ménos respetaba los dogmas que nosotros abjuramos.

Entre los medios empleados, en nuestros dias, por el anticristianismo para destruir la bóveda celeste, segun su desatentado lenguaje, es el más poderoso el que consiste en apoderarse de todas las concupiscencias y de todos los dolores sociales para arrojarlos como merecido reproche á la faz de la Divinidad; en convertir en poderosa palanca las pasiones más anárquicas; en cebar, si así puede decirse, á los pueblos con el ateísmo disfrazado con las seducciones de la revolucion. El orgullo y la ambicion sin limites, han prestado numeroso contingente al alistamiento abier-

(1) *Bonaparte sobre el Indiferentismo.*

to para llevar á cabo tan nefanda empresa. Y así como para dar curso á la moneda falsa, es indispensable darle cierto baño que la dé apariencia de buena, háse inventado tambien una palabra que cubra las malas artes y hasta los crimenes de semejante conspiración. Esta palabra es . . . Libertad! De ello ha resultado un manantial fecundo de antagonismos irreligiosos.

Y no es extraño, porque semejante palabra ocasionada á mirajes y decepciones, á verdades y mentiras, á llamamientos generosos y á peligrosas provocaciones, háse convertido en una especie de criterio, segun el cual todo se juzga, de tal manera, que al paso que nuestros padres habian rechazado como peligrosa la libertad que no hubiese estado conforme con la fé, hoy no se admite la fé que se halla en desacuerdo con la libertad, naciendo de ello un sin fin de errores contrarios á la religion. Sus enemigos la llaman constantemente á ese insidioso campo de batalla, considerando que es más cómoda comprometerla por medio de la impopularidad, que venerarla, valiéndose de la razon.

No permita Dios que progreso social alguno se vea jamás comprimido por los principios de nuestra ortodoxia. No es licito tomar partido contra la libertad, de una manera absoluta, por

lo mismo que es de institucion divina. El régimen mas libre fué el del Eden en el qual el hombre no tenía otros conocimientos que Dios y la familia; el pecado, viciando las pasiones, creó la tiranía; siendo hasta cierto punto esas dos últimas opresiones necesarias entre sí.

Las pasiones de los individuos excusan los excesos del poder, en tanto que sus virtudes harian de ellos un verdadero crimen. Tanto es así, que la gran falta de los tiempos presentes, no tanto consiste en buscar los medios de reconquistar la libertad política, como en no trabajar cuanto es menester para santificar el uso de la libertad moral en una medida proporcionada. Debilitar los poderes fortificando al propio tiempo las pasiones, constituye el procedimiento revolucionario: disminuir las pasiones con el objeto de que los poderes no se salgan de su órbita, constituye la obra del cristianismo. El fin es el mismo: el establecimiento de la libertad: los medios no pueden ser más opuestos.

Mas de tal suerte restablecida la verdadera nocion de la libertad, ¿hay quien pueda contemplar sin espanto todas las candideces y todas las malicias; todo el desinterés y toda la concupiscencia; todas las nobles aspiraciones y todas las torpes maldades que se agrupan hoy en derredor de esa venerable enseña! Conformes todos

en el nombre, pocos están de acuerdo respecto de la cosa. La libertad de los que poseen, dista mucho de ser la misma de los que quieren poseer: la libertad de los que destruyen es completamente distinta de la que tienen los que tratan de edificar: la libertad de los tribunos populares no es igual á la de las oposiciones monárquicas. De manera que con idéntico distintivo se va en pos de fines opuestos, ostentando la misma divisa, véanse coligados espíritus que se mueven á impulsos del odio, y cegados por el tupido velo de semejante falsedad, los que hacen profusion de socavar los cimientos sobre que se asienta el orden social, trabajan con más empeño, y hasta con verdadera fruicion en su obra destructora, sin curarse poco ni mucho de los derrumbamientos, bajo los cuales muchos de ellos han de quedar aplastados. Afortunadamente Dios hace brotar la luz de esos choques formidables, y por las brechas que de tanta ruina resultan, penetra de nuevo en los corazones y en la escena del mundo.

Al presente se trata de acudir en auxilio de los hombres de buena voluntad á fin de que venzan en la noble empresa en que se hallan empeñados. No tenemos por qué ocultarlo: el espectáculo de la agonía de las creencias, á no-

sotros que atendemos á las enfermedades de las almas y trabajamos en su salvacion, nos causa un dolor y una compasion que es imposible expresar. Ojalá pudiéramos vislumbrar un largo porvenir para obrar como apóstoles, y lanzar durante dilatado período la protesta de nuestro Credo, á la creciente marea de blasfemos orgullosos... mas los predicadores se extinguen ántes de los sesenta años, y por nuestra parte experimentamos una especie de desesperacion en la cual entra por mucho el buen deseo, siempre y cuando consideramos que los defensores del bien son de sobra efimeros, comparados con la permanencia del mal.

A semejantes ideas somos deudores de la inspiracion de hablar hasta desde el interior de la tumba. El buen libro es el misionero perenne de la verdad. Cierto que hay una parte de grandeza en nuestra conversacion con las muchedumbres desde lo alto de la cátedra cristiana; pero su accion es rápida y aislada como las vibraciones del aire. El libro por el contrario, es señor del espacio y del tiempo, alcanza sobre la tierra una especie de ubicuidad que recuerda la presencia universal de Dios, y cuando ha terminado su mision de moralizar lo presente, la extiende á lo porvenir. ¡Felices aquellos que me-

recen tener á la posteridad por auditorio! ¡Gracia, siquiera, para aquellos que á semejante premio aspiran, movidos exclusivamente por el sentimiento de caridad! Pedimos para nosotros el beneficio de esta circunstancia atenuante.

Cuando no se abrigan respecto del público, más ilusiones que respecto de sí mismo, es fuerza convenir en que se necesita mucho valor para escribir en el dia obras de controversia religiosa! Los hombres de nuestro tiempo tienen otros quehaceres en que ocuparse, para que podamos congratularnos con la idea de que han de leerlos. Absorbida completamente su atencion por los acontecimientos que se realizan en el interior de los gabinetes europeos, por las peripecias que la bolsa anuncia, por las escenas que tiene establecidas la literatura recreativa, ¿qué les importa lo que solo atañe á la fé y á las costumbres? Cuando Platon se presentó inesperadamente en los juegos olímpicos, la multitud abandonó el espectáculo escénico para agruparse en derredor del filósofo. Si la Francia contemporánea tuviese la dicha de poseer un sábio tan grande, ¡abandonaria sus teatros, sus novelistas libidinosos, sus periodistas callejeros, para oír al nuevo Platon! Permitase que lo dudemos. Sea como quiera, no vacilamos en manifestar que

esperamos muy poco de su atención; pero esa misma frivolidad, rasgo característico de nuestro siglo, lejos de descorazonarnos nos obliga más y más cuanto menor sea la esperanza que respecto del éxito de nuestro libro abriguemos, mayor es la necesidad que sentimos de darlo á luz. Sucede con la expresión de las grandes convicciones, lo que sucede con los gritos de júbilo y los ayes que arranca el dolor: no se exhalan para que se escuchen, sino porque es imposible contenerlos. Escriban, pues, otros por amor á la gloria, ó por las simpatías que esperen conquistar: por lo que á nosotros toca, diremos con el Profeta. *Cree y por esto habla* (1)

II.

¿Qué procedimiento hemos seguido en la composición de este libro? Es decir: ¿cuáles son los puntos de vista desde los cuales considera la fé;

(1) Salmo 115. 10.

cuál es la extensión que abarca; el objeto particular que se propone; el método que lo caracteriza; la utilidad especial que al cabo ha de justificarlo?

La justificación de este libro no solo se halla en la actualidad de los puntos de que trata, si que también en la manera de tratarlos. Hasele impuesto el título de *Buen Sentido de la Fé*, porque expone la razón sometida al Evangelio, bajo la simple dirección del sentido común. Este procedimiento, por demás sencillo, es el más apropiado al tiempo y al país poco metafísico en que vivimos.

En resumen, nuestro siglo apenas descende á combatir en detalle los artículos de la fé; pero en cambio los ataca colectivamente. Tomando nuestro símbolo por sus dos polos, que son la creación y la redención, ha amontonado sobre los orígenes del mundo y sobre los del cristianismo densos celajes y oscuras nubes que, desde dichos puntos se derraman y extienden sobre todos los demás dogmas. No cabe dudar que su oposición, ménos que de pruebas, se compone de hipótesis tan atrevidas como ingeniosas; pero con los materiales que le proporciona esa romancesca erudición, obstruye las dos entradas principales de nuestro edificio religioso.

Es evidente que tan culpable trabajo tiene por objeto principal el afán de encubrimiento más que el deseo de destrucción, y por lo mismo el cuidado principal de la controversia presente, más que á apuntalar los muros del edificio, que no amenazan desplomarse, deben dirigirse á dessembrar las cercanías. No se trata de acopiar materiales para la reedificación del templo, sino de quitar estorbos; bien así, como acontece con esas antiguas basílicas de Roma, que en cuanto se las libra del lecho del polvo en que por la mano del tiempo yacían sepultadas, surgen completas y esplendentes del suelo en que fueron construídas.

Nuestros esfuerzos se consagran pues, al presente, á un trabajo preliminar, y este libro pertenece por consiguiente, á la clase de aquellos que distinguan los padres de la Iglesia con el nombre de *Preparacion evangélica*.

Convencidos de que entre los que están desprovistos de la verdad, son muy pocos los que se hallan en estado de descubrirla, ó de recobrarla mediante un profundo y detenido estudio de los dogmas, imaginaron nuestros primeros apologistas el sistema de guiar á los disidentes por medio de razonamientos prejudiciales. Al efecto establecieron una serie completa de prue-

bas generales que contenian en gérmen todas las verdades del cristianismo; especie de apología popular, que sin discutir detalladamente verdad alguna, dejaba fuera de combate todos los errores. En rigor, podrá decirse que no era esto otra cosa más que una especie de pórtico establecido sobre el suelo del templo de la doctrina; mas esta porcion del edificio desde Eusebio de Cesárea hasta nuestros dias, ni ha sido la ménos atendida ni la ménos notable para las inteligencias que van en pos de las verdades de la fé. En otro tiempo los neófitos se purificaban en el átrio de la basílica material; al presente, las más de las veces, los incrédulos deponen sus preocupaciones y abjuran de sus errores en el vestibulo de la ciencia sagrada.

¡Espectáculo verdaderamente extraño y digno de llamar la atención! Los resplandecientes destellos del Santo de los santos, es decir, los esplendores de la Teología, suelen ofender la vista del que vive sumido en la oscuridad; por el contrario, una polémica más vecina á la tierra que al cielo, no solo no le ofende, sino que hasta se le hace simpática. No de otra suerte la Divinidad para humillar los vuelos atrevidos de la razon, la condena á volver al redil por la modesta senda

que abandonó para extraviarse: por los senderos del sentido comun.

La Preparacion evangélica se divide en dos corrientes, perfectamente distintas, en el gran rio de nuestra tradicion-escrita. Esta doble direccion de la defensa, responde perfectamente á los dos focos principales de donde procede el ataque: la herejia y la filosofia anti-cristiana. A los herejes, es decir, á esos enemigos de lo intrínseco, que pretenden sustituir con imprevistas innovaciones la fé del pasado, nuestros padres oponian invariablemente la inadmission diciendo: Llegais tarde para promulgar un falso Evangelio, distinto del que todos los siglos han admitido como verdadero; vuestro símbolo se halla en flagrante contradiccion con el de las Iglesias apostólicas, por consiguiente, aun ántes de que se os entienda estais condenados por el argumento de las *Prescripciones*. A los filósofos, esto es, á los enemigos de lo extrínseco, á los que se encarnizan contra el cristianismo naciente, en nombre de la razon escandalizada, el cristianismo les decia: Vuestra razon se ve obligada á violentarse más para rechazarme que para admitirme: sin contar con la certeza histórica, están de mi parte todas las probabilidades de una sana lógica, por consiguiente, en tanto no

tengais en vuestra mano la evidencia para objetarme, yo reinaré en virtud de las *Presunciones* que militan en mi favor. Por nuestra parte nos valdremos de esta segunda táctica.

Digámoslo siquiera de paso. No puede dardarse que el estudio de la primera rama de la *Preparacion evangélica* bastaria para confundir á muchos pretendidos novadores, que no son otra cosa que restauradores de añejos sistemas, disfrazados con el ropel deslumbrante de los tiempos presentes. ¡Qué raudal de luz, especialmente para los protestantes, el que se encierra en las dos obras tituladas, la una *Prescripciones* por el elocuente autor de la *Apologética*, la otra *Advertencias* por Vicente Lerins! en la cual el géneo de la refutacion se eleva, por decirlo así, hasta la profecía, puesto que en sus cortas páginas se encierra una rotunda contestacion á todas las herejias futuras. Muchas veces me he lamentado de que la imprenta no haya tenido espacio para vulgarizar los grandes monumentos que nuestros padres nos dejaron, ántes que tuviera lugar la revolucion del siglo XVI. De seguro que muchos de los flamantes reformadores al verse retratados de mano maestra y combatidos por nuestros más ilustres antepasados, con quince siglos de anticipacion, habrian re-

trocedido ante el vetusto cuadro de sus nuevas aberraciones. En mi concepto, nada habria sido más decisivo contra la heregia, que una obra que hubiese desavuelto debidamente el siguiente tema: Lutaro presentido, juzgado y condenado por Tertuliano.

Mas con todo esto, el argumento colectivo sacado de las *Presunciones* ha alcanzado mayores victorias que el de las *Prescripciones*, por la sencillazon de que está más al alcance de mayor número de inteligencias. Desde la famosa tesis de Nicole contra los calvinistas, intitulada *Preocupaciones legítimas*, empleada bajo el mismo nombre contra los racionalistas contemporáneos, por el venerable Pedro de Ravignan, no se ha ofrecido arsenal más abundante donde haya podido la verdad procurarse argumentos más sólidos, más incontestables y más comprensibles. Frayssinous, Lacordaire, el Padre Félix, Augusto Nicolas, han cultivado el mismo género de polémica con un brillo y un éxito que vivirán mucho tiempo, y muchos que de seguro no habrían dejado convencerse por medio de pruebas esencialmente teológicas, no pueden menos que ceder ante la evidencia de la demostracion relieja que se deduce, ora de una verosimilitud racional, ora de una analogia ingeniosa entre la

economia de la naturaleza y la de la fe, ora en fin, de esas mil presunciones legítimas que corroboran todas las verdades reveladas, sin establecer aisladamente una sola de ellas.

Nosotros que venimos mucho tiempo despues y muy de léjos seguimos á nuestros maestros, aun cuando no sea más que bajo el modesto título de catequitas, descamos formar parte del apostolado que constituyen. Es verdad que marchando sobre sus huellas, no queda mucha gloria para conquistar; pero en cambio puede practicarse aún mucho bien. Semejante consideracion ha bastado por sí sola para alentarnos en la empresa de esta apologia al alcance de aquellas inteligencias que carecen de tiempo y de paciencia para ocuparse en obras de más importancia.

Podemos decir tambien que nuestros maestros no han realizado nuestro propósito, porque han ido más allá. De ellos, los unos, obligados a recorrer una dilatada via consagrada à la enseñanza, se vieron en la precision de desparramar sus luces à fin de iluminar su camino hasta el fin: por nuestra parte nos limitaremos à recoger los rayos diseminados, en provecho de aquellos que no se sienten con fuerzas para reunir por sí mismos los que son menester para formar un hazecillo. Otros, procediendo con el valor y deci-

sión que son propios del génio, lanzaron por todos lados deslumbrantes resplandores, que más tenían del fulgor del rayo, que de la grata claridad del día: á estos destellos irresistibles para los ojos tímidos, sustituiremos la claridad, calma y serena, preferida por la inmensa mayoría de los espíritus cultivados. En una palabra: los maestros fueron los verdaderos iniciadores: nosotros nos limitamos á vulgarizar lo que ellos hicieron; pero desde lo más íntimo de nuestro corazón bendeciremos al Señor por la gracia que nos ha concedido, si tenemos la dicha de que, al reclamar un incrédulo un guía que pueda volverle al verdadero camino, desde la tenebrosa senda en que vive extraviado, le ofrecen estas páginas su hija ó sus amigos. Ser el Ananías de tal ciego, es mucho mejor, vale infinitamente más que la gloria que el autor pueda adquirir: es la más bella recompensa que puede codiciar el corazón de un sacerdote.

Nos prometemos que nuestras esperanzas no han de verse completamente defraudadas; por que si bien es verdad que el fondo de las consideraciones que vamos á exponer no ofrece novedad, tampoco puede negarse que su síntesis no existía. ¡Hemos conseguido darle la última mano! Léjos de nosotros semejante presunción;

mas consuélanos anticipadamente de las imperfecciones que pueden existir en nuestra obra, la consideracion de que puede ser útil, sin ser por esto irreprochable. Las buenas intenciones, como las flores, tienen una belleza independiente de su agrupamiento: un haz de luz no ha menester hallarse regularmente compuesto para que ilumine.

La luz: tal es en efecto el traje más bello con que el espíritu humano puede vestir á la verdad, especialmente en la Francia contemporánea en la cual todo el mundo quiere comprender sin tomarse la pena de meditar. Convencidos de que basta con hacerse entender, sin quitar lo más mínimo á la gravedad de nuestro asunto, haremos cuanto podamos para no aumentar su peso con esos procedimientos germánicos que consisten en oscurecer las cosas, supretecto de transcendencia científica, y en perderse entre las nubes por immoderado deseo de elevarse. *Quia esconde los granos, dice la Escritura, será maldita de los pueblos* (1). Amenaza terrible para los controvertistas que disfrazan la verdad en lugar de presentarla desnuda, más atentos á sorpren-

(1) Prov. 11-29.

der que á convencer. Por lo demas la regla de gusto está en este punto de acuerdo con la conciencia: las tinieblas no son más que la ilusión de la profundidad; hay algo más elevado que las nubes, el sol. Seríamos menos disculpables que el comun de los autores, si lo hubiésemos olvidado en este trabajo, por lo mismo que no nos proponemos abrir senderos desconocidos, sino hacer un libro, que sin valerlo realments, pueda suplir á otros muchos.

Añadamos tambien que existe una cualidad más comunicativa, mejor *conductora*, en cierto modo, de lo verdadero, que la claridad del libro, y esta cualidad estriba en la simpatía del autor. El calor de los rayos solares alcanza donde no llega su luz. De la propia suerte el amor convence mejor que el talento. ¡Ojalá pudiésemos difundir esa afectuosa explicacion de la verdad sobre todas las oscuridades que somos incapaces de iluminar! Se lo pedimos á Dios de todo corazón, como aquel que con fundamento desconfía de sus débiles fuerzas; pero convencido al propio tiempo de su voluntad y buen deseo.

Este ensayo de *Preparacion evangelica* se compone de dos ordenes de pruebas completamente distintas. Las unas constituyen las presunciones directas en favor de la afirmacion cris-

tiana; las otras las presunciones contra la negacion opuesta á aquella. Ambas tienen su autoridad particular y por lo mismo podrian constituir dos obras distintas; mas hemos creído que debíamos reunir las formando una sola en virtud del principio lógico que constituye un todo con la exposicion de la tesis y la contestacion á las objeciones; con la parte positiva y el lado negativo de un mismo sujeto. Por lo demas, esas dos categorías de pruebas se reúnen sin gran esfuerzo bajo el título sintético de *Buen Sentido de la Fe*.

Las pruebas de la afirmacion se deducirán de una serie de proposiciones que conducen gradualmente la razon á la fé cristiana, por medio de sencillas indicaciones de buen sentido: esas proposiciones cuyo enunciado puede carecer de la seduccion de la novedad, hallanse tratadas sin embargo desde un punto de vista que aprovecha en gran manera á las necesidades actuales de los espiritus.

Su desarrollo que es al par una exposicion de la controversia católica, y un resumen de la doctrina filosófica de nuestro tiempo, gira sobre estos tres ejes: 1.º la naturaleza del hombre reclama una religion sobrenatural; 2.º la ver-

dadera religion sobrenatural es el cristianismo: 3.º el verdadero cristianismo es el catolicismo.

Cumplida esta parte de la tarea, era indispensable tomar la ofensiva contra la incredulidad, demostrando que si todas las probabilidades están de nuestra parte pueden contar por la suya con muy pocas. Y en efecto, facilísimo es demostrar *a priori* que toda incredulidad está radicalmente herida de incompetencia y desnuda de autoridad, por lo mismo que es resultado de una disposición enfermiza del linaje humano; ora por dimanar de un desorden de la voluntad; ora de una debilidad de la razón; ora de una fuerza de espíritu adquirida torcidamente, y que produce una como plétora intelectual, ocasionada con frecuencia por estudios demasiado exclusivos. De aquí tres causas de escepticismo que combatimos sucesivamente en la segunda parte: 1.º las influencias de la pasión; 2.º las de la enfermedad intelectual; 3.º las que yo llamaria *especialismo* científico. Es indudable que la incredulidad proveniente de éste, se halla comprendida de lleno en la que engendra la enfermedad intelectual; mas debe tenerse en cuenta que en la actualidad los especialistas forman entre nuestros adversarios una clase tan preponderante, como llena de arrogancia, razon

por la cual hemos creído útil reducir á su justo valor su encarecida autoridad en materias de religion.

Seámos licito añadir en interés de las almas á quienes ofrecemos la luz, que la segunda parte, no solo es la más oportuna, sino tambien la ménos explorada; pues si bien es cierto que son muchas las indicaciones que en diferentes partes se encuentran sobre el mismo asunto, podemos asegurar que no existe un cuadro completo de esos puntos de vista apologeticos. Somos los primeros en lamentar que la lógica del plan que nos hemos trazado, nos haya conducido á dejar para lo último lo que haya tal vez de más útil en este trabajo: razon por la cual no vacilamos en aconsejar al lector que no tenga necesidad ni de cision de seguirnos en todo el proceso del mismo, que tome el segundo volumen ántes que el primero.

Quiera el Señor proteger, durante este apostolado de gabinete, una debilidad que se ajustaria de sí misma, si no contara con verse apoyada. Es tan difícil hacer pasar las almas de un buen argumento á un acto de fé, que desconfiamos de alcanzar la victoria, si no supiéramos que Dios pone al servicio de los defensor es una fuerza superior á aquella con que pueden contar!

la gracia, que se impone á veces, como un hecho superior y casi ineludible, á aquellos que no la reconocen.

Establecer mojones en el camino que debe recorrerse, tal cual acabamos de practicarlo, equivale á difundir la luz sobre el mismo. Por el bosquejo que de nuestro asunto hemos presentado, puede venirse en conocimiento de que, lejos de salirnos del asunto, estamos completamente dentro de la *Preparacion evangélica*. ¡Ilustra en los designios de la Providencia, que desde estos rudimentos apologeticos, ascendamos á aquella enseñanza más elevada que S. Agustin distinguia con el nombre de *Demostracion evangélica*? ¡Después de haber expuesto este aspecto externo de nuestra religion, el *Buen sentido de la Fe*, podremos dar algun dia el plan interior en un trabajo complementario y más profundo, que se titularia la *Razon de la Fe*! mejor que nosotros lo sabe Dios.

Recorriendo las márgenes del Rhin, tuvimos ocasion de contemplar á varios jornaleros ocupados en desembarazar de construcciones impropias la espléndida catedral de Colonia; aquel espectáculo despertó en nuestro corazon vivísima simpatía en favor de aquellos modestos obreros, por lo mismo que al paso que adelantaban en su

penosa tarea, ponian más al descubrimiento la incomparable belleza de tan magnifico edificio. Tal es la imágen de la humilde tarea que nos proponemos realizar respecto del santuario de nuestra verdad. Hoy nos limitamos á desembarazar de malezas los alrededores de la Basílica: acaso un dia mostremos las magnificencias que se encierran en su interior.

JANL

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

SISTEMA NACIONAL DE BIBLIOTECAS



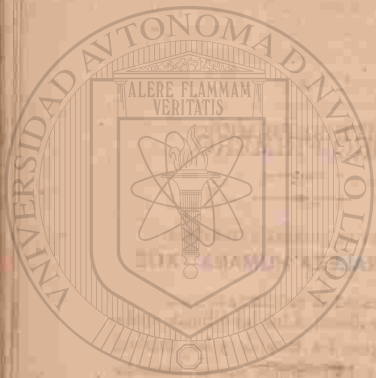
LIBRO PRIMERO.

LA NATURALEZA HUMANA XIJE

UNA RELIGION SOBRENATURAL.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



CAPITULO PRIMERO.

CREER, LEY DE NUESTRA NATURALEZA.

Desde que se dieron á luz las últimas apologías de la religion, los tiempos y los hombres han cambiado, y han surgido nuevas necesidades que imponen nuevos deberes á los defensores de la verdad. El sacerdote, que es eterno por su carácter, debe ser del momento por su enseñanza, porque si bien las pasiones son siempre las mismas en la tierra, los errores son diferentes. Cierta que el error varía ménos en el fondo que en la forma, y que no sería difícil poner de manifiesto los giros de un incesante plagio,

ocultados por los adornos y arameles de la moda; pero por lo mismo que el cristianismo se desenvuelve por medio de las evoluciones que para su defensa vése precisado á realizar: por lo mismo que las pruebas se multiplican al compás de las objeciones: por lo mismo que en oposicion á cada nueva falsedad, Dios pone de manifiesto una de las innumerables fases de su verdad, pudiendo decirse que entre todos los seres, cuanto más atacado, mejor conocido; es conveniente y oportuno combatir á aquel, sea el que quiera el disfraz bajo el cual se presente.

Vamos, pues, á hablar de nuestro siglo; pero sin decir de él mucho mal. Acontece con un siglo lo mismo que con un hombre: para decirle la verdad con fruto, es indispensable amarle. Por lo demás, el que se lamenta en demasía de su tiempo, ultraja á la Providencia y demuestra que ignora la historia. El verdadero conocimiento de lo pasado predispone á la indulgencia respecto de los contemporáneos.

Sin embargo, como sentimos por nuestro siglo verdadero amor, sin que nos ciegue el amor propio de pertenecer á él, tenemos la obligacion de decirle y aún demostrarle que no ha blasfemado menos que el precedente, sustituyendo la falsa erudicion á la agudeza de ingenio; la corte-

sía á la burla. Este trabajo proseguido bajo la apariencia de una inexorable imparcialidad, y de un rigor científico dispuesto á demolerlo todo para averiguarlo todo, ha producido más confusion que ruinas, y por lo mismo que no hay que reedificar, ensayemos los medios conducentes á desvanecer la confusion.

El primer fundamento de esta apología descansará sobre una base mucho más robusta que la ciencia y la filosofía hostiles á la fé. Convenimos en que esta no tiene el derecho de prevalecer sobre la evidencia científica y las verdades filosóficas; mas en tanto la ciencia enemiga no pueda oponerle más que teorías conjeturales, y la filosofía anticristiana no cuente con otros recursos que con objeciones mil veces más contestables que las pruebas que por nuestra parte podemos aducir; la religion alcanzará fácilmente la razon de una y otra, apelando de sus decisiones ante el tribunal de la naturaleza. La naturaleza: he ahí el *criterium* más infalible del espíritu humano, y la verdad fundamental segun la cual están discernidas todas las demás.

En este mundo donde todo se pone en tela de juicio, las tendencias que son leyes de nuestro ser, se imponen con una autoridad irrecusable. La razon padece frecuentes equivocaciones: la

naturaleza no se engaña jamás. De manera, que en cuanto hayamos demostrado que la *religiosidad* es una propensión invencible en el hombre, no será imposible eludir la conclusion siguiente luego la religion es al par en el hombre un deber y una necesidad.

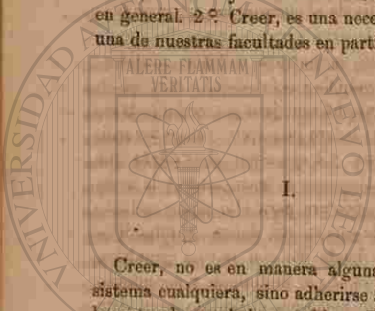
Desde luego puede verse, pues, que los verdaderos enemigos de la naturaleza son los naturalistas que no vacilarian en mutilarla, sin tener en cuenta los tormentos que la causarían, suprimiendo las creencias, que son elemento indispensable de su vida moral. En vano pretenden eliminarnos de la discusion en nombre de la ciencia positiva y se pretesto de que somos visionarios de la hipótesis metafísica; pues es completamente falso que vivamos de simples hipótesis; no, nosotros no llevamos al debate sistemas ni descubrimientos discutibles, sino el testimonio más irrecusable para la razon humana; el mismo hombre. Siendo como es nuestra religiosidad un hecho universal, indestructible, nuestra constitucion moral sería una aberracion de la naturaleza, si ese sentimiento no tuviese un objeto real.

Argumento de sentido comun que decide la cuestion aún antes de plantearla, por lo mismo que pone de manifiesto que de todas las hipóte-

sis, es la más grosera el positivismo, por lo mismo que prescinde de la humanidad. No se olvide que toda ciencia que no pese los fenómenos morales al mismo tiempo que los hechos materiales, y que divida el mundo para tener un fundamento que le sirva para negar aquello que no quiera ver, solo encontrará ridiculas mistificaciones en el fondo de sus falsificados crisoles.

Para comunicar á semejantes aserciones la solidez de un verdadero principio, vamos á verificar las premisas, y á examinar si es cierto que existe en la naturaleza el sentimiento y la necesidad de la fé, siquiera para ello, si nos es lícito expresarnos de esta suerte, debamos profundizar los cimientos hasta dar con la roca granítica. Esta cuestion es al par preliminar y perentoria; pues del mismo modo que el sentido de la vista supone la luz y recíprocamente de manera que la una de sus obras maestras carecería de razon de ser sin la otra; de la propia suerte el sentimiento de la fé en nosotros, supone fuera de nosotros el objeto de la fé. Y así como el ojo humano prueba la existencia del sol, cuyos rayos le hieren, puede decirse que nuestra necesidad de creer en Dios, atestigüa la existencia de Dios. De manera que, sentadas estas premisas, puede deducirse esta consecuencia: suprínase á Dios y

el hombre es el ser más inexplicable de la creación. Fijemos nuestra atención en nuestros movimientos más espontáneos, y obtendremos inmediatamente estas dos verdades iniciales: 1.º Creer, es una ley esencial de nuestra naturaleza general. 2.º Creer, es una necesidad de cada una de nuestras facultades en particular.



Creer, no es en manera alguna afirmar un sistema cualquiera, sino adherirse á dogmas sobrenaturales verdaderos ó falsos. En este sentido puede decirse, que la necesidad de creer es una verdad de sentido comun que se prueba principalmente por su evidencia. La fé es en tal manera una verdad de nuestro ser, responde de tal modo á una inclinación de nuestra alma, que el hombre ha sido definido un animal religioso. Por consiguiente, desde el punto y hora en que rechaza esta porción integrante de su personalidad moral, la fé se coloca en una situación con-

traria á la naturaleza, y pretendiendo elevarse, se mutila, se empequeñece. El Indio, prosternado ante Brahma, no está tan opuesto á las leyes esenciales del orden, como el racionalista colocado en esa situación normal, entre la animadversión religiosa y la que no puede serlo, la que rechaza serlo.

La fé, pues, en lugar de reducir nuestra naturaleza, la completa, confirmando esta verdad los axiomas populares, que son la más elevada expresión del sentido comun. El hombre considerado *sin fé y sin ley*, se juzgará siempre como ejemplar degenerado de la especie, y en la opinión del mundo el apodo de incrédulo será siempre la mayor injuria que pueda dirigirse á un hombre. De manera, que hasta las lenguas salen en favor y defensa de la verdad, aun despues de haber los hombres apostatado de ella. Por consiguiente, los pensadores que tanto hablan de la necesidad de comprender, deberian conceder la parte correspondiente á la necesidad de creer. Esta necesidad es uno de nuestros sentimientos más indispensables: puede desviarse; pero es imposible que pueda perecer, y si la fé es libre, en el sentido de que cada cual elige la que más le conviene; no lo es ménos en el sentido de que el hombre no puede prescindir en ta-

ramente de ella, so pena de declararse la guerra á sí mismo.

No ignoramos, no, las extrañas vicisitudes porque pasan las almas. Hay horas de vértigo en las cuales se considera no solo posible, sino hasta cómodo prescindir de Dios. Mas esto constituye la apariencia de la vida, no la vida misma. El blasfemo que ve seducciones en la epicúrea embriaguez de la prosperidad, y amargas voluptuosidades en la desesperacion, es desconocido por el alma que entra de nuevo en posesion de sí misma. La hora de la desgracia en particular, es casi siempre santa para el hombre. Derramando lágrimas sobre una tumba, difícilmente es incrédulo, y este grito en que suele prorumpir en medio de su amargura: ¡Oh Dios mio, Dios mio! es un acto de fé arrancado á la naturaleza por el dolor, contra el cual es imposible que pueda prevalecer materialista alguno.

Mas, esta invencible inclinacion de nuestra alma hácia la fé, ¿de dónde procede? Procede de que la fé, segun distinguidos naturalistas, es el rasgo característico de nuestra especie (1). Lo que distingue al hombre de los animales, dicen,

(1) *Unidad de la especie humana*, por Quatrefages.

no es la razon, ni la perfectibilidad, ni el lenguaje; pues animales existen en los cuales se hallan informes rudimentos de semejantes condiciones: de manera que, deade este punto de vista, la diferencia entre ellos y nosotros estriba en el más ó el ménos de tales perfecciones, no en una perfeccion ménos ó en una perfeccion más. En cambio la facultad religiosa ó la religiosidad, constituye la nobleza especial y exclusiva de la humanidad. Y es tan especial y exclusiva, que no existe raza alguna, por más degradada que esté, que de ella no se halle dotada, ni animal por más perfecto que sea, que de ella no esté desprovisto. Por consiguiente, equivocáronse de medio á medio los que juzgaron simplemente como una rama del reino animal á la descendencia de Adán. Lo que caracteriza al animal consiste en que es gobernado por la materia, en tanto que el hombre la gobierna á ella. El animal, dice Platon, es un cuerpo que tiene un alma: el hombre es un alma que tiene cuerpo. Así es que el hombre domina todo el resto de la creacion desde una altura incommensurable, y por la prerogativa excepcional iníajamente á él concedida, de conocer á Dios y adorarle, constituye un reino verdaderamente excepcional.

Confieso que no tenía necesidad de semejante demostración para reducir á su justo valor la hipótesis, ó mejor, demos á las cosas el nombre que merecen, la impertinencia anti-científica, y anti-humana que hace descender nuestra raza de los mamíferos cuadrumanos del centro del Asia. De todos modos gracias sean dadas, en nombre de Dios y en el de los hombres, á la ciencia antropológica por sus conclusiones que redundan en mayor honra y gloria de nuestro origen.

El hombre establece indudablemente su supremacía sobre el reino animal cuando dice: Yo pienso; por consiguiente en tanto los orangutanes no hayan compuesto su Iliada, y pronunciado sus Discursos sobre el Método, y fundado en medio de los bosques sus escuelas Normales, tengo para mí que no hay inconveniente en rechazarlos en el concepto de progenitores. El hombre afirma indudablemente su superioridad cuando dice: Soy perfectible, nosotros progresamos constantemente, al paso que los monos del tiempo de Faramundo alcanzaban idénticos grados de civilización que los de nuestros días. El hombre prueba indudablemente también la preeminencia de su origen cuando dice: Yo hablo, yo escribo; y de segura ha de transcurrir mucho

tiempo antes de que los héroes de la Fontaine nos reunan en la Sorbona para darnos lecciones de elocuencia. Por último, el hombre afirma y prueba sus incomparables ventajas cuando dice: Soy bímano y bípedo, y ando con el rostro levantado y mirando al cielo; los gibones que se le oponen, hechos para mirar al suelo, y para encaramarse, difícilmente se sostienen sobre sus pretendidos piés, al paso que el hombre no se vería completamente apurado para marchar sobre sus manos. Existen sin embargo naturalistas quisquillosos, que, siquiera en reducida escala, pretenden distinguir en el animal, la inteligencia, el amor, la estructura y hasta la moralidad propias del hombre. Pero cuando el hombre se levanta en medio de la naturaleza exclamando: *Creo en Dios Padre*, todos los animales se separan para saludarle respetuosamente. Porque los animales cómo los mundos, obedecen á Dios sin conocerle; y cuando el hombre se humilla ante el Creador, es cuando más se muestra el rey de la creación (1).

(1) Para el estudio de esta cuestión véase el tomo II en cuyo capítulo *Antropología y constitución del hombre*, se halla tratada científicamente.

En vista de esto, no queda á la ciencia más arbitrio que rectificar sus cuadros de historia natural, ni más partido á Linceo que introducir una modificación en sus clasificaciones. Los cuerpos terrestres, no se reducen á los minerales que crecen (1), á los vegetales que crecen y viven, y á los animales que crecen, viven y sienten: hay además los hombres, que crecen, viven y sienten como los animales, y creen y adoran como jamás crearán y adorarán los animales!

De aquí puede deducirse todo lo que tiene de criminal y absurda la loca pretension de privar á la humanidad del sentimiento religioso, bajo el supuesto de que constituye una debilidad que nos pondría por debajo del nivel de nuestros predecesores los gorilas, entre los cuales no se ha observado, hasta el presente, indicio alguno de tal estado morboso! Se ha pensado bien en ello! Aquí no se trata de corregir á la humanidad de un defecto insignificante, sino de refundirla, de hacerla completamente nueva. El poeta de la negacion sensualista, el Tirteo del escepticismo contemporáneo lo ha dicho.

(1) *de la creencia religiosa geológica.*

Pasar como un rebaño, puesta en tierra la mirada
 Y maldecir de lo demás... ¿Es esto ser feliz?
 No, es dejar de ser hombre (1).

Tal es la verdad, y no en sentido metafórico; sino bajo el más absoluto rigor científico. Pidiendo perdón al orgullo del espíritu, no puedo ménos que decir, que el rasgo distintivo de lo que fué llamado *mundo hominal*, no tanto es el talento como la fé, y M. de Quatrelages que osó arriesgar ese neologismo de clasificación, frente á frente con la antropología materialista, obtendrá de la misma más negativas que refutaciones.

De aquí que no me sorprenda que Lutaro juzgara más fácil fundar una ciudad sin suelo donde establecerla, que una sociedad sin religion y sin altares. Pero en cambio produceme indelicible sorpresa el que se hable de lanzarnos de nuestras catedrales para enviarnos de nuevo al vasto templo de la naturaleza! Los verdaderos templos de la naturaleza son aquellos de los cuales la naturaleza jamás ha podido prescindir. La humanidad levanta sus templos del mismo modo que las abejas labran su panal, con la conciencia y además con la razon (2).

(1) A. de Muech. — *Espérand en Dieu.*

(2) M. Aug. Nicolás: *El arte de crear.*

Y esta necesidad innata, instintiva de adoración, debe parecerse tanto más profunda, cuanto más difícil de explicar. Por lo mismo que es esencialmente espiritual y se dirige á lo invisible, parece que las barreras del mundo sensible al aprisionarla, acatarían por sofocarla. Las pasiones en vez de alimentarla la espantan; hasta los mismos esplendores de la creación tienden á detenerla, absorbiéndola en provecho propio; mas en vano, pues el sentimiento religioso admira la creación y pasa más allá.

No de otra suerte los chapiteles de nuestras catedrales, se elevan por encima de las cúpulas de nuestros teatros, de nuestras bolsas y de nuestras academias: no de otro modo la necesidad de fé, domina á la humanidad, y no la dominan la necesidad de placeres, de riquezas y de saber. Y téngase en cuenta que bajo una ú otra forma, constituirá siempre la más noble ó inextinguible de sus pasiones. Hasta las mismas falsas religiones deponen en favor de esta verdad, puesto que si bien son falsas con relación á la verdadera, son verdaderas en el concepto de que ponen de manifiesto á la naturaleza, privada de la divina revelación, amparándose del oprobio de la superstición, para librarse del tormento de la incredulidad. La irreligion absoluta es una químe-

ra monstruosa que pueden acariciar los cerebros enfermos; pero que rechazarán constantemente los pueblos sanos en el sentido intelectual y moral. Un linage humano sin creencias es una cosa tan incomprensible como un linage humano sin ideas y sin amor: esta conclusion tiene más alcance del que á primera vista parece, porque la prueba más patente de que Dios no es una ilusión que la humanidad se ha forjado, la tenemos en que es absolutamente imposible arrancársela.

II.

Reconocida la necesidad de creer, como ley de la naturaleza, para establecer mejor esta verdad, hagamos aplicación detallada á la naturaleza inteligente, á la naturaleza amante, á la naturaleza perfectible y á la naturaleza moral del hombre, de manera, que si interrogadas esas cuatro facultades contestan acordes á la tesis que dejamos sentada, podremos sostener que la palabra *Creo*, léjos de ser una debilidad de los

espíritus enfermos, constituye la expresión de una aspiración inextinguible en la tierra, y que el que no la pronuncia, se coloca en oposición con la humanidad y consigo mismo.

Las creencias, consideradas generalmente como un yugo, ¿no constituyen un beneficio para el pensamiento? Habiéndose con razón definido el hombre un ser enseñado, es indispensable que para llegar á distinguir, empiece por creer. Esto es cierto, así en el órden de los conocimientos naturales como en el órden de la fé. Aquel que rehusara su adhesión á toda enseñanza natural, se vería condenado á la ignorancia, del mismo modo que el que no quiera creer en los dogmas sobrenaturales se verá castigado por la duda. ¡La duda! Situación dolorosa para el espíritu, por lo mismo que es anormal. Y sin embargo éste es el nivel más elevado á que puede ascender la opinión antireligiosa, puesto que por más que haga, jamás podrá el incrédulo llegar á la certeza contra la fé. Todo aquel que se encuentra con un aserto tan autorizado como el que sostiene, pero opuesto al suyo, no puede en manera alguna adherirse razonablemente al suyo sin temor. Así como dos fuerzas iguales, obrando en opuestos sentidos, se neutralizan, dos afirmaciones equivalentes y contradictorias se re-

huelven en ese resultado negativo; en ese cero de la convicción, que se conoce con el nombre de duda. Coloquemos, pues, al libre pensador, no ante una autoridad que contrabalancee la suya, sino ante el cristianismo entero, con sus diez y ocho siglos de propaganda, con sus hombres de génio, con sus legiones de sacerdotes, con sus beneficios, sus monumentos, sus incalculables falanges de vivos y de muertos, y convengamos en que para rechazar sin vacilación este testimonio inmenso, tendrá que adjudicarse á sí mismo un acto de fé mucho más difícil que aquel que niega al Evangelio.

Por consiguiente la negación no puede producirse bajo la forma dogmática, por lo mismo que sea el que quiera el origen de dónde proceda, se resuelve siempre en el escepticismo. La historia nos da de ello una elocuente confirmación, harto conocida para que pretenda dársela como nueva al lector.

Preguntado Juan Jacobo Rousseau qué debía pensarse de las sanciones eternas, contestó: Lo ignoro. No faltó quien pretendiera haber alcanzado la certidumbre respecto de semejante creencia, y Diderot le dijo: Lo dudo. Por último, en presencia de Voltaire hubo quien se jactara de haber demostrado su falsedad, y Voltaire

re exclamó: Gran dicha es la vuestra: lo que es yo no he llegado tan lejos. De manera pues que el punto culminante de las opiniones contrarias á la fé, se reduce á ¡Un quién sabe! ; Y se pretende levantar sobre tan espantoso vacío el edificio de los destinos humanos? Semejante proceder equivaldría á lanzar enormes montes á la naturaleza humana, y á empujarla al crimen por el camino de la desesperación.

¡Quién es capaz de pintar las angustias de un mortal avanzando al través de los tiempos, viendo delante formidables tinieblas, dejando tinieblas formidables á su espalda, con grave peligro de verse precipitado en insondables abismos á impulsos de un acceso de fiebre, ó por resultado de una congestión! ¡Qué martirio el de un sér ávido de conocimientos, que levanta los velos tras los cuales el porvenir se mantiene oculto, que contempla hasta el fondo de los sepulcros, que llama á las puertas de todas las escuelas para interrogar á los oráculos, y que rendido de cansancio, jadeante, regresa al fondo de su alma sin llevarle más soluciones que un ¡quién sabe! Vuelvo á preguntarlo, ¿lo que de tal modo reduce la humanidad á tal extremo, puede constituir elemento de su naturaleza?

Para fortalecer la prueba no tenemos que hacer más que volver al revés la hipótesis. ¡Qué dulce bienestar, qué plácida satisfacción la del alma, el día en que tras lenguas peregrinaciones en el campo de la falsedad, pisa los linderos del palacio donde mora la verdad perdida y prorumpen en esta palabra santa: ¡reol! Sí, creo, es decir: mi vida y mi muerte no son un misterio, ni mis dolores la injusticia de una fatalidad sin entrañas. Creo, y por consiguiente en lo sucesivo no me perderé en preguntas sin respuesta, cuando la conciencia en las horas de reflexión me pregunte *¿Dónde está tu Dios?* Creo, y por lo tanto puedo dormir tranquilo, porque existe una Providencia que vela por mí, y puedo aventurarme sin temor en el camino de lo porvenir, porque distinguido á su término á un Padre cariñoso que me tiende los brazos para recibirme al otro lado de la tumba. Creo, y la vida me parece carga ligera, y el mundo completamente bello, y este valle de lágrimas mansion esplendente de celestes claridades! Nada puede igualar la felicidad de ese pobre ciego que, resintiéndose áun de las caídas que en su viage ha experimentado, descansa como San Juan sobre el seno de la Verdad, y encierra todas las certezas neces-

rias al descanso de la vida en esta sola palabra: Creo.

Y á esta necesidad, á esta aspiracion de la naturaleza inteligente ¿qué contesta la negacion? La Alemania que se conceptia una especialidad en materia de descubrimientos, ha imaginado un tipo de grandeza y de felicidad intelectuales que oponer al precedente, tipo que ha designado con el nombre, tan bárbaro como la misma cosa de *el dudador perpétuo*. El dudador perpétuo es un diletante de blasfemia, un apasionado de lo irresoluble por el simple pensamiento, un sofista trascendental, en suma, un corruptor de las inteligencias.

Digámoslo de una vez para siempre: tenemos en más la potencia que la seguridad del génio alemán. El por su parte tiene en muy poco el buen sentido francés para que este se halle muy obligado á la reciprocidad. Hace poco tiempo que un profesor de Goetinga, compadecido de que Francia perdiese lastimosamente el tiempo, tal era por lo ménos su opinion, en ensayos de obras científicas, le aconsejaba que no se moviera de su aptitud natural, consistente en dar el tono al mundo en lo que concierne á cuestiones de moda. Cierto que somos los principales iniciadores en cuanto á la moda se refiere, sea el que

quiera el género á que la moda pertenezca, circunstancia de gran provecho para los soñadores de la Germania, que de este modo pueden vulgarizar muchos sistemas extravagantes. De seguro no habrian atravesado tales concepciones las densas nieblas del Rin, si nosotros no las hubiésemos dispensado el honor de explicarlas á la Europa traducidas al francés.

Quién, sin nosotros, sabria *lo que Berlin ha soñado!*

Cierro aquí este paréntesis y sigo. El dudador perpétuo podrá inventar á su sabor nuevas maneras de oscurecer el sol, pero por más que haga, no logrará producir una nueva humanidad. Si el hombre depravado por el Kantismo y por el Hegolianismo, cual los héroes de Ossian, se goza encerrándose en los palacios de flotantes brumas, el hombre, creado por Dios, ha menester descansar sus piés en la tierra firme. Si aquel se complace meciéndose en eterna duda y diciendo: *Basco*; el otro siente necesidad de marchar sobre un terreno seguro diciendo: *Creo*; y cuando se presenta la duda, que es la inmovilidad del espíritu, como un estado de progreso y un movimiento de avance, no podemos admitirlo como prueba en favor de que se adelante en su marcha á la humanidad; juzgamos más bien que los que

de tal suerte proceden, imaginan hallarse delante de ella por la razón sencilla de que al quedar rezagados le han vuelto la espalda.

Al llegar á este punto dejo á la decisión de la conciencia la cuestión oscurecida por los manejos de la sofística. Es indudable que el hombre que no cree en una religión, sólo cree en sí mismo ó en las autoridades á que se somete. Ahora bien: siendo como son débiles el yo y las autoridades que se asigna, sólo pueden alcanzar de la razón adhesiones dadas, por lo mismo que sólo la infalibilidad inspira y guía la certeza. ¿Qué puede acontecer y acontece pues á los libre-pensadores que ignoran esta ley? La humillación de tener un símbolo religioso más variable que sus opiniones políticas, y de vagar sin tréguva ni dignidad sobre las alas de un pietismo nómada, que por la mañana descansa en la afirmación y en la negación por la tarde, convirtiendo en judíos errantes del progreso indefinido á cuantos espíritus lleva á remolque. Ahora bien: así como la marcha á un fin determinado es razonable, la que no tiene término propuesto constituye un movimiento desordenado. Acontece con el espíritu del hombre lo que con el hombre mismo: los viajes le distraen y le enseñan; el

vagar á la ventura le desmoraliza y hace desgraciado.

La facultad volitiva, como la precedente, exige de nosotros las satisfacciones, por no decir el complemento de la fé. Limitado el hombre por sus pensamientos, es en sus aspiraciones infinito; de donde se sigue que si abandona la religión por un sistema, abarca un objeto limitado, es decir dicho sistema, con un sentimiento que no lo es. De aquí una ruptura en el equilibrio de su alma y un seguro malestar. Mucho se habla de la dificultad de creer: ¿Qué es, sin embargo, comparada con la de no creer? La incredulidad, según dejamos dicho, es el pensamiento vacío de lo divino, es decir, el vacío que más horror inspira á la naturaleza; el hombre que en tal estado se halla, tiene indispensablemente abierta en su corazón una profunda herida que nada limitado puede cicatrizar, y avanza por el camino de la vida á la manera de los réprobos, es decir, herido por una desgracia tan grande, como el Dios que ha perdido! Podrá afrontarse esa ley; pero es absolutamente imposible sus traerse á ella: tanto es así, que en los siguientes acentos al uso moderno más vemos un grito de la naturaleza que un simple arranque poético:

..... A mi pesar me inquieta lo infinito
y cuando á él el espíritu se lanza
entre la duda cruel y la esperanza
vacilante yo siento que me agito.
Y mi razon se espanta, y le da enojos
sentirse ante el estéril é impotente
y verle escapar siempre de la mente
y no apartarse nunca de los ojos (1).

¿Qué falta á esas víctimas del escepticismo para que cesen los dolores que les causa el *tormento de lo infinito*? Creer lo que vislumbran y no pueden comprender. La fé, por lo que á la inteligencia se refiere, consiste en abarcar, en tomar posesion de lo infinito: mediante ella lo hacemos penetrar en nuestro pensamiento, del mismo modo que Dios lo ha puesto en nuestros corazones, y el establecimiento de este equilibrio, lejos de violentarnos, nos proporciona una verdadera felicidad.

No lo olvidemos pues: la razon más poderosa no basta al corazon ménos exigente, porque la esfera de la razon es limitada, en tanto que la del corazon crece de límites. En nuestras creencias necesitamos perspectivas tan inmensas co-

(1) A. de Murcia. *Ibid.* (Esta traducción es subida á D. J. M. D.)

mo nuestros deseos, so pena de vivir en contradiccion con nosotros mismos: solo la fé puede establecer esta proporcion. Por consiguiente, los que la juzgan como un límite, son unos verdaderos insensatos, porque lo único á que pone límite es á nuestras pasiones; pero en cambio dilata los horizontes sobre los cuales fija la mirada sobre nuestro corazon. Si la razon es la mirada natural del espíritu, la fé es el cristal telescópico que aumenta su potencia: con justo motivo se le ha llamado pues, *una prolongacion de la vista*.

Ahora bien, este aumento, igualando el alcance de nuestras afirmaciones especulativas al de nuestras intuiciones de sentimientos; nuestra respiracion moral á nuestras aspiraciones, coordina en nuestro interior, lo que la duda pone en desacuerdo, y nos proporciona un grato bienestar en tanto que el estado opuesto nos coloca en la situacion más dolorosa. Consoladora economía que han podido experimentar en repetidas ocasiones, aquellos que tienen tanta facilidad en amar como dificultad en creer! El esceptico que no ha experimentado jamás este fenómeno, ha contemplado los cielos..... y no se ha encontrado á sí mismo.

Hé ahí, pues, la condicion del orden en mi alma. Así como amo mucho más de lo que puedo expresar, y espero más de lo que debo tener, ó debo creer más de lo que puedo comprender, ó mi vision no está en correspondencia con mis demas facultades. Por consiguiente, existiendo en nosotros el sentimiento de la fé, todo lo que se encamine á destruir su objeto, tuerce la inclinacion de la naturaleza, y reemplaza con un dolor el ejercicio de una facultad. ¿Por qué razon los herejes y los paganos apenas se convierten, en tanto que los filósofos se retractan fácilmente? Porque los herejes, y hasta los mismos infieles, tienen creencias sobrenaturales, y si bien se hallan fuera de la verdad, no están fuera de la naturaleza; pero el filósofo por el contrario, es una insurreccion contra la naturaleza y contra la verdad, y lleva dentro de sí una aspiracion jamás satisfecha, que siendo la enfermedad de la falta de Dios, sólo puede ser curada por medio de la reparacion de Dios en sus ideas. Las lamentaciones de los grandes escépticos desde Byron á Alfredo de Muset y desde Rousseau á Jouffroy, constituyen una bella demostracion de esta verdad, para aquellos que buscan la verdad con la mano puesta sobre el corazon.

He nombrado á Jouffroy, y no quiero pasar adelante sin detenerme, siquiera por un momento, en la contemplacion de esa figura melancólica, ya que de tal contemplacion podremos deducir que nada prueba mejor la necesidad de creer que la desgracia de no creer. ¡Cuan conmovedora es la página en que ese filósofo refiere el término casi trágico de su fé religiosa! Era una fria noche de Diciembre: despues de un largo trabajo preparatorio, iba por último á pronunciar su postrer palabra sobre las cosas divinas. La negacion, como una especie de creciente marea, iba invadiendo paulatinamente sus más profundas convicciones. Al cabo de poco tiempo, creencias, tradiciones de familia, recuerdos de la infancia, toda su primera vida, en una palabra, habia desaparecido sumergida bajo el oleage devorador, y cuando nada quedó en este pensamiento devastado; cuando á las tres de la madrugada, rendido de fatiga, arrojóse sobre el lecho, parecióle, dice, que penetraba en una nueva existencia sombría y desierta, y añade estas profundas palabras: *Era incrédulo y maldiceia la incredulidad.* Sublime protesta de la naturaleza contra las apostasias de la razon. Y ahora pregunto: ¿por qué motivo la irreligion de Jouffroy ha venido á ser un espectáculo casi religioso?

¿Por qué este hombre ha pasado como uno peccos culpables agrados de que nos habla la antigüedad; como una especie de Edipo en Colonna de la incredulidad? Porque en su desgracia lleva el correctivo de su rebelion, y sus inconsolables tristezas moralizan su negacion, atestiguando que si el hombre tiene libertad para no creer, la incredulidad puede llevarle á morir desesperado.

En presencia de tales ruinas, ¿qué deberémos pensar de ese estoicismo desnaturalizado de la negacion, que consiste en *saber prescindir de las esperanzas*? Hanse presentado ciertos catones del libre pensamiento acusándonos de administrar á la humanidad cloroformo en vez de luz, diciéndonos modestamente: Vosotros sois el consuelo; nosotros somos la verdad. ¿Ellos la verdad? Esta es la cuestion. ¿Con qué fundamento proceden juzgándola y resolviéndola en su favor? Que nosotros somos el consuelo: Es esa una inmensa presuncion en favor nuestro, y nos sorprende que no la hayan comprendido. Podrian insultarse las necesidades del alma; pero téngase en cuenta que por más que se haga, será imposible vencerlas; y aun suponiendo que todas las cosas fuesen iguales, siempre será preferible á la que la sume en la desesperacion, la

doctrina que lleva consuelos á la humanidad. El sello de nuestra verdad, decia Montaigne, consiste en que nos comunica virtud (1): otro sello no ménos positivo, lo tenemos en que nos comunica reposo. La virtud, es en nosotros la señal del órden moral: el reposo, el indicio del órden material: dos fundamentos de la verdad sobre los cuales descansa la naturaleza, y que no pueden ser destruidos sin que al propio tiempo se la destruya.

Crear es tambien una necesidad de lo que llamaré nuestra facultad progresiva, es decir, nuestra perfectibilidad. Extraña confusion de ideas la que considera la fé una especie de petrificacion intelectual! No es cierto que la razon de los creyentes se halla trocada en estatua, como la mujer de Loth, cuando se toma la libertad de mirar. Ciertamente que la fé sujeta el espíritu á un punto fijo; pero un punto fijo, colocado bajo los pies de un agente, no le reduce en manera alguna á la inmovilidad; sino que por el contrario le sirve de apoyo indispensable para imprimir á sus movimientos direccion y fuerza. Dad á Arquimedes un punto de apoyo, y levantará el

(1) *Avarene*, libro II, cap. 123.

mundo; con el auxilio de un punto fijo, el cristianismo lo ha renovado. Por lo demás, la fe no tiene con mucho la firmeza de un valladar destinado á cortar el vuelo al espíritu humano, sino que da un terreno gratuitamente adelantado al talento, para que en el levante sus edificios. Señores y libres sobre ese suelo sagrado, arrojad atrevidamente vuestras concepciones más personales: el suelo será de Dios, la arquitectura será vuestra. Podría decirse también que el símbolo cristiano es un centro de gravedad en el mundo intelectual, como en nuestro sistema planetario lo es el Sol: cada cual de describir es libre en derredor de ese centro, órbitas reducidísimas como el catecismo, ó parábolas inmensas como la *Summa* de Santo Tomás. Mas, porque exista regulado el movimiento, ¿ha podido decirse jamás que en el espacio existía la inmovilidad? Pues de la propia suerte la inmovilidad tampoco constituye la religion, siquiera dependa de ella; y aún debemos añadir que sin esta dependencia no hay progreso posible.

La fe produce desde luego el progreso de la fecundidad. Monsieur d'Archiac, poco sospechoso de empirismo místico, conviene en ello: el materialismo solo produce esterilidad (1). For

(1) *Introd. al estudio de la Paleontología en Argentina.*

el contrario, el cristianismo multiplica profusamente sus obras maestras intelectuales, como sus catedrales. Así tenemos que al paso que la incredulidad jamás ha podido fijar una tesis verdaderamente célebre, ó digna de serlo, pues Dios le ha negado la inmortalidad en estado de movimiento, la Verdad, desde la *Apologética*, hasta el *Discurso sobre la historia universal*, desde la *Ciudad de Dios*, hasta el *Génio del Cristianismo*, ha inspirado casi todas las obras consideradas como las columnas de Hércules del pensamiento humano. Y no hay para qué sorprenderse: he hablado hace un instante de las grandes catedrales; es muy natural que las catedrales de ideas, como las catedrales de piedra sean resultado de la fe. ¿Cual es el hombre de talento que por haber sido religioso ha tenido menos? No se le hallará por más que se le busque. En cambio, cuántos espíritus se han empobrecido, como el pródigo, gracias á la disipacion, y siendo así que comenzaron produciendo grandes obras, bajo la disciplina de la fe, emancipados de ella, solo han logrado dar vida á miserables enjendros!

Léjos de mí la pretension de que para ser un génio sea indispensable ser creyente; mas prescindiendo de que el espíritu está más sujeto á la

incredulidad que el génio, por lo mismo que no cuenta para sus obras con el sublime patrón de lo infinito, no es cosa rara que pierda el génio al propio tiempo que la fé: y en tal caso nada más lamentable que el espectáculo de esas ruinas intelectuales; nada más instructivo que esos baluceamientos del talento vuelto à la infancia à consecuencia de la rebelion, y condenado al oprobio de no poder pensar, en castigo de haber dejado de creer! Los hechos que en nuestro apoyo podríamos aducir son numerosos: callemos los nombres y divulguemos la cosa. Por consiguiente que no se nos venga con alabanzas del progreso por la negacion: la obra maestra del ataismo está por hacer: la nada, trabajada por la inteligencia humana de mejores condiciones, jamás podrá producir otra cosa que la nada.

La fé es un medio de progreso porque fecunda el espíritu; pero también y principalmente porque lo desenuelva. Singular inconsecuencia del racionalismo, hacer del hombre una inteligencia, que tiene simultáneamente el derecho de comprenderlo todo y el deber de progresar sin descanso! ¿Cómo es posible que pueda progresar en religion el día en que todo lo haya comprendido? No cabe duda que el término de su viaje, será para él la señal de una detencion

eterna, y entónces se comprenderá la extraña contradiccion de un sér progresivo por naturaleza y estacionario por necesidad.

La fé resuelve esta dificultad, porque aun cuando sea invariable en su esencia, no es en manera alguna impropresiva ó estacionaria. Los cristianos no son términos ó piedras miliarias, en el dominio de las ideas. No hay más diferencia sino que en tanto que el progreso filosófico es una especie de libertinaje intelectual que admite las ideas de hoy para repudiarlas mañana, el progreso en la fé constituye más bien una ascension que un cambio de direccion: de tal manera que sin suprimir el eje de sus pensamientos, el espíritu humano distingue mejor los contornos, y puede extenderse incessantemente en su descubrimiento, sin perder cosa alguna de su firmeza.

De esta suerte la revelacion se desenvuelve en lugar de modificarse. Cierto que en el centro de sus misterios, queda un núcleo, un santuario impenetrable; pero Dios ha cuidado de dejar un vestibulo transparente, una especie de atmósfera brillante, al rededor de este punto obscuro, y cada cual puede establecerse en ella más cerca ó más lejos. Bossuet y San Agustín ocupan un lugar más adelantado que aquel en

que se halla establecida la generalidad de los creyentes: los Angeles preceden al génio: la Virgen María á los Angeles, y el hombre puede subir indefinidamente hácia esas cimas radiantes, aproximándose constantemente al foco ocupado por el pensamiento solitario de Dios. Hé ahí cuáles son para nuestro espíritu, las verdaderas condiciones del desenvolvimiento en la fé. Puede decirse de él, lo que del hombre han dicho los teólogos; esto es: que está en viaje, *in via*; y esta marcha de una á otra claridad, que constituye ya nuestra felicidad en la tierra, constituirá también la ocupación de nuestro paraíso eterno: *Ascendum de claritate in claritate* (1) ¿Puede imaginarse viaje más bello que este, abierto á nuestras ambiciones de progreso?

Decía Lessing que si Dios se le hubiese presentado llevando en una mano la verdad y en la otra la investigación de la verdad, habria contestado á Dios: Guardad la verdad y dejadme el placer de buscarla. En materia de religion esta dicha solo pueda poseerse mediante la condicion de creer: el que todo lo vé, no tiene necesidad de buscar cosa alguna. En cambio para nosotros,

(1) II. Cor., 3-16

el mismo misterio constituye un incentivo para el descubrimiento y un incesante *ascende superius*, por lo mismo que todos los caminos que al mismo conducen, se hallan abiertos á nuestras investigaciones; aun en el caso de que su esencia permanezca incomprensible. Obreros del pensamiento, avancemos pues constantemente y no permanezcamos en el quietismo, en el letargo por la fé: los cristianos representan el movimiento perpétuo en la fé. Apártense otros si quieren del camino: por lo que á nosotros toca, proseguiremos nuestra marcha conquistadora al través de la region de las divinas revelaciones. Curiosos siempre; pero siempre adoradores; curiosos de lo que puede abarcar la mirada humana; pero al propio tiempo adoradores de las inescrutables profundidades de lo infinito.

Enhorabuena, se dirá, supongamos que la fé no sea la teoria de la inercia; pero nadie podrá negar que es por lo ménos la de la servidumbre intelectual, por lo mismo que el derecho de dudar, es una parte esencial de la libertad: la esclavitud, por más que pueda alcanzar los más bellos resultados, no deja de constituir un estado deshonroso. Tantos despropósitos como palabras. Lo que nos echais en cara, podríamos contestar al incrédulo, no constituye la servidumbre, sino

la dependencia; ¿mas, con qué derecho pretendéis emanciparos de ésta, vosotros que, excepcion hecha, de la del espíritu, admitis todas las autoridades? Como nosotros os constituís en dependientes de las leyes morales en lo que atañe á vuestra sensibilidad; de los poderes gérárgicos, por lo que se refiere á vuestra voluntad; en todas vuestras facultades, en fin, de una regla que limita su ejercicio, ¿sólo vuestra razon es tan poderosa, que no ha menester la más insignificante salvaguardia? Vana utopia. La fé es la regla, la ley moral de vuestra inteligencia; por consiguiente no podeis rechazar un freno intelectual, sin afirmar al propio tiempo que no hay mal alguno en el orden del pensamiento, puesto que esto os llevará inmediatamente á negar el mal en el orden de las acciones. Cuando reivindicais la libertad ilimitada del espíritu, que tiene por corolario lógico la libertad ilimitada de la pasion, os constituís en falansterianos de la filosofía, y sin daros cuenta de ello, implícitamente pasais de la blasfemia á la inmoralidad.

Por lo demás, ¿ha faltado por ventura en tiempo alguno la libertad de examen á los cristianos? ¿Nos hallamos acaso constituidos en dependencia sin haber convenido en ello? Oh, no,

Cuando he constituido la fé, en gobernadora de mi espíritu, lo he hecho en virtud de un acto libre de mi libre razon, y cada uno de mis actos de fé, como funcion de un órden por mí mismo establecido, constituye indispensablemente un acto de mi libertad, de la propia manera que cuando hemos sancionado un poder por la fuerza de nuestros sufragios, confirmando por medio de la obediencia al mismo la obra de nuestra voluntad, manifestamos indirectamente la proclamacion de nuestra soberania. Envanézcanse los que quieran con la triste gloria de libre pensadores: no les envidiamos, les compadeecemos: nosotros tenemos en más estima la gloria de podernos proclamar pensadores libres! Pero entiéndase bien: libres, como todas las fuerzas bienhechoras de la creacion que se dejan dirigir. Una fuerza sometida á la ley, es la fecundidad y la vida: una fuerza sin ley es la destruccion y el caos. Libres, pero no á la manera del rio que saliendo de madre lleva la destruccion hasta donde alcanza, sino á la manera de aquellos que admiten diques para que, debidamente conducida la corriente, fertilice y derrame la abundancia do quiera llegan sus aguas. Y hé ahí porque nuestra libertad en la fé, ha producido la civilizacion moderna, en tanto que la libertad

sin la fe, nos amenaza con sumergirnos en una segunda barbaría.

Por último, la necesidad de creer es principalmente un resorte indispensable á nuestra naturaleza moral. No exageramos: la humanidad, ó mejor algunos hombres sin creencias religiosas son capaces de ciertas virtudes que podemos llamar naturales; pero por más que haga, jamás realizará todas las virtudes de que es capaz, desprovisto de este apoyo y de este freno. Conozco los esfuerzos de cierta escuela para prescindir de Dios en el establecimiento de las costumbres, y para constituir la moral sobre la base de la justicia immanente, de suerte que sea cosa hacedera la santidad compatible con el ateísmo. Sueño impotente que juzgaremos más adelante; al presente, por toda refutación, nos limitamos á decir que solo deseamos á los partidarios de la moral independiente, esposa, hijos y criados que la profesen.

Y se comprende sin gran esfuerzo. ¿A qué se reduce la incredulidad tomada en conjunto? A la supresion de los dogmas; ahora bien, siendo al par los dogmas los motivos y las sanciones de la moral, desprovista ésta de las creencias que la engendran, conviértese en absurda crucifixion, en convencion tiránica, y se anonada como un

efecto sin causa. Consecuencia: que el vicio es el hijo legítimo de la blasfemia; la corrupcion no es más que la incredulidad aplicada, y dado que el incrédulo ofrezca un tanto de verdadera moralidad, ha de resultar precisamente de escaparse de la inmoralidad, por medio de inconsecuencias generosas, y de que tenga sus propias opiniones en ménos estima que su persona. Y en efecto obrando así, es que piensa en que no podría proceder de otra manera sin deshonrarse, ya que al traducirse lógicamente en actos muchísimas de sus negaciones, caerian bajo el dominio de la policía correccional. No puede pues llamarse filosofía la profesion de unas doctrinas cuya práctica convertiría al hombre en malhechor.

A más de que, ¿á qué se reduce la incredulidad considerada en detalle, es decir, en sus diversos sistemas? Unas veces á la negacion del libre albedrío; otras á la negacion de toda diferencia entre el bien y el mal: ora á la legitimacion de la pasion; ora á su impunidad eterna y siempre á su responsabilidad despues de la muerte; es decir, el catecismo del crimen y la garantía de los criminales.

De suerte que la naturaleza libertada de la fe, sólo será capaz de virtudes fáciles y de una

moralidad de convencion. Conozco las predilecciones del mundo en favor de los santos del calendario filosófico, precisamente porque no hacian la señal de la cruz; mas no se pierda de vista que tales santos, no fueron por lo comun, otra cosa más que héroes de teatro, que cubrieron con méritos populacheros humillantes bajezas: sus virtudes no eran más que una deslumbrante representacion, llevada á cabo sobre tabladitos corroidos por la podredumbre. Si la sociedad, harto exigente respecto de los santos verdaderos, se muestra con respecto á aquellos indulgentes en demasía, proviene de que, discutiendo lógicamente, considera que en rigor debian haber muerto en presidio, puesto que no conducen á otro fin los principios que profesaron, y no puede ménos que mostrársles agradecida por el mal que han dejado de hacer.

¿Quiere saberse, y por cierto de buena tinta, lo que en el orden moral puede esperarse de la naturaleza desprovista de creencias? Una noche que d'Alambert y Condorcet se divertian haciendo burla de Dios, Voltaire, que se hallaba presente, dió orden á los criados que les servian en la mesa para que se retiraran, despues de lo cual dijo: «Ahora señores, podeis continuar; si nuestros criados hubiesen comprendido cuanto

acabats de decir, no me habria sorprendido si esta noche me hubiesen asesinado.» Tal es la moralidad del blasfemo, deducida con tanta gracia como buen sentido. Sosténganla los predicadores quiméricos de la teoría del bien por el bien, que se rebelan ante la idea de que puedan proponerse *intereses de ultra tumba para la práctica de la virtud*. Es imposible que exista para la humanidad ley alguna, el dia en que carezcan de fé: sobre las ruinas de todos los dógmas, para castigar á los que hayan destruido los demás, solo quedará uno. El derecho del más fuerte.

Lo que constituye el prestigio de la negacion, consiste en que jamás se ha tomado en serio para someterla á la experimentacion. Siempre ha demolido: jamás ha edificado. Pero, imagínese por un momento que se trata de someterla á la prueba de las aplicaciones prácticas: que la Europa, convertida al racionalismo hasta en sus costumbres, sustituye á la caridad el *otrois mo*; el positivismo, al Evangelio; á la divinidad de Cristo, la de la materia; en una palabra, que vive en conformidad á lo que cree, ó mejor á lo que no cree, y la Europa veria tan terriblemente castigada su apostasia, por sus crímenes y por sus dolores, que este momento del abandono

de Dios en nuestra historia, constituiría el escapo de las generaciones venideras.

Do lo dicho se desprende, pues, que verdadera ó falsa, el hombre ha menester una fe religiosa; y que cree, espera y ama en virtud de una inclinación irresistible de su propia naturaleza. Así se explica cómo á pesar de tantas paciones conjuradas contra nosotros, es tan difícil acabar con nosotros. Como nosotros representamos á Dios y á la naturaleza, dos poderes que no mueren nunca, llevaremos al sepulcro á muchos de nuestros adversarios que pretenden acabar con nosotros. No me forjo ilusiones halagüeñas respecto de nuestra época, y harto se me alcanza del trabajo de desmoralización que se está realizando, para que pueda permanecer tranquilo; pero no cabe dudar, en cambio, que si las masas son más incrédulas que hace cien años, las clases elevadas tienen más fé. Ahora bien: en el orden social, como en la creación material, la Providencia coloca los para-rayos en las alturas. Antes del 89, las alturas eran las que se hallaban invadidas por el mal, y esto explica que no pudieran conjurarse las tempestades del 93. A Dios gracias hoy los peligros son menores.

Pero aún tomando el asunto desde el peor punto de vista; si una catástrofe á esta parecida viniera á dar la razón á los temores de los pusilánimes y á las esperanzas de los enemigos, ¿podría el génio del mal sentarse con orgullo sobre las amontonadas ruinas de nuestros tabernáculos, y gritar como el lictor de la antigüedad: Todo acabó, *actum est?* No, para nosotros, en el instante en que todo concluye, debe empezarse de nuevo. Todo había acabado en la antigua Roma, cuando Tácito exclamaba *Christiano nomine delcto*, y sin embargo, de la tumba de las victimas brotó una generación espontánea de cristianos. Todo había concluido en Nangasaki cuando el tirano Taicosama trató de anegar en sangre cristiana la Iglesia del Japon, y al cabo de doscientos años, de las catacumbas de ese país, salían más fieles de los que sus cárceles podían contener. Todo había acabado en Africa despues del paso de los Moros, y esta Iglesia vió reverdecer las palmas de sus mártires. Todo parecía terminado entre nosotros despues de las saturnales de la diosa Razon, y sin embargo, nadie lo habria dicho contemplando las últimas fiestas celebradas en Roma. Sí, áun cuando merced á un catadismo social, sufriera nuestra Iglesia la suerte que un día experimentaron

Pompeya y Herculano, no habria acabado todo. La Iglesia se parece á esas plantas que florecen preferentemente entre ruinas, y el uso que la Francia hará de estas en lo porvenir, consistirá en levantar un templo para cantar en él el *Credo* de su bautismo. Podrá olvidarse, durante algun tiempo, de recitar dicho *Credo*; pero sus palabras jamás las olvidará, porque es tan incapaz de faltar á la palabra que tiene empeñada á Dios, como á su palabra de honor. Por lo demás, todavía tengo una garantía más positiva respecto de la esperanza de que la fidelidad de Francia es el testimonio de la naturaleza: si, al decir de los incrédulos, Dios empleó millones de siglos para hacer al hombre, necesitaría de seguro muchos más para volverlo á hacer.

CAPITULO II.

CONCILIACION DE ESTA LET. CON LA DIFICULTAD DE CREER.

Bossuet ha dicho: «La naturaleza humana conoce á Dios: esta sola palabra basta para colocar á los animales hasta el infinito por debajo de él (1).» Esta verdad, que había sido enunciada ántes por Ciceron, había pertenecido hasta nuestros dias al dominio religioso y filosófico. Al presente, M. de Quatrefages la ha elevado, segun dejamos expuesto, á la naturaleza de demostracion científica. La religiosidad es el ca-

(1) Del conocimiento de Dios y de sí mismo, cap. 3.

Pompeya y Herculano, no habria acabado todo. La Iglesia se parece á esas plantas que florecen preferentemente entre ruinas, y el uso que la Francia hará de estas en lo porvenir, consistirá en levantar un templo para cantar en él el *Credo* de su bautismo. Podrá olvidarse, durante algun tiempo, de recitar dicho *Credo*; pero sus palabras jamás las olvidará, porque es tan incapaz de faltar á la palabra que tiene empeñada á Dios, como á su palabra de honor. Por lo demás, todavía tengo una garantía más positiva respecto de la esperanza de que la fidelidad de Francia es el testimonio de la naturaleza: si, al decir de los incrédulos, Dios empleó millones de siglos para hacer al hombre, necesitaría de seguro muchos más para volverlo á hacer.

CAPITULO II.

CONCILIACION DE ESTA LET. CON LA DIFICULTAD DE CREER.

Bossuet ha dicho: «La naturaleza humana conoce á Dios: esta sola palabra basta para colocar á los animales hasta el infinito por debajo de él (1).» Esta verdad, que había sido enunciada ántes por Ciceron, había pertenecido hasta nuestros dias al dominio religioso y filosófico. Al presente, M. de Quatrefages la ha elevado, segun dejamos expuesto, á la naturaleza de demostracion científica. La religiosidad es el ca-

(1) Del conocimiento de Dios y de sí mismo, cap. 3.

rácter distintivo de nuestra raza, dice, y establece una demarcación terminante entre nosotros y los animales. Por consiguiente, este atributo especial hace de nosotros una categoría, un reino aparte, un el cual, colocado al hombre en el puesto de honor que le señaló el Creador, semeja, según una célebre expresión, un ángel empequeñecido, más bien que un animal desarrollado. Pero la religiosidad crea en nosotros la necesidad de creer que se hace sentir en cuatro focos principales de nuestra alma: la inteligencia, el amor, la perfectibilidad y la moralidad. Cada una de estas facultades, atencamente observadas, rinde un testimonio fehaciente à la verdad de esta ley. Prueba concluyente de que el hombre no es un Dios, la tenemos en que necesita adorar à otro: prueba, sobre todo, de que no es un simple animal, lo vemos en que está plenamente demostrado que desde el insecto más insignificante, hasta el mono antropomorfo, no hay animal alguno que sienta la necesidad de adorar.

Al establecer esta verdad, ¿habríamos acaso suscitado una objeción? La dificultad de creer constituye en nosotros un hecho innato y persistente, como lo es la necesidad de creer; ¿cómo puede consignarse la autoridad de lo prime-

ro, sin contar con lo segundo? Nos hallamos tanto más dispuestos, en cuanto este estado es doloroso de ayo, y entre todos los ciegos, ninguno más digno de compasión que el que no ve à Dios. Nada existe más lleno de desencanto, que los pensamientos de una alma desamparada que lleva simultáneamente en sí misma toda la fé que ha menester para ponerse à cubierto de la incredulidad, y toda la incredulidad necesaria para ponerse à cubierto de la fé! La tentación de la duda es la más cruel por lo mismo que obstruye las fuentes de la fuerza sobrenatural, à las cuales acuden en busca de socorro las demás tentaciones.

Sin embargo, por lo que se refiere à la facultad de creer, conviene establecerse de manera que pueda contarse con sentimientos independientes de toda convención. Desde luego, piedad, mucha piedad para la duda, siempre y cuando constituya un sufrimiento, no un modo de ser; una enfermedad, no la elegancia de ciertos espíritus ligeros que no se preocupan poco ni mucho de la posibilidad de ser aplastados bajo el peso de sus problemas. Mi corazón ha latido à impulsos de la simpatía arrancada por los gritos desgarradores de Werther, de Childe-Harold y de otros tipos atormentados por la incredulidad.

Debo confesar, sin embargo, que mi razon ha reaccionado inmediatamente sobre el sentimiento, no solo porque la poesia de semejante desolacion me ha parecido mal sana, sino tambien porque he creído descubrir en esos aères, presa de la desolacion, algo parecido á los niños llorones que esfuerzan sus floriqueos para que se les atienda. No hay comedia más ridícula que la de las lágrimas.

Libreme el cielo sin embargo, de faltar á los deberes de la caridad respecto de las victimas de tal infortunio! El hombre que ha perdido á su Dios y que me suplica que se lo devuelva, es de todos cuantos desgraciados existen el que más profundamente me conmueve. Por lo mismo que comprende toda la intensidad de su dolencia, hago cuanto puedo para no agravársela. Lejos de mí esa apologética restringida, que no acertando á distinguir en sus adversarios más que gentes de mala fé ó de costumbres perniciosas, no quiere tomarse la pena de fijar en ellos la atencion, por considerar que creerán cuando de ello sean dignos. En el abuso de semejante proceder, puede entrar por más la ignorancia que el orgullo. Despues de haber tratado las inteligencias que padecen en los libros y en la vida, he sentido que de este comercio brotaba

en mi alma, una conmiseracion inmensa respecto de ellas, y de este sentimiento nació mi confianza al abordarlas. Compadecerlas equivale á comprenderlas, y comprenderlas, ¡no constituye la fundada esperanza de ser comprendido!

Estudiemos, pues, con verdadero deseo de acierto y sin determinacion preconcebida, esta cuestion capital: ¿De dónde procede la dificultad de creer y cómo puede consistir y armonizarse con la necesidad de creer? La cuestion será más explícitamente resuelta cuando nos ocupemos detenidamente en el estudio de las fuentes de la incredulidad; mas en tanto que este momento llega, es indispensable que fijemos los puntos de una tesis preliminar. La dificultad de creer proviene: 1.º de la naturaleza de la religion; 2.º de la naturaleza del hombre; 3.º de un vicio en el método empleado por el hombre para apreciar la religion.

I.
La religion es por su naturaleza una autoridad para la razon, y una regla para las costumbres. Esos atributos están de tal suerte adheridos á

la misma, son en ella hasta tal punto necesarios, que ni Dios puede despojarla de los mismos; pero esas dos dominaciones, la autoridad y la regla, exigen del hombre sacrificios, y de estos sacrificios resultan un gran número de repuliones contra la fé.

La religion se halla fundada en la certeza no en la evidencia, y el espíritu humano que se satisface con la certeza, respecto de otro orden de conocimientos, aspira sin razonable fundamento á la evidencia en materia de religion. No se olvide que hasta lo incomprendible, cuando lleva el sello de la divinidad, es tan digno de la fé como la evidencia humana. Nuestra razon recibe de dos maneras las verdades á que suscribe: directamente, esto es, por el esplendor que inmediatamente le rodea; é indirectamente, es decir, gracias al testimonio que las garantiza. No cabe dudar que Dios es el único que ha podido presenciar toda la historia; probablemente no existe hombre alguno que haya comprobado todas las conclusiones deducidas por la ciencia; y sin embargo todo el mundo presta fé á la ciencia y á la historia, apesar de que no puede constituirse en testimonio ocular. Admitir como bueno únicamente aquello que se puede explicar, no es más por consiguiente que la mez-

quina filosofia del vulgo que sólo acepta aquello que ve, y reducir el campo de la certidumbre, al estrecho círculo de las comprobaciones personales, fenómeno parecido á la ilusion del niño que asigna por limites al mundo los del horizonte que le rodea.

Pero en el dominio de la fé, más que en otro alguno, dice un gran doctor de Inglaterra, conviene saber, que es imposible saberlo todo (1). Una religion positiva es un comercio entre lo infinito y lo finito, es decir una manifestacion de Dios á la inteligencia humana. Ahora bien: Dios que es el objeto de esta vision es inmenso; la inteligencia que es el sujeto, es limitada, y por consiguiente la imágen de Dios cayendo sobre un recipiente más reducido, debe por fuerza desbordarse. Es una simple regla de proporcion. Así pues el hombre que rechaza la verdad religiosa porque no puede abarcarla en su conjunto, gracias á lo limitado de su comprension, procede como el insensato que negará el sol, porque al abrir su ventana no ha podido conseguir que la luz derramada por el astro, penetrara en su reducida habitacion.

(1) Gualmaré.

Sentados estos precedentes, el misterio no es ni un enigma ni una cosa imposible; representa pura y sencillamente el alcance á que puede llegar nuestra mirada al dirigirse á Dios. Ni más ni menos. No existe en manera alguna una poesía supersticiosa de las revelaciones: toda revelación completamente comprendida degeneraría en sistema filosófico, y dejaría de ser razonable, precisamente por el mero hecho de ser exclusivamente racional. Poco importa que en su símbolo existan sombras, si á falta de evidencia existen pruebas. En último resultado no debe confundirse la noche con la oscuridad. Las sombras dan testimonio de la presencia del sol en el firmamento: la noche por el contrario, atestigüa su ausencia. No de otra suerte ciertas obscuridades pueden deponer en favor de la presencia divina en los dogmas, estampando en los mismos el sello de lo infinito.

Guardémonos pues de estrechar los límites de la razón, so pretexto de exigencias ultracientíficas. La pretenciosa fórmula de Bayle *La comprensión debe ser la medida de la creación*, revela más orgullo que verdadera filosofía. Sólo á los seres privilegiados está permitido distinguir y reconocer sus fronteras. Próximo Le place á espirar, algunos amigos complacientes

se deshacían en elogios de su ciencia y de su gloria: «Callaos, les dijo, lo que conocemos es muy poco: lo que ignoramos es incalculable.» Confesion es esta muy digna de tenerse en cuenta. Acontece con las verdades, lo que con las estrellas: todos los días se descubren otras nuevas, y en el cielo del pensamiento como en el éter, las regiones que se han explorado son muy poca cosa comparadas con la inmensidad de los espacios desconocidos. ¿Qué nos contestaría la ciencia si le dijéramos: Repudiamos tus verdades comprendidas: por qué todavía guardas dentro de tu seno algunas que son incomprensibles? ¿Qué diría además si añadiéramos: Nuestras sombras os escandalizan: venid, dadnos cuenta de vuestros numerosos *deseos*?

¿Cuál es por ejemplo esa fuerza inercial, que dió á los astros la señal de partida, que mantiene en los cielos ese movimiento continuo, en vano buscado en la tierra, y que hace que los mundos prosiguan eternamente su curso á través de las inmensas llanuras del firmamento sin entorchocar, sin interrumpirse? ¿El nombre de esta fuerza lo conocemos. La gravitacion: ¿Su principio? Misterio.

¿En qué consista esa energía subterránea, que de una semilla hace brotar un tronco, que im-

pausa hácia arriba plantas cuyo peso debería precipitar hácia abajo, y que de la podradombra de los gérmenes, saca las flores más delicadas y los frutos más sabrosos? A esta energía se le ha dado el nombre de vegetación; mas ¿cual es su naturaleza? Misterio.

¿En qué consiste, por último, el espacio que todo lo contiene y que á su vez no es contenido por cosa alguna? ¿Qué son la union del alma y del cuerpo, y la causa de las ideas? ¿Qué es la luz que difunde la claridad sobre todas las cosas, y que sin embargo substancialmente no es por nadie conocida? Misterio.

Ahora bien, exigentes adoradores de la evidencia científica: desvaneced vuestros misterios antes de atacar los nuestros.

Por una deplorable anomalia, los mismos hombres que se muestran descreídos respecto de los misterios de Dios, son superatípicos por lo que se refiere á los misterios de la naturaleza. Decidles que hay fuego en lo profundo de los infiernos y se escoriarán con aire compasivo, fundados en que no han tenido ocasion de analizarlo; pero decidles que Saturno y Júpiter pesan tantos kilogramos, y lo creerán á pié juntillas como si los hubiesen tenido en los platillos de su balanza. Pero que esos mismos hombres tengan

en su inteligencia verdades demostradas, que para el misero gafañ no pasan de la categoría de misterios, y lo consideran la cosa más natural del mundo, al paso que no se deciden á admitir, más aun, consideran inadmisibile que Dios posea evidencias que permanecen para ellos sumidas en la oscuridad. Y en tanto que su vida entera se orienta sobre probabilidades perfectamente establecidas, *no pudiendo deducirse el todo de la nada*, no tendrán para nada en cuenta las probabilidades concluyentes que existen en favor de Dios, en tanto no tenga Dios la galantería de dejar de ser infinito, para reducirse á la menguada proporción de un espíritu que en manera alguna puede serlo. Si esto se llama filosofía, me cabe siquiera el placer de manifestar que dista mucho de ser razon.

La circunstancia de ser además una regla, es un nuevo motivo para que haya dificultad en creer la religion. ¿Cómo se explica, nos hemos dicho, que siendo tan imperiosa la necesidad de creer, se oponga á ello la dificultad de creer? ¿En qué consiste que el hombre solo con repugnancia ceda á esta necesidad, cuando cumple todas las demás con verdadera fruicion? Varias razones pueden aducirse para explicar este hecho, siendo indudablemente la principal, la de

que la religion constituye un freno, y nadie cree sin pena lo que no sufra sin que sean sus consecuencias penosas.

Si, por más que estemos perfectamente equilibrados, no es imposible permanecer indiferentes respecto de una doctrina que no es inofensiva para nuestras pasiones. Despues de Malebranche se ha repetido muchas veces que si las matemáticas gozan incuestionable evidencia, consiste en que no hay debilidad humana alguna, interesada en ponerla en tela de juicio; pero si el cuadrado de la hipotenusa, ó el binomio de Newton llevaran consigo el cumplimiento de obligaciones morales, hasta la geometría se convertiría en tema para el sofisma. Aun cuando el Instituto consiguiera elevar á teorema las prescripciones del sexto y séptimo mandamientos, de seguro existirían para ellos tantos incrédulos como viciosos y malhechores existen en las cinco partes del mundo.

Así se explica el doble movimiento de atracción y de repulsión que experimenta el corazón humano respecto de la fé, con la circunstancia de que la repulsión es tan intensa que puede llegar á revestir las formas del odio. Divina anomalía, digna por cierto de llamar la atención! Los cultos, ó los sistemas considerados falsos,

intranse con desvío, no con repulsión: sólo Jesucristo y su doctrina excitan en el alma de sus disidentes una antipatía que podríamos llamar privilegiada. Afortunadamente, así del amor, como del odio extraordinario que inspira, pueden deducirse consecuencias igualmente decisivas en favor del Evangelio. Por su lado simpático, adapta perfectamente á los buenos instintos de nuestra naturaleza; por su lado repulsivo, opone á los malos un verdadero correctivo: en lo que responde á la necesidad de creer, es muestra muy natural; en cuanto triunfa de semejante facultad, parece sobrenatural. Existe en esto un equilibrio admirable, tanto más conforme con nuestra razón, en cuanto es ménos propicio á nuestros egoísmos; tanto más digno de Dios, en cuanto es la ley indispensable para moralizar al hombre.

Muchos he conocido que siguiendo el ejemplo del sobrino de Mme. de Sévigné lamentanse de que no saben creer. Sin emplear respecto de ellos, uno de nuestros argumentos clásicos, me permitiré sin embargo preguntarles: ¿proveniría esto acaso de que no sepan vencerse? No se olvide que no se puede ser religioso como se es músico, ó pintor, por una vocación irresistible, por inclinación de temperamento, sino por vir-

tud. Dios procediendo en esto como en todo, con su sublime sabiduría, ha hecho de la religion una necesidad y una dificultad; un atractivo y un sacrificio. A aquellos que pretenden ver en ella un esfuerzo contrario à la naturaleza, se les presenta como una necesidad; à los que se complacerian en contemplarla como una vana poesía del alma, y un encanto estéril de la vida, se les ofrece como una virtud. Mas para justificar à Dios, basta con decir que sea la que quiera la dificultad de semejante virtud, la necesidad que de ella tenemos, comunicará siempre à la misma el encanto suficiente para que la humanidad no se libre de ella como no sea violentándose.

Y no hay para que nos admiremos de que la inteligencia tenga su parte en esta virtud, en tanto que para los demás basta con la voluntad. En esta disposición hay que reconocer una estimable sabiduría. Suponiendo que la fè fuese un arrebató del espíritu, arrastraría indefectiblemente la libertad de nuestra adhesión y Dios concedería al espíritu una beatitud sin moralidad, por lo mismo que no sería el premio del dolor. Es pues indispensable que la fè ilumine nuestro viaje, como la columna de nubes y de fuego del desierto, obscura por un lado, para hacer de nuestra sumisión un acto meritorio;

reluciente por el opuesto, para que sea un acto razonable. Mas exigir ó pretender siquiera, la facultad de contemplar un día la verdad en su esencia, antes de haberla adorado en sus sombras, es ambicionar para lo presente una inteligencia sin dependencia alguna, y para lo porvenir el premio de recompensas sin merecimiento. Verdadero trastorno de la razon substituida à las dificultades de la fè.

En determinadas ocasiones, el lado luminoso de la columna se vela, y entónces se presume hallarse condenado à vivir eternamente sumido en las tinieblas; pero esto no pasa de ser una ilusion pasajera: dejemos que transcurra algun tiempo y las nubes se disiparán. Saber esperar, en la dificultad de creer, es el medio más seguro para *saber creer*. Un dia se dirigió à Copérnico la siguiente objeccion: Si el mundo se hallara dispuesto cual pretendéis, Vénus ofrecería fases semejantes à las de la Luna ¿qué decís à esto? Copérnico contestó: Por mi parte nada; pero Dios permitirá un dia que se encuentre solución à este problema (1). Un siglo despues Galileo inventaba los telescopios, mediante los cuales podian apreciarse las fases de Vénus. Co-

(1) J. de Malraux.

pérrico murió creyendo en la existencia del fenómeno, á pesar de que no lo había visto. Concedamos pues á Dios el acto de fé al par ciego y sublime, hecho por Copérnico á su propio género, y cuando la dificultad de creer nos presente obscuridades impenetrables, contestémoslos á nosotros mismos: Dios permitirá un día que se encuentre solución á tales dificultades, y no transcurrirá mucho tiempo sin que la necesidad de creer justifique la esperanza que hayamos fundado en su luz.

II

Es una verdad elemental la de que existen en nosotros dos naturalezas: la buena y la mala; son los dos hombres que San Pablo ha señalado en el hombre y que Luis XIV pretendía conocer perfectamente. De la buena naturaleza procede la necesidad de creer: de la mala, la dificultad. La naturaleza decaecida, lleva en efecto consigo enfermedades morales é intelectuales

dos fuentes de ceguera respecto de las cosas divinas.

Para dejar de ver no es indispensable estar ciego: basta con tener un velo ante los ojos. Apuradamente en la constitucion física del hombre, el órgano de la vision es el que con más facilidad se altera. Basta que en él penetre un grano de arena para que el viajero deje de distinguir las pirámides del desierto, una pequeña inflamacion en la retina, una lágrima sobre la pupila, son obstáculos suficientes al paso de la luz. Los oculistas enumeran con sorpresa las enfermedades de toda especie á que está sujeta esa órbita reducida que reflejando hoy la inmensidad de los cielos, pueda mañana la simple picadura de un insecto, cerrar para siempre jamás. Pues tantas y no ménos terribles, son las afecciones oculares del alma. ¡Cuántos incrédulos hay que no ven á Dios, porque no ven á grandes distancias! ¡Cuántos no le distinguen porque padecen de estrabismo! No hay mas diferencia sino que en la oftalmia física jamás se niega la realidad del objetivo porque se deje de distinguirlo, al paso que los ciegos de incredulidad en cuanto han perdido los ojos, afirman que se ha extinguido el sol.

La primera causa de semejante catástrofe es la pasión ó sea la enfermedad moral. Misticismo á un lado, no puede negarse que toda pasión es una tempestad; ahora bien, el efecto inmediato de toda tempestad, ¿no consiste en el oscurecimiento de la atmósfera? *Bienaventurados los que tienen puro su corazón, porque ellos verán á Dios* (1). Es esta, si así cabe decirlo, una ley tan física como sobrenatural. De la pureza del aire depende el brillo de los rayos solares; nada tiene más afinidad con la luz que la serenidad.

Esto sentado, ¿por qué parece oscuro el símbolo? Porque impone el cumplimiento del decálogo. Al pie del Sinaí, donde promulgó el Señor sus mandamientos, las pasiones desencadenadas lanzaron al aire puñados de polvo, cual los fariseos que se hallaban embarazados para contestar á la predicación de San Pablo: véase, pues, de qué manera las exigencias de la ley engendran las rebeliones contra la fé.

La voz de Dios ha dicho: «No fornicarás» (2) y cuántas heregias han resultado de la voluptuosidad desde Heródes hasta Enrique VIII, desde las impuras fantasías de los gnósticos has-

(1) Mateo 5, 8.
(2) Mar. 10, 28.

ta las negaciones de nuestros libertinos de salón, provienen de lo prescrito en este mandamiento. ¡Cuán evidente sería para muchos la existencia de Dios si no exigiera cosa alguna! Durante el paganismo el lujurioso fabricaba los dioses á su imagen, para ponerse á cubierto de su lujuria á la sombra de esa semejanza; en pleno cristianismo no le es posible hacer la imagen á su semejanza, y como no quiere ser á semejanza de la divinidad, para librarse de ella, adopta el expediente de suprimirla. De manera que las pasiones de la carne oscurecen con más fuerza la luz sobrenatural, que el polvo levantado por la marcha de todos los progresos. Idéntica causa de incredulidad se encuentra en las sociedades que no son cristianas. Los primeros pueblos convertidos al evangelio eran monógamos. La mayor parte de los que al mismo tiempo oponen resistencia no lo son. Como Cristo entendiera el precepto de la castidad á la manera de Mahoma, en pocos años el mundo sería completamente suyo. Mas precisamente en esa intransigencia para todo lo que parezca transacción, es en lo que estriba su gloria. Nunca es ofrece con más marcado carácter de divinidad, que cuando prefiere la integridad de su doctrina al imperio universal; y cuanto más le rechaza

zan la corrupcion y la barbárie tanto más crecen en él.

Otro mandamiento hay que dice: «*Amarás á tu prójimo como á tí mismo* (1)» y hé ahí que á tales palabras, despues de las negaciones de la injuria, se elevan las del odio. No hay para que sorprendernos: para comprender la bondad del Dios del Evangelio es indispensable tener el corazón bondadoso. Conocidas son las ceguedades del amor: el odio tiene también su venda que puede ocultarle el cielo, y si según San Juan, *Quien no tiene amor no conoce á Dios* (2), ¿no puedo de esto deducirse que no está muy distante de desconocerlo? ¡Cuántos son los encomiadores de la vida privada que achacan á la religion todos los agravios que inferen á los hombres religiosos, y ponen mala cara á la verdad, nada más que por que tiene por amigos á algunos de sus enemigos! ¡Cuántos que se erigen en defensores de la política, no perdonan á Dios el que no se haya puesto al frente de las huestes del partido á que pertenecen, y creerian, si accediéramos á predicar una revolucion que sometiera las ambiciones de los demás, y permiti-

(1) Marc. 12. 31.

(2) 1.º Juan. 4.º 8.

tiera utilizar sus talentos! Mucho se habla de los cristianos de sentimiento. ¡Hay quién no conozca incrédulos por resentimiento?

Otro precepto existe, que dice: *No codiciarás los bienes ajenos*, y la codicia á su vez, forja sus sofismas para eludir el cumplimiento de unas palabras que ponen á prueba su probidad. Y se comprende: el día en que Dios que es el primer acreedor, quede abolido, quedarán saldadas todas las deudas; hasta el mismo robo se convertirá en propiedad legítima, el día en que no pueda alegar derecho alguno el gran propietario del cielo y de la tierra. ¡Y quién será capaz de fijar también el número de los incrédulos á quienes incita á la rebelión el gran Mammon de iniquidad! Y aquí debo decir que á la cabeza de ellos he visto marchar no sólo á los bolsistas que no admiten la fé, porque les obligaria á pagar muy importantes *diferencias*, sino también á ciertos literatos, que insultan á la religion porque se enriquecen con tales insultos, del mismo modo que emplearian sus plúmas en la defensa, con tal que esto se tradujera en más pingües resultados; y los Erostratos bufones de los periodiquillos cajeros de quienes nadie se acordaria, como no hablaran mal de Dios, y que hacen su negocio dando á luz sartas de blasfemias;

y por último la turba inculta de esos hombres llamados *positivos* que á fuerza de fijarse en los intereses, han olvidado totalmente los principios, imaginánsese enemigos de Dios por exigencias de la razón, en tanto que lo son únicamente por indigencia de virtud.

Finalmente, la voz divina exclama: *Aprended de mí, que soy dulce y humilde de corazón* (1) Y á tales palabras el orgullo humano ha contestado: No quiero que aquel reine sobre mí porque *el principio de la soberbia del hombre es apostata de Dios* (2). Esta relación es fácil de comprender: nadie niega la fé á Dios como no sea por exceso de fé en sí mismo. Hé ahí pues un nuevo manantial de negaciones, en esta nueva caída.

En primer lugar encontramos la incredulidad de los heresiarcas. ¿Quiérase de ello una prueba irrecusable! Recuérdese la agonía de Lamennais, y póngase atención por una parte en la voz del anciano Corneille, lanzando sobre la frente del réprobo el celebre anatema:

Dios no se abate sobre los círcos demasiado elevados.

en tanto que por la opuesta, el ángel del sacer-

(1) Mat. 11:29.
(2) 1. Cor. 13:14.

docio, arrasados los ojos en llanto murmuraba esta plegaria: *Señor, lo que habéis ocultado á los soberbios, lo revelad á los humildes* (3).

La incredulidad de los sectarios, que creían en Dios si no hubiesen hecho juramento de librarse de semejante debilidad, y cuyo orgullo hace su negocio obstinándose en juramentos sacrilegos, cual si pudiese existir una palabra de honor en provecho de los compromisos que no son honorosos.

La incredulidad de los escritores, que han formulado su sistema en contra del Evangelio, y que para reconocerlo, veríanse obligados á confesar que escriben malos libros, cosa mucho más difícil que escribirles buenos.

Por último, la incredulidad de esos innumerables orgullosos de la vida pública, que hallando en la blasfemia la popularidad, temerían perderla sometiéndose á la fé, y no vacilan en vender á Jesucristo, á trueque de merecer los aplausos del partido á que pertenecen á los interesados panegíricos del periódico cuyas doctrinas comparten. La verdad es que cuando se desu-
da á la incredulidad del ropaje de que se cu-

(3) Luc. 10:21.

bre, queda uno sorprendido de la parte que en los crímenes más grande del pensamiento, tienen los sentimientos más mezquinos.

De manera que la negación, considerada como un ejercicio legítimo de la libertad intelectual, no es con frecuencia otra cosa más que una desviación de la libertad moral. Suprímense las defecciones que diariamente lleva a cabo la humanidad, y en el mismo instante se disminuirán proporcionalmente sus sombras; porque si en el orden natural es la razón la que informa à la conciencia, en materia de fé la luz procede de la conciencia à la razón. Y es necesario que así sea, para que la conquista de las verdades más santas sea la recompensa de un esfuerzo moral, no de una intuición privilegiada, à fin de que Dios no sea más accesible al génio que à la virtud. Por consiguiente, los hombres de nuestros tiempos, que en la portada de sus libelos escépticos han escrito *«como concluyen los dogmas,»* deberían mirar un poco ménos al través de los telescopios, y un poco más al interior de su alma, y de esta suerte acaso descubrirían la manera como concluyen las dudas!

Y no son únicamente las desviaciones de la voluntad, las que en materia de creencias debemos temer para la seguridad de nuestra mirada,

puesto que tan temibles como aquellas son las enfermedades del espíritu. Ellas son la segunda causa de las innumerables dudas que brotan del fondo de nuestro pensamiento, como las nubes del seno del mar.

Y aquí es ocasión de dejar consignado, que la incredulidad no constituye en manera alguna el sello de una penetración excepcional. Si así fuera, en las naciones como en los individuos, habría un grado determinado de cultura, al cual correspondería el nacimiento de las dudas. Debajo de semejante nivel solo se verían creyentes: encima del mismo solo incrédulos podríamos distinguir. Pues bien, esta ley no existe. Ignorantes hay cuya fé vacila tanto como la de ciertos sábios: estos por su parte, dudan, con todo y ser sábios, no en el mero hecho de serlo, y la prueba de ello la tenemos en la existencia de sábios que indudablemente lo son más, y que sin embargo no dudan. Rectamente juzgando, puedo presumirse que Voltaire tuviese, respecto de las cosas invisibles, una inteligencia superior à la de Descartes ó Pascal, y con relación à las de la naturaleza, pudiese colocarse al lado de esos ilustres creyentes llamados Cuvier, Ampère, Cauchy y Biot! Por consiguiente lo que se opone à la religión, no es en manera alguna la cien-

cia del hombre, es el hombre mismo, el hombre por sus debilidades intelectuales, lo mismo que por sus pasiones. Contentémonos con nombrar al presente algunas de esas debilidades sobre las cuales más tarde tendremos que insistir.

Desde luego podemos hacer mención de los escépticos de temperamento, que por inclinación divagan en vez de afirmar, tratando el pro y el contra en todas las cuestiones con una complacencia muy cercana al pirronismo, y contemplando la indecisión como el ideal de la superioridad, como la *última palabra de la razón sobre sí misma*. ¿Qué tiene de particular que dude de la religión el que duda de todo lo demás?

Vienen después los escépticos de falso espíritu, que no distinguen la verdad, porque tienen un equívoco intelectual que casi invenciblemente les inclina hacia el lado opuesto: artistas, ó literatos, hacen profesión de explotar lucrativas paradojas; hombres de mundo, pasan la vida acariciando el absurdo por prurito de originalidad.

Más lejos encontramos los escépticos de escritorio ó de gabinete que, con una elevada cultura profana, no han recibido educación alguna religiosa, y viven y mueren sin conocer á Dios, bajo la fé de los errores más grososos. Los pa-

ganos de los primeros siglos acusaban á nuestros padres de adorar una cabeza de jumento: la incredulidad de estos tiempos nos proporciona mejores modales, en cambio, por punto general, no se preocupa gran cosa respecto de lo que no debe aceptar!

Después de los espíritus enfermos por una especie de conformación, hay otros que llegan á serlo por los contactos que experimentan, y por los medios en que habitan: sabido es que los medios reaccionan sobre los cuerpos que los penetran. Siendo los espíritus más impresionables que la materia, experimentan *á fortiori* esta acción sutil, y la inteligencia como la esponja, embabe las corrientes en que se halla sumergida. Y hé ahí la razón porque muchos hombres que se imaginan autores de su propia incredulidad, no son más que recipientes más ó ménos pasivos: ¿Qué es lo que les falta para ser cristianos? Nada más que haber pertenecido á una familia, á una escuela, ó á una asociación ménos hostiles al cristianismo.

Al escepticismo formado por la acción de los medios podemos añadir el que resulta de la profesión. Son verdaderamente dignos de lástima los que en el foro de la tribuna ó en el periodismo, venen comprometidos á defender el pro y el

contra, y á presentar bajo idéntico aspecto, ora el bien ora el mal; no es cosa rara sino muy común, que el resultado de semejante ejercicio les lleve á mirar con igual desprecio el uno y el otro.

Y el escepticismo creado por la posición que se ocupa, no se infiltra acaso en el espíritu, más sutilmente aun que el de la ocupación á que uno se consagra? Desgraciados por ejemplo aquellos que tratan á los hombres en fuerza de un poder cualquiera, porque, del mismo modo que en todas las grandes experiencias de la vida, existe la tentación del escepticismo en la autoridad. Lógicamente, debería dudarse de los hombres después de haber dudado de Dios; prácticamente acontece todo lo contrario.

Terminemos este cuadro de las debilidades intelectuales poco favorables á la fé, mencionando la más pernicioso, el especialismo. Este es realmente el gran azote de los espíritus en los tiempos presentes. Sin embargo, como para tener el derecho de hacer justicia, es indispensable ser justo, honremos al hombre especial, desconfiando del especialista.

Los estudios especiales, esto es, aquellos que ponen en ejercicio una aptitud particular de la inteligencia sin paralizar las demás, forman los

hombres eminentes. Los estudios exclusivos, es decir, los que amasan una vida anormal sobre un punto determinado del cerebro, dejando los demás sumidos en la inercia, constituyen un desenvolvimiento contrario á la naturaleza, una excrecencia de la vida intelectual, y producen falsos juicios. Sabemos que hay entre los sabios personas dotadas de profunda penetración; pero como el Cíclope, no tienen más que un ojo, y aun cuando distinguen perfectamente un punto determinado, el campo que pueden abarcar es por demás reducido. Ahora bien; del fondo del crisol de estos altos gigantes, levántase en el día ese estrépito, iba á decir esa canturía de afirmaciones pseudo-científicas, de las cuales no hay una sola que esté comprobada, por lo ménos con relación á aquellas que probarían algo contra la fé. Para tales hombres la ciencia, cuando de ella no pueden deducir certeza alguna, es un fantástico tejido de hipótesis, y desempeñan en su provecho el papel del amigo en exceso complaciente del que decía un conocido pleitista:

..... Me sirve de testigo

Y hasta jura por mí siempre que lo ha menester. (1)

(1) Racine. Los pleitistas.

De todos modos, no hay que descorazonarse en presencia de tan engañosos paramentos. Afortunadamente, siendo como es Dios ántes de la religion y de la naturaleza, no es posible que la segunda de sus obras le oculte al propio tiempo que la primera le poné de manifiesto. La religion no tiene pues, por qué temer otra cosa de la ignorancia de los especialistas, por lo mismo que para nada ha menester de la ignorancia de sus adeptos, y por una hora de preocupacion que pertenece á las afirmaciones aventuradas, lo porvenir pertenecerá constantemente á la fé. Los grandes, los verdaderos sabios, es decir, aquellos que estudiaron la creacion moral, al propio tiempo que las cosas físicas, ¿no fueron por ventura profundamente religiosos? La fé de Descartes convirtió á la reina Cristina: Pascal era creyente á pesar de la sombría misantropía del jansenismo; Leibnitz y Eulero, se apoyaban para sus trabajos en la teología; por último, Biot escribió estas palabras dignas de estar esculpidas en mármoles. «Para comprender la materia es indispensable estudiar mucho; pero más aún para descubrir que no es nada.» Estos son en semejante debate, los verdaderos testigos de Dios. Despues de sus manifestaciones, qué le importan á la verdad la oposicion de esos espíritus exclu-

sivos que se empeñan en un callejon sin salida, y que toman el campo de sus exploraciones por los últimos limites del universo. Sabios ilustres y al par ignorantes soberbios, que hacen abstraccion de Dios porque no declina el nombre, de sus elementos moleculares; del hombre, porque distinguiéndole únicamente al traves de la claraboya de sus laboratorios, no le conocen tal cual es; del sentido comun, en fin, que á pesar de todo quedará consignado, siquiera no deje el más insignificante residuo en el fondo de sus retortas.

Pruebas irrecusables de las cuales no debe hacerse un cargo á Dios, porque un reducido número no acierte á distinguirlos. Imagínese la tierra poblada de corazones y espíritus puros y la razon humana se cambiará en un himno de adoracion.

Mas al llegar á este punto oigo que se me dirige una objecion especiosa. Si los espíritus no son como debieran ser, no es suya la culpa; sino de Dios que les dió forma con su propia mano. Si fuera la pasion culpable la que produjera nuestras tinieblas, podría acusarsenos; pero cuando las tinieblas resultan de nuestra constitucion intelectual, ¿no sería la mayor de las injusticias vernos castigados por una mano que

por su misma providencia ha sido la causante de nuestras desgracias?

No calificuemos de absurda esa justicia, para tener el derecho, ó por lo ménos una razon para prescindir de ella. Si fuera cierto que á falta de fé, pudiéramos prevaleranos de una invencible buena fé, nada habria que temer: el hombre no podria ser castigado por haberse equivocado inocentemente; la Iglesia lo ha proclamado una vez más por boca de Pio IX (1). Bajo esta hipótesis, acontece con el fenómeno de la incredulidad lo que con el de la locura, esto es que Dios concede á nuestra naturaleza así como á la libertad el seguir su camino, aun cuando sus desviaciones deban producir verdaderas monstruosidades, sometiendo este desórden aparente á este órden sublime: el hombre es responsable de sus faltas, no de sus desgracias.

Pero las disposiciones enfermizas del espíritu como las del cuerpo, ora son innatas, ora adquiridas; ora resultan del temperamento, ora provienen de una higiene viciosa, y si la inteligencia no es en manera alguna culpable de su debilidad constitucional, lo es indudablemente

de las deformidades contraídas por el uso ilícito de sus facultades. ¡Cuántos espíritus hay que si están enfermos lo deben exclusivamente á haberse envenenado á sabiendas! ¡Cuántos que habiendo sido formados con tanta regularidad, hoy se encuentran torcidos y contrahechos, gracias á los abusos que han hecho de su libertad!

Por consiguiente, la incredulidad puede ser al par una ilusión ó un crimen, y á veces, en el seno de un mismo pensamiento las dos cosas á la vez. ¿Hasta qué punto la ilusión? ¿Hasta qué punto el crimen? Abandono á Dios esta decisión formidable. Por lo que á mí toca me siento demasiado inclinado á la amistad del incrédulo para que pueda erigirme en juez; mas apesar de mis sentimientos, y á causa tal vez de estos mismos sentimientos, debo manifestar que hay motivos poderosos para asustarse ante la obstinacion que tantos hombres sin conviccion religiosa ponen en no dejarse convencer. La historia contemporánea ofrece de ello una prueba fehaciente.

El Rdo. Gorini, modesto cura de aldea, prematuramente arrebatado al servicio de la verdad, ha compuesto un libro excelente, en el cual con datos incontrovertibles demuestra que los graves historiadores modernos, no han sabido

(1) B. c. c. del 13 de Agosto de 1854.

comprender los textos originales que aducen contra la Iglesia (1). Voluntarias ó no, las alteraciones son evidentes. La cándida sinceridad de Agustín Thierry no pudo ménos que conmoverse ante el espectáculo de esas prudentes manifestaciones, conviniendo en que despues de haber detenidamente estudiado los documentos merovingios, y reconstruido respecto de determinados puntos la historia moderna, nada sabia de las dos cosas más importantes y más augustas del mundo moderno: el Cristianismo y la Iglesia. Noble confesion que habria acompañado con la reparacion, si la muerte no le hubiese sorprendido. ¿Pero qué han hecho los otros acusados, ante las pruebas de su infidelidad, si quiera material? Casi todos se han encerrado en la majestad del silencio, sin cambiar ni una palabra á las ediciones que sucesivamente han ido dando á luz. El mundo sin embargo sigue su marcha en pos de los sábios que gozan gran nombradía, con preferencia á los modestos correctores de sus yerros. Ya se vé. ¡Quién se acuerda, como pertenezca al Instituto, de que un pobre cura de un villorio, pueda con su eru-

(1) Defensa de la Iglesia contra los errores históricos.

dicion, sacar á plaza las distracciones históricas, en que han incurrido los académicos más encopetados? Pero me equivoco: el mundo ignora tales cosas; los autores se empeñan en no saberlas, y merced á la ignorancia de los unos y al orgullo empeñoso de los otros, la falsa ciencia oprime incesantemente á la verdad, hasta un punto que en el tribunal de lo porvenir, será la vergüenza del presente siglo. Si las represalias fueran generosas, tendríamos motivo para refutar á la negacion valiéndonos de uno de sus más celebres argumentos. *«Hay en la sinceridad grados diferentes.»*

III.

Existe además una tercera causa que explica hasta cierto punto nuestra dificultad de creer, y que consiste en el método vicioso empleado para llegar á la creencia. Creer, dice el Angel de la escuela, es un acto de la inteligencia inhereente á la verdad divina, por orden de la vo-

luntad puesta en movimiento por la gracia (1). Es imposible descomponer la fé sobrenatural con más precision y exactitud. A su formacion concurren tres elementos: la inteligencia, la voluntad y la gracia. Respecto de la primera, dejamos enumeradas las dolencias de que debe preservarse, para estar en condiciones propias para semejante vision: relativamente á la segunda hemos consignado el lugar y la pureza que ha menester para reflejar la luz que procede de lo alto: averigüemos ahora cuales son las condiciones dentro cuyo círculo obra la gracia.

El verdadero método para llegar á la fé que tiene un fin práctico, no puede ser en manera alguna un trabajo especulativo, sino un procedimiento experimental. Y no se tome lo que acabamos de decir por una exigencia apologética, pues no perdemos de vista que estamos escribiendo un libro y no predicando un sermón. Los antiguos daban por atributo á la duda una antorcha y un palo: aquella representaba la discusion; con el palo pretendian indicar que á

(1) *Ipsum credere est actus intellectus assentientis vocatus fidem, et imperio voluntatis á Deo motus per gratiam.* Summa theologiae, II, 2. quest. 15, art. 2.

la informacion teórica era indispensable reunir el estudio práctico de la verdad buscada. ¿Dónde están los investigadores que así han empleado el palo como la antorcha para encontrar la fé de su infancia? Observacion por cierto bien digna de tenerse en cuenta. En un siglo en el cual la ciencia hace de la experiencia la piedra de toque de todas sus convicciones, el incrédulo eleva empíricamente sus paradojas; y esos fanáticos de la observacion, esos intrépidos experimentadores, que han llegado á veces á inocularse determinadas enfermedades á fin de conocerlas con mayor perfeccion, jamás han inoculado en su alma, por espacio de cinco minutos, la verdad cristiana, con el objeto de hablar de ella como profundos conocedores. Y sin embargo, se encierra más filosofía en estas palabras de Jesucristo: *Qui facit veritatem venit ad lucem* (2) que en toda la filosofía del que duda por sistema.

Por lo demás no se crea que sea esto un argumento de fé dirigido contra aquellos que carecen de ella. Yo no exijo la accion cristiana como revelacion mística, sino como medio adecuado al fin que se pretende alcanzar. En general los medios deben ser proporcionados al fin,

(1) *Joen 8-31.*

y siendo la fé sobrenatural, es cosa lógica que solo se obtenga por medio de actos sobrenaturales. No basta pues con que se sepan al pié de la letra cuantos libros constituyen su biblioteca, siquiera esté esta formada con discrecion y verdadero talento, ni hacerse sabio hasta el punto de ser un grande hombre á la manera de los retratados por Plutarco, sino que es indispensable emplear los procedimientos necesarios y apropiados al orden de conocimientos á que cada cual pretende remontarse. Aquel que aspira á conocer la química sin analizar la materia, no sería ménos insensato que el que pretendiera alcanzar la fé sobrenatural sin instrumentos á propósito, es decir, superiores á la naturaleza.

Y al llegar á esta punto veo la intencionada sonrisa del escéptico, y escucho el acento de su voz que irónicamente me contesta. Hétenos ya llegado al punto de las conclusiones morales; ¿Por qué no si tienen un alcance dogmático?

Un célebre apologista contemporáneo, y aquí nos cumple decir que él mismo fué quien nos refirió el hecho, vióse interpelado en un salon en esos términos capciosos: «Permitid, caballero, que os diga, que nos haceis girar incesantemente dentro de un círculo vicioso, puesto que nos pedís la práctica de buenas obras para llegar á

la fé, y lo que habríamos menester es fé para la práctica de buenas obras.»—A semejante interpelacion, hecha por un hombre de gran ingenio, contestó el profundo pensador cristiano: «Debo manifestaros que mi círculo nada tiene de vicioso, desde el punto y hora en que es posible salir de él: practicad la fé que tengais y no tardareis en alcanzar la que os falta.»—Al oír semejante respuesta las sonrisas maliciosas cambiaron de direccion. Ahora bien: permitame el lector que le ruegue que haga aplicacion personal de este rayo de luz. Sus convicciones, por más malas que sean; no valen infinitamente más que sus obras? ¿No se ha hecho digno de estar privado de la luz perdida, el que se ha resistido á valerse de la que posee? Por ejemplo: la filosofía natural nos dice y enseña que hay en el cielo un Señor á quien debe homenaje y respeto to la criatura inteligente y libre, y sin embargo ello es que hemos dejado transcurrir largos años sin haber cruzado las manos ni doblado las rodillas en su presencia: practiquemos la fé que tenemos y no transcurrirá mucho tiempo sin que alcancemos la que nos falta. La filosofía natural nos enseña que debemos respetar la mujer ajena como si fuera la nuestra, y sin embargo, triste es decirlo, jugamos sin reparo con

esta ley de la justicia y del orden social: practiquemos la fé que tenemos y no transcurrirá mucho tiempo sin que alcancemos la que nos falta. La filosofía natural nos enseña que por medio de la caridad el hombre se proporciona un bien estar, asegurándose las bendiciones de los desgraciados, y sin embargo no sabemos privarnos del más insignificante placer, para proporcionar á nuestros semejantes el placer más pequeño: practiquemos la fé que tenemos y no transcurrirá mucho tiempo sin que alcancemos la que nos falta. Por último, la razón nos dice que siendo la fé una virtud no puede ser únicamente el fruto de una liberalidad divina, sin que en algo contribuya por su parte la libertad humana, y para conseguir la dicha de ver á Dios, nos tomamos ménos trabajo que para alcanzar un destino, ó para aumentar nuestras rentas: practiquemos la fé que tenemos y no trascurrirá mucho tiempo sin que alcancemos la que nos falta.

Sean las que quieran las concesiones que hagamos á la dificultad de creer, no podemos ménos que reconocerla, de otro modo no consagraríamos el presente libro á atenuarla; mas no porque nuestro acto de fé implique sacrificios, hemos de deducir que Dios sea injusto, ni que

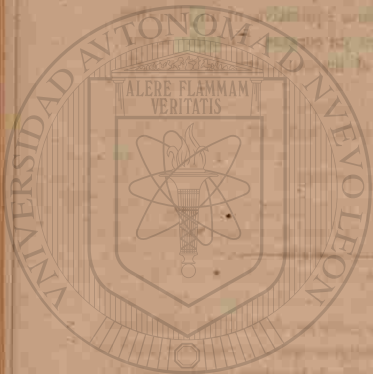
el mundo no le pertenezca. Toda incredulidad carece de excusa, si pudiendo elegir entre la fé y la negacion, la humanidad se siente más generalmente inclinada hácia la primera que hácia la segunda. Afortunadamente esto es lo que sucede, porque penal es la situacion de las diferentes categorías de inteligencias relativamente á la fé? Los pequeños creen á ojos cerrados lo que su madre les asegura: las mujeres, que constituyen la más dulce mitad del género humano, encuentran fácilmente la fé en el fondo de un corazón amante y puro; el pueblo se inclina á Dios con toda la fuerza de sus dolores y con toda la espontaneidad de sus sentimientos; por último, de un cabo á otro de su historia, de uno á otro polo del universo; en los cultos verdaderos como en los falsos, la humanidad enjuga sus lágrimas y obedece á la naturaleza: Creó: ¿Fuera de este concierto, qué queda? Unas cuantas doctenas de hombres cuya instruccion les proporciona más objeciones que pruebas, por lo mismo que se encamina preferentemente á la inquisicion de las objeciones más que á la busca de las pruebas. Ahora bien: el estudio que es la fuente de las dificultades, es tambien la de la luz; sus resultados dependen de la direccion que le imprime la conciencia. Dígase lo que se quiera, es natural y

justo que la fé, como las demas virtudes, constituya el precio del buen uso que se hace de la libertad.

Quedan por consiguiente fuera de cuestion la bondad y la justicia de Dios, y los incrédulos serán siempre una minoría insignificante respecto de los creyentes. Dificilmente constituyen la oposicion necesaria para certificar que desde este punto de vista del mismo modo que en todas nuestras obligaciones morales, con la inclinacion al bien, nos queda la libertad para el mal. Lo que hay es, que cuesta creer, como cuesta el bien obrar, sin que sea esta una razon para declinar el deber que para ello exista. La religion, dice un gran apologista, es al par una pasion y una virtud: como pasion, responde á la necesidad de creer; como virtud, suscita y explica la dificultad de creer. No tenemos por qué quejarnos porque Dios nos haya colocado entre esas dos corrientes; es indispensable la posibilidad de desconocerlo, para que sea meritorio el privilegio que tenemos de adorarlo.

La verdadera justicia y la verdadera moralidad consisten respecto del particular en comprender que Aquel que es el Padre de la luz, es igualmente el Padre de los hombres, y que si el amor que á los hombres profesa es un im-

pedimento que tiene para castigar los errores involuntarios, su amor por la luz le fuerza á vengar la de aquellos que no tienen ni una razon suficientemente equitativa, ni un juicio bastante humilde, ni un corazon bastante sereno, para conseguir el merecimiento de alcanzarla.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL

CAPITULO III.

AUTORIDAD COMPARADA DE LOS CREYENTES Y DE LOS INCRÉDULOS EN EL CONJUNTO DE LA HUMANIDAD.

La dificultad de creer proviene de la naturaleza misma de la religión, que sin constituir una evidencia es una regla; de la naturaleza del hombre que busca á Dios con mirada enferma, ora por las dolencias morales ó por las malas inclinaciones del espíritu; y finalmente, de un vicio metódico que consiste en marchar tras el descubrimiento de la verdad, valiéndose de medios que no son proporcionados ni apropiados al fin. Esto sentado, la razón se ve forzada á concluir que son muy pocos los que se pueden considerar

completamente inocentes de su incredulidad, por lo mismo que no son muchos aquellos en quienes la dificultad de creer sirva de contrapeso á la necesidad que tienen de creer. Así se explica, dice Hamilton, que muchos que rechazan todos los elementos de convicción, se dejen convencer por los sones de la campana que anuncia su agonia! Ciertamente el solidario resiste también á este argumento supremo; más para exaltar su siniestro valor, véase precisado á sobreexcitar su pasión de sectario, siendo la prueba de que en semejante determinación, más bien que seguir sus impulsos, hacen violencia á su naturaleza, la consideración de que para vencer en la lucha, debe levantar la barrera de un juramento para impedir el encuentro de Dios y de su alma.

Prescindiendo de todo razonamiento intrínseco, es un hecho que la necesidad de creer se presenta bajo la garantía de una autoridad exterior, más grande que la de la dificultad de creer. Vamos á demostrarlo por medio de una tesis preliminar que constituirá una inmensa presunción contra los que pudieran negarlo. Sabemos que una presunción, no es en manera alguna una prueba directa; pero en defecto de luz, ofrece verdaderas seguridades. La Escritura nos dice que en el templo de Salomón exis-

tian aberturas laterales que proyectaban sobre el sagrado pavimento una luz sesgada. Una de esas aberturas es la que al presente pretendo abrir en el interior de nuestra basilica doctrinal.

Los creyentes tienen en su favor, en el asentimiento del género humano, la garantía más importante de que pueda rodarse una afirmación. Y no vale oponer á este aserto que la apología por vía de autoridad no es científica; la ciencia que pretendiera oponer una interdicción á ese modo de trasmisión á nuestra verdad, quisiera obtener tales beneficios en provecho propio. Las masas que han aceptado los principios que sustentan confiadamente, bajo la palabra de hombres especiales, jamás llegarán á comprender otra cosa que sus conclusiones generales, de manera que, del mismo modo que la fé, realizan su peregrinación por el mundo, apoyados en los brazos de la autoridad. De manera que el libre pensador, que considera eminentemente sábios á los que en la Sorbona se inclinan á su partido, califica de supersticiosos á los que están de nuestra parte; y al paso que entre los primeros sería tachado de oscurantista todo aquel que se atreviera á exponer la duda más insignificante respecto de la distancia que nos separa de las es-

trellas, entre los segundos se adjudica con mayor facilidad, el título de sabio dotado de la más clara percepción, al que niega con más audacia.

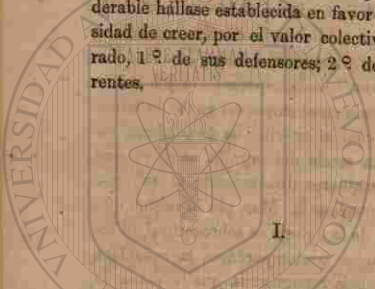
Si en élidir las cuestiones de fondo, debemos, pues, reconocer desde luego, que la autoridad será siempre el árbitro providencial para la mayoría inmensa de los espíritus. Prescindir á sabiendas de semejante guía, valdria tanto como condenarse al oprobio de no saber nada, al propio tiempo que al tormento de no creer cosa alguna. Mejor que debilidad, hay en el hombre necesidad de orientarse respecto de una afirmación escogida y venerada, y cuando esta afirmación merece por su certeza la confianza que se le concede, lejos de rebajar la dignidad humana, la realza poniéndola á cubierto de vacilaciones humillantes, y concediéndole sobre la fé agena una seguridad que no podria inspirarle su propia conducta. Tal es el motivo de hacer por mi parte una moción que trae consigo la luz en favor de aquellos que se sienten menos impresionados por el valor de las doctrinas que por el de las autoridades. La situación puede compararse con la de los israelitas, cuando en medio del desierto, vacilaban respecto del camino que debia conducirles á la tierra prometida. Empe-

ceamos, pues, por establecer un guía que nos sirva en nuestra peregrinación.

Dios conoce perfectamente la necesidad que tenemos de recibir de fuera una verdad garantida, con preferencia á sacar de nosotros mismos una verdad dolosa y llena de incertidumbre, y de aquí que en medio de la confusa mezeolanza de sistemas y negaciones, haya levantado la autoridad de su Iglesia, especie de mojón gigantesco que señala en el camino el punto de bifurcación en el cual el espíritu ha de perderse en el caos por la senda del orgullo, si no es que prefiere encaminarse directamente al sol, por medio de la obediencia. Mas, por lo mismo que la autoridad de la Iglesia es sobrenatural, lá inteligencia de los contemporáneos la considera con esta sombría repugnancia que la causa lo divino de quiera lo encuentra: y aun cuando nuestro acto de fé sobre la palabra de la Iglesia sea eminentemente racional, en el sentido de que en teoría filosófica, la razon solo se adhiere á la Iglesia despues de haber reconocido sus títulos, la razon se cree absorbida, en el mero hecho de hallarse sometida, y se rebela ante el temor de verse condenada á esclavitud.

Ahora bien: toda vez que se recusa la autoridad de Dios, vamos á construir una autoridad

humana capaz de imponerse por el número y por el valor de los testigos: es decir, una especie de jurado religioso, cuyas decisiones deberán admitirse, a pena de faltar á las más sencillas prácticas de sentido comun. Esta prueba considerable hallase establecida en favor de la necesidad de creer, por el valor colectivo y comparado, 1.º de sus defensores; 2.º de sus adherentes,



Consignemos, ante todo, que al hablar de la autoridad apologética de los defensores de la religión, nos referimos solo á la de nuestro cuerpo docente; mas tambien debemos consignar, que no consideramos á dicho cuerpo como divinamente asistido, pues esto equivaldría á exigir actos de fé, cuando de lo que se trata es de conducir los espíritus á la fé, sino como una vasta gerarquía doctoral que se extiende desde San Pablo hasta el último misionero del Evangelio;

y tomando esa haz de hombres especiales por su lado natural, es decir, con las virtudes y los talentos que les distinguen, establecemos en su favor una presuncion que formulamos del modo siguiente. En tanto no se demuestre lo contrario, no puede prevalecer contra sus afirmaciones negacion alguna, porque constituyen la autoridad mas esclarecida y al propio tiempo más sincera.

En este momento no podemos ménos que experimentar los inconvenientes que resultan para esta cuestion, de hallarnos revestidos del carácter sacerdotal; mas este mismo ministerio hace que en vidiemos la suerte de los apologistas que no se hallan con él investidos, pues por lo mismo que no tienen á su cargo la defensa de la verdad, sus razones son más convincentes; sus argumentos más poderosos. Todo lo contrario acontece respecto del sacerdote, pues aun en aquellas ocasiones en que llena el más grato de los deberes parece que no hace más que desempeñar las obligaciones que el oficio le impone. ¡Singular inconsecuencia de la opinion! Si fuésemos profanos, y desde lo más alto de una encumbrada posición dirigiéramos algunas frases de mero cumplido al cristianismo, los libre-pensadores se sentirían impresionados por este acto

de fe, mas en el mero hecho de afirmar nuestro simbolo con todos los sacrificios de la vocacion, y con los estudios de la vida toda, ha de escuchárenos como testigos sospechosos. Protestamos contra este proceder contrario á la equidad. En general, toda controversia es dirimida por el juicio de personas especiales: los arquitectos deciden en cuestiones de arquitectura, en las de estrategia los generales, en asuntos de arte los artistas. Entonces, ¿por qué se niega á los teólogos el que puedan entender en los que á la teología atañan? Joubert dice: En asunto de poesia, es muy fácil engañarse cuando no se siente como los poetas, así como en los de religion, cuando no se piensa como los Santos (1).

Todo aquel que habla de una ciencia, sin haberla estudiado detenidamente, no pasa de la categoría de simple aficionado: pero como los aficionados á la polémica negativa gozan de grandes preeminencias, es muy posible que entre en este número la de ser tonidos por autoridades. Si tuviera la osadía indispensable para componer un volumen de herejías contra las más acreditadas conclusiones de la ciencia médica, de

(1) Pensamientos.

seguro que tan presuntuosa inmixtion me causaría á mi mismo más descrédito que á los mismos médicos: y sin embargo, tratándose de religion, médicos, artistas, filósofos, arqueólogos, no vacilan en escribir contra ella, y lo que es más extraño, adquieren más crédito, se les presta más fe que á los Padres de la Iglesia. Basta que haya quien pretenda hablar de lo que no sabe á fondo, para que pierda la consideración de las personas juiciosas; mas aparece el primer advenedizo haciendo profesion de libre-pensador, y este es ya título suficiente para que pueda arráncarnos el Evangelio de las manos y dar de él un comentario diametralmente opuesto al nuestro. ¿Es esto tolerable? No, porque hay en ello una contradiccion y una injusticia. A despecho de toda preocupacion contraria, es menester que el racionalismo reciba sus grados en teología, si quiere que se le reconozca como potencia beligerante en su guerra contra el sacerdocio. Este, con orgullo tan legítimo como el de Alejandro, puede decir: «Dame reyes por adversarios, ó no lucho.» Es principio de derecho natural, que ninguno puede ser juzgado más que por sus iguales.

Y téngase en cuenta que la autoridad sacerdotal es la única, en el Cristianismo, que no es

puramente mística. En Egipto los sacerdotes poseían la ciencia; mas la guardaban para ellos. En todos los demás pueblos afirman; pero no razonan; imponen los dogmas; pero no los justifican. Entre nosotros el sacerdote es al par ministro y apologista de su ciencia. Cuando Fontenelle ha dicho que la religión cristiana es la única que emite pruebas, ha querido indicar que el clero cristiano es el único que las da. Por consiguiente, considerados en conjunto y en nuestras obras doctrinales, constituimos la más antigua y perfecta escuela Normal que ha enseñado en el mundo moderno.

Confesemos de paso, que no merece este el nombre de discípulo agradecido, puesto que apenas se ha visto emancipado de nuestra enseñanza, nos ha negado cuanto nos debía, proclamando en alta voz que la ciencia se había hecho laica. Hablemos claro y sin ambages. ¿De qué ciencia se trata? ¿De la profana? No tenemos inconveniente en ello: hay más aún, renunciámos el oetro en favor de los que tienen la modestia de adjudicárselo. ¿Trátase de la ciencia religiosa? La cuestión varía de especie y no podemos ménos que hacer constar, que si bien es cierto que muchas cosas se han secularizado, no le ha alcanzado hasta ahora la secularización

á la teología; que el depósito de la misma hallase aún bajo los sagrados líbios del sacerdote; y que todo aquel que quiera proceder juiciosamente en materias de religión, deberá acudir al sacerdote y ceñirse á lo que él le diga, como no tenga de su parte la evidencia.

Cierto que el sacerdote no sabe más que una cosa; pero de esta cosa, saben tan poco los que aspiran á suplantarle, que apenas si hay uno entre ellos que se halle en estado de responder corrientemente á un cuestionario de conferencias eclesiásticas; y además de saberla poco, la saben tan mal, que les es imposible hablar, sin poner en evidencia este defecto de educación primaria, que es causa de que se mezclen los errores más garrafales á la ciencia no aprendida.

Repetimos que el sacerdote apenas sabe más que una sola cosa; pero esta cosa la ha estudiado sin que le hayan distraído inquietudes de fortuna ni preocupaciones de familia, y bajo una disciplina moral que, concentrando en su inteligencia sus pasiones todas, le ilumina á la vez con mil luces distintas. Por esto cuando aparece á las miradas del mundo, uno de esos venerables maestros que han encanecido en servicio de nuestra verdad, si este veterano de la teología, después de haber atravesado un todos se-
UNIVERSIDAD
UNIONOM
ERALD
ION

tidos el mundo intelectual,—á la manera que esos filósofos de la antigüedad, que habian recorrido el mundo entero para preguntar á los oráculos que mayor celebridad tenían adquirida,—presenta á sus semejantes el fruto de sus tareas, diciendo: Hé ahí la verdad; no reconozco á autoridad alguna anticristiana, el derecho de adelantarse á ella.

Ya sé que tenemos en contra nuestra adversarios sabios; pero lo que saben y lo que ignoran influyen igualmente en que carezcan de autoridad. En efecto, entre sus glorias académicas cuentan la de que jamás se les confundirá con los doctores de la Iglesia: en sus programas de estudios todo tiene cabida, ménos el símbolo de los Apóstoles, que ha sido de ellos eliminado. De manera que desde el baron de Breteuil que, obligado á decir quién fué el autor de la oracion dominical, se la atribuyó á Moisés, hasta Francisco Arago, que por primera vez en su vida oyó dicha oracion, rezada por la piadosa hermana que le velaba en su agonía; los sabios, respecto á lo que á la religion se refiere, no representan más, con harta frecuencia, que la ignorancia más peligrosa, la ignorancia ridícula y pedantesca incapaz de proceder con justicia, por lo mismo que no se oye,

En ciertos conventículos de periódico háse puesto hoy en moda amenazar la influencia sacerdotal en nombre del progreso de las luces. El sacerdote no teme en manera alguna las luces del progreso; lo que teme es su orgullo. Si el siglo XVII que contaba á Port-Royal en las filas de la oposicion, y que se gozaba con las tesis de la Sorbona, nos hubiese condenado á ostracismo en nombre del progreso, habriamos podido doblar la cabeza ante la aparente autoridad de semejante principio; pero en unos tiempos como los presentes, ante una sociedad compuesta de novelistas y especuladores, de periodiquillos y de gacetilleros, há de confesar que en lugar de entristecerme, solo á risa me provoca el empeño decidido en presentarse candidatos á la sucesion de nuestra tiara.

Y no se vaya á creer que la incredulidad se consagre con más insistencia al estudio profundo de la religion, fundándose en la circunstancia de dar á sus elucubraciones el título de *Estudios de historia religiosa*, porque las cosas no han cambiado lo más mínimo, desde aquellos tiempos en que Labruyere decía: «¡Ignoran los sprits forts que se les llama así irónicamente! Lo único que puede observarse es, que la ciencia de la religion ha sido sustituida por la que ha

dado en llamarse ciencia de las religiones. Muchos son los eruditos que han profundizado extraordinariamente en los cultos de Grecia, de la antigua Roma, de Persia y de la India; pero que son incapaces de exponer un artículo de su símbolo sin desfigurarlo. Las religiones vienen à ser para ellos un tema fecundísimo, ora de notables descubrimientos, ora de ingeniosas clasificaciones, ora de generalizaciones arbitrarias, pero de ningún modo el objeto de una curiosidad verdaderamente doctrinal. Así se explica que haya sábios capaces de explorar la filosofía de todas las religiones, ignorando el catecismo de la suya y que lleguen à alcanzar à veces toda la importancia de Pontifices en las filas de la crítica racionalista, sin haber leído un tratado de la religion verdadera.

Ya es que no es cosa fácil convencer al vulgo de las gentes, de que, respecto del particular, un pobre cura de aldea puede estar mejor enterado que todo un señor miembro del Instituto. Cuando el espíritu público ha llegado à sublevarse contra las autoridades divinas, se postra de hinojos delante de los ídolos. Y sin embargo, nada más razonable que aquel axioma popular: Cada cual de su oficio. Boesuet, con aquel dominio que tenía de la lengua, ha resumido en

breves palabras el error de los libre-pensadores respecto del particular. «Blasfeman de lo que ignoran y corrompen lo que saben.» Doble forma de incompetencia especial y propia de los espíritus cultivados, que no lo son sin embargo bajo el aspecto teológico; lo que hace que aun cuando su inteligencia no esté desprovista de valor, sus negaciones carezcan completamente de él.

Y no se me acuse de calumniarlos para tener más fácilmente razon. ¿Dónde hallar hoy las pruebas de la ciencia anticristiana como no sea en sus libros? Apelo al testimonio de aquellos que los conocen y de seguro convendrán en que, realmente no ha dado à luz un solo sofisma; que no date de la persecucion de Juliano el Apóstata y que no haya sido refutado ora en el tratado de Origenes contra Celso, ora en la *Preparacion evangelica* por Eusebio de Cesarea, ora en la *Ciudad de Dios* de San Agustin. Las objeciones de los exejetas contemporáneos, consideradas por ellos como verdaderos descubrimientos, hace mil años que están reducidas à polvo, en el polvo de nuestras bibliotecas. Mas ya se vé, como no las conocen, nada tiene de particular que la crítica, para presentarse como nueva, sólo tenga necesidad de presentarse como ar-

chi-vieja. Publicista hay que comete verdaderos crímenes, para que las gentes se formen ilusiones respecto de su originalidad, y sin embargo, no es más que un desgraciado plagiario de la Alemania materialista, ó de antiguas herejías perdidas en los infolios de *Cornelio à Lápide*.

Adjúquese si se quiere, un premio á estos señores: no hay inconveniente en ello con tal que los académicos paguen los gastos que ocasiona; mas admitir, bajo la fé de semejante testimonio, que hace diez y ocho siglos la Iglesia está explicando la Biblia sin entenderla, y que toda nuestra civilizacion ha sido el resultado y el juego de semejante inconveniencia, vale tanto como pisotear en nombre de la ciencia el sentido comun.

Por lo demás, permitaseme que lo pregunte: ¿entre nuestros impugnadores hay sólo sábios? No tengo para qué decir que por temperamento y por educacion la injuria me es repugnante en alto grado; pero no hay para qué enervar la defensa, por medio de arreglos intempestivos y es conveniente levantar la visera á los combatientes que tenemos en nuestra presencia. ¿Quiénes son, generalmente hablando los que hacen la guerra á Jesucristo? Pensadores corrompidos, escritores muy poco incorruptibles, verdaderos

malhechores de la pluma, que prenden fuego al templo para alcanzar que se hable de ellos. Por otra parte ¿quiénes son los que permanecen al lado de Jesucristo? Una legion de sacerdotes que, considerados en sus diez y ocho siglos de historia, representan mejor que otra clase alguna, la moralidad y el desinterés de las convicciones. ¿Quiénes son los enemigos de nuestra verdad? Dramaturgos, poetas, folclóricos, algunos filósofos, en suma, las autoridades más frívolas del orden intelectual. ¿Y quiénes son los defensores de nuestra verdad? Bossuet, Tomás de Aquino, S. Agustín, es decir: los gigantes del pensamiento, las lumbreras de la humanidad errante por este valle oscuro, las inteligencias verdaderamente monumentales de la era moderna. Después de lo dicho invito á los espiritus que tienen más fé en los talentos concienzudos que en las revelaciones divinas, para que elijan entre ambas autoridades. El día en que Orígenes se presentó inesperadamente en las lecciones públicas de Plotino, este no tuvo valor para continuar delante del Padre de la Iglesia. En la actualidad no hay sacerdote alguno en el órbe católico, que tenga la autoridad de Orígenes; pero todos los sacerdotes reunidos tienen mucha más, y la única actitud que en presencia de esto

jurado conviene á la incredulidad, es la respetuosa deferencia de Plotino.

Ni basta á una autoridad, para alcanzar nuestra aprobacion, el que sea sábia; es necesario además que sea sincera. Al llegar á este punto, tocamos más bien á una cuestion de honra, que á un tema doctrinal; mas si quiera heridos con frecuencia en este terreno, mediremos nuestras palabras para evitar el que con ellas podamos causar herida alguna. El mayor error de aquellos que no creen, consiste en persuadirse fácilmente de que no se puede creer! Mas al paso que nosotros admitimos, en determinados casos, la buena fé de su negacion, ellos no vacilan en calificar de mala nuestra buena fé.

¿Es posible que esta multitud de pastores, predicadores y confesores, que marchan discutiendo, sufriendo y rogando al través de las edades cristianas, sea menos honrada que la posteridad de Voltaire? Podria contestar con la indignacion del orgullo ultrajado; pero prefiero ceder á la noble tristeza del amor desconocido. ¿No es acaso el perdon de las injurias, la mejor refutacion que de las mismas se puede hacer?

La cuestion se halla mal planteada por nuestros adversarios, pues afectan considerar al sacerdote como un desheredado de la fortuna, que,

embarazado por sus propias pretensiones, tiende la mano á la Iglesia, diciéndola con los hijos de Heli: *Dimitte me ad partem sacerdotalem ut comedam buccellam panis* (1), cuando lo que sucede, es precisamente todo lo contrario. En primer lugar no es cuando niño, sino á los veinte y tres años, cuando el sacerdote establece con la Iglesia sus lazos indisolubles. Hasta aquel momento habia estudiado como todos los que estudian, mejor ó peor, porque la conciencia lo habia dirigido y la inocencia le prestaba sus luces angélicas. Hallábase pues en todo el esplendor de una conviccion profundamente arraigada, mereced á largos dias de virtud y de trabajo. En dicho instante el levita vió anticipadamente todos los sacrificios de su vocacion, desde las mortificaciones, con frecuencia mal comprendidas de la juventud, hasta las horas solitarias de la agonía, y seducido por la amargura de este cáliz, llevólo amorosamente á sus labios diciendo: Esta será mi parte. El mundo apareciósele por su lado, y el mundo entonces le era harto desconocido para que le pareciera seductor. Algunos esfuerzos más y el levita lograria hacerse

(1) Reyes 2, 59.

plaza en las magistraturas, en la enseñanza, en la administración, mas ¿qué valian tales esperanzas para esa alma tocada por la mano de Dios y enajenada de amor celeste, que despues de haber medido la tierra, no habia encontrado lugar más apropiado y bello, que las gradas del altar? Y llegado el momento de la consagracion, preguntad á cuantos la presenciaron si el nuevo Samuel dejó de verter lágrimas hasta regar las losas del pavimento, y preguntad tambien à los amigos que más tarde le recibieron en sus brazos, si esas lágrimas eran la expresion de una tristeza, ó si daban lugar á que se dudara de su buena fé! Inefables gozos del día más hermoso de la vida: acaso por lo mismo que tanta felicidad encontrasteis en vosotros mismos, Dios os niega la recompensa de los aplausos humanos.

Y con posterioridad à este momento, ¿ha hecho algo el sacerdote que le haga acreedor à la sospecha infamante con que se ha pretendido manchar sus convicciones? No, para honrarlas es transfigura, para obedecerlas se crucifica, agota sus fuerzas en su defensa y siempre se halla dispuesto á morir confesándolas. ¿Con qué derecho, pues, se viene à insultar tan bella historia con suposiciones perversas? Instituya la filosofía un profesorado para el cual se exijan

quince años de preparacion, continencia perpétua, impopularidad, pobreza y el apostolado hasta el martirio, y verémos si semejante institucion, contará muchos adeptos en su seminario de las misiones extrangeras. Por lo demás como se explica que la incredulidad, que admite la buena fé en todos los blasfemos, se atreva á poner en duda la de los sacerdotes, sobre todo teniendo en cuenta que nuestro ministerio es un reconocimiento auténtico de la suya, puesto que está consagrado á contestarla, y teniendo en cuenta que no puede rehusarnos la misma consideracion, sopena de inferir mayor injuria á su equidad que á nuestro carácter?

Yo bien se que puede acusarse al sacerdocio de estimarse en más de lo que merece; pero en tal caso el sacerdocio contestará á sus detractores, del mismo modo y con identicas palabras que cierto cardenal herido en su honra. «Cuando me juzgo, me tengo en muy poco; pero cuando me comparo me estimo en mucho.» Y en efecto, defensores de la verdad y defensoras del error dejémosnos de consideraciones y vamos á compararlos.

Comparémosles desde luego desde el punto de vista de la dignidad de sus asertos. La del sacerdote tiene en su favor la presuncion de la

abnegacion: porque al paso que de un lado se ve al hombre inmolando su personalidad intelectual, á un simbolo que en manera alguna es obra suya; distinguese en el opuesto el orgullo del individualismo, la ambicion de la celebridad, y esta repugnancia invencible que experimenta el talento extraviado, en confesar que fué engañado ó engañador. Nuestra asercion tiene la presuncion del desinterés: porque de un lado vemos al sacerdote, hallando siempre en su doctrina, más sacrificio que positivo provecho; en tanto que del otro, distinguimos al filósofo obteniendo de la suya numerosas ediciones y lucrativas simpatías, y para el cual una nueva religion no es en manera alguna ni un ayuno ni una limosna, sino un procedimiento nuevo para llamar la atencion pública y allegar pingües ganancias. La primera afirmacion tiene en su favor la presuncion de su consistencia: porque de un lado está el sacerdote consecuente consigo mismo en todas las vicisitudes de la vida; al paso que del otro encontramos al filósofo que en materias de religion gira como la yeleta, á todos los vientos del progreso indefinido, y cuyo escandaloso Evangelio fué oian veces retocado, al compás de las necesidades y los gustos que van privando. Por último tenemos en favor nuestro

el testimonio de nuestra muerte: porque de un lado distinguimos al sacerdote, hallando en su fé antigua, fuerza suficiente para sosegar en medio de los dolores de la agonía; al paso que del otro distinguimos al filósofo, resistiendo concluir segun los dogmas de la religion por él inventada, y haciendo honrosa penitencia de su filosofía, en cuanto se ve asaltado por una leve enfermedad.

«¿Cuál es el filósofo, exclamaba Rousseau, que llegando á conocer lo verdadero y lo falso, no concediese la preferencia al error inventado por él, sobre la verdad descubierta por otro; que con tal de alcanzar los aplausos de la gloria, no consintiera en engañar al género humano entero; y que en el fondo de su corazón, se proponga otra cosa que distinguirse? Para oél es lo esencial pensar de un modo disínto que los demás: entre los creyentes es ateo, entre los ateos sería creyente (1).» Antes de poner en duda nuestra buena fé, que la negacion establezca la suya. Por nuestra parte no estamos obligados á creer más que ella misma.

Comparemos ahora los adversarios, desde el punto de vista de la moralidad que garantiza

(1) *Emile*.

sus asertos. No cabe dudar que no es necesario ser un santo para tener razon; pero al propio tiempo nada más natural que buscar en los actos de los hombres garantías en favor de sus principios. Admitido este precedente ¿dónde se encuentra el areópago que, mejor que el sacerdocio cristiano, certifique su doctrina por medio de sus sacrificios? ¿Existe entre los representantes del libre pensamiento, un cuerpo escogido más digno de la confianza de los espíritus, que los sucesores de Jesucristo? Yo bien sé que algunos incrédulos han dado con un medio expedito para preservarse de la inmortalidad, que consiste en suprimir la moral; tampoco ignoro que exajerando las excepciones que, á primera vista, parecen darles la razon, hacen escarnio de la inmensa mayoría que les confunde; mas no importa, con tal que sigan guardando respecto de nosotros las apreciables susceptibilidades de su escándalo! En último resultado sus exigencias son, á pesar suyo, y respecto de nosotros, actos de fe en la santidad de nuestro ministerio, y si es cierto que hay en todos los hombres algo de naturaleza humana, lo único que importa averiguar es dónde se presenta esta más manifiesta, si entre nosotros, ó entre aquellos sacerdotes tan difamados por la filosofía,

De tan conocidas premisas, se desprenden las siguientes consecuencias que lo son ménos: Luego nosotros merecemos más crédito que un libertino que niega á Dios, por lo mismo que tiene motivos muy poderosos para desear que no exista; Luego es al par un absurdo y una injusticia, despreciar la verdad de los santos en virtud de asertos frecuentemente emanados de una pluma corrompida ó venal; Luego hay una verdadera violacion de la lógica y del sentido moral en dar la preferencia á Voltaire sobre Jesucristo, porque la conciencia de un hombre vale lo que su palabra, y la afirmacion del espíritu virtuoso, es despues de la Iglesia, el más hermoso Sinai, donde con más esplendor brilla la verdad.

Comparemos por último, á las partes beligerantes en la ira con que sostienen sus asertos. La buena fe, del mismo modo que el ateco, tiene en la muerte su supremo testimonio. El hombre que esté siempre dispuesto á manchar su palabra jamás ha podido hablar con verdad de su sangre vertida. Y hé ahí la explicacion del procedimiento juridico de la edad media, en virtud del qual se verificaban por medio de suplicios las deposiciones de los delinquentes. Pnes bien: convoquemos á la prueba suprema del juicio de

Dios á los testigos que deponen en favor de Jesucristo y á los que deponen en contra. La historia revela un contraste glorioso en favor de los defensores de la verdad. En tanto que la asercion filosófica, difícilmente se ha decidido á arrostrar el dolor para dar más fuerza á sus razonamientos, de manera que no existe una sola impiedad sellada voluntariamente con la sangre de su autor, nuestra religion cuenta más de doce millones de testigos que por ella han dado su existencia, sin contar el número de los que estaban dispuestos á hacer otro tanto si hubiese llegado la ocasion. El cristiano que reza el credo con verdadero fervor, implícitamente es un mártir. La Iglesia es comparable á un Coliseo inmenso á cuya arena desciende consciente todo verdadero discípulo, en cada uno de sus actos de fe.

Si, el sacerdote es el maestro de tan decididos atletas; el sacerdote perpetúa en la tierra la hermosa tradicion del juramento por el sacrificio de la vida. Gracias á esta fe inquebrantable se nos puede arrojar de un Estado; pero es imposible atentar á la probidad de nuestra afirmacion. El día en que se nos notificaran los edictos de proscripcion; cuando, derramando lágrimas de sangre, nos acompañasen los verdaderos cató-

licos, hasta la orilla, todavía podríamos hacer una manifestacion suprema, puesto que encarándonos con la impiedad, podríamos decirle: Volved á abrir los anfiteatros, nombrad vuestros prócsules, y atrevedos á hacernos vuestra intimacion postrera; y dirigiéndonos despues al pueblo le diríamos: Ya que nuestra palabra de honor se pone en duda, creed al ménos nuestra muerte. Y con tal que el sacerdote se envolviera en el sudario bañado con su sangre, su misma tumba profetizaria, y al hallarle cubierto con la púrpura del martirio, el porvenir absorto exclamaría: *«Verdaderamente este hombre era Hijo de Dios. (1)»*

Sean, pues, confundidos por la inverosimilitud de sus invenciones, los que buscan la explicacion de semejante martirologio en los prodigios del charlatanismo. Ozanam ha citado como el más bello ejemplo de la buena fé religiosa, á esos eclesiásticos convertidos del anglicanismo, que abandonando sus beneficios de noventa y de cien mil francos, se trasladan á Paris, donde con su enseñanza, se proporcionan los medios indispensables para sustentar sus hijos y sus esposas.

(1) Mat. 27, 66

Hay, sin embargo, un espectáculo más bello todavía, y es el de los jóvenes sacerdotes, á quienes he visto besar los piés en la iglesia de las Misiones Extranjeras, y que, por amor al prójimo, iban á buscar en los más remotos confines de la tierra, la muerte tan oscura como gloriosa de San Cipriano y de San Ireneo. Ante semejante espectáculo desaparecen todos los demás. El sacrificio más grande que puede el hombre hacer en favor de sus convicciones, más que en vivir, consiste en morir por ellas.

II.

La autoridad de los discípulos de la fé, en general, constituye, racionalmente hablando, un testimonio todavía más imponente que el de los defensores de la fé. Coloquemos esta ciudad de Dios frente á frente á aquella que de Él blasfema; la Iglesia de la afirmacion, frente á frente á la de la negacion, y reduciendo la creencia á mera cuestion de votos, demostraremos que las

verdades eternas están aseguradas al mundo en virtud de una posesion indestructible. No es esto seguramente lo que pretenden los adversarios, y en prueba de ello vamos á citar un argumento especioso que nos prodigan con más ruido que razon.

Contemplan los esplendores temporales del Pontificado y se regocijan y aun aplauden el que hayan existido. Luego ponen sus miradas en la historia y fijan la atencion en la monarquía católica de San Luis, en el entusiasmo de las cruzadas, en las virtudes de la antigua Tebaida, y dicen: Esto pasó. Por último, consideran el reducido espacio que la Iglesia ocupa sobre la tierra, y discurren de esta suerte: Entre los cien mil millones de seres que ocupan el globo, apenas si hay cuatrocientos millones de cristianos; de este número deben descontarse los filósofos que no quieren la religion, los indiferentes que no se acuerdan de ella y los pobres de espíritu que no saben lo que quieren ni aun lo que piensan; lo poco que resta carece de fuerzas para que pueda subsistir mucho tiempo. En la época de Juliano el Apóstata se echaba en cara á la Iglesia su juventud, haciéndole un cargo de que solo contara tres siglos; hoy volviendo el argumento al revés, se le dice que ha envejecido lo

suficiente y se la amenaza con que no vivirá más que trescientos años! Es inútil decir que existen espíritus superficiales, que se prometen presentir el descárito de ese Dios condenado por el sufragio universal! Y tampoco tenemos porque recordar que no transcurre un solo día, sin que, sectas más efímeras que el polvo y que el humo, pasen ante la figura de Jesucristo diciéndole: Es completamente inútil que tengais pretensiones á la vida, en realidad estais muerto.

Trátase al presente de demostrar, que tan siniestros presagios sólo se hallan fundados en falsedades ó preocupaciones completamente desprovistas de razon. Desde luego debemos hacer hincapié en el hecho de que el argumento va dirigido contra los católicos y no contra los creyentes: contra el cuerpo de la Iglesia, no contra el gran partido de la Fé, por consiguiente, los que así proceden están fuera de la cuestion. Léjos de seguirlos en su camino, trataremos de hacerles penetrar de nuevo en el terreno de la lucha.

Para refutarlos, nada más óbvio que aplicar á la religion las notas de la Iglesia, y por consiguiente, que aducir en favor de la primera contra los incrédulos, los argumentos empleados por la segunda contra los herejes; sobre todo

cundo semejante asimilacion, no se halla completamente desprovista de certeza. La Iglesia lejos de constituir un imperio ceñido de murallas como la China, se extiende, en el espacio, de un extremo del mundo al otro, y en el tiempo, desde Adán hasta la consumacion de los siglos. Su alma, que constituye la verdadera medida, no sólo comprende á los católicos sino tambien á todos los cristianos disidentes que con la más buena fé viven en el error. A cada momento se acretece con el contingente de los infieles que habiendo practicado la ley natural durante su vida toda, ántes del término de ella, merecid á la misericordia preventiva de Dios, ven sus virtudes elevadas á un órden sobrenatural. Así constituida y de tal modo entendida la vasta comunión de los creyentes, constituye, por la masa de sus afirmaciones, una probabilidad tal, que el espíritu humano, por más que haga, jamás podrá afirmar cosa alguna descansando en más impovente testimonio. Ahora bien, descomponiendo este testimonio, me resulta que el deber de creer, incumbe á la razon por los motivos al presente más incontestables: la autoridad de las mayorías; la de las capacidades; la de la santidad; y la de la universalidad.

Ocupémonos en primer lugar en la autoridad de las mayorías. Si detallamos este innumerable escrutinio, que se compone de los votos de todo el género humano, encontraremos que la incredulidad se halla condenada por la casi unanimidad de los votantes. En efecto, ¿á qué se reducen las negaciones contemporáneas una vez desprovistas de la máscara de su especial fraseología? Al ateísmo, al materialismo y al escepticismo: en puridad de verdad estos son sus nombres. Ahora bien: semejantes crímenes del pensamiento, nunca han podido alcanzar más que un reducido número de adhesiones en el gran concierto de la opinión universal. Puestos fuera de la ley por la conciencia de todos los pueblos, solo pueden circular echando mano del recurso de valerse de títulos atenuantes, y à veces hasta religiosos para engañar la religión de las muchedumbres; del mismo que ciertos malvados sentenciados por los tribunales, toman un nombre supuesto para mejor eludir la persecución de la justicia. Llega un día, sin embargo, en que las muchedumbres, deslumbradas por un instante, vuelven en su acuerdo, ven claro en el asunto, y reconocen à esos blasfemos disfrazados; pues sabido es que las muchedumbres no se dejan engañar por la impiedad que se dirige contra

la naturaleza. En tal caso los blasfemos, para quienes, Dios, Providencia, vida eterna, no son más que *bellas palabras anticuadas y un tanto enojosas*, ven que en frente de ellos se levantan, no sólo la Iglesia católica, sino también el protestantismo, el mahometismo, el paganismo, es decir: una autoridad numérica, bajo el peso de la cual todas las negaciones quedan aplastadas.

Yo bien sé, que se procura eludir semejante reprobación unánime, bajo el frívolo pretexto de que existen pueblos cuyo vocabulario no encierra este adorable substantivo ¡Dios!; mas esto, como se comprende, más que un argumento es un subterfugio. Si tales pueblos carecen de la idea de Dios, en singular, la tienen perfectamente clara en plural; diganlo si no sus ídolos, sus templos, sus sacrificios: son politeístas, no ateos; se engañan; pero creen. Después de lo dicho, y en el supuesto de que los salvajes escapan à la ley esencial de nuestra naturaleza, ¿la necesidad de adorar, ¿la excepción destruiría la regla general? No: social el hombre por su naturaleza, no puede considerarse en el estado que le corresponde como no sea viviendo en sociedad. Los ateos imaginarios de que puebla los bosques la filosofía, no deben computarse en este escrutinio de una votación hecha por medio

del sufragio universal, del mismo modo que en los usos comunes no se computan ni aun toman parte en la votacion los jóvenes que no han llegado al completo desarrollo de su razon, ni aquellos que despues de haber llegado à ella la han perdido. Prueba evidente de que, para hacer tabla rasa de las creencias, seria indispensable hacer abstraccion de la humanidad, que constituye una potencia invencible contra la cual no existe otra alguna que pueda prevalecer. Precisamente à este propósito ha podido repetir: Hay quien tiene mas intencion que Voltaire, y esta es el mundo.

Imaginemos à los incrédulos constituidos en sociedad, en una especie de nueva Icaria, ¿qué espacio ocuparia este Estado? difícilmente podria ser una nueva república de San Marino. Frente à frente de esos hermanos separados de la gran familia humana, convoquemos la asamblea más ecuménica de que pueda tener idea el espíritu, reunamos todos los creyentes presentes y pasados del universo, y dígase si el contraste que resulta, no basta por si solo para llevar à los ánimos las más honda conviccion.

Imagínense ahora las innumerables generaciones de antepasados y de santos, que ántes del cristianismo y despues del cristianismo, en

Oriente y en Occidente, pertenecientes à la verdadera religion y à las religiones falsas, han hecho su peregrinacion por la tierra, diciendo: Creo. Ante tan considerable muchedumbre, no pueda presentarse uno sólo de los contados discípulos del libre pensamiento que pueda decir con conviccion: No creo. Y que no se ponga en tela de juicio la autoridad de las edades pretéritas, so pretexto de que nuestro siglo tiene más saber que todas las demás juntas: porque si bien es cierto que ha hecho muchísimo en lo que se refiere à las ciencias naturales; nada, absolutamente nada ha inventado en favor ni en contra de la religion. Ni contra la religion decimos, y no hay porque sorprenderse; pues excepcion hecha de algunas opiniones gratuitas sobre el origen de las cosas, la cuestion es siempre la misma: los problemas que hoy se ventilan, son los que se discutian en el siglo XVII, y los motivos que para creer tuvieron Bossuet y Fénelon son los mismos que à nosotros nos asisten. Hemos nombrado à Bossuet; creyese que su fe habria vacilado poco ni mucho en vista de la moderna exegesis alemana, que ya presintió en las primeras atravizadas proposiciones de Richard-Simon, ó à consecuencia de esta paleontología materialista que ora da sus quimeras, ora sus

dudas, como decisiones formuladas *ex catedra*.² Pues bien si la única ciencia completa es la ciencia de este siglo, la única religion razonable es la del pasado, y los que fueron nuestros padres continúan siendo nuestros maestros. Respecto de la materia, sabemos algo más que ellos; pero en cuanto al espíritu concierne, en lo que se refiere al alma y en lo que se refiere á Dios, constituyen y continuarán constituyendo una autoridad irresistible.

Después de haber contado á los antepasados, es indispensable, tratándose de completar el testimonio, agregar los contemporáneos que sin distincion de nacionalidad, de culto, ni de color, fraternizan en la comunidad de este sentimiento: Creo en un solo Dios, creador del Cielo y de la tierra. Ciertó que en tan bello unisono pueden percibirse algunas discordancias filosóficas; más al paso que de una parte se halla la humanidad, de la otra se encuentran las excepciones y las anomalías, no en manera alguna lo más selecto como se pretende acreditar. Y si Tertuliano confundia al paganismo del siglo II valiéndose del argumento de la multiplicacion cristiana, ¿qué diria hoy viendo la infima minoria que blasfema, y mostrándole las cinco partes del mundo postradas de hinojos ante Dios vivo

y personal! Hubo un tiempo en que se creyó decir una gran cosa manifestando que el sol no se ocultaba nunca en los dominios de la monarquía española; pues bien, no hay poder alguno, ni existe en la tierra soberano alguno, que pueda gloriarse de un personal tan numeroso como el que presta adoracion al Rey del cielo y á su Verbo hecho carne para nosotros. Semejante personal es el Cristo místico de que hablan algunas veces los Padres de la Iglesia; un Cristo más gigantesco que aquel debajo del cual se doblaban las espaldas de San Cristóbal. Así se explica que no exista fuerza bastante para abrirle una tumba, porque ocupa el órbe entero de uno á otro polo; ni haya revolucion alguna capaz de destruirlo, porque nuevo Samson, bástale con remover la historia, para que vacilen hasta sus cimientos más profundos las columnas sobre las cuales descansan los imperios, y para sepultar debajo de inmensas ruinas esos débiles antagonistas que, relativamente á su afirmacion, están en la misma proporcion en que se hallan algunas unidades respecto de centenares de millones.

Y aun seria algo si los incrédulos dispersaos sobre la superficie del globo pudiesen oponerse en haz compacta á nuestra verdad; pero ello es que por más que han hecho, nunca han podido

constituirse en sociedad compuesta de veinte individuos. La esencia necesaria del racionalismo es el fraccionamiento hasta lo infinito. Sus adeptos sólo logran entenderse cuando tratan de atacarnos: entre sí jamás han conseguido ponerse de acuerdo, y de esto resulta un contraste que redundará en favor nuestro, pues al paso que cada uno de nosotros tiene en apoyo de sus afirmaciones á toda la humanidad presente y pasada el incrédulo sólo cuenta para las suyas con su propia personalidad. En tanto que la fé es la sociedad de los espíritus y de los corazones, la incredulidad es siempre el individualismo en hecho y en sistema. De aquí resulta indefectiblemente el que se considere cosa imposible un pueblo de ateos, á pesar de lo mucho que del mismo se habla: sería tan imposible reunirlos sin que el mundo se conmoviera, como hacerlos vivir juntos sin que se revolvieran entre sí y fueran los unos la desesperación de los otros.

Hemos oído á las mayorías; consultemos ahora las capacidades.

La mayor parte de sus adeptos hacen en cierto modo del partido de la religion el del sentido comun, por lo mismo que el espíritu humano no puede ver la verdad donde hay la confusion; y por el contrario, se agrupa instintivamente á

todos los puntos al rededor de los cuales encuentra multitudes unánimes y desinteresadas. Sin embargo, las mayorías por sí solas constituyen una fuerza ciega; al paso que las mayorías robustecidas por la adhesión de las capacidades, forman la verdadera autoridad. Por esto decimos que no basta con contar á los creyentes, es menester pensarlos. Al presente vamos á establecer nuestra tesis sobre las ruinas de una obcecación. Si las mayorías constituyen el criterio de la verdad doctrinal, la incredulidad puede decirnos: el cristianismo debe desaparecer ante el paganismo de Buda y de Confucio que cuentan con un doble número de adeptos. Para hacer frente á semejante reparo, dividiremos el argumento en dos partes, la una dirigida contra la incapacidad de los idólatras que creen en lo falso, y cuyo gran número se nos opona, la otra contra la capacidad de los filósofos que no creen nada y cuyas luces se nos oponen.

Por lo que se refiere al paganismo, no ha de temer el lector que hable sin justicia ni sin estudio. Conozco las celebradas maravillas de la civilización india del modo que sus espantosas caídas; y por lo mismo puedo afirmar con seguridad que la población cristiana del globo, representa por sí sola más caudal de inteligencia

que esa porcion de la humanidad. De manera que no podemos atinar, qué es lo que se proponen nuestros sábios que en tan poco tienen la opinion del vulgo de Europa, cuando nos oponen esa muchedumbre de árabes, de budhistas, y de antropófagos, cuya fé, filosóficamente hablando, dista mucho de pesar lo que el *Credo* de San Agustin y de Santo Tomás. ¿Qué puede ante una razon imparcial la autoridad de cinco ó seis cientos millones de idolatras, comparada con la de nuestros diez y ocho siglos evangélicos? De seguro constituirá una vergüenza para nuestra época, el hecho de haber empleado una critica tan exigente contra el cristianismo, que tiene una historia tan clara como la de Francia, siendo así que tantas complacencias ha guardado para con las supersticiones que ofenden al buen sentido. Desde este punto de vista nuestros contemporáneos han cometido atentados tales, que serán el escándalo de la posteridad! Cada vez que pienso en esas *Revistas* pórdidamente hostiles, que han osado colocar à Jesus al lado y á veces debajo de Sa-Kiamouui, llevo á presumir que la incredulidad europea experimenta el castigo de haber descendido hasta la barbárie indiana, en justa pena por el crimen de haber osado ponerla en parangon con el Evangelio.

Yo me guardaré muy bien de inferir injuria á sus talentos en lo que concierne á la pequeña iglesia del libre pensamiento; mas dígase de buena fé si desde el comienzo del mundo ha existido mayor suma de inteligencia empleada contra Dios hasta el siglo XVIII: la negacion no contaba con filosofía ni con literatura propias: posteriormente ha contado entre sus ilustraciones con más hombres de ingenio que de génio; pues el verdadero génio siempre ha temblado ante la inmortalidad del blasfemo, y ha abandonado gozoso esa gloria fácil á las inteligencias de segundo orden, incapaces de conquistar otra. Y si no ¿à qué se reducen actualmente las obras maestras del anticristianismo? A algunas docenas de libros de erudicion sospechosa que no resisten á esa funcion subalterna del entendimiento: la critica. Todo lo cual en nada obsta ni á los prodigios de la invencion ni al culto de la grande originalidad; pero en cambio supone las obras maestras reemplazadas por lucubraciones pedantescas, el pendon de la impotencia levantado sobre las obras del espíritu humano y el derecho de insultar al talento, explotado en provecho de las medianías envidiosas que carecen completamente de él.

Los escritores incrédulos deberían recordar que su abolengo no pasa de un siglo (1), que podría sepultárseles fácilmente debajo de los escritos compuestos por los que defendieron lo mismo que ellos atacan, y que su capacidad apenas representa una gota de agua en el océano inmenso de la inteligencia cristiana. ¿En virtud de qué lógica, puede prevalecer contra la natural pendiente de todos, la hostilidad de algunos? ¿En virtud de qué principio, sobre todo, los que hacen gala de insultar á Dios, pisoteando al par nuestras capacidades y nuestra mayoría, quisieran poner por encima su infalibilidad ateísta? Pensadores inconsecuentes que han abolido los privilegios delante de la ley civil, y que por lo que atañe á su oposicion á adorar, aspiran á las inmunidades por ante la ley natural.

Tenemos pues, que lo mismo cuando se trata de orientarse sobre el valor numérico, que sobre el valor intelectual de aquellos á quienes se pretende seguir, es indispensable ponerse de nuestra parte: otro tanto acontece cuando se consulta su valor moral. Siempre serán más fá-

(1) Celso, Porfirio etc., no eran incrédulos en el sentido rigoroso de la palabra, sino politeístas... defendían una religión falsa; pero no protestaban la irreligión abeísta.

cilmente creídos aquellos que para creer han de realizar mayores sacrificios. El hombre que se hace superior á sus pasiones comunica á sus conclusiones el peso de su virtud, y al par el de su inteligencia. Por esto cuando considero que la necesidad de creer, apesar de las obligaciones que impone, se conquista más convicciones que el culto fácil del libre pensamiento, encuentro la fé divina, no solo por razon de la moral que prescribe, sino tambien á causa de la meralidad que obtiene. ¿Dónde y cuándo, bajo el imperio del ateísmo, se han visto florecer virtudes comparables á las del mundo cristiano? Abra la incredulidad sus filas, y haga salir si puede una procesion de vírgenes, de apóstoles y de confesores que pueda compararse á la pintada por Flandrin sobre el friso de la Iglesia de San Vicente de Paul en París.

No, fuera de la fé, y especialmente de la fé cristiana, existen vicios que los moralistas ni siquiera atacan, porque desesperan de salir vencedores. Allí se santifican las debilidades, para hacer á los santos una especie de concurrencia que nada cuesta; se considera á la pureza como una preocupacion, para exonsarse de observarla; se falsifica el deber para declinar la vergüenza de no cumplirlo; y á fin de ocultar mejor su im-

potencia, se procura sofisticar la verdad histórica, hasta el punto de quitar al cristianismo los honores de la moralización cristiana. Pero, poco importa que se nieguen las virtudes de los creyentes, por los que están interesados en negar la utilidad de las creencias: la vida de los Santos es un milagro que no puede ser destruido. Poco importa que Voltaire, con un descaro por el cual pido perdón á Dios y al lector, haya llevado su impudencia hasta el punto de decir: ¡Que durante cien años, fue solo la canalla más abyecta la que abrazó el cristianismo! ¡Qué entandía por este epíteto de doble sentido, que apenas me atrevo á repetir para rechazarlo? ¡El parásito servil de los reyes aludría acaso á la pequeñez de mis abuelos? Si así fuese lo aceptaría con orgullo. ¡Es una calumnia lanzada contra su inocencia por el burlador de Dios y de sus Santos? La rechazo con toda mi indignación. Fijemos el valor de las expresiones: existe la canalla de los hospitales y la canalla de los prisioneros; la que padece hambre y la que delinque; la primera pertenece á Jesucristo, que hace de ella sus miembros pacientes; la segunda pertenece al libre-pensamiento por lo mismo que lógicamente procede de sus principios. Tómese cada uno la parte que le corresponde, y que los

grandes crímenes como las palabras de efecto, queden de cuenta de los insolentes.

Sabido es que una población numerosa, sana, y esclarecida, revela el poder de una dominación; mas para completar su grandeza necesita además que sea muy extensa; pero no con una extensión cualquiera, sino con la extensión en el tiempo y la extensión en el espacio, dos caracteres clásicos de la verdad, á los cuales he dado el nombre de universalidad de la fé: *quod semper, quod ubique*.

En el tiempo su imperio carece de límites: toda incredulidad es efímera por su propia naturaleza. La de los individuos, libres ya de las tempestades de la juventud, no resiste por punto general á la experiencia de su edad madura; la de los pueblos, comenzada por un desvanecimiento de orgullo filosófico, concluye al cabo de breve tiempo por las catástrofes de una revolución. Sea como quiera, la incredulidad que sigue, no es en caso alguno continuación de la que precede: entre una y otra existe solución de continuidad. Pero así como la religión no tiene patria, porque las abarca todas, tampoco pertenecen á ningún siglo, por lo mismo que todos los comprende. Vuélvase la mirada á todos los confines de la tierra; fíjese la atención en todas

las páginas de la historia, desde el primero hasta el último día del universo, y se verá que siempre ha tenido á la especie humana subyugada á sus mandatos. ¡Por qué ha de causarnos pues sorpresa, cada vez que oímos decir con visible afectación que cada uno pertenece á su tiempo? No, á todos los tiempos pertenecemos: somos del pasado, del presente y de lo porvenir: pertenecemos á la eternidad. A la eternidad ei, porque Dios puede levantar nuevos universos sobre las ruinas de este; pero la fé subsistirá en todas las creaciones donde existen seres dotados de razon. Una cosa hay que no puede extinguirse, como no sea que desaparecieran el cielo y la tierra, y es el conocimiento de Aquel que los hizo de la nada. «La religion ha penetrado en el mundo con el primero de los hombres y solo saldrá de él cuando desaparezca el último» (1).

Conviene demostrar ahora que su universalidad no es ménos ilimitada en el espacio que en el tiempo. El pueblo sin altares de que nos habla Plutarco, no se ha encontrado todavía. Do quiere fije el hombre su planta, se postrará de hino-

(1) Monsieur Darby, Mandement de Cardin; 1869.

jos: allí donde vierte lágrimas, sean de gozo, sean de amargura, se exhala de su pecho testimonios de adoracion. ¡Qué diferencia, entre el reino de la fé, y el de las preocupaciones opuestas! Las coaliciones filosóficas casi nunca han tenido más que un solo país por teatro, ni han alcanzado más duracion que la de un cuarto de siglo. ¡Qué son para el género humano las negaciones de algunas celebridades del Instituto? ¡Qué significan las pandillas racionalistas comparadas con la poblacion de ambos hemisferios? Convenido que la blasfemia puede proporcionar una inmortalidad de breves años á orillas del Sena; pero la influencia que de ella nace, se desvaca al cruzar la corallera pirenaica, cuando toma la direccion del mediodía, ó se hunde en las aguas del Rhin, si da la preferencia al camino del Norte. Por consiguiente, todas las dominaciones, excepcion hecha de la de Dios, tienen un terreno circunscrito. Solo á la religion es dado expresar, no las tendencias de un hombre, sino las de la humanidad; no las necesidades de la localidad, sino las del universo entero.

El hijo de Adan, lo he dicho y lo repito, cree y adora, de la misma manera que flora, rie y ama. Cuando el peso del dolor inclina su cabeza hácia la tierra, su pensamiento se remonta al

cielo. Y es esto tan natural, valiéndonos del lenguaje de la Escritura, como el piar á los hijos de la golondrina. Así se explica que existan países en los cuales la civilización esté completamente desconocida; pero no hay uno solo en el cual no exista religión. Siquiera no pueda formarse idea del mundo en que vive, por su estado de rudeza y selvaticuez, concibe que más allá hay algo superior, bien así, como se ha dicho del pájaro, que á medida que hunde los aires, comprende que tiene alas. Por consiguiente la pretension de librarse de la santa ley, que impone la fé y la adoracion, vale tanto como pensar de un modo distinto que la mayoría; que el génio; que la virtud; en suma, equivale á tomar puesto fuera de las filas de la humanidad racional; en las falanges, salta de brújula y gobernalte, del libro pensamiento, á las cuales, la desgracia de no creer en religion, tan pronto conduce á dar fé á las mayores locuras, como á no dar crédito á la misma evidencia.

Conclusion: en todo y para todo aceptamos autoridades, ¿á qué emanciparnos pues en materia de religion? Este orden gerárquico en la transmision de la verdad, hállase basado en la razon, y Dios al disponer que los hombres hayan menester los unos de los otros, no ha pre-

tendido humillarlos sino recordarles su pequeñez. El sacerdote aprende de profesores especiales, la jurisprudencia, las ciencias, las artes y otras muchas cosas, ¿por qué razon entonces ha de rehusarse al sacerdote la enseñanza teológica que constituye su especialidad, sobre todo cuando esta especialidad es las más de las veces una completa garantía?

Próximo Bossuet á exhalar el postrimer suspiro, aproximóse á su lecho un escéptico de aquel tiempo, preguntándole si habia siempre creído lo que habian enseñado. Al oír semejante pregunta el sublime agonizante, con un acento más arrebatador aun que el de sus oraciones fúnebres, exclamó: ¡Creo! Tal es el ideal del testimonio sacerdotal. Al contemplar á Bossuet recitando el símbolo con la mano puesta sobre los Evangelios, he experimentado la conmocion más profunda que, despues de la palabra de Dios, pueda producir la palabra del hombre en la razon humana.

Y sin embargo, existe una presuncion más bien fundada todavia, y es la que resulta de la autoridad colocada en la multitud de los creyentes. Escuchemos, pues, al género humano, anterior y posterior á Bossuet, profiriendo su acto de fé en todas las lenguas del universo, y

convengamos en que no es posible que la razón pueda excluirse de esta adoración universal, sin librarse del cumplimiento de las leyes que le están impuestas. He citado repetidas veces ó Bossuet y á Fenelon. Convento en que ambos, en cierto modo, fueron profetas desde el claustro materno, y que por lo mismo puede considerárseles como iluminados desde el instante en que nacieron; mas fijémosnos en Pascal, hombre de mundo, que reconquista por medio del razonamiento, la verdad que poseía por tradición de familia, y cuando contemplamos á ese génio privilegiado despues de haber descubierto, niño aún, hasta la trigésima novena de las proposiciones de Euclides, componer una humilde plegaria para alcanzar la paciencia necesaria á fin de soportar sus acerbos dolores, nos será imposible desconocer al Dios que presidió aquella vida y aquella muerte. Y si despues nos acordamos de Descartes, tambien hombre de mundo, que penetró hasta los más profundos abismos de la certeza en presencia de esta razón tan exigente y al par tan sumisa, rezaremos nuestro simbolo con ménos incertidumbre y con más convicción. Porque nuestro simbolo es el de Descartes y el de Pascal y el de los mártires; y por consiguiente, no debemos balbucear tímida-

mente lo que otros más grandes que nosotros, cantaron con verdadero entusiasmo. Es imposible imaginar una fe más bien comprobada y mejor certificada que la nuestra. Sin embargo, para poseerla dignamente, no es lo más seguro fijar los ojos en los que la profesan, sino elevarlos al cielo de donde procede; aquí clavó Dios las antorchas que difunden su luz sobre el mundo; de aquí descendié esta sobre los espíritus vacilantes. No lo olvidemos, pues, porque si bien es cierto que el hombre nada debe temer de sus errores, cuando estos no son hijos de la malicia; tambien es verdad que el hombre que se dirige al Señor, diciéndole cada día: *Dios mio, aumentad mi fe* (1) puede tener la seguridad de que recorrerá todo el camino sin extrañarse un solo instante.

(1) Luc. 17, 8.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS

CAPITULO IV.

LA PRETENSION DE LIBERTARSE DE LA FE RELIGIOSA,
DA COMO RESULTADO, Ó CREERLO TODO Ó NO CREER
COSA ALGUNA.

Con anterioridad á todo razonamiento intrínseco, la necesidad de creer se presenta al espíritu bajo la garantía de una autoridad exterior más grande que la dificultad de creer. Esta autoridad se compone del doble testimonio de los defensores y de los discípulos de la religión en general. Los defensores, por su competencia y sinceridad incomparables, constituyen un jurado doctoral, ante el cual, *a priori*, toda negación tendrá en contra suya una presunción desfavorable, mientras no demuestre que de su parte

se balle la razón. Además de lo dicho, debe tenerse en cuenta que los adherentes agrupados y considerados en una especie de agregación cosmopolita, constituyen una autoridad superior á todas, por la cuádruple ventaja de su número, su capacidad, su moralidad y su universalidad. De manera que puede componerse sobre la tierra una ciudad de Dios, más extensa que la Iglesia visible, en el seno de la cual el individualismo de las negaciones, se pierda como las ligeras discordancias en un inmenso concierto.

Hé ahí pues, la dificultad de creer aminorada por una vasta presunción constituida en favor de la necesidad de creer; mas siquiera quede esta dificultad reducida á pequeñas proporciones, no lograremos hacerla desaparecer completamente, porque á pesar del afecto de Dios respecto al hombre, éste tendrá siempre la libertad de negarle su adhesión. Afortunadamente este mismo desorden contribuye á una armonía sublime toda vez que la fé y las obras del hombre son tan más estimadas, cuanto mayor es la posibilidad y la tentación de pensar y obrar de otra manera.

Supongo, sin embargo, que el incrédulo pertenecerá desgraciadamente al número de aquellas almas de que habla Bossuet, capaces de desafiar en vida y en muerte la necesidad de creer, por

la dificultad de creer; ¿podrá fijarse en una fé de justo medio que satisfaga á semejante necesidad y al par escape á dicha dificultad? Para alcanzar semejante resultado, ¿basta, por ejemplo, con reemplazar las religiones positivas por una religion personal, de la cual sea el individuo al par sujeto y pontífice? ¿Bastará que se dé por satisfecho con decretar que no hay dogmas religiosos sino un sentimiento religioso cuya presión es arbitraria hasta tal punto, que los templos en vez de constituir el lugar destinado á las manifestaciones de un culto obligatorio, vengán á convertirse en una especie de ateneos en los cuales pueda cada individuo consagrarse á su manera á ejercicios piadosos, como pudiera en otras partes dedicarse á la realización de trabajos artísticos, en el modo, en la forma y en la proporción que reclame su temperamento?

Tan espantosa locura ha llegado á concebirse; más, por fortuna, jamás alcanzará los honores de una aplicación social: el día que desde los libros pasara á formar parte de las costumbres públicas, asistiríamos de seguro á la representación de excesos altamente injuriosos al sentido común, porque los unos, estableciendo en vez de esta religion privada, todos los ensueños de su extraviada fantasía, se entregarían á las más

degradantes alucinaciones,—que la civilización moderna es incapaz de imaginar lo que á fuerza de no creer, son capaces de creer los pueblos;—al paso que otros, no viendo en la religion otra cosa más que un ideal desprovisto de toda realidad objetiva; el nihilismo envuelto en una especie de poesía virtuosa, convertíranse en monstruos de impiedad más ó ménos desembozada, al modo que los paganos ilustrados de la decadencia romana, que segun Gibbon, bajo las vestiduras del pontífice, ocultaban sus sentimientos completamente ateos.

La religion, tan excelentemente representada entre nosotros por el cristianismo, nos pone á cubierto de ambos peligros. Salva de un catolicismo el sentido comun, tanto por lo que prohíbe, como por lo que manda creer, y cuando Tertuliano exclama: Nuestra curiosidad se ha extinguido con la venida de Jesucristo, creemos en él, y además creemos que en nada más que en él debemos creer (1), indica el secreto de una armonía que no puede encontrarse fuera de la fé cristiana, por lo ménos para aquellos que fueron educados en el cristianismo.

(1) *Tratado de las Prescripciones*, VIII.

En efecto, cuando el hombre sale de la religion por la negacion, ó bien cede á la necesidad de creer, y entónces se aparta de la fé revelada para extraviarse en el misticismo de la superstición, ó cede á la dificultad de creer, y entónces se hunde en la insondable nada de toda creencia religiosa. Esto sentado y convenidos de ello vamos á intentar la demostracion de que los incrédulos, por una lógica fatal, se ven impulsados ó á exagerar inmensamente la fé que rechazan, ó á perder la fé que quieren conservar; es decir: 1.º ó á creerlo todo. 2.º ó á no creer cosa alguna; dos humillaciones á las cuales no puede ceder la razon, como no sea abdicando su poder.

I.

No es cosa nueva llamar á los filósofos raza crédula, pues Ciceron lo dijo ya: *Philosophis, credula gens*. Hoy como entónces, los pensadores que tienen más profundamente arraigada la

credulidad, son los que tienen menos creencias. La prueba resaltaré como verdadero esplendor, al paso que adelantemos en el desarrollo de esta proposición. Abrazan una religión menos razonable, opiniones menos probables y determinaciones menos seguras que la fé de que se emancipan.

Ha dicho una religión menos razonable y voy á revelar la manera como se realiza semejante trastorno. La necesidad de creer tiene legítimas exigencias, pero al propio tiempo está rodeada de grandes peligros: sólo la religión puede contenerla dentro de justos límites. Al terminar la tempestad revolucionaria, cuando la Francia, libre de su vergonzosa embriaguez, pudo apreciar con calma y serenidad, las espantosas bacanales, unas veces torpes, otras sangrientas que mancharon su culto á la Razon, avergonzose de las locuras de su devoción filosófica y uno de sus legisladores exclamó: «Léjos de sostener que la superstición sea resultado del establecimiento de las religiones positivas, puede afirmarse que sin el freno de las doctrinas y de las instituciones religiosas, no habria términos para la credulidad. La fé sirve para llenar en el hombre el lugar que la razon deja vacío y que la imaginación llenaría indudablemente muchísimo

«peor. Los hombres en general han menester un culto para no degenerar en supersticiosos, casi como para no ser crédulos es indispensable que sean creyentes (1).» Palabras graves, pronunciadas por un testigo ocular respecto de un gran experimento de nuestro pasado, por lo mismo que demuestran que nuestra religión no es menos bienhechora cuando nos prohíbe creer lo que ella no nos enseña, que cuando nos enseña lo que debemos creer, porque los excesos de la fé son una debilidad más conforme á las inclinaciones de la naturaleza, que los de la incredulidad.

El hecho es patente: ¿cuál es la causa? La necesidad de Dios, la más imperiosa de las que existen en el alma humana, cual esos rios que se abren un nuevo cauce cuando se les obstruye el verdadero lecho, se acogen á la sombra de lo divino, cuando les falta la realidad. En virtud de esta tendencia, en cuanto el hombre ha perdido su Dios, lo divinizó todo para proporcionarse siquiera una imagen, bien así como esos pobres insensatos, que extraviados por la muerte de un sér querido, se figuran distinguirlo en todas partes. Si el amor correspondido, se ha

(1) *Essai sur les Déeses* sobre el Concordato.

dicho, no ve al objeto amado donde se encuentra, el amor privado de esta, sabe distinguirlo hasta donde no existe. Así se explica el origen de la idolatría y de la superstición.

El cristianismo de la naturaleza, de que nos habla Bossuet, no se insulta impunemente. Creado el hombre para abrazar los dogmas sobrenaturales, apodérase de él una terrible enfermedad, á ninguna otra parecida, tan pronto como dichos dogmas le son arrebatados. Al paso que disminuye el sentimiento religioso, aumentan los casos de suicidio y de locura, porque dicho sentimiento, como toda fermentacion que carece de punto de escape, hace pedazos el recipiente en que se realiza, y de aquí que la humanidad cuando se percibe de que la fé la abandona, para evitar aquellos peligros, llene por medio de la superstición el vacío resultante en su alma. Nada causa más impresion, cuando se recorren las páginas de la historia, que las pruebas de su apasionada creencia en lo increíble.

Desde los magos de Egipto la falsa revelacion ejerce una fascinacion tal sobre los espíritus que desechan la verdadera, que de seguro no podria explicarse, si no se supiera que el demonio, segun ha dicho uno de los Padres de la Iglesia, obrando como meno del Criador, procura por

medio de la imitacion de las obras divinas, erigirse en Dios de los que no lo tienen. Y no se crea que sea esto teología mística, es historia y pura historia. ¿Qué sucedió en los primeros tiempos del cristianismo? Que al paso que los primeros perseguidos rechazaban nuestros dogmas, asístian á las misteriosas ceremonias de la liturgia: Simón el Mago era el taumaturgo de los que no creían en los milagros del Evangelio; Juliano el Apóstata consultaba temblando las entrañas de las víctimas sagradas: y los incrédulos de la Edad Media, ridícula amalgama de ciencia y astrología, balbuceaban misteriosamente las premisas de la negación divina en sus adivinaciones y sortilegios.

He hablado del siglo XVIII. En esa época de desenfrenado blasfemar, idióse acoso con el medio de librarse de caer en la superstición al sacudir el yugo de la fé? No, apénas quedó abandonado lo maravilloso divino, los espíritus se precipitaron en lo maravilloso diabólico. Lamétrie negaba la existencia de Dios, y creía en la de las brujas; Hobbes creía en los aparecidos: el Marqués de Argens se sentía atormentado por la maléfica virtud del número 13; un mariscal de Francia, *esprit fort* de los más resueltos, murió de espanto porque se volcó el salero;

finalmente aquella generacion educada por Voltaire que habia dicho: *Todo debe creerse nuevo lo que creyeron nuestros padres* (1), vió terminar sus saturales filosoficas en las evocaciones del mesmerismo: el entusiasmo que sentia por Galgiostro, fué el justo castigo de haber renunciado á Dios.

No ignoro que el libre pensamiento de nuestros dias tiene la pretension de concluir con todo esto; pero no lo conseguirá, porque para cada filósofo capaz de no dar crédito á cosa alguna, habrá una multitud de gentes dispuestas á creerlo todo. A medida que el racionalismo se convierte en epidemia popular dónde se refugian las almas sedientas de lo sobrenatural para disfrutar semejante felicidad prescindiendo de la fé? A la Iglesia misteriosa del espiritismo. En ella, los que niegan á Dios el poder de los milagros, se quedan embobados ante las ingeniosas salidas de los espíritus burlones: los que se burlan de los profetas, hacen un acto de fé de la adivinacion magnética; los escépticos acostumbrados á mofarse de los ángeles y de los demonios, tratan con la mayor seriedad de los génius de las

(1) *La Enciclopedia*.

mesas giratorias y parlantes; y yo he conocido á un libre pensador-materialista, que se suicidó á consecuencia de los fatídicos augurios que le hizo el velador de su gabinete.

Tal es el sentimiento religioso de la humanidad: se desvía; pero no puede extinguirse, divaga; pero destruye las barreras que se le oponen, en el mismo instante en que se creia tenerle sujeta. Por consiguiente en tanto no habrá perdido el hombre el sentido de lo infinito, no descenderá su fé al dominio de las filosofías, y el positivismo, que no puede atender á tales necesidades, no es más que una mutilacion de la vida y de la sabiduría de los corazones impotentes. Por lo demás el día que los pueblos se encarraran con ese mismo positivismo diciéndole: Toma mi alma y ayúdame á llevarla, imaginaria cabe las cunas y junto á los sepuleros prácticas religiosas, condenadas al cabo de poco tiempo á la inmortalidad del ridículo, y de nuevo se verian las locuras del culto de la Razon, sustituidas á la razon profunda de nuestro culto.

Porque en efecto: lo que ha sucedido, dice la Escritura, es lo que ha de suceder. Ahora bien, ¿que es lo que sucedió en la Roma atea de los Césares? Que en ella eran honradas, segun el testimonio de Tácito, todas las supersticiones

del resto del Universo: *Externæ superstitiones valuerunt* (1). ¿Qué es lo que acontece donde quiera que los espíritus han roto con la teología? Que se entregan al estudio de la demonología, de la adivinación, de las ciencias ocultas, y que se ven castigados del delito de no creer en Dios, por una fe insensata en todos los charlatanismos.

La historia nos ha conservado el recuerdo de una visita de Fontanes à Carlos Bonnet, que encierra respecto del particular circunstancias y detalles por demás característicos. Acontecía esto en 1797 cuando la incredulidad lo invadía todo. La entrevista tenía efecto en la casa de campo del segundo, situada à orillas del lago de Ginebra, y la conversacion recayó naturalmente sobre los iluminados de Suiza. En tanto que Carlos Bonnet se sorprendía viendo la superstición difundirse con la filosofía, Fontanes le contestó: «Amigo mío, el mundo actual padece la ausencia de Dios, y este vacío solo Dios puede llenarlo. Si Dios no vuelve à ocupar en el pensamiento humano el lugar que le corresponde, veréis al hombre divinizar las fuerzas de la naturaleza y caer en un politeísmo absurdo, porque

(1) *Teolog.*, Anejo, XL, n. 18.

jamás está tan dispuesto à creerlo todo, como cuando dice orgulosamente que no cree cosa alguna.» Y Carlos Bonnet, confirmando el pensamiento de su interlocutor añadió: «Es verdad, para que la fe no eche mano de alimentos nocivos, es indispensable que se la den alimentos sanos (1).»

Ahí tenéis la historia de vuestras falsificaciones en materia de religion, podemos decir ahora à nuestros adversarios. Hablais de abolir vuestras pretendidas supersticiones; ¿alcanzarán las vuestras mayor duracion? El mundo no lo cree así, porque os ha visto ocupados en vuestra obra y sabe lo que de vuestro pasado puede prometerse para lo porvenir. En cuanto hayais hecho tabla rasa de vuestras creencias, espantados ante la desolacion de una pátria sin Dios, os apresurareis à declarar que es permitida la existencia del Sér supremo: justamente alarmados al cabo de poco tiempo ante lo espantoso de las crímenes, decretareis la inmortalidad de las almas criminales y por último, de los misterios de la diosa Razon pasareis à los de la teofilantropía; y cuando vuestro espíritu haya descrito una

(1) *Obras de Fontanes*, t. II, p. 165.

revolucion sobre sí mismo, sin descubrir cosa alguna nueva, como no sea su impotencia, después de haberlo recorrido todo desde lo más infame á lo más ridículo, el día de Pascua de 1902, Jesucristo levantará de nuevo la losa á la cual le hayais sepultado, y confundirá vuestro culto engañoso, por medio de la reaparición luminosa de su verdad.

Hay otra inconsecuencia resultante de la negación racionalista, que consiste en afirmar opiniones ménos creíbles que la religión. Por fuerza han de ser crédulos, se ha dicho, aquellos que creen cuanto quieren. Y esto es tan cierto, que no acabaría nunca si quisiera formar una lista de sus supersticiones.

Supersticiones en el orden filosófico: Por un contraste sorprendente un mismo individuo profesa en filosofía un dogmatismo extraordinario, y en religión un escepticismo absoluto. ¿Consiste esto en que la segunda se halla ménos demostrada que la primera? Todo libre pensador se halla inscrito en una escuela, ora como soldado, ora como general; ¿habría acaso descubierto una combinación de ideas, que se recomiende por su duración, por sus adhesiones, por sus beneficios, tan grandes, numerosas é importantes como las del Cristianismo? La evidencia resuelve seme-

jante cuestión en sentido negativo. Y ¿dónde está el sistema filosófico incapaz de ser destruído por otro sistema? ¿Dónde el filósofo resuelto á verter su sangre en defensa de su programa, como lo hemos hecho nosotros para el nuestro doce millones de veces? Por consiguiente si el incrédulo profesa numerosas certezas en filosofía, al paso que en materias teológicas sólo establece puntos de interrogación, no es porque posea más garantías en el primer caso que en el segundo, sino porque respecto del particular, tiene tomadas de antemano resoluciones ó intercesadas ó ilógicas.

¿Se quieren pruebas? Nada más fácil. No puede admitir que Dios haya creado el mundo; pero encuentra muy natural y por consiguiente admisible, que el mundo se haya creado á sí mismo. Una fuerza inteligente y libre colocada en el principio le causa repugnancia; pero una fuerza ciega le satisface completamente. En su concepto es imposible que exista un ordenador supremo de todo lo creado; pero considera por demas admisible la explicación del orden bellísimo del universo por medio de la fortuita justa posición de los átomos que en revueltos torbellinos giran en la inmensidad del espacio. Por lo demas, no hay para qué hablarle de la exis-

tencia de las almas, pues jamás ha dado con una de ellas, el escarpelo que emplea en sus disecciones: en cambio, decidle que un poco de barro organizado ha producido el genio de Napoleón y la virtud de San Vicente de Paul, y lo comprenderá como si lo estuviera viendo. Por consiguiente, es para la razón un verdadero castigo el que no se pueda rebelar sin disparatar, toda vez que en cuanto se subleva se vé forzada á creer mucho más de lo que la sumisión le impone, y en verdad que no puede llamarse libre pensador el que, por pensar de distinto modo del que dispone el Evangelio, si bien no tiene la dependencia de la fé, profesa la superstición del sistema.

Otra superstición del incrédulo, es su opinión política. Afirma hasta el fanatismo y á veces hasta la muerte. Pero este símbolo, sea el que se quiera, ¿está mejor establecido y más exento de oscuridades que el símbolo de los Apóstoles? No permita Dios que pretenda erigirme en campeón de la doctrina inmoral del indiferentismo político, mas admitiendo que se prefiera una opinión á otra, ¿hay entre todas las opiniones una sola que no se preste á más objeciones que la teoría cristiana? Al cabo de cien años de discusiones en todos los parlamentos del mundo los

diversos sistemas del derecho público, de qué parte se ha visto surgir la luz desprovista de sombras? Y sin embargo, en qué consiste que un mismo individuo afirme porfiadamente sus principios políticos, y niegue con pasión sus principios religiosos, y que el escepticismo que es de buen género en materia de religion, sea mirado como una debilidad de carácter como una desercion del campo de batalla en política? Evidentemente tales interpretaciones son contrarias al deber y por lo tanto, no es la razón quien las ha dictado.

Sería por cierto muy culpable, si pretendiera enervar en el lector el vigor de sus convicciones. No, donde quiera descubro la fé por reducidas que sean sus manifestaciones, la saludo como una consagracion de la dignidad humana y como un lazo de union entre el alma que la lleva y la mia. Pero por lo ménos estipulemos los derechos de esta fé supracientemente que por sus pruebas domina á todas las demas. Cuando encontráis el Evangelio plagado de dificultades y vuestra teoría democrática ó constitucional exenta de toda oscuridad; cuando al término de vuestra carrera, os dáis por satisfechos por haberla empleado en servicio de un partido, y no habeis considerado á Dios digno siquiera de hacerle

una genuflexion; cuando, por último, dudais de Jesucristo, y prestais al sufragio universal el tributo de vuestra adoracion, no puede ménos que confirmarme en la facilidad con que el espíritu se precipita en el fetichismo por huir de la fé. De seguro entre todos los dógmas que suscribis, no hay uno que sea tan digno de aceptarse como aquél á que no queréis adheriros, y sacrificais á la credulidad, precisamente por sostener que la firmeza de vuestras creencias, no se sujeta según su motivo de credibilidad.

Convengamos sin embargo, en que si el hombre cree en las más locas utopias sociales, y no cree en los dógmas más perfectamente demostrados, consiste en que su fé política es la expresion de sus afeciones y la consagracion de sus derechos, al paso que su fé reconstituye principalmente el código de sus deberes. Entiéndanlo no obstante los paladines de todas las políticas: hay una religion más clara que la que os tanta en sus estandartes, y esta es la de su bautismo, y si tan afirmativos están sobre la primera con detrimento de la segunda, consiste exclusivamente en que de esta hacen un enigma por espíritu de sistema; al paso que á aquella, por el propio espíritu, la consideran como una evidencia.

Nuevas superaciones del libre pensamiento: sus opiniones en materia de arte. Tampoco, respecto del particular es siempre fácil la confusion de la verdad absoluta. Muchas son las herejías que la han desfigurado; muchas las sectas en que se hallan divididos sus discípulos: lo bello del partido romántico no es lo bello de los antiguos clásicos. Los realistas y los idealistas están muy léjos de entenderse. Estos dan la preferencia á la brillante paleta de la escuela Veneciana, aquellos ensalzan el pincel místico y sóbrio en colorido de los pintores de Umbria. Los unos están por las figuras deslabazadas de los flamencos; éstos por los rostros blancos y los rosados de la escuela boloñesa; Para nosotros es lo más grande lo debido al siglo de Luis XIV, marchando apoyado sobre los ejemplares de Grecia y Roma; para los Ingleses, Shakespeare y Byron creando al par sus reglas y sus obras maestras. En una palabra: lo bello absoluto es tan poco susceptible de una fórmula absoluta, que según se ha dicho, no hay para qué disputar sobre el gusto en materia de colores. Recuérdose que Mme. de Sévigné entre Pradon y Racine, optó por Pradon.

Y sin embargo, ¡quién ha negado lo bello, á causa de las líneas indécimas de su imagen! Na-

die. Hasta puede decirse que respecto del particular, siquiera abunden los desidentes, no existen incrédulos. Y hé aquí porque, apesar de la envidia que silbó la *Athalie*, y no obstante la ignorancia que durante mucho tiempo tuvo relegada á un desván *La comunión de San Gerónimo*, la posteridad, en presencia de lo bello expresado en tan importantes páginas, no haya vacilado en exclamar: Creo.

Aplicáse si se quiere idéntico procedimiento para decidir respecto de la cuestión religiosa, abandonando al sentido común la solución de esas objeciones teóricas, cuya única especulación jamás tendrá término; mas nó, la estética se considera evidente, y la fé cubierta siempre de tinieblas y sin ver que esas diferencias proceden exclusivamente de que los siete pecados capitales falsean la perspectiva en el segundo caso, se pasa la vida en afirmar cosas mil veces ménos ciertas que la religion.

Por último, supersticiones en el órden científico. Cúmprenos manifestar que concedemos á las verdades demostradas de la ciencia, la consideración que se les debe, con todo y que podríamos dispensarnos de ello, llevando las representas hasta el extremo, teniendo en cuenta que la ciencia pone en duda la metafísica y no

debería olvidar que no ha faltado quien haya puesto en duda la certeza física, y que toda negación puede ser vencida por otra más radical. Demos sin embargo ejemplo de respeto al sentido común, y no tengamos la crueldad de recordar á la ciencia algunas de sus célebres equivocaciones, entre las cuales podríamos citar, por ejemplo el *Cupido de la vía Pia*, atribuido por los arqueólogos romanos al mismo Fidias, siendo así que lo había esculpido y enterrado algunos días ántes el célebre Miguel Angel; las *Tablas de Trivalore* que daban al género humano una antigüedad prodigiosa, y que en último resultado se encontró que databan nada más que del siglo decimo tercio, es decir, de pocos años ántes que nuestros misioneros enseñaran á los *Cinanos* á componer *Almanacs* (1); y sobre todo el famoso zodiaco de Dendera, que tanto debía contribuir á mistificar la cronología Bíblica y que al cabo y al fin resultó ser simplemente una escabulosa superchería. ¿Quién es capaz de enumerar las creencias científicas de otros tiempos, que se hallan reducidas á simples leyendas, y aun las de nuestros tiempos?

(1) *Folios de San Peterburgo*, t. I, p. 151 y 182.

pos que constituirán la mitología científica de lo porvenir? En tiempo de Santo Tomás no faltaron alquimistas que en nombre de la ciencia positiva, se burlaron de las especulaciones del Ángel de la escuela: la posterioridad se ha encargado de demostrar quién tenía adquiridos más títulos á su confianza, entre los fabricantes de oro y el investigador de la verdad.

De todo lo cual resulta, que la ciencia es ménos exigente en sus pruebas que en las necetras. ¿Quién es capaz también de enumerar sus supersticiones en materia de método? Antiguamente cuando se la ponía de manifiesto lo sobrenatural diciendo: esto hay, luego esto es posible; se inclinaba con tanta lógica como respeto: hoy contesta: esto es imposible; por consiguiente no puede haber tal cosa, y abandona completamente la prueba experimental por el empirismo de la teoría preconcebida. Y ¿qué diremos de sus supersticiones históricas? Cuando se trata de los orígenes del cristianismo todo le parece misterioso; pero cuando se trata del nacimiento de los mundos que han precedido á éste, lo describe con tal minuciosidad, que no parece sino que estuvo presente. Y de sus supersticiones geológicas! Mostradle, dice el Conde de Maistre, ciertos peñascos gigantes del

Perú, preguntándole si son obra del hombre, y os dirá inmediatamente, no lo he visto, pero es posible; mas presentadle al propio tiempo un fragmento de roca calcárea de la propia naturaleza, y entónces ya será otra cosa: un Peruviano puede fabricar el granito de repente; pero Dios no puede conseguirlo sin que trascurren lo ménos sesenta mil años (1). En una palabra, unas veces, cuando su sistema lo exige, plantea problemas para elevarlos á la categoría de axiomas; otras elude la evidencia que les es contraria por suposiciones trascendentales, y de una ú otra manera, siempre halla medios para desembarazarse de la verdad.

Afortunadamente la ciencia lleva en sí misma el correctivo de sus atrevimientos. Como éstos no pasan en general de meras suposiciones apoloéticas, debemos destruirlas, y cuando al recorrer las galerías de sus museos paleontológicos, oímos referir las maravillas del mundo primitivo, por aquellos que juzgan demasiado lejano el siglo de los Apóstoles para ver claro en tal asunto, tenemos el derecho de decirles: Decididamente los sábios tienen una fé más robusta que los cristianos.

(1) *Véase de San Leonardo*, t. 7, p. 181 y 182.

No cabe dudar que todas las ciencias proceden de Dios; pero no es igualmente cierto que todas conduzcan á Dios. No ignoraba Dios que las ciencias á que especialmente me refiero, debían tener para nosotros sus peligros, y esta es la razon de haberlas revelado las últimas, siendo así que por orden de formacion debían haber sido las primeras, precisamente porque proceden del testimonio de los sentidos. Y si no, ¿por qué se han dirigido nuestras miradas á lo alto, ántes de penetrar en las entrañas del globo? ¿Por qué el género humano ántes que químico, ha sido metafísico? ¿Por qué ha promulgado Dios los dos testamentos ántes de revelar las leyes de la gravitacion universal? Porque sabía que las ciencias naturales solo son religiosas cuando alcanzan cierto grado de profundidad, y que el hombre ha menester una larga educacion cristiana para no abusar de sus sorprendentes revelaciones. Por consiguiente, Dios habia previsto la aparicion de esa ciencia supersticiosa que halla más sencillo el creer en un mundo increado que en un Dios creador, y por lo mismo que lo habia previsto, no prevalecerá contra El. Por consiguiente, en tanto que la ciencia avanza, como un minero audaz hácia el centro de la tierra, diciéndonos un paso más y descubro la nada,

¿qué podemos contemplar nosotros en todos los instantes del tiempo? Un paso más y «treme la tierra,» retumban los cielos, los reinos vacilan, la majestad suprema se descubre y la humanidad entera se postra de hinojos exclamando: Ahí está Dios! Paes siempre será Dios! *Deus, ecce Deus.*

Tercera y última inconsecuencia de la supersticion racionalista: que abraza un partido ménos seguro que el nuestro. Si la supersticion es un culto que no es racional, la incredulidad, por más razonada que esté, es una determinacion que no es razonable. Cuando se ha sacado la cuestion del terreno del sentido comun, conviene de nuevo volverla á él. Yo no conozco término más mal definido en las ideas comunes que el de la duda contra la fé. La duda no es una simple vacilacion en la conviccion religiosa, sino el estado de una inteligencia solicitada por un pro y un contra que se contrapesan exactamente. Los antiguos la representaban bajo la figura de un anciano sosteniendo una balanza en perfecto equilibrio. Ahora bien: ¿cuál es el libre pensador que tiene tantas razones en pro como en contra de la existencia de Dios, del alma humana y de la responsabilidad eterna? ¿Donde está la teoria de la incredulidad que arroja á

uno de los platillos de la balanza, tenga fuerza suficiente para equilibrarse con el Evangelio? Es inútil buscar dudas donde únicamente pueden encontrarse repugnancias y veleidades contra la fé.

Prescindiendo de la razon, el incrédulo se vé obligado á no tener en sus acciones más seguridad de la que tiene en su conviccion. ¡Y es sobre una vacilacion donde su incredulidad descansa! Y por una vacilacion que le atrae hácia el abismo, resistirá á esa masa de garantías que le impele en sentido opuesto? Y por esa vacilacion que no puede servir de motivo determinante á la más insignificante de sus empresas, aventuraria el formidable tesoro de su eterno porvenir? Convergamos con La Bruyere, que el espíritu fuerte es el espíritu débil; porque la negacion, aun cuando sea verdadera, es tambien tan soberanamente imprudente como inverosímil.

He nombrado hace un instante á un gran moralista, autor de un dilema que viene como molde en la presente ocasion. No desdefiemos, pues, el antiguo buen sentido, contestando á las antiguas preocupaciones. Dado que la religion sea falsa, ¿qué arriesgamos admitiéndola? Desde luego rodeamos nuestra vida y nuestra muerte

con el encanto de una ilusion bienhechora. Y en el caso de que sea una verdad, ¿qué arriesgamos rechazándola? Ser víctimas eternas de una temeridad inexcusable. Pues bien: el arrostrar semejante disyuntiva, ¿no constituye un desórden que participa del suicidio y del desafío hecho á la justicia de Dios? Tiene la fé una importancia tan decisiva, que no es posible tomar respecto de ella el partido más seguro. Por esto cuando veo al incrédulo esperar la muerte con la mayor sangre fria á pesar de las razones que para que tiemble existen, le juzgo más inmoral y sobre todo más repugnante que al gladiador, buscando la manera de caer en una postura académica para más complacer al César. Si el general que intenta la victoria en el combate; si el médico que experimenta sobre la vida de sus semejantes teniendo de su parte cien probabilidades contra una, son reputados culpables, debemos convenir en que es digno de todas las desgracias que padece, el que aventura la inmortalidad de sus destinos sobre la garantía de un acaso.

II.

Consideracion simple y decisiva: el cristiano que no cree en su religion, es el único hombre que no tiene ninguna. No faltan quienes cambian de religion cuando no están contentos de la suya; mas no por esto dejan de ser religiosos, á veces lo son más todavía. Por el contrario, el cristiano que apostata de su religion, no lo hace para abrazar otra, porque sabe perfectamente que no la puede elegir mejor, y por consiguiente abjura de sus creencias propiamente dichas, por una filosofia embriagada y embriagadora que le conduce á una ú otra de estas anomalías: ó creerlo todo, ó no creer cosa alguna.

Degradaciones ambas; pero la segunda más vergonzosa aún que la primera. En efecto, en el orden de la moralidad intelectual, hay todavía algo más malo que la supersticion, y este algo es la incredulidad absoluta. La supersticion presta á Dios homenajes desordenados; pero la incredulidad suprime á Dios. No basta, sin em-

bargo, con adherirse al primer sistema que se nos presenta para profesar una creencia; pues la mayor parte de los sistemas, especialmente contemporáneos, implican la negacion de toda creencia. Tanto es así, que fijámonos en los racionalistas, veremos que al paso que los unos caen en la supersticion, los otros no son más que meros escépticos de diversos matices, que ocultan el vacío de toda conviccion religiosa, bajo apariencias más ó ménos determinadas.

Para evidenciar perfectamente esta verdad, tomemos de la incredulidad la medida más extensa, el ateísmo, y demostrando que cada sistema anticristiano de estos tiempos, viene á perderse en la nada de la creencia religiosa, nos será fácil probar á sus prosélitos, que tienen ménos fé todavía de la que quisieran tener. El ateísmo, lo repito, es el non-plus-ultra de la incredulidad, porque, si Dios no es verdad, casi nada lo es, y lo único que subsiste sobre las ruinas de este dogma, más bien que el hombre, es el orgullo del hombre, ya que el hombre sin Dios es un enigma muy parecido á una quimera. Aproximemos, pues, á este término de comparacion todas las negaciones contemporáneas, regimentadas bajo sus jefes principales, y le-

vantemos contra ellas: esta presunción concluyente: creyendo en ellas, no se cree cosa alguna.

Y ahora preguntamos: ¿dónde iremos á refugiarnos saliendo del cristianismo? ¿En los brazos del materialismo? Pero el materialismo no es la corrupción, es la completa extinción de toda fe religiosa. El materialismo es el suicidio de la inteligencia que deliberadamente se sumerge en el fango; es el alma perdiendo la conciencia de su realidad y declarándose propiedad del organismo; es la criatura racional asimilándose sustancialmente al bruto, y patentizándose á sí misma el honor de esta ignominia. En una palabra, es implícitamente la destrucción del hombre y la destrucción de Dios, por la negación del principio espiritual. Ahora bien: cuando ni Dios ni el hombre son cosa alguna, ¿puede ser algo la fe? No, puesto que el sujeto y el objeto de la fe han desaparecido. Por consiguiente, vosotros los que os encontráis en semejante situación, afirmáis; pero no creéis nada. No faltan quienes gozan el privilegio de permanecer religiosos á pesar de su incredulidad; pero vuestra religion se representa por cero; desórden que constituye una desviación fuera de las santas leyes de vuestro ser. El que ha dicho: *al polvo y á los gusanillos; sois mis hermanos*; comete en sí mismo el

crimen de lesa humanidad. Se reduce al presente á la vida animal y á la nada en lo porvenir.

Y si abandonamos á Nuestro Señor Jesucristo, ¿á qué puerta iremos á llamar? ¿Acudiremos al templo del panteísmo? Pero en él, siquiera se dogmatice, tampoco se cree. Comprendiendo el libre pensamiento que degradaba á la humanidad, diciéndole: Eres un hato de brutos, ha creído ensalzarla y ensalzarse, diciéndole: Eres una raza de dioses. Mas, ora se considere la tierra como un Olimpo, ora como una colección zoológica, el resultado será siempre el mismo: abolición absoluta de toda religion.

Y el panteísmo, ¿qué es? Un sistema que solo reconoce una sustancia á la cual le da el nombre de Dios. Segun esa peregrina invencion, Dios no es personal, puesto que en lugar de subsistir en sí, y de vivir de su propia vida, tiene una existencia repartida en todas las moléculas del universo. Dios no tiene ni inteligencia ni amor que propiamente le pertenezcan, porque solo llega á la conciencia de sí mismo en el hombre, que resulta el único *yo* de la creación. Dios no tiene libertad, es una fuerza ciega, que se desarrolla bajo la forma del mundo y de la humanidad. Dios carece de unidad, es la expresion y la asociacion de los contrarios, del espíritu y

de la materia, de la libertad y de la necesidad, de lo verdadero y de lo falso. Dios carece de inmutabilidad, jamás puede considerarse completo, sino en cambio constante, en continua evolución, en perpetuo *porvenir*; toda vez que se modifica en virtud de un desenvolvimiento indefinido. Digamos de una vez la última palabra de esta grande iniquidad doctrinal. Dios es todo y nada; de suerte que este nombre bajo el cual ha humillado siempre su cabeza el linaje humano, es el nombre más vacío de sentido que en tiempo alguno haya podido concebirse, puesto que es la fórmula de la nada.

Sepamos ahora cuál es la suerte del hombre en ese monstruoso antropomorfismo, que ha comenzado por suprimir la Divinidad. El hombre no puede tener deberes porque siendo una fracción animada de Dios, sus inclinaciones todas han de ser por fuerza divinizadas. El hombre no puede tener responsabilidad eterna, porque la muerte es el término de su personalidad y determina el momento de su absorción en el inmenso océano de la vida universal. En resolución: el hombre es Dios, por lo mismo que constituya el único yo de la creación; y el hombre es nada, puesto que constituye únicamente un fenómeno pasajero; y al propio tiempo todo

es Dios, puesto que cuanto subsiste es su realización, y Dios no es nada por lo mismo que su nombre no expresa ninguna realidad determinada y concreta.

Ante semejantes conclusiones, no me sorprende que Malebranche al enterarse por vez primera del sistema panteísta de Spinoza, tratara al autor de miserable, y de espantosa quimera al sistema por el mismo concebido. ¿Era posible á la dignidad humana abismarse en más vergonzoso anonadamiento, y al espíritu reproducir más fielmente la humillante historia de Nabucodonosor? Y no vaya á creerse que el absurdo de semejante doctrina constituyese su correctivo. En la India, en Grecia, en Alemania, en Francia, constituye la síma fascinadora que atrae y destruye los espíritus más notables, cuando tienen la desgracia de explicar las cosas prescindiendo de la verdadera revelación. Podría decirse que el dogma de la unidad de sustancia es el objeto de las adoraciones, en la mayor parte de los pueblos en que no se adora al Dios de los Cristianos, si no es que debe suprimirse la palabra adoración de aquellos idiomas de los cuales se ha borrado el nombre de Dios.

Apelo al testimonio de la conciencia: ¿existe el más leve testimonio de fé en esta orgía de

sofística! ¡Y el panteísta, es más, por ventura que un ateo que quiere guardar el incógnito á fin de no comprometerse!

Supongamos, sin embargo, que no se apostata de la fé ni por el materialismo, ni por el panteísmo: ¿en cuál de las negaciones contemporáneas irán á buscarse las ventajas de la incredulidad? En el criticismo, contestarán los fundadores de la más orgullosa ó impotente de las escuelas que nos ha declarado la guerra. Si, la más orgullosa, porque los sectarios de dicha escuela, pretenden asemejarse al hombre espiritual de San Pablo, que juzga y no es juzgado. Ahora bien, para discurrir de esta suerte respecto de las obras del espíritu, es indispensable proclamar su propia infalibilidad, y creerse en posesion de un criterio perfecto que todas las inteligencias reconozcan, sin relevarse á sí mismo de la inteligencia personal. Y como la más orgullosa, la más impotente, porque el criticismo no es más que la inspiracion destronada por la pedagogia y el génio reemplazado por una generacion de pedantes.

Y con todo esto debe tenerse en cuenta, que con ser mucha la extremada jactancia de esa pandilla, aun es mayor su irreligion. Y no se la confunda con una especie de tercer partido teo-

lógico que concede cierto y determinado lugar á la negacion templada, porque lejos de esto, constituye más bien un sincretismo formado de todas las blasfemias de mayor nombradía, y un panteon abierto á todas las revelaciones imaginables, excepcion hecha de la verdadera. Tanto es así, que si se pregunta á tales visionarios por su teodicea, de seguro contestarán: Dios es la categoría de lo ideal; es decir, una fantasía, no una realidad; la creacion, no el creador del linaje humano. Si se les pregunta qué es lo que constituye el espiritualismo, contestarán: Es una opinion absurda, que divide al hombre en dos partes, cuerpo y alma, y halla muy natural que el alma sobreviva en tanto que el cuerpo se corrompe. Si se les pregunta, ¿qué es lo que piensan de la creencia en la vida futura? Nos dirán que es un egoísmo que nos hace buscar intereses de ultratumba, como préstamo hecho á la virtud. Si les preguntamos por último: ¿en qué consiste su perfeccion moral? Nos contestarán que en el orgullo, que es una especie de elevacion de espíritu que solo se alcanza acostumbrándose al desprecio. Por esto se envanece de haber fundado la doctrina del dondén trascendental,

verdadera doctrina de la libertad de las almas que proporciona la paz. [1]

¿Cabe imaginar mayor aberracion de ideas? disfrazada bajo los hábiles matices del estilo. Y sin embargo, tal es el punto donde pretenden llevarnos esos correctores oficiales de los dosvijos de su tiempo; es decir, no á un término medio igualmente distinto de la impiedad y de la fé, sino á la negacion radical: no á la adoracion de nuevos dioses, sino á la abolicion de todos. Precipicio sin luz y sin fondo, al borde del cual retrocede siempre asustada la humanidad, si quiera vea cubierta de flores la boca de la sima.

Las representantes de esta escuela son por punto general muy hábiles y muy ladinos, pues que procuran inculcar la impiedad á las muchedumbres sin producir gran estrépito, temerosos de que conocido el juego se llamaran á engaño, y que rodean el ateismo con una especie de fraseología sagrada para ilusionar el sentimiento religioso, del cual al propio tiempo confiscan la religion. Afortunadamente háns espresado con tanta claridad, que han concluido por desacre-

DIRECCIÓN GENERAL DE

[1] *RENAN'S Essais de Moral et de Critique. — Vieja de Jesus. — Paris.*

ditar sus propias reticencias, y al presente estamos asistiendo á una reaccion muy instructiva contra los mismos. Chamfort, decia á propósito de los incrédulos de su tiempo: «Tanto dirán, que acabarán por hacerme ir á misa.» Pues bien: tanto ha dicho la escuela crítica, que ha concluido por alcanzar un resultado diametralmente opuesto al que se proponia. Muchos de sus corifeos han sucumbido á los golpes ciertos que se les han asestado, y la humanidad que tomaron de la mano, para servirle de guia en el camino que va derecho á la nada, les ha vuelto la espalda y ha continuado yendo á misa.

Y fuera del materialismo, del panteismo, del criticismo, ¿seriale dable al pensamiento refugiarse en alguna parte, donde pudiera negar sin prescindir completamente de creer? Quizas en el escepticismo. Pero del criticismo al escepticismo, media solo un paso, y aun ménos tal vez, porque no cabe dudar que los grandes errores hállanse contenidos los unos dentro de los otros. Hay más aún: la reunion de todos los errores produce una resultante, y esta resultante es precisamente el escepticismo. Abdicacion vergonzosa, supremo desfallecimiento del espíritu, que un hombre interesado en la causa ha osado definir *la última palabra de la razon respecta*

de ella misma (1). Esta enfermedad, ora revezada de formas ilocólicas, ora velada bajo la seductora y vacía fraseología de los salones, tiende á ocupar en todas partes el lugar de la fé. ¿Podrá conseguirlo? No, porque no hay nada de fé en esta postracion intelectual, que consiste en tratar las verdades que profesa, con tanto desamor como los errores que combate, y en mirar en todas las cosas el pro y el contra como una nueva partida de juego, que puede ganarse ó perderse segun sean mayores ó menores los grados de habilidad y destreza de los respectivos jugadores.

Debemos ahora añadir que si el jugar con el sí y el no, constituye en estos *dudadores* un verdadero crimen, su pretension de exhibirse como verdaderos innovadores, no pasa de una estúpida ridiculez. En efecto, no falta quien, para probarles el movimiento, se les haya anticipado, hace la friolera de tres mil años, y en rigor puede decirse que reinaba en Grecia en los tiempos de Protágoras y de Gorgias. Sócrates tuvo la gloria de purgar de semejante baja-za á su patrin descreída. ¡Ojalá pudiera yo prestar idéntico servicio á la mía!

(1) Jostroy.

Y ¿podemos esperar satisfacer nuestra necesidad de creer acudiendo á esa categoría de pensadores degenerados, censados por Platon de haber *corrompido las inteligencias*, á esa secta de espíritus vagos, de corazones sin amor, de caracteres desvanecidos? ¡Vana ilusion! Los que no creen en sí mismos, no pueden creer en cosa alguna: con su razon han negado su fé, y es una gloria de la segunda el que no puede subsistir donde la primera no le sirve de base.

Por último, ¿dónde irémos á buscar la religion como no sea en las religiones positivas? ¿Será en ese grupo considerable de incrédulos, ó mejor en ese grupo de incrédulos considerables, que pretenden mantener los dogmas fundamentales de la religion natural, y los principios esenciales de la moral, es decir, entre los racionalistas e-*piritualistas*? Reconozco que ellos son los representantes de la filosofia que se respeta á sí misma y que respeta á los demás y que hay una gran diferencia entre esta incredulidad de compadrazgo y las repugnantes blasfemias de los sistemas precedentes; pero esta filosofia de transaccion, no proporciona en grado alguno la felicidad de la fé en los temperamentos de incredulidad.

Fácilmente se comprende lo que acabamos de decir, en cuanto se admite la siguiente proposición teológica. El género humano en su estado actual, no puede, por lo ménos moralmente hablando, como está destituido de toda revelación sobrenatural, componer sin mezcla de errores, el conjunto de las virtudes, y de las obligaciones naturales. Una aplicación de este principio al espiritualismo antiguo, nos conduciría demasiado lejos. Contentémosnos pues con saber, inquirendolo de nuestros contemporáneos, en que consiste la religión de los racionalistas ménos irreligiosos.

Cierto que adoran á un Dios; pero es un Dios á quien nada piden, porque escucha sin concedar. Cierto que reconocen una Providencia que rige los destinos del mundo, pero que es incapaz de obrar un milagro, porque no reina ni gobierna. Cierto que admiten alguna vez la condenación sobre el dogma de la creación; pero se sublevaron contra la revelación, como si no fuera más fácil para Dios hablar al hombre que crearlo. En cambio no admiten lo sobrenatural, porque no pueden tener la seguridad *de visu*; y sin embargo creen en Dios y en el alma á pesar de ser invisibles. Por otra parte la vida eterna no es para ellos más que una *probabilidad subli-*

me (1). Y por lo que se refiere á la necesidad de un culto, la enseñan, sin precisar la naturaleza ni los límites de este homenaje.

En suma, semejante escuela solo nos ofrece verdades incompletas ó truncadas. De aquí que cuando sus adeptos han hecho un esfuerzo, durante algun tiempo, para sostenerse en las elevadas esferas del espiritualismo, no ha sido extraño que, vencidos por su propio peso, se hayan precipitado debajo de su sistema. Como constituyen una especie de aristocracia doctrinal, muy respetuosa respecto de sí misma, no desertan ostensiblemente al campo del positivismo; pero sin darse cuenta de ello, encuéntrense á veces más próximos á las opiniones de esta escuela que á las suyas propias, llegando un momento en que la fe de su alma no vale tanto ó áun como la de sus libros. Proviene esto, como dice una ilustre autoridad, de que el Dios del racionalismo, no es más que la *estátua de Dios*. El verdadero Dios, no existe. Solo los cristianos poseen el Dios verdadero. Fuera del órden sobrenatural, las creencias religiosas son superficiales y muy ocasionadas á ser vanas (2).

(1) Cousin.

(2) *Quinto Meditaciones* 1. 1.

¿Las corrientes de la opinion pública, no vienen á confirmar estas ideas? ¿A dónde se dirijen al presente tantos espíritus emancipados de la conducta de la fé? ¿Al espiritualismo, ó al positivismo? Por lo que á nosotros toca, la contestacion es obvia á despecho de ciertas aserciones de un optimismo oficial interesado en negar el mal. Consúltese la sucesion del cristianismo en Europa, y podrá observarse que Condillac, tendrá en la herencia una parte más considerable que Cousin, porque la cuestion se estrecha de cada vez más entre estos dos términos extremos: El Evangelio ó el ateismo; y el mundo actual no tiene más alternativa que adorar á nuestro Dios, ó no tener ninguno.

Los diversos sistemas que acabamos de analizar, combinados en diversas proporciones, pueden dar vida á otros muchos que en último resultado producirían un término idéntico. De manera que así como fuera de la Iglesia no es posible á las sectas cristianas conservar la verdadera noción de Cristo; fuera del cristianismo no pueden las escuelas filosóficas conservar durante mucho tiempo la verdadera noción de Dios. De donde resulta justificada esta célebre deducción. A mayor cristianismo, mayor religion, por lo ménos entre los pueblos que fueron

cristianos. Calamidad por demás terrible de la cual nos hallamos amenazados, y cuyo espantoso horror, pueden sólo atestiguarnos las horrendas catástrofes que nos reserva lo porvenir. Calamidad no ménos espantosa para la dignidad de nuestra especie, que para su felicidad, porque si la facilidad en dar crédito á todo, constituye el carácter distintivo del hombre poco ilustrado,—se ha escrito con una crudeza que la verdad no consiste mitigar—*el privilegio de no creer cosa alguna, pertenece únicamente al bruto.*

Cuando los corifeos de la negacion se han encontrado metidos en ese callejon sin salida, han tratado de salvar su honra por medio de una distincion.

Al efecto han dicho: No confundamos la religion con las religiones. Las religiones son formas que importan muy poco á la divinidad: la religion es el fondo del cual la humanidad va satisfaciendo á su autor. De donde se sigue que los dogmas no influyen poco ni mucho en la cosa; que la facultad de imaginacion de exaltar, se hasta lo infinito puede hacerlo todo, y que á poco que ayude un temperamento místico puede tenerse mucha religion sin profesar por esto culto alguno, y hasta hacerse un santo sin creer en Dios. [Singular teoria de la apoteosis.] [Con-

cepcion radical y abominable que hace de la religion un pietismo sin Dios, una estética sin objeto, y como si dijéramos la poetización de la nada! Insistiremos en esta paradoja que debemos apartar de nuestro camino para que podamos avanzar sin obstáculo. Mientras llega este momento, contentémonos con notar que la blasfemia, cuando llega á cierto grado de extravagancia, deja de ser peligrosa, porque cae bajo la implacable refutación de la burla. Al presente nos basta con este juicio sumarísimo; más adelante la someteremos á un proceso motivado y formal.

Si el espíritu humano fuese capaz de guardar medida en el camino de la negación, no cabe duda que le comunicaría un carácter de verdad; pero al par que la fé pierde el equilibrio y se inclina hácia uno ú otro de estos extremos: la superstición absurda ó la incredulidad radical. El hombre confesionando su religion sin el apoyo de Dios, puede creer en todo si da oídos á su necesidad de creer, y no creer en nada si se siente arrastrado por la dificultad opuesta á esa necesidad.

Si el lector se hallase á tal extremo reducido le suplico que se penetre por lo ménos de la convicción de que no puedo yo solo por mis pro-

pias fuerzas librarle de su enorme desdicha. Dios respeta mucho la libertad humana para convencernos sin nosotros; es preciso, pues, que, si así cabe decirlo, le prestemos auxilio procurando salvarnos un poco por medio de nosotros mismos.

Per consiguiente, no hay para qué negar las angustias inherentes á un estado semejante. Después de las tinieblas del infierno, las más insuperables son las de la incredulidad, por lo mismo que unas y otras nos impiden la vista de Dios. No olvidemos sobre todo, que el asiento de la fé, lo mismo que el de todas las virtudes, está en nuestra voluntad por medio de la gracia, y que poco influye en nosotros la pendiente opuesta, puesto que se tiene el mérito de creer cuando se posee sinceramente la voluntad de creer. Por lo demás, y por lo mismo que puede mezclarse á la fé de intención cierta, incredulidad de inclinación, Jesucristo nos ha enseñado á comparecer á la presencia de su Padre con esas disposiciones á primera vista incompatibles: *Yo creo, Señor, más venid en ayuda de mi incredulidad.* (1) Armonía de gran potencia para

(1) Marc. 9, 28.

las convicciones que tienen más buena voluntad que sentimiento, porque Dios recompensa nuestra fé voluntaria y nos dispensa nuestra incredulidad que no lo es.

Digáseos ahora qué filósofo podrá encontrar una súplica como ésta, en oposicion con su sistema. ¡Ay del incrédulo que del fondo de sus desolaciones y de sus ruinas, no ha escuchado veces mil escapársele ese grito! ¡Si, Dios mio, venid en apoyo de mi incredulidad! ¿De qué me sirve haber medido los soles, sondeado las profundidades del espacio y explorado la inmensidad si os he perdido? Desde el día en que habeis traspuesto mi horizonte, mi corazon permanece triste como un sepulcro. Ha llorado vuestra desaparicion, como la muerte de un padre, y ansa la aurora que ha de poneros de nuevo ante mis ojos, como se desea el regreso de un ser amado. ¡Ah, qué pocos atractivos tiene para mí el mundo desde el día en que dejásteis de habitarle! Me siento con fuerzas para negaros y sin embargo, carezco de ellas para vivir sin vos! Oh, si, en quanto he intentado pedir os cuenta de vuestra existencia, vuelta al cielo la mirada, me he sorprendido contemplándome puesto de hinojos con los ojos arrasados en llanto, y tendiéndoo los brazos

cual si me maldijera por haberos rechazado. Afortunadamente, oh Dios mio, en esta desolacion de mi incredulidad hay una prueba para mí fé, porque lo mismo que para mi inteligencia, sois para mi corazon un ser necesario, y es que hay para el hombre una cosa más difícil que creer en vos, y es el vivir sin vos!



UNIV

JANL

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

AL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS

CAPITULO V

EL OBJETO DE LA RELIGION NI ES QUIMÉRICO,
NI PURAMENTE NATURAL.

Si el hombre, dejando de ser religioso, cede à la necesidad de creer, cree hasta la debilidad de espíritu, y si por el contrario, obedece à la dificultad de creer, cae hasta la incredulidad absoluta. Solo la fé cristiana, puede fijar y fija el espíritu en el punto central en que comienzan esas dos pendientes igualmente peligrosas. Hemos visto que cuando el hombre se extravía por exceso de credulidad, tan pronto suscribe à los principios de una religion ménos razonable, como à las opiniones ménos probadas, ó à un partido mas afortunado que la fé cristiana, y que

cuando yerra por falta de creencias, cae inevitablemente, ó en el materialismo, ó en el panteísmo, ó en el criticismo, ó en el escepticismo, ó finalmente, en el racionalismo espiritualista, expresiones diversas de la negación contemporánea, y fórmulas más ó menos francas de la irreligion absoluta. Ahora bien: como el espíritu humano abandonado á sí mismo carece de fuerzas para mantenerse en medio de ambas pendientes, igualmente resbaladizas, debe convenirse en que semejante situación es del todo anormal. El signo más característico de lo falso es el ser imposible.

¿Qué pueden oponer á tales argumentos los partidos del libre pensamiento? Los hay que los aceptan, declarando el fin de las creencias, el fin de una ilusión perniciosa: á los otros, prometiendo una religion de creacion filosófica capaz de sustituir las instituciones sobrenaturales.

Los primeros dicen: las creencias son una necesidad ficticia, puesto que carecen de objeto positivo, y perseguen un ideal desprovisto de toda realidad concreta, y siendo esto así, acontece con la religion lo que con la imaginacion: es decir, que disminuirá al paso que la humanidad envejezca, quedando reducida de cada vez

más, al paso que aumenten los progresos de la razon. Así se explican los secuaces del positivismo, de cierto determinismo, y de otros sistemas fundados en la observacion, por lo mismo que habiendo comenzado por establecer la idea de Dios como una quimera, no pueden ver más que ilusiones en los homenajes que se le tributan. La exageracion brutal de su método salta á la vista. Acostumbrados á someterlo todo al procedimiento experimental, han llevado la religion á la mesa anatómica del anfiteatro, y como quiera que no haya podido resistir las cortaduras de escalpelo, han decidido que debían declararla cosa fuera del dominio de la ciencia, es decir, una mera hipótesis. A esa categoría de espíritus que se juzgan rigurosos porque son mezquinos, conviene demostrarles que el objeto de la religion, siquiera inmaterial, es real.

En cambio, existen otros que no consideran la religion como una aspiracion engañosa, hácia lo imaginario; pero que, no obstante, la rechazan, porque quisieran creer segun sus conveniencias particulares, no segun un programa dictado por autoridad superior. Por esto dicen: ya que la religion es una aspiracion de la naturaleza, ¿por qué no dejar á esta el cuidado de reglamentarla, y, sobre todo, por qué razon no

atenerse a los dogmas y á los deberes del órden natural, evitando la dificultad de la ascension hasta lo sobrenatural, camino por demás tenebroso ante el cual retroceden asustados tantos y tan grandes espíritus? A esos incrédulos moderados, ó mejor, á esos creyentes inconsecuentes, que admiten las verdades supra sensibles, es menester revelarles la razon de las creencias sobrenaturales. En otros términos: la necesidad de creer, exige un objeto correspondiente que es indispensable abrazar, y este objeto es al propio tiempo: 1.º una realidad inmaterial, 2.º una realidad sobrenatural. Dos situaciones perfectamente determinadas, y que indican con toda claridad el punto de vista á que debemos elevarnos.

Tales motivos de controversia parecerán casi ofensivos á la fe de cierto número de lectores; pero téngase en cuenta que nos obligan á ello las necesidades del tiempo. La defensa no es dueña de elegir el terreno del combate, sino que debe aceptar aquel en que se la cita, sean las que quieran las condiciones que ofrece. Por lo demás; la Iglesia, para su obra apologética, siempre se ha entendido con los vivos, dejando á los espíritus retrasados el que se entiendan con los muertos. Por lo que á nosotros toca, por lo

mismo que antes de ofrecérselo á los demás, hemos saboreado el veneno que se encierra en tales objeciones, sabemos que nada contiene que sea peligroso, y estamos persuadidos de que lejos de perjudicar á los temperamentos robustos, en cuanto ha terminado la reaccion, sólo deja un invencible horror respecto de la ponzoña, y sólo engendra una inmensa compasion en favor de los envenenadores. Para mejor conseguir el fin, procuraremos suplir la aridez del asunto por medio de la claridad en la exposicion.

I.

Para cada una de las necesidades reales de la humanidad, existe un objeto correspondiente destinado á satisfacerla. Así, la necesidad de alimentarse, por ejemplo, implica la existencia de alimentos; la del dormir, la del sueño; la de amar, la de un ser nacido para ser amado; y la de creer, la de un sér que es el término de la creencia. Una necesidad que no tuviese su ob-

jeto especial, constituiría una burla de la naturaleza. De aquí que de la necesidad constante y universal que la humanidad experimenta de creer en Dios, se deduzca razonablemente la existencia de Dios. Mas, ¿qué recursos emplea la negación contemporánea para eludir semejante conclusión? Establece sencillamente el principio de que el sentimiento religioso es el único que carece de realidad determinada: es decir, considera á aquel como un mirage que flota ante las miradas de la humanidad en marcha, ó como una puerta del alma abierta sobre el vacío. ¿Quiere conocerse ahora cómo se arregla para reducir todas las creencias á la categoría de hipótesis, echando mano para ello de la hipocresía más audaz? Un jefe de cierta escuela alemana, ha proclamado paladinamente, lo que los más osados de la nación francesa sólo se atreven á revelar con cierto temor. Oigamos esa repugnante fórmula del ateísmo. «Que adores á Jehová ó al dios Apis, al rayo ó á Cristo, á tu sombra ó á tu alma, lo mismo dá... la fé sólo tiene por objeto lo que se forja la fantasía. «Crear no es más que figurarse que lo que no es, es realmente. Por consiguiente, sólo puede

«encontrarse á Dios en la fé, es decir, en la imaginación del hombre [1].»

Para destruir tales disparates, nada mejor que ponerlos en evidencia: el castigo más ejemplar que contra el crimen haya podido imaginarse, es la exposición á la vergüenza pública... Dos medios hay para concluir con esa degradación de la sofística alemana. El primero consiste en demostrar nuevamente la existencia de Dios; pero como Clarke y Fenelon nos han dejado sobre el particular dos tratados, que los adversarios no han conseguido destruir, no obstante los desesperados esfuerzos que para ello han empleado, no hay para qué emprendamos de nuevo la tarea. La pirámide se mantiene erguida é indestructible: el ateísmo contemporáneo no ha logrado remover ni una sola de sus piedras. Continuemos, pues, en posesión de la fé universal, y no contristemos nuestras almas poniendo de nuevo en tela de juicio al sentido común, nada más que porque á ciertas inteligencias forcidas, se les antoja oponer imaginaciones en lugar de argumentos.

El segundo medio consiste en tomar la ofensiva contra esas mismas imaginaciones y en do-

(1) Feuerbach, *La religión*,
TOMO I.

mostrar lo que pesan en la balanza de la razón. Este es el que adoptamos.

Y entrando desde luego en materia, decimos: ¿Qué es lo que se pretende con esta definición arbitraria: *creer es figurarse que lo que no es, es en realidad?* Una de dos: ó Dios existe, ó no existe: si existe, la fe no es en manera alguna un fenómeno puramente subjetivo, puesto que tiene como término un objetivo sublime, y por consiguiente el axioma materialista de la impiedad cae en lo absurdo; pero si nuestros adversarios admiten que Dios no existe, la humanidad les pide que lo prueben, y aun exige que se la pruebe á ella misma. Y se comprende, puesto que cuando ella niega á Dios, no puede negar en manera alguna la necesidad que de Dios experimenta. De nada sirve que un cínico de la decadencia romana, haya dicho: «El temor es quien á dado vida á los Dioses;» porque Dios continúa en la fe del género humano, no por el temor, sino á pesar del temor que inspira; porque no pueden desprenderse de él, el pensamiento y el corazón de nuestra raza; porque negándolo, se suprime un misterio y se suscitan mil; porque la pequeña secta de los ateos, jamás gozará contra esa creencia más autoridad que la que tiene contra los derechos paternales, el nú-

mero reducido de los parricidas; porque, finalmente, el hombre comprende que al destruirla se destruye á sí mismo.

Si, si el sentimiento religioso es un *sursom corda* quimérico, un movimiento anormal que tiene en la imaginación su punto de partida, y cuyo término definitivo no existe en parte alguna, es preciso convenir en que el hombre se halla atacado de una locura deplorable. Si Dios no es más que una sombra, cuanto existe se halla ocasionado á convertirse en sombra; y cuando Laplace, después de haber organizado el conjunto de las cosas según su sistema materialista, exclama: todo puede explicarse sin Dios, se me figura escuchar á la humanidad entera presa de la mayor desolación, gritando: Todo, excepto yo.

¡Creer es figurarse que lo que no es, es realmente! ¡Qué trastorno de ideas! Dispongámonos para reconstruir en sentido opuesto el edificio de nuestras convicciones. En adelante sabremos que la religión, considerada hasta hoy como una grandeza moral de la humanidad, no es más que una bajeza; que el sentimiento religioso, en virtud del cual todas las cosas se hallan ordenadas en nosotros, es de todos el más desordenado; que somos perversos, por lo mismo que se nos

reputaba virtuosos; locos, porque se nos reputaba sábios; bárbaros, en lo que se nos tenía por civilizados; en suma: que en tanto no se corrija el hombre de esa necesidad que le mueve á convertir á lo alto sus miradas, y no vuelva á ese ideal de perfeccion representado en nuestra historia por el año 1793, en cuya época el Ser supremo no había sido aún sacado de la nada, el mundo marchará confuso, revuelto y barajado. Para hablar de esta suerte, y suponer al género humano presa, respecto del particular, de tan incurables vertigos, digásenos en puridad si no es indispensable hallarse atacado de la enfermedad que se le supone.

¡Crear es figurarse que lo que no es, es realmente! Dificilmente puede imaginarse invención más gratuita, y mil veces menos inexplicable que lo que se pretende explicar! Porque, ¿á qué se reduce, en último resultado, como no sea á dirimir la cuestion por la misma cuestion? Y siendo así, toda vez que os place proponer como axioma, que solo existen cuerpos, ¿por qué os burláis del idealismo que sólo admite espíritus? Y toda vez, que sólo admitís el testimonio de los sentidos como criterio de la verdad, ¿qué opodréis al racionalismo de Kant rechazando toda certeza objetiva á semejante testimonio!

En una palabra, y valiéndonos de una de vuestras expresiones, vosotros partís la humanidad en dos: ¿con qué derecho, pues, os preguntamos, deducís que la porcion conservada por vosotros, la materia, es más verdad que la porcion rechazada, el espíritu? Por lo que á nosotros toca, aún haciendo abstraccion de nuestra apologética, tenemos en contra de vosotros dos inmensas ventajas: la prescripcion y la humanidad. A vosotros es, pues, á quien corresponde aducir las pruebas, porque nosotros no podemos abdicar una posesion que data desde el origen del mundo. Mas la pretension de llevarnos á vuestro terreno en lugar de darnos la batalla en el nuestro; y la de establecer vuestro sistema, y erigirlo en principio, y oponer á una institucion esencialmente espiritual, que poneis, la no existencia de los espíritus, vale tanto como excusar la lucha: esto no es ganar la partida; esto se llama una mistificación, no una victoria.

¿Y no podríamos añadir tambien, que si algo prueba, es más bien sutileza que lógica? Para demostrarlo, fijémonos en las aplicaciones contradictorias que de su principio hacen los materialistas. El centro, el punto inicial de sus deducciones, es siempre el hombre. ¿Trátase de constituir la moral independiente! En este caso

demonstrará en el hombre el sentimiento del deber, lo que ellos llaman la *inmortalidad* de la justicia, y de ella deducen la realidad de la moral. ¿Trátase de establecer la verdad de la estética? Pues inmediatamente sorprende en el alma el sentimiento apasionado de lo bello, y afirman, por consiguiente, su existencia. Pero se trata de la religión, y aun cuando se ven obligados á convenir en que el sentimiento de lo divino es uno de los más vivos é imperiosos de nuestra naturaleza, no obstante todas las indicaciones precedentes, declaran esta aspiración una quimera de la imaginación humana.

Ahora bien, ó no existe lo que se llama sentido común, ó semejante procedimiento vale tanto como contradecirse y faltarse al par al respeto. El medio escogitado para cojer en falta á la religión, consiste en pedirle lo que en manera alguna nos debe. Ya he dicho y probado que no nos debe la evidencia filosófica, porque siendo uno de los principales caracteres de lo infinito la incomprendibilidad, el rehusar la creencia en el sér supremo porque no se le comprende enteramente, vale tanto como decir que no se cree en Dios porque es Dios. Pues bien, la religión todavía nos debe menos la evidencia material, y sin embargo ¡cuántas objeciones se

han producido, completamente desprovistas de razón, que solo consisten en exigir la prueba palpable de las cosas que no se ven! ¿Y puede decirse que la moral no es cierta, porque no pertenece á la categoría de los cuerpos ponderables? ¿Y puede decirse que el honor no existe, porque no se le ha visto por medio de los más poderosos telescopios del mejor observatorio? ¿Y puede decirse que la virtud necesite exhibirse en los aparadores de una exposición universal, para ser clasificada en el número de las realidades? Y sin embargo, la existencia de Dios será dudosa porque no defiere á los caprichos de esos Tomases de todos los matices, que para confesarlo, exigirán hasta la consumación de los siglos, haberlo palpado ántes?

¿No es verdad que llevada la cuestión á semejante extremo, hay en la negación, más ó ménos conscientemente, algo que la comunica cierto colorido de mala fé? La religión se halla comprobada por la historia: pues bien, el anticristianismo, que refiere cual si lo hubiesen presenciado, los hechos de los tiempos prehistóricos, reduce á polvo las verdades más incontestables de la historia cristiana, pasándolas por el tamiz de una crítica disolvente. La religión se apoya en razonamientos metafísicos: pues bien, el an-

tiercristianismo niega redondamente la metafísica, para que no sea posible valerse de ella para la defensa. La religión es por su naturaleza invencible; el anticristianismo reduce la certeza al dominio de lo sensible. En otros términos; suprime una gran parte de las ciencias, á fin de colocar la religión fuera del alcance de la ciencia, ó inmediatamente le echa en cara el ser extra-científica.

Dios, que tenía prevista la dificultad que un día experimentaría la fé del hombre para adorarle sin verle, se compadeció de los deseos de su criatura, y por esto el *Verbo se ha hecho carne y habita entre nosotros y su gloria ha podido ser contemplada* (1). Pero el positivismo, que desconoce al Dios invisible de la creación, todavía admite menos al Dios hablando y obrando de la redención. En el primer caso le echa en cara el mantenerse demasiado alto, en el segundo no le reconoce el derecho ni el poder de descender tanto. De manera que el hombre siempre halla medio de hacer frente á la verdad, aun valiéndose de aquellas razones que bastan para hacerle postrar de hinojos.

(1) San Juan 1.º.

Llegado á semejante extremo, y no queriendo ceder á Dios, ni pudiendo librarse de la obsesión de su presencia, el anticristianismo ha adoptado el partido de considerarlo como una aparición, mejor como una *secreción* del pensamiento. El hombre, dice, recoge todas las nociones de justicia, de bondad, de perfección; las categoriza, y compone un ideal que personifica, y este concepto de la imaginación humana ha recibido el nombre de Dios. De manera que, según este raciocinio, si tal nombre merece, aquel que es por esencia, se convierte en lo que no es, y la palabra inefable, Dios, no es más que la enseña puesta por la humanidad al borde de la nada, para recorrer el abismo sin medir toda su horrible profundidad.

Ante tan perversa invención, no pueden menos que sublevarse mi corazón y mi entendimiento. Mas no, ¡oh Padre de todas las cosas! Yo no os he imaginado, no sois para mí una quimera, aun cuando no halla llegado á comprenderos; no constituís el fruto de mi pensamiento porque mi pensamiento no puede conteneros; no os he colocado dentro de mi espíritu, porque me es imposible borraros de él; no sois un producto de mi razón, porque dado que mi razón pueda negaros, mi naturaleza os llama

síempre; vos no sois en fin obra mía, porque yo me reconozco obra vuestra. Inútil es pues que la humanidad trabaje para anonadaros, porque sea por el amor, sea por el temor, no puede menos que precipitarse en vuestros brazos amorosos, y así como vuestra imájen sobrepuja á mis pensamientos, mi corazón está tan léjos de abarcarla, que os adora mil veces más de lo que podría expresar. Afortunadamente esta imposibilidad de igualar el acto de fe de mi conciencia, es mi garantía al propio tiempo que mi tormento: cuanto más profunda y arraigada es mi creencia en Dios, tanta mayor es mi incapacidad para confesarlo y menor mi incapacidad para haberlo inventado (1).

Digámoslo, pues, sin profanacion y sobre todo sin comparacion absoluta: en el fondo de los dogmas existe una especie de presencia real. La religion no es en manera alguna un santuario vacío; Dios se halla detras del velo. Ciertamente las falsas religiones lo desfiguran; pero en un grado ó en otro, de una ú otra manera, todo lo

(1) Véase, en las notas puestas á la conferencia quinta, la siguiente viva refutación de esta pretendida novedad. Dios es la categoría de lo ideal.

presienten y lo expresan, y ese vuelo infatigable de la humanidad en pos de Dios, no terminará nunca. Tales son las condiciones dentro de las cuales la humanidad avanza, podríamos decir de rodillas, como ciertos peregrinos, y en cuanto pretende tomar otra actitud para marchar con mayor celeridad, se agita, vacila, y no tarda en caer.

Inútil es, pues, que los ateos se den cita para ciertos entierros en los cuales no se vé signo alguno religioso, con el propósito de hacer creer que son muchos; inútil que se pongan en evidencia en nuestras reuniones políticas para que se les crea representantes en parte del alma de la nacion, porque si así lo hacen, les recordaremos que hasta la Francia de Robespierre ha renegado de ellos. Si un día llegaran á legislar, no hallarian de seguro un príncipe capaz de firmar la proscripción del Rey de los reyes, y dado que lo hubiera, no se encontraría un pueblo capaz de ratificarla. En cambio, serian muchos los que, después de haber defendido por medio de la palabra este artículo principal de nuestras creencias, lo harian bueno con sus cabezas en los cadalsos y hasta en las tumbas, Dios acabaría por tener razon.

No falta quien presuma que despues de algunos años de progreso, la religion no tendrá razon de ser. ¿Qué motivos tienen para hacerle tal injuria? ¿Por ventura se ha roto uno solo de los argumentos tradicionales en favor de la existencia de Dios? ¿Es que Proudhon, por ejemplo, ha logrado destruir la sublime teodicea de San Agustín, de San Anselmo, de Fenelon y de Leibnitz? ¿Es de temer que prevalezca sobre la humanidad entera, un par de docenas de visionarios de Francia y de Germania, que se engalanan con la ridícula pretension de haber inventado el ateísmo científico? «No, en todos los siglos, ha escrito Platon, ora más, ora ménos, han existido gentes dominadas por esa monomanía, pudiendo añadirse además que, por punto general, ninguno de aquellos que, en su juventud ha sostenido la opinion de que no existia Dios, ha persistido en ella hasta su ancianidad (1).

Por consiguiente, no demos nuevas contestaciones á preguntas que distan mucho de serlo. ¿Qué es lo que han descubierto, dice Boasuet, «esos génius peregrinos, que no lo hayan descubierta los demas? ¿Presumen acaso, haber vis-

(1) Platon, *Las Leyes*, libro X.

«to las dificultades á las cuales han sucumbido «mejor que aquellos que han sabido vencerlas.» El ateísmo contemporáneo con sus fórmulas capciosas, continúa bajo el peso de esta indignacion magistral. Por lo demas, supuesto que un día triunfara por la fuerza, su triunfo no sería verdadero: la historia nos dice que Dios, más fuerte que Samson, aplasta bajo las ruinas á aquellos que le insultan. Si el Viernes Santo, aniversario del primer deicidio, ha hecho derramar tantas lágrimas, imagínense si es posible, los males que sobrevendrían tan pronto como se consumara en la conciencia humana ese deicidio doctrinal. El primero, siquiera, ha dado principio á nuestra civilizacion; de seguro que el segundo acabaría con ella: y tal vez tenemos la prueba más patente de que Dios existe, en que no podemos figurarnos que sería del mundo si Dios no existiera.

Sea en hora buena, dice el racionalismo vencido en este punto: el objeto de la religion, si quiera inmaterial, es real: convenido, pues que nuestros homenajes sean reales como el Dios que los reclama; pero al propio tiempo deben ser como él invisibles, y por consiguiente á las manifestaciones sociales y convencionales del sentimiento religioso, substituyamos la piedad

del foro interino. En este punto mi contestacion al ateismo contemporáneo, se complica con la solucion de una objeccion deísta.

El buen sentido dice que si la religion, para ser posible, debe proceder de una creencia positiva, para ser razonable, es preciso que exprese públicamente esta creencia. La religion que consiste en respetar á Dios, sin ofrecerle testimonio alguno de respeto, ha sido siempre la de los hombres que no quieren ninguna. La naturaleza no reconoce un culto clandestino. No hay en nuestra alma movimiento alguno que no lo traduzca el cuerpo por medio de la correspondiente manifestacion, ¿se concibe pues, que en tanto todos nuestros respetos y todos nuestros amores nos arrancan gritos eloquentes, sea nuestra fé el único respeto y el único amor condenado á silencio eterno? Un objeto que nos cause admiracion, nos inspira ditirambos; caemos de rodillas para expresar nuestras apasionadas simpatías, ¿sólo Dios estará privado de obtener en tiempo alguno el público testimonio de nuestro amor?

La moral y la naturaleza protestan contra semejante corruptora abstraccion. Corruptora decimos y lo es: en primer lugar para la sociedad, porque el que de su religion hace un secre-

to, arrebatá á la sociedad el valor que comunica el ejemplo, ya que por desgracia el hombre para practicar el bien, ha menester el espectáculo de sus semejantes, obrando de la propia manera. Por consiguiente, de poco le aprovechan nuestras adoraciones *in petto*. Semejantes adoraciones tiene el derecho de conocerlas, como nosotros el deber de manifestáraslas, puesto que constituyen una propiedad perteneciente á la comunidad de las almas de que formamos parte: por esta razon nos manda el más humilde de los maestros que dejamos ver nuestras obras, á fin de que el padre celestial sea glorificado. Y por otra parte, semejante religion sin culto, ¿no sería acaso desmoralizadora hasta para nosotros mismos? El sentimiento vive de su propia expansion, y toda religion que carece de un medio para dar salida á la explosion de afectos que brota del alma de sus adeptos, se extingue como un hogar en el que falta el aire. Declaremos, por ejemplo, en nuestros códigos que el respeto filial estará dispensado de testimonios respetuosos, y el amor de los hijos, debiendo vivir encerrado en su corazon, acabará por extinguirse. Pues bien, cerremos herméticamente la religion en las almas y de seguro, y por la misma razon, la veremos sofocarse, porque la religion del hom-

bro, como el mismo hombre, se asfixia cuando le falta aire que respirar. Por consiguiente, podemos concluir que son unos insensatos, los que niegan á la paternidad de Dios la publicidad en las demostraciones filiales que pretenden para sí. La palabra de Pascal, *es indispensable daban la máquina* (1), constituye la expresion de un profundo golpe de vista sobre las necesidades religiosas de la humanidad.

Para concluir respecto de esta quimera de un hombre religioso que no pertenece á ninguna religion, juzguémosla segun una regla de apreciacion vasta é indiscutible como la misma naturaleza. Tres cosas constituyen la expresion normal y el aparato indispensable de las creencias: el culto, los sacerdotes y los templos. No hay sociedad alguna en que pueda traducirse el sentimiento religioso sin el concurso de esos tres elementos, y el hombre que no puede decir cual sea el culto que presta, ni quienes los sacerdotes á los cuales escucha, ni cuyos los templos que frecuenta, queda excluido de sus pretensiones religiosas por el gran jurado de los siglos y de la humanidad.

(1) *Prophétie*.

Por consiguiente, nada de religion sin derecho á un culto. La fé enjendra su expresion pública, que es la liturgia. Del mismo modo que tienen su manifestacion particular, la amistad, el respeto y el amor, la adoracion, que es el más elevado sentimiento del alma, debe tener tambien la suya. Yo bien sé que no falta quien haga mofa de las ceremonias religiosas; pero no se olvide que el ceremonial de las c6rtes y hasta el de las l6gias masónicas se ejecuta hasta con emulacion. Se juzga cosa extraña y ridicula el traje de los ministros del Señor, y sin embargo se contempla con admiracion, y hasta con envidia, los distintivos del senador y del capitán general. Lo hemos dicho: todo órden de sentimientos debe tener su manifestacion sensible y la religion no puede escapar á semejante ley. Por esto doquiera se encuntran trazas de religion, deben encontrarse y se encuentran en afecto ritos sagrados, ritos que, en su esencia, serán siempre verdaderos, aun cuando sea falso el objeto que los motiva.

Mas, podrá decirse ahora, ¿qué culto es el de los libre-pensadores? Cuando en el corazon del hombre palpita un sentimiento religioso, sea este el que quiera, el hombre inclina la cabeza, se hincó de rodillas, y aquel sentimiento no sólo le

inspira homenajes privados, sino también adoraciones sociales. Ahora bien, ¿cuál es el país del mundo en que se ha visto al hijo de Voltaire tomando parte en esos sacrificios, en esas invocaciones, en cualquiera de esos ritos, en una palabra, que constituyen el fondo de la liturgia universal? Bajo pretexto de no afiliarse en ninguna religión, no practica culto alguno; y por consiguiente, nada tiene de extraño que el buen sentido público, le considere un simple artista en materia de religión: pero en manera alguna un hombre religioso. Por lo demás, esto es siempre una ventaja para la moralidad de las muchedumbres, porque, ¿qué juicio han de formar de esa religión fácil y secreta, sino el de que es una farsa, cuando la de los filósofos no es más que un objeto de irrisión?

Nada de religión sin comunicación con un sacerdote. El orgullo humano quisiera suprimir el intermediario entre el hombre y la divinidad; pero la ley de la necesidad se opone á ello. El hombre se halla demasíadamente interesado en su símbolo religioso, para que pueda guardarle con imparcialidad perfecta. Pedir que la tierra se convierta en una especie de Sinal perpetuamente iluminado, en el cual todo mortal tenga el derecho de dirigirse á su Criador y de recibir

sus oráculos, es lo mismo que erigir en sistema la inmoralidad y la confusión. La confusión si, porque el pensamiento de Dios expuesto á la interpretación del mundo entero, corre riesgo de sufrir alteraciones, de que está completamente libre, sometido á crisis elegidos y purificados: la inmoralidad, porque decretar que cada cual podrá juzgar en último grado de apelación, de la regla de la fe y de las costumbres, vale tanto como disponer que los malhechores redacten y apliquen el código penal, y es lo mismo que reconocer que el primer pelafustan reúne tanta sabiduría é integridad como el soberano Pontífice: en una palabra, es transferir á los simples y á los perversos la infalibilidad de que se despoja á la Iglesia.

Tenemos pues que si para orientar la vida religiosa de los pueblos, se suprime una gerarquía especial, los pueblos caen en las más degradantes alucinaciones. Y ahora preguntamos: ¿dónde están los séres esclarecidos, que sea por sus propios sacrificios, sea por delegación social, han merecido la honra de ser consagrados sacerdotes del libre pensamiento? ¿Dónde está la cátedra de San Pedro del racionalismo; dónde su Iglesia; dónde el sagrado magisterio; dónde en fin sus árbitros supremos respecto de las creencias

y del deber? Lo que hay es, que el que se proclama gran sacerdote de su religion no puede tener religion; porque se pone en pugna con todas las tradiciones religiosas de su espacio y deifica su personalidad sobre la autoridad destronada de la naturaleza y del mismo Dios.

Por último, nada de religion sin la frecuentacion de los templos. En cuanto el hombre conoce á Dios, busca y elige lugares á propósito para honrarle. El hogar doméstico es el cenáculo del culto privado; el templo del culto público. Desde la iglesia cubierta de hojarasca, de las regiones Australianas, hasta la magnífica basilica del Vaticano, lo mismo las falsas religiones que la verdadera, celebran sus solemnidades en recintos sagrados. Y no es que desconozca lo mucho que se ha dicho y se ha hecho respecto del templo de la naturaleza; convenido que la bóveda celeste tachonada de brillantes entallas, constituye la más sublime de las bóvedas que puedan imaginarse; pero la verdad es que no existe culto alguno funcionando al aire libre. Es indispensable un lugar especial, elegido de antemano, para que puedan celebrarse en él los actos de adoracion colectiva; para que nuestra sociabilidad religiosa pueda reunirse al objeto de orar en comun y hacer comunes nuestras sa-

tisfacciones y nuestras amarguras. Por lo demás fácilmente se comprende que el día en que solo podamos contar con la bóveda celeste, para que sirva de cubierta á nuestras reuniones religiosas, será menester mucha fuerza de voluntad, especialmente en invierno y más aun si el cielo nos envía el beneficio de la lluvia, para congregarnos á fin de orar, y más aun para perseverar en nuestras oraciones en lugar tan poco acomodado. De seguro no serian los filósofos, que tan húmedas y tan lóbregas encuentran nuestras catedrales, los últimos que se retiraran del decantado santuario de la naturaleza. Cuando los grandes errores caen en el ridiculo, el razonamiento se encarga de refutarlos, y la burla acaba con ellos.

Mas digásenos ahora: ¿dónde encontraremos las basilicas de la religion filosófica que se nos anuncia? Teniendo como tiene el hombre necesidad de relaciones extra-domésticas con Dios y con las almas, ¿cuyo será el lugar donde podrá satisfacer esa inclinacion irresistible? Vuestra opinion política ha podido construir una lógia masónica, á la cual acude para mantener vivo el entusiasmo de las ideas; vuestro gusto artístico ó literario cuenta con círculos y con clubs, en los cuales presta culto á tales inclinaciones; pero

vuestra fe religiosa ¡con qué compaña y bajo qué techo recitará su símbolo especial?

Y téngase en cuenta que no reclamamos para las almas placeres de supererogación; ni mucho menos el sentimiento natural que las llama á las adoraciones populares, no puede desconocerse impunemente. Del mismo modo que ese sentimiento eleva y serena á las muchedumbres, por sus arrebatos regulares, cuando carece de punto de salida, remonta como un vértigo doloroso y se apodera de la mente humana. Así se explica que los casos de locura sean más frecuentes donde son ménos frecuentados los templos; y teniendo esto en cuenta, podemos anunciar sin temor de vernos desmentidos, que á medida que disminuya el número de las iglesias en los pueblos racionalistas, tendrá que aumentar el de los establecimientos para alienados, las cárceles y las casas de corrección. No en vano se ha dicho que los templos son los hospitales de las almas enfermas. El hombre orando y llorando con todo un pueblo, lanza al cielo gritos más proporcionados á su intenso dolor, y por el contrario, en el momento que le falta ese poderoso derivativo, el conjunto de sus lágrimas se agolpa en su débil naturaleza y la hace estallar en explosiones desordenadas. En vano, es pues,

que se pretenda corregirnos de la necesidad de rogar á Dios en familia; el primer movimiento de los hombres en sociedad, consistirá siempre en dirigirse en familia, porque reuniéndose á sus pies comprenden que se unen, que se fortalecen, y nada demuestra con tanta elocuencia que son hermanos, como el acto de reconocerse que son hijos de un mismo Padre. Tenemos, pues, que toda filosofía sin culto, sin sacerdotes y sin altares, por más que se decore con el paramento de un misticismo ideal, no es más que la hipocresía de la religion, dado que no sea la negación de la misma.

II.

El objeto de la religion es real, siquiera inmaterial, y aun cuando sea invisible, le debemos homenajes visibles; por consiguiente, es indispensable que semejante objeto sea sobrenatural.

Ya que el hombre no puede vivir sin religion, ¿puede darse la que le conviene? ¿Las revelaciones todas no están acaso destinadas à verse sustituidas por un culto puramente racional? ¿La civilizacion que comienza por la fé, no debe coronarse, cuando llegue à su completo desenvolvimiento por una religion exclusivamente filosófica? No, es menester que la verdadera religion proceda de más elevado lugar que la naturaleza, y para ello existen tres motivos à cual más poderosos, que consisten en que la naturaleza no puede componerla, ni imponerla, ni circunscribirla.

Hemos dicho que la naturaleza no puede componer la religion. Cierto que la razon, con el auxilio de la gracia, descubre la verdadera religion; pero à pesar de ello sería impotente para inventarla; y no obstante la felicidad que experimentaría el orgullo pudiendo trazar su simbolo religioso del mismo modo que formula su profesion de fé política, se ve precisado à suscribir ciertas verdades de las cuales no puede proclamarse autor. El cristiano por sí mismo nada puede ni debe componer respecto de su fé: la busca, pero no la forma, y cuando históricamente ha demostrado el hecho de la revelacion, encuentra en ella todas las verdades. Suponga-

mos por el contrario, à un pensador que pone en tortura su inteligencia con el objeto de crear su Evangelio: ¿de dónde sacará sus materiales? El espíritu humano nos ha dicho cuanto puede decirnos respecto del particular, y lo que de sus experimentos puede esperarse es lo que vamos à ver.

¿Tratase, por ejemplo de determinar la nocion de Dios? Pues en tal caso, à la bella teodicea de un Dios único, substituye el anticristianismo un verdadero pueblo de dioses fantásticos, con una genealogia imposible, con aventuras ridiculas, y una biografía tan escandalosa, que un hombre honrado se desdenaría de tenerlos por amigos; ó caso que desprecie las supersticiones del politeísmo, se limita à adorar la imágen espantosa de la nada encerrada bajo formulas más ó ménos falaces. Es decir, que si los pueblos se hallan en su infancia, todo es Dios para ellos, como no sea el verdadero y único Dios; y si por el contrario se engalanan con el título de civilizados, nada hay que sea Dios, incluso Dios mismo. Se ha dicho que si Dios no existiera sería preciso inventarlo; pero estas palabras que son expresion profunda de un sentimiento elevado, carecen completamente de verdadero sentido filosófico, toda vez que es muchi-

simo más fácil al espíritu humano creer en Dios que inventarlo.

Y la razón, tan mal inspirada de suyo en lo que á la invención de su Dios concierne, ¿lo estará mejor en la creación del deber? Para contestar á esta pregunta basta con recordar los preceptos del decálogo, y lo que ha hecho el hombre respecto del particular. La santificación de todas las malas pasiones, la afirmación rotunda de que la propiedad es un robo, y de que Dios es el mal, la apoteosis del regicidio, la castidad de los falansterios, la probidad del comunismo, los odios y las concupiscencias del socialismo constituyen las últimas palabras de la razón sobre la verdad moral. Y si de tarde en tarde algunos soplos de refrigerante brisa animan esta masa de sueños impuros, podemos asegurar que no son más que reminiscencias evangélicas, que solo sirven para poner más en evidencia la pobreza de la moral independiente, toda vez que en el momento mismo de renegar de la doctrina cristiana, se vé obligada á cometer hurtos con los cuales pueda cubrir su hedionda desnudez. ¡Cuántas veces podria responder Tertuliano á los falsificadores de nuestros mandamientos! «Oh Marcion, de nada te sirve haber trabajado, porque debajo de tu falso

«Evangelio, reconozco al verdadero Jesus (1)»

El espíritu humano, impotente para crear la religión por la vía de composición, no conseguirá mejor resultado por vía de compilación. Utopistas templados han existido, que han acariciado semejante quimera. Para ellos el *Crudo* de lo porvenir, quedaria reducido á una simple cuestión de eclecticismo, esto es, á un conjunto de plajios llevados á cabo por la razón individual, hechos al tesoro de la razón general. Consideran esos tales, que así como un pintor de la antigüedad pudo realizar una figura bella hasta el idealismo, reuniendo hermosos rasgos y detalles, que pertenecian á diferentes individuos; un concilio de reveladores competentes, atemperándose á semejante sistema, podria formar la verdad total, coleccionando las porciones de verdad diseminadas en la civilización universal.

Huston por demás pueril, porque semejante trabajo de compilación seria no ménos difícil que una verdadera creación. Para elegir la verdad parcial es indispensable llevar la verdad completa en el fondo del pensamiento, lo que vale tanto como decir, que para descubrir la re-

(1) Tertuliano, *Contra Marcion*, IV, n.º 48.

ligion es indispensable poseerla: círculo vicioso, en el cual la razón, girando sobre sí misma, es presa del vértigo.

¿Por ventura no ha grabado Dios esta verdad en la historia, por medio de la enseñanza que resulta de un contraste famoso? Cuando el hombre inventa, dentro de los límites de la ciencia de lo finito, alcanza lo sublime; pero en cuanto pretende inventar dentro de la ciencia de lo infinito, sólo consigue llegar á lo ridículo. Proviene esto de que, en semejante orden de conocimientos, Dios ha querido reservarse el derecho del descubrimiento. El sólo produce, El sólo pronulga, y el hombre no tiene mas obligación que verificar lo que no entiende: callar y obedecer. Yo comparto mi imperio contigo, parece decir el Creador; avanza en el camino de las cosas profanas y acérás Homero, y Pindaro, y Demostenes, y Platon, y Ciceron, y Corneille y Racine; no te impongo más límites que lo finito; mas deten tu planta junto al dintel de las cosas divinas, y deténla respetuoso, porque sino quieres portarte como hijo por la sumision, tendrás que hacerlo en virtud de tus propios disparates.

Véase, en prueba de lo que acabamos de decir, la inferioridad de las religiones, comparadas

con las demás manifestaciones de la inteligencia humana, durante los mejores tiempos de la antigüedad. En las artes, en las letras, en la sabiduría alcanzáis el punto más elevado en el edificio de la civilización: vuestros ensayos constituyen verdaderas obras maestras, y los primeros iniciadores continúan ofreciendose como modelos siempre imitados y siempre inimitables. En religion, por el contrario, ¡qué caos de incoherencias, y qué excesos casi estúpidos, ora de parte de los reveladores, ora de parte de los creyentes! Nunca del mismo suelo se han visto brotar á un mismo tiempo frutos más semejantes. Y si de la antigüedad nos trasladamos á nuestra era, en la cual hay mayor retinamiento en la civilización; ¿encontraremos resultado distinto? En nuestros dias el génio del descubrimiento á todo se aplica ménos á la fabricacion de nuevas religiones. En este género más bien se deshace que se hace, por lo mismo que se siente la imposibilidad de hacerlo mejor. Podrá un hombre mantener excitada la curiosidad pública en virtud del anuncio de una epopeya, producto de su inteligencia; pero si en lugar de una epopeya ofrece una religion, de seguro que no conseguirá otra cosa que excitar la burla y el desprecio. Mortales capaces de producir obras

maestras se encuentran en todas partes: los nuevos Moisés y los nuevos Cristos, sólo se hallan en las casas de locos. Prueba instructiva y popular de que la verdad religiosa no puede salir de un laboratorio filosófico, y de que solamente el espíritu de Dios es capaz de producirla y de hacerla aceptar.

Y así como la naturaleza no puede componer la religión, tampoco puede imponerla. Entre religión y sistema media una diferencia radical: un sistema no puede menos que reconocer la existencia de otro que valga lo que él; una religión, ó debe proclamarse razón soberana, ó deja de ser tal religión. Ahora bien: para obtener de la fé de las muchedumbres una adhesión tan extraordinaria, no basta el talento, porque un sábio halla siempre otro que sabe más que él, ó uno ménos sábio que no lo comprende: tampoco basta la sabiduría, porque la de Sócrates y la de Epicteto les ha valido más admiradores que adeptos: tampoco bastan todas las grandezas de la humanidad reunidas en uno solo de sus individuos, porque no hay ni pueda haber hombre alguno que, bajo pena de condenación eterna, pueda imponer sus creencias á los demás. Tenemos, pues, que al que quiera apoderarse de la fé de sus semejantes, le es indispensable, más

que un poder natural, una misión divina, probada por actos divinos.

Napoleon, señor de Europa, estaba convencido de que le era más fácil penetrar en Viena y en Petersburgo, que en la conciencia de sus súbditos; por esto: cuando en 1802 se le aconsejó que se proclamara jefe de la religión, contestó: «No estoy decidido á subir al Calvario para que me crucifiquen, pues sé positivamente que «no resucitaría al tercer día.» ¿En qué consiste, pues, la imposibilidad que hace retroceder al presente á ese génio para el cual no existen imposibles?

Consiste en que no hay nada más fácil que crear un sistema; pero al mismo tiempo tampoco hay nada más difícil que hacerlo aceptar como una verdad absoluta: consiste, principalmente, en que el autor de una religión debe gozar del don de infalibilidad para garantir sus aseveraciones, y del de hacer milagros para garantir su infalibilidad: sin tales condiciones deja de ser un revelador, para convertirse en jefe de una escuela.

Y hémos llegados ya por la fuerza de los hechos, á la necesidad del milagro para acreditar la religión, hasta tal punto que precisamente aquello que constituye el escándalo de la razón,

viene á ser su garantía indispensable. ¿Hay manera de que el hombre pueda tener la certeza de lo que existe sobre la naturaleza, sin una manifestación que sobrepuje á la naturaleza? Prescindiendo de los misterios de hecho, tales como los milagros, ¿podrían los misterios de fe, ser certificados por medio de un testimonio proporcionado? No; sólo lo infinito puede proporcionar la medida adecuada de lo infinito: para probar los dogmas sobrenaturales son menester actos sobrenaturales.

Sábios hay no lo ignora, que quisieran hacer gracia á la religión de los hechos milagrosos, en cambio de una belleza de doctrina, y de una santidad de moral suficientes á servirles de caución.

Pero la belleza de una revelación no es un testimonio bastante en su favor: los ciegos no serían capaces de apreciarla. Ni basta tampoco la santidad de una revelación, ni siquiera la de un revelador, pues los corrompidos podrían rechazarla: en cambio una derogación de las leyes de la creación, lo que se ha llamado un golpe de estado en el gobierno del mundo, se impone perfectamente á los que tienen ojos para ver, y que no tienen la voluntad decidida de no ver. Por esto el mismo Jesucristo no hacía de su pa-

labra su supremo testimonio; sino que en favor suyo invocaba sus prodigios, diciendo: *«Si no dais crédito á mis palabras, creed por lo ménos en mis obras.»* Por lo demás, la humanidad, de acuerdo en esto con Jesucristo, siempre ha visto en los milagros el sello de la divinidad impreso á la misión de un hombre, y si no adora lo divino donde quiera que el milagro se manifiesta, es porque posee inauditos recursos que le permiten oscurecer semejante manifestación.

Sentadas semejantes premisas, es imposible eludir la siguiente conclusión: luego la naturaleza es incapaz de componer ni de imponer la religión, porque la primera de tales obras constituye un milagro de infalibilidad, y la segunda un milagro de autoridad; la naturaleza es el instrumento y el teatro de los milagros; pero no contiene la virtud.

Se dirá, sin embargo, que la naturaleza, ya que no puede componer ni imponer la religión, será capaz de circunscribirla, es decir, de impedir que se convierta en sobrenatural. Tampoco. La religión puramente natural, no basta ni á la naturaleza ni á la necesidad religiosa de la humanidad. No basta á la naturaleza, porque esta tiene una elasticidad ilimitada que no pueden llenar sus propios pensamientos. Traspasa fácil-

mente sus límites dirigiéndose al cielo, y solo lo sobrenatural puede colmar la medida de su vuelo y de sus aspiraciones. Hay más aún: un culto puramente natural no satisface en manera alguna nuestro sentimiento religioso, porque en último resultado, ¿en qué consisten los dogmas, en qué los deberes, en qué las sanciones de este culto? Tres cuestiones que constituyen otros tantos enigmas para la razón, si no busca la solución de ellos en las religiones positivas. Tenemos, pues, que la religión natural es más bien una abstracción que una realidad histórica: en teoría se las separa de las religiones sobrenaturales; más en el terreno de los hechos no puede separarse, por lo mismo que donde desaparece lo sobrenatural, desaparece la religión, no quedando más que una filosofía.

«Una religión, dice Cousin, se distingue de los sistemas filosóficos, en tanto admite un dato sobrenatural superior á toda controversia; al paso que la filosofía solo busca verdades naturales, sin más auxilio que la sola luz natural (1). Esta es la primera y la última palabra del buen sentido respecto del particular. Si con

(1) *De la verdadera, de la buena y de la bella. Lec. V.*

frecuencia se resuelve mal, consiste en que con más frecuencia aún, se propone mal. Por consiguiente, no hay para qué hablar del próximo fin de las religiones sobrenaturales, porque esto sería el fin de la religión: que no se nos venga anunciando el futuro advenimiento de la religión natural; porque esto valdría tanto como instalar la filosofía en el gobierno de las conciencias, lo mismo que en el de los espíritus. Semejante religión, con la incertidumbre de su símbolo, la elasticidad de su decálogo, y la impotencia de sus frenos, jamás pasará de un pretexto para abandonar la verdadera, sin seguir ninguna otra. Yo pregunto á los pensadores aristócratas que quisieran contentarse con esta dosis moderada de respeto hácia el cielo, sin perjuicio de dejar á las muchedumbres el maximum de este deber, si podrian manifestarme el grado de cultura que debe poseerse para dispensarse de hacer la señal de la cruz. Y, sobre todo, ¿podrian explicarme, por qué razón el Creador tendría dos medidas en sus exigencias, respecto de la humanidad, una para los párias del espíritu, obligados á doblar las rodillas; otra para las grandes capacidades, á las cuales debería bastar con que votaran en favor de Dios en ciertos artículos de revista? Evidentemente no puede ser así, por-

que la religion tiene de comun con el sol, el no tener lugares reservados, sitios de preferencia para su luz, y mucho mejor aún que ante la ley, somos todos iguales ante la verdad. Y tampoco puede ser así, además, porque siendo la religion la expresion de lo infinito, por más cultivados que estén sus discipulos, en el momento mismo en que pretenden aprisionarla en la naturaleza, rompe esta camisa de fuerza, para extenderse y derramar por todas partes convirtiéndose en lo sobrenatural divino, si se encamina à lo verdadero, y en lo sobrenatural diabólico si tuercos hacia lo falso.

El sacerdote, demostrando la religion de que es ministro, ofrece todo el aire de renovar al famoso orador que trabajaba *pro domo sua*. Convenido de ello, cedo gustoso la palabra à autoridades profanas sobre la doble tesis que acabo de establecer: es decir, la verdad de lo supra sensible, y la de lo sobrenatural en el objeto de la religion.

A aquellos que admiten únicamente las realidades materiales, les hablaremos con las palabras de un libre pensador contemporáneo, palabras que llevan impreso un sello de espanto y de verdad, tales como podrán juzgar nuestros lectores.

«Cuando se deja de creer en Dios personal é invisible, el alma se halla solicitada por el abismo, no tarda en caer al suelo derribada, y á veces se sumerge en el fango. Cuando la filosofia no cuenta con otro Dios que con el universo, ni con otro hombre que con el más notable de los mamíferos, no es más que historia natural. Esta es la ciencia de las épocas materialistas. Y, digámoslo de paso, à este punto hemos llegado. Téngase en cuenta sin embargo, que el materialismo constituye la última etapa del género humano. Corrompida y debilitada, la sociedad se deshace à consecuencia de inmensas catástrofes; el rastrillo de hierro de las revoluciones troncha los hombres como las yerbas de nuestros campos. En los surcos ensangrentados germinan las nuevas generaciones, las almas desconsoladas vuelven à creer, convierten al cielo sus miradas, hallan de nuevo el lenguaje de la oracion, y la humanidad se levanta para comenzar de nuevo (1).»

¿No es verdad que no podia esperarse tan elocuente defensa, de un protestante racionalista? Por lo que se refiere à los que confesando

(1) Scherer. *Miscelánea de crítica religiosa*.

las verdades inmateriales, se han detenido en esta primera estación, sin lograr ascender hasta lo sobrenatural, les rogamos que escuchen la voz de un gran protestante sobrenaturalista que les dice: Salgamos de las crisis enfermizas de la humanidad, para penetrar de nuevo en su historia formal y permanente. La creencia en lo sobrenatural es un hecho natural, primitivo, universal, en la vida del linaje humano; en todos los tiempos, en todos los lugares, en todos los grados de la civilización, encuéntrase al género humano creyendo espontáneamente en los hechos, en las causas exteriores de este mecanismo viviente llamado naturaleza. Por más que se ha hecho para comprender, explicar y magnificar la naturaleza, el instinto de las masas humanas jamás se ha satisfecho y siempre ha trabajado para ver algo superior.

«Y esta creencia instintiva y hasta ahora indestructible, este hecho general y constante en la historia humana, se pretende destruir. ¡Vana quimera, increíble fatuidad humana! Porque en un rincón de mundo, en un día de los siglos, se ha combatido lo sobrenatural, se le proclama vencido! De manera que habeis olvidado completamente la humanidad y su historia (1).»

(1) *Quinet. Meditaciones, primera serie.*

Terminada esta exposición se ve lo que debe pensarse de este procedimiento de la negación que consiste en resolver la cuestión en provecho propio, echando mano para ello, de ciertas frases en boga. La ciencia ante las preocupaciones, dicen los blasfemos; pero precisamente se trata de saber si ellos constituyen la ciencia. La sinceridad ante las convenciones; pero ¿se está realmente seguro de que representemos nosotros las convenciones y ellas la sinceridad? La verdad ante los consuelos, añaden; pero el caso es que nosotros pretendemos que su verdad es puro engaño, y como en tal caso no son únicamente la falsedad que engaña, sino también la falsedad que corrompe, y el engaño que martiriza, no tienen el derecho para erigirse en mártires de su franqueza y de su saber, porque no son más que el juguete de una locura voluntaria, ó el instrumento de una pasión malhechora.



CAPITULO VI

REALIDAD DE LO SOBRENATURAL

Probado dejamos que la necesidad de creer en pos de un objeto que es real, siquiera inmaterial, y que la expresión de esta necesidad, ó sea la religión, debe ser exteriormente sensible, aun cuando su objeto no lo sea. Añadamos ahora, que es de esencia en este objeto no sólo el ser sobrenatural, sino que además es necesario que sea sobrenatural, por lo mismo que la naturaleza no puede por sí sola descubrirlo, ni imponerlo, ni circunscribirlo. Ocasión es esta la más apropiada para hacer notar que los filósofos que admiten el acto creador, es decir lo sobrenatural en la causa del mundo, son los que mé-

nos fundamentos tienen para rechazarlo en sus efectos: de aquí la razon del famoso axioma, *na-da fuera, nada sobre la naturaleza*, que constituye la fórmula exacta de toda negacion que no cree en un autor de la naturaleza; pero esta misma fórmula constituye una contradiccion en boca de un espiritualista, que, en el mero hecho de reconocer un Dios distinto de la naturaleza y superior á ella, admite en su filosofia lo sobrenatural que no quiere admitir en la religion.

El presente capítulo se dirige á tales ilógicos deístas. Porque no basta demostrarles que el objeto de la religion debe ser sobrenatural, importa saber si lo es en realidad. ¡Hállase el hecho de acuerdo con la teoría anteriormente anunciada? Esta es la cuestion capital, pues Spinoza sienta, no recuerdo donde, que habria abrazado el cristianismo si hubiese llegado á creer la resurreccion de Lázaro. Su conclusion estaba perfectamente fundada; por consiguiente, lo que importa es sentar y establecer de un modo claro y terminante las premisas que él no supo descubrir. El milagro no constituye, como el vulgo imagina, el conjunto de lo sobrenatural; sino que lo sobrenatural se halla ordinariamente certificado por el milagro, segun se desprende de

esta celebre definicion: *El milagro es el título de crédito de la Divinidad.*

Lo sobrenatural en su acepcion más lata, y al propio tiempo más óbvia, puede definirse una accion especial de Dios, ora en el órden intelectual, ora en el órden físico, ora en el órden moral, que produce efectos superiores á las fuerzas de la naturaleza. Considerado en este conjunto, y aun podriamos añadir bajo esta reunion de prodigios, lo sobrenatural se extiende hasta constituir no solo la prueba, sino tambien la esencia de la religion. De tal manera que defendiéndolo combatimos *pro aris et focis*, y Dios y el mundo se hallan igualmente interesados en esta reivindicacion de la fé contra el naturalismo.

Entre los adversarios de lo sobrenatural, pueden fácilmente distinguirse tres cuerpos de ataque, de distinto color y procedencia. El primero avanza en nombre de la razon pura, y dice: *A priori*, lo sobrenatural es imposible, por consiguiente no existe. A estos les contestamos tambien en nombre de la razon pura: *A priori*, es imposible que lo sobrenatural no exista, luego existe.

El segundo se adelanta en nombre de la naturaleza y nos dice: La naturaleza constituye

el conjunto de la obra divina, por consiguiente, cuanto está fuera de ella ó es superior á ella, no puede ser admitido. A lo cual contestaremos. La naturaleza no constituye el conjunto de la omnipotencia divina, sino que constituye la base y el lugar de espera de un coronamiento futuro, por consiguiente lo sobrenatural que constituye el remate y no una superfetación de la naturaleza, debe ser admitido.

Adelántase, por último, el tercero en nombre de la crítica histórica y dice: Nadie ha verificado científicamente lo sobrenatural, por consiguiente, sólo puede admitirse como simbólico ó legendario. A lo cual contestaremos en nombre de la historia. Lo sobrenatural se halla tan bien establecido, como los hechos más incontestables de lo presente y de lo pasado; por consiguiente no es ménos incontestable que dichos hechos. En términos más concisos vamos á demostrar la realidad de lo sobrenatural teniendo en cuenta que: 1.º la razón lo exige; 2.º la naturaleza lo desea; y 3.º la historia lo atestigua.

I.

Cuando el racionalismo espiritualista sostiene que no existe lo sobrenatural porque es imposible, prescinde de la realidad para encerrarse en un *á priori* arbitrario, y á fin de declinar la evidencia, se contenta con hacer sofismas. Cuando nosotros afirmamos la existencia de lo sobrenatural, porque es indispensable su existencia, permanecemos fieles al sistema experimental; nos fundamos en los hechos y no en una teoría complaciente para establecer nuestro punto de partida: por consiguiente, estamos autorizados para decir que la razón reclama y exige lo sobrenatural, por lo mismo que constituye la única religión garantida, la única religión posible.

Sus relaciones lógicas con la religión, pueden ser probadas por la misma filosofía espiritualista. Comprendese perfectamente que los ateos y los panteístas, acostumbrados á sepultar á Dios en la naturaleza, atado de piés y manos, según expresion de Heine, se sepultan á su vez del

propio modo; pero debe convenirse tambien en que admitir un Dios personal y almas inmortales, y entre Dios y esas almas comunicaciones positivas, por medio de homenajes de dependencia de una parte, y de atenciones paternales de otra, no es más que la inauguracion de lo sobrenatural hasta el dominio de la filosofia. Un Dios creador de la naturaleza, y por lo mismo, independiente y señor de la naturaleza, pertenece á lo sobrenatural. Toda accion de la Providencia especial, distinta de las fuerzas de la naturaleza, pertenece á lo sobrenatural. En una palabra: Dios, atendiendo á una piagaria, pertenece á lo sobrenatural, porque en el momento en que dejan de ser necesarias, estas relaciones entre el Creador y la criatura, escapan al engranaje de las causas y efectos ciegos que constituyen la naturaleza. Resulta de lo dicho, segun facilmente puede comprenderse, que la diferencia existente entre el naturalismo espiritualista y nosotros, consiste en que aquel admite los milagros invisibles, y nosotros solo creemos en los milagros sensibles: en otros términos; en que el primero admite el comercio real, nominativo, si así puede decirse, de Dios con cada uno de los hombres, para la conservacion, el

paso que nosotros lo estimamos no ménos admisible por la revelacion.

Dicho se está que no debe absorberse el órden de naturaleza en lo sobrenatural; pero aun respetando esta distincion, es innegable que resultan extra-naturales las libres relaciones entre el amor de Dios y nuestro amor, en cuanto se halla aquel colocado fuera de la naturaleza. ¿Qué falta pues á semejantes relaciones para ser clasificadas en la categoría de los milagros? ¿Ser hechos aparentes, no ciertos; ser hechos derogatorios de las leyes de la naturaleza? Fijémosnos en esta distincion importantísima: la naturaleza fisica, partiendo de la base de que está sometida á leyes inmutables pertenece al dominio de la fatalidad; en cambio la naturaleza moral constituye el teatro de la libertad. ¿Puede pues concebirse, que Dios sólo pueda responder á las súplicas de la libertad humana, en virtud de un órden inexorablemente mecánico? ¿Y el supremo ordenador confiar á la fatalidad, el gobierno del imperio de la libertad; á las fuerzas ciegas de la materia, la direccion, ó mejor, la opresion de los espíritus? Esto sólo puede concebirse admitiendo una inmanencia inerte del Creador en su creacion. Ahora bien, reconocida la trascendencia del obrero sobre su obra, de

no trabajar en ella constantemente, si n^o para perfeccionarse á sí mismo, lo ménos para ejercer acto de soberanía, y no convertirse en esclavo de su propia obra.

Debe convenirse por consiguiente en que el milagro que sobrepuja al orden de la naturaleza física, se halla perfectamente de acuerdo con las leyes de la naturaleza moral. Así se explica que los incrédulos materialistas que solo reconocen la primera, concluyan diciendo: lo sobrenatural es imposible, luego no existe: y así se explica también, que los racionalistas espiritualistas que reconocen por algo en el conjunto de las cosas, la personalidad de Dios y la del hombre, es decir, los dos agentes de la libertad, se vean obligados á volver el argumento al revés, diciendo: es imposible que no exista lo sobrenatural, luego existe.

Es imposible que no exista, si nos fijamos en el hombre, y más aun si tenemos en cuenta la humanidad. ¿Qué es lo que hace Dios obrando milagros? Comunica una expresión popular y social á la economía oculta que acabo de exponer. Para qué Dios y su acción fuesen mejor conocidos, y para que todos los hombres recibieran al par la debida enseñanza, sería indispensable trasladar el milagro, de la conciencia individual

á la plaza pública. Lo sobrenatural encerrado en el interior de una alma sola, puede ó pasar desapercibido, ó considerarse fantástico: lo sobrenatural á la faz del mundo se impone, y no puede ménos que imponerse. Y hé aquí cómo tratándose de las operaciones divinas, todo hasta lo incomprendible, se justifica y se explica. No consintamos pues en que se nos arrebathe la religión de lo sobrenatural, puesto que es la única practicada y practicable. Sin ella Dios y el hombre no son más que dos potencias unidas por vínculos ineficaces, que en la sombra y el silencio se extinguen como dos fuerzas que no pueden evitarse. Con ella Dios y el hombre son dos amores que se solicitan desde el cielo á la tierra, libres siempre de huirse, y siempre felices por encontrarse.

Ordenamiento bellísimo, en virtud del cual el Autor del universo para alcanzar la salvación de las almas, no se desdén de tocar los rodajes con el objeto de demostrarles, lo poco que estima á éstos en comparación á aquellas: en suma, por su propia libertad sobre la nuestra, que es como si dijéramos, obrando como una persona, sobre otras personas, no como una fuerza sobre otras fuerzas, y fundando entre él y nosotros

esta union por encima y más allá de la naturaleza, que es la esencia de lo sobrenatural.

Entiéndalo bien esos deistas distraídos y poco fieles á su principio: el milagro no es un desenvolvimiento inútil del poder divino, sino su manifestación lógica. Un Dios más grande y más elevado que el mundo, constituye ya de por sí el más grande de los milagros; atacar la posibilidad de los otros, es destruir la certeza del primero. De manera que no cabe á aquellos más recurso, que ó negar á Dios, ó reconocerle el derecho de mostrarse por medio de intervenciones que revelan su poder. Un Dios sin el derecho de hacer milagros, equivale á un Dios desprovisto de la facultad de moverse y de hablar; no es un Dios; es un ídolo; del mismo modo que un hombre que rehusa escuchar ese lenguaje sublime de Dios, es ateo sin darse cuenta de ello, pretendiendo ocultárselo; en manera alguna un hombre religioso.

Tenemos, pues, que lo sobrenatural es la única religion lógica; añadamos ahora que es la única religion garantida. Hay un sobrenatural visible que prueba el que no lo es. Bajo este punto de vista lo sobrenatural se sirve de prenda á sí mismo, en cierto modo, porque, si por sus misterios es la dificultad, por sus milagros

es la solución. Dios, segun se ha dicho, es el milagro en potencia; el milagro es Dios en accion. En el primer caso lo sobrenatural se oculta; en los demas, lo sobrenatural se pone de manifiesto, y al paso que no faltan hombres de letras que no creen en el Evangelio por oposicion á la presencia de lo sobrenatural, puede decirse que en rigor no deberian creer en él, en el caso en que hubiera ausencia.

Convenido que habria debido bastar la naturaleza para ponernos de manifiesto á su autor. Mas la naturaleza, á pesar de la belleza de sus espectáculos, acaba por parecer ménos admirable á consecuencia de la costumbre adquirida «de admirarla (1).» Lo cierto es que los grandes espectáculos de la naturaleza más bien han servido á una ciencia corrompida, para formular objeciones contra el Dios Creador, que para testificar su gloria. Por esto, añade San Agustín, Dios, en tiempo oportuno realiza obras superiores á la naturaleza, á fin de herir á la humanidad por medio de golpes si no más grandes, por lo ménos más singulares dando al par una demostracion de su existencia y poder, que

(1) S. Agustín San Jerónimo, coment.

no sea debilitada por la costumbre, ni susceptible de ser oscurecida por la sofística.

Convenimos también en que el milagro podría ser puesto en duda como hecho; pero es imposible que lo sea como prueba, y por lo mismo que esta prueba es cierta, la incredulidad se empeña en destruir la certeza del hecho. Tales sorpresas constituyen la notificación más auténtica del acto de Dios en medio de la creación: porque cual acontece con ciertas obras maestras de mecánica por demás complicadas, cuyos inventores son los únicos que pueden desmontarlas sin descomponer los resortes, sólo su autor, es capaz de modificarla de tal modo sin destruirla. Por esto cuando los espíritus se hallan acostumbrados á las maravillas ordinarias de la armonía universal, Dios despierta su atención por medio de variantes y sorpresas inesperadas. En el momento en que la humanidad, familiarizada, por ejemplo, con los prodigios de la ley *Creced y multiplicaos*, la juzga como resultado exclusivo de una energía natural; Dios promulga esta excepción inesperada al curso ordinario del nacimiento y de la muerte: *Lázaro, alza de la tumba*; de manera que aquellos que no la ven en el perpetuo milagro de la creación, no pueden mé-

nos que adorarlo en el extraordinario milagro de la resurrección.

He hablado del milagro de la creación, ¿qué necesidad hay de probar los demás á los que admiten éste? ¿Acaso el Dios personal, repito, no constituye el primer milagro? ¿Por ventura no es el segundo la creación? ¿Y la conservación no constituye el tercero? ¿Con qué derecho, pues, se niegan los menores, confesándose como se confiesan los más notables? No se nos venga con nuevas objeciones respecto de la potencia, ó mejor de la impotencia suprema. Siendo inmutables, no necesarios los movimientos de la creación, los hechos milagrosos habrían podido ser establecidos como la regla, y ¿por qué no ordenados á títulos de excepción? La verdad es que no constituye para Dios mayor dificultad hacer retrogradar el sol sobre el horizonte, que hacerlo ascender por él; devolver la vida al cuerpo, que considerarla; comunicar el conocimiento de lo porvenir, por el don de profecía, á la inteligencia, que reavivar lo pasado, por los fenómenos de la memoria. De manera, que «la cuestión de saber si Dios puede derogar las leyes por él mismo establecidas, sería impía, si no fuese absurda. Al que la resolviera negativa-

mente, se le haría demasiado honor castigándole, debería encerrársela (1).»

No tienen más valor las objeciones hechas en nombre de la inmutabilidad soberana, porque habiendo previsto Dios sus milagros al propio tiempo que las leyes modificadas por los milagros, tan inmutable es obrando dichos milagros, como observando esas leyes. Hay filósofos espiritualistas que prescriben la oración como súplica, so pretexto de que implora de la bondad de Dios un cambio en las leyes que no puede derogar y que concede en virtud de la solicitud de un milagro. Me gustaria saber si esos señores prescinden de llamar al médico cuando están enfermos, teniendo en cuenta que el curso normal de los decretos divinos no puede ser torcido por la ciencia. ¿Por qué la libertad humana ha de ser más impotente en el orden moral que en el orden natural? ¿En qué su acción es más contraria à la inmutabilidad divina, en el primer caso que en el segundo? No, no, Dios lo ha previsto todo, pero condicionalmente al libre curso de su criatura; por consiguiente, reservándose el llegar à un término invariable por cami-

(1) Juan Jacobo Rousseau.

nos que varían, es decir, llegando al fin por una excepcion à la regla si se lo pedimos, por la aplicacion de la regla si no se lo pedimos.

Así, en este magnífico ordenamiento que comprende las leyes y las derogaciones, el milagro no constituye un cambio, puesto que Dios al operarlo, obra conforme à sus eternas provisiones; ni un retoque, porque modificando la naturaleza, va en pos de un designio más vasto, al cual la misma naturaleza está subordinada como instrumento; ni una violacion, porque por encima de todas las leyes existe una más general que somete la creacion en su existencia al autor supremo, en sus movimientos al supremo motor, y en su fin al fin de todas las cosas. Prescindiendo de esta economía, sólo queda lugar para la fatalidad musulmana. Mas, si nos víramos forzados à abrazar esta religion de la desesperacion, nos sería imposible vivir en ella, porque la humanidad jamás ha comprendido que la perfeccion de Dios le quita el poder de hacernos bien. ¿Y no es una prueba en favor de los milagros, el que estemos siempre dispuestos à negarlos, y que siempre nos veamos obligados à esperar en ellos?

Finalmente, nada de objeciones en nombre de la sabiduría divina. Por esos toques de ma-

tro, distribuidos aquí y allá en los acontecimientos del mundo, es principalmente por lo que pone Dios de manifiesto su intervencion en él. Al contrario, la perpetua uniformidad de sus relaciones con la naturaleza, tenderia à hacerlo confundir con ella. No detengamos, pues, su brazo, so pretexto de su solicitud por su dignidad: nada es más digno, de Dios que probarse á sí mismo, haciendo acto de libre presencia en los movimientos del universo. No vayamos á hundirlo, pues, para siempre jamás en el sudario de sus propias obras, diciéndole: No os movais y creerémos en vos. Si se le niega obrando, ¿qué sería permaneciendo inactivo? Una vez más, plaza á la libertad de Dios en el gobierno de su creacion, porque el día que sea el cuatavo eterno de las leyes por él decretadas, acontecerá otro tanto en el alma de sus hijos respecto de su santa imagen y de su religion.

«Con la fé en el milagro, dice un crítico poco sospechoso, sería perdido el secreto de la vida divina. Ahí se habla mucho de espiritualismo cristiano, de religion de la conciencia, y hasta hay quien imagina ver un progreso en la religion, en el abandono del milagro! ¡Ojalá pudiera expresar con toda la vehemencia de mi corazon, cuánto semejante opinion, tiene para mí de

repulsiva! Cuando la fé en el milagro siento que vacila en mí, veo tambien debilitarse ante mis miradas la imagen de mi Dios: pualatinamente va dejando de ser el Dios libre, viviente, personal, el Dios con el cual habla el alma como con su amigo, y una vez interrumpido este santo dialogo, ¿qué queda?... Nada de cielo sobre nuestras cabezas. ¡Oh! no lo dudeis, lo sobrenatural es la esfera natural del alma, es la esencia de la fé, de su esperanza, de su amor (1).»

¿Qué significan, preguntamos ahora, estos actos de fé escapados á aquellos que no creen? Que lo sobrenatural es, en cierto modo, inevitable, y que por lo mismo que constituye la única religion posible, por una inclinacion natural del corazon se vuelve á él, cuando á consecuencia de un crimen de la razon, se ha llegado á prescindir del mismo. Si, lo sobrenatural, considerado por la filosofia negativa como un rebajamiento y un yugo intolerable del pensamiento, constituye por lo contrario su encanto necesario; tanto, que el hombre no sabe ser religioso sin lo sobrenatural, y que la historia no ha contemplado en todo su curso la existencia de una re-

(1) Scherer, *Miscelánea de artículos religiosos*.

ligion exclusivamente natural. La creencia en el milagro es tan antigua como el mundo y tan universal como el género humano. Entre los paganos se extiende hasta las más locas supersticiones, y entre los incrédulos hasta la más ridícula credulidad. ¿No se ha visto acaso al siglo décimo octavo que derribaba imposible los templos, tambalar como un azogado junto el tripode de Mesmer, y al décimo nono, después de haber intentado *derribar la bóveda celeste*, inaugurar por medio de truenos de comedia y otras terroríficas fantasmagorías las iniciaciones de las sociedades secretas? De manera, que hasta esos hechos demuestran que la propensión del hombre à lo sobrenatural, es más poderosa que su propia voluntad, y que en cuanto ha conseguido combatirla, en perjuicio de la fé, se apresura à restablecerla en provecho del fanatismo y de las pasiones.

Por consiguiente, la filosofía se equivoca cuando considera lo sobrenatural como una especie de ilusión ante-humana. «Precisamente el alma aspira à algo, sobrehumano no ante-humano, y ese algo lo espera de lo sobrenatural. El mundo finito entero, con todos sus hechos y todas sus leyes, el hombre incluso, no basta al alma del hombre; quiere tener algo más grande que com-

templar y amar. De esta ambicion sublime y suprema nace y se nutre la religion.

«Sea, pues, la que se quiera la corriente de los tiempos modernos, la abolición de lo sobrenatural es una empresa difficilísima, por no decir de imposible realización. La creencia en lo sobrenatural, ha sido el manantial y continúa siendo el fondo de todas las religiones.»

¿De quién procede esta solemne voz? A la verdad no es hija de una autoridad católica; pero cuanto ménos se inspira en la Iglesia ese testimonio, más imponente es para la negación, máxime cuando con una especie de acento profético exclama:

«Desengánense, pues, los que se jactan de cristianos, áun después de haber abolido la creencia en lo sobrenatural, porque lo que ellos destruyen es la misma religion en general, y particularmente la religion cristiana. ¿Se ha pensado en lo que se hacía? ¿Se ha imaginado lo que serían los hombres y las sociedades si desapareciera realmente la fé? No quiero deshacerme en lamentaciones morales y en presentimientos siniestros; pero no vacilo en afirmar que no hay imaginación alguna capaz de representarse con la verdad necesaria, lo que sucedería en nosotros y al rededor de nosotros, si el lugar que

ocupan las creencias cristianas se encontrará vacío de repente y su imperio anonadado (1)."

Al término de este desenvolvimiento y ante el naturalismo espiritualista levántanse dos argumentos. El primero encierra una cuestión de principios. ¿En qué consiste que esta escuela que no quiere admitir en el hombre dos vidas diferentes, la de la naturaleza y la de la sobrenaturaleza, pueda refutar el materialismo que niega, por los mismos motivos la doble vida del cuerpo y del espíritu? Los moderados de la negación rechazan lo sobrenatural so pretexto de que nadie lo ha visto ni tocado; pero puede volverse inmediatamente contra ellos ese razonamiento imprevisor. Dios, el alma, el mundo moral, la misma religión natural, es decir, todas las verdades impalpables serán eliminadas á su vez en virtud de semejantes fines de no aceptar. Así el racionalismo espiritualistas de los últimos cincuenta años ha sido el precursor lógico del racionalismo positivista de nuestros días; y la misma filosofía que nos libró del sensualismo de Condillac, cae en él por haber ensayado en vano á mantenerse encima, sin el apoyo de lo sobrenatural.

(1) *El mundo. Aclaraciones, 1.ª edición.*

El segundo argumento encierra una cuestión de prudencia y de moralidad. ¿Qué freno podrá emplearse contra las pasiones, que supla debidamente al de lo sobrenatural? Lejos de ser incompatible con el progreso como pretenden los jueces interesados, constituye su condición indispensable; eleva á los pueblos sobre el nivel de los horizontes terrestres, y los lleva hácia lo infinito y casi todo cuanto hacen grande en el orden de la virtud, lo cumplan bajo este impulso saludable. Por el contrario, una vez caída de las alturas de lo sobrenatural, la humanidad no hace más que una corta permanencia en el naturalismo espiritualista; al cabo de poco tiempo, manchada y moribunda se precipita desde esas regiones ideales á la sima del materialismo, y pasando del de las ideas al de las costumbres, se la vé mutilada y embrutecida en cierto modo del lado de la cabeza y del corazón, tendiendo á absorberse en los sentidos. ¿Qué no será capaz de ensayar esa escuela de barbarie? Desgraciadamente, ó por mejor decir, afortunadamente no hay ejemplo de civilización alguna en que lo sobrenatural, verdadero, ó falso, no haya hecho algún beneficio. El día en que los pueblos se conviertan en naturalistas, los filósofos, espantados de su obra dejarán de serlo.

Lo sobrenatural está conforme con las exigencias de la razón. ¿Hállase en oposición con la naturaleza? Ciertamente que la domina, pero no puede decirse que le sea contrario. Si se considera á la naturaleza bajo estos dos aspectos generales, el orden físico y el orden moral, resulta que, si así puede decirse, es simpática á lo sobrenatural. Físicamente lo acepta como una armonía, y moralmente como un complemento.

Si, lo sobrenatural es una armonía aunque las apariencias lo presenten como una disonancia. Por supuesto que yo me guardaría muy bien de proponer semejante idea á un adorador de la unidad de substancia, porque siendo para él la materia todo cuanto existe, no podría existir cosa alguna capaz de modificar sus evoluciones. Y por otra parte, si el mundo encerrara la totalidad del ser ¿qué orden podría resultar de sus perturbaciones? Téngase en cuenta sin embargo, que la naturaleza y el mundo visible no

son mas que una porción del ser: por encima de él está Dios, la libertad humana al lado, y el concurso armónico de estos tres agentes, constituye la armonía general. Por consiguiente cuando la naturaleza realiza un movimiento derogatorio de su mecanismo ordinario, bajo la presión de una voluntad divina, solicitada por la libertad humana, existe milagro, pero no desórden; porque ese desórden aparente de abajo es la condición de un orden más elevado: la derogación de la ley particular entra en las necesidades de una ley más extensa y el Creador retocando su obra física con un fin más grande que ella, compone una armonía invisible con las discordancias de aquellas que nosotros contemplamos. En una palabra, los milagros son en la economía de la naturaleza, lo que en la música los falsos tonos que contribuyen á la perfección de ciertos acordes.

Y no hay para qué mencionar la inflexibilidad de los resortes de la creación, relativamente á las variantes sublimes que Dios arroja á veces en medio del concierto universal. Esta inflexibilidad es constante, no necesaria. El Creador era libre de establecer como regla lo que constituye el milagro actual ¿por qué no habia de serlo, pues, para hacer brotar el milagro de la

suspension momentánea de esta regla? Las leyes porque se rigen nuestro globo, habrían podido ser diferentes de lo que nosotros vemos: según los astrónomos hay planetas que se rigen por leyes distintas de las que presiden en el nuestro: según la paleontología, no eran en otro tiempo las mismas que hoy las leyes del universo: profetas tiene la ciencia que aseguran que en un porvenir remoto, las generaciones se regirán también por otras leyes. ¿Y Dios, con un fin sobrenatural, no podría ejercer aquí el imperio que de otro modo se le reconoce? ¿Y en tanto que el hombre tiene la pretension de obrar revoluciones en la obra divina, su autor tendría ménos derecho y ménos poder? ¿Extraña contradicción! Los pensadores de nuestro tiempo tienen por cosa facilísima el que el rayo, la tempestad y la creación entera se sometan à su voluntad, y sin embargo, no saben comprender la docilidad de la naturaleza cuando no es el génió el que manda, sino la virtud del hombre servida por la omnipotencia divina; y no obstante, ¿puede darse cosa alguna más legítima que este movimiento de la creación bajo la doble autoridad de su rey y de su autor?

Si la naturaleza física acepta lo sobrenatural como una diversion armonica, la naturaleza mo-

ral la solicita como su complemento. Aquí se ofrece à nuestra atencion esta cuestion preliminar. ¿Cuál es la nocion dogmática de lo sobrenatural? Para definirla bien, importa determinarla perfectamente y para demostrar con mayor perfeccion en qué consiste lo sobrenatural, empiezo por decir lo que no lo es.

Desde luego debemos manifestar que no lo es lo misterioso, porque el órden natural tiene también sus misterios no ménos incomprendidos é incomprensibles que los de la religion.

Tampoco es lo maravilloso, el espiritismo, por ejemplo, ó la demonologia, porque aun cuando todo esto supone fenómenos y fuerzas que se hallan fuera del curso regular de la naturaleza, no es más que una manifestacion de lo sobrenatural; pero no lo sobrenatural.

Por último, tampoco es lo milagroso, por lo ménos subordinado al órden físico, porque si bien es cierto que el milagro así entendido, es un aspecto y la firma divina de lo sobrenatural, no constituye la esencia, pues lo sobrenatural, según luego veremos, es la reunion de muchos órdenes de milagros.

¿Qué es, pues, lo sobrenatural? Vamos à explicarlo de un modo tan comprensible como lo consisten las cosas superiores à los sentidos,

Entre Dios y el hombre existan relaciones esenciales que emanan de los derechos del Creador, existentes en Dios, y de los deberes de la criatura que incumben al hombre. De aquí resulta un comercio primordial establecido entre uno y otro, bajo el nombre de religión natural. Mas como por los motivos anteriormente indicados, semejante religión no era bastante, Dios añadió á estas relaciones fundamentales una intimidad más elevada entre él y el mundo. Siendo la razón como dice Leibnitz, una revelación natural de la cual Dios es el autor, ¿habría dejado incompletas su obra y nuestra educación, prescindiendo de dotarnos de una segunda revelación, que viene á ser una especie de razón sobrenatural? En una palabra, ¿después de haber hecho de nosotros sus obras maestras por vía de creación, ¿no nos ha constituido hijos suyos por vía de adopción? El naturalismo dice que no; pero la humanidad responde afirmativamente y esta convicción se halla justificada por la universalidad y la perpetuidad de las religiones sobrenaturales.

Segun estas premisas lo sobrenatural no es más que una participación de la humanidad en las creencias, en las obligaciones, en una fuerza y en las esperanzas superiores á la naturaleza.

En el cristianismo, las creencias sobrenaturales son la revelación; las obligaciones sobrenaturales, son los preceptos evangélicos; la fuerza sobrenatural es la gracia; la esperanza sobrenatural, es la visión beatífica. Estos cuatro prodigios forman la economía de este prodigio genérico, lo sobrenatural, y vienen á resumirse en Jesucristo, que es su centro como autor de la fé, promulgador de la ley, fuente de la gracia, y mediador de la visión celeste. En otros términos: la religión natural es Dios y la humanidad, conociéndose mutuamente; pero separados por abismos incommensurables: lo sobrenatural son los cielos y la tierra puestos en comunicación, porque entre ambos extremos se halla el Dios-hombre tendiendo una mano al hombre y una mano á Dios y juntándoles en la unión inefable de su personalidad (1).

Dada esta explicación, no me sorprende que Pascal haya dicho: «Solo se conoce á Dios útilmente por medio de Jesucristo: sin Jesucristo el mundo no subsistiría, porque ó bien sería indispensable destruirlo, ó convertirlo en un in-

(1) Como todavía no hemos demostrado cual es la verdadera religión, invocamos el cristianismo, no á título de prueba sino como ejemplo explicativo.

fierno (1).» Si, no cabe duda que Jesucristo es al par el punto culminante desde el cual la vista se extiende sobre todo el panorama de lo sobrenatural, y la fuente de donde emanan todos los beneficios de la vida sobrenatural.

Concebido de este modo lo sobrenatural, ¿puede decirse que constituya una tiranía contra la naturaleza? Todo lo contrario, puesto que más bien puede decirse que forma su remate y su gloriosa restauración. Ciertamente que la humanidad, en el estado de inocencia, se hallaba constituida en el orden sobrenatural; pero este repara su caída siquiera la haya precedido.

El hombre es un Dios caído que se acuerda de los cielos,

y del fondo del abismo, contempla con mirada melancólica las altas cimas en que discurrió su infancia, y aspira incesantemente a reconquistar la patria perdida. Ahora bien, la asunción de la humanidad hacia sus grandezas originales, se realiza mediante el concurso de lo sobrenatural.

Esta acción múltiple se compone, si así puede decirse, de cuatro milagros. Y aquí me veo en la precisión de suplicar al escepticismo de mi

(1) Fenomenología.

lector, que no me salga al paso diciendo que no hay milagros, porque si bien es cierto que los prodigios del orden físico son ménos frecuentes que en otro tiempo, consiste esto en que son más numerosos los motivos de credulidad. La conversión del mundo, que es el milagro más sorprendente del cristianismo, á los ojos de una razón atenta, vale para todos los demás. Proveyendo Dios á nuestra fe de socorros proporcionados á sus dificultades, los primeros cristianos pudieron distinguir muchos más prodigios por lo mismo que no habían contemplado el cumplimiento de las profecías, que es un prodigio *siempre subsistente* (1). Para nosotros que somos testigos de ello, la concesión de mayores garantías, lejos de proporcionarnos más luz, nos deslumbraría completamente.

Esto sentado respecto de los milagros de lo pasado, vengamos ya á los que no cesan jamás, y consideremos desde luego el milagro de las creencias sobrenaturales.

Es una verdad elemental que la razón sola es moralmente incapaz de fijar, sin mezcla de error, el código de las verdades siquiera naturales.

(1) Pascal. *Provinciales*.
tomo 1.

Ahora bien, á esta laguna de la razon, el cristianismo adapta una vision complementaria, la fé, y gracias á las luces que de la misma se desprenden, la revelacion se prueba por el esplendor de sus efectos á aquellos que no la reconocen en sí misma. «Al presente el pueblo tiene tanta conviccion y vé tan claro en aquellas cuestiones, respecto de las cuales los filósofos sólo pueden contestar balbuceando, que hacen más sabios un simple cura de aldea, con sus instrucciones familiares, de los que con todos sus pomposos discursos podria hacer el mismísimo Platon (1).» Aquí pues estaríamos en el caso de repetir á aquellos que piden milagros: abrid los ojos, el género humano estaba ciego y vió: *Cæci vident!*

Pero todavía no es esto todo: considérese ahora el milagro y el beneficio de las obligaciones sobrenaturales.

La virtud tiene eminencias á las cuales jamás podrá alcanzar la naturaleza abandonada á sí misma; y halla en el deber dificultades que suprime, convencida de la imposibilidad que tiene de vencerlas. Solo lo sobrenatural ha sido ca-

[1] *Præsentatio Oculorum.*

paz de producir ciertas creaciones al mismo reservadas. ¿Quién es que en el número de esas rarezas evangélicas no ha contado la humildad, la castidad, la caridad de la beneficencia del apostolado, del mártirio, y en fin esa ascension suprema en la escala de la moralidad, que se llama santidad; realizacion ideal de la perfeccion, de la cual, no da ni la nocion ni la fuerza, filosofía alguna de cuantas existen y han existido; Thabor sublime de la grandeza moral, por la cual el hombre no se transfigura en manera alguna sin un concurso especial de Dios, porque este estado es igualmente sobrenatural para quien tiene en cuenta la corrupcion natural, como lo seria el de un organismo, que libre de las leyes de la gravedad, marchara al través del espacio. Hé ahí pues un segundo milagro no menos permanente que el primero: el género humano se hallaba cubierto de lepra y fué curado: *Leprosi mundantur.*

Viene despues el milagro y el beneficio de la fuerza sobrenatural.

Es un hecho fuera de toda duda que la voluntad humana es naturalmente incapaz de realizar todo el bien á que aspira, y que á veces sin quererlo y hasta á consecuencia de estériles é incomprensibles deseos de virtud realiza el mal,

«El hecho de la impotencia de la razón y de la voluntad en teoría y en práctica, es cierto y evidente», dice Bossuet. Pero he aquí que lo sobrenatural tiende su robusta mano á este poder que desfallece, y no contento con esto, á la energía humana reducida al último apuro, le dá un motor divino, la gracia: por medio de esta fuerza sobrenatural es posible al hombre triunfar de sus vicios naturales. Trasladados con la imaginación á una biblioteca de Bolandistas, y comparando los santos del cristianismo con los de Plutarco, es decir la humanidad transfigurada por la gracia, con la humanidad henchida por el estoicismo y en presencia del que hace diez y ocho siglos se está realizando en el mundo, es desafío á que os atrovais á negar los milagros: el género humano estaba cojo y anda: *Claudi ambulat.*

Finalmente, ¿puede darse milagro mayor que el de las esperanzas sobrenaturales?

Nada más incierto para la religión natural que nuestro destino futuro. Rousseau, cansado de no descubrir más que el vacío en su eternidad de deista, exclama: «Filósofos, acabad ya de recorrer la campiña, y decidnos de una vez

con qué sustituis el cielo y el infierno (1).» Pues bien, lo sobrenatural disipa estos densos celajes. Nos pone de manifiesto al hombre brotando del seno de Dios por la creación, separado de Dios por el pecado, vuelto á Dios por la redención, y unido á Dios por el abrazo indisoluble de la glorificación. De esta suerte, nuestro destino se ilumina y adquiere inmensas proporciones de uno á otro extremo, y esta necesidad de ver la verdad esencial, que es al par, el tormento y el enigma de nuestra peregrinación sobre la tierra, se encontrará satisfecha con la posesión definitiva de Dios. En otros términos, el poder que hace revivir en la tierra las almas por la gracia, reanimará los cuerpos por las felicidades de la gloria; y los milagros encadenándose de esta suerte con los milagros, harán que los ángeles canten sobre el sepulcro glorificado del género humano, como al presente cabe los confesionarios y las fuentes bautismales: Los muertos han resucitado: *Mortui resurgunt.*

En resumen, lo sobrenatural no está en oposición con la naturaleza física. Si uno de los hombres fósiles que se pretende haber descubier-

(1) *Revue*, t. III, p. 187.

to entre los restos de un mundo inferior á este, hubiese sido decir que llegaría un día en que conversáramos de uno á otro hemisferio al través de las olas del océano, de seguro habria acodido con la risa del incredulo el anuncio de la telegrafía eléctrica. Reconozcamos pues en Dios el poder de los milagros, de que nos ha hecho casi donacion, y no hagamos de lo sobrenatural lo sinónimo de lo imposible. La naturaleza moral lo acepta por su parte como su complemento, en vez de rehusarlo como cosa impropia y fuera de lugar. La naturaleza moral es una realidad suprema, ineludible, que los naturalistas, acostumbrados á no ver cosa alguna más allá de sus flores y de sus faunas, por lo comun tan erróneas, deberían cuidar de no omitir en sus clasificaciones. A poco que sobre el particular se la consulta, responde que lo sobrenatural no la fatiga con un paso inútil, sino que la completa; que no constituye para ella una superfetacion, sino un felicísimo remate; y el hijo de Adán que no comprende estas cosas, ni sabe lo que es religion, ni conoce siquiera lo que pasa en su interior.

III.

¿De qué sirve, no obstante, que lo sobrenatural halle gracia ante la razon y ante la naturaleza, si está condenado por la historia? Téngase en cuenta que la crítica moderna, cual si se tratara de lanzarle otros tantos retos, le ha dirigido una dilatada serie de preguntas á las cuales se vé precisado á contestar, so pena de caer en descrédito. En primer lugar le dice: ¿Quién ha visto lo sobrenatural? Y suponiendo que sea visible; ¿quién es capaz de comprobarlo? Y dado, que pueda comprobarse, ¿quién es capaz de distinguir lo verdadero de lo falso? La refutacion de esas insidiosas objeciones, existe íntegra en el desenvolvimiento de esas tres afirmaciones: 1.º lo sobrenatural se ha visto: 2.º puede ser comprobado: 3.º puede ser discernido.

¡Espectáculo verdaderamente curioso el que ofrecen la oposicion relativa de la afirmacion y la negacion, respecto de la cuestion de lo sobre-

natural! La afirmacion, poniendo de manifiesto los anales de la humanidad dice: Miradlo; habla, obra, pasa y repasa ante nuestros ojos hace más de seis mil años; es tan cierto como aquellos hechos á los cuales dais más crédito; ó debe admitirse, ó es indispensable negar toda la historia, ya que descansa sobre las mismas garantías. ¿Qué es lo que en contra de semejante hecho podéis alegar? La negacion contesta: No tengo para qué discutirlo; es imposible. De esta suerte por medio de un *apriori* que rechaza todas las pruebas contrarias, se elude hábilmente el antiguo axioma, *ab actu ad posse valet consecutio*: la cuestion queda prejuzgada sin examen prévio, en provecho de la parte adversa, que se proclama vencedora, por haber decretado que no tiene el deber de combatir.

La verdad es que no puede concebirse mayor petulancia, lo mismo si se fija la atencion en lo escaso de las garantías que se ofrecen, como si se considera lo extraordinario de las garantías que se exigen. Lo sobrenatural que se halla en posesion de una adhesion sesenta veces secular, tendria derecho perfecto para declinar la obligacion de aducir pruebas, y sin embargo, no se opone á suministrarlas procediendo en esto como Jesucristo, que su deya var y tocar por todos

los discípulos incrédulos que se resuelven á acercarse y se rodea de confirmaciones textuales de tanta fuerza, que bastaria la décima parte de las garantías que ofrece, para tener por incontestables los hechos más inauditos del orden natural.

Consultemos en primer lugar la historia del linaje humano.

De su examen se desprende que lo maravilloso no se encuentra exclusivamente en la cuna de los pueblos. Con mayor ó menor intensidad, ve mezclarse los prodigios á la trama de su historia en todos los momentos de su existencia. Siempre se ha creído en las intervenciones superiores. No existe lugar ni siglo en el cual la religion no haya sido *positiva*, es decir, compuesta de creencias y de prácticas que componen una revelacion, y por consiguiente fundada en un comercio verdadero ó fabuloso entre el cielo y la tierra. «Doquiera se presta adoracion á Dios; exclama un eminente orador, se realiza este acto en virtud de una doctrina sobrenatural. . . . Conviértase la mirada donde se quiera; penetrese en el templo que mejor plazca, y en el mismo dintel saldrán al paso la profecía y el sacramento; la profecía que es una palabra de Dios que contiene verdades inaccesibles á la ra-

zon; el sacramento que es un acto dotado por Dios de una eficacia superior á todas las fuerzas de la naturaleza (1).»

Hé ahí, pues, una propensión universal y necesaria de nuestra especie. Por de contado que el imperio de los agentes sobrenaturales háse debilitado en la opinión popular, al paso que ha crecido el de la ciencia; pero ese imperio subsiste aun en los individuos y en los pueblos, sea el que quiera el grado de su cultura y civilización, con la circunstancia de que solo puede concluir con el mundo á que pertenecemos. Así lo exige la ley invariable de la historia. ¿Y precisamente en nuestros días despertaría la humanidad de un sueño que es coetáneo con su nacimiento? ¿Y este fenómeno, tan permanente hasta ahora, estaría destinado á pasar con el siglo decimonono? No, la naturaleza se parece á los ríos que arrastran los diques opuestos á su corriente, pero que no retroceden jamás.

Consultemos la historia del paganismo:

La idolatría se estableció y se sostiene por medio de manifestaciones sobrenaturales. Desde el paraíso terrestre en el cual la falsa revelación

(1) Lacordaire, Conferencia XXVI, n. 2.

se puso en competencia con la verdadera, la razón humana marcha entre las dos, libro en su elección; pero obligada á reconocer que los caracteres de la falsa que rechaza, son como los de la verdadera completamente sobrehumanos. Convenido que tales caracteres no son más que una falsificación de lo sobrenatural; pero falsificación que constituye la prueba, puesto que ella misma está fuera del curso de la naturaleza. Recuérdense por ejemplo, las evocaciones de la pitonisa de Saul; los prestigios de los magos de Faraon; las iniciaciones de la teúrgica y de la ciencia cabalística; considérese que cada religion de la antigüedad tiene sus dioses, sus tripodes y sus medios de entrar en comunicacion con las potencias invisibles: recuérdese, en fin, que no existe idolo que no goce de virtud, ni santuario que no cuente con sus milagros, y en vista de todo esto, dígase si son ó no dignos de lástima aquellos que pretenden explicar todos esos fenómenos como simples habilidades de juglaría sacerdotal, ó como efecto de ciertos breviajes excitantes.

Reconozco que, en determinadas ocasiones el charlatanismo de los sacerdotes pudo embaucar la pública credulidad; pero habrían llegado á ejercer tanto dominio los oráculos y las falsas

divinidades, si siempre hubiesen mentido y no hubiesen alcanzado à apoyar su crédito por medio de algunos prodigios reales? Cuando se posee el sentido de la historia, es imposible admitir semejante suposición. Por lo demás, el paganismo moderno atestigua el mismo hecho. Los observadores menos supersticiosos y más verídicos han visto en las maravillas de ciertas pagodas, en las de ciertos árboles encantados y en ciertas prácticas de la idolatría india, intervenciones evidentemente extranaturales, puesto que sobrepujan las fuerzas de toda superchería humana. Y esta inmixtion de un poder superior en los cultos politeístas, ¿no sería más que una pura fantasmagoría? Si así fuera, el desprecio que se supone de seis mil años, constituye un prodigio tan sorprendente como lo sobrenatural que se rechaza. Me parece mucho más sábia la siguiente conclusion de Arago. «Da pruebas de exceso de ligereza el que, excepcion hecha de las matemáticas puras, pronuncia la palabra imposible (1).»

— Consulte la historia del cristianismo.

«Felicitémonos, escribía à su hijo el canciller d'Aguesseau, de que los milagros en que des-

(1) *Annuaire de 1863.*

cansa nuestra fé, sean hechos tan ciertos como las conquistas de Alejandro y la muerte de César.» En efecto, lo sobrenatural cristiano se halla tan perfectamente establecido que su negacion destruye toda certeza histórica. Tejido en cierto modo con la trama de la crónica general, su supresion destruye completamente las demas mallas de la red tradicional. Hay más aún; por un privilegio exclusivo, los milagros del Evangelio y de los Apóstoles han tenido por historiadores testigos oculares que han muerto en apoyo de su afirmacion. Esos testigos eran demasiado numerosos y harto diferentes, para que hubiesen logrado ponerse de acuerdo respecto de una falsedad tan complicada; y sobre todo, no eran bastantes locos para sacrificar su vida en aras de la mentira que habian imaginado. De todos modos, no habrian podido encontrar, al otro día de haberla propalado, doce millones de cómplices dispuestos à sostenerla hasta la muerte; ni los padres de la Iglesia determinados à defenderla; ni diez y ocho siglos de la civilizacion más adelantada para servirle de juguete. ¡Y este maravilloso que, una vez anodado por una crítica quisquillosa en la historia sagrada, se encuentra en la historia profana: esa sobrenatural que de los libros del Nuevo Testa-

mento pasa á los anales de la Iglesia, de tal modo que esto solo constituiría un milagro más prodigioso que los mismos que se pretenden negar, en el supuesto de que la Iglesia no hubiese estado formada sin preparación milagrosa, todo esto, decimos, habia de ser resultado de un engaño, puesto en evidencia, en el siglo más distante de su origen! Ocasión llegará en que probemos lo contrario; al presente yo alego contra la negacion la inverosimilitud de sus hipótesis.

Consultemos, por último, la historia contemporánea.

Lo sobrenatural, que no desaparece ante la inmensa claridad proyectada por los modernos descubrimientos, ¿tendría necesidad para acreditarse, de la oscuridad de las épocas de ignorancia?

Apelamos desde luego á nuestros procesos de canonizacion. Un protestante distinguido por su cultura, que pudo enterarse en Roma de los documentos justificativos de varios milagros, exclamó: si la Iglesia no admitiese otros que estos, tan plenamente probados, no tendríamos por nuestra parte dificultad alguna en suscribirlos. Pues debéis tener entendido, le contestó el prelado á quien se dirigia, que la Congregacion de Ritos no ha admitido uno solo de esos mila-

gros que Vos juzgais tan plenamente comprobados, por no haberlos considerado suficientemente establecidos. Dadas estas premisas, podemos apresurarnos á deducir la siguiente consecuencia: luego nuestro siglo asiste á la realizacion de milagros, y milagros que se hallan fuera de duda, ya que la canonizacion de los santos es una comprobacion tan severa de los hechos sobrenaturales, y que pocos siglos han sido más ricos que el presente en canonizaciones.

Apelo igualmente al culto de María. Trasládemonos al templo de Nuestra Señora de las Victorias, y contemos si es posible los innumerales *ex-votos* que en él se ostentan; pasemos de él al de la Fourviere y contemos tambien; al de Nuestra Señora de la Guardia, en Verdélais, y sigamos contando; recorramos en fin todos los santuarios del universo consagrados á la Madre de Dios. ¿Y en presencia de tales y tan innumerales y perpétuos testimonios de una intervencion prodigiosa y bienhechora en provecho de las miserias humanas, intervencion tan notable que Pio VI, cida la deposicion de nueve cientos testigos de diferentes comarcas, no pudo menos que instituir la fiesta de Nuestra Señora de los Milagros,—habrá valor para sostener,

que, relegados estos á la leyenda, no pueden formar parte de la historia contemporánea?

Apelo también á todos los observadores de los fenómenos religiosos. ¿No se han visto á veces ciertos resultados de la oración, completamente inexplicables por medio de la ciencia? ¿Y en semejante situación, viéndose la ciencia en grave compromiso, no se la ha visto extenderse en explicaciones absurdas, á fin de no tener que confesar lo sobrenatural? Y sin embargo esas curaciones realizadas en Pibrac, cabe la tumba del cura párroco de Ars; en Lourdes, en presencia de tantos y tantos peregrinos; han de ser mera ilusión por parte de unos y convención ó acuerdo previo de parte de los demás? ¿Y todos esos votos de gracias que suben de la tierra al cielo y todos esos auxilios que del cielo se reclaman, solo podrían tener, lo imposible por objeto, y habían de expresarse de parte de la humanidad una monomanía errónea é incorregible?

Por último, apelo hasta lo maravilloso diabólico, puesto que la medalla de lo sobrenatural puede ofrecerse por el lado de su reverso. Por lo mismo que el alma humana experimenta una necesidad inrencible de mantener relaciones con el mundo sobrenatural, cuando no puede conseguirlo por medio de la verdadera revelación

procura alcanzarlo echando mano de la falsa: y como nuestro siglo es refractario á la primera, en virtud de la ley que oportunamente dejamos enunciada, debe hallarse más que otro á merced de la segunda. Concedo á las causas naturales no estudiadas, la parte que les corresponde en ciertas apariencias maravillosas; pero lígase lo que se quiera, la falsedad histórica jamás podrá destruir la historia. Y ahora pregunto yo á la historia que no tiene previamente tomada una determinación: ¿esas mesas giratorias ó parlantes, esos *mediums* que se expresan en idiomas que jamás han aprendido, esos veladores que se estremecen de júbilo ó de ira según sea la impresión que se les comunica, todo cuanto se ha referido de los convulsionarios de S. Medardo, sobre la religión del espiritismo, sobre los espíritus *golpeantes*, sobre los espíritus *visitantes*, sobre sus manifestaciones físicas é históricas, sobre las costumbres y prácticas de los demonios; en una palabra, tantos pretendidos hechos naturales, que carecen de explicación natural, todo esto no contestaría á nada objetivo? No, esto prueba á aquellos que declaran increíbles los milagros, que la humanidad creará siempre en ellos, y á los que los juzgan imposibles, que un

poder especial los está realizando incesantemente.

No hagamos coro, pues, á aquellos que dicen: si yo viera un milagro creería en ellos. ¡Milagros! La humanidad los pide y sin embargo no los quiere.

«Se dice que un milagro convertiría, cuando no se le ve, contesta Pascal; las razones, vistas de lejos parecen limitar nuestra vista; pero cuando se llega á ellas, se empieza á ver hasta más allá; nada detiene la volubilidad del espíritu; y entonces se dice no hay regla sin excepción [1].» Por esto nuestro Señor, que hacía milagros de sobra para convencer todas las oposiciones, decía de la de los Judíos: aún cuando resucitara Moisés en persona, tampoco creerían. Y ¡cabe imaginar que sea más contentadiza y fácil de convencer la oposición de los filósofos? Oigamos la confesión de J. J. Rousseau: «Por todo lo de este mundo no quisiera ser testigo de la resurrección de un muerto, pues temería volverme loco en vez de convertirme en creyente. (2).» ¿Entonces como triunfar de estas sofísticas obstrucciones? ¡Hay que compadecerlas; es inútil

[1] Pensamientos.

[2] *Cartas de la Montaña.*

cuanto para vencerlas pueda hacerse, porque Dios, respetando en nosotros la libertad de la contradicción, puede hacer milagros, pero no obligar á que se confiesen. Por lo demás bueno es recordar que si no creemos, no previene de que Dios se oculte á nuestras miradas, sino de que, según sus palabras, *no pertenecemos á su reino* [1].

Supuesta en nosotros la intención sincera de confesar los milagros ¿existe la posibilidad de comprobarlos? Hé ahí el campo de batalla de muchas argucias antiguas y modernas. Afortunadamente y por más que se haga, jamás tendrán fuerza para oscurecer los siguientes principios de sentido común: si se trata de milagros presentes, debemos creerlos por el testimonio de nuestros ojos; si se trata de milagros pasados, debemos aceptarlos por el testimonio de la historia, toda vez que se la ha reconocido el carácter de verídica.

Para esta demostración tenemos suficientes conocimientos. En vano es que demos como pretexto, que es indispensable el conocimiento del conjunto de las leyes de la naturaleza, para

[1] Juan, XV, 26 28.

estar ciertos de la derogacion de una de estas leyes; pues basta para ello con saber que la naturaleza procede de un modo invariable respecto de un determinado orden de hechos. Si la objecion fuese fundada, la ciencia jamas podria definir un orden general de fenomenos, como no fuera que se le pudiese de manifesto el orden universal. Por consiguiente, podamos decirles á los ámbros: el mismo derecho que teneis vosotros para formular una ley de la naturaleza, tenemos nosotros para afirmar la derogacion de dicha ley; y así como vosotros estais seguros de no equivocaros, al decir que la muerte es una regla comun, tambien lo estamos nosotros, diciendo que la resurreccion constituye la excepcion de esta regla.

Lo desconocido no puede invocarse como prueba en contra de lo conocido; y desde el instante en que científicamente estais seguros respecto de una serie de hechos, habeis de estarlo de que no será en manera alguna desmentida por otra serie. Si se rechazaran vuestros descubrimientos so pretexto de que las pruebas de hoy pueden ser desmentidas por las de mañana, de seguro contestaríais que lo eventual nada puede probar contra lo terminantemente demostrado, y que la ciencia de lo porvenir levantará

su edificio, sin tocar cosa alguna en sus cimientos. Siendo esto así, os hallais presos en las redes de vuestra propia sabiduria. Porque así como vosotros estais seguros de que las aguas siguen necesariamente la pendiente, nosotros lo estamos del prodigio que detiene su curso: así como vosotros estais seguros de las leyes de la gravedad, nosotros lo estamos de que un cuerpo humano, sostenido en el aire sin soporte alguno, constituye una excepcion á dichas leyes; así como vosotros estais seguros de que los muertos no vuelven, nosotros lo estamos de que hay una accion divina en la vida de aquellos que vuelven. De manera que la ciencia se destruye á sí misma por medio de los argumentos que emplea contra nosotros, y nuestra certeza, respecto del particular, descansa en las mismas bases que la suya.

Para la demostracion del milagro, todavia tenemos motivos de conviccion suficientes. Extraña paradoja la de pretender que anteponiéndose la verdad de una ley de la naturaleza á la de su derogacion, esta no podria ser debida é incontrovertiblemente certificada. Cuando la derogacion está demostrada cual corresponde, se hace tan indudable como la misma ley. En efecto, la naturaleza que contesta satisfactoriamente

ta en el primer caso, contesta con más autoridad en el segundo, porque la naturaleza física modificada en provecho de las almas, es un milagro razonable; pero la naturaleza moral trastornada hasta el punto de que el hombre deje de estar cierto de aquello que vé, es un milagro imposible, puesto que implica la negación de la razón del hombre y de la de Dios.

Por consiguiente, no dejamos sorprendernos por este conocido juego sofístico. «Si Paris entero viniera á decirme que en Passy ha resucitado un cadáver no lo creería; porque es más fácil que Paris entero se engañe, que no que un muerto resucite. (1)» ¿Qué hay que decir á esto suponiendo que esto signifique algo? Que un millon y quinientos mil testigos hayan visto en un mismo instante á Lazaro en la tumba, despidiendo el infecto olor de un cadáver sepultado hacia cuatro dias, y á Lazaro saliendo de la tumba con todo el esplendor de una vida floreciente, ¿no mereceria crédito semejante deposición? La verdad es que si tantos espectadores, distintos por sus intereses y educacion creyeron contemplar lo que no existia y tocar lo que

(1) *Cours de la Montagne.*

realmente no tocaban, pueda decirse que existen tantas derogaciones de las leyes de la naturaleza como testigos; de manera que para rechazar el milagro de una resurrección, se admiten un millon y quinientos mil milagros de alucinación.

Es preciso ponerse en guardia contra esta justificación paradójica de un mismo principio; para dar crédito á los hechos sobrenaturales, sería indispensable tener razones sobrenaturales. Sabido tenemos que el cómo de los hechos sobrenaturales, solo puede explicarse por medio de un conocimiento sobrenatural; pero la existencia de estos hechos, depende del testimonio natural, como todos los acontecimientos de la historia. La prueba del milagro, continúa, pues, sobrenatural del lado de Dios que lo realiza; pero natural del hombre que lo comprueba; por lo mismo que solo se adapta al espíritu humano por sus aspectos finitos. En otros términos: la prueba del milagro constituye la explicación del mismo con relacion al pensamiento divino; con relacion al pensamiento humano, solo puede ser el atestado. Erigir en principio que lo sobrenatural no podría ser creído sin existir un medio de comprobación sobrenatural, y por consiguiente que será menester constantemente un milagro increíble que sirva de garantía al milagro preceden-

te, vale tanto como pedir à Dios que haga ordinariamente cosas extraordinarias, y al par condenar al hombre à marchar incesantemente en pos de la verdad metido en un círculo vicioso, puesto que sería contantemente el milagro desarrollándose ante sus ojos, sin que pudiese aprenderlo en su creencia.

Por último, nosotros tenemos garantías suficientes en esta afirmacion. Algunos exigen para la demostracion del milagro considerado como derogacion de las leyes de la naturaleza el conocimiento de todas esas leyes. Nosotros hemos visto que basta con conocer la ley à la cual está derogado. Otros exigen para la demostracion del milagro, considerado como un hecho sobrenatural, medios de verificacion sobrenaturales. Nosotros hemos visto que si fuese menester una inteligencia superior à la naturaleza para comprenderlo, basta para atestiguarlo el testimonio natural, porque si la *cosa* se realiza por encima de la razon, el *hecho* cae bajo el dominio de los sentidos. Hé aquí, sin embargo, que han comparado nuevos antagonistas, que para llegar al mismo grado de certeza exigen garantías científicas; de manera que será indispensable escribir en todas partes, excepto en el Instituto de

Francia, y en la residencia de sus correspondientes, aquel dístico famoso.

.....Se prohíbe à Dios
hacer milagros en este sitio.

Sí, pidense comisiones para inspeccionar las obras divinas, y registrar, en cierto modo, las manos de la divina omnipotencia, à fin de saber si para su obra echa mano de medios prohibidos.

Y sin embargo, hemos visto que semejante comision existe en Roma: que esta atiende y escucha las defensas del naturalismo contra los hechos sobrenaturales: que en su tribunal la ciencia tiene sus abogados como los tiene la religion; y que la Iglesia solo acepta un milagro despues de diez años de juicios contradictorios, sostenidos ante el jurado más concienzudo que se pueda imaginar. ¿Qué son en comparacion de esta, las comisiones científicas, en las cuales, cuando los intereses y las pasiones no constituyen el móvil, un miembro habla, dos escuchan, hay cuatro ausentes y todos firman por sentimiento de confianza y en las cuales cuando hay de por medio las pasiones y los intereses, son menester esfuerzos increíbles y años y siglos para llevar

la evidencia á los espíritus? Puedo añadir además que semejante comision ha existido siempre. ¡Créese acaso, que antes de la creación del Instituto, la humanidad no podía darse cuenta exacta de los milagros? ¡Por ventura no tienen las muchedumbres el mismo derecho que los doctores y los licenciados para certificar respecto de los hechos sensibles? Vosotros que pedís informaciones, cuando se os piden actos de buen sentido, ¿queréis saber cuales han sido las comisiones instituidas por Dios en los tiempos pasados, á fin de juzgar de sus intervenciones?

Para los milagros de Moisés, la corte egipcia y todo el pueblo judío; para los de Elias, la corte de Achab y los sacerdotes de Baal; para los de Daniel, la corte de Belsa y los ministros de Balthazar; para los de Jesucristo, el mundo moderno, que en garantía de sus afirmaciones posee algo mejor que diplomas, puesto que como prueba de lo maravilloso evangélico tiene en su favor las maravillas de su civilización. Despues de lo dicho, ¿podrá venirse con la pretension de congresos de químicos, fisiólogos y criticos en unos siglos en los cuales ni siquiera existian esas ciencias? ¿Es que Dios debía esperar para realizar milagros y para que el mundo los creyera á que Napoleón fundara las cinco academias?

¡Los doce Apóstoles derramando su sangre para atestiguar que vieron á Jesucristo vivo, muerto y despues de haber resucitado, y persadiendo de ello al universo, no tienen tanta autoridad, por lo ménos, como doce comisionados retribuidos por el Estado? Por esto cuando la critica viene á decirme que hasta ahora no ha habido milagro alguno científicamente demostrado, no puedo ménos que preguntarle si sueña ó se chancia, y poniéndole de manifiesto los siglos, los mártires, los santos, el Thabor, el Calvario, el monte Olivete, en una palabra, todos los recuerdos cristianos, le contesto: La venganza de lo sobrenatural contra vosotros, consiste en que vosotros no podeis atentar á su verdad histórica sin comprometer vuestro honor científico.

La famosa comision existe pues, y ha existido tal cual la razon la exige: añadamos ahora que no puede existir tal cual el racionalismo se atreve á reclamarla. Esos señores quisieran que el taumaturgo fuera á recibir órdenes suyas antes de realizar el milagro, no considerando que precisamente Dios hace los milagros para imponer las suyas. Y de seguro su pretension llegaría hasta el punto de prescribir á Dios el día y la hora; y nombrarian sus jueces y les designa-

rian el lugar, las condiciones y los límites de la operacion! ¿Y el prodigio ha de carecer de valor porque no se realice en su morada? ¿Y no podrá considerarse científico, aun cuando tenga por testigo á la Europa entera, sinó lo preside un reducido congreso de sábios? ¿Y si merece la fé de mil adherentas más sábios aun que esos árbí- tros oficiales, no tendrá que tomarse en cuenta? ¿Y si despues de una primera prueba no han llegado á convencerse plenamente todos los ár- bitros, Dios tendrá que comenzar de nuevo ó indefinidamente, hasta tanto que deban ceder á la evidencia, sopena de que Dios no alcance el voto unánime de los jurados en ese proceso ver- bal? ¿Y la humanidad deberá esperar junto á la puerta de ese concilio en miniatura, á que se decida de sus destinos por medio de procurado- res, sin que se le conceda siquiera el derecho de votar en una deliberacion tan capital? A decir verdad; no puedo manifestar qué sentimientos son los que en mí dominan al llegar á este pun- to, pues no comprendo si es aversion ó lástima lo que siento. ¡Obligar á Dios á que se presen- te en los teatros levantados por una ciencia im- pia, para que se exhiba y ponga de manifiesto ante la pública expectacion, y prostituir el ejer- cicio de la divina omnipotencia para recreo y

pasatiempo del espíritu humano, no es buscar la verdad, es insultarla!

Lo sobrenatural se ha visto y se ha demos- trado, vamos á probar que puede ser discernido. Hay en el mundo dos falsificaciones de lo sobre- natural divino, con las cuales se corre el peligro de verlo confundido, y de las cuales importa sobremanera distinguirlo. La primera es lo sobrenatural prestigioso ó la manifestacion inex- plicada de ciertas fuerzas ocultas de la natu- raleza.

Que existen los demonios; es decir, que en castigo del más criminal de los abusos de la li- bertad que pueda haberse cometido, hayan sido esos grandes culpables, apartados para siempre jamás del camino del bien, que voluntariamente abandonaron, para verse arrojados en el del mal, que voluntaria y deliberadamente eligieron; que no contentos con haber dado la preferencia al mal, impelen hácia él al mundo, por ódio á su autor y á la justicia que les castiga; que des- prendidos de la materia y obrando con la rapi- dez de espíritus, ejercen en la creacion un impe- rio superior á todo poder natural; que Dios con- siente esta lucha sin permitirles triunfar, y que de ella ha hecho al par la condicion de nuestra moralizacion, despues de habernos dotado de ar-

mas para la defensa, y la condición de su propia gloria, separando el orden moral del desorden aparente de tal antagonismo, es un dogma constantemente justificado por fenómenos innegables (1).

El demonio puede, pues, llevar á cabo ciertas revoluciones en la naturaleza; pero ¿cual será el sello de esta sobrenatural de falsa ley? Resultará de un principio por demás sencillo: *Los efectos participan de la naturaleza de sus causas.* Por consiguiente, tal es la causa de los milagros, tales son los milagros y estos llevan casi siempre, si así podemos decirlo, el sello y marca de dónde proceden, que consiste en la semejanza que guardan con su autor.

Tenemos, pues, que el demonio no imprimirá jamás á sus milagros la belleza moral, por la sencilla razon de que no la posee, y que en tanto que los de Dios se atraen el respeto por la grandeza que los rodea y por las virtudes que inspiran; los de Satán pueden reconocerse por el ridiculo que por punto general los caracteriza, por la puerilidad que los degrada y por la corrupcion que fomentan ó garantizan.

(1) Véase la obra de M. de Mirville: *Les apôtres*, etc.

Tenemos, pues, que el demonio no imprimirá jamás á sus milagros la bondad, por la sencilla razon de que no la posee, y que en tanto que los de Dios son benéficos y subyugan como manifestaciones de un amor infinito; los de Satán, por punto general, son enojosos como expresion de un poder odioso y repulsivo que goza con el mal.

Tenemos, pues, que el demonio no imprimirá jamás el sello de la verdad á sus milagros, porque es el padre de la mentira, y si por un momento consigue trasformarse en ángel de luz, da palabras ó acciones conformes con el Evangelio, es únicamente para mejor ocultar la guerra irreconciliable que contra él sostiene.

Y no se me objete ahora que despues de haber probado la verdad por medio de los milagros, probamos ahora los milagros, valiéndonos de nuestra verdad. No, los milagros de la Iglesia son siempre más grandes que aquellos que se les oponen: «el cisma y la heregia llevan más señales de error, que sellos de verdad su milagro, y hé ahí la razon, porque si hubiese milagros contra milagros, siendo los de la Iglesia primeros y más grandes, seria preciso creerla

contra los milagros. Entre dos autoridades la principal es la que se distingue. (1)»

Tenemos, pues, que el demonio jamás conseguirá imprimir á sus obras el carácter del poder supremo, porque si bien es verdad que puede más que el hombre, le falta mucho para poderse igualar á Dios. Por esto pertenecen al satanismo las perturbaciones inferiores del orden natural; solo á Dios los actos de autoridad soberana tales como dar vida, resucitar á los muertos, trocar la sustancia de las cosas, predecir lo futuro.

Tenemos, pues, que el demonio jamás podrá contar como auxiliares suyos á los santos, honrados con el respeto de la posteridad, y en tanto que los instrumentos de los milagros divinos aparecen como los modelos y el ideal de la pureza moral, los instrumentos del milagro diabólico desde Simon el Mago y Apolonio de Thyana, hasta los *mediums* y las pitónicas del espiritismo, constituyen un tipo misterioso mezclanza informe de creyente y de jugador que causan al mundo más espanto y desconfianza, que admiración y cariño. Basta con lo dicho respecto de

[1] *Popul, Rougemont.*

este paralelo, pues con lo expuesto puede notarse la diferencia de las causas por la de sus efectos. A los milagros divinos corresponden las glorias de la civilización cristiana; á los prestigios de Satán, las estúpidas abominaciones de la barbarie pagana. A aquellos los progresos de nuestra última exposición; á estos la rutina insistente que caracteriza á los pueblos de las márgenes del Ganges y del Indo.

Después de los prestigios del infierno, solicitan nuestros sufragios los de la ciencia, no tanto para conseguir la categoría de divinos, como para hacer creer que los prodigios divinos no tienen tal divinidad. Existen, se dice, en la naturaleza ciertas fuerzas desconocidas, que solicitadas por un agente especial, producen la aparición de lo sobrenatural. Estas fuerzas disciplinadas, clasificadas, y convertidas á un principio genérico, constituyen la rama especial de los estudios de nuestro siglo, designada bajo el nombre de magnetismo. Según esta doctrina, los cuerpos se hallan sumergidos en un fluido universal por medio del cual se comunican, y este fluido puesto en movimiento por la voluntad de ciertos operadores, produce efectos insólitos, ora en los objetos materiales que parecen animarse cuando se cargan con sus éfluvios; ora en

los organismos humanos, que transforma, cuando sirven de vehículo á su transmision. Dado este enunciado, no es necesario estar provisto de penetracion extraordinaria para deducir la consecuencia que del mismo se deriva. Con todo, aun cuando para ello sea indispensable hacer violencia á nuestro sentimiento moral, asimilemos por un momento á la accion divina esta prestidigitacion sospechosa, y perdonenos el lector que comparemos el magnetizador con el taumaturgo, teniendo presente para ello el fin que nos mueva, que no es otro que ahorrarle motivos de desprecio.

¡Qué diferencia en la higiene preparatoria! El magnetizador se ve precisado á seguir un régimen tónico y reparador, para conservar sobre sus débiles pacientes el dominio de la energía muscular. El taumaturgo, saca de la extenuacion resultante de la penitencia, y de la macecion y mortificacion á que somete la materia, la fuerza divina que le permite mandar en los demás.

¡Qué diferencia en los sujetos sobre los cuales se opera! El magnetizador solo actúa sobre sujetos previamente elegidos, que ceden á la sujecion en virtud de cierto compadrazgo de antemano concertado, ó sobre sujetos impresio-

nables que ceden á las influencias del fluido en virtud de determinadas disposiciones catalépticas. El taumaturgo se dirige al primer enfermo, que se le viene á las manos, sordo ó ciego, leproso ó paráltico, pueblo ó individuo, diciéndole: Sanad, lo quiero; y su mandamiento queda realizado: *Volo mundare*.

¡Qué diferencia en los teatros de accion! El magnetizador requiera un auditorio numeroso y simpático para que no resulten contrariadas las corrientes del fluido que brotan de su cuerpo, lo cual casi equivale á decir, que solo convierte á los que ya creen de antemano. El taumaturgo hace brillar su poder en las cimas de los montes, al borde de los lagos, sobre las olas del mar, en medio de las plazas públicas, y hasta en presencia de los fariseos que están tratando su muerte, porque su mision no consiste en entretener á sus adeptos, sino en convencer á los incrédulos!

¡Qué diferencia en los procedimientos! El magnetizador ejecuta pases capaces de hacer dormir al más despierto, y se fatiga para que se desprenda de su cuerpo una virtud física sujeta á mil vicisitudes y peripacias, en tanto que el taumaturgo actúa en virtud de un poder interno, y sin preparacion, sin excitaciones neurálgicas,

cas, sin experimentos que puedan fracasar. Así dice de un enfermo ausente, Ya está curado; y el hijo del centurion se levanta de su lecho de muerte.

¿Qué diferencia, por último y principalmente, respecto de los resultados obtenidos! ¿A qué se reducen en definitiva, los milagros del magnetismo? A algunos fenómenos de adivinación, ó de segunda vista, en los cuales la parte de la verdad jamás á llegado á separarse completamente de la del charlatanismo. Por consiguiente, como no sea abdicando del buen sentido y de la justicia, es imposible colocar los descubrimientos llamados milagros de la ciencia, al nivel de los que verdaderamente son milagros sobrenaturales. Ordénese á la física que detenga el sol en su carrera; á la medicina que alimente con cinco panes á cinco mil personas hambrientas; á la química que con un pellizco de polvo desleído en una poca de saliva vuelva la vista á los ciegos; y á la filosofía que desde el camino del cementerio devuelva los cadáveres á la vida, y si tal consiguen, no tendremos inconveniente en considerar á los sábios como lo verdaderos taumaturgos del universo. Mas entretanto deben resignarse á adorar la divina omnipotencia, sin pretender rivalizar con ella, por-

que los sabios que aspiran al prodigio, como el mismo Satán, no son más que los falsificadores de la obra de Dios.

En resúmen; el órden sobrenatural constituye para nosotros un acrecentamiento de la razon, por las visiones de la fé: de la moralidad, por el cumplimiento de la ley: de la fuerza, por el apoyo de la gracia: del sentimiento, por la esperanza de lo infinito: y por tanto podemos decir que en él se encierran los títulos de la nobleza, y la apología de nuestra creencia. Háse pronunciado contra el naturalismo la última palabra, desde el instante en que se ha podido decir que nos empequeñece, en tanto que la fé nos agranda, lo cual equivale á la siguiente asercion de un contemporáneo: suprimir lo sobrenatural es decapitar la humanidad, y por contrario modo el reino de lo sobrenatural constituye el engrandecimiento de los individuos y de las naciones, en y por Jesucristo.

Jesucristo y su obra serán el objeto del libro siguiente. Entre tanto, juzgamos un deber de conciencia para todo lector formal, detenerse en este punto, examinarse y disponerse cual corres-

ponde para que su naturaleza se halle debidamente preparada para recibir las glorias de esa sublime coronación: lo sobrenatural.

Para conseguirlo, purifiquemos la naturaleza de sus egoísmos, y practiquemos el bien para alcanzar el premio de contemplar la verdad; tales fueron las limosnas y las oraciones que proporcionaron al centurion Cornelio la saludable visita de San Pedro. Purifiquemos la naturaleza de todos esos amores propios de espíritu y de posición, con los cuales no gusta Dios comunicarse: la puerta que conduce á las santas revelaciones es baja como la entrada del cielo, y las inteligencias altaneras no pueden penetrar por ella. En fin, lavemos las manchas que afean nuestra naturaleza y no pasará mucho tiempo antes de que lo sobrenatural se adhiera á los que se hayan hecho dignos de sostenerlo, porque hay un sentido muy profundo en las palabras del Evangelio: *He me lavado y he visto* (1). Con tales sacrificios el hombre coopera al nacimiento

(1) Juan, IX, 11.

en su alma de esta luz divina: la fé. Facultad doble que participando al par de la naturaleza por la razón y de lo sobrenatural por la gracia, y que uniéndolas en nosotros como en ella misma, conviértese en el medio de comunicación lógica, y en una especie de escala proporcionada de uno á otro de dichos mundos (1).

(1) Véanse el P. Félix y el P. Martignon, *De lo sobrenatural*, de la Luterna, M. A. Nicolás, el Rdo. Bescon, *De los milagros*.

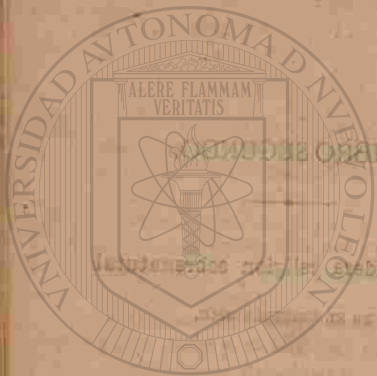


LIBRO SEGUNDO.

La verdadera religión sobrenatural
ES EL CRISTIANISMO.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



CAPITULO PRIMERO.

PLURALIDAD DE LAS RELIGIONES: VERDAD DE UNA SOLA RELIGION.

Lo sobrenatural constituye una realidad conforme con las exigencias de la razon, con las aspiraciones de la naturaleza y con los testimonios de la historia. La razon se une á él como á la única religion lógica, como á la única religion garantida, como á la única religion posible. La naturaleza aspira á él porque forma una diversion armónica en su economía física, y perfecciona su economía moral. Por último, la historia lo ha visto, demostrado y distinguido con certeza, y para ponerlo en duda, es indispensable.

ble sacrificar á repugnancias teóricas, la evidencia práctica y los testimonios de la experiencia.

¡Son tantas sin embargo, se dirá, las religiones sobrenaturales! ¿Qué pensaremos de semejante diversidad? Según opinion de algunos todas son igualmente buenas; otros, por el contrario, opinan que todas son malas; mas sea la que se quiera la opinion que entre estas tan diametralmente opuestas se adopte, siempre resultará que no existe religion alguna verdadera. ¿Tredrémos que resignarnos á semejante conclusion?

Hé ahí uno de los mayores peligros á que se hallan expuestos los pueblos que han llegado á completa madurez. Cuando la experiencia de las cosas de la vida se halla separada del estudio, no constituye de ningún modo una luz segura para orientarnos en nuestra fé religiosa. A fuerza de mostrarnos los hombres y los acontecimientos bajo sus múltiples y variados aspectos, la experiencia relaja nuestro espíritu; rodea los ángulos salientes de nuestras convicciones, en virtud de los roces que se establecen; intimida y paraliza la vida de nuestras afirmaciones, en virtud del choque perpétuo con el pró y el contra inherentes á las cosas humanas;

y nos comunica una indulgencia que se acerca mucho al escepticismo.

Muchos son los viajeros superficiales, que se han hecho libre-pensadores, á consecuencia de haber salido de la madre patria. Y se explica: en sus excursiones hanse encontrado al paso con muchas religiones diferentes de la suya, y con muchos hombres que profesan una religion distinta de la por ellos profesada. Semejante situacion les pone en el caso de apreciar algo bueno en los cultos falsos y de distinguir algo malo en los secuneces de la verdad: doquiera convierten la mirada perciben, siquiera sea en diferente grado, las tres virtudes teologales, al lado de los siete pecados capitales, y en vista de ello sus conclusiones vienen á resolverse en complacientes fórmulas de tolerancia, no siendo caso raro que el compás que van acaudalando tesoros en el confín más remoto del mundo, vayan embobreciendo por lo que respecta á la posesion de su Dios.

Al presente ha multiplicado las ocasiones de caer en semejante error, la frecuencia y la facilidad de los grandes viajes. Marineros hay y no pocos, que por haber visitado una pagoda, ó penetrado en una mezquita, imaginan tener ideas más precisas y más abundantes que el mismo

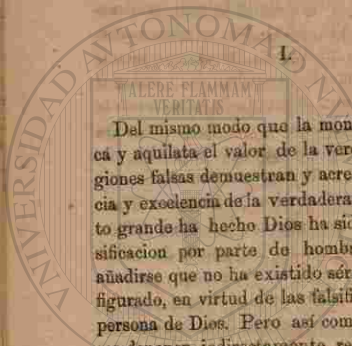
Bossuet sobre el géneo religioso de la humanidad. «Muchos, dice Labruyere, acaban por corromperse y por perder la poca religion que les resta, merced á dilatados viajes: no pasa dia sin que presencien un nuevo culto, costumbres nuevas, ceremonias distintas, y parecidos á los que entran en un almacén sin ánimo deliberado respecto de las telas que pretenden adquirir, atírdense ante el número verdaderamente extraordinario de las que se les ponen de manifiesto, y como en todas encuentran algo que les satisfice, sin llegar á resolverse por ningunas, salen al fin sin haber realizado el propósito que les guiara al entrar (1).»

Valiéndonos ahora del estilo pintoresco de Labruyere, diremos que todo hombre razonable y que piense, deba hallarse animado del propósito de adquirir el siguiente convencimiento: *La pluralidad de religiones no prueba en manera alguna que no exista una sola verdadera.*

No es que ignore que, no obstante la propaganda cristiana realizada durante diez y ocho siglos, existen aun en el mundo seis cientos millones de paganos: que el emperador de la Chi-

(1) *Coronación*

na, cuenta en la tierra, con más súbditos que Nuestro Señor Jesucristo: que los cismáticos, los herejes y los infieles, forman una poblacion superior á la del cuerpo de la Iglesia; resultando de todo ello, que si hay una religion verdadera, y no lo son las demás, las cuatro quintas partes de la humanidad, se hallan condenadas al infierno, por el único delito de no haber visto la luz en una de las latitudes católicas. Y siendo esto así, ¿á qué viene á reducirse la justicia divina? ¡No sería preferible, y sobre todo, más piadoso, mantener la nocion de Dios sacrificando las religiones, que afirmar la verdad de una religion comprometiendo la justicia de Dios? Todo esto, sin embargo, no son más que preocupaciones que facilmente pueden desvanecerse, y verdades aparentemente contradictorias, que con muy poco esfuerzo es factible conciliar. Para conseguirlo, creemos que bastará con que hagamos una exposicion sincera y luminosa de la segunda parte de la proposicion. *La verdad de una sola religion, no prueba en manera alguna que Dios sea injusto respecto de aquellos que no la conocen.*



Del mismo modo que la moneda falsa, verifica y aquilata el valor de la verdadera, las religiones falsas demuestran y acreditan la existencia y excelencia de la verdadera religion. Cuanto grande ha hecho Dios ha sido objeto de falsificación por parte de hombre, y aun puede añadirse que no ha existido ser alguno más desfigurado, en virtud de las falsificaciones, que la persona de Dios. Pero así como los falsos dioses deponen indirectamente respecto de la verdad de un Dios, las religiones falsas nos garantizan de que existe una verdadera, de la cual son ellas alteracion más ó ménos acentuada. Para establecer esta tesis bastaría con reproducir un libro muy famoso contra el indiferentismo, libro tan perfectamente hecho, á pesar de sus declamaciones y de sus digresiones, que no ha podido ser refutado ni por los veinte años de apostasia de su autor. Con todo, en vez de encerrar á los adversarios dentro de esas líneas de cir-

cuvalacion, tan sabiamente dispuestas, prefiero ponerles en evidencia, por medio de consideraciones óbvias, que el honor de Dios, la moralidad del hombre, y la suerte de los pueblos se hallan igualmente interesados en la verdad del siguiente programa: un solo Dios, una sola fé, y un solo bautismo. De suerte que guardando á todas las religiones idénticos respetos, no sólo se las trata con idéntico menosprecio, sino que se establece el principio de la más nefanda confusion.

En primer lugar, el honor de Dios nos obliga á reconocer la verdad de una sola religion, porque no podemos negar este dogma sin obscurecer sobre la tierra la nocion del bien y del mal. Cuando se hallan frente á frente religiones distintas, de las cuales una enseña el pro y otras el contra, y por consiguiente la una lo verdadero y todas las demás lo falso; el sostener que Dios, la verdad por excelencia, no se halla más interesado en favor de la primera que de las segundas, vale tanto como negar á Dios y la verdad. Es negar la verdad, por que si la verdad existe, no pueden ser igualmente verdaderas religiones opuestas: es negar á Dios, por que si Dios existe, no pueden serle igualmente agradables, religiones que no son igualmente verda-

deras. Sería por lo tanto indispensable proceder, con más prudencia y circunspección antes de proclamar la igualdad absoluta de las religiones. Semejante igualdad, que puede tener su razón de ser delante de la ley, es absurda ante la conciencia individual lo mismo que ante la lógica. El autor del *Emilio*, lo ha dicho en términos formales. "Entre tantas religiones que se excluyen, solo existe una buena [1]"

Al presente nuestros hábitos de tolerancia civil engendran los juicios más erróneos en materia de teología. El estado pretende tener sus motivos para mantenerse indiferente con respecto al principio religioso: pero un particular está obligado á ser más exclusivo. El hombre público está en su derecho aplicando al foro externo un principio ateo; pero no tiene derecho alguno para ser ateo en su foro interior. Y sin embargo, en el terreno de la práctica, cuantos materialistas de la jurisprudencia existen, que dejan á la ley el cuidado de formar su conciencia, y fundándose en el hecho de que se halla abolida la religión del Estado, deducen que el hombre está dispensado de elegir la suya! No se crea

(1) Tom. III, p. 112.

que dirija cargo alguno á nuestra legislación; pero conviene recordar al indiferente, que después de haber honrado todos los cultos en su vida social, debe un acto de fé y homenajes reservados al que es único verdadero. Y conviene también y principalmente hacerle observar, que nadie puede sustraerse á esta obligación en nombre de su particular cultura intelectual, porque del mismo modo que hoy se someten todas las religiones á una igualdad comun delante la ley, la razón somete á todos los hombres á la igualdad comun delante la religión, y toda vez que en 1789 renunciamos con entusiasmo nuestros privilegios, no debemos ser inconsecuentes conservando ahora el mayor de todos, es decir, el de no tener Dios, en tanto que el pueblo lo ha tenido siempre, y lo que es más, siempre lo tendrá.

La verdad de una religión es pues un dogma necesario para la honra de Dios; vamos á demostrar que no lo es ménos para la moralidad del hombre. No hay para qué forjarse ilusiones: los que guardan consideraciones idénticas á todas religiones imaginadas, son aquellos que, generalmente hablando, no quieren seguir ninguna: honranlas en general, para dispensarse de buscar la verdadera en particular. Fácilmente se

comprende que el hombre no está obligado respecto de Dios, sino en la proporción de sus conocimientos; más qué diremos del que obra en razón opuesta de sus conocimientos, es decir, en contra de la religión que por lo ménos considera más razonable, so pretexto de que la humanidad entera no participa de semejante conocimiento! Existen muchas religiones, dice el indiferente, pues bien, yo no profesaré ninguna: existen muchas religiones, responde la conciencia moral, pues bien, cada cual será juzgado según las enseñanzas de la suya. Por consiguiente, el mahometano y el pagano que cumplen de buena fé la ley natural, tal cual se les ha enseñado, siquiera estén en error, no son culpables. En cambio el cristiano, que del espectáculo de tantos hombres fieles á su religión, deduce que no tiene por qué ocuparse en la suya, colócase bajo el punto de vista de la moralidad en un nivel al del infiel inferior: *Est infidelis deterior.*

Solo existen dos clases de hombres razonables, dice Pascal, los que aman á Dios con todo su corazón porque le conocen, y los que con todo su corazón le buscan porque no le conocen. (1)

(1) Pensamientos.

Sin embargo, ¡cuántos libro-pensadores hay que prefieren declarar *á priori* que la verdadera religión no puede encontrarse, é tomarse la pena de buscarla?

Tienen el propósito de comprar, como dice Labruyere; pero no han tenido espacio para determinar su elección. Sin embargo, trátase de averiguar si semejante elección era de suyo importante, para que se hubiesen tomado el trabajo de fijarse en ella. De mí sé decir que me avergüenzo por mi razón y por mi especie de la ligereza con que veo eludir tan árduas cuestiones. ¿Quién ha consagrado á semejante asunto el tiempo que ha invertido en sus exámenes en la cuestión politécnica, ó en sus ejercicios para la licenciatura ó el doctorado? De manera que por lo que se refiere á la primera ciencia de la vida, se persevera en la indiferencia, se muere en las preocupaciones, y para excusar esta incuria inexcusable, se tratan todos los cultos cual si fueran enigmas indescifrables, entre los cuales es en vano ir en pos de la verdad, puesto que solo puede allegarse cosecha de dudas.

Y sin embargo, si el resistir á la verdad que se conoce; constituye una inmoralidad, lo es, y mayor todavía, oponerse á conocerla. ¿Quién es capaz de enumerar las verdades que perecen,

cuando la inteligencia, so pretexto de que existen muchas religiones, se desentiende de la verdad religiosa? Colocado en esta pendiente el espíritu véase arrastrado á un abismo lleno de ruinas del cual es imposible salir: pero la lógica aparece y le dice: existen muchas filosofías, luego no existe la verdad filosófica; existen muchas políticas, luego no hay verdad política; existen muchos tipos de belleza, luego no hay verdad estética; existen numerosas divinidades, luego no hay Dios. En una palabra, solo se pretende suprimir una piedra del templo de la doctrina santa; pero como esa piedra es la clave que cierra un arco, el arco cede, la bóveda se viene abajo y el edificio entero se derrumba. Prueba manifiesta de que la neutralidad en religion, contiene en gérmen el escepticismo universal, puesto que lo produce. Prueba sobre todo de que estamos obligados á distinguir la verdad de la fé, hasta dónde nos sea dable, so pena de hacernos indignos de ella, porque la verdad de nuestra religion debe sernos más importante que la identidad de nuestra madre: y lo que acabo de decir se impone á la conciencia sin necesidad de demostracion; es una de esas evidencias tan anteriores al raciocinio, que en el instante mismo

en que la razon las concibe, dice Fontenelle, le parece reconocerlas.

La verdad de una religion es cierta, por que interesa á la honra de Dios y á la moralidad de los individuos, pero tambien y principalmente, porque interesa á la suerte de los pueblos.

Es un error por demás grosero suponer que la religion no es más que un juguete destinado á recrear la imaginacion de los pueblos, cuando en realidad la verdad constituye el crisol en que la moralidad se purifica y recibe su forma característica. La virtudes de una sociedad no son más, en rigor, que su religion aplicada, y así las buenas como las malas acciones pueden ser comparadas á un fruto del cual las creencias constituyen las raíces. Siendo esto así, como lo es, teudremos que todo falso dogmatismo encierra, metafísicamente, el gérmen de una moral y de una sociedad depravadas; por esto nada puede dars más instructivo, que la demostracion de las analogías entre la religion de los pueblos y su historia.

En el Norte los Germanos y los Scandinavos se representan la divinidad con rasgos mucho ménos voluptuosos que crueles, y constituyen tribus áusteras que, á ejemplo de su Olimpo, ofrecen una bizarra mescolanza de castidad y de

barbaris. Roma instala en su panteón todos los géneos inmundos del universo; y de aquí que ni la étnica pluma de Suetonio, ni el implacable buril de Tácito, puedan trasladarnos todas las infamias y bajezas de su decadencia, aun valiéndose de la lengua ménos pudibunda que los hombres han hablado. El Oriente nos ofrece el budhismo con su impura mitología y su panteísmo indolente; y por esto vemos á las poblaciones indias sometidas por su mitología á una languidez ponzoñosa, en tanto que su panteísmo las encierra en una inmovilidad místicamente infecunda, bajo dogmas en los cuales el gran todo absorbe completamente la personalidad. Por último, el Islamismo contempla en un hárem eterno el fin de los hijos del Profeta; sus medios y sus derechos en la cimitarra; y de aquí que, como la hierba bajo la planta de las hueltas de Alarico, el pudor y la civilización desaparecan del suelo sobre que asientan su planta las tribus de Mahoma. Si, cuales son las religiones, tales son los pueblos: cuales los símbolos, tales las costumbres; porque, como ha dicho Diderot, *todo error de doctrina debe influir en una criatura razonable y consecuente*. Por lo mismo es indispensable que exista una religión verdadera y una verdadera civilización, y todo

aquel que carece de la felicidad de conocer esta religión, y no tiene por otra parte la voluntad necesaria para encontrarla, debe por lo ménos proclamarla en principio.

No hay para qué insistamos respecto del particular. Las verdades de sentido común son siempre más claras en sí mismas que en sus pruebas; para convencersse de ello basta fijarse en las consecuencias engendradas por la negación que estamos combatiendo. En el Indostan, por ejemplo, los adoradores del dios Djaggenat se arrojan bajo las ruedas de su carro, á fin de hacerse aplastar por devoción; en Cartago, las madres cegadas por una mal entendida piedad, degüellan á los hijos de sus entrañas sobre los altares de Moloch; en las Galias, á cada nueva calamidad pública se apacigua la ira de Teutales con el derramamiento de sangre humana; en Corinto, la deidad bondadosa inspira en su honor misterios, que la historia no se atreve á referir; en la Meca se inmolan hecatombes musulmanas, cuyas deletéreas emanaciones envían la epidemia á la Europa meridional; en Francia, la diosa Razon se porta en sus altares más bien que como una sacerdotisa, como desenfrenada vacante. ¡Y puede imaginarse, si quiera, que Dios sea igualmente glorificado en

esas orgías de sangre y de voluptuosidad, que en las puras adoraciones del cristianismo? ¿qué las virtudes de un Vicente de Paul, no estén más conformes con la verdad esencial que las disipaciones de un sultán, ó las extravagancias de un fakí? No insistamos más, sería abusar de las ventajas de la victoria.

Dos maneras hay de suprimir á Dios: la primera consiste en negarlo en sí mismo: la segunda consiste en negarlo en su verdad. Por consiguiente, á los que en este terreno toman la ofensiva, se les puede contestar: Si creis en Dios, basta con demostraros que vuestra negacion es deicida por vía de consecuencia, para que desistais de vuestro empeño; y si no creéis, ¿qué necesidad teneis de presentaros al debate bajo la falsa apariencia del indiferente? Tened el valor de levantar vuestra visera, y en cuanto se os conozca sereis vencidos; declarad paladinamente vuestro ateismo, y no le combatiremos indútilmente; adversarios hay contra los cuales, á semejanza de lo que acontece con esos criminales respecto de los cuales la indignacion pública hace justicia antes que la ley, nada deja hacer al raciocinio la completa desconsideracion que inspiran.

Al llegar á este punto, veo surgir dos objeciones respecto del modo como á fin de ponerla más de relieve propongo la exposicion.

La pluralidad de las religiones, se dice, prueba que si todas son buenas, no hay ninguna verdadera; porque siendo Dios el autor de la que lo fuera, no podria consentir que las demás le tuvieran amenazado, y que á veces prevalecieran contra él.

Al que me propusiera semejante reparo, le preguntaria inmediatamente: ¿Bajo qué bandera militas? ¿Seria mi adversario uno de esos espiritualistas inconsecuentes, que reconociendo en Dios el derecho de suscitar la creación, le niegan el de tocar á los resortes despues de haber montado el maravilloso mecanismo? «¿Que hacen á Dios el honor de pronunciar su nombre sin confiarle otro cuidado que la guarda servil y el espectáculo inerte de los mundos que ha creado; pero que no gobierna? (1).» Entónces, ¿cómo se explica que los que suprimen en Dios el poder de los milagros, le echen en cara el que no los haga? Es decir, que no creerán en la verdadera religian, mientras no llegue el momento

(1) Vitor, *La ciencia y la fe*.

en que todos sus impugnadores se vean obligados à bendecirla à pesar suyo! Pero esto sería el prodigio de Balaam perpétuamente renovado! Díganosen una vez más, ¿de dónde se quiere que salgan los prodigios, cuando el Dios de los prodigios se ha suprimido?

Supongamos por el contrario, que mi impugnador pertenece al grupo de los espiritualistas que creen en la omnipotencia divina. En tal caso, pedir el amordazamiento eterno del error, por medio de una intervencion visible de la soberanía divina, vale tanto como exigir el despotismo más absoluto de parte de Dios, y el servilismo más completo de parte del hombre. Dios nos trata de muy distinta manera; pues se ha impuesto hasta tal punto el respeto à nuestra libertad, que prefiere verse negado ó insultado por ella, à hacerle la más pequeña violencia; tanto es así, que de esas sublimes disposiciones del Creador respecto del libre albedrío de la criatura, han nacido todas las falsas religiones. ¿Hablan acaso formalmente los que con tanta facilidad se indignan contra todo obstáculo puesto por la Iglesia à la propagacion del error, cuando niegan al error no solo el derecho de vivir sino tambien el de nacer? ¿Es que existe mayor intolerancia en limitar la extension de lo falso,

como lo hacemos, que en ahogarle en el seno paternal, como ellos quisieran hacerlo? ¡Extraño liberalismo el que defiende por un lado la causa de las falsas religiones, y por el otro no perdona à Dios el haber permitido su existencia! Si Dios nubiese querido reinar sobre el pensamiento humano como desapiadado autócrata, y hundir por medio de los rayos de su ira la cabeza de los disidentes, de seguro se le habria tenido por verdadero monarca; pero sometidos à esa espantosa teocracia, habriamos quedado reducidos al papel de simples autómatas; y nosotros que tanta sangre hemos vertido para conquistar la libertad política, ¿recharíamos voluntariamente por la ventana la libertad moral, sin la cual no seríamos dignos de ninguna? No insultemos, pues, las inefables tolerancias de Dios respecto de las falsas religiones. Semejante espectáculo será hasta el fin el consuelo más íntimo de toda paternidad ultrajada en sus legítimos derechos; y será además, y sobre todo, el ejemplo más augusto que pueda proponerse à las autoridades à quienes se pida la libertad de la comprobacion. Dios, callándose en la eternidad cuanto se le disputa el imperio, constituye el apoyo más poderoso de los poderes atacados ó desconocidos, comparacion que contiene las garantías de los soberanos,

del mismo modo que la de los súbditos, por que el Rey de reyes se somete al contraste sin consentir que se le arroje del trono que ocupa, y si abandona los siglos del tiempo à los derechos de la libertad, consiste precisamente en que reserva el porvenir eterno à las represiones de la autoridad.

El escándalo que experimentamos por la existencia de las falsas religiones prueba, pues, que ignoramos las consideraciones debidas à la libertad del hombre, y más àun el misterio profundo del amor de Dios. Es achaque propio del egoismo, el considerar sus exigencias como la medida de su profundidad. El amor, llegado à cierto grado de grandeza, es como los reyes que dan y no reciben; à medida que se eleva se hace desinteresado, porque cuanto más piensa en el objeto querido, ménos ocasiones se le ofrecen de pensar en sí mismo. Segun esta ley, el amor de Dios, que es de todos el más completo, debe ser tambien el más modesto, y esto nos explica la longanimidad adorable del Señor de las cosas, respecto de los errores y de los hombres que empuñan su dominacion.

Sobre la superficie de este pequeño planeta en que nos hallamos establecidos, cuéntanse apenas doscientos millones de católicos; de estos

son muy pocos los que adoran en espíritu y en verdad, y sin embargo esos elementos imperfectos componen una obra magnífica, porque cuanto bueno por ella hace, es fruto de la libertad. La entrega de un corazón puro, que podría negarse à Dios, le regocija y satisface más que las armonías fatales de todas las creaciones sometidas à la necesidad. Una lágrima de Santa Teresa influye más que los crímenes de Babilonia en la balanza en que se pesan los destinos del género humano. De esta suerte, en tanto tenga la verdadera religion diez justos que presentarle, no se verá confundido en sus obras, por que los homenajes de la libertad humana le harán olvidar los extravíos, y en tanto vea sobre la tierra una huella de la sangre derramada por su hijo, la contemplará con verdadero amor. Sí, el amor constituye en este punto la palabra sublime que explica los misterios divinos, porque explica à Dios mismo! Siendo el amor el principio de la fecundidad, puede decirse que el mundo es hijo de tan gran sentimiento, y como es el amor quien lo creó, es el amor quien lo preserva de la destruccion.

El mal puede desbordarse y crecer como las aguas del diluvio, hasta sumergir las montañas más elevadas; el mundo solo podrá desaparecer

el día en que se extinga completamente el sentimiento de caridad. Y si fuese cierto que ha de llegar día en que una nueva humanidad huelle nuestras cenizas como nosotros marchamos sobre el polvo de las generaciones preadánitas según establecen algunas hipótesis que, debemos decirlo francamente, no hacen en nosotros mella alguna; cuando los habitantes de esa nueva época removieran los despojos de la nuestra; al encontrar en el subsuelo más pagodas y mezquitas que iglesias; más sepuleros paganos que losas marcadas con la cruz de la redención, en vez de blasfemar del Creador, hincados de rodillas sobre estas ruinas, exclamarían: así es como Dios amó este mundo! *Sic Deus delectat mundum!* (1)

La segunda objeción es de un orden más práctico, con la circunstancia de que los hombres prácticos no nos la economizan. Dejad, pues, nos dicen, fantasear cuanto se quiera respecto de la cuestión de la verdadera religión. En cuanto los hombres se convengan de que han dado con ella, se convertirán en perseguidores de los demás cultos y se verá reaparecer la intolerancia fanática de las guerras de la religión.

(1) San Juan 3. 16.

Pocas palabras existen en nuestro vocabulario de las cuales se haya abusado más que de la palabra tolerancia. Consiste esto en que son contados los que expresan en grado idéntico el bien ó el mal, según el sentido que se les da. En el lenguaje de los hombres que comprenden lo que dicen, hay tres especies de tolerancia.

La primera es la tolerancia civil: la Iglesia ha manifestado recientemente el concepto que de ella tiene formado, y por consiguiente, por lo que á nosotros toca, basta con que á ella nos refiramos y recordemos la distinción que establece entre lo que está prescrito en tésis absoluta y lo que es tolerable en hipótesis; es decir, que cuando los pueblos no pueden realizar lo más perfecto, consienten que de su cuenta y riesgo ensayen lo que más puede acercarse á la perfección. Ahora bien, como nosotros no hacemos casuística de derecho público, y la objeción de que tratamos va derecha á los Estados, más bien que á la conciencia individual, prescindimos del obstáculo, por lo mismo que no se opone á que prosigamos en nuestro camino. Declaremos sin embargo, que por más que otros siglos ofrezcan para nosotros motivos de admiración, ninguno los tiene en tanto grado como el nuestro, por cuya razón proclamamos en alta voz nues-

tros sinceros respetos por la *verdadera* tolerancia civil.

La segunda tolerancia es la que llamaremos personal. Guerra á todos los errores, amor y estimación á todas las personas, y guerra sobre todo al error por el amor de las personas. Tal es la doctrina de la Iglesia. No cabe duda que existe en ella el derecho de represion contra los malhechores; pero sacrifica su derecho á su amor, y si por ventura no se la ha comprendido bien respecto del particular, no ha podido ménos que llorarlo con lágrimas de sangre. Pero esta sangre que ha manchado su inmaculada vestidura, la ha lavado con sus lágrimas. No tenemos, pues, por qué hacerle por ello cargo alguno. Solo los espíritus mezquinos, es decir, los hombres que no saben elevarse son capaces de achacar á la doctrina los crímenes en su nombre cometidos. Si por nuestra parte imputáramos al anticristianismo los doce millones de mártires que ha hecho en nuestras filas, le achacaríamos un terrible Saint-Berthelemy, y del mismo modo inscribiríamos una espantosa partida en su cuenta de cargo, si hacíamos responsable á la democracia de todos los excesos y de todos los crímenes del 23. Ya sería tiempo de poner término á esas recriminaciones infundadas y des-

provistas de buena fé. *La Iglesia tiene horror á la sangre*; tal es la expresion proverbial de sus institutos respecto del particular.

En aquel tiempo presentáronse al tribunal de Salomon dos mujeres disputándose la maternidad de un niño: la una consentia en que la criatura fuese partida en dos; esta no era su madre. Hé ahí la imágen del error suscribiendo á la concurrencia, y no debe sorprendernos porque el error es usurpador. La otra mujer, por el contrario reclamaba al niño entero; pero prefería perderlo vivo, á recobrarlo hecho pedazo. Esta es la imágen de la Iglesia, madre desolada, que tiene derecho al imperio de la humanidad entera; pero que á pesar de esto, prefiere la vida de sus hijos, al triunfo violento de su derecho. Inútil es pues que se desnude el acero; so pretexto de defender á esta madre, porque con ese proceder sólo le proporcionan victorias que aborrece. Su intolerancia se reduce á los celos engendrados por el amor, y no consiste en manera alguna en la crueldad de los suplicios. Es la Esposa de Aquel que conquistó el mundo tendiendo á todos sus brazos desde lo alto de la cruz sin consentir en que se derramara más sangre que la suya. No fué la fuerza, sino la dul-

zura; no el Leon de Judá, sino el cordero inmaculado el que llevó á cabo la conquista de la tierra: *Emittit Agnum dominatorem terre* [1]. Esto quiere decir, que pedimos tregua para siempre jamás, á todas las sevicias en la propagacion de la fé, en favor de la tolerancia personal.

Pero existe además una tercera tolerancia, que en manera alguna puede glorificarse, y que por el contrario es indispensable anatematizar: esta tolerancia es la teológica, que pretende insular en el mismo sólio á Zoroastro y á Confucio; á Brahma y á Bouddha, á Mahoma y á Jesucristo, sin más diferencia que colocar á este en lugar preeminente.


Semejante tolerancia podría definirse el respeto oficial á todas las religiones; pero respeto sin franqueza, que tiene mucho de una genuflexion de pretorio, y que encierra la negacion absoluta bajo las formas prudentes de la abstencion. Por punto general los hábitos de neutralidad en los negocios humanos nos inspiran poca estimacion, pues para nosotros la neutralidad ó es el privilegio de los incapaces ó la prudencia de los egoistas. Los antiguos la conocian

(1) *Isaías, 10, 1.*

tan á fondo, que en Atenas existian penas especiales para aquellos que en tiempo de revuelta no se decidian por partido alguno, moviendo á aquellas gentes, al proceder de esta suerte, el que nadie disfrutara del beneficio de las abstenciones intereasadas. Y no siéndonos permitido permanecer indiferentes respecto de las cuestiones vitales que traen agitada la humanidad, jecharemos mano de la indiferencia dogmática como de un privilegio especial de nuestro rango ó de nuestro saber? ¡Y en tanto que en política, en filosofía nos consideramos obligados á llamarnos blancos ó negros, so pena de vernos mirados con menoscupio, podremos permanecer indecisos, respecto de la grave cuestion de Dios, sin que corra riesgo nuestra dignidad moral? Ha querido hacerse de esta neutralidad una especie de pedestal para el amor propio filosófico, y sin embargo no es más que una prostracion de la conciencia humana, y un desprecio sacrilego de la verdad divina. Gracias pues sean dadas á la tolerancia divina bien entendida; gloria á la tolerancia personal, pero anatema perpétuo sobre la tolerancia teológica.

De que exista un gran número de religiones no debe deducirse, que no haya una verdadera, lo hemos dicho; mas de que exista una sola re-

ligion verdadera, puede deducirse que Dios sea injusto respecto de aquellos que no la conocen?



Hasta ahora hemos visto á la negacion haciéndose la escandalizada del mal que existe, á fin de tener un argumento contra la Providencia: vamos á contemplarla ahora negando, ó poco ménos, este mismo mal, á fin de poder elevar sus quejas contra la justicia de Dios. El mundo es un caos, cuando se trata de censurar las disposiciones del Criador; el mundo es una obra maestra, cuando se pretende borrar toda pena despues de esta vida. Aquí el incrédulo se transforma en filántropo y dice: Que Dios consienta en la existencia de las falsas religiones, porque le bastan los homenajes de la buena, es una prueba de que con poco se contenta; pero ya que nada prueban contra el verdadero los cultos falsos, no hay para qué sean amenazados con las penas eternas aquellos que no lo hayan conocido.

¡Cuantos absurdos se atribuyen á nuestra verdad para tener un pretexto de no observarla!

Consiguémos desde luego que Dios quiera la salvacion de todos los hombres; pero no está obligado á salvarlos á pesar suyo, y consiguémos tambien, que un órden de cosas en el cual cada uno de nosotros constituye un ser inmortal, que hace el bien y el mal de su cuenta y riesgo, es mil veces más honroso para el Creator y para nosotros, que no lo seria un rebaño de esclavos conducidos por la fuerza ó á la nada ó á beatitudes inmerecidas. ¡Ha producido Dios hombres, con antelacion al advenimiento de nuestra humanidad? ¡Los producirá acaso despues que nuestro mundo haya concluido! ¡En qué condiciones morales, es decir, en qué proporciones de inteligencia y de libertad estuvo ó será constituida cada una de esas familias? Lo ignoro; pero lo que sé positivamente es que Dios puede variar hasta lo infinito la creacion espiritual como la creacion material. Lo que sé es, que Dios en esas diversas creaciones llega al mismo fin por dos caminos idénticos, es decir, al órden, por la justicia y por el amor: por que solamente el amor y la justicia pueden entrecruzarse y extenderse en combinaciones innumerables y hé

aquí como se conciertan con relacion al ciclo moral que nosotros componemos.

No existe verdad alguna peor comprendida que la célebre máxima «fuera de la Iglesia no hay salvacion.» Los unos, gracias á un liberalismo teológico verdaderamente insensato, quisieran suprimirla, sin tener en cuenta que constituye la fórmula necesaria de un símbolo que se afirma verdadero, con exclusion de todos los demás. En efecto sin ella, debería decretarse *ipso facto* la salvacion de todo el mundo. Confesemos sin embargo que las exclusiones pronunciadas por este axioma, debidamente comprendido, repugnan mil veces ménos á la razon, que un estado de cosas opuesto, que coloca en un mismo paraíso, y uno al lado de otro, á Luis XVI y Robespierre, á Jesucristo y á Judas el traidor.

Los otros por ceñirse al sentido literal del axioma, desnaturalizan su sentido; pues no establecen la distincion necesaria entre el cuerpo y el alma de la Iglesia, y á un principio razonable, substituyen un dogma estrecho y cruel. Cruel, por que condena á penas espantosas á una porcion inmensa del género humano, cuya única falta consiste en haber nacido más cerca de Pekin que de Roma; estrecho por que en virtud

de semejante interpretacion, Jesucristo reinaría sobre un número de súbditos más reducido que el Emperador de la China. Ahora bien, sea la que se quiera la libertad que conceda Dios á los extraviados del hombre, parece que seria destrornado del imperio del mundo, si en este punto perdiera su gobierno (1).

El regazo materno de nuestra Iglesia, dice San Gerónimo, no es tan estrecho que pueda fácilmente vivirse fuera de él: como no sea con decidida voluntad de hacerlo. Así como el océano sale de su inmenso receptáculo por medio de filtraciones subterráneas, y rodea la tierra en estrecho abrazo, ora formado de espumosas oleadas, ora por medio de desagües invisibles; de la propia manera la Iglesia militante prolonga sus ocultas ramificaciones hasta lo más profundo de aquellos países de los cuales se halla proscrita y va desde uno á otro extremo á tender su mano á los hombres de buena voluntad. De esta suerte en las profundidades de su alma, vasta como el mundo, abraza completamente al gé-

(1) Como todavía no hemos probado la Iglesia, no la presentamos en este lugar como la verdadera sociedad religiosa, sino como la prueba de que puede admitirse en su sentir la verdad de una sola religion, sin herir ni la razon humana ni la justicia de Dios.

nero humano, y si existe alguna porción que se robe á esos brazos amorosos, no consiste en manera alguna en que no puede extenderse hasta los lugares en que aquella reside, por lejano y remoto que sea el país.

Si, por lo mismo que la Iglesia es un sér moral compuesto de hombres, debe tener como el hombre un cuerpo y un alma, un cuerpo visible y un alma que no lo es. Su alma la constituye la reunion de todos aquellos que á ella están unidos por el vínculo interior de la fé y de la caridad. Y esta Iglesia espiritual no es en manera alguna la parroquia de aldea, como algunos presumen, en la cual solo caben los habitantes de la misma, sino el templo verdaderamente católico, es decir, tan vasto como el universo, en cuyas anchurosas bóvedas pueden refugiarse cuantos existen. Enseñanza de las más importantes, lo mismo para el libre-pensador que quisiera asegurar la impunidad eterna para todos los crimenes, que para ciertos católicos que adoran al Cristo con los brazos limitados del Janseñismo, juzgando el honor de su ortodoxia interesado en esperar el cielo en la compañía más selecta que puede imaginarse. Tal es respecto del particular, no la pequeña teología, sino la de la Iglesia, que como en sus admisiones, es

tolerante por demás, hasta en sus propias exclusiones.

Considerando la verdadera religion, no en su orgonismo interior sino en su alma, ¿quién será capaz de evaluar el número de los que penetran en ella por *adopcion*? Esta alma abraza desde luego á los niños regularmente bautizados por los cismáticos y los herejes, y como la mitad de los hombres muere antes de llegar al estado de razon, resulta de ello una porcion inmensa de séres racionales, librados de la perdicion eterna. Y es que como el bautismo les ha comunicado la fé y la caridad infusas, sus cunas han sido predestinadas gracias á ese don gratuito, y uno de los espectáculos más conmovedores del paraíso será indudablemente esa innumerable falange de inocentes, recompensados sin haber trabajado y á los cuales la Iglesia triunfante, para eternizar su agradecimiento dirá: *Pequeños, alabad al Señor* (1). Ciertamente no podrán tomar parte en este coro angelical las criaturas muertas antes del bautismo; pero con todo esto podrán bendecir á su madre y á Dios, por haberles concedido la existencia, segun luego ve-

(1) Salmo 118, 1.

remos. Toda la creación moral desde el primer Angel, hasta los últimos seres responsables, descansa en la ley de las desigualdades. Sin injusticia, Dios puede dar á quien mejor le parece aquello que á nadie debe. Imponerle la igualdad absoluta en sus obras, sería interdecirle la variedad, y arrebatarle la libertad. Por lo mismo no puede hacersele un cargo por no conceder á cada uno de sus hijos idéntica beatitud, ni de distribuir por un modo distinto las dotes de inteligencia. Un padre no deja de serlo por que mire con cierta predilección á alguno de sus hijos, con tal de que no deje de ser bueno para todos.

NI es ménos importante el número de los elegidos que pertenecen á nuestra verdad por la vía de *adjunción*, pues el alma de la Iglesia encierra también en sus brazos á todos los cristianos de las comuniones disidentes, cuando se engañan en virtud de una invencible buena fé. La Iglesia que no vé las disposiciones interiores, debe condenar en masa á las sociedades que se han desprendido de su seno destrozándola, pero deja á Dios el juicio de sus individuos. O bien un cristiano se ha separado de ella por su propia voluntad, y entonces es justo que sufra la pena merecida, ó bien se ha separado inocente-

mente y entónces la Iglesia le reconoca á él sin que él la haya reconocido. ¡Qué excelente madre la que estrecha en sus brazos, con un amor jamás comprendido al hijo que la rechaza porque no la conoce! De donde resulta que la Iglesia reina donde no reina el Pontífice, y que hasta en los países del cisma y de la heregía cuenta con numerosas poblaciones que la proporcionan una soberanía inmensamente más poderosa que la de Isabel la Católica, y si bien es verdad que no existe mano humana que pueda dibujar el mapa de este catolicismo invisible, no puede desconocerse que existe trazado en el pensamiento de Dios, que deja caer su bondadosa mirada sobre este sublime rebaño, para mantener en su corazón una misericordia siempre más grande que las ingratitudes de la humanidad.

Otros seres hay que pueden contarse en el número de los hijos de la Iglesia por *privilegio*. El alma de esta es un mar sin límites, que tiene bahías profundas y nunca exploradas hasta en el mismo seno de la gentilidad. Cierto que el infiel, siquiera lo sea de buena fé, no forma parte, en vida, de nuestra madre la Iglesia; pero ésta, por su inagotable misericordia, le concederá que entre en la misma en el instante en que penetre en la eternidad. Imagínese á un infiel

que haya practicado el bien, tal cual se lo haya revelado su conciencia natural, sin haber tenido lugar para conocer la revelacion divina, ¿puede presumirse que ha de verse excluido por esto de la eterna beatitud? En manera alguna. Yo bien sé que no tiene una fé tan explícita como la mía en el Redentor prometido; pero participa de ella en virtud de la fé que guarda à la revelacion primitiva: *El Verbo era la luz verdadera que alumbró à todo hombre que viene à este mundo* (1) y participa ademas, y sobre todo en virtud de la fé en el reparador univereal difundida en las tradiciones de la gentilidad. Por consiguiente, ¿qué hará Dios respecto de esa alma que ha permanecido fiel à la ley? La tocará en su corazon antes del fin, por una operacion de su gracia, y por este medio, elevando hasta lo sobrenatural las virtudes naturales que le proporciona, hará un elegido de ese pagano consciente! ¡Ah! yo me represento aqui con verdadero arrebató de júbilo, las dulces sorpresas de esas almas rectas en el momento de pasar desde las sombras divinas que adoraron à la presencia deslumbrante de la inefable realidad.

[1] San Juan 1.º

Como hubiese escrito Santo Tomás que Dios enviaria un ángel à ese infiel à fin de evitar su condenacion eterna, Rousseau se burló de esa *máquina* que el mundo jamás ha visto funcionar, deduciendo de esto que la humanidad no bautizada, se halla condenada pròviamente à servir de combustible al fuego eterno. El ángel en cuestion no se ofrece como el único medio sino como la medida de la buena voluntad de Dios respecto de los infieles que observan la ley natural. Ese ángel significa que Dios hará milagros, y por cierto de los mayores, antes que consentir que un solo inocente de su imperio, sea despreciado por toda una eternidad. Pero ¿cuál será esa máquina de salvacion, valiéndonos del lenguaje de Rousseau; cuál este sacramento *in extremis*, para hablar como la Iglesia, que será aplicado à esas almas por la bondad divina? El medio es el secreto de Dios; pero el designio en sí mismo no constituye un secreto, puesto que San Pablo nos asegura de ello, diciéndonos: *Cuando los gentiles que no tienen ley escrita, hacen por razon natural lo que manda la ley, estos tales no teniendo ley, son para sí mismos ley viva* (1). ¿Puede imaginarse una justicia distri-

(1) Rom. 2.º

butiva haciendo de su intolerancia doctrinal más tolerantes aplicaciones! Por esto la Iglesia castiga los errores, pero salva á aquellos que los profesan sin culpa. Jamás persigue en los desvíos intelectuales ni la fatalidad del nacimiento ni los azares de la educación, y lo único que su seno material rechaza á imágen y semejanza del seno de Dios, es el crimen sin arrepentimiento.

Aquí oigo al incrédulo añadir con amarga sonrisa. ¿Y las criaturas muertas ántes del bautismo? Librémonos de la confusión resultante de las malas inteligencias. La Iglesia estima tanto la felicidad de ver á Dios en la eternidad, que suele llamar condenación á la desgracia de estar privado de ella. Mas en la tierra no se vé á Dios y sin embargo, no falta quien en ella se encuentre muy bien, tan bien, que no quisiera dejarla, ni aun para gozar de la presencia de Dios. Ahora bien, nuestro Padre comun ha de tal modo templado para los séros no bautizados, los dolores de su ausencia, que son felices con vivir, sienta San Agustín, puesto que prefieren la vida á la no existencia. Y en rigor, podemos decir que su destino sereno es más bien una especie de beatitud natural que una verdadera pérdida. Por consiguiente, á aquellos que llegaren cubiertos por la gracia sobrenatural, la felicidad

sobrenatural de la vision intuitiva; á aquellos que solo llevaren ante su juez las ventajas naturales, una felicidad proporcionada, que solo es el vestíbulo de la primera; es imposible imaginar mayor equilibrio entre las causas y los efectos. Y no se me pregunte por qué razon no hace Dios en favor de los niños muertos sin bautismo, el milagro de salvacion que realiza en favor de los paganos de buena fé, por que en tal caso, me verá obligado á contestar que los últimos han llorado, han trabajado, han combatido; al paso que los primeros, segados en flor, han desaparecido aun antes de haber ellos segado más alguna.

Estas almas cándidas, errando por el interior de misteriosos limbos en los cuales se ama á Dios sin verlo, le servirán como reparadores de la incredulidad que no cree en sus sufrimientos, y que saca de ellos el pretexto de sus blasfemias contra el Creador! Lo que aquí puede añadirse á la inconsecuencia de la negación, es que en definitiva, nada puede ofrecer mejor á sus elegidos que esa beatitud, y que por lo mismo no se comprende con qué derecho puede exigir más de la Iglesia; lo que puede añadirse principalmente á lo odioso de la negación, es que, en general, condena en masa á la humanidad á la

nada, y cuando se arroja mezclado y confuso sin amor y sin justicia en la sima de una muerte eterna, el bien y el mal, los santos y los monstruos, no hay derecho para hablar siquiera de las sublimes reparticiones de la pateridad de Dios respecto de nosotros.

Tal es, pues, la Iglesia, cuyos contornos habia ofrecido diseñar. Como puede verse, no es un simple oratorio; sino una catedral inmensa dentro de la cual cabe la humanidad holgadamente. Abarca todas las fronteras, dentro de ella se ven todas las nacionalidades, se escuchan todos los idiomas, se experimenta la temperatura de todos los climas; cismáticos, herejes, infieles, excusados por una ignorancia invencible, hombres sinceros y puros de las diversas regiones del espacio y del tiempo, avanzan hácia la montaña de Sion. Esta es la única basilica cuyas puertas no se cierran jamás, cuyos cantos no cesan nunca, y en la cual la presencia divina jamás ha menester ser renovada en el tabernáculo. *Omnes diebus usque ad consummationem* (1). Y esto, sin contar que el monumento se compone de tres naves, de las cuales solo he-

(1) M. lxx. 29-30.

mos medido una. La Iglesia triunfante y la Iglesia paciente, unidas á la Iglesia militante, forman la obra maestra de este conjunto, y la raza de Adán, pasando diariamente en miríadas incalculables, del uno al otro de esos tres santuarios, fraterniza en ese abrazo sublime que se llama la comunión de los santos. ¡Ah! si es cierto que Dios haya creado otras humanidades, sin que esto sea poner en duda su poder inmenso, ¿es posible que las tenga destinado un órden de cosas más bello y más perfecto?

Y nuestra verdad, que abre la mano hasta tal punto cuando se trata de admisiones, ¿no procede del mismo modo en lo que á las exclusiones se refiere? No tenemos inconveniente en contestar afirmativamente. De manera, se dirá, que lo que hoy se nos predica es que son muchos los elegidos! Indudablemente. Entónces, ¿cómo se conciliarían las conclusiones de este libro, y las opiniones de Massillon, si este por una gracia especial de la divina Providencia volviese á la tierra para anunciar la palabra de Dios, él que conmovia profundamente al auditorio de San Eustaquio, sosteniendo todo lo contrario? Con todo el respeto que nos inspira la memoria del gran Obispo, debemos decir que la obra maestra de Massillon relativa al reducido número de

elegidos, ha causado más admiración por su magnificencia oratoria que por su rigor doctrinal. Mas, con todo esto, yo me guardaría muy bien de contradecirle, por que es imposible saber de un modo cierto, si su verdad está de la mia tan lejos como parece, por lo ménos en lo que concierne á la suerte de un gran número de cristianos.

Por más liberal que en sus admisiones se ofrezca la Iglesia, por más que sean holgados los caminos que á ella conducen, y espaciosos los recintos que la forman, existe una cosa que no puede admitir en manera alguna: el mal impenitente. Dios quiere la salvacion del hombre, pero es menester que el hombre la quiera tambien. Dios, cediendo á un hombre que le resistiera, constituiria el trastoro del orden moral, y se ofreceria como una abdicacion de la autoridad soberana á los manes de la anarquia del hombre. Mas, ¿en qué proporcion subsistirá en la eternidad el desorden de esta resistencia? ¿qual será la porcion refractaria de la humanidad eternamente excomulgada de la ciudad santa? Nadie es capaz de profundizar los misterios de nuestra hora postrimera, ya que, en opinion de algunos teólogos, no han faltado elegidos ni aun entre las mismas victimas del diluvio. En

aquel momento supremo hállanse una frente de otro el alma y su Juez, y jamás persona alguna ha asistido á semejante tremendo acto; pero lo que sí puedo decir con completa seguridad es, que si el Juez es siempre clemente para la incredulidad que es hija de una verdadera ceguera, debe ser siempre severo, para aquella que constituye una verdadera rebelion.

Tienen los libres pensadores por costumbre hacernos un cargo de la condenacion sistemática de todos aquellos que no profesan nuestra religion, y la verdad es que deberian lamentar algo ménos la suerte de los otros y mirar algo más por la que á ellos les espera. De todos los disidentes, no son por cierto los más dignos de compasion los que no entrarán jamás en la Iglesia, sino los que de ella han salido. Es posible ser completamente inocente de no haber conocido la fé; pero casi no se concibe que una vez conocida se haya abjurado de ella sin ser culpable. Por esta razon los infieles, muertos por una impresindible necesidad en las supersticiones del paganismo, pueden estar más seguros de la clemencia divina, que un filósofo desertor del cristianismo en una sociedad cristiana. Entre el error de los primeros y el de los segundos, hay la diferencia que media entre la ignorancia y la

apostasía, y alarmarse respecto del destino de los unos más aún que respecto de la responsabilidad de los otros, vale tanto como desconocer la naturaleza de la fé, y aún de la buena fé.

¡La buena fé! Por mi parte la presumo siempre aún entre nuestros adversarios, por consideracion à ellos y à mí mismo; mas debo confesar que para ello debo valerme muchas veces del auxilio de la caridad. Conozco perfectamente la influencia de los medios sobre determinadas constituciones intelectuales; me pongo de parte del falso espíritu y de lo que podría llamarse espíritu naturalmente perverso en la interpretacion de las cosas divinas, considerando que Dios dispensará à tales enfermos el rigor, ò el perdon en proporciones equitativas. Por lo que à mí toca, prefiero imitar la mansedumbre de la Iglesia componiendo luengas letanías de sus santos, y no inscribiendo un solo pecador en el catálogo auténtico de sus réprobos; mas es indispensable que lo diga con Fenelon, sopena de faltar à mi Evangelio: «Amad la verdad con el mismo empeño con que atendeis à vuestra salud, à vuestra vanidad, à vuestros placeres y à vuestra fantasia, y la encontrareis. Hombre hay que emprende un viaje al Monomotapa y al Japon para encontrar lo que no ha de curarle

uno solo de sus males: ¿cuándo se encontrarán hombres que hagan, no un viaje en que den la vuelta al mundo, sino un pequeño esfuerzo de curiosidad para venir en conocimiento del gran misterio de su estado? Sárcanas mares por demás procelosas, y atrávidanse espacios de cuatro mil leguas en busca de la pimienta y la canela, que para muy poco sirven, ¿y no puede atravesarse la Mancha para aprender à ser bueno y digno de una bienaventuranza eterna? Es indispensable hacerlo para confundir al incrédulo y onbrirle de vergüenza por su ignorancia (1):»

Las cosas no han cambiado desde los tiempos de Fenelon. ¿Cuál es el incrédulo de nuestros días en cuya biblioteca podamos encontrar tantas apologías de nuestra fé como libros contra la fé? Por esto pululan las preocupaciones en las acusaciones que nos dirigen. La verdad de Jesucristo avanza como Jesucristo mismo à través de los siglos, entregada à la persecucion del falso testimonio, y el deicidio de las doctrinas podría excusarse como el del Calvario, diciendo que sus autores no saben lo que se hacen

(1) Carta sobre los medios conocidos al hombre para llegar à la verdadera religion.

si veces mil, en el curso de su existencia, no hubiesen rehusado saberlo.

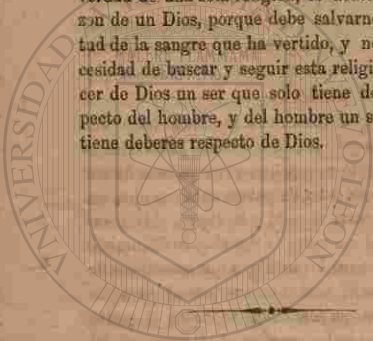
No, no, no es que el incrédulo se ponga en oposicion contra la fé de su madre, sin prévio aviso de la conciencia. ¡Al cabo de poco tiempo afirma decididamente las blasfemias que al principio solo temblando balbuceaba, y confunde la seguridad de su endurecimiento con la de la buena fé. Pero Dios, cansado al fin, se oculta á un orgullo indigno de verle, y ¡ay de aquellos que toman por una verdadera tranquilidad filosófica el silencio de tan desolador abandono!

Acabo de salvar en el terreno de la doctrina á numerosos sôres en la porcion de la humanidad que compone el alma de la Iglesia; si soy ménos liberal respecto de aquellos que perteneciendo felizmente á su cuerpo en virtud de su nacimiento, háñse separado del mismo por rebeldía de educacion, es porque Dios no ha establecido en vano una verdad en el mundo, y porque no puede tener reservado igual destino á los que no le conocen y á los que le desdennan. Ruego á mis lectores que se persuadan de que con verdadero dolor he llenado semejante deber, pues cuando se ama á los hombres no se les condena por el mero placer de asustarles. Hace poco he citado á Massillon, y su nombre me trae

á la memoria un anecdota que desde este punto de vista acabará de poner en evidencia el fondo de mi fé y el de mi corazon. Un predicador de la distinguida casa de Roquelauré, se presentó al elocente Obispo pidiéndole consejos sobre la ciencia oratoria, y éste le contestó sencillamente: «Jóven, procura tener corazon.» El corazon no es ménos necesario al apoloista que al apóstol del Evangelio.

Pues bien: mi corazon es el que me hace desear ser el ángel revelador de que habla Santo Tomás respecto de aquellos para quienes he escrito este libro, á fin de poner ante sus ojos un rayo de luz entre el cielo y la tierra. Mi corazon es el que me mueve á decirles: Si Jesucristo es Salvador para los hombres que son dignos de él sin conocerle, será juez sin piedad para los que abusen de su conocimiento, hasta el punto de vivir cual si no le conocieran. Mi corazon es el que me mueve á recordarles que si Cristo se ha sacrificado por nosotros, ha sido bajo condiccion de que trabajáramos por nuestra parte porque la redencion como la creacion, son dos campos de una fecundidad infinita, pero que no fructifican sin nuestro trabajo. No abusemos, pues, de la pluralidad de las religion contra la verdadera, pues las falsas religiones no son obstáculo

para la salvacion de aquellos que las siguen de buena fé, y pierden á aquellos que se valen de ellas como de un pretexto para sustraerse á las obligaciones que la suya les impone. A taçar la verdad de una sola religion, es acusar el corazon de un Dios, porque debe salvarnos en virtud de la sangre que ha vertido, y negar la necesidad de buscar y seguir esta religion, es hacer de Dios un ser que solo tiene deberes respecto del hombre, y del hombre un ser que solo tiene deberes respecto de Dios.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MÉXICO

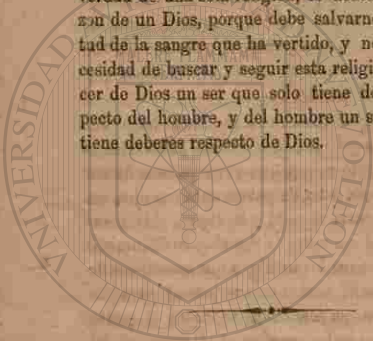
DIRECCIÓN GENERAL DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS

CAPITULO II.

LA VERDADERA RELIGION Y LOS CULTOS DE ORIENTE
QUE SE LE CONTRAPONEN.

De que existan muchas religiones no debe deducirse que no exista una verdadera: la honra de Dios, la moralidad del hombre y la suerte de los pueblos están igualmente interesadas en esta cuestion. Sin embargo, el Autor de la verdadera religion no falta en manera alguna á lo que le debe, no creando obstáculos para que las falsas religiones no se produzcan, por que lejos de mantener el orden moral, el suprimir en el hombre la libertad de engañarse seria trastornarlo. Los secuaces de la verdadera religion, reconociéndola tal por su parte, no corren ries-

para la salvacion de aquellos que las siguen de buena fé, y pierden á aquellos que se valen de ellas como de un pretexto para sustraerse á las obligaciones que la suya les impone. A taçar la verdad de una sola religion, es acusar el corazon de un Dios, porque debe salvarnos en virtud de la sangre que ha vertido, y negar la necesidad de buscar y seguir esta religion, es hacer de Dios un ser que solo tiene deberes respecto del hombre, y del hombre un ser que solo tiene deberes respecto de Dios.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MÉXICO

DIRECCIÓN GENERAL DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS

CAPITULO II.

LA VERDADERA RELIGION Y LOS CULTOS DE ORIENTE
QUE SE LE CONTRAPONEN.

De que existan muchas religiones no debe deducirse que no exista una verdadera: la honra de Dios, la moralidad del hombre y la suerte de los pueblos están igualmente interesadas en esta cuestion. Sin embargo, el Autor de la verdadera religion no falta en manera alguna á lo que le debe, no creando obstáculos para que las falsas religiones no se produzcan, por que lejos de mantener el orden moral, el suprimir en el hombre la libertad de engañarse seria trastornarlo. Los secuaces de la verdadera religion, reconociéndola tal por su parte, no corren ries-

go de faltar á la caridad respecto de los discípulos de la falsa, por que hablando propiamente, es exclusiva, pero en manera alguna intolerante. Hay más aun: de la existencia de una verdadera religion no se desprende en manera alguna que Dios sea injusto respecto de aquellos que mueren sin conocerla, por que esta es tan liberal en sus admisiones, y en sus exclusiones tan paraimoniosa, que no rechaza de su seno victima alguna de error involuntario y sólo se desapiadada respecto del crimen de mala fe. Conclusion ménos espantosa para los disidentes de nacimiento que para los libre-pensadores, por que éstos dificilmente pueden reclamar en beneficio del error enteramente invencible.

Resuelta la cuestion de la verdad de una religion, preséntase inmediatamente otra por órden de sucesion y es la siguiente. ¿Entre tantas religiones positivas, cual es la verdadera? Antes habriamos resuelto dicha cuestion en provecho del cristianismo, abstraccion hecha de todo paralelo: al presente nos hacemos un deber en compararla con otras revelaciones, con lo cual ponemos de relieve toda su divinidad, que resulta inmediatamente del hecho de ser incomparable. Semejante procedimiento defensivo nos

está por otra parte impuesto por el sistema actualmente empleado en el ataque.

Hoy los escépticos más sutiles, no niegan directamente la divinidad de Cristo y la del cristianismo, sino que reconstruyen con afectacion la historia de Bouddha y del bouddhismo, la de Mahoma y del mahometismo, dando à entender por medio de hábiles suposiciones, que todos esos fundadores y todas esas fundaciones pueden tener igual valor. El bouddhismo principalmente háse convertido para ellos en objeto de especial predileccion à causa del gran número de sus adeptos, y siquiera consideren la cosa más natural del mundo que un pequeño cenáculo de ateos, en Europa, tenga más razon que la humanidad entera, no pueden admitir que la inmensa capacidad constituida por los pueblos cristianos, tenga el derecho de prevalecer contra la estupidez incurable de las muchedumbres paganas. Si se tratara de adoptar la civilizacion de semejantes muchedumbres, de seguro los libre-pensadores retrocederian horrorizados; mas tratándose de las religiones, todas son igualmente buenas para desembarazarles de la suya, y emplean los recursos más hábiles, estaba por decir más indignos, para probar que el paganismo podria ser muy bien la fuente del cristianis-

mo. Vamos á demostrar el procedimiento que se ha seguido para concebir y llevar adelante esa gran mistificación.

Los ataques más especiosos y rebatidos contra la verdadera religion provienen de un conjunto de estudios críticos sobre las lenguas, las antigüedades, la historia y las religiones del Oriente, estudios que tienden á fundar una ciencia nueva á la cual se da unas veces el nombre de orientalismo, otras el de indianismo. Hánsese consagrado á semejante tarea algunos hombres especiales, con la doble ventaja de las personas que, por lo mismo, que pueden establecer ideas nuevas, pueden contar con el interés de la curiosidad; y por tanto que hablan de lenguas tierras, no han menester grandes esfuerzos para compaginar lo atrevido de sus asertos, de manera que ofrezcan samblante de verdad, seguros de que han de ser contados los que se hallen en estado de desmentirlos. Entre esos sábios los hay que han adquirido todos sus conocimientos en la ciencia orientalista en un paseo marítimo verificado á las factorías de Madrás, ó de Calcuta, ó en una visita de mero aficionado de Benarés, á los valles de Cachemira. Otros se han hallado convertidos en indianistas hechos y derechos sin salir de las bibliotecas de Paris, y

han conseguido adquirir en el sanscrito y en las lenguas semíticas una superioridad tanto más incontestable, cuanto que en las márgenes del Sena no se encuentran Sirios ó Indios que puedan enmendarnos la plana.

Tanto éstos como aquellos pretenden que las religiones del extremo Oriente explican naturalmente la formación del cristianismo en su historia, en sus enseñanzas y en sus ritos sagrados: unos y otros desenvuelven el propio tema, guardando respecto de nosotros una grave impasibilidad, que tendría mucho de benevolencia, si no fuese la fina expresión de un desdenoso escepticismo: unos y otros establecen sus conclusiones con una confianza todavía superior á su talento, en escritos desmesurados, que á veces solo parecen obras de sábio en que son muy extensos y solo son extensos porque se venden á medida y no á peso; peso científico, se entiende: por último, unos y otros sin negar nada directamente, proponen y establecen una serie de asertos que implican discretamente el origen puramente humano del cristianismo; y como vienen dedicándose á semejante tarea con incomparable perseverancia, desde hace muchos años, es seguro que no ha de existir uno solo de sus lectores que no se halle inficionado del

veneno que sus páginas destilan. Al expresarme en estos términos, tengo en cuenta que cada uno de ellos, participando de la suficiencia de sus iniciadores, se considera como el gran sacerdote de una revelación nueva, y contemplando á los que erigen desde lo alto de una soberbia casi olímpica, declara que la fe constituye únicamente el partido de los ignorantes.

De juicio tan presuntuoso apalo á las pruebas. El cristianismo, ha dicho Fontenelle, es la única religion que puede ofrecerlas. Averigüemos si la ciencia moderna ha logrado descubrirlas en apoyo de sus falsas revelaciones: y puesto que novadores hay que afectan devoción á Brahma, á Bouddha, y al Corán, juzgamos conveniente examinar si tales cultos llevan impreso el sello de la verdad absoluta. Por supuesto que el judaismo debería entrar en este múltiple paralelo; pero como constituye el fundamento del cristianismo, la oposición racionalista adopta el partido de rechazar los dos, por temor de verse obligado á aceptar el uno despues de haber aceptado el otro. No importa; les seguiremos en su camino y en vez de hablar de Israel cual si fuera nuestro rival, lo consideraremos nuestro antepasado.

La verdadera religion ofrece caracteres particulares que constituyen el signo y la garantía de su verdad. Semejantes criterios son de muchas especies; pero vienen á resolverse en uno solo que es el milagro. El milagro ha sido definido de varios modos. En rigor doctrinal es una derogación de las leyes de la naturaleza, producida por operacion divina, sea en el órden físico, sea en el órden intelectual, sea en el órden moral: tres grandes bases de apreciacion, sobre las cuales el cristianismo convoca á todas las religiones venideras para que se midan con él, desafiándolas á sostener una próxima semejanza siquiera con su superioridad divina.

I.

Hemos visto á la negacion dando cita á lo sobrenatural en un anfiteatro científico, en presencia de la Academia, rogándole que comenzara y volviera á comenzar sus experimentos, para satisfacer el caprichoso deseo de los espec-

tadores. El resultado ha sido una derrota, que se ha tratado de ocultar bajo las formas de una insolente provocación. Es condición propia de lo sobrenatural que no pueda producirse como deferencia humillante para Dios, según las exigencias de la curiosidad humana; por consiguiente, es condición de su propia naturaleza el que aparezca en la tierra en virtud de la súplica inspirada por el amor; pero no á consecuencia de las órdenes dictadas por el orgullo. Busquésele donde debe manifestarse, y de seguro se le encontrará; mas rechazarlo so pretexto de que no se le vé donde es imposible encontrarlo, equivale á desconocer la esencia de lo sobrenatural y la historia, ó á burlarse de una y otra.

Si, la historia constituye el cuadro donde debe buscarse lo sobrenatural. Considerado en sus milagros físicos, depende de ella; forma parte de una contextura de acontecimientos tan acreditados, que no puede negarse sin negarles y sin proclamar el pironismo histórico. Citámonos al presente al Nuevo Testamento.

El verdadero padre de la historia es indudablemente el que reveló al mundo el secreto de su nacimiento, once siglos ántes de que Herodoto viniera á él. Por otra parte, ¿ha existido en tiempo alguno historiador más digno de fé

que Moisés? Gracias á la prodigiosa longevidad de los primeros patriarcas, solo se hallaba separado de Adán por el intermedio de seis generaciones: en el tiempo en que vivía, no habría sido imposible encontrar hombres que hubiesen conocido á José, cuyo padre había visto á Sem, que conoció á Mathusalem, el cual durante muchos siglos fué contemporáneo de Adán. Por consiguiente, por la tradición primitiva, de la cual es el oráculo inspirado, Moisés se remonta al origen de las cosas; por la era histórica que empieza, tiende la mano á lo porvenir y alcanza hasta nosotros. Una vez levantado ese sol sobre el horizonte de los siglos transcurridos, todo se ilumina en lo pasado; nuestros anales se desarrollan sin solución de continuidad, y los autores del Antiguo y del Nuevo Testamento, relevándose incesantemente en la tarea de escribir la historia de la revelación, no consiguen llenar la laguna inmensa comprendida entre la creación, y el instante en que la Iglesia recibe el depósito sagrado, y lo acrecienta y certifica por medio de una de esas palabras cuya autoridad jamás tendrá igual entre las afirmaciones del espíritu humano.

Tened un día la noble curiosidad de conocer cuanto de decisivo se ha escrito sobre la auten-

ticidad, la integridad y la veracidad de los libros del Antiguo Testamento, y de seguro quedareis sorprendidos de la fidelidad de esos monumentos que refieren la historia de los primeros días del mundo; con la precisión de un diario; de la imparcialidad de semejantes narraciones, ante la cual podría dudarse si han sido escritas por amigos ó por enemigos de Israel; de la inmutabilidad, evidentemente inalterable, de esos textos sagrados de los cuales, los Judíos, según expresión de Josefo, conocían el número de palabras y de letras y que debía copiar por su propia mano cada uno de sus reyes; de la exquisita vigilancia, en fin, que ha debido indispensablemente ejercer respecto de semejantes memorias, al par nacionales y divinas, un pueblo que era en sí mismo una especie de tradición viviente, y que en aquellas páginas veía á la vez sus ritos sagrados, su historia, sus leyes, y hasta las genealogías de sus familias. Por esto cuando contemplo á nuestros racionalistas contemporáneos enseñando, por medio de la Escritura, á aquellos para quienes constituía el catecismo cotidiano, y trabajando en la obra de hacer prevalecer las imaginaciones que fantasean, sobre los oráculos que cuatro mil años de testigos oculares nos han completamente garantido, no

puedo ménos que preguntarme qué es más sorprendente, si los prodigios que no quieren ver, ó el que les permite distinguir una cosa distinta de la que existe realmente.

Ahora bien, tal es la autoridad de la historia bíblica, cual la de los milagros que encierra. La segunda y la primera se completan recíprocamente, pues ó la parte puramente natural de semejante relato, que la negación admite, debe ser rechazada, ó la parte sobrenatural, que rechaza, debe ser admitida. La verdad es que, virtualmente la segunda se halla á veces comprendida en la primera. Ejemplo de ello: el precepto de la pascua judaica, descansa sobre los hechos milagrosos de la libertad del pueblo de Israel y del paso del mar Rojo, de cuyo hecho constituye una verdadera consagración; la fiesta de Pentecóstes, es un memorial perpétuo de la promulgación de la ley sobre la cumbre del Sinaí; la oblación de los primogénitos del pueblo judío, recuerda la exterminación divina de los primogénitos egipcios. De manera que durante cuarenta siglos, el milagro forma parte tan integrante de esta historia, que no puede ser referida, si se le separa de ella. Y esto es tan cierto, que cuando el simbolismo alemán ha tratado de reemplazar los milagros bíblicos por

un vasto sistema de figuras, no ha podido conseguirlo oponiendo unos hechos á otros hechos, sino estableciendo premisas arbitrarias, de las cuales resulta que los hechos son inaceptables, únicamente porque son milagrosos. De modo que así el mitismo alemán como el naturalismo francés, se resuelven en este ingenioso argumento: Declaro que los milagros deben ser falsos; luego lo son.

He aquí una serie de conclusiones á las cuales no puede suscribir la razón, como no sea aceptando las imposibilidades de lo absurdo en lugar de las obscuridades de lo divino. ¡Cómo! todo lo maravilloso de la antigua alianza, tan completamente confirmado por los monumentos que continuamente se descubren bajo el suelo de Oriente; esos hechos divinos tan extendidos en las tradiciones universales, que hoy ha sido posible reconstruir la Biblia sin la Biblia: todo el profetismo, con el cortejo de milagros concomitantes y subsiguientes que lo justifican; esta concordancia tan complicada entre el primer Testamento y el segundo, que hace del primero un libro cada una de cuyas hojas desgarrada de intento por la Providencia, espera su complemento en lo porvenir, y del segundo un complemento que confrontado con la matriz, se adap-

ta perfectamente certificando la unidad del plan divino, no debe considerarse más que como una porción de coincidencias fortuitas? ¡Y la perseverante creencia de los pueblos más inteligentes de la tierra en tal economía, debe probar únicamente, de una parte un hábil sistema de imposturas, y de otra una predilección obstinada por las mistificaciones? Por mi parte creo en la Biblia, mil veces más fácilmente que en semejantes explicaciones.

Pasemos al cristianismo. En el orden físico, está igualmente lleno de lo sobrenatural. A su tiempo nos ocuparemos en el valor histórico de los libros del Nuevo Testamento, y convendremos en que el P. Hardouin, atribuyendo la Eneída á un monje del siglo décimo tercio, es ménos audaz, en materia de críticas, que los modernos que ponen en duda la autenticidad del Evangelio. Con la mitad de las sutilezas empleadas contra esta divina narración, bastaría para hacer pasar las obras de Demóstenes, Platon, Tácito y Tito Livio, por invenciones de falsificadores, y si la crítica tiene secunaces cuando se muestra escéptica hasta el absurdo, respecto de los autores divinos, y sólo obtiene sonrisas cuando aplica idéntico sistema respecto de los autores profanos, consiste en que en el primer

caso cuenta como cómplices con pasiones con las cuales no puede contar en el segundo. La última palabra del buen sentido respecto del particular, se encuentra en la siguiente confesión mil veces rebatida, sin que por esto haya llegado á comprenderse perfectamente: «Los hechos de Sócrates, de los cuales nadie duda, están mucho ménos demostrados que los de Jesucristo.»

Si, los milagros de Jesucristo se imponen con el engarce histórico en el cual por decirlo así se hallan montados; se imponen por que tienen un carácter tan perfectamente inimitable, que el *inventor sería más sorprendente que el mismo héroe*: se imponen por que son tan evidentes, que ni los mismos judíos los han negado, siquiera los hayan atribuido al demonio; y Celso, Porfirio y Juliano el Apóstata, en la imposibilidad de recusarlos como hechos, los consideran operaciones mágicas: se imponen por que hasta la misma historia profana los garantiza, en términos de que Chalcidio menciona la aparición de la estrella que condujo á los Magos al pesebra de Belen; Macrobio cita algunas circunstancias de la degollacion de los inocentes; Lampridio da cuenta del propósito de Adriano y de Alejandro Severo de elevar un templo á Jesus; y Phlegon, liberto de Adriano, consigna el eclipse de sol

que tendió un velo de sombras y de duelo sobre el espantoso deicidio: se imponen por que Pablo, ese sublime visionario que había sido incrédulo, afirma haber presenciado el mayor de los milagros, Cristo resucitado: se imponen finalmente, por que aún cuando se nieguen las narraciones evangélicas, no puede negarse que sus autores perecieron para certificarlas, pues es un hecho que Mateo, Juan, Pedro, Jaime y Jódas, testigos y á veces instrumento de los milagros de Jesucristo, sellaron con su sangre sus palabras.

Los que se complacen en las incertidumbres de la historia para autorizar las de sus convicciones, no pueden negar la virtud de semejante testimonio. Que se engañen y mueran defendiendo ideas preconcebidas y preocupaciones de nacimiento, los que con ello hacen su negocio, se concibe; pero ¿cómo es posible que se engañen aquellos que extendiendo la mano sobre un relato, de que son autores, exclaman: *Lo que fué desde el principio, lo que oímos, lo que vimos con nuestros ojos, y contemplamos y palpamos nuestras manos tocante al Verbo de la vida, es lo que anunciamos* (1)? Que hombres interesados

(1) *J. San Juan, I, 1.*

por amor propio en una falsedad se embriaguen con los aplausos, hasta el punto de sacrificar á ellos la verdad y hasta la vida, se comprende; pero que los hombres sacrifiquen su existencia en aras de una mentira, sin otra perspectiva que el desprecio en este mundo y castigos eternos en el otro, no puede comprenderse, de suerte, que los testimonios de Jesucristo serian locos, si no hubiesen sido sinceros y no merecerian fé alguna si no la hubiesen tenido tan profunda.

Y además, hagamos un simple llamamiento al buen sentido del mundo moderno. Esta persona inefable de Jesucristo, que no es más que lo sobrenatural hecho hombre, y las resurrecciones y las curaciones de que el Evangelio nos da cuenta, y los prodigios de la Pentecóstes y los milagros de la Iglesia en el dilatado período de más de diez y ocho siglos, ¿no serian mas que engañosos mirages de un tiempo que fué, fenómenos de hypnotismo, ensueños y alucinaciones de los pueblos más ilustrados del universo?

Ya sé que se han escrito libros encaminados á oscurecer ese sentido comun de la verdad histórica; pero semejantes tareas producen más ganancia material que verdadera reputación. Para hacer tabla rasa de los anales cristianos con un sistema de suposiciones malévolas, se nece-

aita más valer que delicadeza. La critica, que de tanto ha sido capaz, jamás conseguirá purificarse de su atentado; ¿por qué? porque con su obra deicida ha sufrido más su honor que nuestra fé, y si es que ha llegado á descubrir, como pretende, diferentes grados en la sinceridad de Jesucristo, podemos por nuestra parte librarle acta de que nadie absolutamente los ha encontrado en la suya.

Y ahora pregunto: ¿existe vestigio alguno de semejante testimonio en una sola de las religiones positivas, que no llevan el nombre de Jesucristo? Ciertamente que la humanidad ha podido contemplar lo maravilloso mezclado constantemente á la trama de su historia; pero ¿qué diferencia entre lo sobrenatural verdadero y el debido á la composicion humana. Venid, peregrinos aventureros que pretendais haber contemplado religiones superiores á la nuestra en las dos pendientes del Himalaya; venid, indiaístas provocadores, que incesantemente nos opondis las gigantescas producciones del génio de Oriente, y puesto que el brahmanismo y el bouddhismo son la muestra más notable de las creencias sobrenaturales que Dios haya inspirado, averiguemos si resisten á la prueba suprema de nuestro primer criterio.

El milagro físico en el cristianismo, descansa, como filon de oro, sobre un lecho histórico que lo sostiene y lo garantiza. El milagro físico en el bouddhismo es una visión ó una pesadilla, sin apoyo alguno en los hechos. El primero se sienta en un orden de acontecimientos aceptado como verdadero por los pueblos experimentados del Occidente; el segundo, jamás ha sido otra cosa que un entretenimiento de naciones que se han estacionado en preocupaciones estúpidas, y que según se ha dicho, están destinadas á perecer, no de vejez, sino de una infancia prolongada.

Lo sobrenatural de la Biblia y del Evangelio refleja la belleza ideal de su autor; el de los Vedas y de los Puranas no es más que una colección de imbecilidades grandiosas: el primero excita el llanto; el segundo solo mueve á risa: el primero ha elevado y redimido de la esclavitud á los pueblos occidentales; el segundo derrama sobre el extremo Oriente la obesidad de la anes-tesia: el primero civiliza á los hombres; el segundo los hace irremediamente impropios para la civilización: el primero es un deísmo grande y puro; el segundo una mitología menos ingeniosa y más repulsiva que las de Grecia y Escandinavia. ¡Ah! es que para el hombre es

casi tan difícil inventar milagros racionales como hacerlos. Incrédulos existen en Francia que se han erigido en los Padres de la Iglesia tibetina: para castigarlos de sus preocupaciones anticristianas, quisiera que se les condenara á leer las maravillosas narraciones que pretenden admirar. En cuanto á creer en ellas, ya es otra cosa. ¿Hay por ventura cosa alguna comparable en extravagancia á las ficciones de los apocalipsis védicos? Los milagros de la leyenda dorada no pueden ni de léjos comparárseles. «Esos reveladores hacen marchar miriadas de dioses y de mundos, y trastornan cielo y tierra con circunstancias tan pueriles, y una monotonía y una insulsez tan estúpida que fastidian al cabo de un instante (1).»

De mí sé decir que considero como un verdadero castigo infligido al libre pensamiento semejante ceguedad respecto del Evangelio, y semejantes alucinaciones brahmánicas. Y la verdad es que ya sería hora de que terminaran esas singularidades de que se hace gala como de un gusto original, y que sin embargo no son otra cosa que un rebajamiento de la razón. Cuando contemplo espíritus que se sienten repelidos por

(1) Taine.

las oscuridades de Santo Tomás, extasiarse ante las claridades de la filosofía vedanta, comprendo hasta qué punto nos hace adelantar nuestro sobrenatural, por lo mismo que veo hasta qué extremo podemos retroceder abjurándolo. Afortunadamente, como tiene echadas raíces muy profundas, disfruta una vida muy resistente, y por lo mismo estoy por demás satisfecho cada vez que me detengo á considerar que los repetidos ataques de la crítica más encarnizada, no han logrado conmoverlo por más esfuerzos que se han hecho en el transcurso de un siglo, al paso que lo sobrenatural bouddhico, lejos de resistir á los ataques de Strauss ó de Salvador, es como una de esas pompas de jabon sobre las cuales es imposible soplar, por que se desvanecen aun antes de acercarse á ellas.

Y ¿constituiria un inventor de lo sobrenatural más digno de nuestra fé el «gran» Mahoma escalando los cielos montando en un hipogrifo para recibir el Coran de boca de Allah? ¿Tendria su revelacion criterios al nuestro superiores en el órden físico y en el moral, y por consiguiente capaces de desvanecerlo? No, declarémoslo desde luego fuera de concurso en semejante paralelo. Existen en el dia preocupaciones depravadas que escatiman su admiracion á Je-

sucristo, y la prodigan al fundador de la Hegira. No nos hagamos indirectamente cómplices de esta iniquidad, concediéndole el honor de una refutacion demasiado directa. ¿Dónde están los milagros del famoso camellero, sea en libros, sea en hombres, sea en beneficios materiales, sea en mejoras morales, que puedan compararse con los del Evangelio? El islamismo es un hecho evidentemente humano, realizado por medios humanos, que ha tenido la violencia por instrumento, la pasion y la ignorancia por cómplices. Mejor que una religion, constituye una conquista; su propagacion en vez de probarlo lo estigmatiza, porque la sangre solo tiene la virtud del testimonio cuando se derrama por amor. Su demostracion escrita ni existe ni puede existir. Hasta sus prodigios del órden intelectual son actos de vandalismo contra el pensamiento, y Ainrou incendiando la biblioteca de Alejandria es la imágen perfecta del amor que su raza profesa á las luces. El brillo efimero proyectado por las letras árabes en la edad media, más bien aprovecha para componer una aureola poética al kalifato que para fundar la suma teológica del Korán. En cuanto á su historia, más auténtica que la del bouddhismo, es en cambio más vergonzosa: es la antítesis de la historia de la

civilización, es decir, un abominable inventario de crueldades y de disipaciones escrito con lodo disuelto en sangre. De sus grandes hombres nada tenemos que decir, sino que la posteridad está reducida á tratarles como excepciones gloriosas, cuando no son un verdadero azote. Algunos han sido poderosos, pocos han existido buenos, ninguno puro. La vida de los santos del islamismo no puede ser escrita sin grave ofensa del sentido moral.

Mas ya que no tenga otras cualidades, ¿puede por lo ménos engalanarse esta revelacion con las prendas de la originalidad? En manera alguna: puesto que los elementos que la constituyen vienen á formar una especie de consorcio nefando entre el monoteísmo de los cristianos y la corrupción moral pagana; una ingeniosa combinacion fundada por un lado en las ruinas del politeísmo que rechazaba la razon, y por el otro en pasiones innobles, gratas siempre á la naturaleza caída. Ahora bien, esa repugnante mescolanza de espiritualismo en el dogma, y de materialismo en la moral, en la cual una pequeña porcion de la verdad viene á consagrar un número inmenso de errores, es lo que constituye la vitalidad del islamismo. Los ídolos paganos caen hechos pedazos en cuanto con su mano

los toca la razon; pero las costumbres paganas cimentadas en la creencia en la unidad divina, constituyen una agregacion punto ménos que indestructible. La Francia y el Evangelio experimentan semejante resistencia moral despues de cerca de cuarenta años de hallarse la primera establecida en Argel. Afortunadamente el experimento cede en beneficio del cristianismo y en contra de los que lo rechazan, porque si há logrado conquistar la antigua Roma más fácilmente que los desiertos de Africa, prueba que la humanidad degradada del siglo de Neron, estaba más cercana á la verdad que los pueblos embrutecidos por el despotismo corruptor de Mahoma.

II.

El milagro del órden intelectual que sirve de criterio á la verdadera religion, es un cierto grado de conocimiento que traspasa los límites de la naturaleza y que está producido por una

especial iluminación de Dios. Este conocimiento sobrenatural puede tener por objeto, ó bien hechos verdaderos colocados más allá del alcance conjetural del espíritu, y entonces se llama profecía; ó verdades abstractas que no guardan proporción con la fuerza creadora del pensamiento natural, en cuyo caso, este conocimiento sobrenatural se llama la excelencia de la doctrina.

La profecía constituye indudablemente uno de los mayores milagros. El taumaturgo vuelve la vida á lo que ha dejado de ser; el profeta la comunica á lo que no ha sido todavía; aquel resucita lo pasado, este anuncia lo porvenir. El cristianismo se hallaba anunciado por numerosas profecías de las cuales unas tenían por objeto á Jesucristo y otras lo tuvieron por autor, y esas profecías son tan exactas en sus detalles que, al decir de S. Jerónimo, más bien que el anuncio de lo futuro, parecen la historia de lo pasado. Además, son hasta tal punto anteriores al advenimiento de Jesucristo, que los judíos reconociendo la profecía sin reconocer el acontecimiento, vienen á ser una especie de archiveros del cristianismo tanto más desinteresados, cuanto que son sus enemigos. Y esta perfecta justa posición, entre causas y efectos separados por largos siglos de distancia no ha de conside-

rarse sobrenatural! Y este engranaje, este encajamiento perfecto de los hechos profetizados con las profecías, debe considerarse únicamente combinación del azar, ó ilusión óptica que alcanza á millones de visionarios? Convenzámos en que tales hipótesis serían aún más milagrosas que el milagro.

Cuando los arqueólogos de Roma descubrieron en sus excavaciones una obra maestra de escultura, que atribuyeron á la antigüedad, y cuya propiedad reivindicó Miguel Angel, este para demostrar que era el autor de la obra, se valió del medio, por demás ingenioso, de producir el brazo de la estatua, que no se había hallado al practicar la escavacion, y como se adaptaran perfectamente los anfractuosidades del mármol á las que ofrecia la estatua, no pudo ya dudarse que aquel y esta eran obra de un solo artista. Pues bien: Jesucristo es una figura sublime ejecutada en diversas proporciones en los dos Testamentos. Cuando contemplo todas las partes nuevas de esa obra nobilísima, adhiryéndose perfectamente á las antiguas, á pesar de la diversidad de los operarios y de tiempos que han trabajado en la labra de la imagen, no puedo ménos que reconocer que todas esas adaptaciones providenciales, están muy por encima de los

medios naturales para que no deban tenerse por sobrenaturales. Y cuanto más imposible me parece esta obra muestra humanamente considerada, más divino se me figura su autor. Por lo demás la exactitud del acuerdo entre las profecías y los acontecimientos profetizados no debo sorprender. Solamente el espíritu divino podía guiar à los vaticinadores al tomar sobre sí la responsabilidad de un porvenir para ellos seguro, puesto que Moisés ordenó la muerte del que anunciara sucesos que no se realizaran.

Abramos ahora los anales del paganismo indio, y tibetano: encontraremos en ellos un sistema de predicciones y de hechos vaticinados que sea sombra siquiera de semejante testimonio? Quiénes son los Isaías y los Daniel de esa ley misteriosa? El brahmanismo y el bouddhismo que vienen à ser el Antiguo y el Nuevo testamento de esa religion no tienen una historia formal. Algunas verdades perdidas en el seno de innumeras tinieblas, como piedras miliarias desparramadas en la inmensidad de vasto desierto, hé ahí lo que son sus anales: y en lugar de nuestras profecías colocadas frente à frente y en expectativa de los acontecimientos y de la bella armonía que ofrece la confrontacion de las unas con las otras, ¡qué es lo que vemos en la

cronología de los Indos? Sombras y más sombras envolviendo un pasado de antigüedad problemática, y un abolengo de pergaminos redactados à gusto del consumidor.

Todos los pueblos que profesan el parteismo, y por consiguiente la eternidad de la materia, deben atribuirse una remotísima antigüedad, por lo mismo que establecida en principio la existencia eterna del mundo, no puede conformarse el espíritu con la aparición del hombre sobre él como hecho relativamente moderno. Por esto cuando Moisés que escribía cerca de los Asirios, los Caldeos, los Egipcios, los Indos y los Chinos, todos infatuados con una antigüedad fabulosa, fija atrevidamente la época de la creación actual en una fecha mucho más reciente, parece tanto más inspirado cuanto que obraba contra el amor propio nacional y contra una corriente universal y por lo mismo que facilita más y más los medios para que pueda verse desmentido. La histórica de los Indos, empieza pues por una falsedad cronológica y continua per medio de una serie de imaginaciones fantásticas, en la cual todas las verosimilitudes flotan en las sombras de un caos legendario. Segun los más decididos indianistas, sus *vedas* son posteriores al *Pentateuco*; sus primeras vislumbres

de certeza histórica no se remontan más allá de tres mil ochocientos años antes de nuestra época, pululando de tal modo las fábulas más ineptas en sus anales, que el eclectismo más sutil y penetrante se ve en la imposibilidad de distinguir lo verdadero de lo falso. M. Barthelomy Saint-Hilaire, para escribir la historia del famoso Bouddha Sakiámouni, se ha visto precisado á dividirla en dos partes, compuesta la una de hechos sobrenaturales que considera apócrifos, y la otra de hechos naturales que se ha convenido en admitir como ciertos. Por consiguiente su libro es una obra de mera fantasía, en manera alguna el trabajo de un crítico, ya que lo natural y lo sobrenatural se entrelazan de tal modo en la trama de una misma existencia, que si el segundo es, el primero no puede sostenerse.

Nosotros, cuando la razón moderna nos pide garantías, y se lamenta de no haber contemplado milagros, podemos responderle: Asistid al mayor de todos al cumplimiento de las profecías. Gracias á ello, lo porvenir, que era un misterio para vuestros mayores, constituye para vosotros una prueba y esto es prescindiendo de que todos los hechos por ellas predichas se han realizado á luz de una publicidad contrastada por la vecindad y por el exámen de la ra-

zon occidental, en tanto que en la historia de las encarnaciones boudhicas, no se distingue otra cosa que los ensueños de una humanidad en estado de delirio infantil y enfermizo. Y sin embargo, ¿quién lo dijera? publicistas contemporáneos existen, para quienes los orígenes del cristianismo se ofrecen más oscuros que los del culto de Brahma. Cuando tales cosas se escriben, podrá estimarse mucho la pluma; pero no vacilo en afirmar que no se la respeta. Por toda la gloria de Voltaire, no quisiera haber dado á luz, respecto del particular, las inexactitudes poco honrosas que ciertos flamantes orientalistas han tomado á su cargo. Investigadores soberbios de nuestro pasado, os habeis equivocado de tiempo y de país. Hay anales más embrollados que esclarecer que los de la Iglesia, por que la Iglesia, por lo mismo que ha existido siempre, tiene muy buena memoria. Abandonad, pues, la pretension de enseñarle su historia, y ofreced vuestros servicios á los dioses de quienes os mostrais devotos, establecidos en las riberas del Ganges ó del Indo.

Otro milagro del orden especulativo en apoyo del Evangelio, es su inapreciable sublimidad.

La excelencia de la doctrina cristiana es una verdad que se ha puesto en duda. Su divinidad

está áun para algunos puesta en tela de juicio. Que el Evangelio es un producto superior á la naturaleza, Napoleon lo prueba valiéndose de términos de una originalidad muy digna de recordarse. «Ni los mismos ímpios, nos dice, han osado jamás negar la sublimidad del Evangelio: en él todas las palabras dependen y son solidarias la una de la otra cual las piedras de un edificio. El espíritu que las une, es un cemento divino: cada frase tiene un sentido completo que demuestra la perfeccion de la unidad y la profundidad del conjunto. Libro único en el cual el espíritu encuentra una moral hasta entonces desconocida, y una idea de lo infinito superior á la que sugiere la creacion. ¿Quién más que Dios podia producir ese tipo, ese ideal de perfeccion igualmente exclusivo y original, en el cual, nádie es capaz de criticar, añadir ni quitar una sola palabra? Libro diferente de todo cuanto existe: absolutamente nuevo sin tener precedente ni subsiguiente (1).»

«Antes que éste sorprendente apologista, Rousseau, expresándose en el propio sentido habia dicho: «Contemplad la pequeñez de los libros de

[1] *Memorias de Casimiro Elcano.*

los filósofos con toda su pompa, comparados con este. ¿Puede concebirse que un libro al par tan sublime y tan sencillo sea obra del hombre? No, es indispensable mayor credulidad de la que á primera vista podría imaginarse para presumirlo así, por lo demás habiendo afirmado su propia divinidad el autor de tanta sabiduría, lo que importa es saber si nuestra razon no experimenta mayor dificultad en despreciarlo como un impostor, que en adorarle como un Dios. Tanta hay, que en esto tambien lo más natural es lo sobrenatural. No pronunciamos sin embargo la última palabra respecto de una prueba que tendrá un lugar más propio y oportuno en otra ocasion.

Al presente, siquiera debamos fatigar y fatigarnos, juzgamos indispensable proseguir el paralelo. ¿Existe un Evangelio de Sakiamouni, capaz de rivalizar con el de Jesus? ¿Qué puede oponer el lamaismo á los libros de los *Proverbios*, de la *Sabiduría*, de *Job*, de los *Salmos* y de las *Epistolas de San Pablo*? Una literatura pomposa y exuberante como la vegetacion de la India, eso así; pero al propio tiempo una amalgama incoherente, de la cual de tarde en tarde brota algun destello de luz, y la única obra del espíritu humano, que es imposible leer

sin ceder al cansancio. Obras problemáticas por otra parte, de las cuales todos hablan, y que muy pocos comprenden, por lo mismo que es muy reducido el número de los extractos que se han publicado traducidos à las lenguas europeas; y aun cuando existen críticos que, à primera vista, podría creerse que están familiarizados, como brahmitas, con los textos sagrados de la India, la verdad es que no conocen de ellos otra cosa más que el compendio ó resúmen escrito en lengua latina por Anquetil du Perron, para uso de aquellos sábios que no tienen inconveniente en leer el sanscrito, en idiomas que conocen más à fondo. Obras de imaginacion, principalmente, no apologías, que si prueban el génio de las razas, nada dicen respecto de su religion. Cierta que hojeando las enciclopedias sagradas del Tibet, de la Mongolia, de Ceylan y de la China, y compaginando y disponiendo con cierto orden algunos de los apotegmas de su moral, pueden hacerse algunas citas curiosas; pero estas no son más que hábiles recortes en un fondo que el buen sentido no puede contemplar, y que por su parte no es capaz de sostener las miradas del buen sentido. Los orientalistas depurau los libros canónicos del bouddhismo para hacerlos admisibles, y los falsifican con el obje-

to de hacerlos admirables; más en esta tarea perderán por su parte más de lo que ganará la mitología india, pónganse en presencia de esas montañas de repeticiones, de contradicciones, y de vetustos relatos, las obras maestras de nuestros dos Testamentos y de nuestra tradicion escrita, desde Tertuliano hasta Bossuet y dígase si no constituya una verdadera gloria para nuestras Escrituras el contar por enemigos à los que son capaces de admirar todas las *Biblias de la humanidad*, excepto la verdadera, y de honrar lo ridiculo, mejor que de adorar lo divino.

Y no es esto todo; pues no faltan quienes no contentos con asimilar las revelaciones indias à las verdades del Evangelio, han preferido aquellas à estas, manifestando que las segundas proceden directamente de las primeras; aserto en cuya virtud no solo dejaria Jesucristo de ser un verdadero Dios, sino tambien un fundador original, puesto que su doctrina no seria más que un sincretismo de las mejores tradiciones orientales. Hay más aun, firmando una obra que no era suya, habria usurpado la gloria de otro, y merecido justamente el puesto innoble que se le asigna al lado de Mahoma, en un libro tristemente célebre, titulado: *De tribus impostoribus*.

Quando se han estudiado los mamotretos de la parte adversa, se necesita toda la calma del mundo para contenerse ante semejante audacia de defensor de oficio. ¿Es posible que los brahmanes hayan formado á Jesucristo?

Si el evangelio no fuese más que la última palabra de una filosofía anterior, depurada en el crisol de un espíritu ecléctico, esa palabra habría de seguro pronunciado algún sábio familiarizado con las escuelas antiguas, no un jóven aldeano que jamás abandonó su tienda de carpintero, y del cual nadie ha dicho que tuviera maestros que le enseñaran.

Si el cristianismo no hubiese sido más que una combinación de plagios hábiles habríanse necesitado eruditos que lo interpretaran y lo definirán y hasta para que lo propagaran, y la verdad es que los propagandistas de tales verdades fueron los Apóstoles, gentes por demás incultas, que en sentir de algunos no merecían la mejor opinión, puesto que se les juzgaba aficionados á la bebida.

Si el cristianismo no hubiese sido más que una eflorescencia de los gérmenes diseminados en una filosofía cualquiera, de seguro habria encontrado en la filosofía en general, cierta complicidad de concurso ó de tolerancia: es así que esta no lo

reconoció, pues durante cuatro siglos persiguió de muerte; posteriormente y repetidas veces ha tratado de ahogarlo en la sangre de la persecucion, y aún hoy día no le perdona el que no haya llegado á ponerse de acuerdo con ella, luego no puede admitirse que de la filosofía proceda.

Si el cristianismo, finalmente, hubiese sido un progreso puramente natural, como todos los progresos de la inteligencia, habria empezado por la iniciativa de espíritus adelantados, y descendido á las multitudes desde las clases más elevadas de la sociedad. Pues bien, de cuantas revoluciones se han llevado á cabo en el transcurso de los tiempos, el cristianismo es la única que se haya operado de abajo arriba, y la única tambien en la cual los oráculos de la ciencia hayan recido la luz de los ignorantes. No negáremos que existen en él verdades más ó ménos presentidas por Zenon, por Platon, por Boudtha, por lo mismo que la verdad completa debe abarcar las verdades parciales; pero afirmar, como se ha afirmado, que con recoger esos fragmentos ha habido bastante para componer el Evangelio, es simplemente faltar al respeto que los lectores se merecen.

Tal es la objecion resuelta en principio; más ¿qué pensarémos de ella, considerada simplemen-

te como hecho? ¿Será cierto que el cristianismo nacido en Palestina, fué concebido en la India? ¿Será verdad que aun cuando lleve el nombre de Cristo, sea Bouddha su verdadero padre? Tendemos ese globo hábilmente hinchado por ciertos teólogos de ocasión, y veremos la resistencia que opone.

Desde luego debemos hacer constar, que la base del cristianismo es la unidad de Dios, el monoteísmo: la del bouddhismo, es la pluralidad de dioses, el politeísmo; y se explica perfectamente porque la humanidad caída es incorregiblemente idólatra, donde quiera que para corregirse en sus extravíos, no cuenta con una luz sobrenatural: de aquí que la raza india vea dioses en todas las cosas, y cosas en todos los dioses. El cristianismo enseña la espiritualidad de su Dios: el bouddhismo confunde el suyo con la materia, de tal suerte, que el mundo emana, procede de él, como el arroyo del manantial, y la tela de la araña. El cristianismo enseña la creación del mundo por una omnipotencia infinito: el bouddhismo cree en la eternidad del mundo. Jesús nace en un establo: Bouddha sobre el trono de Magdaha. Jesús descendiendo del seno de su Padre hasta nosotros, ha tomado la naturaleza humana para elevarla hasta él; Bouddha,

antes de su advenimiento con forma humana, reviste la figura de un elefante adornado con sus defensas, que tiene la cabeza roja y soberbia, y marcha ricamente encaparazonado. Jesús se declara formalmente Dios: Sakiamouni, jamás ha osado arriesgar la apoteosis. El Evangelio profesa la inmortalidad de las almas en una misma personalidad y en un estado de felicidad ó de malestar permanente: el bouddhismo cree en la transmigración de las almas, ofreciendo fases de decrecimiento repetidas hasta el absoluto anonadamiento. Según el cristianismo, la vida es un bien y es necesario fecundarla; el bouddhismo sostiene que es un mal, y que, por consiguiente, importa reducirla. Por último: Jesús ha revelado á los hombres su dignidad y su igualdad bien entendida: Brahma divide nuestra comun familia en cuatro castas separadas por fronteras que no pueden ser traspasadas. El bouddhismo, ha dicho M. Barthelemy Saint Hilaire, despues de haberlo estudiado con una benevolencia que en manera alguna arguye rigor, «es un espiritualismo sin alma, una moral sin libertad, una virtud sin deber, una caridad sin amor, un mundo sin naturaleza y sin Dios. . . . El único servicio que por su contraste puede prestarnos, se

educó á enseñarnos cuanto ha costado á la humanidad no creer lo que nosotros creemos (1)."

Pero, ¿cómo se explican, dirán nuestros adversarios, las singulares analogías, que apesar de tan esenciales diferencias pueden observarse entre la moral de los Indos, y la ley del Sinaí y otras tradiciones mosaicas? Muy sencillamente, porque estos principios están tomados de la Biblia. El pueblo judío, del mismo modo que los Apóstoles: en tiempo de Jesucristo, fué en el suyo el gran misionero de la verdad, encargado de sembrar sus gérmenes doquiera sentara la planta. Salmanasar, Assar-Haddon, Nabucodonosor, condujeron sucesivamente al pueblo de Israel cautivo al extremo Oriente, y sería el colmo de la insensatez imaginar que ese pueblo se limitó á llorar su cautiverio bajo los sauces de los ríos extranjeros. Desde este punto avanzado, pasaron en numerosas carabanas á la India, al Tibet y hasta la China: y lo que ha sucedido es que los modernos al encontrar en su camino las huellas de esas antiguas emigraciones, en vez de honrar al pueblo de Israel considerándole autor de las mismas, ha preferido injuriarle llamán-

1) Bouddha y el Bouddhismo.

le plagario de sus propias tradiciones. Por punto general, cuando entretajido con otras historias se encuentra un hilo de la tradicion bíblica, se procura referirlo á su verdadero origen; pero por lo mismo que los Indos tienen la monomanía de ser más antiguos que el mundo, tómanse el trabajo de dar fechas muy remotas á lo que han tomado de otras partes, procediendo en esto, como al falsificador que desfigura los objetos robados para que en sus investigaciones no pueda orientarse el verdadero propietario. De aquí que los orientalistas, que en semejante manejo tienen su parte de complicidad, digan de la Biblia que no es más que una copia, siendo así que constituye el original que los Indos han copiado. La verdad es que en tales conclusiones hay un exceso de lijereza que se compadece muy mal con el aire de autoridad magistral que afectan nuestros adversarios.

Mas entónces, continúan éstos, cómo se explica el hecho de haber encontrado en el Tibet los viajeros que visitaron aquellas comarcas, en el siglo último numerosos monasterios, procesiones solemnes, peregrinaciones concurridísimas, una corte pontificia, colegios de lamas; en suma, una organizacion sacerdotal semejante á la de la Iglesia romana, hasta tal punto que Voltaire y

Volney pudieron ya decir que el cristianismo procede del bouddhismo tibetano y que el culto católico deriva de la ceremonias lamáticas?

El mismo error en las premisas debe dar siempre por resultado las mismas falsas consecuencias. Para quien haya estudiado nuestro pasado dice Claudio Buchanan, el apostolado de Sto. Tomas en las Indias, es tan auténtico como la muerte de S. Pedro en Roma. Posteriormente mantuviéronse sin interrupcion las relaciones el extremo Oriente y los predicadores del Evangelio, y desde el tiempo de S. Panteneo hasta muy entrado el siglo quinto, enseñóse un cristianismo más ó ménos ortodoxo en los pueblos situados á orillas del mar de las Indias. No es posible desconocer que por este tiempo el islamismo estableció una muralla de hierro y un mar de sangre entre los creyentes del Asia superior y de los de Europa; pero no lo es ménos que Vasco de Gama encontró todavia en Ceylan individuos que ofrecian muy marcadas señales de cristianismo. Antes que ese osado navegante doblara el cabo de Buena Esperanza, habian tenido efecto las Cruzadas y la invasion de Tamerlan y con este motivo las dos civilizaciones europea y asiática, desbordándose de sus cauces naturales, encontráronse repetidas veces en los

campos de batalla, se mezclaren, se confundieron, y al volver, pasada la tormenta, á sus lechos respectivos, encontráronse en medio de sus aguas, los restos que mutuamente se habian arrebatado: el Oriente habia cedido al Occidente la brújula, y este habia enseñado nuevamente á aquel el verdadero cristianismo y la constitucion de la Iglesia.

Y aún no fué esta la última de las influencias ejercidas por el Evangelio en esas remotas regiones. Las misiones católicas fundadas por Oderico de Frioul, y establecidas en la Tartaria y el Turkestan, contribuyeron durante muchos siglos á que penetraran elementos cristianos en la religion de Boudha; de manera que la suposicion de Voltaire considerando un plagio hecho por la Iglesia al bouddhismo, no era más que un nuevo testimonio de la fuerza y originalidad de aquella y al propio tiempo una nueva prueba, de que la ciencia suele tomar por antiguas cosas que son sin embargo muy nuevas, y viceversa. Mas, ¿se cree que esto ha de corregirla de sus rotundas y precipitadas afirmaciones, en contra de nuestras tradiciones y creencias? En manera alguna; para ello sería menester que se juzgara ménos infalible que la Iglesia; y francamente, no lleva camino de confesario. ¿Qué se-

ría menester para que no dudara de la religion? Que supiera dudar de sí misma y esta es una dificultad infinitamente más insuperable que todas cuantas ofrece la religion.



El milagro en el orden moral es una accion ó una série de acciones propias de los fundadores ó de los sectarios de una religion, que traspasa los límites de la naturaleza moral, y sólo puede resultar de una mocion especial de Dios. Prescindamos por un momento de los fundadores, y fijémonos en los sectarios de las dos religiones comparadas, ora en la realizacion práctica, ora en la confesion, ora en la propagacion de su verdad.

Aun haciendo abstraccion completa de todo punto de vista místico, la vida de los grandes cristianos constituye un verdadero milagro del cristianismo. Aun cuando los mártires no fuesen más que una simple miriada de testigos volun-

Britto, estrechando en amoroso abrazo à su verdugo; ó S. Cipriano, dando al suyo cincuenta monedas de oro, en pago de su trabajo y en señal de agradecimiento. Por último, los primeros han ofendido á la razon poniendo mientes en lo sublime: los segundos por el ascendiente de lo sublime han triunfado de la razon. No se me hable pues de esos indios que se hacen aplastar bajo las ruedas del carro de su dios, puesto que semejante proceder no es más que el suicidio supersticioso: en cambio póngase la mirada en los Apóstoles y en esos discípulos que dan su sangre generosamente para afirmar que han visto á Jesucristo resucitado, y dígaseme si existe posibilidad para rechazar su creencia, no diré ya á las especulaciones capaces de producir visionarios, sino tambien á hechos cuyos testigos oculares se dejan decapitar.

Finalmente, último milagro y postrer criterio del orden moral propio de la verdadera religion: su propagacion. ¿Puede imaginarse una empresa más grande y más prodigiosamente realizada; Con doce pescadores sin ciencia, sin medios de fortuna, sin influencia; sin poder ofrecer á sus secuaces más galardón que el desprecio, la persecucion, y á veces la muerte, establecer, en vez de un culto halagüeño para las pasiones, la mor-

tificación de la carne; la beatitud de la pobreza; el amor á los enemigos; el desprecio de sí mismo; y el perdón de las injurias; y colocar sobre los altares del universo un Crucificado que, hacia poco tiempo, con la vida había perdido el honor, son acontecimientos verdaderamente extraordinarios. Pero todavía es más sorprendente la realización de este fin, apesar de la preocupación popular que protegía las divinidades antiguas; á pesar de las leyes políticas que las defendían; á pesar de la corrupción que las hacía simpáticas; apesar de la filosofía que estaba de su parte; apesar del paganismo y de la sinagoga coligados para la oposición; apesar de los antiguos sacerdotes que se escandalizaban; apesar en fin de los emperadores que fulminaban edictos sanguinarios. Convengamos en que es este un prodigio muy capaz de hacer pensar á aquellos que no se deciden á admitirlos. Y sin embargo este prodigio es indubitable. En tanto que la creación obedece á la ley del desarrollo sucesivo, y que Dios emplea medio siglo para el desenvolvimiento completo del hombre, en ménos de cien años logra realizar su universalidad. Desde el Asia superior hasta el fondo de las Galias, dice Plinio el jóven, las ciudades y los campos estaban invadidos por el contagio del cristianismo, y Jesus,

el día despues de su muerte, hallábase ser el primer potentado del universo: *Non civitates tantum, sed vicos et agros, christianorum superstitiois contagio pervagata est.*

¿Puede encontrarse en el pasado del bouddhismo un supremo esfuerzo de su porder de proselitismo, que se á este comparable? NÓ, y téngase en cuenta que las conquistas del cristianismo duran áun, puesto que es el único que á través de los siglos sostiene en pié su obra de propaganda. ¿Puede darse más ridícula irrisión que compararla bajo este punto de vista al paganismo indio, que pegado como planta espontánea, al suelo donde brota, jamás ha logrado traspasar los límites del mismo? Religión limitada, que solo subsiste merced á la protección de los gobiernos y á la anestesia que provoca, y que al parecer solo consigue conservar sus adeptos, por medio del adormecimiento que ha de impedirles cambiar de sitio. Cierto que este culto es antiguo; pero su antigüedad ¿es más que la caducidad que en tres mil años le ha impedido dar un solo paso adelante? Cierto que se halla muy extendido: pero su fuerza de conversión hállase agotada mucho tiempo hace, cuenta solo con el temperamento indo-chino, y no puede naturalizarse en otro terreno, porque no es más que el

delirio de una raza y no la religion de la humanidad.

Poco me importa, pues, que cuente con mayor número de almas que el cristianismo: en último resultado, esto significa que los dos tercios de la humanidad todavía son idólatras, cosa que en verdad nada tiene de nuevo. La universalidad de la verdad no consiste en poseer la mayor parte del mundo, puesto que no depende Dios de la mayoría de votos; sino de su ubicuidad en todas las regiones del mundo y de su aptitud para vivir y florecer en ellas. La vitalidad de un organismo no tanto estriba de la grandeza de sus formas como en su potencia vital. Tanto es así, que nada debemos temer del coloso casi extinguido del politeísmo indio. Establecido detrás de las fronteras del Asia superior, permanece estacionario á las puertas de la civilizacion europea sin penetrar en ella, ni dejarla penetrar en sus posiciones. ¿Quién se acuerda hoy de los peligros de una invasion de ideas chinas ó indias? No, no, Jesucristo no tiene porque llorar, cual Carlomagno en los postreros años de su existencia, ante los buques que vislumbraba en el horizonte de su imperio y que un día debian devastarlo. El San Francisco Javier del boudhismo no ha emprendido áun su viaje; sus teó-

logos no se hallan en disposicion de presentarse á la Sorbona para imponer silencio á Bossuet; ni la Europa sueña en convertir sus iglesias en pagodas, ni en dejar á Jesus por Sakiamouni. Y en cambio, ¿qué hace Jesucristo en tanto que el *inmobilismo* indio permanece en su característica inaccion? Realiza conquistas en los países de Brahma y del lamismo. Conducido unas veces por la palabra del apostolado, otras por la influencia de Francia, ora por los buques de Inglaterra, ofrécese, como el heredero presunto de los falsos dioses, sobre todas las playas bañadas por el mar de las Indias: y estoy seguro de que este hecho se realizará tarde ó temprano, no sólo porque mi fé me inclina á semejante creencia, sino tambien porque todas las evidencias de la historia lo prometen á mi verdad.

Para aquellos que leen, acabo de exponer una tesis muy útil, porque son muchos los publicistas que tienen la pretension de pasar en revista á ambos mundos en cada uno de sus artículos, consignando en ellos, respecto del particular, con aire páfidamente reservado, enormidades peligrosas á propósito de antiguos errores que lo son muy poco. ¿Quién podria imaginar, por ejemplo, que haya existido uno de esos reveladores que no ha vacilado en manchar su honor

filosófico, con la responsabilidad de esta frase: *La doctrina de los vischamuitas es superior con mucho á la teología cristiana!* Lastimosa conclusión si se conoce la teología cristiana, y más lastimoso procedimiento aun, si no se conoce. Abandonemos estas aseveraciones culpables al aprecio de la razón indignada de la civilización europea.

Para aquellos que no acostumbran leer, este capítulo parecerá como que cuenta diez y ocho siglos. ¿Como, podrán decirnos, tratáis al boudhismo como una especie de iglesia rival de la verdadera? Pero el boudhismo, como el fetichismo, como el sabaismo, como los demás matices del mismo error, es la idolatría: remitid, pues, á vuestros adversarios á la *Apologética* de Tertuliano, y á la *Summa contra los gentiles*; pero no ostoméis el trabajo de rebatir á aquellos que creyéndose iniciadores no son más que resucitadores de ideas viejas. Los autores de semejante razonamiento no saben comprender que pueden existir otros que padecan una enfermedad de que ellos están libres, y que, en todos los siglos ha sido indispensable dar á la apologética carácter de actualidad, ora para apropiarse la defensa á las variantes del ataque, ora para que no pueda decirse que se pretende salvar la verdad, dejan-

tarios, que arrojaron y padecieron la muerte sin vengarse y sin odiar siquiera á sus verdugos; si las virgevenes del Señor no fuesen más que las enfermeras y las maestras de los pobres; si los fundadores de las órdenes no fuesen más que los padres de una posteridad bienhechora para el género humano; si los pontifices fuesen simplemente los jefes de la tribu más pura que en tiempo alguno haya instruido y moralizado á los hombres; si en los doctores no debiésemos ver otra cosa que los guías más seguros que en todo tiempo han marchado á la cabeza de la humanidad, en resolución; aun cuando la santidad no fuese más que el ideal del imperio sobre sí mismo y del sacrificio en aras de Dios y del prójimo, la religión merecería indudablemente ser proclamada la más perfecta escuela de virtud que el mundo hubiese conocido. Por mi parte debo añadir que el moralista que contemple atentamente semejante espectáculo, podrá fácilmente comprender que la naturaleza no puede llegar á esas alturas, sin contar con un auxilio superior á ella, y que si la vida de los hombres ilustres de Plutarco, revela sábios profundos y personajes eminentes, la de los grandes modelos del cristianismo nos da testimonio de las obras divinas.

En efecto, siendo como es nuestro Dios, esencialmente perfecto, debe imprimir los caracteres de su semejanza á las virtudes que inspira, de manera que pueda arrostrar con ello el éxito de las falsificaciones. En cambio; en el instante mismo en que la naturaleza excitada por un falso tipo de la divinidad, pretende imitar nuestros sacrificios, los desfigura, y el mismo esfuerzo que en la verdad produce los santos, engendra los monstruos en el error. Los grandes ascetas del bouddhismo constituyen una prueba de lo que acabamos de decir.

¿En qué han convertido la contemplacion? En una especie de anonadamiento. Del mismo modo que el Dios respecto del cual meditamos, constituye un acto puro en su esencia, y un amor inmolado en la cruz; cuando, terminada nuestra plegaria, nos sumergimos de nuevo en la vida real, corremos al sacrificio práctico, haciéndonos tanto más útiles á la tierra, cuanto mayor es el afecto que el cielo nos inspira. El bouddhista por el contrario, adorando al ser indeterminado eternamente inmóvil, ha de considerar el colmo de la perfeccion lo único que esta puede ser bajo el imperio de ese divinidad inerte; es decir, la inercia. Cuando el alma enfermiza de los Indos ha llegado á extraviarse en este océano ina-

nimado de la existencia, más bien que vive, vejeta suspendida en idiótico balanceo sobre la humanidad. Nuestra santidad, constituye para nosotros la accion fundada por la oracion; para ellos la esterilidad de la imaginacion entregada á los ensueños de la fantasia: la nuestra es el trabajo constante; la suya el sueño cataléptico; aquella un exceso de vida; esta una muerte anticipada. El que quiera ser un samnita perfecto, dicen sus textos inspirados, ha de proceder como el hombre á quien se hubiesen cortado sus cuatro miembros. No cabe dudar que de ese quietismo visionario podrán salir legiones de bonzos y de solitarios alucinados, petrificaciones vivientes de su ley; pero de seguro no resultará jamás un S. Vicente de Paul.

No intenten jamás tales santos alcanzar de Roma la canonizacion, porque Roma no admite ni coloca en el catálogo de sus santos á los que solo para ellos lo han sido. La Cartuja y el Carmelo, los desiertos todos de la contemplacion cristiana, hallanse poblados de corazones que laten para la salvacion del mundo: hasta la religiosa encerrada dentro las paredes del claustro, reparte á la miseria humana la más sublime de las limosnas, la oracion: santa Teresa rivaliza en proselitismo con S. Francisco Javier. . . en su

ma, entre nosotros no puede haber ni hay santidad su amor. El esfuerzo del indio empleando su vida en confundir su yo en el yo universal, constituye la obra de un egoismo gigantesco y loco; en manera alguna un ejemplo moral. Y sin embargo ¡cuantos sabios que murmuran de los piadosos hoigazanes de nuestros clautros, se confiesan edificadas ante el espectáculo del desocupado asceta que pone á contribucion al viajero que circula por los caminos del Japon y del imperio de los birmanes!

¿Qué hay en las virtudes de estos, que no sea ridículo parodia de los nuestros? Nótese los contrastes sobre los cuales no fija la atencion el frívolo viajero. Jesucristo ha dotado del espíritu de caridad, no sólo á determinados individuos, sino también á ciertas costumbres públicas sin que para ello haya echado mano del estímulo de la ganancia, y al por el contrario de la compañía de la pobreza. Los monjes mendicantes de Fao y de Xa-ka truecan los placeres de los sentidos por los gozos de la fortuna y son paros, del mismo modo que entre nosotros ciertos seres despreciables son dispados, por la cuenta que les tiene. Jesucristo recomienda la mortificacion puramente indispensable para que el alma conserve su supremacia, lo que es puramente sobrenatu

ral: los bonzos exageran la penitencia hasta la ostentacion voluntaria, y esto está en oposicion con lo natural. Finalmente, Nuestro Señor nos ordena disimular el ayuno para que no encuentre un apoyo en la admiracion de los hombres: los *Negoros* y los *Foqueros*, parecidos á esos mendigos que avivan sus llagas y las exponen al público para excitar más fuertemente la compasion y la caridad, hacen ostentacion de sus mortificaciones para conquistarse el aplauso de los circunstantes. En una palabra, las virtudes cristianas reflejan la belleza moral de Cristo: las virtudes del bouddhismo son extravagantes y monstruosas como el dios que las inspira. En la virtud, como en todo, existe un punto que constituye la exactitud de la proporcion y por consiguiente la obra maestra, y como este punto sólo se ha encontrado en el cristianismo, hay motivo de sobra para considerar sus virtudes como el criterio de la verdad.

Constituye un milagro del orden moral, tan sorprendente como nuestra manera de practicar la fé, el modo que tenemos de confesarla. Doce millones de mártires de todas edades, de diferentes sexos, de todos los paises, y de diferente cultura, sucumbiendo, víctimas de suplicios inauditos, con sin igual mansedumbre, algunos para

dar testimonio de hechos que habian presencia. do, todos para confesar una creencia que fácilmente habrian podido cambiar, salvando con ello su propia vida, y à veces conquistando inmensa gloria, constituyen un testimonio que no puede ofrecer ninguna otra religion. Las siguientes palabras expresan perfectamente la impresion profunda que semejante espectáculo producía en el alma de Napoleón: «En todas partes sucumben los cristianos y en todas partes triunfan.» Expresion bellísima y prueba más bella al par, porqué sólo lo que es inmortal puede fortalecerse por medio de la muerte.

Verdad es que tambien tienen sus mártires las falsas religiones; pero compárense con los de la nuestra desde el punto de vista del número, y al paso que los primeros apenas se cuentan, los segundos no pueden contarse: compárense desde el punto de vista de su actitud, y al paso que con frecuencia veremos à aquellos con las manos tintas en sangre, pues al recibir la muerte han procurado darla; los segundos han inclinado la cabeza y han doblado la rodilla ántes de recibir el último golpe; los primeros han sucumbido presa del ódio, porque Dios no permite al error la simulacion de la caridad; los otros han amado hasta exhalar el postrer suspiro, como J. de

do à cargo exclusivo de los muertos el cuidado de combatir à los enemigos vivientes. Semejante manera de combatir, con muy poco trabajo, produciría grandes resultados y no ménos honra.

Convengo, sin embargo, en que, prescindiendo del bouddhismo de las revistas, y fijándonos exclusivamente en el de la historia; dando de mano al de los escépticos que solo se convierten à él por oposicion al cristianismo, ya que no al de los verdaderos observadores que este no convierte, héle concedido una atencion mucho mayor de la que su importancia merece. En presencia de esa mezcla de caducidad y de infundada persistencia, de pereza y de crueldad, que constituye lo que se llama bouddhismo, y comparándolo con ese prodigio del órden físico, moral é intelectual, que se llama cristianismo, creo escuchar la voz de mi Maestro, que me dice: ¿Con quién me has comparado? *Qui assimilas-ti me?* Perdoneme Dios si te he ofendido, y considere que he debido compararle à los cultos à que nuestra época afecta conceder la preferencia.

Preciso es convenir en que despues de diez y ocho siglos de reinado durante los cuales ha dispensado innumerables beneficios, no debía espe-

rar la vergüenza de semejante paralelo; pero la verdad es que cuánto más le comparo, más le admiro, y que cuánto más le rebajo en mis hipótesis, tanto más le ensalzo en mis adoraciones:



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MÉXICO

DIRECCIÓN GENERAL DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS

CAPITULO III.

JESUCRISTO Y LOS DEMAS FUNDADORES DE RELIGION.

Fijándonos, abstracción hecha del cristianismo, en el único establecimiento religioso que, en razón de su importancia numérica y territorial, se nos opone al presente, hemos probado que el bouddhismo no posee criterio alguno de la verdadera religion, por lo mismo que carece completamente de todo sello de verdadero sobrenatural. Los cultos del extremo Oriente no pueden, en efecto, hacer ostentacion de los tres milagros del orden físico, del orden intelectual y del orden moral que constituyen la marca divina impuesta a la verdadera revelacion. No insistiremos, pues, en este paralelo, por temor de dar una extension inútil, á lo que no debe revestir

rar la vergüenza de semejante paralelo; pero la verdad es que cuánto más le comparo, más le admiro, y que cuánto más le rebajo en mis hipótesis, tanto más le ensalzo en mis adoraciones:



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MÉXICO

DIRECCIÓN GENERAL DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS

CAPITULO III.

JESUCRISTO Y LOS DEMAS FUNDADORES DE RELIGION.

Fijándonos, abstracción hecha del cristianismo, en el único establecimiento religioso que, en razón de su importancia numérica y territorial, se nos opone al presente, hemos probado que el bouddhismo no posee criterio alguno de la verdadera religion, por lo mismo que carece completamente de todo sello de verdadero sobrenatural. Los cultos del extremo Oriente no pueden, en efecto, hacer ostentacion de los tres milagros del orden físico, del orden intelectual y del orden moral que constituyen la marca divina impuesta a la verdadera revelacion. No insistiremos, pues, en este paralelo, por temor de dar una extension inútil, á lo que no debe revestir

otra forma que la de una instrucción necesaria. Prosigamos, sin embargo, este curso que con razón podríamos llamar de religiones comparadas, y puesto que las hemos ya considerado desde el punto de vista de sus garantías intrínsecas, fijémoslas ahora en las personas de sus fundadores. Sentemos, desde luego, que habremos alcanzado no poco en favor del cristianismo, demostrando la falsedad de la siguiente máxima admitida por muchos como moneda corriente: «La verdadera religión es para cada uno aquella que ama; la religión siempre es verdadera en la creencia del pueblo (1).» y deduciendo de ella que existe realmente una religión verdadera en sí misma. Pero el cristianismo, que es de una verdad incomparable, ¿es realmente de origen divino? Séamos más explícitos aun, pues conviene. No cabe dudar que una religión en virtud de la cual Dios obra milagros, es divina en sus pruebas: que una religión de que es Dios el fundador, es divina en su origen. Pues bien, ¿es este un rasgo característico de la nuestra? Véase ahora en qué términos se propone la cuestión.

(1) Bossuet.

Unos cuatro mil años después de la creación del mundo, mil trescientos después de la unión de David, y seiscientos pasados de la cautividad de Babilonia, reinando en Roma el primer César, y el primer Heródes en Judea, en el siglo más esclarecido de cuantos componen la historia antigua, en una insignificante aldea de Judá, nació un Niño que, andando los tiempos, debía ser el hombre más grande del universo. Yacía sobre un puñado de pajas, y voces celestiales se cernían en derredor de su humilde cuna: moraba en un establo, y las estrellas servían de guías á los magos del Oriente que corrían á adorarle: dejaba oír su voz, y las ciudades enteras, arrastradas por la magia de su palabra omnipotente, le seguían al desierto: muere, y los astros se eclipsan en señal de duelo: es sepultado, y pasados tres días sale de su tumba. Prodigio único de debilidad y grandeza, que ha logrado producir en el mundo una sensación tan profunda que aun pueden apreciarse los estremecimientos. Y esto es cierto: el mundo se halla tan impregnado de semejante recuerdo, que lo mezcla á todos los demás; y cuando se le pregunta en qué tiempo ha tenido lugar el nacimiento ó la caída de los imperios, suele contestar: Tantos años después del día en que tuvo lugar el adveni-

miento de Jesucristo. De manera, que el tránsito de ese mortal incomparable, es en la historia un punto culminante en el cual convergen los dos Testamentos, y una especie de sol al rededor del cual gravitan todos los acontecimientos, y al propio tiempo un signo de contradicción delante del cual ó se apasiona el hombre hasta la adoración ó se exalta hasta el odio; de tal manera, que transcurridos diez y ocho siglos, los hombres mueren diciendo: Jesucristo es Dios, al paso que otros matan diciendo: Jesucristo no es Dios.

Ahora bien: ¿a qué debemos atenernos? ¿Jesucristo es Dios ó no lo es? Cuestión formidable, puesto que va á echar en el platillo de nuestra balanza la personalidad más augusta que en tiempo alguno haya pisado la tierra; cuestión decisiva, sobre todo, porque si Jesucristo es Dios, son muy pocos los enigmas teológicos que pueden quedar, y si no lo es, todo se abisma en esta negación, hasta la noción misma de la Providencia, resultando juguete de la más infame superchería los sucesos, los hombres y las instituciones que se han sucedido en el transcurso de diez y ocho siglos.

Nuestra época, en sus ataques contra Jesucristo, se fija en los dos términos del misterio

de la encarnación: es decir, en la naturaleza divina y en la naturaleza humana. Por un lado le niega la divinidad, por el otro la gloria de una humanidad sin igual. Los unos niegan á Dios, procurando reducirlo á las proporciones del hombre; los otros empequeñecen al hombre insinuando que han existido otros hombres tan grandes como él. Los primeros han confesado paladinamente que las pruebas aducidas para establecer la divinidad de Jesucristo, podrían emplearse con el mismo éxito en provecho de Bouddha y de Mahoma: los otros se han dado por satisfechos, exagerando las cualidades de Mahoma y de Bouddha, guiados por el propósito de colocar á estos en lugar tan elevado, que entre su elevación y la de Jesús, no quedará más distancia que la de una mera preocupación. De esto resulta que el Dios-Hombre se halla doblemente ultrajado por la sofística contemporánea, con la circunstancia de que el ultraje reviste á veces los honores del panegirico, puesto que ha inventado el expediente de alabarle, para dispensarse del deber de prestarle el tributo de su adoración, haciendo del elogio *la más repugnante forma de la blasfemia*. (1).

[1] Monistembert.

¡Quién pudiera ahogar, por medio de un solo grito de la razón, todas las discordancias de la incredulidad respecto de este punto, y condensar en reducidísimo número de páginas, sólidamente afirmativas, la contestación á todos los libelos y á todas las novelas que la negación ha producido! Para alcanzar semejante resultado, nada más seguro, que someter á Jesucristo á una prueba, que de cierto no resistiría hombre alguno en el mundo; es decir, establecer un paralelo entre El y Dios. ¿Qué es Dios? El lector lo ha dicho antes que yo. Lo infinito en duración, sabiduría, en poder, en santidad, en amor y en esencia. Si ahora se me pregunta. ¿Qué es Jesucristo? Contestaré que es lo infinito ó lo sobrehumano en su duración, en su sabiduría, en su poder, en sus virtudes, en su amor, en su constitución. Exposición victoriosa, de la cual resultará evidentemente la siguiente consecuencia: luego, Jesucristo es Dios, puesto que reviste sus atributos, y es el único hombre que sea Dios, puesto que no ha existido otro que los haya revestido.

I.

Quando la teología católica estable su primer fundamento suele expresarse en los siguientes terminos, por todo extremo solemnes: «De Dios y de sus atributos.» Pues bien, para poder apreciar debidamente si Dios y el gran fundador en que nos estamos ocupando constituyen dos equivalentes, apliquemos al segundo la medida del primero, y tratemos de Jesucristo y de sus atributos. El rasgo característico y constitutivo de los atributos de Jesucristo es lo infinito, puesto que son muchos los aspectos bajo los cuales puede ser considerado, que ofrecen al pensamiento esa inmensidad cuyos limites y cuya extension escapan siempre y se hallan siempre fuera del alcance del espíritu humano. Resulta de aquí, que puestos en el caso de hablar de ellos, se experimenta al par una felicidad y una verdadera desesperacion; la felicidad de poder decir algo; la desesperacion de no poder decir todo cuanto seria menester. Por esto se ha dicho: Jesucristo

es el único mortal cuyo elogio no puede pecar de exagerado. Por esto, à la manera que el más sublime de sus historiadores; despues de haberlo pintado con toda la fidelidad de la inspiracion y del amor, abandona la pluma desconcertado, diciendo: *Muchas otras cosas hay que hizo Jesus; que si se escribieran una por una, me parece que no cabrian en el mundo los libros que se habrian de escribir* (1) nosotros que le estudiamos despues de haberlo dicho todo de Jesus, nos veremos obligados à completarnos, confesando que nada hemos dicho todavia.

Entrando pues en materia, ¿puede darse más notable diferencia que la existente entre Dios y el hombre desde el punto de vista de su duracion? El rasgo característico de la duracion del hombre consiste en ser solo presente; el rasgo sobrehumano de la duracion de Jesus estriba en ser ahora como era en el principio y será en los siglos de los siglos: *Christus heri, hodie et in seculis*. El hombre colocado entre un ayer en el cual no existia, y un mañana en el cual habrà acabado de existir, ocupa solo un punto en la série de los tiempos; solo el Hombre-Dios ha

(1) E. Juan, 21-22.

preexistido en todo lo pasado, y sobrevivirá en todo lo porvenir, de manera que para él jamás ha existido ni existirá ayer ni mañana; siempre es y siempre será hoy.

Jesucristo posee esta inmensidad retrospectiva en el seno de la duracion, que consiste en una existencia tan antigua como el mundo. Nadie como él ha vivido sobre la tierra cuatro mil años antes de aparecer en ella. Solo él ha sido objeto de una esperanza universal y nadie como él en virtud de un amor que existia ya en los corazones, aun antes de que se le viera en la cuna, ha merecido el nombre de el *Desecado de las naciones*. La idea mesiánica, atraviesa de un cabo à otro toda la antigua alianza, sin eclipsarse un instante siquiera à las miradas de Israel. Y esta vida anticipada de Jesus es tan cierta, que mucho antes de su advenimiento à la tierra, se conocian los rasgos de su fisonomia; se le saludaba; se imploraba su misericordia, y concedia la salvacion mediante la virtud unida à la esperanza de su reinado. El mundo antiguo se halla poblado de oráculos que le preceden, como otros tantos heraldos, encargados de anunciarlo. El pueblo escogido tiende continuamente los brazos, hácia esa aparicion consoladora exclamando: *Tú eres, oh Señor, mi valedor y protector.*—

No tardes *Días mio* (1). Los mismos pueblos paganos, cansados de las falsedades y de las vacilaciones, preguntaban á sus guías: ¿Hasta cuándo han de durar las tinieblas de la espera? A cuya pregunta se contestaba: Hasta tanto que haya parido una virgen: *domo virgo parit*. En fin, el presentimiento universal respecto del reparador futuro, hallábase de tal suerte apoderado de los espíritus que en el momento en que tuvo lugar la aparición de Jesús en Judea, se improvisaron una porción de mesías en diferentes puntos, y Dositeo, Menandro, Barchochebas, Simón, Apoloni de Tiana y otra porción de magos y de charlatanes, debieron el éxito que lograron alcanzar, á la circunstancia de haberse apoderado, en provecho propio, de la convicción generalmente extendida, de que el Justo estaba próximo á ver la luz poniendo término á la era provisional, y de que el mundo se preparaba para tener un nuevo Rey.

Y téngase en cuenta que era imposible padecer equivocación alguna respecto del particular, porque los enviados ántes que él para anunciarlo y predecirlo, lo habían hecho en términos tan

(1) Salmo 90 16.

claros que era absolutamente imposible confundirlo con otro. Jacob y Daniel habían precisado el momento de su llegada; Micheas, llama al lugar de su nacimiento, Bethlehem Ephrata; Isaías refiere anticipadamente los milagros que ha de obrar; Zacarías le pinta en su dolorosa pasión; David le ve y le canta en su resurrección gloriosa; en una palabra, las profecías constituyen un cuadro tan perfecto y acabado del destino de Jesucristo, que las coincidencias entre el anuncio y la historia, han bastado para que el mundo se convirtiera el día despues del Calvario, es decir, cuando Jesucristo en su vida futura en la tierra, era aun desconocido, y cuando en su vida presente era todavía objeto de discusión.

¿Donde están los demás tradadores de religión que puedan hacer ostentación de un testimonio semejante? ¿Que vengan y que nos digan cuales fueron los símbolos, las tradiciones, los personajes predistnados para abrirles paso? Solo Jesucristo ántes de su existencia real ha preexistido en la fe del universo, como en una especie de claustro materno, dentro del cual se le sentía estremecerse cada vez que tenía lugar algun grave acontecimiento. Ciertó que su encarnación tuvo lugar con posterioridad al año 4,000; pero su aparición sobre los horizontes de

la historia coincidió con el primer día del universo, de manera que al tiempo de su llegada á la tierra, según la grandiosa figura de un doctor encontró cuarenta siglos postrados de hinojos al rededor de su cuna.

Y ¡prodigio no ménos extraordinario! Este hombre que antes de su nacimiento disfrutó tan larga existencia, disfruta otra no ménos sorprendente despues de su muerte. Vive en efecto en su Iglesia, que es una continuación de su persona á través de los siglos, y vive como mortal alguno subsiste en sus obras. La prueba de ello la tenemos en las pasiones opuestas que excita porque los muertos apenas inspiran amor ni odio y sobre sus tumbas enfiadas por el tiempo no tarda en sentarse la justicia. Mas por lo que toca á Jesús, dado que hubiese sido rey de Egipto no habria llegado aun el día de poder ser juzgado por el tribunal de los muertos, porque en realidad el parvenir no ha comenzado aun para él, y las muchedumbres se apasionan en favor ó en contra como en los primeros días de su reinado. Los dioses del extremo Oriente sepultados en el seno de sus pagodas, solo salen de ellas para turbar el reposo del mundo: en cambio no existe un solo rincón en la tierra en que se hable con indiferencia de nuestro Dios hecho hom-

bre. O se le adora, ó se le odia: ó se le ve colocado sobre los altares ó proscrito de ellos. En los retorios de la Conchinchina, se grita: *Sea crucificado* (1) y desde las afortunadas playas de la Europa cristiana, se embarcan los misioneros en el primer buque que á tales regiones endereza su rumbo, diciendo: Bien, vamos tambien nosotros y muramos con él (2). De manera que hasta aquellos mismos que no quieren conceder á su vida inmortal el homenaje de un acto de fé la reconocen por la inexplicable repulsion que les causa.

Vive, pues, toda vez que enjendra apasionamientos y vive, toda vez que no le destruye la disolucion. La señal más positiva de la muerte es la descomposicion: nada atestigüa mejor el desfalecimiento de todo Lázaro que el hedor de su tumba infecta. ¿Podría la dominacion de Jesucristo escapar á tal ley? Hasta en la prosperidad excesiva existe una fuerza disolvente. Los triunfos continuados proporcionan á los imperios una especie de plenitud pletórica que determina la apoplejia en el poder y lo precipita hácia su decadencia. Pues, bien, apesar de tales obstáculos

(1) San Mateo, 27, 23.

(2) 8, Juan, 11.

la Iglesia permanece en pie, triunfante en sus victorias, como en sus reveses, y su fortuna goza en la tierra la inmortalidad de las cosas que no son de este mundo.

Resulta pues que Jesucristo está vivo; puesto que no participa de la disolución, pero más aun porque se mueve y porque crece: Contémpense las religiones no cristianas, y se verá que no sólo despiden la fetidez del cadáver corrupto sino que además ofrecen su perfecta inmovilidad. Y es que el movimiento y el crecimiento constituyen las señales más ciertas de la vida, y que esos cultos, al modo de las momias orientales, pueden muy bien conservar en medio de la muerte las apariencias de la vida, pero no fingir su movimiento. Y si no digase si puede darse *stata quo* más verdaderamente sepulcral que el destino de Boudha y de Mahoma. Y en cambio, casi todo el terreno perdido por estos ha sido conquistado por Jesucristo! Miradle: hállese en todos los puntos del espacio, y en todas las etapas del tiempo. El mismo Mahoma lo tiene por un gran profeta de Dios; Lutero y Phocio se arrodillan ante sus altares; hasta los filósofos que no le adoran, procuran asimilarse algo de su sávia, insinuándola en sus mismas negaciones.

Si, Jesucristo es quien avanza en esos apostolados innumerables que se cruzan en todas direcciones sobre la superficie de ambos hemisferios, y dobla los cabos más lejanos con la celeridad del viento, y al paso que con la una mano toca á las regiones del Polo Norte, alcanza con la otra los últimos confines de la Australia. Ni la barrera de las ideas, ni la de las costumbres, ni la de las nacionalidades, ni la de las religiones enemigas pueden detener su marcha progresiva. Y en tanto que esas religiones no pueden realizar conquista alguna en sus dominios, él las realiza constantemente en los contrarios. A lo lejos, desde lo alto de la gran muralla, aguarda con fundadísimas esperanzas á los pueblos de Oriente, en el instante en que renazca su civilización. En Europa, si el mundo, á consecuencia del impulso de corrientes ignoradas, se convierte de nuevo al paganismo, puede decirse que en cambio, gracias á la existencia de muchas otras, marcha decididamente hacia Jesucristo. Si, apesar de todos los antagonistas, Jesucristo conserva el universo por territorio, y lo más selecto del linaje humano por población. No tenemos pues porque dejarnos imponer por un puñado de blasfemos de Francia y de Alemania, que hacen la contra á ese sufragio inconmensurable, y si

bio n es verdad que, en determinadas circunstancias, su voz á todas sobrepuja, mejor aún, solo la suya se puede distinguir, proviene esto, no de que sean más en número, sino de que mete más ruido un centenar de individuos que hablan, que trescientos millones que no quieren tomar-se el trabajo de desplegar los labios.

Y todavía hace subir de punto el prodigio de la vida perpétua de Jesús, la circunstancia, dignísima por cierto de ser tomada en consideración, de que al paso que todas las religiones falsas, cual plantas trepadoras, han menester para sostenerse el auxilio del poder temporal, del cual se han hecho esclavas, la de Jesucristo no solo no necesita de semejante apoyo, sino que ha sido poderosa á establecer por sí sola un imperio esencialmente espiritual, que sostiene sin contar para nada con los reyes, y muchas veces á pesar de los mismos. Si le ofrecen su brazo á título de respetuoso apoyo; acéptalo agradecida: si se lo niegan, no se preocupa por ello poco ni mucho: si contra ella se revuelven, para los golpes, siguiendo impávida su camino, pues ella es que no existe potentado alguno cuya vida y cuyo trono tengan más condiciones de vida que Jesucristo.

Su vida constituyese uno de los fenómenos más indelebles é indestructibles. Para anonadar la memoria de los inmortales que viven á nuestro lado, bastaría con derribar algunas estatuas y reducir á cenizas unas cuantas docenas de volúmenes; pero el espíritu de Jesucristo está de tal modo encarnado en todas las manifestaciones que constituyen la civilización moderna, que si se extirpaban las creencias viviria en las costumbres; si se le arrojaba de los templos, permanecería en nuestra historia, reinaria en nuestras hábitos; palpitaría en nuestras virtudes; respiraría en nuestra legislación: está en nosotros y fuera de nosotros; forma parte de la atmósfera que respiramos, y sería tan imposible suprimirlo como recorrer el mundo en que vivimos sin reconocer en él su palabra que lo formó y sus virtudes de que se halla impregnado. En suma, extírpese del seno de la humanidad á Jesucristo con la serie de patriarcas, profetas y acontecimientos figurativos que le precedieron; con el cortejo de santos, virtudes y trasformaciones sociales que le siguen, y solo se logrará abrir en la historia y en el mundo moral una especie de abismo, ante el cual retrocederá espantada la razón.

La vida inextinguible de Jesucristo entre los

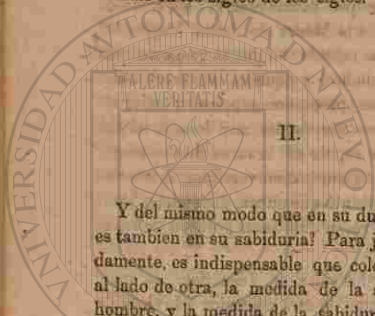
hombres, convierte no solo en lectura sino en crimen todas esas obras de erudicion perniciosas y discutible, destinadas á arrebatarnos á nuestro Cristo, so pretexto de nuevos descubrimientos históricos. Nada han descubierto esos pretendidos exploradores, que no lo haya la Iglesia conocido antes que ellos, y á lo cual no haya contestado: y no existe, sobre todo, descubrimiento alguno que pueda prevalecer contra esta intensa precuncion: Hace diez y ocho siglos que Jesucristo se halla en posesion de las adoraciones del universo civilizado; ahora bien, ¿tienen algunos señadores motivo alguno para pretender que lo conoan más á fondo, que los doce Apóstoles que por el vertieron su sangre? ¿Pueden algunas sutilezas filológicas, y algunas suposiciones gratuitas tener fuerza suficiente para destruir el testimonio de los evangelistas, la deposicion de los mártires, las demostraciones de los doctores, la autoridad de los concilios y de los santos, y la unanimidad de tantos siglos comprometidos en nuestro acto de fe? No tienen por qué acariar semejante presuntuosa esperanza: nada ha cambiado en las aficciones del mundo cristiano desde la celebracion del concilio de Nicea, en el cual los Obispos que habian sufrido el martirio en defensa de la fé, se tapaban los

oidos para no oír las innovaciones introducidas por Arrio; ni con posterioridad al concilio de Efeso, despues del cual el pueblo cubria de flores el camino que debian recorrer los Padres que declararon á la Madre de Jesus, Madre de Dios. El buen sentido no puede vacilar entre Dios hecho hombre, y aquellos que creen únicamente en sus propias concepciones; podrá si se quiere dejarse sorprender por los que no se dan punto de reposo en la tarea de sobornar: mas vuelto en su acuerdo convertirás de nuevo á Cristo más amante que nunca, diciéndole: *Señor, á quién iremos? Tú tienes palabra de vida eterna* (1).

Hé ahí pues dos vidas en Jesucristo: la una anterior á su cuna, la otra posterior á su tumba, con la circunstancia de que ambas son exclusivamente tuyas. ¿Qué podemos deducir de ese destino tan extraordinariamente excepcional? Que Jesucristo es el único mortal viviente siempre sobre la tierra. Prerogativa semejante sobrepaja en muchos puntos á la mayor grandeza que del hombre se puede concebir para que no deba considerarse sobrehumana. La iglesia cau-

(1) S. Juan, 6, 60.

ta pues una verdadera apología, cuando hace del nombre de Jesús el siguiente elogio de que solo un Dios es merecedor: A Vos que vivís y reináis en los siglos de los siglos.



Y del mismo modo que en su duración, ¿no lo es también en su sabiduría? Para juzgarlo debidamente, es indispensable que coloquemos una al lado de otra, la medida de la sabiduría del hombre, y la medida de la sabiduría de Jesús. De la diferencia podremos sacar nuestra prueba porque entre el punto extremo de la primera y el punto inicial de la segunda existe una distancia que el espíritu humano puede apreciar con harta dificultad; pero que por más que haga no puede traspasar.

Desde luego tenemos que la sabiduría de Jesús es sobrehumana por su originalidad. Fíjese la atención en todos los sabios que han proporcionado revelaciones a la tierra, y se verá que

por una especie de germinación gradual surgen del suelo en el cual han nacido. Tómese un hombre de génio cualquiera, y la historia o designará a los maestros, los libros y los acontecimientos en que se ha afeitado. Sea por ejemplo Mahoma, y podrá observarse que fué más bien que un inventor un compilador, puesto que su religión no es más que una impura mescolanza de la Biblia con el sensualismo de Epicuro. Boudha era un personaje extraordinario más bien que un creador, porque procede de antepasados conocidos, y su excesivo ascetismo, era muy del gusto y formaba parte de muchas sectas religiosas del extremo Oriente. En cambio ¿dónde está, cual es el libro generador del Evangelio? ¿Quién es el maestro que ha formado a Jesús? ¿Cuáles los sucesos históricos que determinaron su generación? ¿Quién puede referir la genealogía de esa sabiduría? *Generationem ejus qui enarrabit* (1.) Nadie. Jesucristo es el único sabio que no tiene parecido. Y esto consiste en que no obstante haberse predicho su advenimiento, al aparecer en la tierra, nadie acertó a conocerle. Único maestro sin ascendientes inte-

(1) Mt 23, 35

lectuales, su fisonomía tiene algo de imprevisto por lo mismo que no había precedido transición alguna que lo preparara, y por más que hubiesen hecho los hombres no habrían conseguido imaginario tal cual era, porque aun cuando lo esperaban, esperabanlo muy distinto. Ninguno de los mesías que el rabinismo concibiera fuera de la inspiración profética, tenía fuerzas suficientes para hacerlo presentir, y esto explica perfectamente el que su advenimiento haya sido una esperanza de cuatro mil años, y su aparición constituya una verdadera sorpresa.

Por lo demás, el espíritu humano, en general, más bien aún que el judaísmo, veíase constreñido á realizar semejante concepción. Un Cristo mero producto filosófico, habría ostentado los caracteres del país en que se imaginara. El camellero de la Meca, es árabe de pura raza; como indio y nada más que indio el reformador de Kapilavastou. Jesús, lo mismo en su persona que en su sabiduría, revela un ideal de perfección que es de todos los tiempos y de todos los países. Y en verdad que, teniendo esto en cuenta, no puede concebirse la extraña aberración de la exégesis enemiga, que tiene valor y osadía para echarle en cara el no haber sabido el griego. De seguro no debía desconocerlo, cuando

tan bien y con tanta facilidad supo enseñárselo á sus Apóstoles; pero entraba en sus planes no parecer como Hebreo, ni como Griego, es decir, no afectar carácter alguno local, y sí hacerse, en lo que á la inteligencia se refiere, compatriota de todos los hombres, y ciudadano de todos los países. De esta suerte, Cristo tiene nacionalidad y antepasados, más nó su doctrina. Judío de nacimiento, su sabiduría es cosmopolita. Ahora bien, una sabiduría que de tal modo pertenece á la humanidad entera, que no ha echado sus raíces en determinado punto de la tierra, debe de haber nacido de sí misma, y todo lo que proceda de sí mismo, es decir, todo lo increado, es divino.

Y todavía se reconoce la divinidad de esta sabiduría en su infalibilidad. Confesamos con toda ingenuidad, que la sonrisa asoma involuntariamente á nuestros labios cuando pasamos en revista las quimeras y las fantasías que han mezclado con sus sistemas los genios más profundos desprovistos de fé. Hasta los mismos doctores cristianos han dejado escapar notas discordantes en los grandes conciertos de la verdad; y por esto el sentido moral se extremeca al considerar lo que sería del mundo si se humillaba ante la infalibilidad de Zoroastro, de Confucio, ó

del gran Lama. En cambio, ¿quién es capaz de señalar el lado débil del géneo de Jesucristo? ¿Cuál la página de su Evangelio que haya pasado á la categoría de las especulaciones desdeñadas? La verdad es que Jesucristo es el árbitro hasta de aquellos que no le adoran, y tanto es así, que muchos que no lo aceptan como Dios, reconocen la infalibilidad de su sabiduría, con lo cual, sin darse cuenta de ello, reconocen implícitamente su divinidad. De manera, que los pensadores contemporáneos que han declarado al Verbo hecho carne, inferior á Marco-Aurelio y al dulcísimo Spinoza, llevan la penitencia en la extravagancia de su propia blasfemia. «Jesús es único en todo, y nada, absolutamente nada puede comparársele. Mucho tiempo habrá transcurrido desde que deje de prestarse fé al milagro físico, y Jesús continuará siendo un milagro psicológico. No será posible comprender que el contemporáneo de Hillel y de Schammai sea su hermano según el espíritu, y que la misma sávia haya producido paralelamente el Talmud y el Evangelio, el monumento más singular de la aberración intelectual, y la creación más elevada del sentido moral (1).» Tau

(1) Renan, *Historiadora crítica de Jesús*.

cierto es que el espíritu humano hace actos de fé, siquiera involuntarios, hasta en ciertas blasfemias, y que ni aun negando á Jesucristo puede tratársele como de potencia á potencia.

¿Y esta sabiduría que no desfallece, ganaría en seguridad, aumentando en timidez? En manera alguna; pues posee lo infinito de la aberración. De ella ha podido decirse que es la única continuamente sublime. Y téngase en cuenta que lo sublime es uno de esos hechos mágicos, á los cuales ni aun el génio puede alcanzar con frecuencia. Los transportes que experimenta cuando lo ha conseguido revelan elocuentemente que sufre una violencia que viene de lo alto, y cuando desciende, confuso, sorprendido como San Pablo, al bajar del tercer cielo, véase obligado á preguntarse: ¿era yo ó era otro el que hablaba? Lo ignoro; enagnado cuando tales sucesos se realizaron, no puedo decir lo que sucedió. Sólo Jesucristo ha sido siempre sublime, con la circunstancia de que lo ha sido sin salir de sí mismo. No ha de realizar esfuerzo alguno para alcanzar las mayores alturas, porque esas alturas constituyen la medida ordinaria. Para convenirse de ello, basta con fijarse en la naturalidad de sus discursos, éun en aquellos en que trata los asuntos más superiores á la naturaleza. Ha-

bla por ejemplo, de la Trinidad, y lo hace en los mismos términos con que un simple mortal hablaría de su familia: ocúpase del paraíso, y no parece sino que trata de su propia casa. Su ciencia no es ni aprendida ni inspirada, puesto que ni se distingue en ella el esfuerzo de un trabajo personal, ni el reflejo de una iluminación exterior. Por poco que se observe, puede comprenderse que esta ciencia no es más que su propio pensamiento, nacido en el secreto que revela, y que constituye el sol y no el rayo de la luz que difunde. Esto explica el por qué el espíritu que se llega á cansar de las obras más perfectas realizadas por el hombre encuentra siempre nuevos motivos de delectación en las páginas del Evangelio. Comprendo que Napoleón reconociera en esa palabra tranquila y profunda, como en lo infinito de los espacios celestes, un reflejo de la divina inmensidad. Sí, podemos sumergirnos incesantemente en esas lejanas profundidades sin alcanzar jamás al fondo, y ante la majestad de las Escrituras, lo mismo que ante la de la creación, el espíritu reconoce lo divino por la admiración siempre inagotable que le inspira.

Esta sabiduría acostumbrada á volar por las celestes regiones, ¿podría ocultarse á las miradas

de los ignorantes? Como el sol de que acabo de hacer mención, lo mismo dora las más encumbradas cimas de la cordillera más elevada, que penetra en los repliegues más escondidos del valle más profundo. ¡Ye os aseguro que Jesús así sabía captivar la atención de los pequeñuelos como la de los irfuadados miembros de la Sinagoga; que así se apoderaba del corazón de las pobres mujeres del pueblo cuyo orador era, como del de los sábios de Israel! En general, los grandes espíritus no se dejan comprender del vulgo de las gentes; pierden en claridad cuanto ganan en profundidad, y solo logran insinuarse á la cabeza, en perjuicio del corazón; pero Jesús ha sido á la vez el orador más elevado y el más popular. Poseía el secreto de ser sencillo en Galilea, dirigiéndose á los aldeanos de las riberas de Tiberíade, y apologeta, bajo los pórticos del templo, centro de la controversia rabinica. Cuando enseña, no hay hombre alguno que no reconozca á su Maestro, ora proceda aquel de las Pielas-Rojas del alto Canadá, ora viva en medio del refinamiento de la más perfecta civilización. Cuando él habla, quien lo oye se siente fascinado, lo mismo si en él domina la inteligencia más elevada, que si se mueve solo á impulsos de la más esquisita sensibilidad.

Recordemos si nó su retórica tan descuidada como infiel á las tradiciones establecidas. El se afirma; pero jamás se prueba. En su Evangelio no se halla un solo silogismo, y no obstante penetrará en las convicciones del mundo, como en sus pueblos, es decir, sin armas, porque se halla revestido de una fuerza tal, que le pone á cubierto de todo temor y le asegura respecto á la necesidad de tener que dar golpe alguno. Nunca una vez siquiera ensayó la demostración de su divinidad que nos ocupa en este instante; y en verdad que no tenía por qué tomarse semejante trabajo, porque el sentimiento público no se engaña jamás, y el corazón de los pobres iluminado por el amor influye para que á su paso se dijera: Nó, no es así, como hablan los hombres. *Nunquam sic locutus est homo* [1].

No vaya á creerse, sin embargo, que Jesús dejara siempre á la lógica del corazón el trabajo de deducir esa consecuencia; pues no trascurre mucho tiempo sin que llame en su auxilio lo infinito de su presencia, y le ordene que brille en su palabra para certificarla. Al presente, ¡oh, Dios mío! acudiré á vuestras revelaciones, y me

[1] S. Juan, 7-46.

pondré al alcance de vuestra mirada, procurando escrutar aquello que no ha sido aún! Hé ahí un don que no pueden reivindicar en su favor, ni el profeta de la Arabia, ni el famoso Sidarta. Recórrase el Corán ó el *Loto de la buena ley*, y por más que se haga no podrá encontrarse cosa alguna que siquiera de muy léjos se parezca á las siguientes profecías tomadas al azar entre otras cien que podrían citarse.

Entonces Jesús dijo á sus Apóstolos: *Subimos á Jerusalem; aquí se me escupirá al rostro, será acotado y crucificado; mas no temáis, pues resucitaré al tercer día.* Entonces Jesús dijo á S. Pedro: *En verdad te digo que me negarás tres veces en esta misma noche antes que cante el gallo.* Entonces dijo de la Magdalena: *Donde quiera que sea predicado el Evangelio será celebrado en memoria mía lo que ella ha hecho hoy.* Y cuando en París se discurre por delante del templo que lleva el nombre de la Pecadora, y se la contempla esculpida en el frontón del edificio, puesta de hinojos ante Jesús, en tanto que el mundo se postra delante de ella; se comprende el respeto debido á la palabra de nuestro Señor, merced á las vicisitudes de lo porvenir. Entonces, en fin, Jesús predijo á la infiel Jerusalem el espectáculo de sus moradas desier-

tas, las madres maldiciendo de su fecundidad; sometida á la espada vencedora de Tito, y por último la hace asistir, viva aún, si así cabe decirlo, al trance desgarrador en que había de exhalar su postrer suspiro, y la llora con tal fidelidad de previsión, que la negación para declinar la autoridad de esta profecía, no puede ménos que juzgarla interpolación calcada en la narración del suceso ya realizado, siendo así que el suceso se realizó al pie de la letra del modo como la profecía lo había anunciado.

Si, cuando Jesús interpela los acontecimientos ocultos, jamás le contradicen: cuando apela á lo porvenir en apoyo de su palabra, jamás deja el porvenir que sus palabras resulten falsas. Y téngase en cuenta que al paso que los otros se llaman los profetas de Dios, éste declara que es el Dios de los Profetas: de donde resulta, que ya que no sea Dios, es un personaje inexplicable, de manera que distan mucho de estar en lo cierto los que juzgan más sencillo honrarle como un sábio, incomprendible al buen sentido, que como un Dios inexplicable por la simple razón.

Pero mucho más todavía que por su presencia de Profeta, Jesús es sobrehumano por su

previsión de conquistador. Contemplemos por un momento á ese nuevo invasor que aspira nada ménos que al dominio universal; penetremos en el santuario de sus consejos y tomemos acta de sus vastísimos planes. En casos tales un simple mortal se rodea de generales probados en las lides, derrama con gran profusión las proclamas más seductoras, y antes de descargar el primer golpe, procura por todos los medios ganarse las voluntades. Esto hecho, inclínase sobre un mapa y señala las fronteras que de debe borrar y los imperios que aspira á reducir. Despues, arrebatado en las alas de la fantasía, lanza cuerpos de ejército en la direccion que más bien cuadra á sus planes ambiciosos; debela las comarcas; reduce á polvo los pueblos que rechazan la proposición de someterse, y cuando ha conseguido clavar su planta de manera que domine desde el Septentrion hasta el Mediodía, contéplase en el apogeo de su fortuna y juzga satisfechas sus ambiciones todas. En una palabra: todo conquistador excogita medios proporcionados al fin que se propone realizar. Boudha, por ejemplo, con todo y descender de sangre real, solo ha dominado los pueblos cuando ha sometido sus reyes; y por lo que á Mahoma se refiere, de seguro no habria logrado reunir

un centenar de creyentes sin el concurso de la cimitarra y las seducciones de la poligamia: solo Jesucristo llevó á cabo sus conquistas y previó que las llevaria á cabo, marchando al encuentro de todas las ideas recibidas, y de todas las pasiones desencadenadas.

Fijese en ello la atencion: El no dijo jamás esgrimiré la espada de los antiguos reyes de Judá mis primogénitos, con objeto de sostener una moral fácil, enseñanzas populares, ó preocupaciones nacionales, sino que manifestó que se veria pobre, y despreciado y calumniado y azotado. ¿Y despues? Despues de esto con el cuerpo inudado en sangre, y la cruz á cuestas, me presentaré á la faz del siglo de Tiberio y de Nerón, y exclamaré: Hé ahí al hombre, y ese siglo me matará. ¿Y despues? Despues elegiré como herederos míos á doce pobres pescadores, que hablarán, sufrirán y morirán á su vez. ¿Y despues? Despues suscitare otros muchos que hablarán y morirán del propio modo, y con tal que durante tres siglos no me falte sangre para recrear los ocios de los Césares, ni elocuentes ejemplos que parangonar con la lujuria pagana, mis fines se habrán realizado y el mundo es mio.

Y bien; ¿que decís de esto? No es verdad que semejante propósito carece de sentido comun?

Indudablemente, puesto que se halla muy por encima de todo lo imaginable. Humanamente hablando es un verdadero absurdo; mas precisamente por este motivo su realizacion prevista le comunica el carácter divino. No se me oculta, que por lo mismo que hemos visto constantemente realizado semejante plan, hemos concluido por juzgarlo la cosa mas natural: mas téngase en cuenta que para comprenderlo debidamente, la razon necesita hacer un gran esfuerzo, y como Jesus comprendió anticipadamente la existencia de tales efectos como resultantes de esas causas, hemos de convenir en que no pudo ser en virtud de una intuicion humana; puesto que la humana prevision debia esperar todo lo contrario.

Además pues las sabidurías rivales de esta. Desafia á todas las revelaciones que han fijado la admiracion de los hombres, y no hay una sola que pueda igualársele. Desprecio y compasion especialmente, por la ficcion pueril del islamismo, segun la cual los ángeles entregaron al fundador de la Hegira una vitela azul y una pluma de diamante con que escribir en ella el Coran. La única ley digna de ser escrita por la mano de los ángeles, porque es un Dios quien la ha dictado, es la ley de Cristo. Siendo como es so-

brehumana en su originalidad, en su infalibilidad, en su elevación, en su sencillez, en su presencia, no cabe más medio que ó negar todas las leyes de la analogía, ó adorar en Jesús la sabiduría divina. Y no se crea que la que acabamos de plantear sea una conclusión meramente metafórica: cuando en el pedestal de Platon, de Mozart ó de santo Tomás esculpimos el título de *divino*, incurrimos en una hipérbolo, hija de nuestra laudatoria admiración; pero cuando decimos el *Divino Maestro*, la alabanza deja de ser una figura, y el epíteto no es más que la expresión adecuada del sustantivo, porque Dios y Jesús son dos sinónimos que se asocian por la completa identidad de su significación.

III.

Del propio modo que la suprema sabiduría, el supremo poder, atestigua en la acción del hombre una fuerza divina. Y no se pretenda salirme al paso oponiéndome la objeción tantas

veces rebatida, de que toda religión tiene sus milagros y de que cada fundador ha hecho los suyos. Semejante aserción resulta falsa pues precisamente el esplendor y la autenticidad de los milagros de Jesucristo es lo que le distingue de los demás fundadores, hasta tal punto, que jamás el buen sentido ha colocado taumaturgo alguno al lado de Jesús. En cambio resulta cierta si se considera que además del poder de Dios existe un poder superior al del hombre, que es el poder del demonio, y del cual este se vale algunas veces para acreditar sus obras. Negar pues esas dos especies de manifestaciones sobrenaturales, es negar á sabiendas la evidencia, y cerrar los ojos á los testimonios de la historia. Pues bien, coloquemos en frente de los milagros de Jesús los resultantes de la influencia diabólica, y los del laboratorio científico, y sepamos si en la tierra ó en el infierno, existe fuerza alguna capaz de equipararse á la omnipotencia divina.

Tres especies de soberanía ha ejercido Jesucristo en la tierra, en cada una de las cuales se ha medido con los poderes del orden natural y del orden sobrenatural, con los cuales se le objeto, dejándolos á todos á muchísima distancia. Por ejemplo, el génio médico lucha con éxito

con la enfermedad y con la muerte: comparémos sin embargo su obra con la de Jesucristo y demostraremos las diferencias. La ciencia ha menester un más para curar una enfermedad, como haya llegado á revestir la forma crónica; hé ahí al hombre. Jesus le dice á un paralítico que hacía treinta años se hallaba en este estado: «Levántate,» y el paralítico toma su lecho á cuestas y se marcha por su pié como si tal cosa; hé ahí á Dios. A lo más á que ha podido llegar la ciencia respecto del cadáver ha sido á imprimirle, por medio del galvanismo, una contracción pasajera ó un movimiento aparente; ó á retardar la descomposición echando mano de tiras de lienzo y de substancias aromáticas: hé ahí el hombre. Jesus dice á un hombre que hacía cuatro días estaba muerto: «Sal de la tumba,» y es obedecido: hé ahí á Dios. Ahora bien, ¿dónde está el magnetismo que puede parangonarse con la obra de Jesucristo? Si existe, que extienda su mano sobre la piedra de los sepulcros, que nos muestre su Lázaro y creerémos en él.

Los físicos y los naturalistas, por su parte, han alcanzado gran dominio sobre la materia inorgánica; pero por más que hagan siempre quedarán muy por debajo de Jesucristo. Explican las sustancias sin cambiarlas; clasifican los

fenómenos sin modificarlos; demuestran las leyes sin poderlas dominar; hé ahí al hombre. Mas así como el Padre celestial ha producido las substancias, el Hijo las reproduce en Canaán; así como el Padre dijo: *Sea hecha la luz. Y la luz quedó hecha* [1], el Hijo dijo á los ojos de los ciegos: *Epheta, y se abrieron á los resplandores del día: así como el Padre infundió vida á la materia, el Hijo hizo otro tanto en tres resurrecciones igualmente celebres; y así como el Padre ha decretado las leyes de la naturaleza, el Hijo las suspende á cada momento; hé ahí á Dios. Hay más aun: para que no sea puesto en duda el poder sobrenatural de Jesus, trasmitelo á su iglesia, la cual realiza idénticas maravillas en virtud de aquellas palabras: *Quien cree en mí, ése hará también las mismas obras que yo hago, y las hará todavía mayores* (2).*

Después de haber impreso el sello desu poder á la materia física, Jesus ha querido imprimirlo también en la naturaleza moral. Contemplemos, bajo este nuevo aspecto, las obras del hombre y las obras de Dios. Los filósofos, que forman y transforman la humanidad, dice Vol-

[1] Gen. 1. 3

[2] S. Juan, 14-12.

taire, jamás han logrado ejercer su influencia en las costumbres de la calle en que moraban. Voltaire no estaba en lo cierto al expresarse en tales términos; los filósofos no han conseguido dominar á sus vecinos en cuanto con el bien tenia relacion; pero han ejercido influencia sobre el mundo entero en lo referente al mal: hé ahí al hombre. Jesus, en cambio, pronuncia algunas palabras sobre el alma de la humanidad, y hace brotar novedades tan sorprendentes como la fecundacion de la nada: hé ahí á Dios. De la misma manera que, en un principio, cada una de las palabras del Verbo creador suscitaba nuevos globos á la vida; cada una de las palabras del Verbo redentor constituye un *fiat* omnipotente que realiza prodigios más grandes aún. Espectáculo sublime debió ser sin duda alguna el de los mundos surgiendo de la nada á la voz del Creador, y marchando á ocupar en el espacio el lugar señalado á las órbitas dentro de las cuales gravitan; pero, con todo esto, no fué ménos solemne en el tiempo, el instante en que las virtudes cristianas brotando de la palabra divina, aparecieron sobre las superficies de la tierra, y la Iglesia, con sus miriadas de predestinados, salió del costado herido de Jesus. Entonces el Maestro dijo: *Vende cuanto tie-*

nes y dáseto á los pobres (1); y mediante tales palabras, sembraba innumerables cenobitas en lo porvenir. El Maestro añade: *No tengais miedo de los que matan al cuerpo* (2); y con tales palabras, engendrábanse infinidad de mártires. Por último, el Maestro dijo: *Amá á tu prójimo como á tí mismo* (3), y los monumentos, los héroes, los tesoros, las invenciones de la caridad, nacen de la virtud oculta en este gran mandamiento. De manera, que así como Jesus, taumaturgo del orden físico, actuó solamente durante algunos años, como taumaturgo del orden moral no descansa nunca: en tanto que la creacion material duró únicamente seis dias, la creacion espiritual es incesante, y cuando haya llegado, para la primera, la hora de la destruccion, brillará con esplendor inextinguible en el firmamento de la eternidad: *Quasi stella in perpetua aternitate* (4).

Por último, Jesus ha ejercido su soberanía sobre un fondo más resistente que la naturale-

(1) San Mat. 19, 21.

(2) San Luc. 12, 4.

(3) San Mat. 19, 19.

(4) Dan., 12 18.

za física y la naturaleza moral, pues ha obrado sobre los acontecimientos venideros, ó los futuros contingentes. Ya hemos dicho que para preverlos es indispensable la ciencia de un Dios, mas también es precisa la potencia de un Dios para trabajarlos y dirigirlos en sentido opuesto á sus naturales corrientes. Ahora bien, medítase con la debida detencion ese gran milagro de Jesucristo fundador. Bouddha fué solo un conquistador feliz, gracias á haber puesto de su parte los reyes y las pasiones; Mahomá logró imponerse porque al paso que con una mano mostraba una ley llena de seducciones, con la otra ponía de manifiesto la corva cimitarra, diciendo: crees ó muere. En suma, todo fundador ha hecho del prestigio de su gloria ó de su fuerza material el resorte, el secreto de su imperio: tal es el hombre. Jesucristo perece en un patíbulo y de la infamia de su muerte, y de la debilidad de sus medios, hace el nervio de su dominacion: hé ahí á Dios. Otro habria fiado su fortuna á prudentes combinaciones, y apoyándose por una parte en la política y por otra en los intereses; por un lado en determinados rios, por otro en tales ó cuales montañas, habria dicho: Dueño de esta posicion inexpugnable reinaré; hé ahí al hombre, Jesus le dice á un pobre pescador

desprovisto de toda instruccion: Tomarás esta cruz que constituye el padron de ignominia del esclavo, y la execracion del universo entero, y desprovisto de numerario, de calzado y hasta de báculo, te dirigirás á la capital impura donde Tiberio y Nerón reciben el incienso debido á la divinidad: allá increparás al César, señor del mundo que yo te mando conquistar; allá atacarás la idolatría dominante bajo la salvaguardia de las hachas imperiales y de preocupaciones envejecidas, y las destruirás, te encaminarás al Panteon donde se hallan representados los dioses de todos los pueblos y despues de haberlos derribado colocarás en su lugar á tu Crucificado de Jerusalem; y por último, á esa Roma que se juzga señora del mundo, la dirás: Yo soy tu señor; y cuando esa Roma haya hecho bafa de tus palabras, y burla de tu pobre sayal, y haya derramado tu sangre, quedarán echados de tal suerte los cimientos de mi edificio, que todos los poderes del mundo serán impotentes para destruirlos, y hallaréme convertido en el mayor potentado de la tierra: hé ahí á Dios. Vosotros los que pedís milagros, ahí teneis uno que dura todavía. El cristianismo, es decir, el poder más formidable de la tierra, descansa sobre dos ignominias: una cuna, un puñado de paja extendi-

da sobre un establo; y una cruz, un patíbulo levantado en la cumbre de una montaña. La fuerza brotando de la miseria; la inmortalidad, producto de la muerte. Despues de lo dicho, puedo à justitilo preguntar: ¿se concibe que sea el autor de la naturaleza, el que así la muda y tergiversa?

«Mahoma se estableció matando; Jesucristo haciendo matar á los suyos. Si Mahoma ha elegido el sistema de triunfar humanamente, Jesucristo ha elegido el de sucumbir humanamente. Y en lugar de deducir que, puesto que Mahoma consiguió sus propósitos, nada tiene de particular que alcanzara los suyos Jesucristo: debería decirse: que por lo mismo que él alcanzó Mahoma el cristianismo habría debido sucumbir, à no haberle apoyado una fuerza divina (1).» Tales son las diferencias características entre el poder del hombre y el poder de Dios.

Demostrado que Cristo ha dado pruebas inequívocas de su poder divino, no sólo en lo que se refiere á la naturaleza física, sino tambien en lo que dice relación á la moral y á los acontecimientos históricos, no se concibe que los diez-

(1) Pascal—Méditations.

tas contemporáneos se atreven à reducirle á las proporciones de hombre.

Ya sabemos que le niegan el honor de las curaciones de que da cuenta el Evangelio; más, suponiendo que respecto de este asunto estuviera de su parte la razon, equivocariáanse en sus conclusiones, puesto que no es menor el poder sobrehumano que se necesita para los milagros que desconocen, que el que se ha menester para los que suprimen. Lo mismo contradice las leyes de la naturaleza la existencia de un santo que la resurrección de un hombre. De la misma manera que el rio marchando en sentido opuesto á su natural corriente, los acontecimientos que se realizan en sentido opuesto á las leyes de la historia, constituyen una derogación de las de la naturaleza. Pues bien, para destruir á Jesucristo taumaturgo, no basta con borrar del Evangelio las curaciones maravillosas que llevó á cabo: es necesario además probar que un hombre tiene el poder indispensable para producir todos los santos y toda la santidad del cristianismo, y cambiar el mundo, sin más auxiliares que una docena de ignorantes completamente desconceptuados. Ello es fuerza convenir en que la resurrección del mundo no es ménos milagrosa que la de Lázaro.

Con todo esto, no puedo ménos que preguntar á los evangelistas segun el racionalismo, por qué razon suprimen los prodigios físicos en los actos de Jesús. ¿Consiste acaso en que semejantes hechos son incompatibles con su sistema? Desde cuándo un sistema sin pruebas debe prevalecer sobre hechos perfectamente probados? Y sin embargo, la verdad es que los hechos realizados por Jesús se hallan mil veces más probados que los de Sócrates. Lo están por su evidencia histórica, toda vez que se realizaron ante los ojos del pueblo romano en el apogeo de la civilización judaica, y ejerciéndose una vigilancia desconfiada y suspicaz, en una época en que la historia distinguía tan perfectamente, en esta materia, lo verdadero de lo falso, que sepultó en el olvido los milagros de veinte mesías contemporáneos, para transmitir à la inmortalidad los obrados por Jesús. Esos hechos están probados por la confesion implícita de testigos interesados en negarlos, puesto que los Judíos, movidos por pasiones implacables y por obstinadas preocupaciones, han acusado à Jesús de satanismo; pero en manera alguna de jugarla. Lo son por el sentido comun crítico, porque los milagros del Evangelio tienen el mismo grado de verdad histórica que su doctrina; y admitir

esta para rechazar aquellos, es una contradiccion destituida de juicio: honrar una verdad moral que se presenta bajo la salvaguardia de las mayores ficciones que hayan servido para embaucar al mundo, no es en manera alguna eclecticismo, es pura supersticion. Lo son por la afirmacion de testigos oculares que han muerto para confesarlos. Nieguen cuanto se quiera los milagros; pero, jamás podrá negarse que los Apóstoles y los discípulos hayan vertido su sangre para confesar que fueron testigos de ellos. Y téngase en cuenta que esos hombres no estaban locos, toda vez que su obra es sublime; no eran hipócritas, puesto que se hicieron matar por su fé; no eran visionarios, por lo mismo que los habían visto con sus ojos y tocado con sus manos. Ahora bien: tened entendido, que si rehusais aceptar su creencia, no podeis ménos que creer en cosas mucho más extraordinarias.

Tendréis que creer por ejemplo, que el Evangelio, es decir el libro mas bello y mas perfecto que se conoce, ha sido compuesto por cuatro hombres sin talento y sin honor: que este universo, que no pudieron conquistar ni un Alejandro ni un César, lograron conquistarlo doce oscuros soñadores: que esos soñadores, sin que mediara para ellos interés alguno, ántes bien en

contra de su propio interes, han hecho de su muerte una mentira colectiva en provecho de un hombre despreciable; puesto que si no son milagros los que hizo, deben considerarse verdaderas farsas. La verdad es que supuesto que Jesucristo no haya sido taumaturgo durante su vida, seria este un milagro de ultratumba, de todo punto irrecusable.

Todavía podemos añadir que semejantes prodigios se hallan además probados por el número y por la calidad de adeptos que inmediatamente han subyugado. Los sabios y el pueblo, las ilustraciones intelectuales de los primeros siglos, como las Virgenes de Roma y los libertos de la casa de los Césares, han creído en ellos de la propia suerte. Las persecuciones constituyen un combate de cuatrocientos años dado en este terreno, precisamente en una época en que la proximidad de los tiempos y de los lugares, hacia mas fácil la comprobacion. Y sin embargo, para sostener los grandes milagros de la divinidad y la resurreccion de Jesucristo; presentáronse siempre mas campeones de los que pudo sacrificar la tiranía romana. Esto sentado, ¿con qué derecho se viene, desde las profundidades de lo porvenir, y mediando el lapso de dos mil años, con qué derecho, repito, se viene á decir á San

Juan, á S. Policarpo, á Atenágoras, á Arnobio á S. Epifanio, á S. Justino, á Clemente de Alejandría, en suma, á todos los Apóstoles y á todos los Mártires, á todos los testigos oculares y á todos los contemporáneos, ¿ó os engañaisteis, ó bien habeis engañado? Cuando se han suprimido los milagros del Evangelio, todavía queda por explicar la manera como tantos hombres eminentes por su saber y por su virtud, que han podido verlos y juzgaalos de cerca, han creído en ellos. De manera que como siempre, tenemos los milagros de la negacion, ocupando el lugar de los de la fé; pero sin destruirlos. Milagro por milagro, se ha dicho, prefiero el que deroga por la voluntad divina una ley del mundo físico, al que por consecuencia de la locura humana, destruye una ley del mundo moral.

IV.

Del mismo modo que la duracion, la sabiduría y el poder, la santidad constituye en Jesus una grandeza por la cual sobrepuja igualmente

los límites de lo humano: En el orden moral todos los modelos son inferiores á este, puesto que sea el que se quiera el punto de vista desde el cual se le considere, resultan patentes en favor del mismo las siguientes ventajas; perfeccion absoluta; verdadera medida dentro de esta perfeccion y ser inexplicable en esta misma perfeccion.

O Dios, es decir, lo absoluto en sustancia no existe, ó una santidad que lleva impreso el sello de lo absoluto debe ser divina: Tal acontece con la de Jesus que carece de límites. La perfeccion humana se reconoce siempre á consecuencia de algun vacío: ¿dónde están los vacíos en la parte moral de Jesucristo? Los hombres más perfectos que estamos acostumbrados á ver, ofrecen siempre una virtud saliente sobre el conjunto de sus demás virtudes; por lo mismo que su santidad es parcial: nadie es capaz de indicar la virtud sobresaliente de Jesus, puesto que las posee todas. No solo ha puesto de manifiesto al mundo una moral completamente desconocida, sino que además fué á la vez ejemplo y revelador; y si era indispensable ser un Dios para revelarla, no ménos se necesitaba serlo para ofrecer en sí mismo un ideal tan perfecto.

Por lo demás, en tanto que los otros funda-

dores tienden á la dominacion, este subordina sus designios todos á la perfeccion y á la purificacion de los hombres. Sólo él, sin más vínculo de union que la comunidad de virtudes, ha logrado establecer el reino de las almas y la república universal de las conciencias. Creacion aparte, que no entraba en manera alguna en las ideas del hombre, y que sólo puede ser producto de una moralidad divina. En efecto, en el seno de esta creacion, Jesus siembra virtudes cuya aparicion ha sido el comienzo de una era: la castidad, la humildad, la pobreza voluntaria, la obediencia por amor, la compasion para con los pobres, la indulgencia respecto de los pecadores, la piedad para con los recién nacidos, son otros tantos timbres que ennoblecen el alma humana, que considerados hasta entónces como vicios ó debilidades, véase por él convertidos en instrumento de universal transfiguracion.

La plenitud de la santidad de Jesus, no tiene igual aun puesta en parangon con todos los santos de la humanidad. Como con tanta exactitud lo ha dicho M. Nicolás, podemos á nuestra vez repetir: imaginad un sábio cualquiera, y de seguro descubriréis en él rasgos de fisonomía que os lo harán semejante ó parecido á otro, mas buscad un rostro que pueda ponerse al lado de

la santa Faz, sin que resulte perjudicado el sentido moral, y de seguro no lo encontraría. Sócrates podrá ser comparado á Platon; Bouddha á Confucio; Mahoma á Zoroastro, solo Cristo es parecido á sí mismo, y separado de la tierra por una especie de pedestal místico, no puede compararse á nadie absolutamente de la tierra, porque sus iguales son únicamente el Padre celestial y el Espíritu Santo. Únicamente él puede decir á sus acusadores, lo que hombre alguno tiene el derecho de decirles: *¿Quién de vosotros me convencerá de pecado?* (1) Y ante semejante palabra, brota de su frente una luz deslumbrante: los santos callan y adoran; los fariseos enmudecen y perecen de despecho; diez y ocho siglos cierran los labios sin atreverse á balbucear una palabra para desmentirle, y la humanidad entera se ve obligada á inclinarse delante de él, apesar de su resistencia á humillarse, porque comprende que semejante provocacion tiene más alto asiento que su miseria, y que por más que hiciera no lograría triunfar.

Hay sin embargo un mérito no menos difícil que la perfeccion y es la medida en la perfec-

(1) S. Juan, 8.º 26.

cion. Una de las cosas mas antipáticas á la humanidad, es la sobriedad en la sabiduria tan recomendada por S. Pablo. Naturalmente nos inclinamos hacia el bien, huyendo los excesos del mal y sólo Dios es capaz de esa perfecto equilibrio, de ese justo medio proverbial en el cual consiste la virtud; ello es que nadie, antes de Jesucristo, supo dar con el punto imperceptible más allá, ó mas acá del cual, termina la perfeccion. Contemplad por ejemplo á Caton en su impassibilidad imperturbable, y un sentimiento íntimo os dirá: es una actitud fuerte; pero extremada; contemplad á San Simeon Stylita en su columna; á Francisco de Asis, bajo los harapos de su pobreza; al inocente S. Luis Gonzaga en el fervor de su niñez immaculada, y la conciencia os dirá: es respetable; pero más fácil de admirar que de imitar. En una palabra, en todas partes en la humanidad, ese defecto de exageracion, que consiste en no saberse preservar del mal, como no sea arrojándose en la exageracion del bien. Jesucristo es el único que no ha menoscabado su virtud en lo más mínimo, ni siquiera por exceso de perfeccion. Si le colocamos al lado de todos los seres perfectos formados en su escuela, de seguro quedaremos ménos sorprendidos por el espectáculo del adorable mo-

delo, que por el de sus discípulos. Semejante á esos edificios cuya magnitud desaparece ante la exacta proporcionalidad de sus dimensiones persuade de que para imitarlo basta conseguirlo. Más bien solicita nuestra imitación que influye para que desespere de alcanzarla; pues así como la virtud de los santos nos asusta, la suya nos atrae. En vano el presidente romano poniéndolo de manifiesto al pueblo exclamó: Hé ahí el hombre, pues ante el aspecto de aquella fuerza tan tierna, de aquella magestad tan sencilla, de aquella dignidad tan paciente, de aquella santidad tan templada, de aquellos matices indescriptibles, en una palabra, que constituyen su carácter moral, la razón se ve obligada á exclamar: Hé ahí un hombre Dios.

Y al llegar á este punto, permítaseme manifestar, que aun cuando se me amenazara con los más atroces suplicios, tendría que renunciar á establecer un paralelo entre la belleza moral de Jesús y la de los demás fundadores de religión. Convento en que la moral del bouddhismo no es impura; pero no puede negarse que en cambio es soberanamente ridícula. Un mundo construido á su imagen, sería una caricatura; un mundo poblado de hombres parecidos á Jesús, sería un paraíso. En cuanto á la moralidad de Mahoma,

basta con decir, que al paso que veo á la pasión empeñarse en semejante rehabilitación, me siento mayormente humillado por las ineptias perversas que la época presente osa exhibir á su credulidad. Y gracias aun, que cuando de virtud se trata, no se mencione jamás al disipado legislador de los hijos de Ismael; pues no puede negarse que fué un hombre perverso, más bien que un reformador, un hombre que se mostró vicioso hasta la desvergüenza, no sabiendo ser puro hasta el sacrificio. Al morir dejó nueve viudas; habiase casado públicamente con quince mujeres, sin contar las concubinas. Los que ven en el Coran un libro edificante, y en su autor un digno rival de Jesucristo, indudablemente en contra suya terribles pruebas, si estuviese averiguado que solo hablan de los libros que han estudiado y de los hombres que conocen.

Mas, ¿qué necesidad tenemos de someter la santidad de Jesús á esas odiosas comparaciones? La misma negación nos dispensa de ello. Strauss ha puesto término á uno de los libros más anticristianos de nuestro siglo, con esta inesperada concesión: «No ha existido persona alguna capaz de alcanzar el mismo grado de vida religiosa que Jesucristo (1).» Inconsecuencia flagran-

(1) Strauss, t. II, p. 776,
tomo I.

te, puesto que si Jesús no fué más que un hombre, no se concibe que no pueda ser igualado por otro. Inconsecuencia, por otra parte, digna de respeto, porque demuestra que el espíritu occidental, está tan completamente lleno de la divinidad de Jesucristo, que aun en los momentos en que la niega en sus premisas, implícitamente lo confiesa en sus concuencias.

Sin embargo entiéndase que no acepto en favor de mi adorado Maestro esos irrisorios homenajes, puesto que si por la santidad no se eleva hasta Dios descende hasta un nivel inferior á la honradez humana. No olvidemos en manera alguna que no deja pasar ni una sola ocasion, y de ello son testigo los Evangelios; en que no afirma su divinidad aceptando la prueba de ese papel difícil en lo porvenir. Bonddha no se presenta como Dios, sino como iniciador destinado á librar á los hombres por medio de un nuevo método de anonadamiento. El visionario de la Meca proclama que sólo Dios es Dios, y que Mahoma en su profeta. En una palabra, no existe revelador alguno que haya osado colocar-se sobre los altares, y reclamar adoracion: solo los tiranos son capaces de semejante locura. En cambio Jesucristo hace su propia apoteosis, y exhibe títulos en su apoyo. De manera que ad-

mitiendo que no sea un Dios, no cabe más recurso que considerarle como un criminal; y si no es adorable como el santo de los santos, merece ser despreciado como el más orgulloso, el más egoísta, el más ambicioso, el mayor tirano y el más abominable de los hombres.

Admitamos la naturaleza divina en Jesucristo, y todo cuanto ha dicho de sí mismo y todo cuanto de nosotros exige, todos los derechos que se reserva, y todos los deberes que nos impone, confirman su perfeccion ideal; mas escatimémosle la naturaleza divina, y lo reducimos á un ser problemático, en el cual no debemos ver otra cosa más que el charlatan, el loco, ó el malhechor. Perdóneme Jesús esa blasfemia arrancada por la hipótesis que al par oprime mi corazon é ilumina mi inteligencia: mi fé desmentirá por medio de sus íntimas adoraciones, cuantas injurias va á trazar mi pluma.

Si, suponiendo que Jesucristo no sea Dios, debe considerársela como un impostor, puesto que no una, sino cien veces, con hechos y con palabras revela su divinidad. Y es un impostor despreciable, que aducia falsos milagros en apoyo de sus asertos, y que corroborando sus embustes con ridículas mistificaciones, no vacilaba en descender hasta el último extremo de la de-

gradación en materia de impostura, es decir, hasta el chalatanismo. Hay más aun; es un impostor que no tiene disculpa, por lo mismo que en la sinceridad no existen dos medidas; siquiera se establezca diferencia entre el que nunca miente, ó el que sólo miente alguna vez, y aun cuando fuera verdad que no hizo más que aceptar, sin buscarlo, el papel de taumaturgo, siempre resultaría que en el mero hecho de no haber protestado de ello, descendió de las alturas de su Olimpo hasta el tablado del farsante. Ahora bien; dígame el lector sinceramente, si puede imaginar capaz de tan negra combinación á ese sabio de los sabios, á ese tipo deslumbrante de candor y de amor, que santificó el universo, que practicó tantas virtudes, que consumó tantos trabajos, y que selló sus virtudes y sus trabajos con la sangre más pura que en tiempo alguno haya regado la tierra!

Y ya que Jesús, atestiguando falsamente su divinidad, no sea un embaucador, preciso sería convenir en que es un visionario, y un visionario tanto más extravagante, cuanto que habría estado poseído de la más extraña locura que pueda imaginarse, la de crearse el Sér supremo; y un visionario tanto más imprevisor, en cuanto inscribiendo al pié de sus obras la firma de Dios,

toma á su cargo un papel que no es posible desempeñar, y se prepara la inevitable vergüenza de un fracaso ridiculizado por el porvenir; un visionario, en fin, tanto más ciego, en cuanto descendiendo de un carpintero y habiendo nacido en un establo, constituye el colmo del absurdo en la impiedad, el mero propósito de aspirar á ceñir desde la tierra tan incomparable corona. Y ahora pregunto: ¿existe hombre alguno, dotado de sentido común, capaz de consentir que se cubran con esa túnica de insensatez los hombros del mayor moralista, del legislador más sublime, del jefe de imperio más ilustre que haya existido jamás?

Finalmente, si Jesús haciéndose el Dios no es un loco, es un malhechor, y un malhechor muy culpable para con el cielo, puesto que pretende abolir el paganismo, y haciéndose tributar honores inmerecidos, por lo mismo que sólo corresponden á la divinidad, lo eterniza merced á una habilidosa trasformacion, y un malhechor no ménos culpable respecto de la humanidad, por lo mismo que la extiende sobre la misma cruz en que se le ajusticia, y la hace caer á un eterno torcedor, resultante de las dificultades de la imitación. El racionalismo sentimental de nuestros dias no debe en manera alguna

honrar como à un sábio & tan empedernido mistificador! ¡Nó, no es digno del nombre de sábio el que echando mano de sortilegios y brujerías engaña á los mártires, y usurpa en provecho propio las adoraciones del mundo. Respetto de él solo pueden admitirse cuatro juicios, se ha dicho hasta la saciedad ó bien debe considerarse como un charlatan, segun declaraban los judios, *seductor illi*; ó como un insensato, segun lo consideró Herodes; ó como un malhechor siguiendo en esto al anticristianismo; ó como Dios y Señor de todo lo creado segun le proclama Santo Tomás.

No le saluteis pues como à un nuevo Sócrates, puesto que la reverencia sería filosófica, y supersticiosa la genuflexion: Jesucristo no acepta este cetro de caña. No existe término medio entre los cuatro puntos del argumento; ó es un saltimbanqui, ó un loco, ó un malhechor, ó el mismo Dios: es indispensable optar y decidirse por uno de esos extremos, y obrando à impulsos de la razon y de nuestras propias convicciones, decir con Voltaire: «*Aplastemos al infame,*» ó con la hermana de Lázaro exclamar: «*Señor: creo que tu eres Cristo el Hijo de Dios vivo, que ha venido á este mundo.*» (1)

(1) San Juan 11, 27.

Mas para evitarse semejante conclusion, es indispensable llevar la herida más allá aun que à Jesucristo. Comprendo que se haya escrito: si un hombre ha podido realizar el designio de usurpar la autoridad de Dios sobre toda la tierra, es que no existe Dios en el cielo. Indudablemente es esta la victoria más importante alcanzada por la impiedad humana contra Dios. En último resultado los autores de falsas religiones le honran, bajo formas distintas, sin ocupar su puesto; solo Jesus ha sido capaz de pronunciar esta tremebunda palabra: Soy Dios, y la humanidad se ha inclinado con fe ante semejante pretension. Este éxito inaudito constituye la más desesperadora opresion de la verdad, ya que no sea su triunfo más legítimo. Si se supone que el cristianismo no es la manifestacion más pura de Dios, debe admitirse que es su destronamiento definitivo, y si Jesus ha sido cuanto llevamos dicho, el mundo moderno háse asociado por medio de incomprensibles aderaciones á las falacias, á la locura y á los crímenes del más extrño de los fundadores.

Si, falacia en la Iglesia y en sus testimonios, en los Apóstoles que la propagan, en la historia que la certifica, en los apologistas que la defienden, en los pontífices que la gobiernan, en los

templos que levanta, en los siglos que la prestan obediencia.

Locura en la ciencia, en las tradiciones, en el gónio y en las obras maestras de la era cristiana.

Maldad en el mundo convertido y civilizado, en la familia y la sociedad regeneradas, en las virtudes de nuestro martirologio, do quiera en suma exista un hombre que predique á Jesus, y un hombre que escuche, un sér que ofrezca la cruz como simbolo de consuelo, y un alma desgraciada que se abraza á ella al tiempo de exhalar el postrer aliento.

Abi teneis una demostracion por medio del absurdo que os desafia á contestar. Acabais de ver en qué se convierte Jesus, en qué se convierte al mundo, á qué quedais reducidos vosotros mismos, á qué se reduce Dios en fin, á consecuencia de los tiros asistados por vuestra negacion. Adorad á Dios en Jesucristo, y todo se ilumina con la historia moderna; mas suprimid á ese mismo Dios, á qué se puede explicarse cosa alguna sin un cálculo de perversidad de su parte, apoyada en complicidades de tal manera inadmisibles, que dado que fuérais capaces de creer en semejante imposibilidad, más bien que en la divinidad de Jesucristo, sería preciso rogar por

vosotros, sin intentar siquiera el trabajo de convenceros.

V.

Todavía existe en Jesucristo otro atributo que más, si cabe que los otros, le hace aparecer verdaderamente sobrehumano: el amor. Esa palabra profanada; pero no profana, según se ha dicho, no expresa solamente un aspecto del divino Maestro, lo resume, si hemos de juzgar por la siguiente palabra de Dios pintado por sí mismo. *Dios es caridad* (1).

Hay en las emanaciones de un corazón distinguido un canto penetrante que comunica suavidad á la palabra del hombre, union á su intimidad, amabilidad á sus rasgos; que proyecta algo de la esencia divina sobre la frente de los hijos de la tierra, y cuyo suavísimo perfume atrae un respetuoso amor. Nadie como Jesus

(1) San Juan 4, 8.

ha llevado hasta tan alto punto el imperio de semejante fascinación. Bagavath reunió todas las seducciones de un hijo de estirpe real; bello, virtuoso, dulce, fué sin embargo más inofensivo que amante. En cuanto al profeta árabe, dominador cruel y vengativo, no puede ser citado, tratándose de tiernos y santos sentimientos, sino es ofreciéndolo como repulsivo ejemplo de un alma que no los conoció. Y en cambio, ¿por qué cuando se me aparece la faz dorada de Jesús experimento la dulce conmoción que se traduce en las lágrimas de que me siento inundado; por qué se agita mi corazón conmovido; por qué me siento hasta capaz del sacrificio, llegando en ocasiones hasta el extremo de desear la muerte para mejor imitarle? ¿En qué consiste que se encuentren en su Evangelio tantas páginas palpitantes; en su vida tantos acontecimientos que hacen llorar; en su recuerdo esta virtud que sobrepuja al sufrimiento; en su nombre ese sabor que endulza mis labios como miel delicadísima, y seme mi alma en deleitoso arrobamiento, como acariciada por el mismo cielo? Ese prestigio del Salvador no es en manera alguna irradiación de sus otras grandezas sobrehumanas; es la suave exhalación de un corazón en el cual laten ternuras infinitas. Sí, ese nimbo que ro-

dea la santa imagen, y esa atracción indefinible que de ella descende, no son más que los reflejos de un amor divino derramado sobre una frente adorable, que le circunda con una aureola del santo amor de que somos objeto.

Se ha hecho observar que en todos los grandes fundadores, la fuerza del pensamiento devora la fuerza del sentimiento, y que la vida concentrada se refugia en la cabeza al paso que abandona el corazón: Jesús es al par el más profundo de los fundadores, y el más tierno, de los hombres. Sí, tan tierno, que su corazón fué para el mundo una novedad más sorprendente aun que su misma moral; tan tierno que la mayor revolución con que purificó la tierra, encierrase en esta sola palabra: ¡Caridad! El paganismo jamás pidió que sus dioses fuesen amados, bastaba para serles grato con que se les temiera. Jesús fué el primero que introdujo el amor en las relaciones entre el cielo y la tierra. A los ojos del paganismo existían señores y esclavos, patricios y plebeyos; á los ojos de Jesús había únicamente almas. Esto sentado, ¿quién es capaz de enumerar los amores sublimes que deben resultar de haberse proclamado semejante igualdad? Amor á los cautivos; amor á los leprosos, amor á los pobres, amor á los pecadores, amor

à los enemigos, amor, en una palabra, à las almas bajo el manto de todas las degradaciones y de todas las debilidades, de todas las razas y de todas las naciones . . . , tal es el rasgo más original y característico de la revelación de Jesús.

Y hasta podría añadir el más divino, porque era al par el más necesario y el más imposible à la miseria humana. Nó, no era solamente un hombre, no era simple mortal el que reunió en sí esos dos extremos naturalmente incompatibles: la fuerza del genio más poderoso, y la sensibilidad de la mujer más débil; las preocupaciones del conquistador, y el candor ingénuo del niño. Contempladle al pasar bajo los pórticos del templo de Bethania; hace un instante meditaba sobre las bases del imperio universal; al presente llora sobre la tumba del amigo que ha dejado de existir. Desgraciado aquel que leyendo en el Evangelio no ha sentido algo de esta conmovedora demostración. Regreso inefable del hijo pródigo al hogar paterno, dulce recuerdo de la Samaritana y la Cananea, y la beatitud de los que lloran, y el perdón de la Magdalena, y los niños envueltos en caricias y las lágrimas vertidas sobre Jerusalem, y la súplica por los verdugos que no saben lo que hacen! Recuerdos impercederos de una sensibilidad sobrehumana,

que constituyen para mi corazón manifestaciones de la Divinidad no ménos positivas que los rayos del Sinaí. Por esto cuando se pretende que los soberbios de la tierra se humilien ante la divinidad de Jesús, es indispensable recordar à los unos la manera como enseñaba; à los otros cuales fueron su vida y su muerte; à los de más allá de qué manera resucitó; mas à mis ojos, el mayor de sus milagros es su corazón, y para adorarle me basta con recordar la intensidad de su amor.

Esta tesis es más decisiva aun, cuando se le invierte para poner en evidencia la manera como fué amado Jesús. Mucho se le ha insultado y negado; si como la verdad que constituye su divina esencia es el ser más odiado de este mundo; es también el más querido. A la manera que los padres mueran á veces en el corazón de su posteridad, ántes aun de que hayan dejado de existir; así como los grandes de la tierra se ven abandonados en su agonía, cuando no han exhalado aun el último suspiro, del mismo modo en fin que los recuerdos de nuestro corazón renuévanse en nosotros casi antaímente, como acontece con las flores en la primavera; y que somos tan desgraciados en el orden del sentimiento.

to, en cuanto según, se ha dicho, podemos resistir menos tiempo la intensidad del dolor, existe un Crucificado que con haber muerto hace diez y ocho siglos, todavía ve visitada su tumba incesantemente. La Europa entera se ha levantado siete veces blandiendo millares de espadas, sin más objeto que reconquistar el frío sepulcro donde fué sepultado: el catolicismo se postra con devoción sobre todos los lugares en que posó su planta, desde Jerasalen hasta el fondo de Samaria; hijos hay que arrancan à sus madres lágrimas de dolor, al abandonarlas para ir à buscar una muerte segura y gloriosa en las regiones más remotas à las cuales donde se trasladan para defender la palabra de Jesús; lo mismo los reyes que los cristianos más humildes se inclinan hasta el suelo para adorar respetuosamente la huella impresa por su pié ensangrentado: por él se muere en el interior de los claustros; sobre ignominiosos catafalcos, en medio de desiertos espantosos; contéplase hasta el éxtasis; se le respeta hasta la adoración; se le ama hasta la locura, en fin, es el padre de los desgraciados que se resignan; el último grito de los santos que mueren; la pasión inmortal de una humanidad que no es capaz de vivir sin amar, ni de amar durante mucho tiempo un mismo objeto,

¡He ahí la medida sobrehumana de las afecciones que inspira!

Argumento poderoso como todas las afirmaciones que pronuncia el hombre puesta la mano sobre el corazón. El constituir la mejor prueba para Napoleón I, toda vez que herido en Sta. Elena por este pensamiento, el gran capitán dedujo de él una consecuencia sublime. Desde lo alto de su melancólico peñasco, paseando por la historia su mirada penetrante, convenciase con honda amargura del escaso amor que acompaña à los grandes hombres más allá de la tumba. A tento à esto media à la humanidad en su comportamiento para con Alejandro, para con Anibal, para con César, para con él mismo; despues hacia lo propio respecto de nuestro divino Redentor, y comprobada la diferencia, exclamó con inspirado acento. «Ah Bertrand, conozco mucho à los hombres, y puedo asegurarte que Jesucristo era Dios!» Este acto de fé, llevado à la Europa escéptica desde aquel lecho de muerte, constituye uno de los testimonios más concluyentes que puedan imponerse à la razón. Escuchando tales acentos no se concibe que no inspiren profunda compasión los sabios extraviados capaces de escribir: «Todas esas pretendidas demostraciones de la divinidad de Jesucristo, po-

«drian igualmente aplicarse á otros personajes, «por ejemplo al Bouddha Sakiamonni (1).» A nuestros ojos solo hay una desgracia que pueda igualar á la que resulta de haber escrito esta contra-verdad, y es la de morir sin haber reconocido su irritante injusticia y su suprema inconveniencia.

VI.

Finalmente, Jesús es también sobrehumano en su constitución. Nada más fácil de imaginar que un personaje de novela, porque, si bien es cierto que todos los hombres son distintos, también lo es que todos se parecen, y que con buen acopio de rasgos comunes, es muy fácil componer un rostro que no lo es. Pero Jesucristo es un tipo hasta tal punto inconcebible, que para ser pintado, necesariamente ha debido presentarse tal cual lo vemos, puesto que, de lo

(1) S. Rursonf. *Ofensas de las religiones*.

contrario, el inventor de su historia sería más sorprendente que el mismo héroe. Esta fusión de dos naturalezas es una sola persona, sosteniéndose constantemente de uno á otro extremo del Evangelio, no solo en las enseñanzas doctrinales, sino también en los actos de Jesús, esta alianza de Dios y del hombre absorbiéndose ó desmintiéndose mutuamente, constituye á no dudarlo una creación indudablemente sobrehumana. El espíritu era tan incapaz de concebirla antes de verla, que aún después de haberla visto apenas creía en ella. Y sin embargo, la razón está obligada á reconocer perfectamente, conforme con sus exigencias lógicas, lo que no lo está con sus instintos, puesto que las armonías del misterio de la Encarnación le encantan, en tanto que la manera de ese misterio la desconcierta.

Afortunadamente lo que ella no comprende, es decir, la constitución de Jesucristo, le parece tan divino como lo que acierta á explicarse, esto es, las causas y la oportunidad del advenimiento de Jesucristo. El retrato del hombre Dios según el Evangelio, encierra realmente una verdadera apología en su sublime originalidad. Es demasiado inverosímil, humanamente considerado, para no ser divinamente verdadero,

Nótese el paralelismo, realmente sobrenatural de estas dos vidas, en una vida misma, tal cual resulta del texto sagrado.

San Lucas y San Mateo nombran á los antepasados de Jesús según la carne, á través de una serie de setenta y siete generaciones, desde los príncipes de Judá, hasta Zorobabel, hasta David, hasta Adán, hasta Dios: ésta es la generación del hijo del hombre. San Juan exclama: *En el principio era ya el Verbo, y el Verbo está en Dios, y el Verbo era Dios. Y el Verbo se hizo carne y habitó en medio de nosotros* (1). Esta es la generación del Hijo de Dios.

Jesús viene al mundo en un establo, sujeto al dolor, á la humillación y á la pobreza; era el nacimiento del hombre; pero los ángeles cantan sobre su cuna, los astros le sirven de nuncio, los pastores de las montañas y los reyes del Oriente le llevan el tributo de sus adoraciones, más aún, el universo entero se conmueve ante semejante aparición; era el advenimiento de un Dios.

Jesús, amenazado por la sombría ambición de Heródes, huye á la tierra de Egipto que sirvió de refugio á su abuelo Jacob; era el destier-

(1) S. Juan 1.º, 14.

ro del hombre; mas según las tradiciones los falsos dioses tiemblan y la estatua de Júpiter Casio se hace pedazos á su aproximación: hé ahí el paso de Dios.

Jesús crece en edad y en sabiduría, en el trabajo y en la oscuridad, como los demás niños de Nazareth; era la educación progresiva del hombre; pero va á celebrar la Pascua á Jerusalem, mézclase con los doctores en el templo, les sorprende por las incomparables luces de su palabra: hé ahí la ciencia infusa de Dios.

María que lo ha perdido entre la multitud, exclama llena de amargura al encontrarse nuevamente con él. *Hijo, ¿por qué te has portado así con nosotros? Mira como tu padre y yo llenos de aflicción te hemos buscado* (1). Era la advertencia dirigida al hombre. Jesús responde: *No sabíais que yo debí emplearme en las cosas que miran al servicio de mi Padre* (2). Hé ahí la justificación de Dios.

Llegado el tiempo de la vida pública, Jesús abandona el taller de Nazareth, se confunde con la multitud arrepenitada, recibe el bautismo de

(1) San Luc. 9.º 41.

(2) S. Lucas 2.º 49.

manos de San Juan: es la humildad del hombre. Mas al propio tiempo los cielos se abren, el Padre celestial dice: Este es mi Hijo amado; el Espíritu Santo desciende bajo la figura de paloma, en una palabra, la Trinidad completa se manifiesta: hé ahí la gloria de Dios.

Jesús pasa al desierto: vé á Satán que se le aproxima, y se somete á la tentación cual podría haberlo hecho otro hombre: pero pronuncia una palabra y esto basta para que el tentador se declare vencido, en tanto que los Angeles descienden del cielo para servirle cual convenia á la majestad de Dios.

Jesús no tiene una sola piedra donde descansar su cabeza, sufre el hambre y la sed, el ayuno le postra, la fatiga le abaté, la tristeza le devora, la pérdida de su amigos le hace llorar: es la sensibilidad del hombre. En cambio, con cinco panes y algunos peces da de comer á miles de personas, sujeta los elementos á su voluntad, cura los enfermos, seca las lágrimas en los ojos de los desgraciados, y con esto manifiesta su naturaleza divina.

Jesús ha predicado, los Fariseos resuelven matarle, se oculta para sustraerse á su persecución; vémos en esto la debilidad de la humana

naturaleza: Jesús reaparece, los Fariseos le obligan á condenar la mujer adúltera, y basta con que les señale ciertos signos trazados sobre el polvo para que huyan aterrados: hé ahí la fuerza de Dios.

Contemplad á ese desgraciado que cae rendido de fatiga, despues de la flagelacion del pretorio: es el hijo del hombre. Contempladlo ahora deslumbrante de luz, trasfigurado en la cima del Tabor, es el Hijo de Dios. Contempladle lleno de zozobra y bañado en el sudor de la agonía, esforzándose por volver de su sueño á los amigos que lo han abandonado y por los cuáles, va á morir: es el hijo del hombre. Vedlo ahora anunciando en son de profecía que el reino de las tinieblas ha concluido, y que es de los suyos el que va á entregarlo á traicion; es el Hijo de Dios. ¡Quién es esta víctima prosternada en el polvo del huerto de Gethsemani, que con voz dolorosa exclama: *padre mio, si es posible, no me hagas beber este cáliz (1)?* Es el hijo del hombre. ¡Quién es ese sacrificador que se incorpora, y que con una de sus palabras hace postrar á los los enemigos que van á aprisionarle; para hacer

(1) San Mat. 26, 39.

patente que es el señor de aquellos que van á convertirle en su juguete? Es el Hijo de Dios. Por último, contemplad á ese condenado conducido de uno á otro tribunal, que ha sido interrogado, escarnecido, negado repetidas veces y por último, juzgado como un malhechor: es el hijo del hombre. Contemplad en cambio al pobre paciente que cura la oreja á Malco, que amenaza á Caifás, cuyo solo recuerdo basta para inspirar á Júdas desesperados remordimientos, y cuya imagen puesta patente en todos los pretorios de la cristiandad hará temblar constantemente á los jueces prevaricadores: es el Hijo de Dios.

Posteriormente Jesús exhala su postrer aliento diciendo: *Dios mío, Dios mío, porque me has desamparado* (2) era el decaimiento, la postración del hombre; mas si muere es porque ha querido morir: era la soberanía de Dios. Muere y es sepultado, cual se hace con los restos mortales del hombre; pero el sol se eclipsa, la tierra treme, los peñascos se hunden, las tumbas se abren: es el duelo de la naturaleza por la muerte de un Dios. Muerto, su cuerpo es custodiado

(1) San Mat. 23, 29.

por guardias de vista, su sepulcro cerrado y sellado para que en todos tiempos pueda hacerse constar que allí se encierra el cadáver de un hombre; mas al tercer día ni Pedro, ni Juan, ni Magdalena logran encontrarle dentro de la tumba en que fuera depositado, en tanto que los discípulos de Emaus le reconocen en el modo de partir el pan: era la resurrección de un Dios. Por último, por espacio de muchos días, Tomás y otros muchos pueden verle, acercársele y poner la mano en sus heridas, para adquirir la convicción de la identidad del hombre; mas el día de la Ascension reúne á sus Apóstoles y á sententa y dos discípulos en la montaña de las Olivas, y asciende al cielo en su presencia, para probarles que es Dios para siempre jamás impasible y glorioso.

Hé ahí á ese tipo múltiple de Jesucristo, que no puede ser explicado como hombre solo, ó como Dios solo, y en el cual Dios y el hombre están de tal suerte confundidos y entrelazados, que es imposible separarlos sin anonadar la personalidad que les une, y elevar lo absurdo á la categoría de misterio (1).

(1) Véase las notables Conferencias del Edo. Bosch sobre el Hombre-Dios.

Tal es Jesucristo: coloquemos ahora al lado de ese verdadero retrato los cristos convencionales imaginados por la herejía ó por nuestros autores de idillos orientales. Para apreciar la manera como el primero es divino, basta con demostrar cuanto hay de imposible en los de creación humana. Arrio fué el primero que negó la consubstancialidad, y por consiguiente la divinidad del Verbo; pero los santos confesores de Nicea, con una mano puesta sobre la doble historia que á grandes rasgos acabamos de trazar, y la otra sobre sus cicatrices, dijeron: Por el Hombre-Dios es por quien hemos padecido, un Hombre Dios es á quien confesamos, y bastó esto para que quedara destruido el primer falso retrato de Jesucristo. Aparece despues Nestorio, que descompeniando á Cristo en dos personas, suponía en Jesus un Dios y un hombre en lugar de un Hombre-Dios; pero la Iglesia, llamada á la vista de ese Dios que no siendo hombre, no podia satisfacer por nosotros, y de este hombre que no siendo Dios, no podia conciliar-nos con él, y resistiendo verse defraudada en la felicidad de su redencion, levántase con S. Cirilo, con el concilio de Efeso y con todo el Oriente; con el Papa S. Celestino, con el concilio de Roma y con todo el Occidente para anatematizar

el segundo falso retrato de Jesucristo. Fué el autor del tercero Eutiques, que destruyó en Jesucristo la naturaleza humana; pero en presencia de este Cristo que no habria sabido sufrir humanamente, puesto que solo la apariencia tenia de hombre; y que no podria consolar, por lo mismo que habria ignorado lo que es sufrir, el mundo cristiano respondió: Un redentor llorando del mismo modo que yo, hé ahí cómo debe ser el mio, y los Padres de Calcedonia, rechazaron el tercer falso retrato de Jesucristo. Finalmente, de Eutiques á Sergio, y de este á Socino, la herejía se agota en falsificaciones sobre a misma cabeza, sin saber imaginar un Critoa capaz de borrar al Hombre-Dios de las páginas del Evangelio.

La filosofia como la herejía ha querido tener su Cristo y no ha podido alcanzar hacerlo filosófico. El primer retrato ha salido de manos de Voltaire. No hay para qué recordar la indignacion del mundo producida por la criminal alteracion de la divina semejanza; no pudiendo aplicarse á aquella figura el epíteto de *infame* escrito al pié de la misma, desprendiose de dicho sitio para caer sobre la frente del autor. El segundo retrato es de Dupuis. Este en su *Origen de los cultos*, osa ver en Jesus un ser puramen-

te imaginario, y llega hasta el extremo de negar su realidad histórica: absurdo semejante cayó completamente en descrédito, de manera que solo se cita como un hecho pasajero. El tercero es de Strass y de Salvador. Representa la vida de Jesús, no como una fábula sino como un mito, es decir, como un recuerdo vaporoso, medio verdadero, medio falso, ocupando el justo medio entre la fábula y la historia, y concediendo á Jesús una existencia problemática como la de Hércules ó la de Lino. Ante semejante balumba y mezcla de falsa erudición, la razón europea se ha sentido movida por la curiosidad: mas al cabo de muy poco tiempo ha vuelto la espalda con solemne desdén, convencida de que aplicando idéntico sistema crítico á todos los acontecimientos del pasado, puede suprimirse completamente la historia. Finalmente, no hace mucho tiempo ha aparecido el último retrato del mismo original: este no nos ofrece á Jesús desfigurado por los sabios, sino á Jesús transformado por los novelistas.

Háse encontrado un artista sacrilego después, to á hacer de la vida de Jesús un drama en tres actos que podrían titularse la pastoral, la comedia, la tragedia. La pastoral tiene lugar en Belén y en Nazareth; la comedia durante la vida

pública de Jesús; la tragedia se realiza en el Calvario. Falsificación toda la obra cual jamás se haya imaginado otra alguna, porque la pastoral de este nuevo evangelio es un fragmento de fantasía literaria: la comedia era irrepresentable por ser imposible por su propia naturaleza: pudiendo decirse que la tragedia, habria sido legitima, de ser la comedia verdadera. Sí, la comedia era imposible, porqué los milagros del Salvador no pueden en manera alguna ser explicados por el poder atribuido al *contacto y al sonreír de un ser excelente* (1). Ensayen los apasionados del cristianismo el tratamiento de las *sonrisas* sobre los ciegos de nacimiento, y el de los *contactos más excelentes* sobre los cadáveres en descomposicion, y verán el resultado que obtienen. En fin no vacilo en repetir que la tragedia habria sido legitima, si la comedia hubiese sido verdadera, porque suponiendo que Jesús hubiese sido un bribon que hubiese logrado imponerse y llevar á los ánimos la perturbacion echando mano de falsos prodigios, Júdas habria hecho perfectamente entregándolo, Caifas y Herodes enviándolo al juez, Pilatos sacrificándolo,

(1) Roman, Vida de Jesús.

los Judíos deshaciéndose de él, y todos los sayones y verdugos castigándolo; y el único criminal verdadero que aparecería en los anales del delirio, sería precisamente ese mismo Dios, falsamente adorado por el universo, como modelo, esperanza y vengador supremo de los inocentes.

De manera que de todos los retratos imaginados para reproducir a Jesucristo, sólo hay uno que se imponga a la razón y este es el verdadero. Ahora bien, este es demasiado sobrehumano para que pueda considerarse de composición humana, demasiado sobrehumano, sobre todo, para que cuatro historiadores, debiendo pintarlo separadamente, hubiesen concordado hasta tal punto en su identidad, que lo reprodujeran del mismo modo sin olvidar el rasgo más insignificante. Conclusión dulce y fecunda en la cual mi alma encuentra una evidencia de razón y una evidencia de fé, y adora simultáneamente la divinidad de su Cristo y la de los Evangelios.

Juzgaría completamente recompensados mis esfuerzos, si al término de este estudio, se encontrara un solo lector que incrédulo respecto del Dios que acabo de demostrar, le adorase con la embriaguez incomparable del ciego de nacimiento, cuyos ojos al abrirse a la luz, descubren

al par rasgos de Jesús y su divinidad. Es una felicidad indescriptible la que resulta sintiendo latir el corazón en presencia de esta cabeza demudada por el dolor que abrigó tan grandes pensamientos; ante esa mirada inefable cuya expresión arrancaba raudales e lágrimas a S. Pedro, ante esa boca suavísima cuyas palabras constituyen el consuelo y la sabiduría de los siglos, ante esas manos cuyas bendiciones hacían las delicias de la niñez, ante esos pies con frecuencia cansados de caminar en pos del extraviado rebaño de Israel, ante esos brazos en fin tan prodigamente extendidos sobre la tierra, que es imposible que escape miseria alguna a los abrazos de su misericordia.

En esta adoración existe la solución de multitud de problemas, la contestación a muchos dolores. Semejante acto de fé, encierra el compendio de todos los consuelos, el resímen de todas las pruebas. Desgraciadamente, al tocar a su término, siento que me asalta la tartamudez de que habla San Pablo, porque la verdad es que jamás se ha dicho de Jesús todo cuanto debería decirse, porque cuando el espíritu ha terminado, el corazón quisiera empezar de nuevo.

Es que cuando debe hablarse de Jesús se experimenta una especie de opresión involuntaria,

escribía en 1840 Sainte-Beuve. Cuando se pronuncia su nombre, como no sea postrado de hinojos en actitud de adoración, se teme profanarle; la simple repetición de ese nombre inefable para el cual el respeto más profundo podría trocarse en blasfemia, aterra al hombre pensador (1).

Por desgracia, ese mismo hombre ha renegado más tarde de Jesús, seducido por el brillo escandaloso de una popularidad póstuma y deletérea: ello es que puede aplicarse à la segunda mitad de su existencia esta sentencia que fulminó durante la primera. «Los que niegan absolutamente à Jesucristo, llevan la penitencia en su pecado. Fijaos en los más notables de los anticristianos modernos, en Federico el Grande, en Laplace, en Goethe, y podreis convenceros de que todo aquel que ha desconocido completamente à Jesucristo, en el espíritu ó en el corazón, no ha tenido cuanto habia menester, le ha faltado algo (2).» El autor de la cita constituye un número más que debe adicionarse à esta lista de seres incompletos.

(1) *Historia de Port-Royal*.

(2) *Idem*.

CAPITULO IV.

EFFECTOS SOCIALES PROPIOS DE LA VERDADERA RELIGION.

El cristianismo lleva en sí mismo los caracteres de la verdad sobrenatural; que brillan singularmente en su divino autor: con la circunstancia de que es tan clara esta última verdad que haría violencia, à la adhesión de los espíritus, si no existieran siempre motivos que los engañaran; teniendo en cuenta, por otra parte, que no se hallan animados del vehemente deseo de no serlo. Hemos visto que el fundador del cristianismo traspasa los límites de la humanidad por su duración retrospectiva en los acontecimientos que le han precedido, y por su du-

escribía en 1840 Sainte-Beuve. Cuando se pronuncia su nombre, como no sea postrado de hinojos en actitud de adoración, se teme profanarle; la simple repetición de ese nombre inefable para el cual el respeto más profundo podría trocarse en blasfemia, aterra al hombre pensador (1).

Por desgracia, ese mismo hombre ha renegado más tarde de Jesús, seducido por el brillo escandaloso de una popularidad póstuma y deletérea: ello es que puede aplicarse à la segunda mitad de su existencia esta sentencia que fulminó durante la primera. «Los que niegan absolutamente à Jesucristo, llevan la penitencia en su pecado. Fijaos en los más notables de los anticristianos modernos, en Federico el Grande, en Laplace, en Goethe, y podreis convenceros de que todo aquel que ha desconocido completamente à Jesucristo, en el espíritu ó en el corazón, no ha tenido cuanto habia menester, le ha faltado algo (2).» El autor de la cita constituye un número más que debe adicionarse à esta lista de seres incompletos.

(1) *Historia de Port-Royal*.

(2) *Idem*.

CAPITULO IV.

EFFECTOS SOCIALES PROPIOS DE LA VERDADERA RELIGION.

El cristianismo lleva en sí mismo los caracteres de la verdad sobrenatural; que brillan singularmente en su divino autor: con la circunstancia de que es tan clara esta última verdad que haría violencia, à la adhesión de los espíritus, si no existieran siempre motivos que los engañaran; teniendo en cuenta, por otra parte, que no se hallan animados del vehemente deseo de no serlo. Hemos visto que el fundador del cristianismo traspasa los límites de la humanidad por su duración retrospectiva en los acontecimientos que le han precedido, y por su du-

ración póstuma en las revoluciones que han venido en pos de él. La sobrepuja por su sabiduría que marcan con el sello de lo infinito una originalidad, una elevación, una infalibilidad, una simplicidad y una presciencia sobrehumanas. La sobrepuja por la milagrosa soberanía que ejerció en la naturaleza física, en la naturaleza moral, y en los contingentes futuros. La sobrepuja por una santidad tan absoluta, que sirve de regla á las apreciaciones y á las acciones morales del género humano civilizado; tan medida, sin embargo, que es al par el modelo más completo y más asequible; tan necesaria, en fin, que si no se admite á Jesus como un sér divinamente perfecto, hay necesidad de considerarle como un sér humanamente despreciable. La sobrepuja por los amores sobrenaturales que ha sentido y revelado, y por aquellos que ha querido inspirar. La sobrepuja, en fin, por una constitucion dentro de la cual Dios y el hombre se asocian en condiciones tales, que jamás hombre alguno hubiese sido capaz de concebir semejante figura, como Dios mismo no la hubiese ejecutado. Ahora bien, colocar al lado de este otros fundadores, por más cuidado que se ponga en diafrazar las blasfemias, á fin de no causar alarmas, vale tanto como sacrificar la historia y el

sentido comun á las propias preocupaciones. Despues de haber comparado las religiones positivas en sus pruebas intrínsecas y en sus fundadores, procuremos distinguir las segun sus efectos sociales.

Si el hombre ha menester la verdad, es preciso convenir en que tiene una disposicion desordenada para la falsedad, especialmente cuando esta constituye una brillante paradoja, bastante por sí sola á poner de relieve el talento de su autor. Al presente, son de todo punto innumerables, los crímenes intelectuales que la monomanía de la originalidad produce sin cesar: pues así los filósofos como los literatos lo afirman todo, hasta lo absurdo, impulsados por el afán de la originalidad.

Entre las injusticias inspiradas por la inclinación á los puntos de vista desconocidos, es una de las más repugnantes la que tiene por objeto negar al cristianismo los beneficios de la era Cristiana. Presentar la civilización moderna como una efflorescencia de la razón humana llegada á completa madurez sin el Evangelio, y acaso á pesar del Evangelio; decir de Jesucristo, al cabo de diez y ocho siglos iluminados y formados merced á su palabra, que nada se le debe, como no sean preocupaciones y retardo en el progre-

so, y en manera alguna este mismo progreso, es el colmo de la ingratitude, elevada al delirio. Hoy el fondo de la filosofía de la historia consiste en el anti-cristianismo.

Para apreciar debidamente lo que Europa debe al Evangelio sería indispensable suprimirlo por completo, y verla tal cual la habria producido la razon abandonada á sí misma. Semejante abstraccion no puede facilmente concebirse, por lo mismo que nos hallamos impregnados de cristianismo hasta tal punto, que nos vemos forzados á introducirlo hasta en nuestras objeciones anticristianas. Esto sentado, es de todo punto imposible saber hasta qué punto seriamos desagradados si no fuésemos cristianos. Con todo, en defecto de una medida exacta y rigurosa, podemos dar una idea aproximada de la dauda que tenemos contraida para con el sublime autor del Evangelio.

Trea cosas, representan, en el seno del mundo moderno, los ejes del órden universal, y estas tres cosas constituyen lo que hay de mas bien establecido en la fé misma de aquellos que no creen: estas tres cosas son la propiedad, la familia y la sociedad. Ahora bien: me dirijo á los fervientes adoradores de estas tres instituciones; y les pregunto, de qué manera podrian ha-

cer de ellas una verdad cierta, si fuese incierto el cristianismo que les sirve de base. De modo que, profesar esos tres cultos hoy en boga y no inclinarse delante de nuestro Cristo, es una inconsecuencia sin corazon, toda vez que derivando evidentemente de Jesus semejantes beneficios, no se concibe que pueda haber empeño en no referirlos al mismo. Y si son divinos dichos beneficios, ¿por qué no ha de serlo su autor?

Al visitar la ciudad de Roma, tuve ocasion de notar un contraste que me llamó la atencion de un modo extraordinario. Poniendo en relacion las ruinas cristianas con las ruinas paganas, no podia menos que decirme: Hé ahí dos mundos que se hallan separados por medio de insondables abismos, con todo y mediar simplemente entre los dos el intervalo de un solo dia. Históricamente se tocan; bajo el punto de vista de las ideas, más bien que la continuacion, son el uno la destruccion del otro. Dirijámonos al Palatino para inquirir qué debemos pensar de la propiedad, de la sociedad y de la familia, y fijemos la contestacion en nuestra mente; dirijámonos despues á las catacumbas para hacer idéntica pregunta á los pontífices cristianos, y siendo opuestas las contestaciones, no podremos menos que concluir, que la diferencia entre ambas

doctrinas es demasiado radical y la transición harto brusca, para que el espíritu humano haya podido por sí solo recorrer instantáneamente el trayecto que media entre unas y otras. Si, el espíritu no va del uno al otro de esos puntos sin hacer estaciones intermedias, y si salva en un solo día espacios que el hombre, dado lo limitado de su naturaleza, no puede en manera alguna atravesar; debe precisamente deducirse de ello, que ha sido guiado por un poder divino.

Precedencia de Jesucristo, y desaparece la propiedad sólidamente constituida, por lo menos en los pueblos cristianos. La razón humana que en la antigüedad estableció la esclavitud dejándose llevar hoy por la pendiente opuesta, tiende à proclamar la igualdad absoluta, principio del todo disolvente, porque la propiedad para subsistir ha menester, como consecuencias prácticas, la desigualdad en las fortunas y en las

condiciones. Al presente, la igualdad socava los fundamentos de la propiedad, donde quiera que el cristianismo no sirve de contrapeso à la primera y de salvaguardia à la segunda, y solo restan meras repugnancias de mal parecer, y no un verdadero antagonismo filosófico entre estas dos proposiciones: «Jesucristo no es Dios.» *La propiedad es el robo.*

Efectivamente: en las teorías de los pensadores que organizan el mundo sin Dios, la propiedad tiene solo dos bases. Los unos aducen en apoyo de su posesion, la autoridad de la naturaleza, expresándose en estos términos: quando el hombre siente una necesidad imperiosa, esta necesidad constituye su derecho; por consiguiente, no hay para qué decir dónde existe el derecho de la propiedad, de la cual experimenta el hombre esa necesidad imperiosa. Véase ahora la atorradora respuesta del enemigo à este argumento fundamental: Lo que legítima vuestra posesion consiste en que es una necesidad de la naturaleza; por consiguiente, debéis convenir en que los que nada poseen viven fuera de la ley de la naturaleza. Vosotros decís: la propiedad es una necesidad del hombre, por consiguiente, guardo lo que tengo; à esto respondo: la propiedad es una necesidad del hombre, por consiguiente recla-

mo mi parte. En consecuencia, perezcan las leyes que consagran tales desigualdades, perezca la sociedad que consagra tales leyes, perezcan si es menester los defensores de estas leyes y de esta sociedad, y rectificuese el censo catastral de las naciones, hasta tanto que la abundancia en que nadan los unos, no constituya el insulto lanzado al rostro de los que mueren de hambre.

Semejante pretencion ha sido rechazada por muchos libre pensadores; pero por más que han trabajado no han conseguido refutarla. De su parte están la fuerza y el derecho; pero la lógica reside en el campo contrario, y en ella permanecerá en tanto no venga la fé á robustecer las apologías de la propiedad.

Los otros órganos del derecho racionalista fundan sus argumentos en la autoridad de la tradicion. La propiedad, dicen, descansa sobre una convencion antigua y sagrada que se pierde en la noche del pasado. Cuando nuestros padres concluyeron su pacto social, arreglaron la transmision de sus bienes mediante determinadas condiciones; y nosotros que, virtualmente estábamos contenidos en ellos, no podemos destruir ese contrato sin faltar á la piedad filial, y sin subvertir un orden público más digno de

nuestro respeto, que el mismo techo debajo el cual hemos abierto los ojos á la luz. Más al llegar á este punto, siento el rugido del oleaje comunista minando las bases sobre que estriba ese edificio, gritando: ¡Como! ¡quiéres exigirse que guardemos respeto á un úrden que no respeta ni nuestra miseria ni nuestra dignidad? ¡Será cierto que la voluntad de nuestros antepasados, decretando para nosotros el servilismo y el hambre, ha de ser inviolable? No, nosotros no reconocemos á los jefes de raza como representantes de unos siglos que no pudieron expresar su opinion. Nuestros padres no tenían el derecho de atarnos á su contrato social; nosotros por nuestra parte, no tenemos el derecho de atar á nuestros descendientes; por consiguiente pedimos que cada lustro tenga efecto la movilizacion de la tierra, y que de acuerdo todos en la parte á cada uno correspondiente, existan en nosotros tantos reyes como ciudadanos.

No hay para qué decir, que cuando semejantes paradojas se han querido trasladar de las bibliotecas á la plaza pública, se han puesto con justicia fuera de la ley; mas convengamos en que habria sido mucho mejor destruirlas por medio de argumentos que valiéndose de los cáñones y de las bayonetas, pues es una verdad

indubitable, que el racionalismo propietario cuenta sólo en su favor la razón de la fuerza, en tanto para alcanzar la fuerza de la razón no echa mano de la revelación.

Es por consiguiente indispensable excogitar un principio que establezca en la linde de nuestras propiedades, capaz de crear un obstáculo á la audacia de los invasores. Pues bien, Dios únicamente posee la autoridad suficiente para establecer esta salvaguardia. Solo él puede decir á todas las concupiscencias: soy el propietario único y universal: los cielos, la tierra, los mares me pertenecen en pleno dominio y por esto otorgo su posesión á quien me parece: *Domini est terra et plenitudo ejus* (1). Cuando establezco una sociedad, donde quiera que sea, le cedo la administración de mis bienes: y cuando por la fuerza de los tiempos y de las costumbres han llegado á fijarse las porciones, autorizo con mi firma esos contratos, esos derechos de mi derecho supremo, y sentado en la linde de cada heredad, impido que la codicia se acerque á ella, siquiera en la forma de simple deseo.

Y no tiene el pobre por qué sublevarse contra

(1) *Psalm.*, 24 1.

esa partición que le impone sacrificios. Ese desórden aparente concurre á un órden sublime. Con los pobres Dios forma santos; de los desgraciados de este mundo hace los privilegiados de una patria mejor, y gracias á esas compensaciones desaparecen de entre los cristianos todas las desigualdades, ya que para ellos la vida viene á ser un drama en dos actos: el primero pasa entre lágrimas; en el segundo hacen vida de reyes. Los desheredados de la tierra son como esos colonos de ultramar que no poseen nada en nuestro hemisferio; pero que en el otro poseen millones. Por consiguiente, no se cuenta en el número de los pobres los pobres que son propietarios del reino de los cielos. *Beni pauperes, quoniam ipsorum est regnum caelorum* (2).

Este sólo principio basta para guardar eficazmente los palacios y los tesoros de la opulencia, y este principio sólo el cristianismo puede sentarlo. Es por consiguiente indispensable consentir en deber sus bienes ó en recibirlos del Señor de todas las cosas, que confiere derechos inmutables como el mismo, ó de un Estado que en todos los instantes puede tomar lo que concede.

(2) *San Mateo*, 5, 8.

En el principio sólo pueden admitirse dos propietarios, más bien uno, es decir, ó Dios, ó el delegado del sufragio universal; y cada cual debe reconocer como habiente derecho del primero ó del segundo. He ahí la razon de haber escrito que para creer en la propiedad sin creer en Dios es indispensable ser propietario. Es lógico y moral que no exista en la tierra señor alguno en posesion de lo suyo, cuando se ha desposeido al Señor de todas las cosas.

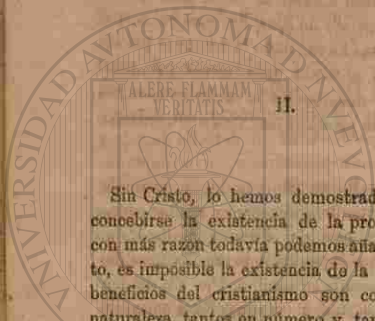
Y ahora conteste sin ambages el libre pensador: ¿con qué título considera más asegurada su propiedad y que garantía considera más poderosa, la ley que dice: *No codiciarás la casa de tu prójimo, ni su buey, ni su tierra, ni cosa alguna que le pertenezca* (3), ó las utopías de Raynal, Babeuf y demás corifeos de la escuela socialista? Y no se diga que la propiedad no constituye una institucion exclusiva de las sociedades cristianas; porqué reconociendo el hecho dirémos que fuera de estos tiene su legítimo apoyo en los principios religiosos y filosóficos de cada país. Ahora bien: entre nosotros se ha eliminado el derecho religioso como fun-

(1) *Evangelio*, 20, 17.

damento de nuestra propiedad; y como nuestro derecho filosófico en lugar de apoyarla va minando sus cimientos, resulta de ello que el edificio social, merced á nuestras negaciones se encuentra desprovisto de base, de manera que el día en que estas hayan dado la vuelta al mundo hay fundados motivos para sospechar que el mundo entero desaparezca envuelto en el torbellino que ha de producir un verdadero cataclismo.

Apelo para ello no solo á la lógica especulativa sino también á la enseñanza de los peores tiempos de la historia: el día en que *los dioses se vanan*, los propietarios deberán hallarse dispuestos para seguir su camino. Por consiguientes podemos decirles á los pensadores anti-cristianos: Esta verdad que sirva de escudo á vuestros derechos más sagrados, es ciertamente indispensable, y pues no dimana su origen de una metafísica sin aplicacion, esa fe que no podeis negar sin exponer á vuestros hijos á verse arrojados merced á vuestros mismos principios del techo por vosotros edificado, vosotros que teneis devocion al séptimo mandamiento, porqué proteje vuestros derechos y desprecias todos los demás preceptos del cristianismo por lo mismo que

os impone deberes, sois culpables contra la razón y contra la ley moral.



II.

Sin Cristo, lo hemos demostrado, no puede concebirse la existencia de la propiedad: pues con más razón todavía podemos añadir: sin Cristo, es imposible la existencia de la familia. Los beneficios del cristianismo son como los de la naturaleza, tantos en número y tan constantes que ya no nos causan la menor sorpresa. Pero el hombre se halla tan inclinado á atribuirselos, especialmente si pertenecen al orden doméstico, que no ve inconveniente en disputárselos á Dios. Acostúmbrase á considerar su dicha, sus goces íntimos, como la obra de su corazón, no como un presente del cielo, moviéndole á ello ó el deseo de honrar su propio corazón, ó el de dispensarse de su gratitud para con el cielo. ¡Ilusión culpable! ¿Se quiere una prueba de ello?

Cuando sentados cabe el hogar entre la tierra compañera que se mira en vuestros ojos, y los pequeñuelos que enredan sobre vuestras rodillas y acarician vuestra cabellera que ostenta algunas canas prematuras, imagináis acaso que la naturaleza por sí sola ha bastado para producir esa sociedad unida estrechamente por purísimos amores? Os engañáis. La naturaleza era la misma ántes del cristianismo, y sin embargo entonces el padre tenía el derecho de vida y muerte sobre esos pequeñuelos, cuyo simple recuerdo hace latir vuestro corazón; y esa mujer que reina en vuestra casa como verdadera soberana; no era más en la civilización antigua, que una de tantas esclavas como existían sometidas al dominio y el capricho del señor. La naturaleza ha sido la misma después de la Encarnación, y sin embargo la verdad es que no se ha pronunciado negación alguna anti-cristiana, con respecto á la familia, sin que como consecuencia precisa se hayan roto los vínculos que la mantienen unida. Fijaos en la obra de la religión de Mahoma, y veréis reemplazado el hogar doméstico por el harem: el santuario del honor en el cual cada uno de los que en él intervienen consagra su dignidad por medio del sacrificio, por un bazar inmundo en el cual el despotismo

más repugnante va á encenagarse en voluptuosidades groseras en las cuales el corazón no toma parte alguna; el amor puro, casto, sagrado de la mujer cristiana, por la caricia involuntaria prestada acaso por el temor que inspira la cimitarra del eunuco. Contemplad ahora la obra de la negación del siglo décimo octavo. El filósofo más sentimental de esa época enviaba á sus hijos, con todo y llamarse padre, á morir en un hospital: Y se comprende, ¡qué otra cosa podría esperarse de quien opinaba que las relaciones entre la madre y los hijos debían durar lo que entre los cuadrúpedos, es decir durante la época de la lactancia; y suprimía en el hombre el deber del reconocimiento y gratitud respecto de sus abuelos, so pretexto de que siendo su vida resultado de un acto placentero, no podían reclamar la recompensa para una manifestación de su egoísmo! Fijos por último en la obra de la negación del siglo presente: á la casta unión de dos almas, sustituye asociaciones impuras á la monogamia bendecida por el Evangelio, las aberraciones de los falansterios: y cuando se ha echado en cara á esos sectarios del epicureísmo, el asimilar el género humano al mismo bruto, con cinismo el más grosero ha contestado que entre el uno y el otro, *no existe más diferencia*

que el vestido. Tal fué la solución de los más atrevidos. ¿Cuál es la de los más moderados? Reemplazan la promiscuidad por el divorcio, especie de poligamia hipócrita, que despojando al matrimonio de su carácter más venerable, la indisolubilidad, la trasforma en un contrato, á voluntad rescindible, sacrificando de esta suerte los destinos de la descendencia á las veleidades de dos antepasados inconstantes.

Por consiguiente, ya que no es el corazón, el progreso intelectual ni una determinada inspiración de la naturaleza lo que ha dado vida á la verdadera familia, ¿cuál es su origen, y de donde viene la fuerza de cohesión que estrecha sus vínculos.

Un día, atraída por la poderosa seducción de sus discursos la muchedumbre había seguido á Jesús hasta la orilla opuesta del Jordan. Los Fariseos interrogaron al divino Maestro respecto del matrimonio, con la intención de tenderle una red y él les contestó. *El hombre dejará á su padre y á su madre para unirse á su mujer, y serán dos en una misma carne, y lo que Dios ha unido, el hombre no podrá separar* (1). *Tas es*

(1) San Marcos, 10, 8.

el *fiat* creador que produjo la familia; tales los acentos supremos que despertaron en el corazón humano, la novedad sublime de los amores indisolubres; tal, finalmente, el motivo en virtud del cual el padre, la madre, el hijo, esa trinidad conmovedora del hogar, mantenga al presente enlazados sus brazos y sus destinos con una ternura que no comprendía el mundo, cuando moraban unidos sin poder asegurar una mañana a su amor.

Lector que eres jefe de una posteridad, y que no doblas la rodilla delante de Cristo, advierte que tu negación es al par una inconsecuencia y una ingratitud. Jesucristo es tan verdadero como todas tus felicidades domésticas, pues que él es quien te las ha proporcionado. El que le debe el amor sin egoísmo de su madre, la inviolabilidad del corazón de su esposa, las religiosas caricias de sus hijos, en una palabra, el honor y los más puros encantos de su hogar, no puede negarlos sin deshonorarse y llamar sobre sí la desgracia.

En las peregrinaciones de mi apostolado he tenido ocasión de encontrarme con un pensador ilógico, idólatra de la familia y descreído en lo que se refiere á Dios y al Evangelio. Arrastrado por el calor de la discusión dejése arrebatar

un día hasta el extremo de ofender la memoria del Crucificado. La esposa, que no había conseguido siamora en hogar doméstico la felicidad que al mismo llevara, vengó con una sola palabra la ofensa inferida al objeto de su adoración. «Si me amais, dijo, no habéis de este modo de mi Dios, puesto que sin él, hace mucho tiempo que no estaríamos juntos.» Herido en mitad del corazón por este rasgo inesperado, el libre pensador se sintió entorneado: su orgullo humillado intentó sobreponerse por un momento á las inclinaciones de su amor; pero este venció la; luz penetró en su alma al través de la herida abierta en su corazón, y al cabo de un instante había vuelto á creer y á adorar por convicción y por gratitud.

De esta suerte ese conmovedor conjunto de dolores y de afecciones que se llama familia, se encierra en los brazos de Jesucristo, y no sólo reúne y mantiene unidos sus miembros todos, sino que los protege á todos y á cada uno por un respeto especial creado para ampararlos.

En las casas donde reina, multiplica las cunas: dónde su influencia no se deja sentir, el amor se sustrae á las cargas de la ley que dice: *Crecet y multiplicaos*; la tierra se despuebla, y el hombre tiende á establecer en un desierto su egoísta do-

micacion. Y con qué solicitud despues de haber velado sobre las fuentes de vida, atiende el cristianismo al cuidado de los recién nacidos, cuando no pueden contar con el auxilio de la madre que les abandonó! El es quien del tierno infante, del cual no se cura la política, y mira la codicia como carga onerosa, ha hecho un sér conmovedor y hasta sagrado; quien lo insulte, ha dicho, tal vez le haya dado acaso la existencia. Sin esta religion de amor, ¡quién sabe si sus desnaturalizados padres le hubieran arrojado al pacer à la corriente de caudaloso rio, como hacen los indios, ó abandonado en medio de las tinieblas de la noche en mitad de la calle, para ser recogido al otro día como repugnante inmundicia, segun en otros países se practica! El bautismo ha salvado más infantes en las regiones cristianas, que victimas ha causado la guerra. (1) Sin contar que aun la misma guerra, bajo la influencia del cristianismo, ha perdido mucho de su antigua barbarie, porque con las pasiones que impiden el nacimiento de la humanidad, ha refrigerado las ambiciones que en haces numerosas la arrojan en los brazos de la muerte.

(1) *Ensayo sobre la indiferencia.*

Y todavía no son los que acabamos de consignar los únicos beneficios que dispensa à la sociedad doméstica, pues al paso que imprime su imagen sobre la frente de la paternidad, hace un sentimiento divino del respeto y del amor que proceden de la misma. Merced al recuerdo de la Madre purísima de nuestro divino Salvador, hace sagradas à nuestras madres, y les asegura en la familia un dominio que realzan el prestigio de sus lágrimas y el de su misma debilidad. En la Polynesia extiende su mano tutelar sobre los padres ancianos que una piedad filial mal entendida y hasta cruel destina à la muerte, para evitarles los achaques é incomodidades de la vejez. En el extremo Oriente, conserva à los pequeños las madres que han visto morir à sus esposos, y à las cuales una legislación atroz condena à perecer en la hoguera que consume el cadáver del que fué su marido. Ha hecho desaparecer de nuestras moradas ese auxiliar degradado, que carecia hasta de la propiedad de su existencia, el esclavo, reemplazándolo por el servidor voluntario, y enseñando al dueño y al que le sirve, que sus almas han sido redimidas por el mismo precio sobre la cruz. Por último, despues de haber cubierto con sus cuidados más exquisitos à todos los individuos de la familia, Jesucristo ha

establecido un culto particular en favor de los difuntos, culto piadoso que no sólo les garantiza el recuerdo de los que les sobreviven, como acontece en todas las religiones, sino también el viático de nuestras plegarias durante la separación, proporcionando de esta suerte estrechísimos abrazos entre los que vivieron y viven en un mismo hogar, abrazos del corazón, que llegan más allá de la tumba.

¡Oh Jesucristo! ¡Oh mi divino Maestro! ¡Oh Dios mío! Vos sois quien preside a nuestras uniones para asegurarnos felicidades harto inseguras. Vos sois quien vela sobre nuestras herencias para conservárnoslas. Os somos deudores de nuestras familias, de nuestros patrimonios, de nuestras virtudes, de todo cuanto poseemos, excepto de nuestras desgracias y de nuestros pecados. Perdonad a los que se empeñan en desconocerlos, y no les infligais jamás el castigo de abandonarlos.

III.

Sin Jesucristo es imposible la existencia de toda sociedad civilizada. Sea esto dicho como contestación a esa escuela, más cándida que política, que pretende explicar al mundo cristiano sin el cristianismo, y saluda nuestros progresos como una germinación natural del suelo moderno y una evolución espontánea del progreso indefinido. Para convencernos de las relaciones que unen nuestra fe y nuestra civilización, contemplamos los pueblos paganos, y en el extremo de nuestro horizonte, y no obstante las adelantos realizados en el transcurso de diez y ocho siglos, de que tanto se ha aprovechado la Europa cristiana, podremos ver a esos pueblos manteniéndose estacionarios y hasta orgullosos de su inmovilidad, sumidos en las tinieblas más densas. Tinieblas tanto más características del politeísmo, en cuanto no es posible verlas disipadas, mientras no se ven penetradas por nues-

tro Jesucristo, ni traspasar el límite de nuestras fronteras, si Jesucristo no sale de ellas: Y después de habernos fijado en las naciones que jamás fueron cristianas, dirijámonos á las que han dejado de serlo. En otro tiempo la luz brilló con deslumbrantes resplandores bajo el cielo de Hipona y de Alejandria; mas no bien hubo abandonado Jesucristo esa tierra sagrada, cuando sus habitantes descendieron hasta la abyeccion de las razas degeneradas, y la civilizacion, sumergida bajo el oleaje del islamismo, sepultóse para siempre jamás, no para permanecer en el mismo estado como Pompeya debajo las lavas y las cenizas, sino para corromperse y consumirse como los cadáveres en el seno de las tumbas.

Volved la vieta á Pekin, y podréis convenceros de que en ese país no se adelanta en mil años, lo que adelantamos nosotros en una sesion legislativa. Dirigida á Yeddo: ¿qué falta á esas razas inteligentes y robustas para igualarnos? No faltará quien diga, nuestro régimen postal ó financiero: nosotros decimos decididamente, nuestro Evangelio. No cabe dudar que Jesucristo se propuso en primer lugar la salvacion de las almas, y como consecuencia la de las naciones, motivo en virtud del cual decia que su reino no

era de este mundo: pero tampoco puede desconocerse que los reinos de este mundo no alcanzan jamás el grado de civilizacion que han menester, mientras viven fuera de su ley. La civilizacion, reducida á sus términos más sencillos, es un progreso eminente en las luces, en el amor, en la autoridad, en la libertad, en la moralidad y en la estabilidad. Ahora bien, si es cierto que semejantes grandezas se encuentran en todas partes en estado rudimentario, su apogeo solo puede observarse bajo las influencias evangélicas, de suerte que la sociedad debe optar entre los dos términos de la siguiente disyuntiva:

O Jesucristo, ó las tinieblas de la inteligencia. ¡Inconsecuencia singular del anti-cristianismo! Tiene la pretension de haberlo descubierto todo, y al propio tiempo pretende que el cristianismo se lo ha encontrado todo hecho. Y es que, abstraccion hecha de toda creencia, el Evangelio inaugura un movimiento sublime del espíritu humano. El siglo cuarto de nuestra era, apesar de la imperfeccion que, en la forma, ofrecen sus obras, ha desvanecido más tinieblas que las épocas clásicas de Pericles y de Augusto. ¡Qué tesoros de virtud depositados por la fé en el fondo del espíritu público! ¡Qué poderosas corrientes de sentido comun lanzadas por el Evangelio á

la circulacion intelectual del mundo! Suprimid los dos Testamentos, la coleccion de los Santos Padres, la Historia eclesiástica, y las obras maestras de Teología, y decid dónde nos encontraríamos bajo el punto de vista intelectual. De seguro no sería nuestro nivel superior al de los Chinos y al de los Tartaros: es de suponer que sería más bajo aun, ya que procediendo segun la antropología moderna, hemos de suponer que esos pueblos, debieron de ser nuestros maestros.

El suelo y el espíritu de Europa son dos campos que han sido sembrados por los predicadores del Evangelio, y cuando la cosecha ha estado en sazón, los sabios que de ella se han aprovechado, han tenido el valor de tratar de perezosos à los sembradores. Pero por más que traten de negar la deuda que respecto de la Iglesia tienen contraída, no podrán desquitarse de ella, sobre todo cuando las fuentes de la ciencia moderna carecen de caudal suficiente para conseguirlo.

Voltaire con más franqueza decía: «Al contemplar à la razon haciendo tan prodigiosos progresos desde el momento en que se inicia la predicacion del Evangelio, es menester considerarla à la fé, no como enemiga, sino como aliada. . . . Para satisfaccion nuestra y para nuestra instruccion, yo quisiera que todos los gran-

des filósofos de la antigüedad, volvieran al presente sobre la tierra; que departieran con Pascal, que digo con Pascal, con los hombres de ménos saber de nuestros tiempos, que no son siempre los más desprovistos de sentido común, y estoy seguro, y perdóneme por ello la antigüedad, de que esos sabios harian muy triste figura! ¡Pobres charlatanes! De seguro no lograrían vender sus drogas y específicos en «los andenes del Puente Nuevo!» Como se vé Voltaire no tiene un gran concepto de sus cofrades de los tiempos pretéritos: por mi parte me guardaria muy bien de tratar en los propios términos à sus cofrades presentes con todo y que proceden de muy distinto modo respecto de nosotros. ¿A qué emplearse en guerra de escaramuzas cuando pueden darse grandes batallas! Mas debemos manifestar à esos señores, puesto que amigos de Platon, lo somos más de la verdad, que si restituyen à la civilizacion cristiana los elementos que para combatirla le han prestado, sus drogas y específicos bajarán en precio, todo lo que en precio aumente el Evangelio. ®

O Jesucristo, ó las tinieblas del espíritu: lo hemos dicho y acabamos de demostrarlo; mas cuanto llevamos expuesto, constituye únicamen-

te el primer grado en la escala de la decadencia anticristiana. Véase ahora el segundo: ó Jesucristo, ó la barbarie en los sentimientos. Preciso es convenir en que el hombre por su propia naturaleza, se siente poco inclinado á amar á sus semejantes; ménos áun cuando se trata de los desgraciados; todavía, ménos refiriéndose á los que sufren ó padecen y ménos si cabe al tratarse del culpable y del que se ha degradado; afectos que, experimentándose como se experimentan, vienen á constituir otros tantos amores sobrenaturales que Jesucristo ha hecho brotar de las entrañas de la humanidad, como otras tantas pasiones sublimes. Novidades milagrosas y fecundas en milagros que, para el bienestar del mundo, importan tanto por lo ménos como el descubrimiento del telégrafo y de la fotografía. Pero Jesucristo en su adorable sencillez, no se ha tomado la pena de hacer levantar acta de sus beneficios; no ha cuidado de reclamar, y perdonésemle la palabra, privilegio de invencion para las obras más originales. Así se explica que no hagan más que marchar sobre sus huellas los plagiarios que le combaten, y que los inventores del altruismo y de la filantropía especialmente, al pretender crear un sistema anticristiano, hayan debido recurrir indispensablemente á las

ideas cristianas, y echar mano hasta de las palabras empleadas por Jesucristo.

En prueba de lo que acabamos de decir, basta con recordar la insensibilidad del corazón humano ántes de que lo hubiese enternecido el Evangelio. Séneca apellida á la piedad, vicio de un alma débil: el profundo Marco-Aurelio, transcurridos más de cien años de haberse pronunciado el sermón de la montaña, prohíbe hacer coro á los lamentos de los desgraciados: fiel á esa filosofía cruelísima, Galerio reunía los mendigos de su imperio en buques que hacia sumergir: los indigentes que no podían utilizarse como esclavos, eran mirados en la antigüedad como inferiores á los animales, puesto que muchas veces se les arrojaba como pasto á esas mismas bestias: en resolucion, el paganismo se preocupaba tan poco de la miseria, que la mayor venganza del cristianismo naciente contra sus perseguidores consistió en alimentar y amparar á los pobres del paganismo lo mismo que á los suyos.

Hoy mismo podemos dejar comprobada con hechos la impotencia de la naturaleza humana respecto del particular. Consideremos lo que ocurre en los países que no son cristianos. En ellos la beneficencia constituye uno de los servicios

de la administracion. En ellos se sirve al prójimo del mismo modo que se ingresa en el cuerpo de aduaneros ó en el ejército, es decir por medio de la suerte ó para tener una carrera. ¡Ayl! el corazón llora lágrimas de sangre, cada vez que considera que en medio de tantos millones de almas que no conocen á Jesucristo, no existe una Hermana de la Caridad, ni un sólo sacerdote de la congregacion de la Buena Muerte que pueda secar sus lágrimas!

Hay más aun: sin el cristianismo los hombres carecen de las fuerzas indispensables para atender á su reciproca conservacion. Para que puedan formarse idea exacta de su valer y con la virtud que es necesaria para sacrificarse los unos por los otros, es preciso que abriguen la conviccion de que fueron rescatados por una sangre divina. Por esto no existe nacion alguna, como sea cristiana, en que la vida de un hombre se tase por dinero, pues el mundo cristiano entero, se considera pobre para pagarla. En esa misma Roma donde Cesar hacia degollar veinte mil Galos en una sola naumaquia, con el objeto de proporcionar distraccion á un pueblo corronpido, y Neron iluminaba sus jardines con cristianos bañados en resina, ha podido verse al santo padre Gregorio imponerse la condena de

ayunar seis meses á pan y agua, por haber muerto de hambre un hombre en sus Estados. ¡Oh revolucion admirable, única que á nadie ha costado la vida y que en cambio la ha conservado á muchos! Cuando se cuentan los pobres, los leprosos, todos los abandonados á suen la Iglesia ha proporcionado nó sólo pan, sino tambien la felicidad en la miseria, puede comprenderse que exista quien no la acepte como madre; pero no se concibe que haya quien le niegue las condiciones de tal.

O Jesucristo, ó la ruina de la autoridad. La autoridad, lo mismo que el hombre, puede sucumbir á consecuencia de dos enfermedades de carácter completamente opuesto: por plétora ó por debilidad. En el primer caso toda la vida de la sociedad se concentra en su cabeza: la sociedad se halla en la situacion de un edificio que teniendo un remate superior á la fuerza de resistencia de sus cimientos, se viene á bajo en virtud de su propio peso; es la disolucion resultante del despotismo. En el segundo caso los miembros del cuerpo social absorbiendo toda la vida y rehusando comunicarla al cerebro, el poder se convierte en una fuerza sin direccion, en uno como organismo sin cabeza; el resultado es la disolucion por la anarquia. A estos excesos en

la constitucion de la autoridad, el cristianismo opone sus correspondientes correctivos.

Si, el cristianismo constituye el correctivo más apropiado del despotismo; del verdadero despotismo se entiende, no del que nos imaginamos que constituye la norma de todas aquellas autoridades que miramos con prevención. El cristianismo ha introducido en las ideas de la humanidad esa bellísima distincion: Dad á Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César. Hasta el momento de la proclamacion de la nueva doctrina, Dios y el César habian permanecido confundidos y ese nefando contubernio dió como resultado espantosas autoerácias que habrian acabado por aniquilar el universo, si Dios, comenzando por aniquilarlas, no se hubiese adelantado á extirpar todos los gérmenes de ponzoña que en su seno rebullian. Y esto es tan cierto, que aún así, donde no domina Jesucristo, sólo se ven Estados envilecidos por una obediencia sin garantías; monarquías generalmente orientales que sólo se mantienen erguidas como las momias de sus tumbas, porque no se mueven. Y para que resulte todavia más profundamente confirmada la verdad que acabamos de exponer, no tenemos que hacer más que dirigir una mirada al seno mismo de nuestra civilizacion. ¿Cuyo es el ideal

político de los que sueñan en un porvenir independiente del Evangelio? La dictadura socialista investida con los atributos del cetro y de la tiora, sojuzgando al par los cuerpos y las almas bajo el yugo de su doble autoridad, y distribuyendo todas las mañenas la porcion cógrua de pan y de libertad à una demagogia castigada por innumerables abyecciones de su divorcio con Jesucristo.

Y teniendo como tiene el cristianismo, una especie de virtud específica contra el despotismo, ¿habia de ser impotente contra la segunda de las enfermedades de la autoridad, la anarquía? Abstraccion hecha del Evangelio las autoridades políticas son siempre discutibles por un número determinado y por tanto revocables por medio de la fuerza. El cristianismo constituye, no el derecho divino en determinada categoria de hombres en particular, sino el derecho de Dios en el representante del poder en general, consistiendo en esto el hermoso misterio establecido por el Señor de los Señores en provecho de sus representantes en la tierra. Dios se ha ocultado consecutivamente trás el velo del sacramento, con los harapos del mendigo, ó valiéndose de los rasgos de los superiores legítimos; y del mismo modo que la primera de sus emanaciones no re-

sulta manchada por la indignidad del sacerdote, ni la segunda por la indignidad de los mendigos, tampoco lo resulta la tercera por la indignidad del superior, siquiera éste no sea un vano pretexto para la rebelion.

Tal es la fuente de esta religion de la segunda majestad, como la llama Tertuliano, hablando del respeto en favor del poder. Tal es la razon de ser los imperios cristianos fuertes y duraderos, sin que sus abditos resulten jamás humillados. Los que desconocen á Cristo se revelan ante la consideracion de tener que obedecer al que juzgan su igual, si no su inferior, al paso que el pueblo rejido segun los preceptos del Evangelio jamás se juzga humillado en su dependencia, puesto que, en las autoridades que honra, reconoce constantemente la soberanía de Dios. Y esta consagración subsiste sobre la frente del poder, aun cuando no lo haya confirmado la uncion de Reims. Al apercibirse Rodolfo de Hapsburgo de que había olvidado el cetro para la ceremonia de su coronacion, descendió las gradas del altar, y tomando en la mano un crucifijo y levantándole en alto, dijo: «Este es mi cetro.» Felices los poderes que saben consagrarse santificando su origen, porque el sufragio de Dios es el más constante y el más seguro apoyo que

puedan ambicionar los tronos. Los cetros cambian frecuentemente de sitio dónde no están unidos á la cruz, y sin ella y lejos de ella, sólo acierto á distinguir autoridades que caen, ó poderes que merecen caer.

O Jesucristo, ó la esclavitud. Desgraciados siglos fueron los siglos paganos, porque en ellos la autoridad carecia del reflejo divino; pero más desgraciados aun, porque en aquellos tiempos la sumision sin dignidad podia descender hasta el servilismo! Legislacion horrible la que hacia de una parte de la humanidad el objeto de un tráfico infame; de criaturas formadas á imagen de Dios, un mero artículo de comercio y que permitia á un famoso patricio jactarse de sus riquezas diciendo: «Poseo cuatrocientos mil esclavos!» Y sin embargo, ese virus bajo este ú otro nombre, hallábase inoculado en la sangre de los pueblos, hasta tanto que Jesucristo la purificó! Para que sepamos lo que valemos fué menester que el Divino Maestro fuese vendido por treinta dinaeos; tan execrable compra vino á constituir el contrato de nuestro rescate.

Posteriormente se crean institutos magnánimos cuyo único objeto consiste en la redencion de cautivos. S. Viente de Paul se coloca en el cuello la cadena que aprisionaba á uno de ellos,

y S. Gregorio devolviéndoles la libertad les dice: «Amigos míos: vosotros sois servidores de Dios; ahora bien, como servir á Dios es reinar, no está bien que los reyes vivan aherrojados, y pues sois cristianos, sed libres.» Palabra sublime á la cual ha prestado ya obediencia todo el mundo evangélico. Las resistencias de una parte de América han sido cruelmente castigadas, para que con ellas pueda objetársenos! No se diría sino que el cielo, permitiendo que corrieran ríos de sangre al través de esas inmensas llanuras se propuso lavar la huella del sudor que las fecundó durante dilatado período, para deshonor de la dignidad humana, y con menosprecio de la redención de Jesucristo.

O Jesucristo, ó la disolución de las costumbres. «El hombre cristiano, dice M. de Bonald, no está más libre de pasiones que el pagano ó el mahometano, y sin embargo, ¡qué diferencia respecto de la moralidad del uno y la de los otros! Así como antes existían enfermedades horribles que, afortunadamente, han desaparecido del todo, porque se ha purificado la atmósfera y se ha perfeccionado la higiene general; existía también un cierto grado de corrupción, propio del paganism, completamente desconocido en los pueblos cristianos, por lo mismo que el aire

ambiente, hace imposible al parecer depravacion tan espantosa. ¡Cuántos vicios existieron en los pueblos de la antigüedad, que hasta carecen de nombre en las lenguas modernas! Lo que mejor caracteriza las costumbres paganas es que su historia no puede referirse sin reticencias. Sus crímenes, que no pueden estigmatizarse como no sea empleando un lenguaje que haga subir el rubor á las mejillas, la hace asemejar, se ha dicho con razon, á esos parricidas que caminan al suplicio, cubierta la cabeza con un velo negro.

¿Cómo se explica que á una hora dada, por medio de una súbita transfiguracion, hayan salido ciertos países de semejante embrutecimiento? Porque el cristianismo les ha tendido la mano como hizo Jesus á Lázaro en la tumba. En tanto que por una parte derrama sobre las costumbres corrompidas de Roma y de Corinto el aroma destinado á purificarlas, revela por otra, en el órden moral, sacrificios jamás imaginados y reemplaza en el suelo los sabios con los santos. La caridad, la humanidad, la castidad de las edades cristianas! En vano las buscaríamos antes de Jesucristo; en vano las buscaríamos despues de él en los lugares de los cuales hubiese desaparecido, puesto que el signo más característico de

su ausencia en su alma ó en una sociedad, estaba en la ausencia de tales virtudes.

Si, en vano opondríamos un pueblo de filósofos buenos, á un pueblo de malos cristianos; lo cierto és, dice Rousseau, que la filosofía no puede formar virtud alguna que la religion no produzca, en tanto que esta da vida à muchas que no puede producir la filosofía.

Finalmente: Jesucristo, ó la inestabilidad de los imperios. La injusticia más grandes de nuestros racionalistas, consiste en considerar el cristianismo, como causa determinante de catástrofes políticas. Fijemos la atención en ese universo purificado de cuatro mil años de ignominias à la mera contemplacion de una cruz; y esos bárbaros trocados en mansos corderos merced à la palabra de los santos; y esos países en los cuales el Evangelio ha resucitado la edad de oro; y esos pobres convertidos por el cristianismo en príncipes del pueblo; y todos los beneficios que dejamos enumerados, y tendremos que convenir en que lo que de tal suerte eleva las sociedades, debe hacerlas duraderas. El día que Ciceron, conducido ante el tribunal popular, se limitó à decir en su defensa *ajuro que he salvado à la patria*, à cuyas palabras contestó la multitud diciendo: juramos que ha dicho la verdad, obtuvo

un triunfo completo, y la absolucion siguió de cerca à la acusacion presentada contra el ciudadano ilustre.

Pues bien: el día en que Cristo, deseoso de confundir las calumnias de determinada filosofía de la historia, se presente ante sus pretores diciendo: Juro que he salvado la patria, no quedará su apologia sin eco ni pruebas. Todo el mundo contestará: Juro que ha dicho la verdad, y sus acusadores quedarán confundidos. Y todavía lo quedarían más si, en virtud de un acaso providencial, llegaba à desaparecer un instante de la vida de las naciones. No transcurriría mucho tiempo sin que el peso de los siglos, el servilismo de la obediencia, las epidemias morales y especialmente la caducidad de los imperios, nos revelaran el renacimiento de esos siglos de hierro de la era pagana, cuya salvaje grandeza solo tiene la posesia que le prestan los mirajes clásicos y la distancia de veinte siglos.

¿En qué consiste que no debemos presenciar actualmente los derrumbamientos gigantescos de monarquías é instituciones, que con tanta frecuencia conmovieron las sociedades del mundo antiguo? ¿Por qué razon sólo se tratan cuestiones de equilibrio en los campos de batalla, que eran en otro tiempo el sepulcro de una nacion?

lidad? En primer lugar porque la religion penetra hasta el interior de los campos de batalla para evitar los abusos de la fuerza, y para humanizar la victoria; y despues y principalmente, porque desde el punto y hora en que la sávia cristiana se ha difundido por las venas del cuerpo social para vivificarlo, los más grandes colosos están ménos expuestos á la disolucion y penden inclinarse sin romperse.

Comprendo que se nos opondrá la estabilidad de la China y de la Turquía. La China y la Turquía son el oprobio del ante-cristianismo, no su defensa. Por lo que respecta á la primera, si ha subsistido tanto tiempo, es porque las distancias han servido de baluarte á su insolencia, y de barrera á nuestras represalias. Las circunstancias locales son las que la han hecho y las que la sostienen. Encerrada dentro de su inmensa muralla, gusta de mantenerse en completo aislamiento, temerosa de caer hecha pedazos al choque más leve proveniente del exterior. Si así puede decirse, háse rodeado de un círculo de hierro con el objeto de evitar que sus moléculas se desagruguen interiormente. ¡Vanas precauciones sin embargo! Del seno de esos trescientos millones de esclavos háse levantado un grito que resonando en el corazon de las naciones eu-

ropeas, ha llevado la justicia de Dios hasta el mismo palacio de Pelkin, en términos de que obligado por un lado por nuestras escuadras y por otro por las revueltas intestinas, hállase hoy el Celeste Imperio á la víspera de grandes expiaciones, si la cruz plantada por nuestros misioneros sobre tantas instituciones caducas, no haga descender sobre las mismas el fuego de la regeneracion.

Por lo que á la Turquía se refiere, no será mucho lo que diga, temeroso de turbar su penosa agonía. No exageramos: si se fija la atencion en las pulsaciones de ese cuerpo aniquilado por las disipaciones, se comprenderá fácilmente que en las orillas del Bósforo se están preparando unas solemnes exequias. Si por acaso vais á Constantinopla prestad oído atento á las brisas del Norte, y percibiréis el rumor del pueblo encargado de echar la losa sobre la tumba de los sultanes. Y no se crea que estos son ensueños de una política supersticiosa: no, ese sepulcro se habria abierto ya, si la Francia no hubiese interpuesto su veto. Confirmacion manifiesta de mi verdad, pues así como no se desprende un sólo cabello de nuestra cabeza sin el permiso de la Providencia, tampoco puede desprenderse una sóla piedra de la bóveda de las monarquías eu-

ropena, sin el consentimiento del más cristiano de los pueblos que existen en la sobrechaz de la tierra.

Dírase á primera vista que las consideraciones que proceden son puramente especulativas; pero si se fija la atención de un modo detenido, se verá que de ellas se desprende la siguiente conclusión: nosotros, que tan orgullosos nos mostramos de las maravillas de nuestro tiempo, y quede uno á otro polo visitamos las obras maestras de la civilización cristiana, ¿por qué nos humillamos ante los efectos, sin adorar la causa de los mismos, que fué Nuestro Señor Jesucristo? Toda vez que el cristianismo es tan necesario para la inteligencia y la armonía de las cosas, conengamos en que merezca mayor respeto que si se tratara de un simple sistema, puesto que siendo imposible que Dios estableciera el gobierno del mundo sobre una falsedad, implica su verdad la necesidad del cristianismo. Por lo demás, nada más perentorio en apoyo de esta tesis, que la experiencia de un pueblo al cual se hubiese completamente desecristianizado. Supongamos que han vencido los sofismas, y que Jesucristo, arrojado de enmedio, empuña su baston de viaje para darnos la última despedida. Qué día más horrible para la Francia, aquel en que, de pié

sobre el dintel de los templos, le dijera sacudiendo el polvo de sus piés: ¡Oh, tú que fuiste en otro tiempo la hija predilecta de mi Iglesia, recibe al presente por mi abandono, el justo castigo que mereces por haberme abandonado. Yo abandono tu propiedad, yo abandono tu familia, yo abandono tus leyes, yo abandono tu poder, yo abandono tus costumbres, yo abandono tu vida pública y privada, yo abandono tus tabernáculos, y te hago volver á lo que eras hace diez y ocho siglos, despojada de todo cuanto me debes y sin dejarte de mi pertenencia otra cosa que el recuerdo. ¡Cómo al otro día de haberse realizado esa partida del Señor, la Francia, reconcentrada en sí misma, mediría horrorizada el vacío resultante en su seno por la ausencia de Dios!

¡Ah! semejante vacío no sería en verdad una laguna fácil de llenar, puesto que supondría la mujer envilecida, las iglesias cerradas, el sacerdote reemplazado por la anarquía intelectual, las hermanas de la caridad sustituidas por delegados de la filantropía, el pudor por las gemonias, el cetro en mano de los pretorianos, el poder á merced del más fuerte, el orden pisoteado por los fautores de la insurrección... imposible es evaluar por el simple pensamiento, la suma

de dolores y de lágrimas que representaría ese interregno de Jesucristo! Y despues, cuando las naciones vecinas pasaran cabe nuestras ruinas, preguntándonos: ¿Qué es lo que habeis hecho de vuestro Dios! ¿Qué desesperacion la de este pueblo que jamás ha dejado en la estacada ni à un aliado, ni à un amigo, el tener que confesar en presencia del mundo escandalizado, que su primera traicion fué la apostasia de la cruz!

Para completar la fuerza de ese testimonio ficticio, volvamos al revés la hipótesis, é imaginemos que despues de un prolongado destierro, Jesucristo se halla dispuesto à repasar la frontera para vivir nuevamente entre nosotros. ¿Qué aglomeracion de gentes en los sitios por los cuales debiera pasar! ¿Qué alegres repiques de campanas en nuestras catedrales! ¿Qué solemne *Te Deum* entonado à los pies de los altares! ¿Qué hosanna de parte de las madres, de las virgenes, de los sacerdotes y de los reyes! En verdad, los transportes de júbilo de un dia semejante no pueden concebirse: y si Jesucristo no impone à los que rechazan la prueba resultante de sus beneficios, la proveniente de las desgracias de su ausencia, es sin duda alguna porque la libertad moral del mundo, no resistiria un experimento de tanta trascendencia.

CAPITULO V.

EFECTOS INDIVIDUALES RESERVADOS A LA
VERDADERA RELIGION.

Despues de haber demostrado, directamente, la divinidad de Jesus, la hemos hecho resaltar de la acción divina que ejerce sobre las tres grandes instituciones que constituyen las bases fundamentales del orden universal: la propiedad, la familia y la sociedad. Suprimido Jesucristo, la propiedad resulta sin derecho inviolable, la familia sin vínculo indisoluble, la sociedad sin verdadera civilizacion, y el progreso mutilado y desprovisto de cuantas mejoras debe al Evangelio, reducido al quietismo ó inmovilidad de la lujuria pagana.

de dolores y de lágrimas que representaría ese interregno de Jesucristo! Y despues, cuando las naciones vecinas pasaran cabe nuestras ruinas, preguntándonos: ¿Qué es lo que habeis hecho de vuestro Dios! ¿Qué desesperacion la de este pueblo que jamás ha dejado en la estacada ni à un aliado, ni à un amigo, el tener que confesar en presencia del mundo escandalizado, que su primera traicion fué la apostasia de la cruz!

Para completar la fuerza de ese testimonio ficticio, volvamos al revés la hipótesis, é imaginemos que despues de un prolongado destierro, Jesucristo se halla dispuesto à repasar la frontera para vivir nuevamente entre nosotros. ¿Qué aglomeracion de gentes en los sitios por los cuales debiera pasar! ¿Qué alegres repiques de campanas en nuestras catedrales! ¿Qué solemne *Te Deum* entonado à los pies de los altares! ¿Qué hosanna de parte de las madres, de las virgenes, de los sacerdotes y de los reyes! En verdad, los transportes de júbilo de un dia semejante no pueden concebirse: y si Jesucristo no impone à los que rechazan la prueba resultante de sus beneficios, la proveniente de las desgracias de su ausencia, es sin duda alguna porque la libertad moral del mundo, no resistiria un experimento de tanta trascendencia.

CAPITULO V.

EFFECTOS INDIVIDUALES RESERVADOS À LA VERDADERA RELIGION.

Despues de haber demostrado, directamente, la divinidad de Jesus, la hemos hecho resaltar de la acción divina que ejerce sobre las tres grandes instituciones que constituyen las bases fundamentales del orden universal: la propiedad, la familia y la sociedad. Suprimido Jesucristo, la propiedad resulta sin derecho inviolable, la familia sin vínculo indisoluble, la sociedad sin verdadera civilizacion, y el progreso mutilado y desprovisto de cuantas mejoras debe al Evangelio, reducido al quietismo ó inmovilidad de la lujuria pagana.

Si pasamos ahora de la sociedad al individuo, de los hombres al hombre tal cual lo ha formado la revelacion cristiana, ¿podremos descubrir en él efectos sobrenaturales, que nos pongan de manifiesto la realidad y el trabajo de una causa sobrenatural? Cierto que no existe religion que no exija sacrificios á sus adeptos, y que todo dogmatismo engendra la moralidad correspondiente; pero entre la moralidad producida por el cristianismo, y la que nace de las falsas religiones, ¿no existe por ventura la diferencia que media entre lo divino y lo que no lo es? Cierto que todos los cultos imponen á la humanidad ritos, oraciones, y en determinadas circunstancias hasta privaciones por demás dolorosas; más, entre esas prácticas y las virtudes cristianas, ¿no existe siempre la distancia que separa al estoicismo más ó menos supersticioso, de la santificacion verdaderamente sobrenatural?

Ménos que las falsas religiones, tiene derecho á negarlo la falsa filosofía, puesto que imposibilidad de establecer su moral sobre las creencias que rechaza, vése en la precision de fundarla en el amor natural del deber. Para resolver una dificultad ha creado dos, puesto que si es por demás difícil la determinacion del deber, no lo es ménos su práctica. Para conocerlo, es indis-

pensable la luz; para realizarlo, precisa la energía; de manera, que si existe en el cristianismo una virtud evidentemente divina, esta es la que eleva la voluntad humana hasta el heroismo de la santidad, ya que si por un lado ha reducido los límites de la conciencia, sugiriéndole delectaciones desconocidas, ha extendido por otro la influencia de esta misma conciencia, haciéndola capaz de sacrificios hasta entónces imposibles, dando por este medio un testimonio de su suprema verdad, no ménos brillante que sus prodigios materiales, es decir, sus virtudes. Por esto ha podido decir Bossuet: La fe sostiene las costumbres, y estas atestiguan la fé.

Si, el Evangelio ha llevado á cabo una obra propia del poder divino, devolviéndonos el imperio sobre ese enemigo cuyas tiranías causan tantas víctimas: la pasion. La pasion no es exclusivamente para nosotros la ponzoña de la felicidad, es además la ilusion; y esto hasta tal punto, que encerrando en su interior dolores sin cuento, y una solemne mentira, no constituye su crueldad más horrible el arrebatarlos la felicidad, sino el despojarnos de ella precisamente cuando nos la promete. ¿Quién es capaz de referir cuanto en contra del bienestar de la humanidad han hecho las pasiones desde el paraíso

terrenal! Individuando la cuestion y trasladándola del drama complejo de la historia universal á su conciencia, el hombre no puede menos que sentirse aterrado ante la consideracion del tiempo que le han robado las pasiones: de los enemigos que le suscitaron; de las ruinas que han producido; de los remordimientos que ocasionan; de la vergüenza que producen. Nada hay que pueda compararse á la amargura resultante de no poder contemplar un rostro sin que el rubor de la vergüenza inunde nuestras mejillas; de no ser posible escuchar las oraciones de los hijos sin sentirse acusado; de no poder oír sin temblar, el plañidero son de las campanas que tocan á muerto; de no poder, finalmente, refugiarse en la propia conciencia sin despreciarse. ¡Ayl! ¡Cuán terrible es esa vengadora economía que de la pasion, considerada en sus momentos de embriaguez, hace algo semejante á una llamarada, á un deslumbramiento fugaz, á una apoplejía de cinco minutos, como decia Chamfort, y de la pasion, considerada en sus consecuencias, un dolor que puede durar hasta más allá de la tumba!

Mas entre todas las desgracias que la pasion ocasiona en la tierra, ninguna como la tiranía con se impona. ¡Horrible suplicio el de hacer el mal, contemplando el bien y maldiciéndose al pro-

pio tiempo! Sí, maldiciéndose, porque ello es que en el fondo de las almas existe todo un reino interior, que semejante á los pueblos presa de la revolucion, experimenta angustias inmensas provenientes de la conviccion de que carece de gobierno.

Esto sentado podemos preguntar: ¿Dónde se encuentra el verdadero gobierno, para la conciencia que no está sometida á las influencias cristianas? Los hechos han contestado. Cuando la conciencia humana no habia alcanzado el corroborante de la fuerza cristiana, la última palabra de la miseria moral en que se hallaba sumida consistia en este grito de desesperacion del poeta: «*Deseo el bien y realizo el mal.*» Al presente, fuera del cristianismo, todavía se legitiman ciertos vicios, con el objeto de no combatirlos, y se niega la parte heroica del deber, para no tener que sufrir la acusacion de faltar á su cumplimiento. Y es que para triunfar de esa potencia desordenada que se llama pasion, no bastan las palancas más ó menos poderosas de la moral independiente, es indispensable en la voluntad humana un acrecentamiento sobrehumano. En otros términos: para igualar el poder de nuestras virtuosas resistencias, con el de nuestras perversas inclinaciones, ha sido necesario el

restablecimiento de muchos equilibrios que se habían perdido, y este resultado sólo podía conseguirlo Aquel que hizo el hombre de la nada. El milagro de semejante reparación, se nos presentará verdaderamente divino, contestando á las siguientes cuestiones absolutamente doctrinales. 1.ª ¿Cuál es el motor de la moralidad cristiana? 2.ª ¿Con qué medios cuenta? 3.ª ¿Qué prodigios realiza? 4.ª ¿Cuyos son sus límites?

No hay hombre, como esté dotado de talento y tenga de su parte la fortuna, que, si se lo propone, no pueda llegar á fundar un imperio: en cambio el establecimiento de una religión, después que Dios lo ha realizado, es tan superior á las fuerzas humanas que donde quiera que se ha intentado semejante empresa, no ha pasado mucho tiempo sin que sucumbiera bajo los golpes del ridículo. ¿De dónde proviene esta disposi-

cion del espíritu público? En parte de la imposibilidad en que se halla para inventar dogmas que engendren la certeza; pero principalmente de la imposibilidad en que se halla para conseguir que de tales dogmas resulte una virtud práctica ó la santidad.

En mi juicio el carácter más incontestablemente divino del cristianismo consiste en su poder santificador. Todos los símbolos completamente vacíos de Jesucristo, autor de la fuerza que moraliza, permanecen en el estado de mera especulación: sólo el cristianismo ha pasado de las convicciones de la humanidad á costumbres humanamente impracticables. No se entienda por esto que quiera suponer que las demás religiones no se han practicado jamás sin fé por parte de sus adeptos; mas, ¿qué importa esa fidelidad si halaga las pasiones en lugar de reprimirlas? En cambio, ¿por qué razón el Evangelio, es decir, la religión más incómoda que en tiempo alguno se haya imaginado, no ha quedado reducida á un sistema prácticamente estéril, como si dijéramos *la república de Platón*? ¿En qué consiste que el culto de la cruz haya seducido á la humanidad hasta el punto de alcanzar de ella, no sólo la adhesión que consiguen los ritos filosóficos, sino también el sacrificio

y el amor llevados hasta el extremo de morir gozosamente por la misma? Este fenómeno se explica teniendo en cuenta que en el seno de dicha doctrina se encierra una influencia misteriosa; y esta influencia que, semejante á un poderoso iman, imprime su movimiento al mundo moral; esta influencia, que no puede falsificar la habilidad de los innovadores y que falta siempre á su Evangelio, de la propia manera que el punto de apoyo á la ciencia de Arquimides, para elevar al género humano despues de haber abusado de su credulidad, no se demuestra como una vana teoría, sino como un hecho íntimo y soberano: no se inquiere á fuerza de argumentos ni por medio de telescopios, sino que se siente: no gira en fin en las incommensurables regiones del espacio, sino que se agita en lo profundo de las conciencias, y el cristianismo la apellida, la gracia de Dios.

(La gracia de Dios! En estas palabras se encierra un encanto indefinible y omnipotente que sostiene nuestra debilidad, por lo mismo que expresan la idea de una fuerza más grande que nosotros mismos, y sobre la cual descansamos con la misma confianza que el niño sobre el regazo materno. Pues bien, la humanidad que no sabe proyectar, esperar ni resolver cosa alguna, como

no sea con, ó por la gracia de Dios, no conoce la virtud moralizadora de la misma, razon por la cual consagro la presente enseñanza á poner de manifiesto semejante secreto y esta prueba.

La humanidad se salva, del mismo modo que se perdió; por medio de una transmision genealógica. Un hombre culpable ha inoculado á toda su raza, con la sangre de sus venas, la falta cometida; un Hombre-Dios comunica sus méritos, con la virtud de su sangre, á toda la descendencia del primero. De esta suerte las fuentes de la generacion, que el pecado habia corrompido, hállanse purificadas por medio de la regeneracion. El virus moral que la generacion distribuyera en nuestras venas era la concupiscencia; el correctivo divino infundido en ellas por la regeneracion es la gracia; y así como la una constituye la participacion de cada uno de los individuos en la corrupcion de Adán, es la otra una comunión incesante de nuestras almas en la santidad de Cristo, y una efusión imperecedera de su naturaleza divina en el seno de la humanidad. Desde este punto de vista es sumamente fácil comprender la definicion que de la gracia dá la teología cuando expresa que, es un don gratuito y sobrenatural, concedido por Dios á la criatura racional para alcanzar la vida eterna.

Este don equivale á una verdadera creacion, porque al paso que constituye un principio de vida sobrehumana, unido á la naturaleza, es una obra tanto más divina, cuanto que para tener la capacidad necesaria para rehacer al hombre, es preciso haberla tenido para hacerlo. Pero por más que sea tal energia excelentísima en sí misma, es más difícil conocerla por lo que ella es, que por sus resultados.

Ahora bien, la gracia, considerada con relación á nuestra naturaleza es una ley de equilibrio y de armonía. De todos los seres de la creacion orgánica el hombre es el único que puede elevarse sobre el nivel de la naturaleza por sus sacrificios, y descender debajo del mismo por su depravacion. ¿Cómo se llama este enigma y de qué manera se explica semejante anomalia? Cuando el hombre se coloca debajo del nivel que le corresponde, es que obra en virtud de una inclinacion que le es peculiar, y que al par constituye una desgracia y una prerogativa de su libertad. Por el contrario, cuando el hombre se sobrepone á ese nivel, es porque obra á impulsos de un poder superior á su voluntad natural, por cuya razon se llama sobrenatural. La fuerza que lo impelle hácia el fondo es la pasión; la que le impulsa á elevarse es la gracia. Yo he contem-

plado á la primera rebajando á Nabucodossor hasta el nivel del bruto: yo he visto la segunda exaltar á los grandes imitadores de Jesucristo, hasta una suerte de deificacion en el deber, *divine consortes nature*; y como la una sirve de contrapeso á la otra, constituye esto en la humanidad no una contradiccion sino un equilibrio. Al llegar á este punto, permitame el lector que apele al testimonio de su conciencia, porque de seguro habrá experimentado más de una vez, en el interior de su alma el combate de esos movimientos, combate que habrá concluido por producir la armonía como resultante de ese principio sublime que se llama libre albedrio, libertad.

La gracia considerada con relación á la voluntad, es un complemento, puesto que concluye nuestra personalidad moral. Nuestra razon se completa mediante su union con la fé, y nuestra voluntad, herida en Adán, recobra su energia mediante la union con la gracia. La fé y la gracia constituyen pues para nosotros apoyos y suplementos, la una del espíritu, la otra de la voluntad, y por consiguiente, un desarrollo, no una mutilacion de la humanidad. Los que considerais ciertas virtudes como un ideal quimérico expuesto á las miradas de un misticismo alu-

cinado; los que habiéndolas buscado en vano en la filosofía jamás habeis comprendido que se las encuentre con la religion; los que, finalmente, las habeis considerado siempre mera excepcion de temperamento, y no como gloria de una voluntad victoriosa, sabed cual es la causa de vuestro error. Consiste este en que en el interior de vuestra naturaleza corrompida habeis visto la medida suprema de la energía humana, siendo así que vosotros sólo representais la humanidad empobrecida de resultas de una enfermedad hereditaria: consiste en que el hijo de Adán, abar. donado á sí mismo, es incapaz de elevarse á ciertas alturas en las pendientes de la moralidad en tanto que restaurado por Jesucristo lo puede todo en Aquel que le fortalece.

La gracia considerada relativamente al corazón, reúne el encanto y el imperio de un atractivo. ¡Admirable correlacion de las cosas divinas! Una seducción perdió al hombre en su origen: una seducción le salva al presente. En efecto, la gracia es ese sabor íntimo que va adherido á nuestras buenas acciones: es este gusto de Dios que comunica en favor nuestro el placer al bien, de la propia suerte que la caída nos subleva; de manera que valiéndonos de una definición conocida, podríamos llamarla la concupiscencia de la

virtud sobreponiéndose en nosotros á la del vicio, y una especie de poder atractivo suspendido sobre la naturaleza caída, para conducirla más allá de sus límites, de la propia suerte que la luna levanta los mares. ¿Quién hay que una vez ú otra no haya escuchado esa voz interior que recompensa ó castiga despues cada uno de nuestros libres movimientos, y que no puede proceder de nosotros, puesto que á pesar nuestro reuena en nuestra conciencia? Accion energética y suave al par, que perfecciona nuestra libertad en lugar de violentarla porque favorece los movimientos sin forzarlos. La caída original nos inclina al mal cuando viene la gracia á impulsarnos en sentido opuesto, y con ello lejos de resultar aplastados podemos erguirnos; lejos de estar oprimidos, nos encontramos tan completamente libres para elegir el camino que mejor nos cuadra, que por decirlo así, reconquistamos nuestro primitivo aplomo.

En fin, la gracia, relativamente á la razon pura, es la solucion de una dificultad terrible. Sin la gracia el pecado original, es decir, la culpabilidad de todos por la prevaricacion de uno sólo, constituye una economía inexplicable; pero con la gracia, como todos han pecado en Adán, dice el Apóstol, todos se ha justificado en Jesucristo,

La imputacion de una mancha que no fué obra nuestra, se halla contrabalaceada por la de un mérito que no nos es propio: el beneficio de la solidaridad espiritual, compensa la desgracia de la solidaridad carnal, y el segundo Adán proporcionándonos por medio del bien, cuanto nos dió el primero por medio del mal, viene á constituir una gran misericordia puesta, segun el plan divino, frente á frente de un gran castigo. Y este castigo y semejante misericordia se corresponden como en Dios la justicia y el amor, y justifican la caida hereditaria por medio de una redencion que no lo es ménos.

Tal es el móvil que impulsa á este mundo á la realizacion de nuevas virtudes y de sacrificios superiores á la naturaleza, que lleva el nombre de santidad cristiana. Si, y en vano se esforzarán los doctores del racionalismo en falsificar esa santidad sin participar de la virtud del mismo origen, porque quedarán confundidos por la inanidad de sus tentativas, toda vez que ese trabajo, tan impio como ridiculo, no es más ni ménos que la investigacion formal de los efectos sin causa. Voltaire, ocupándose de una inconsecuencia á esta semejante, decia que esto se llama *perder el alma convirtiéndose en harme reir de los demás*.

Mas al llegar á este punto pareceme escuchar la voz del génio del materialismo contemporáneo que desde el fondo de sus laboratorios me dice: ¡Qué motor latente es este que escapa á las demostraciones científicas, y al cual las leyes mecánicas no pueden regular? ¡Qué fuerza es esta cuyo origen y direccion se ocultan en el cielo, cuyos resortes jamás pudieron contemplar los hombres, y cuyo calibre no ha podido determinar la matemática? Nada puede darse de más incomprendible que los exploradores exclusivos de la materia puestos en presencia del orden moral. Con todo, la gracia cuenta tambien con demostraciones positivas, y en prueba de ello ponemos á continuacion la respuesta que puede dar á los que la echan en cara el no ser una realidad ponderable. A estos tales puede decirles: merced á mi existencia los paganos han visto, todos los pueblos de la tierra han oido, doce millones de mártires han corrido al combate, han aparecido innumerables vírgenes, los pobres son honrados, abrazados los leprosos, multiplicados los humildes de corazon, perdonados los enemigos, cambiadas las costumbres públicas y privadas; en una palabra, la vida de los santos constituye mi prueba, la regeneracion del mundo es obra mia;

si mi naturaleza es un dogma, mis efectos caen bajo el dominio de los sentidos.

¿En qué consiste que la civilización cristiana se distinga por la existencia de virtudes que no se encuentran fuera de ella? No cabe dudar que este efecto debe de reconocer una causa, y esta causa ¿dónde reside si no es en la gracia? Y no se pretenda eludir el argumento, contestando que para conseguir tales resultados basta la conciencia religiosa, porque en este caso pregunta rémos, ¿por qué razón en las falsas religiones no puede alcanzar la conciencia lo que alcanza fácilmente en la verdadera? Con la historia en la mano, es de todo punto imposible considerar la gracia como un fenómeno psicológico, puesto que nada existe que mejor demuestre la realidad de un agente sobrehumano, que las acciones sobrehumanas, y si la necesidad de un primer motor en el orden material prueba la existencia de Dios, la indispensable necesidad de un motor en el orden moral, para explicar la moralidad cristiana, lleva directamente al hecho indubitable de la gracia y á la divinidad de su autor.

II.

Conocido tenemos el motor de la moralidad cristiana. Sepamos ahora cuales son sus medios de accion. La gracia llega al alma por una porcion de medios. Podría comparársela, si la imágen fuere digna del sujeto, á una suerte de clave místico, colocado en medio de los méritos de la redencion, capaz de herir las voluntades que lo ponen en ejercicio, por medio de melodías que varían hasta el infinito. Los movimientos de la voluntad humana que provocan las efusiones de la gracia, no pueden por consiguiente ser tenidos en cuenta. Pero existen mociones más poderosas de la voluntad humana, procedentes de los desbordamientos de afecto mas abundantes del auxilio divino, que constituyen entre Dios y el hombre, esas místicas comunicaciones que conocemos con el nombre de sacramentos. La oracion, el ayuno, la limosna y las demás buenas obras son los arroyos; los sacramentos constitu-

yea el río mediante el cual la redención circula y se distribuye en el seno de la humanidad. San Agustín los define un signo evidente de la gracia invisible, instituido para nuestra santificación: Enseñanza fecunda, de dónde resulta que los sacramentos fueron instituidos como *signos y agentes* de la moralización cristiana y como representación y reproducción de la gracia purificadora. Vamos á ver ahora de qué suerte, mediante ese doble aspecto, se imponen á los respetos de toda razón que no tiene tomado de antemano el partido de no respetar.

Desde luego nada más racional que la virtud de este agente. Cierto que es imposible que el espíritu pueda comprender de qué manera un signo natural transmite una gracia sobrenatural, porque entre esta causa y semejante efecto media un abismo que sólo puede llenar un milagro. Mas una vez admitido el gran milagro de la divinidad de Jesucristo, son perfectamente admisibles cuantos de él derivan y este en especial. Jesucristo se encuentra situado en medio de la humanidad como el árbol de la vida en el centro del Edén. Los jugos corruptores de este han inficionado el género humano, la sávia regeneradora de aquel, infiltrándose en las venas de la posteridad, lo ha transfigurado. Nuestra unión

con Adán por medio de la carne es causa de nuestras caídas: nuestra unión con Cristo por medio del espíritu es origen de nuestra restauración.

Mas, ¿de qué modo se realiza la adapeion de nuestra humanidad degenerada con la humanidad regeneradora de Cristo? ¿En qué consiste ese enjerto divino que de tal manera y tan fatímicamente nos une con el Arbol adorable, que su vida circula en la nuestra? La ligadura sobrenatural que hace de nosotros y de Cristo un sólo cuerpo del cual es él la cabeza y nosotros los miembros, son los sacramentos. Hé ahí cuáles son las arterias que llevan la sangre teándrica á la moralidad del género humano para divinizarla. Al descender por esos canales misteriosos, la encarnación se individualiza, la redención se ramifica, y donde quiera que el hombre se pone en contacto con la gracia sobrenatural, asímilase algo de la inocencia de Cristo; porque así como el pecado original no es más que un desbordamiento de la culpabilidad de Adán, la rehabilitación es simplemente la superabundancia de la santidad de Jesucristo difundida por el universo.

Tal es la razón que me explica el por qué de la humanidad desesperada ante la consideración de los males que la afligen, exclame junto al tron-

co del árbol del Edén. *Una mujer me ha dado á probar de ese fruto y yo lo he comido* (1), y al pié de la cruz juzgándose dichosa al recibir una reparacion más grande áun de lo que fué su caída, grite llena de júbilo, refiriéndose á la Iglesia depositaria de los sacramentos: ¡Una Madre me ha dado á probar de esos frutos y yo los he comido! Madre bendita, frutos incomparables que constituyen el uno el guardián, los otros la prueba de la verdad. La humanidad verá siempre, merced á una propension invencible, la doctrina más santa, allá donde encuentre las virtudes más heroicas.

Nada más racional que la función de este agente; nada más moral y más moralizador que su acción. He leído en un tratado de ateísmo alemán que la gracia de Dios no es otra cosa que la alienación de la libertad del hombre, y al sacramento un mérito proveniente de Dios que dispensa al hombre de la obligación de adquirirlos por su propia cuenta (2). La primera de esas imputaciones constituye una contradicción como pocas torpe, toda vez que corriendo en nosotros la gracia, la inclinación perversa por la buena,

(1) Gen. 3.

(2) Feuerbach, *Esencia del cristianismo*.

coloca á la conciencia en situación desinteresada respecto de su elección, y favorece el vuelo de la libertad en vez de comprimirla. Por lo que se refiere á la acusación de buscar en los sacramentos, una santificación pasiva que nos dispense de la santidad activa, es una calumnia de la razón y de las virtudes cristianas, á la cual solo la ignorancia puede dejar la excusa de la buena fé.

No puede ponerse en duda en que los sacramentos tienen una virtud intrínseca; pero esta se halla subordinada, en sus consecuencias efectivas, á las disposiciones del sujeto. Su influencia *ex opere operato* se halla determinada por nuestro concurso *ex opere operantis*. El agente hallase modificado en su aplicación por el estado del recipiente y, de esta manera, los verdaderos santos no son aquellos que participan, sin correspondencia, de los sacramentos, sino los que se depuran y perfeccionan para hacerlos fructificar.

Por consiguiente, no puede sostenerse que nos restaurara completamente el mero hecho de la muerte de Cristo: semejante redención tendría poco de moral, puesto que sin imponernos obligación alguno, nos salvaría sin que en ello cooperáramos poco ni mucho. Para que la gracia

no se encaminara à alentar las pasiones mundanales, convino que nos fuese aplicada en virtud de un acto de nuestra voluntad y según las proporciones de nuestro concurso. A este fin Dios ha establecido canales diferentes por medio de los cuales puede llegarse á obtener su plenitud, y así como recorriendo esas diversas vías de derivacion, la gracia se especializa para cada una de las miserias que la solicita, de la misma manera cada una de dichas miserias sólo puede asimilarse, aspirando á ella por medio de esas vías. Ahora bien: las inmensas exclusas por cuyo medio la celeste fecundidad penetra y se derrama en el alma de los mortales; las ondas milagrosas bajo las cuales vease florecer en el seno de la corrupcion original las virtudes hasta entonces desconocidas, son los sacramentos.

No hay para qué forjarse ilusiones: el cristianismo, haciendo del género humano un catecúmeno, para lavarlo de las impurezas de cuatro mil años, no lo sumergió en una atmósfera de sabiduría especulativa, sino que se valió de sus purificadoras abluciones. No por medio de una nueva filosofía, sino echando mano de prácticas divinamente moralizadoras, proporcionó á las sociedades modernas una especie de vestido de inocencia, ante el cual el paganismo de Roma y

de Corinto hubiese huido avergonzado, si no le hubiesen ya reducido al último extremo los excesos de su propia disolucion.

De manera que esos estóicos experimentadores que distinguen la virtud cristiana y repugnan aceptar los medios que ofrece, no harían más con su sistema que comenzar de nuevo la tela de Penélope. Si pudiésemos ser sin los sacramentos, lo que con ellos somos, Jesucristo habria sobrecargado la religion con un ceremonial inútil; siete ilusiones que, del mismo modo que la verdadera, hubiese podido imaginar cualquiera otra religion, habrian engendrado milagros de santidad, que hasta ahora no ha producido religion alguna, y por consiguiente habria motivo para desesperar no sólo de la virtud de la Iglesia, sino tambien del buen sentido de la humanidad.

Los sacramentos constituyen, pues, el principio de la verdadera moralidad cristiana, y dadas idénticas pasiones, así como todo hombre provisto de ese viático divino practica más la virtud que un cristiano meramente especulativo todo pueblo que lo rechace, descenderá, arrastrado por sus vicios, á un nivel inferior al de aquel que confiese y comulgue. Por lo demás ninguna demostracion más palmaria de lo que acabamos

de decir, que la siguiente escala de proporcion justificada por la historia. El catolicismo que conserva intacto el depósito de los sacramentos es la religion que alcanza mayor número de sacrificios de parte de la conciencia humana: sigue en pós el cisma griego que los desfigura: viene despues el protestantismo que rechaza la mayor parte: y por último, el racionalismo que no reconoce uno sólo, con todo y pretender ocupar el sitio más preferente y honorífico en la marcha del movimiento intelectual, es el más atrasado de los símbolos en el camino de la verdadera moralidad.

Y al expresarnos en estos términos no hay para que se nos salga al paso parangonando la pureza más ó ménos auténtica de ciertas poblaciones rusas ó anglicanas con el relajamiento de las católicas meridionales. Es indispensable ponerse en guardia ántes de pronunciar esta fallo anti-francés que pone á la patria de S. Luis por debajo del embruteamiento moscovita, y de las sentinas de Londres ó de Nueva-York. Los que en odio á Jesucristo, hacen traicion á su patria y en el terreno de la filosofia, ó en el de la historia, se pasan al campo enemigo, sólo merecen el concepto de criminales razonadores, y la consideracion que alcanzarían, si de igual suerte

procedieran en el campo de batalla. De todos modos no debe olvidarse que al establecer el paralelo he cuidado de decir á pasiones idénticas y siendo esto así, digasemos con franqueza ¡son los mismos los móviles y los impulsos y los atractivos de la pasion bajo el aplomado cielo de Siberia ó Alemania, que en las zonas ardientes de España ó Italia? ¿Qué seria de la cacareada cordura de las naciones heréticas, si sus miembros robustos y bien alimentados, se hallaran sometidos al influjo del sol que hace hervir nuestra sangre? El error ha huido los países difíciles de gobernar, bajo el punto de vista del temperamento, para establecerse en aquellas regiones en las cuales el frio de la atmósfera influye en que las costumbres sean debidamente respetadas; pero el día en que los sacramentos, especialmente la Penitencia y la Eucaristía, llegarán á abolirse, al otro lado de los Alpes y de los Pirineos, surgirán de nuestros climas caliginosos, tantos y tan corrompidos miasmas que llevados por el viento del mediodía bastarían á inficionar la Europa entera hasta un punto tal que asustados los sábios ánte los resultados del contagio, apresurariáanse á decir á la Iglesia: Abrid de nuevo las piscinas probáticas, y purificad en sus ondas milagrasas las gangrenas morales del

universo: *Haurietis aquas de fontibus Saluatoris.*

El sacramento, pues, como agente de la gracia, es racional, moral y moralizador; mas, sometido á nuestro examen filosófico, ¿encuentra tan fácilmente su justificación, considerado como signo de la gracia? Si, cada cosa tiene su representación debajo del sol, dice el conde de Maistre, y es imposible que la gracia se sustraiga á esta ley general. La naturaleza sirve de escabel y sustentáculo á lo sobrenatural; el cuerpo de morada al alma; en una palabra, cuanto existe de espiritual, tiene su vestidura aparente en nuestro mundo, por lo mismo que no se halla poblado de espíritus puros. Pues bien, por la misma razón, la gracia debe tener su expresión ostensible para que nos sea anunciada al propio tiempo que la sentimos evaporarse, y que nuestro comercio con ella sea ó esté exento de todo peligro de alucinación. Si el sacramento hubiese sido instituido para los ángeles, probablemente el Señor lo hubiese despojado de su signo; mas como fué instituido para nosotros, para nosotros que vivimos reducidos á las prisiones de la materia, tenemos necesidad de comunicaciones materiales para comprender, y lo que es visible se

convierte para nosotros en vehículo indispensable de los subsidios que no lo son.

¿Qué es, pues, lo que podríamos echar en cara á esas formas tan óbvias y razonables de la gracia sacramental? ¿El hacer brotar un efecto espiritual de una causa sensible? En este caso, diremos que la concupiscencia, que nada tiene por cierto de material, se transfunde en nosotros por el acto material de la generación: y por consiguiente, es lógico que la regeneración se realice en virtud de la misma ley, y que Dios calque, si así podemos expresarnos, nuestra reparación sobre el patron de nuestra caída. ¿Podríamos decir que no es suficientemente filosófica? Mas, ¿existe cosa alguna, por ventura, más conforme á nuestros instintos, y si así podemos decirlo á nuestros hábitos? Para conferir al hombre el título de caballero le dais el espaldarazo; ¿qué motivo tenéis para reiros de que hagamos del hombre un cristiano por medio de las aguas del bautismo? Vuestra firma, es decir, vuestro nombre manuscrito, basta para crear ó destruir un sin fin de cosas; no se comprende, pues, que sea motivo bastante para fruncir el entrecejo el que, Dios mediante, se trata de transformarnos por medio de la bendición en que desempeña especial virtud su santo nombre.

¿Es que vuestros signos exteriores, es decir, las cruces y veneras, las firmas y formalidades oficiales, por ejemplo, os confieren, en general, mayores privilegios, gozan más eminente virtud que los signos sacramentales? ¿Es que vuestras cintas y bordados representan más exotamente vuestro poder gerárquico, que nuestras bendiciones, nuestras abluciones, nuestras unciones, y nuestras imposiciones de manos, no traducen debidamente las virtudes diversas que de ellos emanar? ¡Ah! Cuando Dios no se manifiesta por un signo, decís: No le he visto; cuando se manifiesta, exclamais: No le he reconocido; cuando su signo es profundo, decís: No es bastante popular; cuando es popular, objetais: No es bastante profundo. Confesad paladinamente que no quereis á Dios; pero cejad en esa guerra de sutilezas, y no olvideis, por otra parte, que los sacramentos; insultados y desconocidos en su verdadero signo, se revelan por medio de otro más merecedor de vuestros respetos, el rebajamiento donde os conducen, y la elevación donde os llevan y el renacimiento moral del universo que de los mismos resulta.

III.

Valiéndome de la última de las ideas que acabo de verter, penetro en la tercera parte del capítulo: los prodigios especiales, únicos de la moralidad cristiana. Ese gran triunfo de la gracia lo prueban los razonamientos y lo demuestran las obras. De manera, que la apolegética contemporánea se ha enriquecido con su argumento apenas explotado por nuestros antecesores: el que resulta de las virtudes reservadas á la verdadera religion. Sí, es este un testimonio irrefragable prestado al motor y á los medios de la santificación avangélica, que quedará de relieve por medio de esta demostración. Tres grados de impotencia afectan la voluntad humana, desprovista de asistencia divina: carece de fuerza para conservar la moralidad en estado de inocencia; para restaurarla cuando ha llegado al estado de degradación; y para desarrollarla hasta hacerle adquirir el estado habitual de heroísmo. Efectos

todos que, si así podemos decirlo, la gracia del Calvario ha naturalizado en los habitantes todos del mundo cristiano.

Imagínese, por vía de ejemplo, un adolescente en el cual ha de revivir un día la familia à que pertenece, y que ha fundado las más lisonjeras esperanzas en ese sér cuya frente adorna el más hermoso candor. La paz de muchas generaciones está unida à la serenidad de su mirada. ¿Qué tutela puede extender sobre esa inocencia que le es tan querida? La verdad es que no existe otra verdaderamente eficaz, que el saludable freno de la conciencia cristiana. La estadística moral de la infancia en aquellos países en que no reina Jesucristo, constituye para la historia un capítulo vergonzoso, hasta el punto de que, no siendo posible escribirlo, debe confiarse al oído. Lo que en el islamismo y en ciertas sectas del extremo Oriente, es de esos séres débiles y desamparados, lo sabemos, pero no podemos referirlo desde el punto de vista moral, es una continua degollación de inocentes, tanto más deplorable, cuanto que ya no se deplora siquiera. Mas, si del Oriente pasamos à nuestras sociedades cristianas, ¿dónde encontraremos à la juventud pura, como no sea allí donde cuenta con el apoyo y la fuerza que la práctica de la virtud

cristiana le comunica? La pubertad, ¿no constituye acaso un verdadero cabo temeroso, que pocos doblan sin naufragar? Donde quiera que ha aparecido el famoso *Emilio* de Juan Jacobo, al cual no se habla una palabra de Dios hasta tanto que cuenta la edad de veinte años, ¿se ha visto más prodigio que el de la degradacion, en ese ensalzado prodigio de la educacion pagana?

Nò, fuera de la observancia de los sacramentos, que tanto contrarian las pasiones de la juventud, es imposible encontrar en nuestros hogares flores que no estén marchitas. Ljos de la influencia sacerdotal, es decir, de esos hombres en cuyo ejemplo se aprende la manera de gobernarse en medio de los combates de la juventud, es imposible de todo punto conservar la castidad. Suele decirse, Mitridates arrojaba puñados de oro para contener la persecucion de los romanos; pues bien, Jesucristo ha hecho más: Jesucristo ha cubierto de piedras preciosas el interior de nuestras moradas, al sembrar en ellas las virtudes que constituyen la paz y el honor de nuestras familias; y si esta hermosa seducción no basta para desarmar à sus enemigos, no consiste en que su razon sea difícil sino en que su corazon es corto de vista.

Esto sentado, no debemos conceder importan-

cia al visionario racionalista que, arrastrado por sus preocupaciones, ha dicho: *Únicamente la madre puede educar á sus hijos: lo que es la religión sólo logra absorberlos* (1). Esto no es más que un miserable juego de palabras, con la pretensión de decir algo: semejantes antítesis jamás prevalecerán contra la deposición de nuestros propios recuerdos. ¿Quiere conocerse el irrecusable testimonio de la experiencia? Pues bien, esta nos dice que dónde se encuentra una inocencia que se ha mantenido pura, no ha realizado el milagro un pedante escéptico, sino un ministro de la gracia cristiana; y que donde no se encuentran tales querubines para guardar ese nuevo Eden, solo se ven llorosas Raquels que no quieren ser consoladas, porque sus hijos han muerto para la virtud. Y puesto que se invoca en contra de nosotros á la santa guardiana del hogar, acepto su deposición. Nadie con más seguridad que Jesucristo puede decir: Apelo al corazón de todas las madres.

Y la moralidad en estado de degradación, ¿puede ser curada sin el auxilio de la gracia? En manera alguna; la voluntad ha menester un agente

(1) M. Michelot, *La Madre*.

sobrenatural para triunfar de sus vicios naturales, hasta tal punto, que si convertimos nuestras miradas hácia el teatro de la más bella experimentación, el corazón humano de seguro dirá como yo, y mejor aun que yo mismo. Fácil es descender; pero muy difícil subir desde los profundos abismos á que se ha descendido. ¡Cuántos mortales, precipitados al abismo á que su pendiente les inclinaba, háncese convertido en teatro de un conflicto terrible en el cual, como en el seno de Rebeca, luchan dos séres, en tanto que el ángel se halla constantemente rechazado por el hombre! Caer es una debilidad de la naturaleza; mas levantarse despues de haber caído, constituyé un triunfo que la sobrepuja. Despues de haber permanecido durante mucho tiempo sumido en el fango del vicio, procurése salir de él por medio de un esfuerzo de estoicismo, y se verá con cuánta razón pudo Dios decir con toda la autoridad de su Evangelio: *Nada podéis hacer sin mi auxilio* (1). Señor del mundo, podéis imponer al mundo vuestros caprichos si así os place: pero no podéis imponeros un día entero á vuestra carne, si no me acomoda. Poco os im-

(1) S. Juan, 15 5.

porta, sin mi gracia, la pureza de los principios. Con las más nobles convicciones, sólo lograré s arrastrar una vida de penalidades, y juguete de las pasiones, sin que puedan impedirlo los mejores deseos, os entregareis al encenamiento de vicio, esperando que la nieve de los años cubra con su manto de hielo ese organismo no apagado, y que Dios os devuelva à la virtud no tanto por el sacrificio como por el hastío.

Tal es la ley común: los que la sufren no quieren confesarlo: pero no les queda más recurso que cubrir su miseria con el énfasis de la moral filosófica: y los hombres se dejan arrebatar la enseñanza. Dios maldice los sepulcros blanqueados. ¡Cuántas veces me he encontrado en mi camino con el incurable de las pasiones humanas achacando su irremediable debilidad ora al temperamento, ora à las ocasiones, muchas veces à la Providencia, y reducido siempre al más espantoso de los escepticismos, al que consiste en dudar de sí mismo, y por consiguiente del deber! ¿Qué medio existe para que, dado este grado de rebajamiento, puedan renacer las virtudes? No hay que contar para nada con la naturaleza, porque se ha agotado en la lucha, y desesperando de sí misma, ha proferido acaso esa blasfemia histórica: *¡Virtud, no eres más que una solemne*

mentira! Únicamente puede obrar el prodigio de semejante resurreccion un tratamiento sobrenatural. Vengan los sacramentos en auxilio de esa voluntad caduca y desesperanzada por el desengaño, y se verá renacer inmediatamente su juventud.

Ante tales promesas, de seguro soltará la carcajada el incrédulo libre pensador; pero no importa: al paso que no faltará quien diserte sobre sus ruinas, nosotros las haremos palpar con el auxilio de los sacramentos: al paso que algunos le explicarán el movimiento, nosotros se lo comunicaremos con el auxilio de los sacramentos. No hay para qué se nos objete con la contradicción teórica: nosotros somos los exploradores de la conciencia, nosotros hemos contemplado à la humanidad fuera de las situaciones más ó ménos teatrales de la vida pública y como testigos oculares podemos rendir la siguiente deposición: La voluntad, destituida del auxilio sobrenatural, es incapaz por sí sola de retroceder espontáneamente en el camino del mal. Un culpable sin fe puede conocer el decaimiento, la decepcion, la debilidad; pero jamás podrá conocer el *arrepentimiento* ni la *enmienda* en el sentido regenerador que debe darse à tales palabras y despues de haber perdido la primera ino-

cencia, no alcanzará la segunda, como Dios no le tiende la mano.

Por lo demás, ¡cuantas veces nuestra sociedad, á pesar de su proverbial ligereza, ha sentido emanar de la sencilla túnica de un ministro del Evangelio, como de la de Jesús, una secreta virtud! La sombra del sacerdote, semejante á la de San Pedro, realiza milagros donde quiera que se proyecta. Y no se diga que ese poder de la gracia es un sueño de los éxtasis cristianos, porque áun cuando somos libres de negarlo como doctrina, se impone como hecho, y si separamos su virtud milagrosa, permanecemos en presencia de sus milagros.

Estos son demasiado numerosos para que los eludamos. Magdalena y Thais encenagadas ayer en el fango del mundo, alcanzan en pocos días los brillantes esplendores de la divina intimidad, San Pablo, derribado sobre el camino de Damasco, concibe la conquista del mundo, y se levanta exclamando: todo lo puedo; con Aquel que me fortalece: San Jerónimo, al otro día de sus orgías de Roma, alcanza sobre sí mismo, por medio de la mortificación cristiana, triunfo que no había podido lograr su energía de Sármatá á su orgullo de hombre práctico; San Cipriano pudo distinguir en un abrir y cerrar de

ojos, sus dudas disipadas y destruidos cuantos obstáculos le detenían: por último San Agustín sacudiendo la cadena de veinte años de sensualismo, pasa de una especie de vergonzosa esclavitud á una como transfiguración angélica. Sus blime Thabor en donde iluminado siempre por el génio, pero extinguido por la pasión, permanece durante largo tiempo suspendido entre el cielo y la tierra, como para servir de testimonio á esta gracia que es la única que puede adaptar á una juventud de pródigo, una madurez de serafín.

¿Podrá la voluntad, sin la gracia, alcanzar en la moralidad las alturas del heroísmo? Menos áun. No se vaya á imaginar que pretendo decir que lo sublime en el orden moral, no ha existido en la tierra antes de aparecer en ella el Evangelio: la palabra de honor de Régulo, el juramento de las Thermópilas, el desinterés de Cincinnato, otros mil grandes recuerdos de la antigüedad pagana acudirían á la mente del lector para desmentirme. Sin embargo, todos ellos deben considerarse únicamente como brillantes destellos de sentimiento moral, ráfagas de luz cruzando un firmamento que cubren sombras densísimas. Sin la gracia, y la humanidad no realiza el bien más que sobre un punto y por in-

tervalos; por la gracia lo lleva á cabo de una manera continua y universal y realiza esta ascension suprema en la escala de la perfeccion llamada santidad. La santidad es pues un don especial de origen evangélico, y este es tan cierto en sus detalles como en su conjunto.

¿Puede imaginarse un don más divino que la humildad de los cristianos? La gloria constituía el nervio de la virtud antigua, el honor lo es de la virtud moderna: abolida la prueba de la opinión, desaparece casi inmediatamente la moralidad natural del género humano; pero yo conozco un sabio cuyo estudio consiste en serlo sin parecerlo, que es más digno de admiracion si cabe, en el interior de su hogar que en la plaza pública, que pasa su vida en hurtarse no sólo á los aplausos de los demas, sino tambien á sus propios ojos; que aun cuando no existieran en el mundo mas que Dios y él, procedería de la propia suerte. Ante este ejemplo deben retirarse de sus pedestales todos los héroes del catonismo pagano y racionalista. Se ha dicho que no existe hombre grande para su ayuda de cámara: debe hacerse una excepcion á este juicio pesimista en favor del santo, por lo mismo que es más grande por su lado visible que por su aspecto exterior.

¡Sorprendente condicion la castidad de los cristianos! El hombre sin la gracia, se considera dueño de su carne hasta el extremo de despedazarle como hacen ciertos bonzos de la India, para refrenarla una vez, como lo atestigua la continencia de Scipion; para preferir la lucha á la muerte, cual acontece con las vestales del paganismo: pero para elevarse la virginidad voluntaria hasta esa altura gloriosa entre los habitantes de la tierra y los del cielo, y mantenerse en las cimas de esta *montaña del incienso* que es la castidad perpétua; para imprimirnos esta fuerza superior á nosotros mismos y semejante á un milagro que nos hiciese marchar, siendo parálticos, ó que nos diera alas para volar, es indispensable un elemento más grande que nosotros; es indispensable la gracia de Jesucristo.

¡Sorprendente condicion la caridad cristiana! No atribuyamos semejante descubrimiento á la fecundidad espontánea del corazón humano. No obstante todos nuestros ditirambos respecto de la fraternidad, no constituye en manera alguna nuestra obra, y la prueba la tenemos en que el día en que la prescribió Jesucristo, cuidó de advertir que imponía al mundo un nuevo mandamiento, *mandatum novum do vobis*. Toda la moral antigua descansaba en el siguiente principio

de justicia: No hagais á las otros lo que no quisierais que os hiciesen á vosotros mismos. El Evangelio ha elevado el corazon de la simple justicia á la simpatía. En suma era indispensable una verdadera revolucion divina para conducir al hombre al amor de su semejante, y para que le amara más que á su fortuna, en la caridad de la limosna; más que á su dignidad, en la caridad del perdón; más que á su libertad, en el voto de castidad; más que al mundo, en la vocacion religiosa; más que la vida, en fin, en el martirio. Amores todos, encerrados en el santo amor de Dios y del prójimo, que al hacerlos Jesucristo brotar en el corazon humano, fué llevando á cabo un prodigio mucho más divino que el obrado por Moisés haciendo manar las aguas de un peñasco situado en mitad del desierto.

Finalmente hasta en sus sublimes locuras la sabiduría del heroísmo cristiano constituye una divina rareza. La voluntad, se vé en la precision de maniobrar entre escollos, cuando se lanza á la realizacion del bien sin contar con el auxilio sobrenatural; pues ó bien pretende hacerse superior á su debilidad, en cuyo caso comunica á sus resortes una tension extraordinaria, y forzando á la naturaleza se arroja hasta las orgullosas bravatas del estoicismo, ó so pre-

texto de condescendencia respecto de la naturaleza, la mima en vez de reformarla, dejándola que se deslice por la agradable pendiente del epicureismo. La gracia mantiene la voluntad en el justo medio que señala el ideal de la moral perfeccion.

Si, el cristianismo no puede tacharse de sospechoso de debilidad en materia de sacrificio. ¿Existe en los anales de la virtud filosófica cosa alguna que pueda compararse á la heroica exaltacion de las ocho bienaventuranzas? Bienaventurados los pobres, bienaventurados los que lloran, bienaventurados los que padecen persecucion. Es imposible establecer de un modo más perfecto la sabiduría natural como base de la santidad. Cuando el cristiano sube á esas cimas inexploradas, no procede como el estóico, por la fuerza llevada al paroxismo, sino por el amor elevado hasta la sublimidad: los santos están dotados del vigor de los leones, y de la ternura de la mujer; sobrehumanos por la voluntad son verdaderamente hombres por el corazon. Milagro de equilibrio que pone patente en ellos una influencia que no es realmente suya. Por esto cuando contemplo á Catón negando que el que le ha dado una bofetada le haya ofendido, experimento una sensacion repulsiva, nacida de la

consideracion de que en semejante acto sólo hay el orgullo con que pretende anonadarse al ofensor, con todo el peso del desprecio; nada del sentimiento elevado que mueve à extender sobre el adversario el manto del perdón. Aquí hay impasibilidad, no misericordia. En cambio cuando fijo la mirada en el Hijo de Dios subiendo al Calvario, dulce y silencioso como el corderillo que marcha al matadero, sin ser parte à evitarlo me siento subyugado por un ascendiente poderosísimo; porque la verdad es que se necesita una revelacion divina para comprender de una manera exacta toda la extension de la virtud humana.

Gracias à esos prodigios de la moral cristiana podemos apreciar la inquebrantable solidez del cristianismo. Para destruirlo, no bastaría con anonadar su demostracion escrita, sería menester poner en evidencia que es posible à otra doctrina formar santos sin Jesucristo y tambien como Jesucristo. Por consiguiente, ó que los fundadores de religiones antiguas y de filosofías nuevas produzcan una hagiografía digna de ser colocada al lado de la nuestra, es decir, à falta de pruebas, hombres capaces de confundirnos, ó que se declaren confundidos para siempre jamás

por los hombres y por las pruebas que les oponemos.

V.

¿Es cierto que, sin la gracia, podemos hallarnos en posesion de determinadas virtudes? ¿Es cierto que, aun contando con la gracia, nos sea imposible alcanzarlas? Tal es la doble cuestion que he pretendido abarcar en la que sigue relativa al motor de la moral cristiana: ¿Cuyos son los límites de su poder? Cuando se ha adquirido alguna ciencia, no tanto por el estudio de los libros, como por la observacion del corazon humano, se encuentran dos antagonismos diversos levantándose, ora en estado de teoria profunda, ora bajo el aspecto de objecion popular, contra la influencia santificadora del cristianismo. Esos antagonismos, siquiera dirigidos à un mismo punto, parten de extremos opuestos. Pretende el uno que en el órden de la virtud, el hombre puede cuanto quiere: es decir niega como inútil

el auxilio de la gracia. Afirma el otro que en la lucha contra las pasiones, el hombre se halla fatalmente sometido á la humillacion de la caida y que para librarse de la corrupcion de la inmoralidad, no hay más medio que cambiar las leyes de la moral: es decir, que niega la gracia teniendo en cuenta su impotencia. En otros términos, el primero niega la necesidad; el segundo la eficacia de la gracia. A estas dos causas de escepticismo práctico, el estoicismo y el epicureismo, no opondrémos en manera alguna especulaciones teológicas, contentándose con hacer un simple llamamiento á la conciencia.

Y ahora séanos lícito preguntar si el honor entregado á sí mismo es capaz de producir todo el bien que desea. No puede dudarse que la moral natural varía según los sistemas, de manera que puede retarse al filósofo más eminente, á que manifieste en qué consisten los preceptos de la filosofía. Y no obstante, el filósofo es todavía más incapaz de cumplir el deber que de conocerlo, por lo mismo que le falta la palanca, más bien que la noción, de la verdadera moralidad.

Vengan pues los puritanos de la moral independiente que se jactan de una santidad adquirida apesar del Evangelio, pues hay razones fundadas para revisar los títulos de su canonizacion,

La verdadera moralidad no es en manera alguna este comportamiento que no se halla en contradiccion con las prescripciones del Código penal, y que no choca en manera alguna á los ojos de la opinion, sino lo rigidez de costumbres que, así en público como privadamente, están de acuerdo con los principios. Esto sentado, ¿qué pueden alegar en favor suyo y de su pretendida perfeccion esos estóicos constructores, que hacen gala del más inexcusable de los charlatanismos, el charlatanismo de la impecabilidad?

¿Hábitos de beneficencia? Ciertó que poseen las condiciones fideles; pero carecen de las que cuestan algo: no brillan por su moralidad, sino porque les son naturales. ¿La delicadeza de su honor? Ciertó que son quisquillosos en materia de honor, es decir, en lo que se refiere al juicio de la pública opinion; mas no porque miran al cumplimiento de su deber, es decir por respeto á Dios y á sí mismos, de manera que tampoco es esto moralidad, sino amor propio. ¿Una probidad intachable? Ciertó que no sustraerían de la casa de sus amigos por valor de un alfiler, sin despreciarse á sus propios ojos; pero no vacilarían en robarle la esposa y las hijas enorgulliciéndose de la victoria alcanzada; de manera que aquí no hay moralidad, hay simplemente lo que

en la moderna gerga se llama ser vividor. Añádase á lo dicho que consideran la ambicion, como la ocupacion más noble del hombre de valer; la voluptuosidad, como una necesidad hija del temperamento; la venganza como legítima defensa de la dignidad ofendida; el lujo y el sibaratismo como régimen natural de su posición. En una palabra, su decálogo se reduce á no atentar á los bienes ni á la vida de su prójimo.

Y desde lo alto de este pedestal irrisorio, bien comidos, bien bebidos, nada cuidadosos, habiendo en moradas en que el lujo rebosa por todas partes, rodeados de toda suerte de comodidades, osan disputar el premio de la virtud á los santos del cristianismo. Convengamos en que es menester haber perdido el sentido moral para juzgar de esta suerte de la moralidad.

Por lo demás, ménos que un tema de escuela, es esto cuestion de buena fé. Si un libre pensador de treinta años me aseguraba, puesta la mano en la conciencia, que se sentía perfectamente dichoso en su estado moral, la educacion me impediría contestar á su palabra; pero nada me impediría creer que á fuerza de engañar á los demás había concluido por engañarse á sí mismo. Pues bien, yo he conocido á ese acabado comediante que se goza representando con toda maes-

tría, bajo la máscara de la filosofía, para poder mejor retar al Evangelio; pero sabéis lo que he visto al aplicar mi oído á su corazón? He visto que se hallaba devorado por odios impacables; he visto apetitos desordenados que lo fuerzan á arrastrarse por el fango, bajezas y humillaciones que vengan á la sociedad de las falsedades que viertan sobre ella; he visto por último, posturas sin remedio que le hacen doblejar bajo el peso de su miseria, como Atlas debajo del de su montaña de fuego.

Y en semejante situación, cuando el mundo se goza en aclamar vuestras virtudes, un juez mejor informado se inscribe en falso contra los panegíricos del mundo, y este juez sois vos mismo. Porque si sois incapaz de ejercer esta justicia respecto de vos, es un desencanto más, puesto que ello prueba que hasta la nocion de la virtud os es desconocida, y que habeis perdido ese reflejo angusto por medio del cual el hombre contempla su interior, la conciencia. Mas, sumido en tales profundidades por lo ménos, no os subleveis contra el motor de la moralidad cristiana, porque nada prueba mejor la necesidad que de ella teneis que el aprecio que haceis de la misma.

Yo bien sé que los partidarios de la moral in-

dependiente, llegado este caso, se refugian tras la siguiente calumnia: Los cristianos celosos, pueblos ó individuos, no tienen menos debilidades que los discípulos del autecristianismo. Tratándose de pueblos; la objecion queda contestada y completamente destruida con lo que en el capítulo precedente dejamos consignado. Procuremos, pues, fortificar nuestras contestaciones valiéndonos de esta juiciosa apreciación proporcionada á la tesis por el buen sentido de Bonald: «Los espíritus mezquinos sólo se fijan en los vicios de los pueblos cristianos, por lo mismo que las virtudes constituyen su estado ordinario, y el único autorizado: en cambio los entusiastas cuando á los paganos se refieren, se fijan únicamente en las virtudes, porque el vicio constituya el estado común y el único permitido por las leyes (1). ¿Qué sería, pues menester para burlar y castigar á los detractores de la moral cristiana? Obligarlos á elegir domicilio en los países donde no es conocida. Seis meses de permanencia en la China ó en el Japon, bastarian para que se reconciliaran con el Evangelio de la Europa civilizada.

(1) Bonald, *Legislacion primitiva*.

Por lo que dice relacion á los individuos, la objecion no es un argumento, sino un epigrama. Cierto que el hombre acostumbrado á dominarse, en la lucha consigo mismo, exige algo más respecto de sus semejantes; pero en cambio, el hombre acostumbrado á seguir sus inclinaciones, es propenso á la tolerancia para que sean tolerantes con él. ¿Y qué resulta de aquí? Que los cristianos tienen caprichos y sus adversarios vicios. Y, los mismos cuyas ridiculeces silbamos, porque son religiosos, tendrian pasiones escandalosas si fuesen ímpios. Imaginemos dos ciudades pobladas, la una por los primeros y la otra por los segundos, y coloquemos en ambas el mismo número de personas, el mismo grado de cultura, igual cantidad de atractivos, y de seguro á la vuelta de veinte años la poblacion cristiana hará raborizar á la libre pensadora. Y si entre esas dos estadísticas morales, el mundo no establece diferencia, es porque las pesa en una balanza desigual, procurando cubrir la vergüenza de sus obras por medio de sus juicios.

Un pos de los moralista presuntuosos vienen los desconfiados. De estos unos exageran el poder, otros la debilidad de la voluntad humana. Por una consecuencia necesaria de su sistema, éstos suprimen las leyes del orden á fin de que

no exista el desórden, é identifican el deber con el placer, á fin de halagar el primero por el segundo, y capitulan en vez de combatir. El dogma de la santificación del placer no es, en realidad, el acto de desesperacion de una debilidad gasta, da en la lucha, y que sustituye sus derechos á los de Dios para no tenerle que dar cuenta de sus acciones.

La historia protesta contra esta cobardia de una voluntad que se abandona á sí misma. La vida de los santos prueba lo que puede Dios en el alma del hombre, á pesar de lo poco que el hombre puede. En tiempo de San Agustín, eran muy pocos, relativamente, los bienaventurados que militaban en las filas del catolicismo, y no obstante bastó el ejemplo de esos denonados predecesores, para que exclamara: «*Y por qué razón lo que está al alcance de esos pocos, no lo ha de estar al mío.*» Posteriormente creció de un modo extraordinario el número de los apóstoles; la sangre de los mártires fluye sin cesar; las vírgenes abundan sobre la tierra como en el mes de Mayo las flores en los campos; en una palabra: catorce siglos de heroísmo han enriquecido prodigiosamente nuestro martirologio, y esos nombres de nuestra época que miden los espacios celestes, que allanan los montes y que han tra-

tado de suprimir por inútil la palabra *imposible*, ¿serán capaces de poner en duda la posibilidad de la virtud? ¿Vale la pena de cometer crímenes odiosos en favor de tantas libertades inútiles y perjudiciales, para sacar de todo ello la negacion de la más sagrada de todas, la de producir el bien?

Y téngase en cuenta que, además de lo dicho, la conciencia protesta contra esta abdicacion, porque somos incapaces de arrastrar la cadena de la inmoralidad sistemática: mas fácil nos es resistir á la seduccion que sustraernos á los remordimientos, y la conciencia que es un latido de la verdad divina en las profundidades del alma, no depono nunca falsamente. A su vez la naturaleza protesta porque las pasiones más imperiosas sólo rugen por intermitencia. Solo de cuando en cuando tienen una hora difícil: dicho es aquel que en esos supremos momentos sabe ser prudente, y dichoso sobre todo aquel que en trance tan apurado, reclama de la gracia las luces de la prudencia y la fuerza para el combate. De seguro alcanzará la palma de la victoria en esas satisfacciones interiores que resultan de los actos respecto de los cuales proclaman otros la imposibilidad del triunfo. A su vez, por último, protesta la fé, considerando todo lo que tienen

de fácil las condiciones del triunfo. Un sólo instante basta para la caída, un sólo instante basta para la reparación: el mismo que ha empezado el día siendo un miserable, puede concluirlo siendo un santo. Hasta nuestras faltas son utilizadas por la gracia, puesto que hasta con las ruinas por nosotros acumuladas nos labra el pedestal sobre el cual debemos elevarnos, de suerte que hasta al haber cometido un poco de mal, puede redundar en nuestro provecho haciéndonos capaces de mayor bien. No teméis, pues, por qué tener los que á falta de inocencia guardais en el corazón un poco de arrepentimiento: los publicanos tienen buena acogida ante la divina misericordia, y sea lo que se quiera de vuestras debilidades, como no perseveréis en ellas, siempre os será concedido un puesto de honor entre Agustín y Magdalena, al lado de aquellos que pecaron mucho; pero que aún lloraron más sus pecados.

Después de lo dicho, continuaremos aduciendo nuestra impotencia como excusa legal de nuestra debilidad? Lo comprendería perfectamente si estuviésemos solos, si pudiéramos contar únicamente con nuestras fuerzas, para hacer frente á la dificultad; mas en virtud de la gracia, reúnense en nosotros dos hombres y nuestra de-

bilidad de miserables gusanillos desaparece y nuestra fuerza se centuplica, merced á la fuerza de Jesucristo. Ahora bien, no se olvide que cuanto mayor y más fundada es nuestra propia desconfianza, tanto más digno es Dios de nuestra fé. La Escritura nos dice que marcha y que hace marchar los siglos delante de sí: aparece y basta una sólo de sus miradas para destruir los imperios culpables: dícele al templo: *Volveris á realficarte, y es obedecido*; dice á Jerusalén: *Te mantendrás en pie, y sus órdenes son ejecutadas*. Nuestra pequeñez es, pues, omnipotente, puesto que por tal mano se halla sostenida. Perdona el Autor de la gracia á esos hombres de poca fé que no se acuerdan de sus milagros y que se desesperan sumidos en el fango de sus iniquidades inveteradas, cual si jamás hubiese hecho andar á los cojos, ni resucitado á los muertos.

Mas al llegar á semejante situación, el epicureísmo encuentra una nueva tangente para escapar á sus propias conclusiones. No contento con proclamar las pasiones invencibles, las honra como una fuerza de la humanidad, y las canta para que no sea posible cohibirlas en cara. En tiempo del politeísmo, les levantaba altares; en

la época del racionalismo, las considera como un apoyo de la naturaleza, y no quiere una moralidad que, en su concepto, empujase al hombre, arrancándole ese suplemento de grandeza.

Ilusion grosera la que presume que suprime las pasiones, porque exigimos para ellas una dirección y un freno. No, también abrigamos nosotros nuestras ambiciones; pero son tan grandes y de tal naturaleza, que considerando pequeño para satisfacerlas el ámbito de la tierra, necesitan para verse satisfechas nada ménos que la inmensidad de los cielos; también acariciamos nuestros amores; pero tan excelsos y elevados, que juzgando la criatura indigna de sus sueños, no se satisfacen con ménos que suspirando por Dios. Lo repetimos, las pasiones no se hallan extinguidas en el pecho de los cristianos. ¡Por ventura no se derrama ya la sangre humana para la propagación de la fé? ¡Por ventura no existen ya aquellos seres que truecan el raso y el terciopelo por el burdo sayal de la hermana de la caridad? ¡Dónde pueden encontrarse pasiones más vehementes que en Sta. Teresa y en Francisco Javier? ¡Qué es por punto general la santidad, sino la pasión del bien llevada hasta lo sublime de la locura? El amor á Dios y á la vir-

tud es la última de las pasiones que subsisten en el corazón del hombre para consolarle de las decepciones y amarguras que resultan de todas las demás. Cuando el frío del escepticismo ha devastado las almas, y dejando de adorar han dejado de sentir la virtud cristiana, reina en ellas el fuego sagrado durante esos períodos de amargo desencanto que acompañan al desvanecimiento de las creencias. Nuestra suprema embriaguez consiste en la satisfacción del bien obrar: nuestro entusiasmo mayor resulta de nuestro acto de contrición, y en estos casos, lejos de echar en cara á la religión el que librándonos de las pasiones nos empuje á la pequenez, la rendimos el testimonio de nuestra más profunda gratitud, persuadidos de que rechaza las pasiones que nos degradan; enalteciendo en cambio todas aquellas que contribuyen á nuestra elevación.

En resumen, hoy como en tiempo de la Samaritana, Jesucristo se halla sentado junto al pozo de Jacob: la humanidad culpable avanza, el Maestro le revela una miseria que ella por sí sola no es capaz de conocer, le dá à beber una agua que produce la vida eterna, y ante el espectáculo del cambio operado en la pecadora arrepentida, son muchos los que creen en el Hijo de

Dios. Es esta una verdadera demostración que llevan en sus costumbres los pueblos cristianos, y semejante espectáculo que no han podido imitar religión ni filosofía alguna, contiene la prueba concluyente anunciada por Montaigne con las palabras: *El sello de nuestra verdad es nuestra virtud*. La razón que da de ello es por demás sencilla. *La humanidad sólo puede conseguir lo que se halla al alcance de su mano, y carece de medios para abarcar más de lo que sus brazos permiten.*

De todo lo dicho resulta pues que la voluntad sin la gracia, carece de armas para la lucha, y que es indispensable un impulso divino para sobreponernos á la corrupción natural. Hemos visto al estoicismo y al epicureismo poner en duda la eficacia de esta ley, exagerando unos su fuerza, sosteniendo los otros la santidad de su debilidad; más lo cierto es que la experiencia les ha confundido, puesto que, en este terreno, la apologetica resulta de la observación moral y los mejores argumentos provienen de los hechos. Contemplemos pues los hechos deslumbrantes de la moralidad cristiana, y aprendamos á adorar la causa en los efectos. Un oráculo antiguo proponía la solución del siguiente enigma: ¿Cuál es

al par el sér más grande y más pequeño de la creación? El más pequeño es el hombre inferior á sí mismo por el abuso de la libertad: el más grande es este mismo hombre elevándose hasta Dios, mediante el auxilio de la gracia.

velas desplegadas á la paz y al esplendor de la siguiente conclusion: «la única religion sobrenatural que comunica al mundo una eualidad verdaderamente superior á las fuerzas de la naturaleza es el cristianismo.»

De esta suerte hemos contemplado á la razon humana avanzando constantemente, guiada en su camino por las luces del buen sentido y de la historia, desde la necesidad de creer, hasta el seno de la sociedad cristiana. Pero una vez llegados á este *Sancta Sanctorum* de la verdad doctrinal, nos queda todavía por cumplir un nuevo deber que comunique mayor seguridad á nuestras creencias, y este deber consiste en verificar los fundamentos en que descansa el edificio dentro del cual se abrigan. ¿Apóyase el cristianismo sobre testimonios ciertos, ó sobre datos superticiosos? ¿Sus monumentos primitivos merecen completa confianza, ó fueron y deben considerarse únicamente como una estratagema, con la cual se trató de embaucar á nuestros crédulos abuelos? En otros términos, los escritos, los hechos, los dogmas de la sociedad cristiana ¿proceden de origen divino, ó tienen únicamente una autoridad que no pasa de legendaria? Hé ahí el punto sobre que versa la cuestion debatidísima entre la escuela crítica y el cristianismo.



CAPITULO VI.

ORIGENES POSITIVOS DE LA VERDADERA RELIGION.
SUS LIBROS.

La verdadera religion se ha manifestado por medio de los caracteres divinos de sus pruebas, de su fundador, de sus efectos sociales, de sus efectos sobre los individuos. Esta última accion se ha desenvuelto ante nuestras miradas á la luz de una exposicion doctrinal formulada del modo siguiente: ¿Cuyo es el motor de la moralidad propia del cristianismo? ¿Cuáles son los medios principales puestos al servicio de ese motor? ¿Qué prodigios realiza? ¿Cuales son los limites de su poder? La contestacion nos ha llevado á

Esa discusión suscitada en Alemania hace muy cerca de un siglo, y trasladada á Francia de algunos años á esta parte, ha alcanzado una boga extraordinaria, sumamente perjudicial para las creencias de algunos. Conviene simplificar los términos y deducir la conclusión oportuna, para poner en evidencia, que si un soplo insignificante basta para levantar nubes inmensas de polvo liviano, todos los huracanes del mundo son pocos para derrubar el edificio que acabamos de constaur, que no puede ser derribado ni tan sólo conmovido.

Resultado de una verdadera intuición de malevolencia, la negación dirige sus ataques contra la cuestión de nuestros orígenes, persuadida de que no existe medio más expedito para concluir con las creencias. Si el cristianismo carece de bases divinas, no puede ser más que el resultado de acontecimientos históricos, y por consiguiente no existe para nosotros religion alguna positiva. Por otra parte, si el mundo es el resultado de la acción de las fuerzas mecánicas é impersonales de la naturaleza, no se concibe la existencia de religion natural. Arrojado de todas sus trincheras el ante-cristianismo, resistiría aún en esas dos ciudades, si no se le hubiese lanzado de ellas ignominiosamente; pero como can-

ta sus derrotas en vez de confesarlas, no hemos de consentir que las presente como verdaderas victorias.

Al leer de nuevo las piezas de ese proceso, hemos experimentado uno de los mayores escándalos que en tiempo alguno se hayan inferido á nuestra honradez. Cuando los ignorantes ven puestos en duda los textos y las narraciones sagradas, por sábios eminentes de Francia y Alemania, que para mayor autoridad atiborran sus escritos de citas y notas marginales, llegan á presumir que se ha llevado á cabo algun descubrimiento importante contra la autoridad de nuestras Escrituras; pero la verdad es que, respecto del particular, nada absolutamente se ha inventado que contradiga la fé de otros tiempos. Nuestro siglo ha negado, no en virtud de datos positivos, sino en fuerza de una teoria de antemano preconcebida: ha imaginado un sistema filosófico que implica la negación sobrenatural de esos orígenes cristianos, y lo sobrenatural de esos orígenes ha sido sacrificado al sistema.

De manera que la revision calorosa de los textos y de los hechos, que constituye el fondo de las obras del criticismo, no debe considerarse en manera alguna como un resultado científico, sino como fruto de una pasión especulativa. Hay

más aun, todo ese aparato de erudición, por cui-
yo medio se pretende ocultarla, no es más que
un empréstito hecho à la exegesis cristiana y
convertido en contra del cristianismo por medio
de hábiles falsificaciones. ¿Qué vemos en el fon-
do de esos ataques considerados como cosa nue-
va? Nada más absolutamente que las observa-
ciones de la crítica ortodoxa convertidas en ob-
jeciones, es decir los elementos proporcionados
por Ricardo Simon, ofrecidos en sentido inverso
por Stransa y Paulus, y los estudios escritura-
rios del siglo décimo séptimo convertidos, por
medio de manipulaciones germánicas, en fuente
perenne de la negacion contemporánea. Por lo
demás, tenemos en favor nuestro, respecto del
particular, la confesion de nuestros adversarios:
«Cuando la ciencia lúica empieza à ocuparse en
tan difíciles asuntos, no tiene que hacer más
que resumir, bajo su punto de vista especial,
es decir en sentido negativo los trabajos em-
prendidos por la erudición sagrada (1).» ¿Cabe
más innober proceder para con el adversario à
quien se ha despojado? ¿Se concibe mayor indigni-

(1) Heinean. *Historiadores críticos de Jesus*.

nidad que herirle con sus propias armas, despues
de haber trabajado en envenenarlas?

No puede dudarse que Ricardo Simon se hi-
zo acreedor à los rudos ataques que le dirigió
Bossuet, en contestacion à las aventuradas opi-
niones emitidas por el sapientísimo padre del
Oratorio en su *Historia crítica del Antiguo Tes-
tamento*: cierto que existian razones muy pode-
rosas para incluir en el Índice la *Historia crí-
tica del Nuevo Testamento* del propio autor, pues
campean en ella algunas proposiciones hetero-
doxas; mas tampoco debe desconocerse que Ri-
cardo Simon, inferior à Bossuet por el talento y
por el rigor doctrinal, le sobrepujaba en enoci-
mientos exegeticos. Ni cabe tampoco descono-
cer que en sus trabajos bíblicos desplegó un sa-
ber inmenso y una crítica perspicaz, capaces de
imprimir, mediante correccion, un movimiento
muy ventajoso à nuestros estudios. Por último,
tampoco puede pasar desapercibido, que los eru-
ditos alemanes, tan encomiados en los presentes
tiempos, han aprendido más en la escuela del
sábido francés, que los franceses que no han sabi-
do aprovecharse de sus lecciones. El doctor
Reithmayer ha tenido la suficiente franqueza
para confesarlo. «Desde el punto de vista cien-
tífico, son muy inferiores à las obras de Ricar-

do Simon, las obras que posteriormente se han dado á luz. La misma *Introduccion al Nuevo Testamento*, de Hug, escrita con gran talento de exposicion, está muy por debajo de aquella, por lo que se refiere á conocimientos teológicos. . . . renable es que los católicos no hayan seguido el movimiento impreso á la ciencia por Ricardo Simon, pues sin adoptar sus errores podia haberse aceptado cuanto habia en él de bueno; por lo mismo que, de esta suerte, se habria levantado un dique más poderoso á la invasion de la crítica negativa, que surgió poco tiempo despues en las escuelas protestantes (1).»

Tomamos acta de estas confesiones no por amor propio nacional, sino movidos por un interés puramente apologético. Resulta de ellas que los motivos de las dudas exegéticas eran los mismos para Ricardo Simon que para los sabios de la Germania, y que si estos han dudado incomparablemente más que aquel, ha sido por pura inclinacion á las negaciones radicales, especialmente por las necesidades de sistema altamente comprometedoras para la autoridad de sus conclusiones. Tal es, en resumen, la razon de ser

(1) Reithmayer *Introduccion* t. I, p. 21, 22.

de eso que se ha dado en llamar el «dogma nuevo, el principio fundamental de la crítica moderna (1).»

Dios se presenta confundido con el universo cuyas evoluciones se hallan determinadas por leyes inmutables y necesarias. Dios confundido con la naturaleza no puede manifestarse por hechos sobrenaturales. Así pues, el milagro que es una derogacion de las leyes fatales del orden natural, es inadmisibile. Así pues *es indispensable* que los libros santos, archivos inmortales de lo sobrenatural, resulten desprovistos de toda autoridad y que lo maravilloso contenido en esas páginas inspiradas, carezca de toda realidad concreta. Así pues, *es indispensable* que sea rechazada toda religion fundada en la creencia en lo sobrenatural, sin discusion alguna, y que la evidencia histórica sea reducida á la nada, para que ocupe su lugar la abstraccion de un spinozismo brutalmente negativo. Tal es la *ultima ratio* que fuerce la autoridad de los hechos más irracusables, en los espíritus que se juegan poderosos porque resisten al sentido comun.

Cuando se sabe que el origen divino de los

(1) Lárra, *Construccion, racionalismo y positivismo*, pref., p. 20.

Evangelios y su conservacion íntegra hasta nuestros días se hallan atestiguados por innumerables documentos; cuando se considera que duranta diez y ocho siglos los filósofos y los herejes han puesto en duda las doctrinas, pero sin poner en duda su procedencia apostólica, causa verdadera estupefaccion el hecho de que en pleno siglo diez y nueve un hegeliano pretenda conocer más profundamente esos monumentos que San Justino ó San Clemente, y todo porque la doctrina de lo absoluto no debe ser desmentida ni aun por la historia más innegable. ¿No esto la rúbia de la especulacion contra el método experimental, llevada hasta el delirio?

Afortunadamente, en esto como en otras muchas cosas la Providencia ha permitido que el mal llevara su remedio en sus mismos excesos. Cuando la moda se inclinó á las interpretaciones místicas, el espíritu humano comprendió que si no era auténtica la figura de Cristo, eran muchas las figuras que debian recibir retoques. ¿Cómo prestar fé á la integridad de la *Ikada* si se negaba la del *Evangelio*? Así se explica que Homero cayese inmediatamente bajo el dominio de la leyenda: sus poesias no obstante la poderosa unidad de su inspiracion, fueron consideradas como una simple compilacion de fragmentos y

fué negada su identidad. En pos de él, Aristóteles y Platon, derribados de su pedestal y despojados de su realidad histórica, se convirtieron en simples pseudónimos inscritos al frente de obras colectivas é impersonales. Por último, el P. Hardouin que negaba la autencidad de la *Enéida*, tuvo émulos extremados, y la crítica que habia repugnado al buen sentido, dejó de ser peligrosa para la razon. Cual la lanza de Aquiles, y perdóneseme el uso de tan repetida comparacion, curaba las heridas que producía, demostrando que así como en el órden filosófico negando á Dios, queda únicamente la nada; en el órden histórico, suprimido Jesucristo, solo queda el caos.

Describir todas las evoluciones del ataque en este terreno, es materialmente imposible. El plano de ese campo de batalla no puede ser levantado, porque el terreno ha experimentado profundas y continuadas remociones. La batalla no se presta á la descripcion, porque las líneas de los combatientes se han confundido veces mil. Pero lo que del cuadro pondremos en evidencia por medio de nuestra exposicion apologetica, bastará para que pueda adivinarse lo demás. El órden que vamos á imponernos, proyectarè, por lo menos así lo esperamos, alguna luz sobre un

conjunto asaz oscuro, porque nosotros podemos decir de los exégetas racionalistas del siglo décimo nono, lo que Descartes hablando de los filósofos de su tiempo. "Abrámos algunas ventanas y hagamos penetrar la luz en esta cueva dónde se han encerrado para apalearse."

El edificio de los orígenes del cristianismo, descansa sobre tres columnas principales que la negación ha pretendido derribar una en pos de otra. Si ha causado mayor ruido la lucha emprendida sobre la cuestión de los libros, no proviene de que absorbiere por completo el interés de la campaña, sino porque ocupada esta posición, no había ya de ofrecer graves dificultades el apoderarse de todo el recinto. Las tres piedras fundamentales del cristianismo, las que pudiéramos llamar piedras de toque de su divino origen, son sus libros, sus hechos primitivos y sus dogmas. Los libros se han presentado por el criticismo como producto de otros autores y de otro tiempo de aquellos á quienes se atribuyen. Sus hechos primitivos han sido ora negados por la interpretación racionalista que no los admite como maravillosos, ora por el sistema mitológico que no los reconoce como reales. Sus dogmas han sido repudiados en el concepto de que no constituyen el producto de una inspira-

ción sobrenatural, sino una formación cincrética resultante de los diversos elementos proporcionalados por el Philonismo, por la religión de Zoroastro, y por la escuela de Alejandría. Trátese pues de levantar de nuevo, en algunas páginas importantes, la verdad sobre estas tres cuestiones y demostrar la autenticidad de los libros, la certeza de los hechos y la divinidad de los dogmas que constituyen la esencia del cristianismo.

Circunscribiremos la cuestión á los límites de la polémica actual, evitando, en cuanto sea posible, el aparato científico, á fin de poder deducir con más facilidad las conclusiones apologeticas, y asumiendo todo el trabajo de investigación con el propósito de evitárselo al lector. De *la Vida de Jesus*, escrita por el Dr. Strauss, háse dicho, que «los incrédulos no la leen; pero que que la hallan irrefutable.» El criticismo suele valerse de este medio para alcanzar facilmente el triunfo; mas por lo que á nosotros toca, debemos manifestar que no nos satisfaría el tener razón á este precio.

Vamos, pues, á emprender el trabajo de poner en claro tan completamente como podamos, los tres puntos objetos del debate, empezando por manifestar, respecto de lo que á la autenticidad

de los libros dice relación, que nos ocuparemos sucesivamente: 1.º, del estado de la cuestión; 2.º, de la exposición de las pruebas; 3.º, de la refutación de las objeciones.

Para resolver debidamente la cuestión, es indispensable plantearla en términos claros y precisos. Digamos, pues, que un libro santo es auténtico, cuando está escrito por el autor cuyo nombre lleva: verdadero, cuando han acontecido los hechos que refiere: divino, cuando el que lo compuso estuvo sobrenaturalmente inspirado para no caer en error: canónico, cuando forma parte del catálogo de los que Iglesia considera como divinos. Esto sentado, debemos añadir que al presente se trata de la autenticidad de los Evangelios, no á la manera que habría podido establecerse hace un siglo, sino desde un punto de vista que podríamos llamar de actualidad. Ahora bien, para que dicha autenticidad

resulte clara y terminante, se hace indispensable una verdadera exposición. semejante procedimiento no es ocioso, puesto que la exposición de la tesis es la base indispensable de toda refutación.

Al presente la negación de la autenticidad de los Evangelios procede de un mero principio sentado á priori, formulado próximamente en los siguientes términos: «Dios no puede encarnarse en un hombre: pero lo está en toda la especie humana: hé ahí la clave, de la verdadera cristología. El sujeto de los atributos que da la Iglesia á Cristo, en vez del individuo es la humanidad: solo ella constituye la verdadera reunión de las dos naturalezas, y el Dios hecho hombre (1).» De estas gratuita premisas se deriva lógicamente la siguiente consecuencia: luego los Evangelios: que son; la historia de un Dios hombre en una sola personalidad, deben ser apócrifos. Y como en apoyo de esta suposición moderna se aducen objeciones antiguas, resulta esa mezcla indigesta de conocido y desconocido, de vejez y de novedades heterodoxas que constituye, respecto del particular, las

(1) Strauss. Vida de Jesús,
tomo I.

especulaciones que se han decorado con el pretensioso nombre de crítica histórica.

Sentado que Dios no se hizo hombre individualmente, sino en la evolución indefinida de la humanidad, será indispensable cometer verdaderos atentados contra la evidencia, para la justificación de tal sistema; mas no por esto el sistema se considerará vencido, sino que por el contrario marchará adelante. Si se le sale al paso con la autenticidad de los Evangelios no tiene inconveniente en manifestar que los tres primeros, llamados los sinópticos, constituyen un conjunto de tradiciones sin valor histórico, que ha recibido su forma en las Iglesias cristianas, á fines del siglo primero; por lo que respecta al cuarto, obra de los discípulos de Juan, solo contiene, en lo que realmente le pertenece, las imaginaciones de un hombre sumido en el aislamiento de la soledad. Como la noción metafísica del Verbo no estaba al alcance del humilde pescador de Bethsaida, debe considerarse como producto exclusivo de la gnóstica ortodoxa. Desde el principio existió un proto-evangelio, es decir, un pequeño librito que contenía algunos fragmentos de las palabras y de los actos de Jesús. Este librito, comentado y amplificado por la piadosa fantasía de los fieles, sirvió de modelo á innume-

rables Evangelios á los cuales se dió por autor y este ó aquel apóstol, ó á un hombre apostólico. Si han subsistido cuatro de estas narraciones, en tanto que todas las demás fueron declaradas apócrifas, consiste no tanto en que sea mayor su autenticidad, sino en que siendo los únicos que ha encontrado aceptables la Iglesia, ha aceptado en su cánón la responsabilidad. Y respecto de los tres primeros, ¿cuál es el más antiguo? Pregunta ociosa; pues no cabe dudar en manera alguna, que el que con mayor número de detalles dé cuenta de la destrucción de Jerusalén, deberá ser el que se haya escrito con más proximidad á la realización del ácontecimiento, porque como en principio no debe admitirse la profecía, supuesto que la haya habido, el profeta será un narrador de lo que fué, no pudiendo distinguirlo de lo que ha de ser; es decir, que la misma historia tendrá la precisión de desmentirse, para que no pueda desmentirse la teoría.

¿A qué exigir, despues de lo dicho, las pruebas de este sistema? ¿Por ventura no tiene la combinación cuanto de verosímil puede exigirse, para que por sí misma se justifique? No puede desconocerse que la crítica cristiana aduce pruebas externas en favor de la autenticidad de los Evangelios; mas, ¿qué valen tales pruebas

comparadas con la autoridad de tales presunciones! Por lo demás, para admitir los Evangelios, es indispensable creer en los milagros, y los milagros son imposibles. A más de que, ¿no son patentes las discordancias y las contradicciones en lo de puesto por los cuatro historiadores de Jesús? Solo en el relato referente á la resurrección, ¿no se han descubierto hasta diez antinomias irrefutables?

Hé ahí el fondo sobre el cual se ha ejercitado la sagacidad, más bien inventiva que rectificativa de los exegetas alemanes, de cien años á esta parte. Ferd. Chris. Baur y Schwegler de Tubinga; Zeller, profesor de Magdeburgo; Ritschl de Zurich; Wokmar, de Bonn; Hilgenfeld, de Jena; Schleirmacher, de Halle; de Wetze, de Basilea; Ovald, de Goetinga; y Michaelis, Eichhorn, Mars, Grats y sus plagarios de Francia, han vuelto y revuelto en todos sentidos el propio tema, sin deducir de ello testimonio alguno cierto, en perjuicio de los Evangelios. Solo aquellos que abordan la cuestión con opiniones de autemano preconcebidas, opiniones que solo pretenden justificar, han podido ver pruebas felicitantes en esa inmensa balumba de hipótesis disputadas sistemáticamente.

Es un hecho digno de llamar la atención el

que muchos de los autores que niegan la autenticidad de los libros sagrados, son ó han sido ministros protestantes. Es decir, que el espíritu hegeliano, haciendo meridaje con la exegesis separatista de la reforma, es lo que ha hecho tabla rasa de esas escrituras sobre las cuales ha pretendido establecerse la reforma. Por esto cuando M. Guizot anatematiza los excesos del cristianismo, echando mano de estas profundas y sentenciosas palabras: "Esto no merece el nombre de crítica histórica, esto no son más que sistemas filosóficos y narraciones novelescas, haciendo veces de documentos materiales y de morales verosimilitudes", trabaja, sin darse cuenta de ello, no sólo contra los desvíos de algunos de sus correligionarios, sino también en contra del principio en que se funda la religión que profesa.

Por su parte los exegetas cristianos contestan: Examinémos la historia históricamente, y no según las reglas arbitrarias de una filosofía preconcebida. En cuanto á vuestras objeciones las conocemos perfectamente, puesto que en último resultado se reducen á la obra de Porfirio, secularizada por algunos innovadores retardados en su camino; de manera que si tales sombras bastan á engendrar en vosotros dudas que no

produjeron en nuestros abuelos, es pura y simplemente porque os habeis saciado de ellas. En realidad de verdad, no es la falta de autenticidad de los textos la que ha destruido vuestra fé, sino que por el contrario la pérdida de la fé es la que os ha conducido á sospechar de la autenticidad de los textos. ¿Y no es cosa que causa sorpresa que de filósofos ateos os hayais convertido en exégetas deístas? Y no obstante á pesar de todas las violencias inferidas por vuestra filosofía á la verdad escrituraria, la sostenemos decididamente: los cuatro Evangelios canónicos no son en manera alguna un trabajo impersonal aumentado con adiciones legendarias de varias generaciones, sino la obra de los escritores sagrados que los han firmado. Antes que terminara el siglo primero habian visto la luz. El proto-evangelio, de que haceis derivar los otros como mera supersticiosa amplificación, jamás ha existido. S. Juan es el autor de la historia que lleva su nombre y las razones que se han alegado para sostener las dudas que han querido suscitarle, carecen de fundamento. Respecto de las antinómicas existentes en la sagrada narracion, sólo las ha visto Lessing que las imaginó. Por lo que se refiere á esas aparentes contradicciones, constituyen para sus autores

un verdadero título de gloria, pues no habia de haberles sido muy difícil ponerse de acuerdo para evitarlas, y aun son mayor timbre de gloria para la Iglesia que las ha respetado, ya que ha, biéndolas podido hacer desaparecer con algunas plumadas, con lo cual habria destruido el motivo de una guerra sin tregua, á la tranquilidad resultante de la falsificación, ha preferido el martirio resultante de la sinceridad.

En apoyo de tales asertos la verdad produce testimonios completamente desprovistos de las prevenciones y de las nebulosidades que distinguen á los del error. De Cellerier, La Lucerne, Bergier, Duvoisin, Hug, Lardner, Norton, Tholuck, Olshausen, William Paley, Reithmayer Adalberto Mafer, Henry Vallon, y por último nuestros obispos contemporáneos contestan á M. Renan; y otros cien representantes de la ciencia, unida al buen sentido, difunden sobre nuestros orígenes una luz tan viva como la del mismo sol. Ante semejante espectáculo, las conclusiones escépticas de Nieburh contra la verdad de la historia romana, parecen mil veces más admisibles que las alegaciones de la crítica negativa contra el Evangelio, cosa en verdad que no debe sorprendernos, porque si existe libro alguno, de los que la antigüedad nos ha legado,

cuya autenticidad resulte innegable, es este e que nos ocupa: lo es tanto como sospechosos todos aquellos que se emplean en destruir dicha autenticidad, ya que ninguno de ellos puede alabarse de descender de fuentes más puras, ni de tener un pasado mejor garantido.

Establezcamos el orden en este confuso facinamiento; concentremos la batalla en un punto culminante desde el cual podamos dominar todos los otros. ¿Los Evangelios han sido redactados por los evangelistas? Contéstese categóricamente sí ó no; advirtiendo que la demostración palmaria de la afirmativa, basta para apagar los fuegos todos de las baterías enemigas. Ahora bien, como todos los testimonios de la historia están en favor de dicha afirmativa, y en favor de la negativa solo existen hipótesis y matismo, dicho se está de qué parte se halla la razón. Vamos sin embargo à patentizarla más todavía.

II.

Las deposiciones de la historia comienzan en los mismos orígenes del cristianismo. El Evangelio de S. Mateo fué escrito hácia el año 40 de nuestra éra; el de S. Marcos cuatro ó cinco años despues; el de S. Lucas en las cercanías del 52: el de S. Juan durante los últimos años de la vida de dicho apóstol, es decir, al acercarse el término del siglo primero. Pues bien, à partir de esas diferentes fechas, una série nunca interrumpida de testimonios verídicos, desinteresados, irrecusables, refiere à su autor respectivo cada uno de dichos Evangelios y esto de una manera tan convincente, que no puede concebirse la subsistencia de autenticidad alguna literaria, si esta no puede subsistir.

San Clemente, que fué el tercer sucesor de S. Pedro en la sede Romana, y que vivió mucho tiempo con el príncipe de los apóstoles y con S. Pablo, en su carta primera á los Corintios recuerda las palabras de S. Lucas: «Sed misericordiosos y alcanzaréis misericordia: perdonad y seréis perdonados: segun procedais con los demás así se procederá con vosotros.» Y las de San Mateo y S. Marcos: «Más le valiera á este desdichado que se le atara una piedra de molino al cuello y se le arrojara al mar que no que escandalizara á esos pequeñuelos.» De manera que dichos libros debian existir para que pudiesen ser citados, no pudiendo caber la menor duda de que pertenecan por consiguiente á la época de los apóstoles y que fueron escritos por los hombres apotólicos á quienes se atribuyen. Y todavía se corrobora más esta prueba si se fija la atención en que las cartas de S. Clemente no contienen cita alguna de S. Juan, cuyo Evangelio vió la luz con posterioridad á la muerte de S. Clemente: de manera que los testimonios de la tradición son decisivos hasta por lo que cañan.

Después de S. Clemente, S. Bernabé, que segun el mayor número de sabios, fué un verdadero apóstol, ó por lo ménos, segun la comun opi-

nion: un personaje apotólico, en una carta que lleva el nombre del mayor compañero de S. Pablo, continúa muchos pasajes de los discursos del Salvador, entre otros el siguiente: «No he venido á llamar á los justos, sino á los pecadores.» Hé ahí pues un nuevo testigo contemporáneo que depone relativamente á la autenticidad de los textos evangélicos.

S. Ignacio, obispo de Antioquia, martirizado en el año 107 habia visto, es él mismo quien lo manifiesta, á Jesucristo en carne humana, después de su resurreccion. No hay para qué decir que debió conocer á muchos de los apóstoles y de los primeros discípulos del Salvador. Consta además que pasó la mayor parte de su vida al lado de S. Juan. Pues bien, este doctor emplea frecuentemente en sus escritos varios pasajes tomados de los Evangelios y en particular el siguiente: «El árbol se conoce por los frutos que produce: sed prudentes como la serpiente y sencillos como la paloma.» De donde resulta, con completa evidencia, la anterioridad de los textos del Evangelio respecto de las epístolas de S. Ignacio y por consiguiente la contemporaneidad de los Evangelios y de sus presuntos autores.

S. Policarpo, unido en estrecha amistad con S. Ignacio, bien que muchísimo más joven, habia

nido igualmente discípulo de S. Juan. En su carta á los Filipenses cita tambien varios pasajes de los evangelistas como estos de S. Lucas: «Si no queréis ser juzgados no juzguéis de los demás.» — «Perdonad y seréis perdonados; ó este de S. Mateo: «Bienaventurados los pobres de espíritu y los que sufran persecucion por la justicia;» ó, por último el siguiente de S. Marcos: «El espíritu es arrebatado y la carne es débil.» ¿Se necesita más para establecer que S. Policarpo admitia la perfecta identidad de los historia-dores de Jesus? ¿Puede siquiera concebirse que los hubiese citado si no los hubiese reconocido tales?

Papas, obispo de Hierápolis, que era contemporáneo de S. Policarpo, escribió una obra en cinco libros intitulada: *Exposicion de los discursos del Señor*. Era discípulo de Aristogiton y del sacerdote Juan, y habla en fuerza de las narraciones que le hicieron los que habian vivido familiarmente con los discípulos de Jesus; de manera que hablando de S. Marcos dice: «que fué intérprete de Pedro y que escribió cuanto conservaba en la memoria con completa exactitud; pero no segun el orden con que el Señor lo habia dicho ó realizado.» y refiriéndose á S. Marcos manifiesta: «Que escribió en hebreo el E-

vangelio de los oráculos y de las acciones de Jesuscristo.» ¿Puede dudarse, en vista de estas citas que nos ha trasmitido Eusebio, respecto de la antigüedad y legitimidad de los Evangelios? ¿Puede abrigarse la más mínima sospecha respecto de su existencia desde los primeros tiempos del cristianismo, y de que pertenecen realmente á los autores á quienes se atribuyen?

De los Padres apostólicos, ó discípulos de los Apóstoles, pasemos ahora á los de la edad siguiente.

S. Justino, convertido á la fé cristiana á la edad de treinta años, martirizado por esta misma fé en 167, debió conocer en Palestina, lugar de su nacimiento, muchas de las personas que habian vivido con S. Simeon, próximo pariente de Jesus, y segundo obispo de Jerusalem. En su primera apología, presentada á los emperadores Antonino Pio, Marcó-Aurelio, y Vero, sienta que las memorias de los apóstoles, es decir, lo que se conoce comunmente con el nombre de Evangelios, constituye la lectura que se hace en las reuniones de fieles. Y la prueba de que al expresarse en estos términos, se refiere precisamente á nuestros Evangelios, la tenemos en el hecho de citar de los mismos numerosos fragmentos al pié de la letra. Añadamos ahora que

en todas sus obras, supone la verdad de la historia evangélica, y que saca de ella una porción de fragmentos textuales, cuya enumeración sería enojosa, pero cuyo empleo demuestra una fe tradicional profundamente fortalecida en la autenticidad del libro que defendemos.

Taciano discípulo de S. Justino, traslada en su *Discurso á los Griegos* pasajes enteros de S. Juan. ¿Lo habría hecho si no hubiese considerado los Evangelios de origen apostólico y como fundamentos de la fe? Jefe más tarde de la secta de los Encratitas, no pone en duda la autenticidad de los libros sagrados que la condenan; contentándose con truncar los textos para mejor acomodarlos á sus errores. Finalmente, compone una obra titulada *Diatessaron*, que significa, según los cuatro, obra que no es más que una concordancia de los cuatro Evangelios, y por consiguiente un reconocimiento formal de la existencia de éstos últimos, de su número canónico y del nombre de sus autores.

Athenágoras y Theófilo, obispos de Antioquía, en sus apologías de la religión, que pertenecen á la misma época, citan con mucha frecuencia los Evangelios y aluden repetidamente á los mismos: citas y alusiones que no permiten

á una crítica sensata poner en duda la antigüedad y la autenticidad de los textos evangélicos.

San Ireneo, que fué amigo íntimo de S. Policarpo, el cual había conocido á S. Juan y á otros muchos discípulos del Salvador, S. Ireneo que poseía los Evangelios, no de primera mano; pero sí de segunda, y de los cuales había oído hablar frecuentemente á su maestro, debía saber á ciencia cierta lo que eran y por lo mismo no puede dudarse respecto del valor que merece su irrefragable testimonio, expuesto en los siguientes términos: «San Mateo ha escrito para los hebreos y en la lengua de estos, el Evangelio que Pedro y Pablo han ido á publicar al establecer las Iglesias. Después de su partida Marcos, discípulo é intérprete de Pedro, nos ha comunicado por escrito lo que este había anunciado. Lucas, sucesor de Pablo, ha enseñado el Evangelio que este predicaba; y posteriormente Juan, discípulo del Señor, que había descansado en su seno, ha escrito también un Evangelio durante su permanencia en Efeso.» Para rebuster tan explícita deposición, añade S. Ireneo que los Evangelios son cuatro: ni más, ni ménos, deduciendo de ello una conclusión mística dependiente de las cuatro regiones del mundo en que está diseminada la Iglesia. Hece notar por últi-

mo, y esta es una circunstancia capital en esta revista de la tradicion, que los herejes de su tiempo, marcionistas, ebionistas, valentinianos, etc, siquiera no admitiesen todos los Evangelios como base de su doctrina, no ponian en duda la autenticidad de ninguno de ellos. Por esto ha podido exclamar un apologista. «Aun cuando nouviésemos más que el testimonio de S. Ireneo, quedaria completamente demostrada la autenticidad de nuestros Evangelios (1).»

Tertuliano, que escribió á fines del siglo segundo, y que al hacerlo contaba ya una edad muy adelantada, por cuyo motivo sólo se hallaba separado por una ó dos generaciones de San Lucas, que vivió muchos años todavía despues de haber escrito, establece que nuestra fé se halla fundada entre los apóstoles en el testimonio de Jaun y de Mateo, y entre los hombres apotóticos, en el de Lucas y Marcos, y prueba inmediatamente la autenticidad de sus Evangelios por la antigüedad y universalidad de su diffusion en todas las Iglesias. Al siglo décimono estaba reservado el privilegio de poner en duda la antigüedad apostólica proclamada por

(1) *Id. Idem.*

Tertuliano, y especialmente el de establecer diferencias entre la autoridad de los distintos Evangelios, sin tener en cuenta las siguientes palabras que el elocuente doctor dirige á Marcio: «Por qué razon, lamentándote respecto de los demás Evangelios, admites únicamente al de San Lucas, sin tener en cuenta que todos han sido igualmente admitidos en la universalidad de las Iglesias, desde el comienzo de las mismas?»

Cerramos aquí el círculo de tales deposiciones. La parte adversa reconoce además, que la tradicion, á partir del siglo tercero, es favorable á nuestra verdad. Por consiguiente, se quiere hacerse hincapié en la opinion de que los Evangelios son supuestos, es indispensable sostener que las obras de San Clemente, de San Ignacio, de San Policarpo, de San Justino, de Athenágoras, de Theófilo, de San Ireneo y de Tertuliano, son apócrifas. Los autores eclesiásticos se sostienen mutuamente por la solidaridad y la filiacion que se establece entre los asertos de ayer y los de hoy. Cuando los eslabones de esta cadena están soldados el uno dentro del otro, es más fácil suprimir la cadena entera que aislar los eslabones; entónces, ¿cómo se concibe la supresion de dos siglos en la historia?

Téngase en cuenta, sin embargo, que no se reducen á las precedentes las pruebas que podemos aducir en apoyo de nuestra tesis. Paralelamente á la línea recta de la tradición, se ha formado una rama colateral que rinde idéntico testimonio.

Los herejes contemporáneos de los apóstoles, tales como los nazarenos, los ebionistas, los corintios, los gnósticos, y más tarde los sectarios contemporáneos de los discípulos de los apóstoles, por ejemplo, Valentino, Heraclio, Ptolomeo, Basílido, Taciano, Julio, Casiano, Marcio, Carpócrato, Barclesano, en una palabra, todos los blasfemadores que pudieron contemplar el origen de las narraciones evangélicas, tenían interés en negar su autenticidad si hubiese sido dudosa, y sin embargo, no hay uno sólo que respecto del particular haya formulado objeción alguna. Unos rechazaban los Evangelios que les eran desfavorables, diciendo que no estaban conformes con la verdad, otros los alteraban interpretándoles torcidamente para mejor acomodarlos á sus especiales opiniones; no faltaron quienes se proclamaron más sinceros que sus redactores, pero no hubo uno sólo que disputara á estos la gloria de semejante redacción, y así se explica que San Ireneo dijera: «Puesto que

nuestros mismos contradictores emplean en provecho propio los textos sagrados, no cabe desconocer que confiesan con ello su origen divino, y al par confirman nuestras demostraciones (1).»

Los mismos paganos de los primeros siglos, estaban en la mejor disposición para averiguar la verdadera procedencia de los Evangelios, y no obstante de que combatieron constantemente la doctrina, jamás pusieron en duda la autenticidad; el mismo Celso, que aventura la acusación de haber nuestros padres arreglado la primera edición de los Evangelios; no admita siquiera la hipótesis de una suposición fraudulenta. Hasta Juliano el apóstata, no se encuentra quién, combatiendo la divinidad de Jesús, no haya confirmado la de los Evangelios, en virtud de un reconocimiento explícito de su origen apostólico. «Ni Pablo, ni Marcos, dice, han tenido valor para declarar á Jesús, Dios; ese bendito de Juan es el primero que á ello se ha aventurado (2).» ¿Con qué derecho, pues, los racionalistas contemporáneos vienen á poner en duda una evidencia histórica, ante la cual los re-

(1) *Ibid.*, *Adversus haereticos*, lib. 2, c. 2.

(2) San Cirilo, *Alta. contra Jel.*, lib. 1.

negados y los mayores enemigos del cristianismo se inclinaron durante los cuatro primeros siglos?

De manera, que lo mismo las deposiciones de los amigos, que las de los adversarios, hablan en favor de la autenticidad de los Evangelios. Y por si quedaba duda aún, los monumentos paleográficos han venido à confirmar la misma verdad con no menor elocuencia.

En el número de dichos monumentos figuran un fragmento de Muratori, que constituye la copia de un canon de las escrituras, que remonta su origen à los alrededores del año 100; la antigua version itálica de la Biblia; la version siríaca ó Peschita; y por último la version copta, hechas las tres en el comienzo del siglo segundo; y todos los monumentos expresados demuestran no solo que en dicha época existían los Evangelios, ya que de lo contrario no se concibe que pudieran ser traducidos, sino también que llevaban los mismos nombres bajo los cuales se les distingue actualmente. Una version siríaca más antigua aún, y recientemente analizada por el Dr. Cureton, ha venido à comunicar nueva fuerza à esos antiguos testimonios. Ese manuscrito adquirido en Egipto, y publicado hace diez años en Inglaterra, pertenece, según la opinion de sábios eminentes, à fines del siglo primero, de

manera que si se fija la atención en el tiempo que debió emplearse para ejecutarlo, se comprenderá que solo debieron transcurrir brevísimos años despues de la terminación del original. De todo lo dicho resulta, de un modo evidente, que no puede asignarse à la composición de los Evangelios una fecha posterior à la que la tradición indica; resultando además imposible la no adhesión à su autenticidad, puesto que hallándose el de San Lucas al abrigo de toda sospecha, debe participar de la misma garantía el de San Mateo que fué conocido por San Lucas, lo mismo que el de San Marcos cuyo texto siríaco, ántes mencionado, reproduce los pasajes más respetados por la crítica moderna.

Y ahora despues de haber presentado en rápida enumeración esa série de testigos séame licito preguntar: ¿No es verdad que se necesita cierta ceguera voluntaria para no ver la evidencia que tan manifestamente se presenta? ¿No es cierto que sin una opinion preconcebida es imposible desconocer la autenticidad de los Evangelios? ¿Y si este libro no es auténtico, repetimos, cuál lo será? Imagínese un hombre que pudiera leer el manuscrito de la Iliada para creer en la identidad de su autor: para contestarle se le saltaría al paso con el sentido comun de la his-

toría, y si ni aun así se daba por satisfecho, se le dejaría sin darle nueva contestación. Por supuesto que semejante obstinación en un escéptico de esta naturaleza, podría exigir más todavía, pues podría abrigar sospechas respecto á la autenticidad de la letra, y como el espíritu humano jamás se satisface, complacido en esto podría exigir después la firma del autor. Pues bien, ese sistema que sería calificado de locura, aplicado á las obras de Homero y de Virgilio, se ha empleado para investigar las fuentes del nuevo Testamento, honrándosele con el nombre de crítica. Peligrosa seducción para los espíritus que se pagan de la bandera, sin examinar la mercancía cubierta por la misma.

III.

Mas, ¿á esas pruebas positivas, han opuesto los adversarios negaciones positivamente justificadas y de idéntico valor? No; en sus ataques

contra los orígenes del cristianismo, lo mismo que en sus objeciones contra el origen del mundo y del hombre, la ciencia nos hace una guerra de meras hipótesis. ¿Quién es capaz de enumerarlas? ¿Quién, especialmente, será capaz de formularlas? Tomándolas al peso y á elejir, podemos citar las principales: en cuanto á las demás no vale la pena de que en ellas nos ocupemos. En los tres primeros Eváγγελios, desde el punto de vista de la disposición de las materias y de la forma, existe una notable concordancia. Ese paralelismo de hechos y de textos, que es lo que constituye su rasgo característico, ha influido para que se les dé el nombre de sinópticos. Es indispensable, sin embargo, llamar la atención respecto del hecho de que no obstante sus rasgos similares, no es posible citar dos versículos sucesivos de cada uno de dichos Eváγγελios, dice Hanneberg, en los cuales el autor respectivo no se distinga por su manera independiente y por una fisonomía personal muy pronunciada. Esas armonías y esas diferencias, entre los tres sinópticos, han dado pie á la teoría de un proto-eváγγελio. En virtud de tan peregrina invención, se ha supuesto la existencia de un Eváγγελio primitivo, escrito en un principio en hebreo, traducido después al griego, y por último arregla-

do y aumentado por los primeros copistas, en cuanto á los detalles, bien que respetado por lo que se refiere al fondo, que se difundió fácilmente en las Iglesias. Cada uno de nuestros primeros evangelistas debió valerse de una de esas varias copias y de aquí sus semejanzas y sus divergencias. Las suposiciones gratuitas y contradictorias á que se han entregado Leclerc, Michaelis, Lessing, Eichhorn y Marsh para autorizar tamaña imaginación, constituyen uno de los ejercicios más entresados de la crítica alemana. Para encontrar un trabajo tan oscuro y empalagoso es indispensable acudir á las mitologías y cosmogonías de la India. Mas aun suponiendo que hubiese existido, ¿qué probaría la existencia del protoevangelio contra los Evangelios canónicos?

Una de dos: ó bien el patron ofrecido por el protoevangelio á nuestro historiadores sagrados, ha sido por estos expugnado y reducido á su verdad definitiva, en virtud de su doble autoridad de autores inspirados y de testigos, en cuyo caso lo mismo da que se hayan aprovechado de las notas de la tradición, como que hayan escrito puramente inspirados; ó bien se ha de suponer que esas piadosas narraciones de los tiempos primitivos, en un momento determinado, se

han visto revestidas y autorizadas con la firma de los evangelistas, sin que estos las hayan declarado sospechosas, cosa que en todo caso debería probarse. ¿Se ha pensado bien en esto? Téngase en cuenta que se trata de la impostura más difícil que se puede esmeter. Esta es la ocasión de oponer las hipótesis del buen sentido á las del sistema á todo trance y de la delirante transcendencia.

¿Habriase cometido el fraude en vida de los evangelistas? Imposible; pues de seguro habrían reclamado los cuatro santos cuyos nombres se hubiese pretendido emplear para cubrir semejante falsificación. ¿Y no habrían también denunciado el fraude en cuanto se hubiesen dado á luz los falsos evangelios, los demás apóstoles y discípulos que predicaban el Evangelio verdadero, saliendo con ello á la defensa de las Iglesias; y además todos aquellos que habían tomado á su cargo el trabajo de sembrar la verdad, y por ella morían, habrían contemplado en silencio la alteración de la misma, precisamente desde su comienzo, prescindiendo de la irremediable corrupción que de ello habría resultado en lo porvenir? No, no es posible inferir tamaña insulto á la memoria de los mártires.

Si la falsificación no ha tenido lugar en vida de los evangelistas, se dirá, debió llevarse á cabo después de su muerte. Tan imposible es lo uno como lo otro, y vamos á demostrarlo. En el primer caso era demasiado pronto; en el segundo demasiado tarde. Inmediatamente después de la muerte de los evangelistas vivían aún sus discípulos que de seguro se habrían apresurado á denunciar la superchería. Los herejes, los judíos y los paganos á quienes preocupaba el rápido desarrollo del cristianismo naciente, hallábanse apercibidos para combatirlo y de seguro habrían preferido poderlo desprestigiar y aun desacreditar cubriéndolo con el oprobio de semejante impostura, á tenerlo que combatir con el hierro y los sofismas. Los cristianos de Roma, de Corinto, de Efeso, de Antioquía y de Jerusalén, habían oído la palabra apostólica, y confrontándola con los nuevos textos, habrían podido anonadar con un solo grito esta falsificación de las Escrituras sagradas. Finalmente, y el mundo romano y el mundo cristiano, dos testimonios incorruptibles, se mantenían en expectativa, de manera que, si valiéndonos de la relación de Tácito, veintisiete años después de la muerte de Jesús, existía en el Imperio una multitud inmensa de cristianos, *Ingens multitudo;*

después de la muerte de San Juan el cristianismo constituía una especie de segundo imperio dentro del primero; y esas dos sociedades, ante una falsificación pública, patente, perturbadora del reposo, de las ideas y de la religión, ¿habrían permanecido mudas, sin pronunciar siquiera una palabra de reprobación? A este punto llegados, nos consideramos en el caso de repetir con Lacombe: «Nada más decisivo respecto del particular que la común autorización: el pueblo es el único notario capaz de darla de su propia historia, porque constituye la reunión de todas las edades, de los pensamientos, de todos los intereses, de manera, que sobre ser una cosa nunca vista una conspiración popular para engañar á la posteridad, es un espectáculo que ni siquiera puede concebirse. Un hombre fabrica el error: un pueblo tiene demasiadas ideas y sobre todo demasiadas y diversas pasiones para ponerse de acuerdo con el propósito de forjar un cuento con que engañar á los siglos futuros. Hay más aún, un pueblo jamás está solo; vive entre otros pueblos contemporáneos cuya historia se confunde con la suya, y en la suposición de que fuera capaz de una mentira unánime, levantaría inevita-

blemente en contra suya la protesta del mismo siglo en que hubiese tramado el complot (1).»

Lo que acabamos de consignar se habría indudablemente realizado por lo que al pueblo cristiano se refiere. Olshausen da de ello una prueba concluyente: En el año 140, encontrábase en Roma, el papa san Aniceto; san Policarpo, discípulo de san Juan; san Justino, representante de la Palestina y de las iglesias de Oriente; Marción de Synope, y Valentino de Alejandría y en esta época, nuestros cuatro Evangelios estaban unánimemente admitidos, siquiera mereciesen diversa interpretación. Ahora bien, ¿puede concebirse que estuviesen de acuerdo en lo relativo á la autenticidad, los que en todo lo demás opinaban de diferente manera? De seguro que si el canon evangélico hubiese sido obra exclusiva de un partido, no le habrían suscrito los demás. Marcionistas y ortodoxos habríanse ligado contra los libros de los valentinianos, y reciprocamente, los asiáticos habrían rechazado los Evangelios procedentes de Roma; las Iglesias fundadas por San Juan no habrían aceptado una historia sin razon atribuida á su póstol;

[1] Conferencia 43ª.

los fieles de Grecia no habrían dado crédito al dicho de que San Lucas hubiese escrito un Evangelio, por último los de Siria y Palestina sabiendo lo propio respecto de los de Marcos y Mateo, habrían repudiado las colecciones falaces que se hubiese pretendido autorizar con esas venerables contraseñas. Mas puesto que todas esas divisiones, en perpétua lucha en cuanto á lo que no se refiere á la autenticidad, estaban de acuerdo respecto de la misma, debemos ver en ello un testigo de mayor excepción.

En resumen: ó el protoevangelio ha sido corregido desde la inspiración del Espíritu-Santo por los historiadores de Jesús, y en tal caso no perjudica poco ni mucho á la autoridad de los verdaderos Evangelios; ó estos deben ser mirados como variantes fraudulentas del protoevangelio, y entonces queda por demostrar: 1.º que el protoevangelio ha existido; 2.º que ha sido posible el fraude. La crítica no podrá llegar jamás á semejante resultado. No cabe dudar que si el protoevangelio hubiese sido onseñado, traducido y propagado durante cien años en todas las Iglesias, habrían hablado de él los Padres; se habrían conservado algunos fragmentos de ese texto arameo; y por último habria existido una noticia biográfica de Jesús, que al paso que

hubiese servido de guía á la fe del mundo cristiano, desde los sucesos inmediatamente posteriores al martirio de San Esteban, hasta después del sitio de Jerusalem, habria dejado marcada su huella en otros sitios que en las imaginaciones póstumas de una escuela obligada á recurrir á las ficciones inadmisibles para combatir las realidades indubitables.

¿A qué pues admitir errores inverosímiles en lugar de la verdad sencilla? Y la verdad sencilla se reduce á lo siguiente: Los apóstoles antes de su separación convinieron en valerse de una plegaria común, de un símbolo común, de una enseñanza común relativamente á los actos del Salvador. De aquí surgieron el *Padre nuestro*, el *Credo* y el *Evangelio*, difundidos oralmente por medio de la predicación. Durante mucho tiempo esta predicación fué el único Evangelio de la Iglesia, puesto que la Iglesia no fué resultado de sus libros toda vez que, lo más durante cuarenta años, subsistió sin ellos, descansando en la fe de testigos de vista, que sufrían la muerte para rendir una prueba más manifiesta. Llegó un día sin embargo, en que desearon de inmortalizar tan elocuente testimonio, levantáronse cuatro hombres inspirados y fijaron por medio del buril lo que se predicaba

en todas las catedras apostólicas. Sus narraciones tomadas á la vez del fondo de la tradición y de sus propios recuerdos, debían ostentar simultáneamente las semejanzas resultantes de una comunidad de origen y las diferencias provenientes de la diversidad de redacciones y así es como se explican al par el parentesco y las pretendidas antinomias existentes entre los sinópticos. Recusar los Evangelios escritos so pretexto de la precedencia de un Evangelio oral, vale tanto como echar en cara á los evangelistas el ser historiadores y no inventores.

Llegamos con esto á la segunda dificultad que viene á ser el reverso de la primera. La una se fija en las relaciones de semejanza existentes entre los cuatro Evangelios, y de ellas pretende deducirse que su autenticidad es por lo ménos sospechosa: la otra se propone alcanzar idéntico resultado fijándose en sus incidentes contradictorios. En el primer caso se los declara supuestos porque se acuerdan en muchos puntos: en el segundo, porque no pueden concordarse. En uno y otro caso se imagina lo que no es cierto, para destruir lo que lo es.

Que en los Evangelios existen variantes y divergencias que exigen un trabajo de conciliación, no hay quien lo niegue. San Crisóstomo,

San Agustín y toda la exégesis patológica, satisfacen ampliamente la curiosidad respecto del particular en grado tal, que los vastos salones de la biblioteca del Louvre, no bastarían para contener los innumerables libros de concordancia evangélica escritos durante los primeros siglos. Hasta puede asegurarse que las dificultades de esta naturaleza únicamente escandalizan à los ignorantes en materia de Escrituras. ¿A qué, pues, presentar como un descubrimiento importante esas objeciones que con tanta frecuencia y tan victoriosamente han sido contestadas? ¿A qué sobre todo deducir consecuencias desfavorables à la autenticidad de los libros sagrados, de lo que tan elocuentemente prueba la ingenuidad de sus autores y la sinceridad de la Iglesia? Si, la ingenuidad de sus autores, porque fácilmente se comprende que por medio de un acuerdo previo, habrían fácilmente evitado el oprobio de toda sospecha respecto de su testimonio: la sinceridad de la Iglesia, porque suponiendo que hubiese guardado ménos respeto al depósito que se le confiara, no le habria sido muy difícil arreglarlo de manera que hubiese quedado à cubierto de tales ataques; puesto que le bastaba con beneficiar la concordancia bíblica de algunos de los miles de errores insignifican-

tes, bajo el punto de vista dogmático, cometidos por los diversos traductores de la Escritura, para hacer desaparecer todas las contradicciones aparentes.

Digámos pues, que las diferencias de los Evangelios tienen una explicacion perfectamente natural en las diferencias de fin y de medio que inspiraron à sus autores. La narracion típica propagada por el apostolado en las Iglesias primitivas, por lo mismo que no contenia absolutamente cuanto Jesús había dicho y hecho, facilitaba el que cada uno de los historiadores se fijara preferentemente en aquello de que había sido testigo presencial, poniendo especial atención en las necesidades de aquellos para quienes singularmente escribía. Fija en esto la mente, el sistema de composicion era de importancia secundaria. S. Mateo y en ocasiones S. Marcos, sacrifican la trama histórica à una conexion puramente lógica. S. Lucas, por el contrario, sigue el órden de los acontecimientos. En cuanto à S. Juan, teniendo en cuenta que se halla en presencia de herejes familiarizados con las sutilezas metafísicas de la gnóstica, modifica su sencillez de pescador galileo por las fórmulas de la filosofía griega y de la teúrgica oriental, que se conservan en la teodicea cristiana, y mirando

constantemente á las circunstancias que determinan la narracion, compendia ó amplifica los discursos del Salvador. Si el encañamiento cronológico es distinto en todos los evangelios, proced esto de que recordando cada uno de ellos hechos omitidos por sus antecesores, juzgaban indispensable consignarlos, resultando de semejantes intercalaciones una falta de paralelismo en el relato.

En resolucion, las disparidades de los Evangelios tienen su explicacion natural del mismo modo que sus armonías. Por lo demás debe fijarse la atencion en el hecho de existir una armonía que justifica todas esas disparidades, y es la coincidencia verdaderamente milagrosa en que se halla el pincel de los evangelistas al pintar los rasgos que reproducen la fisonomía de Jesús. Respecto del particular no existe divergencia alguna entre los cuatro historiadores. El Jesús de S. Mateo es completamente idéntico al de S. Marcos, al de S. Lucas y al de S. Juan; y para que pintores tan distintos hayan podido realizar un ideal, cuatro veces parecido á sí mismo, es indispensable que lo hayan visto. De todo lo cual puede deducirse que la figura de Jesús, estampada como un sello sobre los evangelios, garan-

tiza al par su origen divino y su origen inalterable.

La crítica moderna objeta á la procedencia apostólica de los Evangelios diferencias no sólo en lo que se refiere á su redaccion, sino tambien á su autenticidad. Segun esta hipótesis, el único historiador exacto de Jesús, es S. Lucas. «Los Evangelios de S. Mateo y S. Marcos distan mucho de ofrecer idéntico carácter de originalidad (1).» «Por lo que se refiere á S. Juan, puede asegurarse que es un autor muy problemático. Papias que pertenece á su escuela, no dice una palabra de una *Vida de Jesús* escrita por este apóstol. En su Evangelio, al lado de un plan general, que parece más satisfactorio y más exacto que el de los sinópticos, se encuentran pasajes muy notables que respiran un interés dogmático propio del redactor: reconócense en ellos las interpretaciones de un sectario ardiente, y sorprende no poco que el hijo del Zebedeo haya podido escribir en lengua griega esos libros de metafísica abstracta (2).» Resumiendo: ó bien la crítica supone previamente establecidas todas las premisas que ha menester

(1) Renan, *Vida de Jesús*, p. 18.

(2) Renan, *Vida de Jesús*, p. 24, 25.

para destruir la conclusion, ó bien se contenta oponiendo simples conjeturas á los hechos más perfectamente comprobados, y si ensalza con afectacion la autenticidad del Evangelio segun S. Lúcas, es pura y exclusivamente con el fin de tener un pretexto que la autorice para empequeñecer y eliminar los restantes.

Con todo cumple dejar consignado que en este terreno la critica negativa queda prendida en sus propias redes. Para establecer toda la historia evangélica, basta con la autenticidad del Evangelio segun S. Lúcas, por lo mismo que se halla perfectamente enlazada con los Actos de los apóstoles, esto es, con un escrito del cual ha podido decir M. Guizot: «Los tiempos antiguos solo nos han dejado un reducidísimo número de obras cuya autenticidad esté tan perfectamente demostrada. La prueba de semejante correlacion puede verse en el siguiente prefacio por cuyo medio el autor de los Actos se declara al propio tiempo el autor del Evangelio.» «En mi primer libro, oh Teófilo, he hablado de todo cuanto ha hecho y enseñado Jesus desde el principio hasta el dia en que ascendió á los cielos.» Es por consiguiente cosa natural, que la autenticidad del Evangelio de S. Lúcas participe de la de los Actos.

Sin embargo debe tenerse en cuenta, que este Evangelio supone la existencia de otros anteriores, puesto que empieza con las siguientes palabras: «Siendo varias las personas que han emprendido el trabajo de escribir la historia de las cosas que se han realizado entre nosotros, citándose á la relacion que de ellas nos han hecho los que desde el principio las han visto por sus propios ojos, y que han sido ministros de la palabra, he creído, etc.» «Ahora bien, que personas son esas que emprendieron el trabajo de escribir la misma historia segun la relacion de lo que vieron por sus propios ojos, si no son los dos primeros evangelistas!

De manera que así como los actos de los Apóstoles se refieren al Evangelio de S. Lúcas, el Evangelio de S. Lúcas se refiere á escritos pre-existentes que no pueden ser más que los otros sinópticos. De esta suerte la cadena de la verdad evangélica aparece perfecta, y la critica que ha transigido en la cuestion de autenticidad, bien que respecto de un sólo Evangelio, ha venido, sin saberlo, á confirmar la de los demás. Hasta por lo que al Evangelio de S. Juan dice relacion, puede sacarse provecho de esta prueba general, puesto que es evidentemente un suplemento á lo que callan, iba á decir á las lagunas de los si-

nópticos, de manera que al par que revela la precedencia de estos, ofrece el sello de la época y hasta el del autor á quien se atribuye.

Estas pruebas son tan patentes, que la crítica no ha podido ménos que admitirlas y así se explica que formule del modo siguiente sus últimas conclusiones: «El Evangelio de S. Lucas lleva la fecha de su composición: los de Mateo y de Marcos la llevan tambien pues no cabe dudar que el tercer Evangelio es posterior á los dos primeros y ofrece el sello de una redacción más moderna. Además tenemos, respecto del particular, un testimonio capital de la primera mitad del siglo segundo, es decir el testimonio de Papias, hombre grave, hombre amante de la tradición, que durante su vida ocupóse en recoger cuantos datos pudo allegar relativos á la persona de Jesús (1).» Hemos visto que este testimonio se halla precedido de muchos otros no ménos autorizados.

Tal es la demostración común de la autenticidad aplicable á los cuatro Evangelios. ¿Cuales son sus pruebas individuales? Cuanto ha podido imaginarse para hacer del primero una obra in-

(1) Ezequ. Vida de Jesús, 14.

personal háse llevado á cabo; pero es imposible que pueda prevalecer contra la deposición del sentido común histórico, una sola de las invenciones concernientes al estilo, á la narración, á las pretendidas antinómicas, á las enmiendas y retoques de esta historia sagrada. Esa deposición nos dice que Mateo escribió su Evangelio en hebreo ó siro-caldeo para los Judíos de Palestina. En virtud de lo expuesto, dice Ricardo Simon, debemos buscar el original de este Evangelio entre los nazarenos descendientes de los primeros cristianos de Jerusalem. Y en efecto los nazarenos lo han conservado. Según donde lo habia llevado S. Bartolomé. Por lo demás el texto de los nazarenos ajustaba tan perfectamente con el original de S. Mateo, que S. Jerónimo afirma haber visto dos ejemplares, uno en la biblioteca de S. Panfilo en Cesárea y el otro en Berés, ejemplares que al decir de ese sábio intérprete, fueron considerados por la mayor parte de los antiguos doctores como manuscritos primitivos de los Evangelios.

¿Cómo se explica que el original del Evangelio en lengua aramea haya desaparecido tan pronto, en tanto que el ejemplar griego de la misma obra se ha conservado? Muy sencillamente si se tiene en cuenta que las Iglesias de la Judéa pa-

ra las cuales fué escrito el primero, subsistieron muy poco tiempo, en tanto que las Iglesias griegas duran todavía. Con todo, el primero subsistió durante largos siglos entre los nazarenos y los ebionistas que procedían de los primeros cristianos de la Judea, de los cuales lo recibió S. Jerónimo. En cambio los demás cristianos lo miraron con indiferencia, y sea porque no comprendieran el caldeo, sea porque los nazarenos y los ebionistas lo alteraron, es lo cierto que las versiones de este Evangelio eran preferidas á sus antiguos manuscritos. ¿Qué otras obras pueden citarse de las cuales sea dable seguir las huellas de sus primeros pasos y que sirvan de prueba de inducción contra hechos tan patentes (1)?

S. Mateo ó Leví, en su calidad de antiguo contador de las riberas de Tiberiade, hallábase en mejores condiciones que los demás discípulos para el manejo de la pluma, y por consiguiente era el más indicado para ser el primer historiador de Jesús. S. Marcos tenía también ciertas ventajas de posición para componer un Evangelio, resultantes de ser hijo de una cristiana de Jerusalén, en cuya casa se congregaban los apóstoles,

(1) S. Jerónimo. *Comment.* in *cap. XII. Mat.*

toles, y si bien es verdad que, dados sus pocos años, no pudo oír la palabra de Jesús, no cabe dudar que desde su infancia trató íntimamente á sus discípulos. Mas adelante fué agregado al apostolado de S. Pedro y al de S. Pablo, especialmente al primero cuya narración siguió é interpretó. Por esto dice S. Jerónimo de su Evangelio, que fué narrado por Pedro y escrito por Marcos, y S. Justino lo ha designado con el nombre de *Memorias de S. Pedro*.

¿Qué puede alegarse contra esa tradición cuyo primer anillo se enlaza al sacerdote Juan, de los tiempos apostólicos, seguido inmediatamente por Papias, al cual sucede á su vez el testimonio de diez y ocho siglos? Por un lado encontramos hechos indiscutibles; por el opuesto fantasías germanescas. Para ciertos exegetas racionalistas el Evangelio más antiguo, el Evangelio primitivo sería el de S. Marcos; el de S. Mateo debería considerarse únicamente como un arreglo, y el de S. Lucas como una ampliación. Otros, en cambio, juzgan á S. Marcos como un plagiarlo de S. Mateo y de S. Lucas, no faltando por último quienes consideran el segundo Evangelio como un mosaico compuesto de fragmentos tomados de aquí y allí. ¿Qué debemos pensar de todo esto? Stor, Herder, Wette,

Schleiermacher han acumulado montañas de sutilezas en apoyo de esas hipótesis contradictorias, y es que consultando simplemente los cri- terios internos, un sofista literario establecería fácilmente la no autenticidad de cualquiera obra.

Mas háñse desvanecido todas las dudas de esta suerte acumuladas, por lo que al origen del segundo Evangelio se refiere, y Renan y Reville, rompiendo las telas de araña de la exegesis alemana, han acabado por suscribir á la deposi- cion de Pspías, durante tanto tiempo puesta en duda. «Las detalles materiales tienen en Mar- cos, una nitidez que en vano se buscaría en los demás evangelista. Complácese en reproducir determinadas palabras de Jesus en siriaco-cal- deo: abunda en minuciosas observaciones, pro- cedentes sin duda alguna de un testigo ocular, sin que haya una sola que se oponga á que ese testigo ocular, que de seguro habia acompañado á Jesus, y le habia amado y contemplado muy de cerca, conservando de él una impresion vivi- sima, sea el apóstol S. Pedro en persona (1).» Y ahora dígasenos en puridad si valía la pena de acumular durante el espacio de un siglo tan-

(1) Vida de Jesus, p. 22.

tas tinieblas sobre esta verdad, si al cabo habia de salirse con tan honrosa confesion.

Y puesto que se nos concede la autenticidad del Evangelio de S. Lucas, juzgamos natural a- provecharnos de esta ventaja, bien que mani- festando de paso que no sabemos atinar con la razon en cuya virtud se concede á dicho Evan- gelio tan especialísimo honor. Y ménos se concibe sabiendo que no falta quien haya puesto en duda la autenticidad de sus dos primeros capi- tulos; al paso que otros lo han considerado como el texto interpolado de Marcian; otros como posterior á la época apostólica; ora ha sido juzgado mera reduccion, ora simple síntesis, en suma cuanto puede imaginarse, porque la verdad es que en materia de fe, todo puede ser negado por quien tenga formada la resolucion de no creer cosa alguna, de suerte que si dentro de cien años se aplica á los exegetas de allende el Rhin el sistema crítico por ellos establecido, hasta la autenticidad de sus principios críticos llegará á ponerse en tela de juicio.

Por último no se halla tambien á cubierto de toda sospecha de no autenticidad la narracion de S. Juan, llamada por Orígenes flor de los E- vangelios? La historia contesta tambien afirma- tivamente: sólo la teoría dice que no.

Objétase que no es posible que S. Juan pudiera conservar en su memoria los largos discursos que pone en boca del Salvador. Semejante procedimiento equivale á negar rotundamente lo que está en cuestión, es decir, la inspiración divina del apóstol: es negar además el testimonio de la experiencia, porque son muchos los ancianos que recuerdan palabra por palabra cuanto oyeron en su niñez. Nunca recuerda tan perfectamente el hombre los comienzos de su vida, como cuando se acerca al término de la misma; como cuando reconcentrado en sí mismo puede recapitular la historia de los hombres y de las cosas que amó. Se dice también que si el Apocalipsis es de S. Juan, no puede ser el cuarto Evangelio toda vez que es por toda manera diferente el estilo que campea en cada una de dichas obras; sin embargo, todo se explica desde el momento en que se sabe que S. Juan escribió el Apocalipsis mucho tiempo antes que el Evangelio. Aquel lleva el sello de su origen hebraico, porque escrito poco tiempo después de haber el apóstol salido de su país, no podía ménos que conservar las locuciones propias del mismo; en cambio redactado el Evangelio en Efeso, después de una permanencia en el Asia Menor, campea en este una dicción más corregida, que

en ocasiones llega hasta ser elegante. Se objeta por último que la enseñanza de S. Juan contrasta con la de sus tres predecesores; mas respecto del particular debe manifestarse que sin contradecirla la completa.

«Juan, dice Clemente de Alejandría, teniendo en cuenta que lo relativo á la humanidad de Jesucristo quedaba referido en los tres Evangelios precedentes, escribió un Evangelio espiritual.» Es decir pone de manifiesto la naturaleza divina del Verbo. De manera que de los cuatro evangelistas, tres reproducen la enseñanza parabolica, moral, popular de Jesus, en tanto que el cuarto consigna la parte dogmática, sacramental, mística. En el primer caso se trataba de instruir al pueblo humilde de Galilea; en el segundo á los doctores de la ley, á los letrados de la nacion, á los apóstoles destinados á ser los teólogos de los siglos venideros. Nada tiene pues de extraño que Jesus haya adoptado dos métodos completamente distintos, acomodados á la diversidad de los asuntos y de los auditorios, y que sus historiadores reflejen esos dos lados de su fisonomía intelectual. Háse dicho, finalmente, que el autor del último Evangelio no fue Juan, sino el compilador de sus notas orales ó escritas; la crítica contemporánea vencida por la evi-

dencia responde del modo siguiente á estas sutilezas de ayer. La primera epístola atribuida á S. Juan, pertenece indudablemente al autor del cuarto Evangelio. Es así que Policarpo y Papias reconocieron la autenticidad de dicha epístola, luego . . . luego no puedo ménos que admitir como un hecho inconcuso la autenticidad de los cuatro Evangelios canónicos. Todos se remontan al siglo primero, y todos pertenecen á los autores á los cuales se atribuyen (1).»

Y no se trate de eludir tales conclusiones acudiendo al gastado recurso de que los Evangelios no son en manera alguna obras compuestas por los autores por quienes parecen firmados, sino tradiciones firmadas por los mismos. Conforme á la usanza del tiempo y segun los ejemplos que nos proporcionan los clásicos griegos, la fórmula *segun S. Mateo* vale tanto como *por San Mateo*. Por lo demás, Crocio, Ficchora y Olahusen han observado que el título primitivo no se reducía simplemente á las palabras: Evangelio segun Mateo; sino que decía: Evangelio de Jesucristo, de S. Mateo. Más tarde y á fin de evitar el inconveniente de emplear dos

(1) Bezan, *Vida de Jesús*,

genitivos, se designó á los autores de los Evangelios por medio de un giro elíptico. Hé ahí la verdadera explicacion de su título. Por los demás, añade Ricardo Simon, la Iglesia es quien ha redactado los títulos de los cuatro Evangelios, para manifestarnos que fueron escritos por los apóstoles ó por sus discípulos, y por consiguiente desde el momento en que se dá á dichos títulos un sentido diferente del que les da la Iglesia, se suministra la prueba de estarse cometiendo una falsificacion, puesto que nadie como ella puede conocer su pensamiento.

Hanse equivocado tambien los que en el Evangelio de San Juan han presumido distinguir los rasgos de una mano extraña, fundados en que la historia de la mujer adúltera hállase marcada en ciertos manuscritos orientales con comillas y asteriscos que indican una cita. Conste de un modo indubitabile que las versiones de los primeros siglos, tales como la italiana y la vulgar, admiten dicha historia como auténtica, en términos que la defienden como tal S. Jerónimo, S. Crisóstomo y muchos otros Padres; y si bien es verdad que ciertos copistas armenios omitieron dicho pasaje en algunos ejemplares, débese esto á la extremada rigidez moral de que se hallaban poseidos, rigidez que les impulsaba

á juzgar como peligrosa y apócrifa la facilidad de Jesús en perdonar.

Resulta de todo lo dicho, que á ménos de poner en tela de juicio la evidencia histórica, no puede abrigarse la duda más insignificante respecto del verdadero origen de los cuatro Evangelios. San Mateo dedicó su manuscrito á la Iglesia de Jerusalén y á los judíos convertidos de la Palestina; San Marcos, á las Iglesias de Roma y de Alejandría; San Lucas y San Juan, transmitieron los suyos á las florecientes comunidades de la Gracia cristiana, siendo de advertir que ninguno fué tan solemnemente publicado como el de San Juan, puesto que éste, el apóstol San Andrés y otros discípulos del Salvador, escribieron una carta encaminada á introducirlo oficialmente en las Iglesias (1).»

No juzgamos del caso, despues de lo dicho, repetir con M. Vitat: «Lo que hay de positivo es que los Evangelios, por más que se les estreche, resisten á la crítica, y subsisten continuamente como monumentos indestructibles. Qué libro de Herodoto, ó qué década de Tito Livio lleva tan profundamente marcada la huella de

(1) Vilmaris. *Estudio crítico sobre los Evangelios*.

la buena fé y de la verdad que constituyen el rasgo característico de las narraciones de San Mateo y de los recuerdos de San Juan (1).» La cuestión de buena fé incumbe ménos á la autenticidad que á la veracidad de los libros del Nuevo Testamento, y como esta se refiere más bien que á los escritos á los hechos, que son el fundamento del edificio cristiano, nos aprovecharemos de esta transición para enlazar con el presente el capítulo que sigue.

(1) *La ciencia y la fe.*



CAPITULO VII.

ORIGENES POSITIVOS DE LA VERDADERA RELIGION:
SUS HECHOS PRIMITIVOS.

Es imposible sostener, con visos de certeza, que los Evangelios pertenezcan à otra época ó à autores distintos de aquellos à los cuales nosotros los referimos. El exámen de las pruebas y el de las objeciones proporcionan, respecto del particular, los más irrefragables testimonios. Existe, sin embargo, un fundamento no ménos indispensable à la certeza de los orígenes cristianos, que la autenticidad de los textos evangélicos. Este fundamento consiste en los hechos por ellos referidos. Nueva tesis capital que re-

quiere ser probada con los documentos fehacientes en la mano, y que excluye toda demostracion por razonamiento especulativo, puesto que pertenece al dominio de la ciencia y no al de la inspiracion.

Consideracion verdaderamente digna de tenerse en cuenta, refiriéndose à la certeza de los hechos evangélicos! Al paso que todos los historiadores los admiten, los vemos impugnados únicamente por algunos que se engalanan con el nombre de filósofos ó por teólogos incrédulos! Esta observacion de Kengstemberg, el más sabio expositor alemán, basta por sí sola para dirimir la cuestion. En efecto, dicho escrito hace notar que en contra de dichos hechos se oponen sistemas, pero no pruebas, y que si son discutibles ante el tribunal de las ciencias especulativas, en razon de tener estas constantemente una teoria al servicio de sus más peregrinas afirmaciones, no lo son en manera alguna ante el de la historia, en el cual solo los hechos positivos tienen el derecho de prevalecer contra los que no lo son.

Quando hace poco tiempo, respecto del particular, se metió tanto ruido, lo mismo en Francia que en Alemania, llegaron à presumir los incautos que se habia descubierto alguna impos-

tura ó mistificación en lo que constituye la base del Evangelio. Todo se redujo á la aparición de dos especies de soñadores: los unos simplemente racionalistas, pretendían que los hechos del Evangelio nada tienen de milagroso; los otros, puramente mitólogos, sostenían que los milagros del Evangelio no constituían hechos. Los primeros negaban la realidad sobrenatural; los segundos la realidad histórica de tales acontecimientos, así estos como aquellos en lugar de producir una sola justificación positiva en qué apoyar sus opiniones, limitáronse á presentar nuevas interpretaciones más ó menos ingeniosas. Es decir, que la crítica acude constantemente á la ciencia experimental, siendo así que esta no es más que la ciencia de las hipótesis contra la experiencia.

¿En qué se fundan si no los que rechazan el carácter milagroso de la historia evangélica? Prescinden por completo del fondo del escrito, y se limitan á explicarlo fijándose en el siglo y en las personas que nos lo han transmitido: es decir, en las formas supersticiosas empleadas comúnmente en dicha época para describir tales acontecimientos. Si la narración estuviese consignada con la precisión de ideas y de lenguaje que nuestra generación emplea, de seguro probaría

á sus ojos, ó una intervención de la divinidad, ó una superchería de los autores; mas, tan ingenuos documentos consiguan sin artificio alguno, y hasta sin verdadero rigor histórico, un fondo de verdad, desfigurado por medio de innumerables adornos; acabando por expresar creencias más bien que hechos, correspondiendo por consiguiente á la crítica desentrañar lo que haya de cierto detrás de las fórmulas de esas creencias. Resulta de aquí un trabajo que sólo á ella corresponde, y que consiste en penetrar en el fondo de la historia sagrada, clasificando en la categoría de lo verdadero cuanto pertenece al orden natural; en la de lo falso, todo cuanto á sobrenatural trasciende. Euhemero, Eichhorn, Semler, Paulo, son los principales representantes de este sistema, aplicado por los unos al Antiguo, por los otros al Nuevo Testamento. Más adelante veremos hasta qué extremo de inverosimilitud han llevado su temeridad y su audacia.

¿En qué se fundan los mitológicos para rechazar no solo el carácter milagroso, sino también la realidad histórica evangélica? Para contestar á semejante pregunta, basta con dejar consignado que consideran dicha historia como un poema formado por la tradición y como una creación psicológica de la cual se desprende una

idea expresada por medio de acontecimientos casi siempre ficticios. Todas las historias, dicen, han empezado por medio de mitos, y la de los Hebreos no constituye una excepcion à esta regla general. Gabler, Baur, Vater, de Vette, han tratado de explicar todo el Antiguo Testamento fundados en este principio critico. La tentacion de Eva, el episodio de Noé, el arca de la alianza, la Torre de Babel se presentan maravillosamente à tales juegos de interpretacion. Vesklein, profesor de teologia en Munster, ha llevado la fantasia de semejante método, hasta el extremo de comparar desde el punto de vista de la realidad, el rapto de Henoch al de Ganimedes; la aparicion del Angel á Agar, á la de Apolo á Diomedes; Jehová socorriendo á Gedeon, á Júpiter salvando á los Troyanos. Finalmente, despues de otros muchos mitólogos ecclésiasticos, aparece el doctor Federico Strauss que ha aplicado la misma teoria y de una manera por cierto mucho más radical, al Nuevo Testamento. Segun este, la critica no posee instrumento alguno bastante poderoso para separar el elemento real del elemento simbólico en los anales del cristianismo primitivo y por consiguiente es indispensable dar cuenta de todos los hechos del Evangelio por medio de puros mitos, y renun-

ciar á la tentativa de sacar de los mismos el más insignificante residuo positivo. Despues de lo dicho no hay para que advertir que tocamos al escepticismo histórico.

¿Qué es lo que puede oponerse à semejantes ataques de naturaleza diversa? En nuestro concepto nada más decisivo que los dos siguientes temas de defensa: Los hechos Evangélicos son verdaderos: 1.º como sobrenaturales; 2.º como históricos. ¿No es cierto que lo mismo las teorías racionalistas que las mitológicas, se desvanecen como el humo, puestas en frente de esta exposicion de la verdad?

I.

Antes de decir el concepto que tales argumentos nos merecen, no estará de más consignar el que merecen á sus propios autores. M. Renan considera *ingeniosa* en ocasiones semejante exposicion; pero con más frecuencia *sutil*.

y violenta (1). En cuanto á la segunda dice, «falso del sentimiento de la historia y del hecho, nunca sale Strauss de las cuestiones del mito y del símbolo (2)». El mismo Strauss se subleva «ante el espectáculo ofrecido por esas producciones monstruosas resultantes de un sistema que compone la historia sin freno y sin regla.» Por último Baur declara que no obstante los ensayos llevados á cabo, la crítica heterodoxa se encuentra tan atrasada como al principio. Francamente no vale la pena de contestar á quienes se refutan á sí mismos.

Sin embargo, abordemos de frente la teoría racionalista. Desde luego aduzco contra ella lo ridículo de sus interpretaciones. ¿Por qué razon el texto literal ha de merecer menos fe que esos comentarios?

Segun ese sistema, ¿á qué se reducen todas las apariciones? A fenómenos explicables por los recursos ordinarios de la angelofanía, es decir, á algo semejante á los rayos, á los truenos, á los accidentes catalepticos etc. ¿Qué es el mutismo de Zacarías? Un taque de parálisis. ¿En qué

(2) *Historia crítica de Jesús.*

(1) *Idem.*

consiste la vision de los pastores de Belen? En la aparicion de unos fuegos fiutos existentes en la llanada. ¿Qué es la estrella de los reyes magos? Un simple cometa. ¿Qué es la adoracion de dichos Reyes? Una visita de mercaderes árabes que habiendo ido á Jerusalem para asuntos de su comercio, recibieron, en vez de darla, la noticia del nacimiento del Rey de los judíos. ¿Y la tentacion de Jesus en el desierto? Un efecto escénico preparado por algun fariseo farsante y de buen humor. ¿Y el agua convertida en vino en las bodas de Caná? Un regalo de bodas ofrecido por Jesus á los esposos, bajo una forma agradable y ocasionada al regodeo. ¿Y la transfiguracion? Un éxtasis de Jesus y una alucinacion de los discipulos. ¿Y la curacion de los ciegos? Una sencilla oftalmia producida por el polvo impalpable del país, y curada gracias á la ablucion practicada con un poco de saliva. ¿Y la de los poseidos? Efecto del tratamiento calmante administrado á los que padecen ataques de nervios. ¿Y la resurreccion de los muertos? El término de un sueño letárgico hábilmente determinado. ¿Y la resurreccion del mismo Jesus? La reaparicion de un ajusticiado que no habia sucumbido á las torturas del suplicio al dársele sepultura. Por supuesto que al más lego se le

ocurre que si fué enterrado vivo, debía sucumbir á la asfixia producida por los aromas que, debiendo conservar su cuerpo si estaba muerto, no podía ménos que producir su muerte estando vivo; mas á esto se contesta que es una indiscrecion dirigir á la crítica semejante pregunta. Y en efecto no se digna, mayor àun, no puede contestar á ella, como no puede contestar á las innumerables objeciones que se le dirijen respecto de mil incidentes de la narracion sagrada que no llega á explicar. Mas ¿cómo es posible entenderse con comentaristas que se explican la tempestuosa escena del Sinal, por aparato fantasmagórico dispuesto por Moisés; y la columna de luz que condujo al pueblo de Israel al través del desierto, por una antorcha sostenida por los exploradores; y la permanencia de Jonás en el vientre del monstruo marino, por la desaparicion de un profeta y subsiguiente permanencia del mismo en alguna hosteria, llamada de la *Balleana*? ¿Cómo es posible entenderse, repetimos, con tales profanadores de la verdad de las escrituras? No cabe más recurso, que repetir por centésima vez, que *el espíritu fuerte, es el espíritu débil por naturaleza.*

Por lo demás, contra el racionalismo moderno, hecho mano del racionalismo del tiempo de

Jesucristo. Entonces como ahora existian incrédulos, y no incrédulos como quiera, sino tan extremadamente intolerantes, que no vacilaron en crucificar al Salvador en odio á su doctrina. Sin embargo, esos incrédulos contemporáneos y testigos oculares de los hechos evangélicos, no negaban su carácter sobrenatural; lo que hacian era imputárselos á Belzebub, es decir, que no pudiendo explicárselos como milagros, atribuíanlos al demonio y se los negaban á Dios. Por su parte el Talmud de Jerusalem los confiesa implícitamente, al declarar que Jesus habia arrebatado en el templo el poder del nombre de Jehovah. Finalmente, los filósofos paganos convienen en ello, es decir los admiten, puesto que Celso, Porfirio, Hierocles, Juliano el apóstata y otros los achacan á la magia y demás ciencias ocultas. Esto sentado, no puede comprenderse con qué derecho, y despues de tanto tiempo, se pretenda contradecir á esos jueces tan desinteresados, tan próximos á los acontecimientos, tan escépticos y tan esclarecidos.

Con los adversarios ataco á los indiferentes. En las cercanías y lejos de Jerusalem los habia á centenares de millones, capaces de establecer la distincion que en el dia pretende establecerse, y que jamas se acordaron de ello por la razon

señalísima de que era á sus ojos completamente inadmisibles. Y si no como se explica que durante los diez años que los apóstoles predicaron en Palestina sobre los lugares que fueron teatro de la muerte de Jesús y precisamente entre las gentes que más interesadas estaban en demostrar que todo ello fué mera impostura, no surgiera una sola voz de oposición á esos prodigios, fundada precisamente en la exégesis racionalista? ¿Como se explica que Quadratus, misionero de los tiempos apostólicos, haya podido escribir sin que se le desmintiera: "Los milagros de nuestro Salvador eran verdad: los enfermos por él curados y los muertos á quienes devolvió la vida, no fueron vistos únicamente en el instante de su curación ó de su resurrección, sino que continuaron su permanencia en el país durante el tiempo que el Salvador vivió en la tierra, de la circunstancia de que algunos de ellos vivieron mucho tiempo después de haberse aquel marchado, no faltando tampoco otros que han alcanzado nuestros días (1)." Lo que vale tanto como decir que Quadratus pudo conocerlos en su juventud. Por último ¿cómo se explica que

(1) Eusebio, *Hist. eccl.* IV, c. III.

los autores paganos habien abiertamente y sin atenuación racionalista, de los milagros referidos por el Evangelio? Chalcidio filósofo platónico del siglo tercero, alude á la estrella y á la adoración de los magos (1). Philegon liberto de Adriano, menciona segun hemos visto, el terremoto y el eclipse extraordinario que tuvieron lugar en el momento de la muerte de Jesús. El mismo autor refiere las profecías del Salvador y su cumplimiento, especialmente la destrucción y ruina de Jerusalem (2). Thallus autor griego del primer siglo, está de acuerdo con Philegon en testificar que en el año décimo octavo del reinado de Tiberio, el cielo se entenebreció repentinamente en medio del día. En los archivos romanos, conservábase, muy entrado ya el siglo tercero, la relación de la vida, milagros y muerte de Jesucristo, enviada al emperador por Pilatos, de manera que Justino, Tertuliano, y otros apologistas, en sus discusiones con los paganos, apelaban continuamente á semejante testimonio, pudiendo añadir que segun Tertuliano y Eusebio, fué tal la impresión que

(1) *Historia de las Olimpiadas* libros 13 y 14.

(2) *Arte de comprobar las fechas*, Prefacio.

en el ánimo de Tiberio produjo la relación de Pilatos, que propuso al senado el reconocimiento de lo que niega la exégesis racional, es decir la acción sobrenatural de Jesús que le colocaba en la categoría de los Dioses.

Hay más aún: porqué razón, Alejandro Severo, según sienta Lampidio, adoraba todas las mañanas á Jesús? ¿Porqué razón pretendió Adriano hacerle la hipótesis que Tiberio, á causa de una protesta de Sejano, no pudo llevar á cabo? ¿Porqué razón el historiador Josefo, da á Jesús el nombre de taumaturgo? De seguro que para ello se fijó especialmente en el sello sobrehumano que marca su vida, y en la verdad histórica de este sello, porque de ser este sospechoso, en manera alguna se habría puesto al servicio de semejante causa un testimonio al par tan próximo y tan diseminado y al propio tiempo tan incapaz de ser víctima de la ilusión como de hacerse cómplice de una colisión.

Después de los enemigos y los indiferentes, invocaremos á los amigos. El cristianismo primitivo los cuenta muy notables por su inteligencia tales como esa *muchedumbre de sacerdotes Judíos* que, según las actas de los Apóstoles, *se convirtieron á la fe*; tales como Justino, Aristides y otros filósofos; y filósofos y sacerdotes con-

taban con los medios indispensables para distinguir entre un Lázaro exhalando los nauseabundos miasmas de un cuerpo en descomposición, y un cuerpo presa de un sueño letárgico, cuya influencia termina mediante el contacto del aire existente en el interior de la tumba; entre la multiplicación de panes llevada á cabo por un taumaturgo, ó una simple distribución de provisiones hecha sobre la yerba por los ricos á los pobres; en una palabra, entre los asertos evangélicos, y las gratuitas vulgaridades sustituidas á los mismos. ¿Pueden concebirse tales supersticiones en testimonios tan autorizados y sobre todo respecto de tan supersticiosas imaginaciones?

Hay, sin embargo, entre los amigos del cristianismo, una categoría que merece y goza autoridad particular contra la exégesis racionalista: me refiero á los mártires, es decir á aquellos seres que no han vacilado en padecer el más horrible suplicio, por afirmar la historia evangélica tal cual nosotros la creemos, no tal cual la arregla la crítica. Nosotros suprimimos los milagros, y precisamente por los milagros han derramado ellos su sangre. No S. Pedro no murió por confesar un Mesías cuyo poder se redujo á hacerle marchar simplemente junto al agua

según interpreta Paulo: solo un Maestro capaz de apaciguar en alta mar las olas embravecidas, pudo merecer de su parte aquel testimonio de fé: Santo Tomás no dió su vida por un crucificado que, al decir de los racionalistas, solo hubiese sido ligeramente herido mientras permaneció en la cruz, y que se hubiese después curado clandestinamente mediante cuidados ocultos: la muerte real de Jesús, la permanencia de sus llagas después de su resurrección, es lo único que puede explicarnos el trágico fin del discípulo incrédulo. S. Juan no murió para dar fé de que había visto lienzos blancos cabe un sepulcro ordinario, como pretenden interpretar los utopistas germanos; de seguro debió ver verdaderos ángeles junto á una tumba vacía, puesto que no vaciló en sellar con su sangre semejante deposición. Por último S. Pablo no dió su vida por certificar que distinguió la caída del rayo en el camino de Damasco; en esta escena es indispensable la intervencion de la voz de Jesús para que no deba considerarse puro enigma la vida y muerte del apóstol de las gentes. De manera que no puede prescindirse de lo milagroso en la causa si quiere mantenerse en proporción con sus efectos y desde el momento en que se precinde de lo sobrenatural de la historia cristiana, que-

dan convertidos en locos los que en ello han creído hasta la muerte; puesto que así como se da la palabra por las verdades naturales, sólo por las verdades divinas se vierte la sangre. Conviengamos pues que prestando fé á testimonios tan interesados en examinar debidamente, y tan bien dispuestos para debidamente distinguir una farsa tan poco razonable, se sacrifica la propia razón.

¿Y qué es lo que alegan contra este buen sentido exegético los que niegan á los hechos evangélicos todo carácter milagroso? Que los milagros son imposibles. En suma se permiten negar la evidencia, sin tomarse la pena de aducir prueba alguna en favor de su deposición. Ahora bien, como hemos demostrado plenísimamente que pueden realizarse hechos milagrosos; que pueden comprobarse, que pueden distinguirse, remitimos en este punto al lector á nuestro capítulo sobre la *realidad de lo sobrenatural* para evitarle la pena de oír de nuevo lo que dejamos dicho, limitándonos á consignar una vez más que cuando la crítica pretende conocer las verdades históricas, hace el trabajo del sofista; pero no le del historiador.

Después de haber refutado á los que niegan que los hechos evangélicos sean prodigios, ¿que contestaremos á los que no quieren conceder siquiera que tales prodigios sean hechos? Pocas palabras, porque desde el momento en que está admitida la realidad sobrenatural de semejantes hechos, no hay necesidad de establecer su realidad histórica por lo mismo que la segunda se halla esencialmente contenida en la primera. Con todo, consideramos mayor victoria la destrucción del edificio levantado por los mitólogos, que poner en evidencia que careca completamente de fundamento.

Empecemos pues por preguntar: ¿Cuyos son los criterios de semejante teoría? 1.º Los hechos deben ser considerados como mitos cuando

son contrarios á la experiencia diaria y se presentan con carácter maravilloso. Esto no pasa de ofrecer en lugar de prueba la misma cosa que se ha de probar. Ello es que lo maravilloso de una narracion, no implica en manera alguna su falsedad, si lo maravilloso y la narracion están plenamente verificados; y lo que, por lo demás, facilita el que pueda distinguirse entre lo maravilloso probado y otro inadmisibile, y que dificulta que el primero pueda hacerse pasar por el segundo, es la distancia obvia incommensurable que existirá eternamente para el lector sensato, entre los cuatro Evangelios canónicos y los apócrifos.

2.º Los hechos de una narracion son simbólicos cuando entre ellos existe contradicción. Tratándose de contradicciones substanciales, inconciliables, podría admitirse esa regla; mas entre las narraciones evangélicas más bien se observan variantes que verdaderas oposiciones, y la piedra de toque á que las someta Strauss, dista mucho de reunir las condiciones indispensables para que del ensayo pueda resultar la verdad. Para convencerse de ello basta con abrir por cualquiera de sus páginas un libro de concordanias evangélicas.

3º Si la narracion es poética y el narrador entusiasta. Es esta otra base de apreciacion completamente arbitraria. Puede tenerse razon y decir verdad de una manera poética; y en cambio puede divagarse ocupándose en frías especulaciones. Existe un entusiasmo que extravía la razon, y otro que la provoca: el que anima alguna de las oraciones de Bossuet, ¿puede inducir á sospecha contra la verdad de su fondo? ¿Lejos de excluir el buen sentido, no lo eleva hasta el éxtasis? Por otra parte, ¿la historia de las Cruzadas y la de la Conquista de América, dejan de ser ciertas por tener un fondo poético? Por última: y viniendo á los Evangelios, ¿puede decirse que haya entusiasmo en unas páginas escritas con una impasibilidad tal, que podría dudarse si son debidas á un amigo ó á un enemigo de Jesus? ¿Puede decirse que brilla la poesía en una narracion que es de lo más sencillo que ha brotado de la pluma? Si poesía existe, es de seguro la que resulta del esplendor de lo verdadero, no la que procede de los fantasmas que crea la imaginacion acalorada. Tenemos, pues, destruida la tercera de las bases en que se apoya la escuela mitológica.

4º «Si la narracion está en relacion con ciertas opiniones extendidas y parece ser la expresion

de esas opiniones envueltas en la forma de los hechos. Esto equivale á decir rotundamente que la idea mesiánica era conocida antes del Evangelio, y que los Evangelistas no hicieron más que realizar dicha idea por medio de un drama interesante; más, precindiendo de que la idea mesiánica no era un mito, y de que no estaba admitida en todos los pueblos que han abrazado el Evangelio, Jesucristo difiere completamente del Mesías esperado por los Judíos, lo cual prueba que no es ni pudo ser una encarnacion simbólica de las esperanzas de su pueblo.

Por lo demás, ¿qué es el mito? Un agregado de circunstancias fabulosas que cubre un germen imperceptiblemente histórico, en el caso de que dicho germen no sea también fabuloso, como acontece con los mitos filosóficos. No se olvide que para la formacion de esas capas de nubes, como acontece con los sedimentos geológicos, es menester un lapso de tiempo, que Strauss estima en ciento cincuenta años. Según la exégesis más meticulosa, los Evangelios fueron escritos antes que finalizara el primer siglo: «cuanto más reflexiono respecto de ello, tanto más me inclino á creer que los cuatro textos reconocidos como canónicos, nos acercan y aproximan á la edad de

Cristo (1).» Ahora bien, ¿cómo se compaginan esas dos opiniones? ¿cómo se explica el que esos textos hayan podido dar cuerpo a los símbolos, ántes de que los símbolos hayan llegado á existir?

No cabe desconocer que es indispensable torturar los hechos y la razon para preferir las garantías de esta interpretación á las de la historia evangélica. Por lo demas, un sistema que descansa á priori en la posibilidad de lo sobrenatural, y que para destruirlo con mayor facilidad, niega el valor de la relacion de los sentidos, del testimonio humano, y de la certeza histórica aplicadas á este orden de fenómenos, es á todas luces un sistema sobornador por lo que se refiere al espíritu; corruptor con relacion á la verdad y en suma, un miserable instrumento de pirronismo.

Mas, para conseguir que brille con todo su esplendor la verdad de la narracion evangélica, mas bien que destruyendo las teorías que la atacan, puede conseguirse poniendo en evidencia su

(1) Renan, *Historia crítica de Jesús*.

conformidad con la historia. Despues de realizadas las más minuciosas investigaciones respecto del particular, se llega á la siguiente consecuencia que resume la cuestion: «Los hechos de Sócrates, de los cuales nadie duda, están ménos comprobados que los de Jesucristo.»

En efecto ¿están los hechos de Sócrates, como los de Jesús, garantidos por ocho escritores contemporáneos, de los cuales seis, Mateo, Juan, Pedro, Pablo, Jaime y Júdas, han visto con sus ojos y tocado con sus manos lo que refieren. y los dos restantes, Márcos y Lúcas fueron discípulos de los discípulos de Jesús, muchos de los cuales llevan su sinceridad hasta el punto de confesar sus debilidades y sus faltas, y todos dieron su vida en confirmacion de su palabra, con grave riesgo de ser anatematizados en su tiempo y en los siglos venideros por falta de sinceridad? ¿Puede concebirse que á tal punto se lleven el entusiasmo y la abnegacion?

Veamos ahora los hechos de Sócrates. ¿Han sido sometidos á la piedra de toque de tres sociedades interesadas en desacreditarlos, como el judaismo, el paganismo y el cristianismo, que han puesto en tela de juicio los hechos de Jesús? ¿Han tenido por teatro la plaza pública, por testigos muchedumbres innumerables, pasiones en

fantosmas por adversarios, el mundo por conquista, por resultado innumerables sacrificios? ¿Y puede hacerse la abstracción más arbitraria de todas esas evidencias por medio de un sistema que solo en quimeras se apoya? No, el verdadero mito será siempre y por más que se haga el mitismo, y la historia evangélica preservará siendo inquebrantada é inquebrantable.

No son, nó, mitos cristianos los que se han propuesto consignar Chalcido, filósofo platonico haciendo mención de la Estrella de la Epifanía, y Macrobio, relatando la degollación de los inocentes, y Phlegon, consignando entrelas hechos acaecidos en la olimpiada doscientas diez, el eclipse y el terremoto que acaecieron el día de la Pasión; ni Adriano, proponiendo levantar un templo á Jesus; ni el universo entero trocando las costumbres disolutas y corrompidas de la sociedad pagana por el culto de la cruz: no, esto no puede admitirse, sobre todo, si se considera que tales mitos habrian sido propuestos por ignorantes como los apóstoles, y aceptados por neófitos de la talla de Justino, Tertuliano, Cipriano y Orígenes; y más aún cuando tales mitos no están destinados como los de la Grecia á extraviar la imaginación de los pueblos, sino á imponerse á título de historia y con la preten-

sión de ser examinados, creídos y confesados como hechos.

Se ha echado mano y aun puesto de manifiesto ciertas particularidades de explicación más ó ménos difícil contra la verdad de la narración sagrada. Entre ellas podemos citar el recuento catastral de Quirino, el año XV de Tiberio, el Abileno de Lysanias, temas principales de semejantes argucias: mas los libros especiales dan satisfaccion ámplia á todas las curiosidades y á todas las exigencias de la crítica respecto del particular; la armonía de los Evangelios resulta sin la menor discrepancia en toda su extension; y cuando se ha recorrido el círculo entero de discusión semejante, dice M. H. Wallon, se hace uno tan descontentadizo en materia de pruebas, que se siente inclinado á no creer en nada más que . . . en el Nuevo Testamento.

Y no se diga para eludir la verdad histórica los Evangelios profetizan la ruina de Jerusalem, es así que no debe admitirse la profecía, luego ha de concluirse que son apócrifos ó que pertenecen á época más reciente: porque semejante manera de argumentar vale tanto como substituir á la lógica, la candidez más supina, ó el cinismo más descarado. ¿No equivale esto, á escamotear la conclusion, más bien que á deducirla, sobre

todo cuando se ha hecho la siguiente confesion? «Producto purísimo del cristianismo palestino, «impregnados del sentimiento vivo y directo de «Jerusalén, son los Evangelios eco verdaderamente inmediato de los rumores de la primera «generacion cristiana (1)». Y el color de la primera generacion cristiana, ¿no autoriza mil veces más á creer que habiendo precedido los Evangelios, por lo ménos los tres primeros, á la ruina de Jerusalén, la anunciaron, que á suponer gratuitamente la insercion póstuma de la ruina de Jerusalén en los Evangelios, para tener un pretexto que los haga sospechosos? Mas, ¿cuántos disparates se creen, á fin de eludir la obligacion de creer?

Existe una confirmacion de la verdad evangélica no ménos decisiva que el testimonio de la Historia propiamente dicho, y es la que se deduce de la ortografía, de la numismática y de la geografía.

Más adelante invocaremos el auxilio de la etnografía en favor de la Biblia en general; preguntémosla ahora respecto del Evangelio en particular. Quanto más cerca se encuentra un es

(1) Betan. *Historia crítica de Jesús*.

crito de la época de que habla, con más exactitud y más al vivo pinta los sucesos que refiere; en cambio, quanto más dista de la misma, más vagas é indecisas se ofrecen las líneas y más indeterminados los contornos. Un historiador mitólogo hállase expuesto á mil confusiones en todo lo relativo á la organizacion política, social y religiosa, y á la vida pública y privada de un pueblo; en primer lugar, porque cuando aparece, ha podido alterarse trascendentalmente el recuerdo de los acontecimientos, y despues porque semejante alteracion entra en la lógica de su sistema, que subordina constantemente la exposicion de los hechos á la expresion de una idea.

Pues bien, no obstante lo dicho, es imposible descubrir en los Evangelios la huella más insignificante de semejantes alteraciones. Brilla en los mismos un color local tan acentuado, y se describe en ellos el primer siglo de una manera tan exacta y minuciosa, que es absolutamente imposible referirlos á fines del segundo. Examínese el estado político y social del país en que vivía Jesús; estudiense los personajes históricos de Palestina, en dicha época; compárense esos datos con los consignados en los libros históricos del Nuevo Testamento, y se verá un acuerdo

tal, que el más descontentadizo lo considerará incompatible con la hipótesis de una composición mitológica. Si, los historiadores de Jesús han sido contemporáneos suyos; hablan de la división del reino de Heródes en monarquía y tetrarquía; nos presentan á Archelao reinando en Judea despues de su padre Heródes; y luego de repente, en el año décimo quinto del reinado de Tiberio, hacen aparecer á Poncio Pilatos, que en efecto sucedió á Archelao destronado y desterrado á las Galias; mencionan los gobernadores contemporáneos de Poncio Pilatos, tales como Heródes Antipas, tetrarca de Galilea, acusado por S. Juan Bautista de vivir con la esposa de su hermano Felipe, que era tetrarca de Iturea: dan á conocer las leyes civiles en vigor entre los judios en tiempo de Jesucristo, la sumisión de la Judea á los romanos, los impuestos por los mismos establecidos, su autorizacion para que tuvieran fuerza ejecutiva las sentencias pronunciadas por la sinagoga, la impaciencia de los hijos de Abraham contra la dominación extrajera, sus groseras ideas respecto del Mesías esperado, los rasgos característicos de los fariseos, secta orgullosa y formalista; de los Saduceos, secta materialista é ignerante; de los Samaritanos, en fin, que al principio ofrecieron

únicamente el espectáculo de un cisma y más tarde el de una verdadera apostasía.

Ahora bien: esos detalles tan variados como explicitos, hallanse perfectamente de acuerdo con los testimonios de la historia profana. «Al paso que se penetra en el detalle de las opiniones, de los hábitos y de las costumbres que son propias de este periodo, puede adquirirse más hondo convencimiento de que los autores de nuestros Evangelios, han vivido en la época en que se realizaron los hechos que refieren (1).» Si un historiador posterior se hubiese ocupado en trazar la móvil fisonomía de un Estado que en un breve periodo pasó por tan diferentes regimenes y experimentó tan radicales y profundas revoluciones, por más cuidado que en ello pusiera, no habria podido librarse de cometer notables inexactitudes. De todo lo cual debe deducirse que los Evangelios no son en manera alguna coleccion de tradiciones vagas y flotantes, ni los evangelistas escritores que dejándose llevar por la fantasia, componian apólogos en vez de historia. De ser así, de seguro habrian denunciado la farsa descuidos de esos que no

(1) Hug. *Introducción*.

puede evitar el más avisado, y en cambio no se descubre en todo el contexto de los libros un solo anacronismo, una pincelada inexacta, una insignificante anomalía capaz de proyectar la sombra sobre la verdad.

Otra prueba puede aducirse en apoyo de la certeza de los hechos evangélicos: las deposiciones de la numismática. Las monedas, ora por la efígie que llevan estampada, ora por su nombre ó su valor, ora por su forma ó su sistema, contribuyen poderosamente á fijar las fechas y los acontecimientos sincrónicos del tiempo en que fueron acuñadas. Mas este conocimiento exige estudios especiales y profundos, porque nada hay que cambie con tanta frecuencia como las formas monetarias; de manera que un escritor de un siglo determinado no podría hablar de las monedas de plata que hiciese doscientos años estuviesen fuera de circulación, sin revelar por medio de las inexactitudes que cometiera y por los errores en que incurriese, su origen posterior. Pues bien, desde este punto de vista los Evangelios se distinguen por una precisión y un rigor hasta tal punto inatacables, que ello sólo dice claramente que es imposible que fueran escritos mucho tiempo después de los acontecimientos que refieren. Por aquel tiempo circula-

ba en Palestina moneda griega, romana y judaica, siendo en esta en la que debía satisfacerse el tributo al templo, y esto explica el hecho de encontrarse cambistas *numularii* en los atrios de la casa del Señor. Los Evangelistas conocían estos hechos y dan cuenta de ellos y de la relación de valores existentes entre las diferentes monedas con tanta precisión, como no habrían podido emplearla historiadores de otros tiempos. Así sientan que los impuestos anteriores á la dominación de los Césares, la capitación, por ejemplo, se percibía únicamente en moneda griega (1); el impuesto debido al sostenimiento del templo, en moneda nacional [2]; las sumas correspondientes á las transacciones mercantiles y á los negocios civiles, en moneda romana (3). Todo esto se halla perfectamente de acuerdo con las indicaciones que debemos al historiador Josefo.

¡Singularidad digna de tenerse en cuenta! Después de la ruina de Jerusalén, los judíos sometidos hasta entonces al censo, es decir á un denario por cabeza, se convirtieron en tributa-

(1) Marc., XII, 42 Ldc., XXI 2.

(2) Mat., XXVI 26.

(3) Mat., X, 22; XX, 2; XIV, 6; Ldc., XI, 16; Juan, VI, 7; XII, 5.

rios del impuesto común. Imagínese à un autor escribiendo bajo el imperio de esta ley, y no en el de la primera, y digásenos si no es cosa facilísima olvidarse completamente de esta y por consiguiente no aludir á la misma ni poco ni mucho; pero los Evangelistas que vivieron todos, y de los cuales tres escribieron antes de que la ciudad santa fuese entrada á saco, mencionan en términos formales esas diferentes fuentes del tesoro público en tiempo de Jesus. Prueba evidente de su fidelidad histórica, porque un autor del siglo segundo que hubiese escrito una leyenda, de seguro habria nombrado el gherah, el hazzi, y otras monedas judías, nombres que á los ojos del numismático hubiesen puesto de manifiesto su fraude ó falsificación (1).

Queda además de las dichas una última piedra de toque para apreciar la verdad de un documento histórico: las indicaciones geográficas. La guerra, las perturbaciones políticas, la actividad humana contribuyen poderosamente á los cambios que con frecuencia experimenta la topografía de un país, de suerte que cuanto mayor es esa fluctuación, producida por el choque de

(1) *See Evangelists and the cities.*

los acontecimientos, mayor riesgo corre de caer en error un escritor que vive mucho tiempo después de la realización de los mismos.

Salta á la vista que los evangelistas se ven obligados por las necesidades de su narración á consignar muchísimos detalles geográficos. Citan nombres de ciudades, aldeas, corrientes fluviales, lagos, y montañas de Galilea, Samaria y Judea; determinan exactísimamente la distancia que media entre uno y otro lugar; trazan con toda perfección la dirección de las sendas y caminos que cruzan la Palestina y todo esto de una manera tan perfecta que jamás se puede notar la contradicción más insignificante. Muchos trabajos se han llevado á cabo para comprobar los Evangelios bajo el punto de vista de la geografía: háñse consultado el Talmud, Philon, Josefo y otros antiguos monumentos; y la confrontación de los cuadros topográficos contenidos en esas fuentes, con los que resultan del Evangelio ha demostrado plenamente la verdad de estos.

Por esto Clarke después de haber recorrido en todas direcciones la Palestina, escribe: «La descripción geográfica de los libros sagrados comparada con los monumentos, nada deja que desear.» No debe olvidarse que Estrabon, Quinto-Curcio, Virgilio, Tito-Livio, Filostrato han

incurrido en graves errores al describir países que no habían visto. Si nuestros evangelistas hubiesen escrito fuera de la comarca y de la época que historian, y desde este punto de vista se hubiesen limitado à coleccionar las narraciones legendarias exparcidas en las diferentes comarcas cristianas, de seguro habrían cometido inexactitudes por demás groseras. En esta suposición, nada más difícil que el trazar un cuadro del estado judío después de su ruina. Los numerosos cambios que la precedieron, la horrible catástrofe que tan profundamente conmovió à Jerusalem y sus alrededores, las transformaciones que comunicaron à ese país una nueva fisonomía, eran motivos poderosos para que un escritor posterior se hubiese encontrado en la imposibilidad de poder ser fiel. Añádase à esto que en tiempo de Adriano fueron completamente arrasadas novecientas ochenta y cinco aldeas y cincuenta poblaciones de más importancia, y se podrá comprender cuánto habría tenido de difícil la tarea del escritor que en tiempo de Constantino hubiese pretendido describir la Judea del tiempo de Tiberio.

La Palestina, dice Cellerier, cambiaba entonces frecuentemente los rasgos de su fisonomía. Ocupada por tres pueblos cuyos usos, cuyas cos-

tumbres, cuyo idioma eran completamente distintos, los hebreos, los helenos y los romanos, no podían sustraerse à su triple influencia. Invadida por Pompeyo, oprimida por Heródes, debelada por Tito, y casi anonadada por Adriano, cambiaba diariamente de aspecto y de leyes, así como de habitantes y de opresores. ¿Se concibe pues, que un falsario, escribiendo en la época en que los mitólogos lo imaginan, hubiese logrado salir de ese dedalo y en medio de tanta confusión diera con los nombres, las palabras y las fechas de una época completamente desaparecida, ya que no cabe dudar que en la de esa pretendida redacción, estaba completamente borrada la nacionalidad del pueblo judío? Resulta, pues, de todo lo dicho, que los evangelistas han sido testigos oculares, pues las investigaciones mas minuciosas, dictadas por la prevención, no han alcanzado à descubrir la más insignificante inexactitud, cosa que de seguro no se habría podido conseguir si aquellos no hubiesen certificado *de visu* cuantos hechos consignaron en sus narraciones (1).

Además de las garantías de la historia, de la

(1) El Rd. Vilmata *Estudio crítico sobre los Evangelios*.

etnología, de la numismática, y de la geografía, la verdad de la narración evangélica dispone de otra, deducida de la integridad de los textos sagrados. Si estos textos, en efecto, son tales cuales los ha producido la inspiración primitiva, el trabajo de adiciones sucesivas y de adulteración que supone el mitismo, es imaginario, y hasta condenado el propio mitismo.

La integridad del libro que más se ha copiado, no debe en manera alguna entenderse en sentido absoluto, sino solamente en cuanto á la substancia de las cosas importantes, lo mismo por lo que respecta al dogma que por lo referente á la moral. Esta integridad es la única que racionalmente debe exigirse, puesto que la infalibilidad concedida á los autores sagrados no puede hacerse extensiva á todos los copistas y á todos los traductores. Proceder de esta suerte valdría tanto como exigir de la Providencia que preservara los libros sagrados de los incendios, las inundaciones, la polilla y los mil accidentes que pueden determinar su destrucción. Evidentemente basta á su objeto que subsista su integridad moral y que ni el tiempo ni los hombres tengan poder alguno contra esa suprema garantía de la verdad en medio del mundo. Tal es pues la conservación de los textos evangélicos

y por consiguiente la verdad de los hechos en ellos contenidos, puesto que la segunda deriva de la primera.

Los mitólogos aceptarían de buen grado la siguiente explicación de M. Renan: Durante ciento cincuenta años después de Jesús, la palabra lo era todo, los Evangelios no tenían gran importancia; «prestábase unos á otros, los hombres, esos librillos; cada cual transcribía en las márgenes de su ejemplar las voces, las parábolas, que había leído en otras partes y que más honda impresión le habían causado. De manera que por este procedimiento, la obra más bella del mundo es resultado de una elaboración obscura y completamente popular (1).»

¿Mas, es así realmente cómo ha sido escrita la historia evangélica?

La vigilancia perpétua de la Iglesia no permite admitirlo y esta vigilancia data ya del primer siglo. S. Juan al terminar su Apocalipsis, amenazaba con los castigos más terribles á todo aquel que se atreviera á añadir ó quitar cosa alguna en su libro. S. Justino declaraba que el alterar las escrituras constituía un crimen más

(1) Vida de Jesús, Introducción.

grave que el de prestar adoracion al vellocino de oro. Dionisio de Corinto hácia el año 170, llamaba apóstoles de Satán á los que tenian la temeridad de llevar á cabo semejante falsificación. Todos los Padres, acostumbrados á dirimir las controversias en conformidad á esos textos venerados, conservaban la letra con celosísimo cuidado. Tertuliano y S. Epifanio se levantan contra Marcio porque para defender la causa que adoptars, había matilado el Evangelio de S. Laicas. Por último, los cristianos miraban con tan profundo respeto los libros santos, que muchos de ellos vertieron su sangre y arrojaron los más crueles martirios, con tal de no entregar aquellos al procónsul. Y ¿con qué derecho habría la Iglesia condenado los ultrjes de los herejes contra la Escritura, si por su parte hubiese cometido delitos semejantes? Suponerlo, no es una contradiccion en los términos, puesto que tocar á los textos sagrados equivale á separarse de la Iglesia.

La unidad de composición en los Evangelios constituye el sello indubitable de su integridad: no es que tengan solamente un carácter de originalidad en el fondo sino que además lo tienen en el estilo: estilo imperfecto, incorrecto, lleno de hebraísmos, dando á las palabras significados y

combinaciones que jamás conocieron los clásicos; estilo por otra parte que denuncia claramente la pluma de un Judío que emplea en sus obras la lengua griega; mas con posterioridad á los tiempos apostólicos, los Judíos no abundan en la Iglesia: cuantos escriben son griegos. Y si fuesen estos los falsos evangelistas que suponen los mitólogos en lugar de los verdaderos, ¿habrían renegado de la pureza helénica, para adoptar un lenguaje semibárbaro? En presencia de estos hechos todos los críticos que optan por la opinion de los arreglos consecutivos, se ven obligados á hacerlos remontar á los tiempos apostólicos, es decir, á la época en la cual los testigos oculares abundaban y hacian imposible la alteracion de esa venerable historia.

El estado de los manuscritos constituyen igualmente una prueba material, contra todas las deposiciones desfavorables á la verdad que defendamos. Supónese en detrimento de los Evangelios una cosa verdaderamente inaudita en la historia de la literatura, es decir, la existencia de copistas alterando impunemente y segun su capricho los textos que tenian obligacion de reproducir. ¿Háze visto jamás espectáculo semejante en obra alguna se las que la posteridad nos ha legado, en las de Herodoto, Platon y Ci-

ceron por ejemplo? Y por ventura no se han hallado estas, mil veces más expuestas á tales falsificaciones, que no los Evangelios que contaban con tantos vigilantes guardianes, como obispos y fieles existian en la Iglesia? Supongamos sin embargo, en contra de toda verosimilitud que la transcripcion de los textos sagrados ha sido objeto de un fraude, de una falsificacion contra la cual nada ha podido oponerse, y que cada copista, gozando de idéntico derecho, ha introducido alteraciones en la primera copia, y nuevas alteraciones en cada una de las sucesivas, aumentando las diferencias al paso que se alejaban del origen de donde procedian. ¿No es verdad que, procediendo de esta suerte, admitiendo esa hipótesis, al tocar á su termino el siglo segundo habrian existido tantas obras cuantos hubiesen sido los manuscritos? Pues bien, en dicha época los cuatro Evangelios existian en una forma perfectamente determinada y concreta. ¿Pretendríase sostener que fué este resultado de un pacto previamente establecido? ¿Mas en tal caso dónde está la prueba? ¿Dónde se halla siquiera la posibilidad? Fácilmente se alcanza que un texto, del cual se presume que tan variadas interpolaciones ha experimentado en sus diferentes copias, ha exigido previo acuerdo, para ser

restablecido á la unidad actual bajo la cual podemos contemplarlo; más, ¿como es posible admitir semejante acuerdo cuando siendo tantas las sectas interesadas en denunciarlo, no hay una sola que respecto de ello haya dicho una palabra?

Por lo demás, y aun admitiendo dicho acuerdo, ¿cómo puede explicarse la desaparicion de todos, absolutamente todos esos ejemplares, sin que haya quedado uno solo que oponer al texto actual? Las copias de los Evangelios eran por demás numerosas á fines del siglo segundo. Evaluando cual lo hace Norton, siguiendo á Gibbon, en 120 millones de almas la poblacion del mundo romano, y juzgando que de éstas la cuatragésima parte pertenecía al cristianismo, no baja de 3,000 el número de copias de la Biblia, con tal de suponer, y el cálculo no peca en manera alguna de exagerado, que para cada mil cristianos existia un ejemplar. ¿Es posible que no se hubiera salvado uno sólo de ellos? ¿Puede concebirse que esa proscripcion imaginaria, pronunciada á fines del siglo segundo contra todos los textos no admitidos, fuera tan eficaz, que hubiera bastado á hacerlos desaparecer totalmente, sin que quedara un ejemplar siquiera entre las sectas disidentes?

Nó, la verdad es que en tiempo de Orígenes existían ejemplares que contenían defectos debidos á los copistas; mas por lo mismo que ese doctor consideró cosa fácil un trabajo de comprobación entre el texto puro y esas copias defectuosas, hemos de deducir que es puramente imaginaria la corrupción antigua y general que suponen los mitólogos. Y en tanto es así, que Orígenes señala las variantes, consigna las faltas y ni estas faltas son más graves ni las variantes más numerosas de lo que suele ofrecerse en los manuscritos ordinarios. El tiempo, por cierto mucho más considerable que después de Orígenes ha transcurrido, multiplicando con las transcripciones los peligros de error, no ha comprometido en mayor grado la integridad de la narración sagrada. Cuando el doctor Mill, después de treinta años consagrados á comparar los manuscritos del Nuevo Testamento, publicó sus treinta mil variantes, prodújose un movimiento momentáneo de sorpresa y de temor; y sin embargo, no había motivo para ello, puesto que Bentley ha encontrado en Terencio hasta veinte mil variantes. ¿Por ventura no se cuentan más de diez mil en la traducción oficial de la Iglesia anglicana con todo y ser los impresores por punto general, más exactos que los copistas? A más

de que las variantes más bien que contarse deben pesarse. Tanto es así que de todas cuantas se han observado, apenas si hay una docena que, teniendo alguna importancia, relativamente al dogma, la tengan relativamente á la historia evangélica. ¿Y no es esta una nueva prueba de que el Evangelio nos llegó virgen de todas las interpolaciones imaginadas por la exegesis mitologista (1).»

Esas conclusiones deducidas del estado de los manuscritos, se confirman por medio del estudio de las antiguas traducciones. Muchas de estas nos proporcionan el estado del texto original en época muy anterior á nuestras copias más antiguas: ahora bien, las versiones siríaca, copta y armenia, que precedieron á la de San Jerónimo, revelan la identidad primitiva de los Evangelios tales cuales nosotros los conocemos.

Todavía existe otra fuente de argumentación, además de las que dejamos consignadas, y más que las precedentes accesible para la generalidad: nos referimos á las citas de los Santos Padres. Y si bien es verdad que frecuentemente citan de memoria, por cuya razón no deben ser invocados en apoyo de esta tesis, como no sea

(1) H. Wallon. *De la creencia debida á los Evangelios.*

con cierta circunspeccion; todavia, bien que teniendo en cuenta esas incorraciones, tiene una gran fuerza la siguiente prueba: «Recorred, le dirémos á la crítica negativa, recorred los innumerables escritos de los Padres de la Iglesia que, en sus comentarios, en sus tratados dogmáticos, en sus homilias han transcrito en cierto modo el Nuevo Testamento en su integridad, y de seguro encontraréis el sentido y casi siempre las palabras mismas de nuestros Libros santos. De manera que si fuese posible la desaparicion repentina de tales Libros, sería fácil rehacerlos, reuniendo las citas que se encuentran esparcidas en los diferentes autores eclesiásticos. Prueba demostrativa de la integridad constante de los Libros del Nuevo Testamento, puesto que de ella resulta que nuestros ejemplares actuales es tan perfectamente conformes á los de la más remota antigüedad (1).»

Robustezcamos por último la integridad de nuestros santos Libros por el argumento clásico que se han hecho en favor de su autenticidad. ¿A qué época se refiere su falsificacion histórica, al siglo de los Apóstoles, ó á los siguientes? En el siglo de los apóstoles no puede imaginarse, por

(1) Davolchin. *Demonstraciones evangélicas*.

demasiado cercano á la época en que se realizaron los sucesos, pues los apóstoles ó los hombres apostólicos habrían protestado, y la posteridad cristiana habria conservado la tradicion de semejante acontecimiento. Posteriormente tampoco, por demasiado tarde, porque habiéndose difundido los textos sagrados hasta el punto de hallarse esparcidos por todas las sectas, traducidos á todos los idiomas y leídos en todas las familias, habria sido imposible retirarlos todos de la circulacion para alterarlos colectivamente; sin contar con que la alteracion no habria servido ode nada absolutamente, como no se hubiese hecho en la totalidad de los ejemplares. Añadamos que el celo de la ortodoxia, del mismo modo que el de la preocupacion cristiana marchaban de acuerdo para vigilar sobre este depósito sagrado. Como en el siglo IV se apercibiera el bispo Espiridon, de que otro, llamado Tri fill us, por vano artificio retórico, trocaba en su sermón una palabra de la Escritura, preguntóle indignado si se juzgaba más hábil que el Espirita Santo, y salió de la Iglesia en son de protesta. Sazomenes habla de una especie de conmocion popular, debida á que otro obispo se permitió en un sermón la misma libertad que se tomara Trifillus. Por último San Jerónimo emprendió su

traducción de la Escritura teniendo en cuenta la criterio que levantaría contra él el pueblo, verdaderamente apasionado por la traducción de los Setenta, temor por otra parte completamente justificado, ya que durante largos años la lectura de la Vulgata provocó en las Iglesias hondas perturbaciones, á causa de las divergencias que resultaban entre ella y las traducciones anteriores que las muchedumbres se sabían de oro. Es indispensable por tanto, convenir en que no era posible desfigurar impune y clandestinamente unos textos tan queridos, tan guardados y con tanto esmero vigilados.

Terminemos esta demostración de la verdad histórica del Nuevo Testamento contestando á una objeción conocida, ya que semejante reserva alcanza la fuerza y autoridad de una prueba. Existen, se dice, Evangelios apócrifos, reconocidos tales por la Iglesia. ¿Por qué razón han de merecer mayor crédito los Evangelios canónicos? ¿Qué mayor autoridad alcanzan sobre los demás, sea en el orden histórico, sea en el orden sobrenatural?

Esto vale tanto como decir, han existido Evangelios apócrifos, luego todos merecen la consideración de tales; ó lo que es lo mismo, exista el error, luego no existe la verdad. ¿Como si las

falsificaciones no constituyesen por sí mismas un homenaje tributado al valor de la cosa falsificada; como si la aleación no constituyera una prueba en favor del oro, cuyo precio no puede igualar; como si la Iglesia, en el mero hecho de haber eliminado de su cánón, nada ménos que cincuenta Evangelios falsos, no fuera más digna de crédito, por lo mismo que sólo admite cuatro como verdaderos!

¡Y qué mejor testimonio en apoyo de la historia, según los verdaderos Evangelios, que la imposibilidad en que se hallan los apócrifos de ser verdaderamente históricos! Cada uno de sus pasos por ese terreno se halla marcado por una caída. El Evangelio de la Natividad de María, remontándose hasta el tiempo que precede á su nacimiento, nombra á un gran sacerdote llamado Isachar, del cual no se halla el menor indicio en el historiador Josefo. El falso Evangelio según S. Mateo, y protoevangelio de Santiago dan á ese gran sacerdote el nombre de Ruben, con no mayor exactitud. El Evangelio árabe de la infancia de Jesus le hace ir á Memfis en Egipto para visitar al Faraon. El Evangelio de Nicodemo incurre en los más groseros errores históricos y geográficos: así, por ejemplo, hace decir á los judíos dirigiéndose á Pilatos; *nuestra ley nos*

prohíbe ajusticiar á nadie, siendo así que era su servidumbre y no su ley la que les privaba de este poder. Consigna también que tres Judíos es á saber: un doctor, un sacerdote y un levita fueron desde Galilea á anunciar al sanhedrin que habían visto á Jesus subiendo al cielo desde el monte Olivete, cosa absolutamente imposible teniendo en cuenta la distancia. Por dónde se demuestra una vez más cuán difícil es para los inventores el transformarse en historiadores.

¿Alcanzan los apócrifos mejor resultado en la verdad de su maravilloso? Júzgese y se verá que si los milagros del Evangelio llevan impreso el ideal de la belleza moral, los de sus pueriles narradores caen bajo el peso de su propio ridículo. Tal hay que para mostrarnos la naturaleza entera como en suspenso al advenimiento del Hijo de Dios, imagina á ciertos trabajadores llevando á la boca un alimento que jamás acaba de llegar; á un pastor levantando su cayado para castigar á sus ovejas, sin que el cayado llegue á caer, ni las ovejas se mueven del sitio, no obstante verse amenazadas; y á los rebaños acosados por la sed, inclinándose sobre un manso arroyuelo cuyas aguas no pueden alcanzar. En la degollación de los inocentes, dicho autor representa al Bautista librándose de la muerte por

medio de una montaña que se abre de repente y le recoge en su seno al par que á su madre, y cuando Zacarías, su padre, es degollado entre el vitubulo y el altar, su sangre se trueca en piedra, á la manera que lo refiere el Talmud del hijo de Joiada.

Sienta otro, que el Evangelio de Santo Tomás habla de Jesus cual si fuera un pequeño mago que hace pajaritos de barro que, animándose al influjo de su palabra, emprenden el vuelo ante las miradas del pueblo. Uno de los compañeros de sus juegos infantiles, tuvo el autojo de destruir una pequeña piscina en que Jesus había recogido las aguas pluviales, y Jesus le dejó frio y seco, volviéndole á la vida por intercesion de sus padres, acompañando el suceso con detalles repugnantes. Otro niño que corría por la calle le dió un empujon, por cuyo motivo encolerizado Jesus, le dijo: no daré un paso más, y el niño cayó redondo. El Evangelio árabe nos refiere los más extraordinarios prodigios realizados por el agua con que se había lavado al divino Infante. En Egipto encontré con un hermoso jóven trocado en mulo por unas mujeres impulsadas por los celos, y le devolvio su forma primitiva para entregárselo á su desconsolada novia. En dicho país y atravesando el desierto,

encontró á dos ladrones, y dijo á su madre: «Dentro treinta años será crucificado en Jerusalem entre esos dos ladrones: Tito se hallará á mi derecha y Dumaco á mi izquierda.» Desde este lugar se trasladó con sus padres á una ciudad llena de ídolos, que á su presencia transformó en colina de arena. A su regreso hacía Bellen encontró dos niños enfermos á quienes devolvió la salud: estos niños debían ser, andando el tiempo, San Bartolomé y Simon el Cananeo. Por último, aparecióle Júdas, tambien por esa misma época, bajo la forma de un pequeño poseído que mordía á todo el mundo y que pretendió morder tambien á Jesus; pero Jesus llora y le libra del diablo, que abandona el cuerpo del poseído bajo la forma de un perro rabioso.

¡Citaremos despues de tanto disparate todo aquello de Jesus corrigiendo las faltas que su padre putativo José, desmañado carpintero, habia cometido en la construcción de puertas, arcos y zarandas! ¡Hablarémos de aquel viaje hecho á Jerusalem con el único propósito de ensanchar el trono que el rey mandara construir á José, y que éste no supo realizar por haber tomado malas medidas! Si continuáramos citando, creeríamos faltar al respeto que debemos al lector, y sobre todo á Dios.

Recuérdese ahora el Evangelio verdadero, y díjase si esa serie de falsificaciones no es bastante á acreditar su verdad. Y es que nada es de más difícil imitación que lo procedente de origen divino. Por más que hagan los mitólogos, jamás lograrán infundir en sus novelas ese sabor delicioso, ese aroma incomparable que penetra hasta lo más íntimo del corazón. Uno de los más sólidos caracteres de la verdad cristiana, estriba en la imposibilidad material en que se halla el hombre de inventarla, y esto puede aplicarse á la historia de esta verdad, como á sus dogmas y á su moral, porque los hechos del Evangelio, como sus sublimes máximas, son para nosotros de imposible invención.



CAPITULO VIII.

ORIGENES POSITIVOS DE LA VERDADERA RELIGION: SUS DOGMAS.

Los libros del Nuevo Testamento son auténticos; su historia es verdadera: ¿son sus dogmas de origen divino ó de formación puramente humana? La negacion no vacila en contestar afirmativamente la última de esas preguntas. Cual si por ser divina una enseñanza dogmática no debiese contener verdad alguna conocida, ó como si la totalidad de lo verdadero no debiese contener las parciales; échase en cara al cristianismo y esto constituye su prueba, el haber colacionado en un conjunto evidentemente sobre-

humano los fragmentos de verdad esparcidos en el seno de la circulacion general. De seguro que se le habria tachado de incompleto si no se las hubiese asimilado, pero como se las apropia, acúsaselo de plagiarlo. Y sin embargo, es cosa sabida que para levantar un edificio nuevo, no es indispensable que sean nuevos los materiales que se emplean, basta con que dispongan de una manera completamente nueva. El buen sentido jamás escatimará sus aplausos á la gloriosa empresa llevada á cabo por Jesucristo; pero tratándose de la crítica ya es distinto: la crítica es capaz de poner en tela de juicio hasta las pragmáticas del sentido común, y nada lo prueba tanto como los ataques dirigidos al origen divino de los dogmas cristianos.

Semejante oposicion, no tanto procede de la erudicion, segun afecta creerlo, como del sistema; pues establece como principio que un simbolo religioso no puede descender del cielo, por lo mismo que el Autor de la naturaleza, si alguno contiene, se contenta con asistir al juego invariable de las fuerzas ciegas ó inteligentes á que dió existencia, sin interrumpirlo jamás. Sienta despues, que las creencias son resultado de la accion lenta del tiempo y de las evoluciones humanas. Establecido este principio, nada más fa-

el á la negacion que echar mano de pretextos, en defecto de razones y fundamentos; y como dispersos y disgregados sorprende aquí y allí algunos rudimientos desnaturalizados de la revelacion primitiva, que la revelacion cristiana ha cuidado de restaurar, declara terminantemente que esta no existe, puesto que, siquiera transfigurándolo, no ha hecho más que trabajar en la mesa empleada por la primera, lo cual vale tanto como negar el acto divino de la Redencion por el mero hecho de que supone la creacion.

Los diversos lugares en que se establecieron corrientes precursoras del Evangelio son las religiones del Oriente presentadas por la Persia, las teorías espiritualistas de la Grecia, el ascetismo de las ciencias judías y cristianas, y los trabajos de la escuela erudita de Alejandria. En presencia de esas afinidades la negacion no vacila en declarar que el cristianismo debe ser un efecto natural de esas causas, no el resultado de una causa sobrenatural. No importa; demostremos á la negacion que procede empírica y no racionalmente, cuando cambia lo que se cree que debe ser en lo que *es* y que *no es* cierto que el Evangelio sea un sincretismo, formado por los diferentes elementos proporcionados: 1.º por las revelaciones de Zoroastro; 2.º por las de la

filosofía griega; 3.º por las del philonismo; 4.º por las del eclecticismo de la escuela de Alejandria.

Cumple desde luego dejar consignado que aún cuando hubiesen existido las doctrinas cristianas ántes de Jesucristo, sería un absurdo decir que él las coleccionó.

Para esto habría sido menester que hubiese adoptado las resoluciones de estudiarlas, y mas puede concebirse que se le ocurriera semejante pensamiento, siendo como era Judío sincero, y debiendo por consiguiente mirar con prevención y aún despreciar los sistemas de los pseudo-*es* y el contacto de las sociedades extranjeras? Era menester además, que despues de haber to

mado ó siquiera concebido ese pensamiento, lo hubiese llevado á cumplida ejecucion. Moisés, primer legislador del pueblo de Isreal, fué educado en el palacio de los Faraones y adquirió en ellos todos los conocimientos del Egipto; pero Jesucristo no era solo y exclusivamente un Judio en toda la extension de la palabra, sino tambien un artesano desprovisto de ciencia y sin más educacion que la que pudo adquirir en el taller de un carpintero. Era indispensable tambien que hubiese tenido la edad conveniente para llevar á cabo semejante empresa: ahora bien, ¿cómo se concibe que habiendo comenzado á dogmatizar á los treinta años y habiendo muerto á los treinta y tres, en tan breve tiempo y con tan escasa cultura hubiese sido capaz de profundizar y desmenuzar los monumentos filosóficos en los cuales, segun se sienta, fué á beber sus doctrinas? Por último, era menester tambien, que despues de haber llevado á cabo su seleccion doctrinal, hubiese trabajado incesantemente en la conservacion de su obra, y ¿puede concebirse que en tan corto período hubiese tenido espacio suficiente no solo para establecer su fundacion, sino tambien para asegurarle en lo venidero su vida inmortal? Todos estos prodigios se explican perfectamente si Jesucristo es Dios; pero

son de todo punto inexplicables considerándolo de otro modo.

Elíjase á un carpintero de treinta años, llevésele á una de nuestras mejores bibliotecas, pónganse ante sus ojos y á su disposicion todas las obras maestras de la filosofia griega y de la civilizacion romana del tiempo de Augusto, y dígamele despues: Abandona los instrumentos de tu trabajo y con esos libros funda una religion nueva que cambie por completo el mundo, y una sociedad indestructible que garantice para siempre tu revelacion. ¿No es verdad que se juzgaria un despropósito semejante proposicion? Mas supongamos que no se trata ya de un simple carpintero, sino de un magistrado, de un académico, de un profundo legislador: ¿podria emprender la obra con mayores esperanzas de feliz éxito? ¿Y un simple artesano de Nazaret, habria cometido lo que Licurgo ó César se hubiesen guardado muy bien de intentar? ¿Habria realizado la ignorancia lo que genio ha juzgado de imposible realizacion? ¿Habria la juventud llevado á cabo una obra, que sólo el imaginarla, supone la madurez más acabada? Mas entonces, ¿no comprendéis que dais á Jesucristo una estatura colosal, fantástica, y que al negarle la condicion de Dios, que repugna á vuestras creencias, lo

convertía en un sér químico y como ninguno extraordinario (1).»

Aun suponiendo que el cristianismo se hubiese hallado en germen en las fuentes que se le señalan, Jesucristo habría carecido de fuerzas para hacerlo brotar: júzguese pues si no sube mil veces de punto la dificultad, tratándose de sacar de un fondo determinado, una cosa que no existe en dicho fondo.

Ni existía tampoco en los libros atribuidos á Zoroastro. Hé ahí cuales serían los *origenes del cristianismo* segun los últimos descubrimientos realizados por la ciencia. «El Zend-Avesta contiene toda la doctrina metafísica de los cristianos. La unidad de Dios, del Dios vivo, y el Espíritu; el Verbo, el Mediador, el Hijo enjendrado por el Padre. Principio de vida para el cuerpo, y de santificación para el alma. Encierra la teoría, de la caída y la de la redención por la gracia, la coexistencia inicial del Espíritu infinito con Dios, un embrión de la teoría de las encarnaciones, la doctrina de la fé, la de los ángeles buenos y malos, conocidos bajo el nombre de *Amschaspands* y *Darvands*, la de la desobe-

(1) Montador Plantius. Conferencia tercera.

diencia al Verbo divino presenta en nosotros, y de la necesidad de salvacion. Por último, la religión del *Avesta* excluye todo sacrificio sanguiento. Al pasar á los Isrealitas debia suprimir la inmolacion del Cordero Pascual reemplazado por una victima ideal, y esto es lo que efectivamente se realizó, en primer lugar entre los esenianos y los terapeutas, y más tarde entre los cristianos (1).»

Ocurre ahora preguntar: ¿De qué manera pasaron esos dogmas desde la Persia al Evangelio y posteriormente al mundo? Y á esto se contesta: En tiempo de la cautividad de Babilonia, la religión de Zoroastro dió lugar á que naciera entre los judfos una secta secreta, cuya doctrina transmitida por la tradicion oral se perpetuó pasando de los asenianos de Palestina, á los terapeutas de Egipto, de los Setenta al judfo Philon que enseñaba el griego en Alejandria, y en fin, de esto á Jesus, que sirvió de iniciador á algunos apóstoles. Lo demás es cosa sabida.

¿Qué descubrimiento más prodigioso sino fuera pura invencion! Por supuesto que no hay para qué poner en tela de juicio la rectitud y honradez de los Bunsen en sus especulaciones relati-

(1) Erasmus Bunsen. *Origenes del cristianismo*.

vas al pro y al contra de la religion, así como tampoco su sentimiento religioso; ¡mas á qué desviaciones está sujeto un carácter más original que verdadero, que anda en pos de novedades sorprendentes!

Para desvanecer tales asertos, empezamos por preguntar: ¿A qué edad histórica ó mitológica ha pertenecido Zoroastro? ¿Qué participacion ha tenido en la redaccion de los libros que se le atribuyen? ¿No fué él quien tomó de las razas semíticas cerca de las cuales vivia? Y nada digamos de los dogmas iranianos cosa que hemos demostrado ocupándonos del boudhismo, en los cuales las creencias hebraicas que se encuentran, proceden de haberlas llevado á ellos las emigraciones judías, no de que fueran á buscarlas entre estos. La autoridad que alcanzó Daniel entre los magos bajo los reinados de Dario el Medo y de Cyrus, ¿no constituye una nueva prueba de que hasta en su destierro, el pueblo de Israael en materia de religion, más bien que dominado fue dominador? A más de que ¿no le estaba impuesta esa influencia como una especie de mision que debía llenar en virtud de estas palabras sagradas: «Dios os ha desperado por entre los pueblos que le desconocen, para que refraís sus maravillas y les enseñéis que no existe más

«Dios Omnipotente que él (1)» ¿Esto sentado, ¿puede M. Bunsen afirmar que los gérmenes cristianos del Avesta en lugar de ser la causa de nuestra revelacion, no son sino efecto de ella? Si son efectivamente el efecto de la revelacion primitiva, conservada allí mejor que en otros lugares, por el contacto de la tradicion judía; y si ciertos sabios deducen consecuencias contrarias á la verdad lógica, proviene de considerar las cosas al revés de la verdad histórica.

¿Se quiere ver, por medio de ejemplos irrecusables, de qué manera el mazdeismo ha tomado de nosotros, siendo así que se ha supuesto que nosotros hemos plagiado de él? «Es cosa verdaderamente digna de llamar la atencion, segun M. Spiegel, la analogia existente entre un manuscrito persa y un manuscrito hebreo ó arameo de la Biblia, en cuanto se refiere al arte del copista: la misma forma, idéntica disposicion en las paginas; la misma manera de escribir y entremezclar el texto, la version, las notas; el mismo procedimiento en el anunciado de las divisiones, de las inscripciones. Hasta las palabras técnicas de su arte ha recibido el librero persa

(1) Tob. XIII, 4.
TOMO I.

de su maestro sirio y de la lengua de Mesopotamia. Ya se comprende que no es de suponer que à lo dicho se limitara, es decir, à la forma exterior de los libros y à su lado puramente material, lo tomado por los persas á otros pueblos. Tanto es así, que en comprobacion de lo dicho podemos citar algunas de sus obras; el *Ardai-Viraf-Namé*, que no es más que un arreglo, para uso de los Parses (Guebros), de un escrito apócrifo, del siglo tercero, conocido bajo el nombre de *Ascension de Isaias*; el *Bahman-gascht*, es una imitación perfecta del libro de Daniel y de su vision de los cuatro imperios; el *Mino-Khired*, obra de muy reciente composicion, pone de manifiesto más de un plagio del propio género. En este, continúa diciendo M. Spiégel, encontraremos por vez primera en los monumentos del mazdeísmo la sabiduría subsistente y personal (1).

¡De esta suerte es como se procede en el país de Zoroastro para convertir los escritos nuevos en autoridades de antigüedad inmemorial, y así es como los críticos lijeros refieren à los tiempos de la cautividad de los judíos en Babilonia obras

(1) El *Ris. Lo Hirí* De los orígenes del cristianismo.

compuestas mil ó mil quinientos años después! ¿No obstante, cuáles son los lectores de nuestras sabias revistas que están en guardia respecto de tales añagazas!

Consideremos sin embargo desde el punto de vista doctrinal, esa objecion desautorizada en el punto y hora en que se la ha sometido al juicio de la historia. Ciertó que el *Avesta* profesa la creencia en un Dios preeminente, y creador del cielo y de la tierra; pero este Dios no es un creador de *utilis* y su preeminencia lo es sólo de nombre, toda vez que sólo ejerce dominio sobre la mitad del universo, teniendo en Ahiriman un rival con el cual debe contar, principio no ménos eterno que el y fuente y origen de todo mal moral y físico.

Ciertó que los iranianos conceden à su Dios ciertas denominaciones bíblicas; pero la Biblia es monoteísta y el *Avesta* no lo es, ya que en ella el sol, la luna, el fuego, el agua, Syrio, celes, el conductor de los astros, las horas y las estaciones, se hallan colocadas en el número de las divinidades.

Ciertó que el mazdeísmo refleja allá y acullá ciertos resplandores del mosaísmo; más aún así, qué diferencia entre el Egipcio arrodillado delante de un buey, un gato, un cocodrilo y una

cebolla de su huerta, y el hijo de la Persia para el cual no existe obra más meritoria que el exterminio de las culebras, los galápagos, las hormigas, los lagartos y otras criaturas de Ahri-man.

Cierto que el culto persa tomó algunas palabras del lenguaje de nuestros autores sagrados; pero por más que hizo jamás pudo penetrar el espíritu de tales palabras: por esto á sus ojos era el incesto cosa no sólo licita, sino también recomendable; en cambio alentar sobre el fuego y hacer al mismo una ofrenda sin cubrirse lo boca, matar ó simplemente herir á un perro, constituían verdaderos crímenes para los cuales no habia remision, y no obstante eran castigados con pena de muerte.

Cierto que se encuentran en el *Avesta* algunas ideas elevadas relativamente á la pureza de los elementos, mas ¡qué juicio debe formarse de una pureza que consiste en entregar el cadáver de los padres á los animales para que lo devoren, á fin de evitar que se inficionen el agua, la tierra y el fuego; y en creerse purificado merced á la asquerosa y repugnante ablucion de oxines de buey!

Añádase á la deificación de los elementos, la apoteosis de los astros, la del sol en particular,

casi identificado con Ormuzd; la de la luna unas veces invocada como llea, otras como nueva; la de Cyrio, el dios de las irrigaciones, que alternativamente y á su voluntad toma la forma de un caballo lanzado á velocísima carrera, ó la de un robusto toro; ó la de un jóven en la flor de la adolescencia. Añádase al culto de los astros la adoracion de las almas; la existencia de los Ferouers ó génius tutelares destinados á la salvaguardia de los hombres, de las estrellas, de los mismos dioses; póngase la atencion en el hecho de que así como todo hombre es dios por su Ferouer, toda divinidad tiene algo del hombre por su corporalidad, hasta el punto de que ni el mismo Ormuzd escapa á esa ley general que no admite un sólo espíritu puro; su único privilegio consiste en estar dotado del más excelente de todos los cuerpos. Recuerdese por último que Ormuzd tiene muchas esposas, muchos hijos ó hijas, ocupando el primer lugar entre aquellos el fuego, y contándose entre las segundas la tierra y el agua, y si en esta monstruosa mescolanza de cielo y de tierra, de espiritual y de corporal, de divino y de humano, no se reconoce el embrión de la teología cristiana, atribúyase á falta de iniciacion en los misterios del *Zend-Avesta*.

¿Y esas informes tramas de un monoteísmo ahogado desde el más confuso amontonamiento de ideas politeístas, dualistas, panteístas, habría dado origen á la noción tan limpia y precisa de la unidad divina enseñada en nuestros Evangelios? ¿Y Jesús que tenía dicha noción á su alcance en una tradición hebrea, constante y explícita, respecto del particular, habría ido á buscar en Zoroastro, que en último resultado no la poseía, por un camino oculto que nadie ha podido descubrir? ¿Y de ese caos de disparatadas supersticiones habría brotado en virtud de la palabra de un compilador, la bellísima armonía de nuestros misterios? La simple proposición de tales cuestiones atendida su extravagancia constituye una contestación satisfactoria.

No se pretenda salirnos al paso con «El Espíritu, el Verbo, el Mediador, el Hijo enjendra- do por el Padre» y otras palabras artificiosamente combinadas con el propósito de acreditar la idea de una trinidad anterior á la nuestra y tipo de la nuestra, porque en tal caso diremos desde luego que esas triadas se encuentran en todas partes y que lo único que prueban es que la Trinidad cristiana ha sido universal y vagamente presentida; pero que solo ha podido ser revelada por el Evangelio, por la sencilla razón

de que era indispensable una luz divina para conducir al espíritu humano de ese presentimiento á esta revelación. Diremos también que las palabras Hijo, Espíritu y Mediador con las cuales pretende crearse un fantasma, no se encuentran, según sienta el doctor Spiegel en los antiguos libros iranianos, pues los textos vagos y los escasos fragmentos que al parecer aluden á los mismos, llevan el sello que les hace sospechosos de interpolación. Diremos en fin que Mithra ó el mediador mezdeano solo ofrece una engañosa analogía con nuestro dogma correspondiente. En cuanto al espíritu de Ormuzd debe tenerse en cuenta que contiene tres substancias en una persona, en lugar de ser una substancia única en tres personas. A más de que, ¿qué necesidad hay de acudir á las fuentes zoroásticas, para explicar el modo como semejante noción ha pasado al símbolo cristiano?

¿Por ventura no se repetía incessantemente este nombre en las paráfrasis caldeas ó *Thargums* leídas públicamente en el seno de las sinagogas? ¿No era una expresión usual la que empleaba San Juan Bautista al afirmar que había visto al Espíritu Santo descansando sobre la cabeza de Nuestro Señor? ¿No nos ofrece Moisés desde el principio al Espíritu de Dios flotando sobre

de las aguas, y al Creador fecundando el caos por su Verbo ó su palabra? ¿No ha exclamado Isaias «El Espíritu de Dios está sobre mí,» y adelantando más no llega á enumerar los siete dones del Espíritu Santo? En suma, esas palabras teológicas que se encuentran á cada paso en el Antiguo Testamento, es decir, en unos Libros, con frecuencia más antiguos que el *Avesta* y á los cuales de seguro acudió repetidas veces el *Avesta*, ¿por qué razón debía Jesús ir las á buscar lejos teniéndolas cerca, y á qué achacarlas á una iniciación persa, cuando eran fruto por demás espontáneo de la educación hebrea?

De la teoría de las encarnaciones mazdeanas tales como las de Vischnou en la Italia, y las de Osiris en el Egipto, sólo debemos decir que más bien que el gérmen, constituirían la parodia del misterio de Belem, si no expresaran el sentimiento natural por cuyo medio quería Dios hacer de nosotros el asiento granítico de las creencias sobrenaturales que estábamos destinados á ateorar.

Finalmente, la idea de la redención de tal suerte se desprendía de los anuncios proféticos, de las tradiciones judaicas y paganas, de la esperanza universal, del dogma mesiánico, que domina en toda la antigua Alianza, que es impres-

cindible preguntarse si es audacia ó ingenuidad lo que debe verse en el afán de sostener, como hacen algunos, que semejante evidencia histórica procedió por enseñanza secreta desde Zoroastro hasta Jesucristo.

Conclusion victoriosa que con la substancia de esta refutación, tomamos del eminente sábio Rdo. Le Hir: Si nuestros dogmas en su vasta síntesis, no fuesen más que un pléjio hecho á la Persia, ¿cómo se explica que la Persia no los reconociera y aun admitiera en cuanto fueron á predicarlos los Apóstoles? ¿Por qué convirtió en mártires á los que iban á propagar aquello mismo que ella enseñara? ¿Y cuando en el siglo tercero, bajo el gobierno de los Sassanides, tomó nuevo vuelo la religión de Zoroastro, por qué no acogieron esos príncipes como hermanos á los cristianos, en lugar de convertirse en los más ardientes perseguidores, los que más celo mostraban por su culto? ¿Puede presumirse que Sapor II, por ejemplo, durante su largo reinado de sesenta y seis años, inmoló innumerables discípulos de Cristo, por la sencilla razón de divulgar una doctrina secreta de la Persia, y no por que existiese antegñismo entre la religión del *Avesta* y la del Evangelio? Todo esto es tan claro que no necesita demostración.

De manera que en tanto la escuela de Tubinga, Strauss y otros muchos por medio de sus arreglos de los Evangelios procuraban retrasar la formación del dogma cristiano á una época posterior á Jesucristo, M. Bunsen pretende que fué muy anterior al advenimiento de nuestro Redentor. El cristianismo se ofrecia no hace mucho como el fruto más exquisito del semitismo, hoy se pretende que sea el producto directo del aryaismo, y la persona de Jesucristo en la cual reconoce por lo ménos M. de Bunsen al Verbo encarnado de Dios, desaparece por completo en las conclusiones que resultan de su libro. Hé ahí á lo que ciertos doctores de revista llaman «los hechos más generalmente reconocidos y los datos más positivos de la ciencia moderna (1).» Tanto peor para esta, si es capaz de crear lo que asegura respecto del particular, y mucho peor aún si es que no lo cree.

II.

Después del mazdeismo, la filosofía griega ha sido considerada como el segundo crisol en el cual se elaboró nuestro dogma revelado. Considerada esta filosofía desde el punto de vista especulativo, resúmese perfectamente en el platonismo. El valor intrínseco de este sistema, el soplo de espiritualismo que lo anima, la estimación que inspiraba á los Padres de la Iglesia, el uso frecuente que han hecho del mismo en sus apologías, son otras tantas causas que han contribuido á que se le considerara de no poca importancia su sus relaciones con el Evangelio. Platon llegó á ser considerado por algunos como un lejano precursor de Jesucristo, no falta quien le haya llamado su maestro, y en tanto que la conformidad de su doctrina con el dogma cristiano era motivo suficiente para que dedujera la ra-

(1) Revista de ambos mundos 1.º, Diciembre 1855.

zon una revelacion anterior más ó ménos confusamente difundida en los pensamientos del mundo, el racionalismo solo ve relaciones de causalidad entre esta doctrina y la doctrina cristiana. ¿Qué debemos pensar de esto? Quo en nada han divagado tanto nuestros adversarios.

Aun cuando los Padres hayan puesto de relieve el lado verdadero del platonismo como un testimonio de la razon en favor de nuestro dogma, ¿debe de ello deducirse que este se haya enriquecido á costa del platonismo? Esto no puede admitirse ni para las creencias naturales ni para las verdades sobrenaturales de nuestro símbolo.

Las verdades naturales que se hallan en Platon no le pertenecen como cosa propia, sino que son patrimonio comun de las inteligencias, y rayos de luz difundidos por la religion universal, que el platonismo ha sabido agrupar con verdadero génio. Cierito que Platon es espiritualista; mas el espiritualismo no es esencial ni exclusiva-mente platónico. Por lo demás, no es difícil observar cuánto palidece el espiritualismo platónico lleno de sombras y contradicciones, sometido al esplendor del espiritualismo cristiano. Para depurar el platonismo y asimilarse los fragmentos de verdad que en él se encuentran, sin adoptar ni uno siquiera de sus errores, era indispen-

sable hallarse en posesion de la verdad. Pues bien, esto lo ha hecho el cristianismo, y lo ha hecho sin ocuparse poco ni mucho de Platon y no es extraño; ¿para que necesitaba de semejante predecesor para conocer la existencia y la unidad de Dios, la distincion del alma y del cuerpo, la vida futura, los principios de la moral natural? ¿Por ventura no pertenecen todas esas verdades á la religion primitiva del género humano? ¿Acaso no se conservaron puras ó inalterables entre el pueblo judío? ¿Es que el platonismo, desde este punto de vista, no está por debajo del Antiguo Testamento? Dígame pues que Platon mediante su vasta lectura ó por medio de los viajes se inspiró en nuestros Libros sagrados, y estará más puesto en razon que sostener que estos procedan de los suyos. Se necesita más valor del que á primera vista puede presumirse, para declarar al Evangelio simple eflorescencia de una filosofia griega; para no reconocer en él una revelacion divina.

Desde el punto de vista de las ideas sobrenaturales, ¿qué hay de comun entre el platonismo y el símbolo cristiano? Ni siquiera la menor analogía capaz de justificar la solidaridad que se establece. ¿Puede admitirse como cierto que el Verbo de la Trinidad católica estuviese ya bog-

quejado en el *logos* de la filosofía griega? No, porque el *logos* de Platon era en Dios la facultad de concebir, y en manera alguna una persona viva. ¿Puede admitirse que nuestro Verbo se halle en ese tipo primordial, en esa idea reguladora sobre la cual, según enseña el discípulo de Sócrates ha delineado Dios el mundo? No, porque dicho tipo es exterior á la divinidad, como la verdad objetiva está fuera del espíritu que la concibe, en tanto que el Verbo es uno con el Padre; no, finalmente, porque el tipo de Platon no se halla engendrado por el Dios que le copia, en tanto que nuestro Verbo procede del Padre como el rayo de su foco, sin separarse jamás el uno del otro. De manera que por un lado tenemos una persona completa, divina, coexistente en la unidad de substancia con otras dos personas en todo iguales á ella misma y entre sí, es decir, el Verbo de la fé católica; en tanto que por el otro nos encontramos con un no sé qué indefinible, externo en Dios, distinto de Dios, que es, cuando más, atributo de Dios, pero sin personalidad divina: tal es el Verbo de la fé platónica. Para confundirlos, es preciso no conocerlos.

Y habiendo de tal manera caracterizado al Verbo el autor del *Timeo*, ¡ha caracterizado me-

por los ramos del Espíritu Santo? Hay más aún: ¡ha hablado siquiera de él? Algunos han creído reconocerlo en esa alma inmensa por cuyo medio anima al mundo el poético metafísico; mas esa alma inmensa no es más que una partícula de Dios, se compone de materia y de espíritu, y se halla, por último, como aprisionada en la masa inconmensurable á que comunica movimiento, del mismo modo que una inteligencia en sus órganos. Ahora bien: ¿qué relación existe entre esa concepción fantástica y el amor substancial del Padre y del Hijo, igual al uno y al otro, espíritu puro como ellos, y que subsiste independientemente del universo á pesar de que preside á sus destinos? En verdad que si existe entre las dos ideas vínculo alguno genealógico, puede decirse que Platon ha desfigurado una tradición de Israel, y no que una tan sublime creencia haya podido nacer de los sueños de Platon.

Y sentado esto, Platon y Jesucristo, tan divergentes respecto de la Trinidad, ¿se acordarían mejor en cuanto se refiere á la creación? Vamos á verlo. Jesucristo enseña la fecundación de la nada: Platon la eternidad de la materia, de suerte que el Dios á quien llama Padre de la naturaleza y supremo arquitecto, no es más que un artesano vulgar, que procede como el alfare-

ro cuando da forma al barro de que no puede llamarse autor (1). ¿Se asemejan más en lo que se refiere à la santificación? Platon, esencialmente fantástico y especulativo, se complace en su pensamiento en favor de la misma, habiéndosele con justo título comparado à un hombre inclinado sobre su inteligencia cual si fuera un manso arroyuelo, y que se deleita contemplando el curso de las aguas, sin preocuparse del término donde van à parar: Jesucristo, por el contrario, es un reformador esencialmente práctico, que subordina toda su revelación y sus influencias todas à la perfección del linaje humano. Finalmente, Platon no poseía las ideas que se le han atribuido, y su filosofía no se encaminaba à la salvación, tal cual la entiende el sentido cristiano. Cierto que pretendía restaurar el orden moral y levantar la humanidad de en medio de las ruinas en que yacía; pero los medios que emplea no pueden conducirla al término que se propone. Ve la corrupción del hombre; pero no conoce las causas ni los remedios; ignora que el desorden que distingue en la sociedad, tiene su origen en la ruptura del vínculo

(1) Bossuet.

lo sobrenatural que une el hombre à Dios: ignora, sobre todo, que la salvación de la humanidad depende de que se restablezca dicho vínculo. Por lo demás no se encuentra en su filosofía la huella más insignificante de una percepción, siquiera oscura y confusa, del principio de la redención (1).

En resumen: el bien, la razón ó el Verbo y el alma, constituyen los tres términos de la triada platónica, y por lo tanto ha sido menester una gran dosis de buena voluntad en los primeros comentaristas del Evangelio, para ver en esos informes rudimentos la confirmación del dogma trinitario. Acaso los Padres de la Iglesia han contemplado à Platon al través de los prismas de la imaginación oriental, prestándole algunas de sus ideas para aprovecharse de su autoridad en utilidad del cristianismo. ¿Cuál sería hoy su sorpresa si vieran que al presente se tergiversan sus pruebas, haciendo proceder el cristianismo de semejante autoridad!

Y de la misma manera que no puede concederse al platonismo el honor de nuestros dog-

(1) Breker. *El sistema de Platon en sus relaciones con el dogma cristiano.*

mas sagrados, tampoco debe atribuirse al estoicismo el origen de la moral cristiana. No hay para qué insistamos mucho respecto del particular; basta con que nos dirijamos á la memoria del lector.

Los estoicos ejercieron durante breve periodo un verdadero imperio sobre la opinion, gracias á su elevacion moral, y Pompeyo vencedor de Mitridates, inclinó las haces de la república ante la morada del filósofo Posidonio; pero Posidonio y toda su escuela debian humillarse completamente ante la cruz de Jesucristo.

¿En qué se asemejan, si nó la moral del Calvario y la del Pórtico? Esta sólo busca una grandeza con más frecuencia contraria que superior á la naturaleza, en este mundo; aquella no se propone más que la pureza de la conciencia en la tierra, y la conquista de un mundo mejor en lo porvenir. Esta sólo se inspira de una razon seca y es un frio amor de sí mismo; aquella juzga el móvil de sus sacrificios en el amor de Dios y del prójimo. Esta sostiene que la felicidad no puede figurar entre los bienes presentes; aquella la hace consistir en estar desprovisto de dichos bienes, y en elevar el alma humana á la contemplacion de los goces celestiales. *Bienaventurados los pobres! Bienaventurados los que lloran! A-*

quella es humilde y Christo negaba á los dioses el derecho de tenerse en más que él; es casta, y el cinismo de Zenon excede á veces al de Diógenes; está resignada con la modestia, y el *justum ac tenacem propositi virum* de la escuela estoica no es más que una baladronada de firmeza; por último, creó la fraternidad, y si el estoicismo hace burla de la venganza, es porque á ella sustituye el desprecio, pues considera el amor del propio modo que el ódio, como una debilidad y tiende á aislar al corazon humano, colocándolo en medio de un desierto espantoso é inaccesible.

Cristianismo y estoicismo carecen pues completamente de vínculos de filiacion y en el supuesto que esta filiacion exista es más bien del segundo al primero, pues por lo que á la moral pública se refiere, el cristianismo comunicó su influencia purificadora al mismo estoicismo. Séneca, Epicteto, alcanzaron proporciones desconocidas á sus predecesores, apoderándose de la substancia evangélica en provecho de su doctrina, y cuando se compara el estoicismo posterior á Jesucristo con el que le precedió, se ven las ventajas que tiene el segundo sobre el primero y no puede ménos que exclamarse: no es Jesucristo quien se ha hecho un pedestal de la sabiduría de Zenon, sino Zenon, cuyo corazon de

acero, à imperturbable impassibilidad, se ablandaron y conmovieron merced à la irresistible influencia de Jesucristo.



Y pues no han inspirado la doctrina de Jesus ni Zoroastro, ni Platon, ni Zenon, ¿encontraremos la esencia de la misma en las sectas judías ó cristianas? No falta quien lo ha dicho; porque ello es que todo se ha dicho en contra de la verdad, y en virtud de esta teoría, Philon, nacido en el seno del judaismo, habria sido el iniciador de Jesus. Ya hemos visto à M. de Bunsen representando à dicho judío helenizante, como el simple intérprete de una cábala zoroástrica; al presente lo vemos trocado en corifeo de una preparación evangélica. Hoce poco era el canal, ahora es el origen del espíritu moderno.

Philon pertenecía à una categoría de judaizantes theosofos que procuraban ensalzar el mosaismo en el aprecio de los paganos, enlazándolo con la ciencia de la Grecia y del Oriente. Acontecia esto en la época de transacciones filosóficas y religiosas. Los judíos entraron en este camino gracias à la influencia de la civilizaciou romana, sacrificando en ocasiones hasta los principios de su ortodoxia tradicional. Este espíritu de concesion, poco sensible en Jurasalen, desarrollóse principalmente en las regiones distantes del centro, y particularmente en las colonias judías de Alejandria y de Babilonia. En este teatro fué donde floreció Philon, doctor fariseo, en los tiempos inmediatos à la venida de Jesucristo, merced à una doctrina que más bien que la conciliacion del Antiguo Testamento con la filosofia griega, era la propagacion de esta bajo las formas bíblicas. Ahora bien, ¿hay siquiera sombra de verosimilitud en el sistema que hace de Jesus el plagiarlo de semejante predecesor?

Una ligera comparacion de ambas enseñanzas basta para demostrar lo infundado de semejante aserto. «Lo que recomienda los escritos de Philon à la atencion de la crítica, no estriba en manera alguna en la originalidad de sus concepciones filosóficas, en las cuales se ven predominar

alternativamente los dogmas revelados del Antiguo Testamento, las teorías del espíritu griego y las especulaciones orientales. Su filosofía es un sincretismo en la más estricta acepción de la palabra, pues toma de Pitágoras, de Platón, de Zenón y de Aristóteles. Discipulo de tan distintos maestros mezcla en ocasiones sus doctrinas, sin que al parecer se perciba de los diferentes puntos de vista de donde proceden. Ni alcanza mejor resultado cuando pretende fundir esos diversos elementos con las concepciones de origen oriental. Dualista unas veces con Platón y Aristóteles; partidario otras de un solo principio, cuyas consecuencias son todas resultado de la evolución; acercándose en ocasiones al dogma bíblico de la creación, han sido vanos cuantos esfuerzos se han hecho para coordinar sistemáticamente las opiniones aisladas, y las afirmaciones contradictorias diseminadas en sus obras. Su preocupación constante consiste en rehabilitar el judaísmo á los ojos de los filósofos paganos, por medio de un sistema de arreglos que le permite hallar sus doctrinas en los libros de Moisés y de los profetas; pero, como fácilmente puede comprenderse, no le es posible, en la mayor parte de las ocasiones, alcanzar semejante resultado, como no sea violentando la le-

tra de la Escritura, y desnaturalizando completamente su espíritu (1).

Esto sentado y con las piezas del proceso en la mano preguntamos: ¿Qué es lo que se encuentra en el Evangelio de Philonismo? Podrá decirse, por ejemplo, que el método del doctor alexandrino ha dejado impresa algunas de sus huellas en el de San Justino y de los primeros Padres; podrá decirse que algunas de sus apreciaciones respecto de las theofanías ó manifestaciones divinas del Antiguo Testamento, atribuidas á la persona del Hijo, han alcanzado, mediante ciertos retoques, determinado favor en nuestras primeras exposiciones apologeticas; mas poniendo en contacto el philonismo y el cristianismo, solo se distinguen diferencias, sino es que se hallan verdaderas oposiciones.

Su verbo dista más del verdadero que el de Platón, y sin embargo el doctor Alexandrino, se hallaba en mejores condiciones para conocerlo que el filósofo griego; porque en su tiempo habianse escrito ya los libros proto-canónicos, en los cuales se insinuaba la personalidad del Ver-

(1) El R. Ia. Thomas, Orígenes de cristianismo.

bo ó de la Sabiduría, indicaciones que, vagas y obscuras en un principio, toman un carácter más determinado en el libro de los Proverbios, y se hacen mucho más explícitas en los libros dentero-canónicos, compuestos con posterioridad al regreso del cautiverio. Nada tiene pues de extraño que siendo judío y procediendo de una familia sacerdotal, haya conocido Philon esos antecedentes del dogma cristológico; mas lo que sí sorprende es que habiendo podido beber en una fuente tan pura, se haya complacido en corromper sus aguas.

Y la verdad es que las ha corrompido hasta el punto de que bajo su pluma la Trinidad se convierte en una *cuaternidad*. Esos cuatro principios de las cosas son: el Dios supremo, la razón, la potencia creadora y el poder director: y como en este sistema la materia se considera necesaria y eterna, no habría conveiente en considerarla como quinto principio. Estas causas primordiales y activas de la *cuaternidad* filoniana, ¿son hipostasis? Como el génio metafórico del autor todo lo personifica, es difícil saberlo. Sin embargo, parece cosa averiguada que la razón, la potencia creadora y el poder director, constituyen á sus ojos simples aspectos de la divinidad sin que tengan realidad alguna hipostá-

tica. Su *logos* no es en manera alguna un yo divino, sino una fuerza inconsciente ó impersonal. Desvanecida la atención por la fraseología llena de imágenes del autor, podría presumirse lo contrario; mas cuando á aquellase o pone la reflexión, se ve perfectamente que su verbo es el pensamiento divino, en tanto contiene las formas arquetípos de los seres creados; pero en manera alguna una persona.

¿Es posible reconocer bajo estos rasgos, preguntamos ahora, el Verbo eterno del cristianismo? Nadie que de sensato y formal se precie, podrá persuadirse jamás de que las incoherentes divagaciones del Judío Alejandro hayan inspirado el prólogo del cuarto Evangelio. El Verbo de S. Juan no es un sér creado, ni la personificación alegórica de los atributos divinos; es igual al Padre y consubstancial con él mismo. Lo mismo ántes que despues de la encarnación posee los caracteres de la personalidad. Es creador segun la verdadera acepción de la palabra; ha redimido al pecador por medio de su sangre preciosísima. Esta doctrina de la redención por el sacrificio expiatorio, es completamente estraña á Philon. Su teoría del *logos* completamente impregnada de panteísmo y de dualismo, mina por su base al dogma cristiano. Que San Juan

haya tenido presente, como presumen hábil es críticos, la teoría philoniana, con el objeto de rectificarla ó combatirla, es cosa tanto más verosímil en cuanto su objeto consistía en mantener la pureza é integridad del dogma cristológico, contra los errores dominantes en su tiempo (1).

No bastan pues algunos vislumbres y detalles de verdad en un sistema religioso para mirarle como la causa generatriz de la verdadera religión. La verdad completa, contiene necesariamente los fragmentos, y cuando en el philonismo se saluda la fuente del cristianismo, porque posee algunos elementos, no se hace más que imitar al insensato que imaginara á todos los artistas iguales á Rafael porque todos han empleado en sus cuadros el rojo y el azul y á Lulli émulo de Mozart, porque los dos han empleado en sus composiciones las notas de la gamma.

¿Sería acaso el cristianismo producto de las varias sectas que brotaron en su propio seno, el petrinismo y el paulinismo por ejemplo, y que más tarde se aproximaron y fundieron, merced á la poderosa síntesis de San Juan? Algo de es-

(1) El R. P. Thomas, *Origenes del cristianismo*.

to se ha supuesto; mas las imaginaciones se desvanecen en exposiciones aventuradas que jamás llegan á probarse. Tal fué la suerte de esta.

En virtud de este descubrimiento, llevado á cabo por la escuela de Tabinga estarían en mútua oposicion los Evangelios de San Mateo y San Lucas. El primero reflejaría la tendencia atrasada y exclusiva de los judío-cristianos, y abundarían en él las preocupaciones rabínicas. Los propósitos del autor se limitarían á combatir las doctrinas de San Pablo, y á hacer la apología de las de San Pedro cuyas prerogativas ensalzaba. En una palabra, semejante escrito vendría á ser algo como el manifiesto de un partido político, que bajo el nombre de petrinismo designaría su particularismo estrecho. Por su parte S. Lucas expresaría la tendencia liberal de los gentiles convertidos que tenían como jefe á S. Pablo. Su redacción tendría por objeto socavar por su base la influencia de S. Pedro sosteniendo al partido pauliano. De manera que según esta teoría dichos Evangelios serían la prueba y la expresión de dos corrientes opuestas en el seno del cristianismo primitivo, corrientes ó tendencias que representarían una el formalismo judío, la otra el elemento pagano. En cuanto á S. Marcos, posterior á los que acabamos de nom-

brar, habría trabajado en establecer el acuerdo entre ambos antagonismos, guardando por su parte completa neutralidad; y S. Juan, el último de los Evangelistas, habría llevado á cabo la fusión estableciendo la verdadera unidad cristiana.

De todo esto debemos decir, tantos asertos como hechos contrarios á la verdad; más la hipótesis no está del todo mal combinada, puesto que existen algunos hechos que le comunican cierto color de verosimilitud. No había menester más la escuela de Tubinga para intentar el ensayo de una nueva paradoja.

Cierto que los judíos convertidos perdonaron difícilmente á S. Pablo el negar la necesidad de observar los preceptos legales para alcanzar la salvación, y que por su parte el gran Apóstol les combatió con energía; pero en el concilio de Jerusalén cesaron tales divergencias: todos los Apóstoles estuvieron unánimes en declarar la inutilidad de la circuncisión y de las demás prácticas judaicas, y por medio de una carta colectiva pusieron su unánime decisión en conocimiento de los nuevos conversos de Syria, Cilicia y Antioquia. Este incidente terminado caí en el momento mismo en que acababa de suscitarse, es el único fundamento de verdad existente en la

teoría en cuestión. Todo lo demás no es otra cosa que una novela exegética.

Es falso que á partir de este instante haya existido entre los Apóstoles la más pequeña divergencia; es falso que S. Mateo sea único en establecer la preeminencia de S. Pedro sobre el Colegio apostólico (1); es falso que S. Mateo limite al pueblo judío la misión del Mesías; es falso que los textos aducidos en apoyo de esta opinión tengan la menor autoridad respecto de los que sostienen lo contrario; es falso en fin que S. Mateo sostenga la observancia obligatoria de la ley ceremonial, y que haya escrito para defender el sistrma de los judaizantes.

En segundo lugar es falso que el Evangelio de S. Lucas, siquiera redactado por un discípulo de S. Pablo, sea la expresión de un espíritu particular impropriamente llamado el paulinismo; es falso que deduciendo el destino universal de la Ley nueva, haya tenido la intención más insignificante de empeñar y sostener polémica contra S. Pedro, puesto que este había tenido la visión

(1) Véase S. Marcos, 8 15, 8-20, 9-9, 10-33, 14-33, S. Lucas, 6-14, 8 46, 9-20 y 28; S. Juan, 1-43, 6-65, 13-5 y sigs. 36 y sigs.

de los animales puros é impuros y secundaba el apostolado de los gentiles.

En tercer lugar, es falso que S. Márcos se propusiera colocarse en una situación neutral entre S. Mateo y S. Lucas, según lo comprueban las dos siguientes razones: primera, que según la historia S. Márcos escribió antes que S. Lucas; segunda, que no habiendo existido divergencia alguna entre S. Pedro y S. Pablo, no había para qué empeñarse en establecer un acuerdo.

Por último: es falso que S. Juan escribiera su narracion con un propósito irénico, es decir para llevar á cabo la pretendida fusion intentada por S. Márcos. Todo el mundo sabe que su principal propósito consistió en trazar un cuadro real, preciso, pero cronológico de la vida del Salvador y confundir á los discípulos de S. Juan Bautista que habian formado una secta destinada á alcanzar larga vida, y además refutar á los gnósticos y á los docetas.

Por consiguiente lo que se llama el petrinismo de S. Mateo y el paulinismo de S. Lucas, la pretendida oposicion de ambos Evangelistas, presentada como la expresion de dos escuelas rivales que desgarraron el seno del cristianismo primitivo, y por último, el propósito de S. Márcos de poner de acuerdo ambas escuelas, intento

llevado á cabo por S. Juan, no es más que una imaginacion, un sueño, una fantasia, concebida por las nebulosas inteligencias de algunos exegetas alemanes (1).

La conclusion que inmediatamente se desprende de esto, es: que el cristianismo es la obra de la revelacion de Cristo, y no la de un trabajo póstumo llevado á cabo por sus discípulos.

IV.

¿Han influido más poderosamente en la formacion del dogma cristiano los esfuerzos del eclecticismo alejandrino?

Fundada la escuela de Alejandria por Ammonio Sacacas á fines del siglo segundo, tuvo sucesivamente por gefes á Plotino, Porfirio, Jamblico

(1) Para las pruebas consúltese el Edo. Vilmsin: *Estudio crítico* de los Evangelios.

so y Proclo. Lejos de ser la provisorio y el auxiliar del cristianismo naciente, fué más bien su rival. Un día el paganismo, reducido al último extremo por los progresos evangélicos, llamó en su auxilio todas las religiones y todos los sistemas procedentes de su principio, con el objeto de construir un conjunto por cuyo medio pudiera resistir durante algun tiempo la invasion que amagaba anonadarle. Esa amalgama recibió el nombre de neoplatonismo. Ecléctico en su método, el neoplatonismo no creaba doctrinas, las elegía, convencido de que la oposicion existente entre las mismas, es sólo aparente y de que existe variedad, pero no contradiccion. Práctico en su fin, el neoplatonismo rechaza la forma abstracta de las antiguas filosofías, para anexionarse los misterios y los ritos exteriores; pues la prosperidad del cristianismo le enseñó que la doctrina para ejercer verdadero dominio sobre las almas, debe convertirse en religion. Dados estos antecedentes, el lector habrá podido comprender lo infundado de la objecion: el neoplatonismo es el que se formó á la manera del cristianismo, y no éste á la manera de aquel. Vamos á demostrarlo.

La cuestion es histórica y poco ocasionada á verse obscurecida por el artificio. La anteriori-

dad del dogma cristiano, con relacion á las especulaciones alejandrinas, será siempre una prueba fehaciente de que no procede de estas, que no es posible que la hayan inspirado, por lo mismo que aparecieron doscientos años más tarde. No se nos oculta que se pretende eludir este argumento, diciendo que nuestra fé solo recibió su fórmula positiva en Nicea, y que entre Jesucristo y esta época, nuestras creencias fundamentales, por ejemplo, la divinidad de Cristo y el dogma de la Trinidad, fueron, desenvolviéndose al calor de la influencia neoplatónica. Mas esto no pasa de ser un lugar comun más frecuentemente refutado que reproducido. Las doctrinas de los Padres antenicoanos subsisten aun, y prueban que la Iglesia solo ha recibido su depósito de su divino fundador. Por otra parte, la doctrina de los neoplatónicos demuestra que han tomado mucho sin dar cosa alguna á nuestro símbolo, y que no podian darnos lo que realmente no tenían. Por lo demás, libros de una autoridad tan poca sospechosa como la *Historia del dogma durante los tres primeros siglos de la Iglesia y hasta el concilio de Nicea* (1) es-

[1] Por Monsseñor Ghinoulhas, arzobispo de Lyon.

tablecen paso á paso el origen y la formacion exclusivamente cristiana de los dogmas cristianos. Es imposible imaginar una contestacion más rotunda y más directa al espíritu de sistema que tiene por objeto falsificar nuestro paso, do en provecho de sus utopias y de sus preocupaciones. Cuando se han recorrido esas páginas tan decisivas, verdaderas informaciones de nuestra tradicion apostólica, cuando se las compara á las teorías gratuitas que se le oponen, y sobre todo, cuando se oye á los autores de estas proclamar de tales evidencias para decir en tono de triunfo: «De Alejandria es de donde procede este nuevo movimiento, cristianismo y platonismo, que debe difundir los rayos de su luz sobre todo el antiguo mundo (2)», se comprende hasta dónde pueda llegar el amor desordenado del hombre, respecto de errores que le pertenecen, en detrimento de la verdad de la cual él mismo depende.

¿Y cómo es posible que el neoplatonismo hubiese producido el simbolo de Nicea, si no lo contiene? La Iglesia canta: Creo en un sólo Dios

(2) Vasouros, *Hist. crit. de l'ecole d'Alexandria*, t. II, p. 92.

creador del cielo y de la tierra; el neoplatonismo en su teodicea cosmopolita concede hospitalidad á todas las teodiceas del universo. La idea del Dios viviente y personal, la idea eólica absorbiendo toda distincion en Dios en la unidad pura é indeterminada; la idea emanatista que hace brotar los seres finitos del desenvolvimiento de la unidad indefinida; en fin, la idea dualista que establece uno enfrente del otro, los principios eternos del bien y del mal, todo combinado en relaciones imposibles, ¿serian, por ventura, el dios de Alejandria que hay valor para proclamar como padre del nuestro? ¿Es esto falta de respeto ó exceso de ignorancia?

Y todavía no es esto todo: la triada ó la tétrada neoplatónica constituye la fórmula panteística de la vida universal identificada con la vida divina: es Dios sacando los seres de su seno y convirtiéndose á sí mismo en todo, siguiendo una degradacion insensible que del punto más culminante de su ser, va acentuándose cada vez más, hasta llegar á los grados más inferiores. Al contrario, la Trinidad cristiana excluye la conexion de lo finito con lo infinito, y consagra la distincion substancial del Creador y de la criatura.

En la Trinidad cristiana hay tres hypóstasis

consustanciales: en la alejandrina existe una cuarta, la naturaleza, sin contar con que Basílicos y los gnósticos, fundando esa idea de Proclo, descomponen la divinidad en cincuenta y dos desenvolvimientos sucesivos, cada uno de los cuales comprende otros siete, lo cual forma un total de trescientos sesenta y cuatro momentos hipostáticos en la evolución de la unidad divina.

¿Y pueda concebirse que esta mezcla de metafísica e iluminismo, no menos insensatos el uno que la otra, haya podido iluminar á los oráculos de Nicea? Y esos doctores alejandrinos, ¿habrían sido los teólogos de San Atanasio? Por toda contestación me limito á decir, que desseo llegue un día en que sean tan conocidos como la profesión de fé de San Atanasio: semejante paralelo constituiría la mejor refutación y el más digno castigo que pudiesen recibir sus admiradores.

«Importa, pues, ser prudente cuando se trata de sostener que una doctrina procede de otra. Para proclamarla con certeza, es indispensable que se encuentren por ambas partes numerosos puntos de contacto, profunda y vigorosamente caracterizados. Mas, para demostrar esa filiación, no basta con que existan ciertas ligeras correspondencias accidentales, que pueden ser

consideradas como coincidencias casuales ó inspiraciones propias y naturales del sentido común. Apoyarse únicamente en esta base de semejanza superficial é indefinida, para deducir de ello la generación de una creencia procedente de otra creencia anterior, vale tanto como caer en una temeridad que ofende á la razón.

«Mas, en vez de aceptar el nacimiento ó el parentesco real de los dogmas cristianos, nos complacemos dándoles otros completamente hipotéticos; nos empeñamos, quieras que no, á que se hayan formado de un pensamiento tomado del Oriente, de otro que del Occidente procede; de un tercero, que deriva del Norte; y para comunicar á nuestras manifestaciones una apariencia de solidez, establecemos corrientes arbitrarias de ideas, á través de los tiempos y del mundo. Los hechos pueden apoyarnos ó desmentirnos; mas no importa: si están de acuerdo con nuestras teorías; tanto mejor; si nos condenan, no por esto nos inmutamos; de todos modos constituyn una verdadera maravilla el considerar con qué arte ingenioso, y con qué atrevimiento de invención hacemos ir y venir, subir y bajar y dar vueltas en lo pasado sistemas enteros, ó fragmentos de sistemas, para llevarlos como otros tantos afluen-

tes, al que pretendemos ser resultado de sus agudas reunidas (1).»

Llegados al término de este estudio, juzgamos de nuestro deber comunicar al lector nuestras impresiones relativamente al debate que acabamos de cerrar. Nuestras impresiones son mil veces más favorables à la divinidad de nuestros orígenes cristianos, que las razones por medio de las cuales hemos pretendido robustecerlas: en cada individuo existe una parte intuitiva en la cual la convicción va más lejos que la demostración. Después de haber compulsado toda la sensación planteada por la crítica contra la sinceridad de nuestros monumentos originales, nos queda la firme convicción de que no es otra cosa más que un amontonamiento de nubes suscitadas por el artificio, puesto al servicio del sistema y de la pasión. Decía Bossuet, hablando de la defensa de la religión, que apostaría en favor de ella su cabeza; por nuestra parte aventuraríamos la nuestra con la mejor voluntad.

Mas toda vez que el único medio de que disponemos para dar semejante testimonio consiste en consagrar nuestra inteligencia à la demo-

stración de nuestra fé, adelantemos, continuemos marchando por la senda abierta ante nuestros pasos. Asi como el estudio de nuestros primitivos monumentos nos introduce lógicamente en la Iglesia; de la misma manera la palabra de la Iglesia será dentro de poco la garantía más positiva de nuestros monumentos primitivos. Para alcanzar este aumento de luz, después de haber dejado establecido debidamente que la verdadera religión sobrenatural es el cristianismo, nos bastará con dejar demostrado que el verdadero cristianismo es el catolicismo.

(1) *Moniteur Havrais: Conférences diverses.*

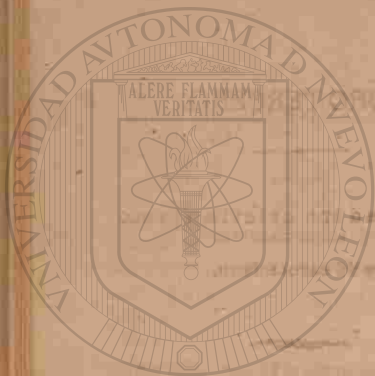


LIBRO TERCERO.

El verdadero cristianismo
ES EL CATOLICISMO.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE INVESTIGACIONES

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE INVESTIGACIONES
CAPÍTULO PRIMERO.

EL VERDADERO CRISTIANISMO
HA DE ESTAR CONSTITUIDO EN SOCIEDAD, BAJO EL
PODER DE UNA AUTORIDAD DOCENTE.

Al dar por terminado el estudio sobre el valor comparativo de las principales religiones sobrenaturales, nos creemos en el caso de formular la siguiente fundadísima conclusión: ó ninguna de dichas religiones es verdadera, ó solo el cristianismo se halla en posesión de la verdad. Sólo este puede reivindicar en su favor esta prueba importante, ó mejor ese conjunto de pruebas que se deduce de los milagros realizados para rendirle el testimonio de verdad en la triple

esfera del orden físico, del orden intelectual y del orden moral.

Solo el cristianismo puede glorificarse de tener un fundador con el cual no puede parangonarse jefe alguno de otra religion, y que sostiene el paralelo con Dios, porque es infinito en duracion, en sabiduria, en poder, en amor, en santidad y en el conjunto de su constitucion sobre-humana.

Sólo el cristianismo ejerce sobre la sociedad doméstica y sobre la sociedad civil una influencia civilizadora que no realizan en manera alguna las naciones privadas de su luz.

Sólo el cristianismo proporciona á las almas una energia moralizadora de la cual son tan poco capaces las demás religiones, que no vacilan en negar ciertas virtudes cristianas, convencidas de su impotencia para reproducirlas.

Sólo el cristianismo tiene un origen que descansa en la certeza histórica, y no en las nebulosidades de la leyenda, segun resulta de un estudio atento de la autenticidad de sus libros, de la realidad de sus hechos primitivos y de la formacion de sus dogmas.

Y ahora ha de permitirme el lector que dirigiéndome á su buena fe le pregunté: ¿No consiste más bien la imparcialidad, verda d eramente

filosófica, en confesar que no existe religion alguna que ofrezca tales garantías á la conviccion, que on guardar las mismas consideraciones y en contemplar con identico desdén á todas las religiones?

Mas ésto es que la dificultad más bien que á desvanecer, tiende á retroceder. Asi como nos ha sido indispensable elegir entre las diversas religiones positivas, ha llegado la hora de optar entre las diversas comuniones cristianas.

Jesucristo, despues de haber enseñado á los hombres, no podia, sin destruir la economia moral de este mundo, privar á la libertad humana de falsificar su revelacion; ahora bien, subsistiendo incesantemente la libertad de las falsificaciones, era indispensable una institucion tutelar destinada á poner á cubierto de toda alteracion el pensamiento de Cristo. De aqui la necesidad de una sociedad docente que tuviera con fida á su cuidado la conservacion en la tierra del deposito divino. Mas, entre tantas sociedades cristianas, ¿dónde estará el verdadero cristianismo? ¿qué medio tenemos para distinguir entre tantas iglesias la verdadera iglesia?

No tema el lector que vengamos á encender de nuevo odios añejos entre los discípulos del verdadero cristianismo y los disidentes. No per-

mita Dios que seámos menos indulgentes respecto de nuestros hermanos separados, de lo que lo hemos sido al combatir á los filósofos y á los infieles. La caridad no es solamente el rasgo divino de la apologética sino tambien la prueba, ya que siendo Dios todo amor, cuanto más se acerca uno á El, mejor se le demuestra.

No se pierda de vista sin embargo, que el amor que se siente respecto de los que yerran, no consiste mirar con indiferencia sus errores: pues así como la pluralidad de religiones no excluye la verdad de una sola religion, la multiplicidad de iglesias no ha de ser motivo para que prescindamos de buscar la verdadera Iglesia. No se me oculta en manera alguna la preocupación generalmente admitida y encaminada á considerar semejante exámen como funesto á la union de los espíritus y de los corazones; mas tampoco desconozco que el rechazar tales discusiones, mejor que de exceso de caridad proviene de falta de fé: que así como el deísta que guarda á todas las religiones idénticos respetos, no cree en ninguna, el cristiano que tiene idéntica confianza en todas las comuniones de su religion, sólo tiene respecto del cristianismo una fé que podríamos llamar de mera convencion.

Importa pues conocer los motivos especiales y perentorios que existen para ser católico preferentemente á ser cismático ó protestante. Todas las sectas cristianas exclaman: ¡Cristo! ¡Cristo! mas no cabe dudar que no todas lo poseen segun el mismo titulo, puesto que ne todas lo entienden del mismo modo. Trátase de averiguar en dónde se halla Cristo tal cual él mismo se ha depositado en el corazon y en la memoria de una posteridad de antemano elegida. Convenimos en que semejante cuestion podría no ser del todo decisiva respecto á la salvacion de todo cristiano que vive en la Iglesia donde nació, con una buena fé irreprochable; mas so pena de apostasia, se impone á los espíritus en que la misma suscita dudas, y que cuentan con medios para resolverlas.

No para dar satisfaccion á las vanas curiosidades de los hombres de escuela, sino con el propósito de facilitar esta solucion á los hombres de mundo hemos emprendido este trabajo. Atentos á ello vamos á eliminar del tratado de la Iglesia todo aparato científico, á fin de extraer para el lector profano la esencia que podríamos llamar: el *Buen sentido* del asunto.

La Iglesia puede ser definida amplia y sencillamente; la sociedad de aquellos que profesan

la verdadera doctrina de Cristo. Mas como todas las sectas cristianas abrigan la pretension de poseer el verdadero Evangelio, trátase de orientar debidamente respecto del particular á los espíritus vacilantes ó desvanecidos. Veamos ahora cuales son los errores que se han de rectificar y los principios que deben establecerse para que la razon no confunda ningun pseudo-cristianismo con la revelacion verdaderamente cristiana.

Salta desde luego á la vista que es cosa opuesta á la razon el que el cristianismo exista únicamente en el estado individual y no en el social. La Iglesia no puede ser, como pretenden ciertos protestantes, un hombre comentando un libro, tanto porque la revelacion cristiana contiene cosas que no están en el libro, cuanto porque es menester una autoridad doctrinal para conservar, traducir é interpretar el libro, so pena de que en unanimes páginese encuentre el pro y la contra la afirmacion y la negacion. Por consiguiente el verdadero cristianismo debe estar constituido en sociedad bajo una magistratura infalible que juzga de las tradiciones y de los escritos concernientes á la fe; por consiguiente imaginar una iglesia cada uno de cuyos individuos subsista independientemente del conjunto, vale tanto

como imaginar un organismo que carezca de miembros. Para desvanecer esta ilusion vamos á demostrar que el verdadero cristianismo debe estar fundado como sociedad que al par enseña y aprende.

Y si está fuera de razon que la Iglesia sea un cuerpo sin miembros, más lo está que sea un cuerpo sin cabeza. Éste es sin embargo el error de los cismáticos. En tanto que la herejía prescinde del *magisterio* sagrado, el cisma rechaza el *gobierno* del Pontífice romano: la una se sustrae á la *autoridad doctrinal*, la otra al *primado papal* y por consiguiente deberíamos consagrar un segundo capítulo á poner en evidencia que la Iglesia, como todos los cuerpos, debe tener un jefe y que este jefe posee los derechos que le niegan las comuniones disidentes.

Y si es racional que la Iglesia no sea un cuerpo sin miembros, ni un cuerpo sin cabeza, tampoco puede admitirse que sea un cuerpo sin alma; es decir, que deba recibir la vida de la sociedad civil. Es de advertir que así como después de los herejes que alteran la integridad dogmática, vienen los cismáticos que alteran la unidad de gobierno, en pos de los cismáticos aparecen los sectarios políticos, que pretenden que la Iglesia dependa del Estado. Llámense Mar-

silianos, Protestantes, Richerianos ó Jansenistas, en último resultado es el mismo fondo de su sistema. La plenitud del poder eclesiástico, dicen, ha sido confiada inmediatamente por Jesucristo al pueblo, y como éste no puede llenar por sí mismo esta función, la delega unas veces á los ministros consagrados, otras al jefe del Estado, que elija por sí mismo esos ministros: de dónde se sigue que el poder temporal es la fuente de los poderes espirituales. «Todos esos atentados, dice Bossuet hablando de los efectos prácticos de semejante doctrina, estaban fundados en el principio de que no existía jurisdicción, sea secular sea eclesiástica, que no debiese referirse á la autoridad real como á su fuente. . . . Cosa que, sin duda alguna, constituye la más inaudita y escandalosa adulación que jamás haya brotado del espíritu humano (1).» Para salir al paso á esta teología de a servidumbre, será indispensable dejar demostrado que la Iglesia en sus atribuciones espirituales, es una sociedad autónoma, del todo independiente del poder temporal.

(1) *Histor. de los var.*, lib. 5.

Si la razón dice que la Iglesia no debe ser un cuerpo sin alma, enseña también que ese cuerpo debe tener una forma determinada, y que esa forma es la unidad. Es pues en vano que ciertos desidentes erijan la variedad infinita de las creencias en sistema, para que no pueda hacerse de ello una objeción, y consideren la Iglesia como una colección monstruosa de sectas, pululando, despedazándose y concluyéndose en todos conceptos, salvo estar conformes en el principio y causa de todas las divergencias: el libre exámen. A esta teoría de la confusión será bueno oponer el buen sentido de la obediencia católica, poniendo de manifiesto que el verdadero cristianismo debe revestir en su forma social el sello de la unidad.

Conocida la forma del cuerpo de la Iglesia, ¿cuál debe ser su estatura? Entre los adversarios de la verdad los hay que dicen: Hubo tiempos en que la Iglesia se mantuvo invisible, ¿por qué se erige pues que tenga incesantemente una extensión moralmente universal? Otros añaden: es de esencia en las iglesias el ser nacionales, ¿por qué se quiere pues que traspasen las fronteras de los imperios á que están apegadas? A esto contestaremos, que es porque la razón del hombre y la justicia de Dios exigen que, una

creacion destinada à proporcionar la salvacion universal, abarque el universo entero, y que el sol de los espíritus como el de los cuerpos brille para todo el mundo. Y para mejor demostrarlo pondremos en evidencia que el catolicismo permanente, entendido por lo ménos en un sentido moral, es una propiedad esencial del verdadero cristianismo.

Pero una vez resuelta la cuestion de estatura en el cuerpo de la Iglesia, se presenta la de temperamento. El temperamento de la verdadera sociedad cristiana debe contener en sí elementos sobrenaturales confundidos con la miseria de su parte humana. Debe exhalar un perfume de virtud y una especie de castidad delicada que le haga diferenciar del organismo de las demás comunidades cristianas. Ahora bien; así como existe una grandeza moral propia de los discípulos del cristianismo, existen virtudes reservadas à los adeptos del verdadero cristianismo, y por lo mismo trabajaremos en su proyecho, demostrando que está marcado de una santidad ó de un poder de moralizacion perfectamente característico.

Finalmente, despues del temperamento, la edad de la Iglesia debe responder à ciertas exigencias lógicas de la razon cristiana. Siendo la

funcion de la Iglesia, con relacion al Evangelio, lo que la Providencia respecto de la creacion, es decir, una obra incansante de conservacion, se sigue de aqui, que la edad de la Iglesia en lo pasado debe ser el apostolado, esto es, un origen tan antiguo como el mismo cristianismo, y que la edad de la Iglesia en lo porvenir debe ser la inmortalidad, esto es, una duracion igual à la duracion de Jesucristo en la tierra.

En estas cuestiones relativas à los miembros, à la cabeza, à la vida, à la forma, à la estatura al temperamento y à la edad de la verdadera sociedad cristiana, estudiadas en los capítulos subsiguientes, nos conducirán derechamente y por espaciosos senderos à la conclusion de este libro que es la siguiente: luego el verdadero cristianismo es el catolicismo.

Abramos este campo de exploracion por la primera tesis, à saber, que el verdadero cristianismo debe estar organizado en sociedad bajo una autoridad docente y que por lo mismo se perpetúa en la tierra en un cuerpo completo y no en miembros esparcidos. Dos ideas dominan y resúmen el asunto: 1.º En principio la razon afirma que dicha sociedad debe existir. 2.º. De hecho la revelacion nos garantiza la existencia de esta sociedad.



Al probar en otra ocasión la necesidad de un sacerdocio con el objeto de preservar la religión de las usurpaciones, de las corrupciones y de las alucinaciones de la inspiración individual, hemos puesto de manifiesto anticipadamente la conveniencia esencial de una institución intermedia entre Cristo y la humanidad, destinada a poner de manifiesto el primero a la segunda y a impedir que la segunda desfigure al primero. Con todo y ser por demás reducido el número de personas con las cuales habló Jesús directamente, debía perpetuarse, universalizarse en favor de todos los mortales en un cuerpo siempre subsistente, siempre docente, a fin que ningún miembro de su familia se viera privado del beneficio de sus comunicaciones.

En virtud de semejante creación, hanse realizado además un gran número de sublimes armonías. Como hemos nacido sociables en el orden religioso, del mismo modo que el orden natural, era menester que el verdadero cristianismo estuviese organizado socialmente a fin de responder a las necesidades de esa sociabilidad. Como somos débiles en nuestros pensamientos, era indispensable que Jesucristo confiara el suyo a un órgano indefectible, a fin de protegerlo contra las mutilaciones ó las tergiversaciones de interpretaciones futuras. Como somos libres y estamos destinados a salvarnos, en virtud del uso que hagamos de esa libertad, era indispensable depositar los méritos de la redención en un vasto receptáculo, desde el cual fuesen distribuidos y aplicados a cada uno de nosotros según la proporción de nuestra correspondencia y de nuestras reclamaciones. Finalmente, como somos un compuesto de espíritu y de materia, era indispensable que la verdad tomara en la tierra un cuerpo visible para manifestarse de un modo cierto y libre de todos los mirajes del iluminismo.

Y hé aquí porque del mismo modo que el Verbo ha revestido nuestra carne en el casto seno de María, se ha hecho carne en una institu-

cion vasta como el mundo y llamada por este motivo su encarnacion permanente en la tierra. En virtud de su primera encarnacion unió su naturaleza divina á la humana; gracias á la segunda asocia indisolublemente su espíritu divino á un organismo que es tan digno como el seno de la Virgen de constituir el tabernáculo de Dios entre los mortales. No es acaso un cuerpo de Jesucristo completamente venerable, el que ha merecido ser definido: la sociedad de los hombres que profesan la doctrina de Cristo bajo la episcopanza y el gobierno de los pastores legítimos, principalmente bajo la enseñanza y el gobierno infalible del pontífice romano, sociedad dotada por Dios de la universalidad de lugar, de tiempo y de doctrina para elevar á los hombres á la santidad durante la vida, y á la salvacion eterna despues de la muerte?

Diseñados los lineamientos principales de esta creacion, ¿no es evidente su necesidad como depositaria de la nocion de Cristo, de la revelacion oral y de la revelacion escrita?

Del mismo modo que Jesucristo es el mediador indispensable para el verdadero conocimiento de Dios, la Iglesia es indispensable para mantener la nocion exacta y sobre todo la divinidad de Jesucristo en los respetos del mundo, de tal

manera y hasta tal punto que la negacion de la Iglesia conduce inevitablemente á la negacion del cristianismo y de su autor.

O Jesucristo es el Salvador de los hombres, ó no es Dios. Pregunto yo ahora: ¿seria salvador inteligente el que habiendo hecho su revelacion no hubiese atendido á los medios de conservarla inalterable y de transmitirla á todas las generaciones? Jesucristo pasó rápidamente sobre la tierra: ahora bien, ¿qué ventajas habrian reportado de su breve aparicion los que no fueron ni sus compatriotas, ni sus contemporáneos, si no hubiese encarnado en el seno de una institucion que le enlaza á todos los siglos y que viene á constituir una especie de extension inmortal del mismo dentro de la cual será para siempre jamás contemplado y comprendido? Pues por lo mismo que Dios entregó á los hombres su doctrina, nos debia y se debia á si mismo el fundamento de un depósito, divinamente guardado de su poder, de su palabra y de sus gracias; un órgano infalible de sus voluntades, y si no hubiese establecido ese medio de comunicacion entre él y el mundo, el mundo habria perdido muy pronto la integridad de la doctrina de Jesucristo y Jesucristo la gloria de su divinidad.

Si, Dios no podia ser en manera alguna capaz de semejante imprevision; y esto es tan cierto que no queda más recurso que optar entre la Iglesia y el Deísmo, porque el protestantismo, que no es más que un estado intermedio, ha sido siempre para el espíritu humano un lugar de transición y no un estado definitivo.

Tan cierto es que no existiendo Iglesia queda en cuestion la divinidad de Jesucristo, que los grandes lógicos del protestantismo en virtud de necesidades racionales, en cierto modo más poderosas que su voluntad despues de haber negado la Iglesia, se han visto obligados á renegar de Cristo. Standlin es excusa de haber adoptado el racionalismo expresándose en los siguientes términos. «Es indispensable admitir que la divinidad, que ha proporcionado al hombre una revelacion, debe haber cuidado igualmente de impedir que el sentido de esta revelacion quedara abandonado al arbitrio de un juicio subjetivo. La inconsecuencia de Jesucristo faltando a semejante prevision, me induce á no ver en él más que un sábio bienhechor (1).» Véase pues como los que apostataron de la Iglesia

(1) *Magasin de l'histoire de la Belgique*, parte 3.^a p. 88.

sia so pretexto de que les habata con Jesucristo, renuncian á Jesucristo por que no pueden comprenderlo sin la Iglesia.

Ochin más sábio él sólo que la Italia entera, decia Calvino, ha formulado una conclusion casi idéntica á la precedente. «Considerando, por un lado, cómo habria podido ser que Jesucristo hubiese establecido la Iglesia regándola con su propia sangre, y por el otro cómo ha podido verse completamente perturbada por el catolicismo como estamos viendo, no ha podido ménos que comprender que su fundador no podia ser el Hijo de Dios, puesto que de otro modo habria previsto lo porvenir (1).» Dominado por tales reflexiones Ochin abjuró el Evangelio por el judaismo: tan cierto es que sin la Iglesia el Evangelio carece de autoridad, Jesucristo de divinidad, y que hay una verdad rigurosa, no una fórmula entusiasta en el siguiente aserto de S. Agustin. «No creeria en el Evangelio si no estuviese movido por la palabra de la Iglesia (2).»

Es menester además una sociedad y un magisterio especial para servir de intérprete á la revelacion oral: el libro por sí sólo no es bastan-

(1) Diálogo sobre el protestantismo.

(2) Epist. fundam. C. V.

te á llenar semejante función, en primer lugar porque no toda la revelación se encuentra en el libro; y despues y principalmente, porque el testimonio del libro jamás se halla rodando de las garantías indispensables y de las luces necesarias para que tal ó cual regla de fé no sea mas oscura que la misma fé.

No se conciba que á la enseñanza de la verdadera sociedad cristiana, que abarca toda la revelación, se prefiera la Biblia que sólo contiene una parte. Esto constituye una inconsecuencia tanto más grosera cuanto que está condenada por la misma Biblia en la cual pretenden escudarse los que la cometen. Que la doctrina de Jesús se encuentre en ocasiones expresada por tradiciones orales, confiadas á la guarda de la Iglesia; que los Evangelios no hayan sido ni redactados, ni dictados, ni prescritos por nuestro divino fundador; que haya establecido su obra de enseñanza por medio de la palabra y no por medio de la escritura y sobre todo por la escritura exclusivamente; que todos los libros del Nuevo Testamento, siquiera inspirados, se hallen subordinados al juicio del divino magisterio que preexistia á su composición, que el universo haya sido convertido por medio de la predicación; ántes de tener conocimiento de las epístolas

de los Evangelios; que dichas obras hayan sido consideradas por sus autores como meros auxiliares de una autoridad doctrinal que les es anterior; que á pesar de su inmensa utilidad no constituyan parte esencial de la constitución de la Iglesia, en términos de que esta podría realizar sus funciones sin sus libros, en tanto que ni siquiera puede concebirse haciendo abstracción de su cuerpo docente, principios que están al alcance del buen sentido teológico. "Conservad, dice S. Pablo á los de Tesalónica, las tradiciones que se os han trasmitido por escrito ó de viva voz (1)." Por consiguiente no todo se halla consignado en la escritura, y puesto que esta se conserva por sí misma al fijarse, es indispensable la creación y existencia de personas á propósito para conservar las tradiciones que flotan perennemente mientras no se llega á fijarlas.

Nada más fácil que acumular citas en apoyo de esta verdad.

"Lo que de mí habeis aprendido ante un gran número de testigos, escribe tambien el apóstol, confiado en depósito á los hombres fieles, que

[1] Thessal. 2. C. 14.

"¿a su vez serán capaces de instruir á los de-
"más (1)."

¿Es acaso un misterio para nadie que el divino Maestro repite incesantemente á los apóstoles: *Predicad, instruid, id, enseñad, hablad*, sin que jamás haya dicho, *escribid*? ¿No nos habla S. Juan de varias cosas que hizo el Salvador, y que no pueden encontrarse en los libros? Por consiguiente es indudable que el primer canal establecido para difundir la revelación en el mundo es la tradición oral, que el primer vehículo de la doctrina cristiana ha sido la palabra; y que no puede consentirse en señalarle en la propagación del Evangelio un papel inferior á la Escritura, puesto que la misma Escritura lo prohíbe terminantemente.

¿Cuántos pueblos bárbaros, según sienta S. Ireneo, creían en su tiempo en Jesucristo, *sin papeles y sin tinta* fieles únicamente á la antigua tradición (2)? Se concibe, en efecto, que el cristianismo debiera esperar la invención de la imprenta para tener su verdadero instrumento de difusión, y que hasta aquel entonces, la escri-

(1) *Theol.* 2. C. 11.

(2) *Adv. hær.* lib. III, c. IV.

tura cuyas comunicaciones que sólo por un reducido número eran comprendidas, hubiese sido la única garantía de una religión universal?

"¿De qué serviría, pregunta, Tertuliano, añadir á las Escrituras cuando el uno afirma lo que niega el otro? Sabed antes quien posee la fe de Cristo, á quien pertenecen las Escrituras . . . a qui encontrareis escrituras no alteradas, y todas las tradiciones cristianas. Para saber lo que reveló Cristo á los Apóstoles es indispensable haber acudido á las iglesias que fundaron, á las cuales transmitieron una enseñanza oral al propio tiempo que les dirigían sus epístolas (1)."

Si, en semejante materia, poquísimas autoridades humanas pueden considerarse superiores á la de tan eminente apologeta. ¿Qué es su tratado de las *Prescripciones* sino una refutación anticipada de todas las herejías, mediante este argumento decisivo: Os habéis contentado con hacer que prevalecieran determinados textos, estáis en oposición con las tradiciones de las iglesias apostólicas, y por consiguiente no podéis jactaros de poseer la verdad?

Orígenes corrobora la misma doctrina por me-

(1) *De Prescriptio.* c. XIX.

dio de esta palabra tan rotundamente afirmativa. «La única verdad que debe creerse, es la que en nada difiere de la tradición eclesiástica y apostólica (1).»

San Epifanio hace eco á Orígenes en términos no ménos significativos. «Hay necesidad de la tradición, dice, porque no todo puede probarse por medio de la escritura (2).» ¿No ha llegado el caso de añadir con S. Crisóstomo, como conclusión al conjunto de esta tesis: «Es la tradición: no busqueis nada fuera de ella (3).»

Después de lo dicho, ya no causa sorpresa que los más celebres teólogos protestantes hayan seguido, respecto del particular, la senda trazada por los Padres y los Concilios, y hayan hecho en el sentido más católico, multitud de manifestaciones que el fin y las dimensiones del presente libro nos impiden continuar.

«Es, dice Semler, dar una prueba insignificante ignorancia en materia de historia, confundir la religión cristiana con el *Nuevo Testamento*, cual si no hubiesen existido cristianos en tanto no

(1) De Principiis Prefata.

(2) *Harres*, 66.

(3) *Homil.*, 4, in a, 3, 11, ed. Testa.

recibió este la última mano (1).» Por su parte añade Lessing victoriosamente: «Toda la religión de Jesucristo se practicaba antes de que hubiese empezado á escribir uno sólo de los apóstoles. La oración dominical se recitaba antes de que S. Mateo la insertara en su Evangelio, puesto que Jesucristo en persona se la había enseñado á sus discípulos. Practicábase la fórmula del bautismo antes de que la mencionara S. Mateo, porque Jesucristo la había prescrito (2).»

Finalmente, si se fija la atención en que el símbolo de los Apóstoles estaba creído y demostrado con anterioridad á todos los libros inspirados de la nueva alianza, el hecho de que la constitución de la Iglesia y de su magisterio subsista independientemente de toda escritura, resulta tan patente, que al tratar de probarlo es más difícil reducir que multiplicar los argumentos, y para negarlo se requiere mucho más valor que conciencia apologetica.

Sea como quiera, no puede desconocerse que de tales premisas resultan importantísimas con-

(1) *Elementos históricos de Hirschler*, lib. XXI.

(2) *Estudios teológicos piémanos*.

secuencias, por ejemplo: Cenirse á la escritura rechazando la autoridad tradicional de la Iglesia, vale tanto como proceder en contra de dicha escritura que consagra la referida autoridad. Puesto que la tradición constituye la primitiva fuente de la revelación, es indispensable un colegio docente que vele por su conservación. No cabe dudar que este colegio docente está del todo conforme á la naturaleza del hombre, ser esencialmente amaestrado; pero es preciso confesar que si nuestro magisterio sagrado tiene la aptitud necesaria para guardar nuestras tradiciones, éstas, por su naturaleza, exigen en gran manera el que se las guarde.

Confiad una verdad ó un simple hecho á los hombres por la mera tradición oral, y antes que transcurra el espacio de un día, tendréis cincuenta versiones distintas de esa verdad ó de ese hecho. Y téngase en cuenta que no habrá habido una sola persona que á subidas haya querido faltar á la verdad; pero con todo esto se habrá tergiversado de mil modos, que así como las rocas pierden sus asperezas al rodar á lo largo de las pendientes, la historia se desnaturaliza cuando se comunica por el intermedio de la circulación verbal. Imagínese, pues, lo que habría sucedido con nuestras tradiciones si se hubiesen

lanzado al mundo sin que existiera una institución preservadora encargada de protegerlas: de seguro no existiría al presente en la memoria del catolicismo una sola de las confidencias que se hubiesen hecho hace mil ochocientos años.

Pero, merced é nuestro magisterio divinamente nacido, la memoria de la Iglesia se ve libre de toda corrupción y de toda falta: nada se ha perdido de cuanto se depositó en esos tesoros, nada se ha alterado de cuanto contienen los mismos. Puede decirse que esta memoria es la más segura y la más vasta después de la de Dios, y por lo mismo podemos deducir que confiando Jesucristo á la palabra el porvenir de su obra, debía por previsión instituir un cuerpo docente encargado de comprobarla, y que dicho cuerpo ha llenado por su parte la misión que se le confiara, de tal modo, que ha puesto de manifiesto la divinidad de dicha palabra y la de Jesucristo.

La Iglesia es, pues, necesaria como mediadora entre Jesucristo y la humanidad; lo es, particularmente, como depositaria de la tradición oral; lo es también, y finalmente, como guardiana de la revelación escrita.

Reducir toda la economía de la Iglesia á una mera conversación entre la Biblia y un lector, constituye indudablemente una gran simplifica-

ción en el mecanismo, pero esta simplificación da como resultado el aumento en el número de las dificultades. El insensato que negara la razón de ser de los tribunales y de la magistratura, so pretexto de que basta el código civil comentado, para que cada francés pueda resolver cuántas cuestiones de derecho puedan presentársele, no igualaría en falta de buen sentido al que invoca como regla suprema de la fe un libro que puede decirlo todo á los que lo leen, y que nada dice á los que no saben leer. Para admitir semejante principio, es indispensable suponer que el concurso milagroso que se niega al cuerpo entero de la Iglesia en la interpretación de las Escrituras, está concedido á cada protestante, puesto que la Iglesia puede engañarse explicando los textos sagrados, en tanto que el protestante no se engaña nunca. Esto, en último resultado, no es más que la infalibilidad del magisterio sustituida por la del individuo; el orden destronado por una especie de logomaquia; el sentido común pospuesto al sentido privado.

Y cuenta que, respecto del particular, podemos apoyarnos en las explícitas confesiones de nuestros enemigos. «¿Cuál es, dice un escritor protestante, el principio constitutivo del cristianismo? Es el principio de la individualidad epli-

cado á las materias religiosas; es el yo que se propone, que examina, que se forma una convicción; puesto que la conciencia tomada como punto de partida, como criterio, es el yo elevado al más alto grado. Ahora bien, como entre los hombres que examinan, no hay dos que vean del mismo modo en todas direcciones, debe resultar precisamente de ello la aparición de Iglesias individuales. La última expresión, la postrer consecuencia lógica del protestantismo es tantos campanarios como bonetes: el individualismo es su destino providencial: reducir la Iglesia á polvo y á átomos, disolverla, es su efecto inevitable; porque el individualismo es un disolvente tan activo, un agente tan destructor, que acaba por corroerse á sí mismo, después de haber destruido y disuelto todo lo demás (1).»

Con posterioridad al tiempo en que fueron escritas dichas líneas, no han cambiado las cosas, y el árbol del libre examen no ha dejado de rendir sus amargos frutos. Apelo á cuantos están al corriente del movimiento protestante; ¿han perdido nada absolutamente de su triste verdad esas palabras de un conocido calvinista?

(1) *Nonnullis Paulistis*, 1812, núm. 27.

«Tengo la mala costumbre de llamar á las cosas por su nombre,..... la mayoría de los protestantes no es cristiana. No tanto pertenecemos á la escuela de la negación como á la de la duda, lo que es muchísimo peor. ¿Sería menester poner en duda la Iglesia, ó definir la Iglesia el pironismo universal...? La grande hipocresía de nuestro tiempo consiste en que todo el mundo pretende ser cristiano. ¿Puede llamarse cristiana la sociedad que no conserva la doctrina cristiana (1).»

Y un ministro luterano encareciendo, respecto del particular, este punto de vista, que por cierto nada tiene de optimismo, resume en los siguientes términos la teología de su secta. «¿Qué vereis en ella? Que ha dejado de creerse en la Trinidad, en la divinidad del Hijo, en el Espíritu Santo, en el pecado original, en la satisfacción, en la muerte expiatoria, en los milagros, en las profecías, en la resurrección, en la ascension del Señor, en el bautismo, en la comunión, y que, en general, cuanto es esencialmente propio del cristianismo, debe desaparecer para ceder su lugar á la razon humana. ¿Qué ha

(1) Archivo del cristianismo, 1868.

quedado, pues, en lugar del cristianismo? El puro naturalismo. A tal punto hemos llegado, que se da al paganismo la preferencia sobre el cristianismo (1).»

El último sínodo protestante ha puesto completamente en evidencia todas las llagas de esa gran herejía. Léjos de formular los símbolos de su creencia, el primero de los dogmas que establece es la libertad de no tener ninguno: no nos ofrece siquiera los restos de una revelacion, sino que á duras penas propone los principios de una filosofía, y en verdad que no sabemos comprender el que ciertos pastores continúen disfrutando tranquilamente las rentas que les proporcionan los beneficios que les están encomendados para desempeñar las funciones de un culto reconocido por el Estado, habiendo olvidado el cumplimiento de los deberes que su ministerio les imponia, para convertirse las más de las veces en profesores de irreligion. El espiritualismo de Cousin y de Royer Colard está muy por encima de la exegesis atea de M. Coquerel.

Tal es el libre examen en sus consecuencias:

(1) De Starck, Katreb. Hist.

no es ménos curioso el juzgarlo en sus inconsecuencias.

En rigor no existe un sólo protestante que lo sea bajo la única fé de la Escritura. Todos se orientan de una manera más ó ménos explícita, siguiendo una regla que han rechazado en teoría, sin perjuicio de no caerse á otra en el terreno de la práctica; la autoridad.

La autoridad de la familia es la primera que siguen en sus determinaciones religiosas, puesto que perseveran en el protestantismo, únicamente por haber nacido protestantes. Miembros de la iglesia anglicana, presbiteriana luterana, calvinista, anabaptista ú otra cualquiera, lo son, no en virtud de una revelacion debida á la lectura de la Biblia, sino en fuerza de una imposición despótica, resultado de la educacion que recibieron. Nos objetarán, probablemente, que por nuestra parte somos católicos del mismo modo; mas, nosotros, obrando de esta suerte, somos consecuentes con nuestro principio, en tanto que ellos son inconsecuentes con el suyo. En efecto, entre nosotros la religion no constituye una cuestion ni un problema que cada uno pueda resolver, pues siendo por demás reducido el número de días que el hombre ha de permanecer en la tierra, para que

deba invertirlos en la investigacion del camino que debe seguir, Dios le ha evitado el trabajo que le ocasionaría dicha investigacion, confiándosela á una autoridad docente: de esta manera la religion se le comunica como la vida, y así como la palabra de sus padres le garantiza la legitimidad de su nacimiento, la palabra de la Iglesia es una garantía del origen divino de su religion. Esto es absolutamente lógico. En cambio para el discípulo de la reforma, que pretende resultar exclusivamente de la razon individual, ha de constituir una verdadera vergüenza el hallarse á merced de todas las prevenciones domésticas ó nacionales que comunmente deciden de su fé. No depende de la iglesia; pero en cambio es esclavo de los azares de su nacimiento y de sus relaciones: debe atenerse á las indicaciones de su juicio particular, y todo el mundo gobierna en su conciencia ménos él.

También existe en el protestantismo la autoridad de los pastores, siquiera se halle racionalmente en oposicion con el principio *la Biblia sin comentarios, la Biblia lo es todo, nada más que la Biblia*. Francamente, quisiera saber por qué razon un protestante se toma la pena de molestarse yendo al templo con el objeto de oír la palabra del Espíritu Santo, cuando puede es-

cucharla revestida de la misma autoridad, sin necesidad de menearse del lado de la chimenea; y quisiera tambien averiguar por qué razon los ministros del santo Evangelio, inundan el mundo entero de libros, cuadernos, tratados y glosas de los santos libros, cuando estos se entienden perfectamente por sí mismos, sin necesidad de comentarios ni explicaciones. De todo lo cual resulta, que la reforma no puede subsistir como no sea renegando del principio en que se funda, porque despues de haber rechazado el apostolado docente, lo establece en provecho propio, y despues de haber abolido el magisterio, se coloca bajo la proteccion y direccion de los pastores.

La autoridad de la tradicion preside tambien en ciertos actos de fé del protestantismo, por más que abrigue la pretension de no obedecer más que á la Biblia. Y si no, díganos ¿por quién le está garantida la Escritura que admite, si no por los Padres de la Iglesia, los Concilios, los Pontífices, el consentimiento de los siglos, en una palabra, por la tradicion que rechaza? «Os disputais por la Escritura, les dice Bossuet, y no imaginais que la Escritura ha llegado hasta nosotros por este conducto. Los Evangelicos, las Epistolas de lo Apóstoles no han formado la

glesia; esta las ha precedido, las ha recibido; las ha transmitido á la posteridad en su verdadero sentido. Donde existe, pues, la fuente de la fé, es decir, la sucesion de la Iglesia, allí está la verdad de las Escrituras, de las interpretaciones ó exposiciones, y de todas las tradiciones cristianas (1).»

A esta triple autoridad de la familia, de los pastores, de las tradiciones, podemos añadir la de las condiciones sociales, de las costumbres, de los intereses, y accidentes sin número que influyen en su conviccion religiosa, y veremos que la mayor parte de los adeptos del exámen privado, sin examinar cosa alguna, viven y mueren haciendo oposicion y resistencia á la Iglesia por motivos completamente opuestos á sus propios principios, y enteramente conformes á los de la Iglesia.

Confundida en sus consecuencias y en sus inconsecuencias la regla de fé que dimana del sentido privado todavia está más desacreditada, si cabe, por sus imposibilidades prácticas. ¿Hase pensado en lo muchísimo que hay que saber para ser protestante, segun el método protestante?

(1) *Primerá ítem, post. sobre los prom. de la Iglesia.*

Desde luego es indispensable ser un exegeta consumado. ¿Cuál es el catálogo auténtico de los libros inspirados? ¿Por qué han sido eliminados por la reforma los de Tobías y Judith, en tanto que se ha respetado el de Job? ¿Por qué razon se han declarado apócrifos el de la Sabiduría, el Eclesiastes, y los dos últimos de los Macabeos, en tanto que es aceptado como auténtico por los mismos críticos el Cantar de los cantares? Estas y otras muchas cuestiones está obligado á resolver el protestante sin el auxilio de los libros sagrados, porque la Escritura no puede ser probada por la Escritura, sin el concurso de la tradicion y de la Iglesia, puesto que no pueden ser admitidas; y por la mera *Persuasion interior del Espíritu Santo*, que no persuade del mismo modo á dos lectores. Hé ahí cuanto un honrado luterano deba decidir, so pena de no ser luterano sino en virtud de una regla católica.

Es menester, además, que sea consumado lingüista, que posea el hebreo, el griego y el latin, para verificar la exactitud de los textos que se leen en todas las traducciones, desde el original primitivo hasta la última; que penetre el sentido divino de dichos textos, y que haga el recuento de los artículos de fé que en ellos se contienen.

San Pedro encontraba en las epístolas de San Pablo cosas de difícil comprension; San Ambrosio apellidaba la Escritura *mar de insondables abismos*; el mismo Lutero sentaba que eran menester cinco años de perseverante cultivo para llegar á comprender las geórgicas de Virgilio; veinte años en el manejo de los negocios públicos para ver claro en las cartas de Ciceron; y cien años de trato con los profetas y los Apóstoles para saborear las Escrituras (1); mas su discípulo, siquiera sea un aldeano ó una pobre mujer del pueblo, deben penetrar á primera vista á través del sello de esos misterios.

Cierto que los doctos han escrito muchísimos y voluminosísimos libros sobre cada uno de los versículos de la Biblia; que las sectas protestantes han dado más de doscientas interpretaciones á estas palabras: *Este es mi cuerpo*; que el doctor Thies ha registrado ochenta y cinco explicaciones de la parábola del administrador injusto, y ciento cincuenta de un texto de San Pablo; pero gracias al *rayo de luz ó al gusto interior*, el protestante deberá distinguir constantemente lo verdadero de lo falso en materio de traduc-

(1) Audin, *Vida de Lutero*, t. 2.

cion, de interpretacion, de aplicacion de escrituras, sopena de dejar de ser protestante, porque desde el momento en que acude al auxilio de autoridades, prescindiendo de la inspiracion privada para penetrar de nuevo en la fe católica.

Por último, debe ser un teólogo consumado, porque por la sola luz de la Escritura debe dirimir todas las controversias y todos los debates que surgen relativamente á la revelacion. Téngase en cuenta que las escrituras nada contestan á los que las interrogan, no acusan á los que las desfiguran, y sólo pueden proporcionar las pruebas de la revelacion á los que las conocen. Atentos á esto, juzgamos oportuno poner término á la presente exposicion valiéndonos de un profundo pensamiento formulado por Platon en estos términos: «El hombre que debe á la escritura cuanto sabe, jamás tendrá otra cosa que la apariencia de la sabiduria. La palabra es á la escritura lo que un hombre á su retrato. Esa especie de producciones se presentan á nuestros ojos como vivientes; pero si se las interraga, callan dignamente. La escritura no puede defenderse porque jamás se halla su padre á su costado para sostenerla. El que imagina poder establecer una doctrina clara y duradera por medio de la simple escritura, es un solemne mente-

cato. Si poseyera la verdad, se guardaria muy bien de creer que con un poco de licor negro y con una pluma, pudiese hacerla germinar en el universo (1).»

Si consideramos al presente que esa regla de fe debe hallarse al alcance de todas las inteligencias, y que una gran parte de los individuos no tienen sin embargo ni el tiempo ni los conocimientos indispensables para leer las escrituras: que debe ser aplicada con facilidad, puesto que todos estamos obligados á poseer desde la infancia un símbolo claro y determinado; que debe excluir, no sólo el error, sino también los peligros del error, puesto que en materia de fe no se permite la duda, no podremos menos que preguntarnos, ¿cómo es posible que puedan existir en la tierra ciento cincuenta millones de hombres apartados del verdadero cristianismo en virtud de semejante mistificación lógica? Resulta pues que solo prescindiendo de los deberes que impone la razon, y entregándose al indiferentismo religioso que es su resultado natural, el protestantismo solo puede constituir el culto de las gentes ilustradas.

(1) In Platon.

Es preciso reconocer que si ese culto fuera verdad, Jesucristo se habria equivocado al proclamar esta nueva: *Los pobres son evangelizados*, porque en virtud de dicho sistema los pobres quedan privados de luz, y todo aquel que no haya recibido la investidura superior en literatura sagrada, en hermeneutica, y en teología, es absolutamente incapaz de llegar a la posesion de la verdad, segun el método de Lutero y de Calvino.

De estas consideraciones resulta de un modo patentísimo la necesidad de una Iglesia docente y la de su infalibilidad. Poco importa en efecto que la Escritura no engañe, si puede engañarse el que la lee ó la interpreta. Y hé ahí una economía fundada en la naturaleza, que solo el catolicismo ha podido realizar.

Por lo mismo que el hombre tiene una necesidad absoluta de la verdad, Dios debia colocar en alguna parte el depósito de la misma; y no pudiendo abrigarse respecto de dicha verdad la duda más insignificante, so pena de que de ello resultara para el hombre más mal que bien, Dios debia ponerla bajo la salvaguardia de la infalibilidad; y como la infalibilidad no podia subsistir sin órgano que la entrañara, Dios debia crear la Iglesia con el objeto de que llenara tan

importante funcion. Nada más conveniente y luminoso que esta economía. La Iglesia es la sociedad de las almas; constituye los Estados de la verdad sobre la tierra; y así como en los Estados ordinarios existe un poder supremo que juzga en última instancia y que no puede ser juzgado, debe existir tambien un tribunal superior en el reino de los espíritus, sin más diferencia que lo que en el orden temporal se llama soberanía, en la esfera dentro de la cual nos encontramos, debe llamarse infalibilidad, puesto que los cuerpos obedecen á un hombre porque empuña el cetro y las almas solo se doblan á la realizacion del mandato, cuando saben que no puede engañarse el que lo dicta.

Hé ahí pues un orden perfectamente conforme á la naturaleza y favorable al reposo de los espíritus. La Iglesia lo ha inaugurado reemplazando las contiendas individuales por una enseñanza maternal. Una madre afirma; pero no demuestra. Los doctores disertan, los maestros argumentan, una madre dice: Esto es ó esto no es: *est, est, non non*, y su autoridad se pone por encima de todas. De esta suerte la Iglesia en su método de propaganda, deja la controversia á las escuelas, limitándose por su parte á hacer ó sugerir actor de fé. Otros adquieren conviccio-

nes por medio de razonamientos, ella los forma como Dios, por medio de la palabra, y la humanidad sigue con una especie de maravilloso agradecimiento esa voz que la dispensa de escuchar, se y de conducirse á sí misma.

Y no se vaya á presumir que la Iglesia cautiva simplemente á los débiles de espíritu, pues desde S. Agustín á Bossuet no hay galería alguna de hombres ilustres que á la suya pueda compararse. Ni se crea tampoco que la Iglesia, más bien que firmes convicciones, alcance adhesiones entusiastas: se la cree más que á la creencia, más que al génio, más que á las escuelas rivales, más que á las muchedumbres, más que á sí mismo, y en tanto que no hay un sólo protestante capaz de morir por un descubrimiento ó una inspiración propia de su sentido individual, nos contamos por millones los católicos que en vista de una tiranía cualquiera encaminada á quitar un ápice de los artículos de fé defendidos por la Iglesia, estaríamos dispuestos á subir al suplicio para levantar nuestra mano y entregar al verdugo la cabeza diciendo: Crec.

Fuera de esta autoridad protectora de la infancia, del pueblo, del vulgo, y hasta de las gentes esclarecidas, contra los peligros del error, ¿qué es lo que vemos? Las anarquías intelectua-

les cambian: pero la anarquía es inmutable. Unas veces encontramos iglesias nacionales cuya infalibilidad se halla reemplazada por la fuerza: otros millares de sectas, que hasta de nombre carecen por lo mismo que los nombres sobran: otras por último una falsa independencia en la cual el libre pensamiento prescinde de la verdadera infalibilidad para someterse á la de todos los fetiches, cuando no se humilla hasta la suya propia.

No me sorprende sin embargo el que las sectas no se decidan á reclamar semejante prerrogativa. Consiste esto en que si para alcanzar la fé de los demás, es indispensable proclamarse infalible, no es posible acometer tal empresa sin exponerse á las burlas del universo. Por esto cada vez que me acuerdo de que únicamente el catolicismo ha osado sostener esta pretension, y sobre todo que sólo él la ha justificado desde hace diez y ocho siglos, por medio de su infalibilidad doctrinal, no puedo menos que experimentar la más profunda felicidad al recuerdo de esa profesion de fé llegada á nosotros al través de los siglos: me llamo cristiano, me apellido católico, *Christianus nominor, catholicus cognominor.*

Hasta el presente nos hemos mantenido dentro los límites del terreno especulativo. Hemos visto que lógicamente, el verdadero cristianismo debe estar constituido en sociedad bajo de una autoridad docente; mas en el terreno de los hechos, ¿existen esta sociedad y esta autoridad? No vacilo en contestar afirmativamente y voy a probarlo.

Que Jesucristo ha instituido, para los fines que dejamos expuestos, una verdadera sociedad religiosa, es un hecho histórico y un dogma de fé. Apelo en prueba de ello a la sinceridad de todos los adoradores de su divinidad que no estén en camino de renegar de dicha divinidad ó de suscribir á la realidad de una fundación que ha garantido en términos tan formales.

O el sentido comun escriturario no existe, ó cuando Jesus dirigiéndose al principe de los Apóstoles le decía: «Tú eres Pedro, y sobre esta Piedra edificaré mi Iglesia, se referia á la agregación de fieles que profesa su doctrina y depende de su Vicario sobre la tierra. Tambien se referia á la misma sociedad constituida en tribunal supremo al decir: «Si os visiereis precisados á levantar queja contra vuestro hermano, dirigidle vuestras correcciones directamente; si nó hiciere caso, amonestadle ante dos ó tres testigos; y si aún así no las escuchara denunciadlo á la Iglesia: despues de lo cual, supuesto que resistirá aún, será considerado como pagano y publicano.»

¿Qué significado cabe dar á estas palabras de S. Pablo «Jesucristo es el jefe de la Iglesia que es su cuerpo místico, si la Iglesia no constituye una sociedad espiritual en el sentido que dejamos expuesto? Y estas otras, «Jesucristo ha llamado á su Iglesia y se ha sacrificado para conservarla immaculada» como cabe entenderlas, si la Iglesia no constituye esa organización social que se ofrecerá siempre más clara por sí misma al espíritu del lector, que por medio de todas las definiciones de los apologistas?

Nos hemos tomado el trabajo de contar en

los libros del Nuevo Testamento más de veinticinco pasajes relativos á las persecuciones, á los temores, á los goces de los miembros, partiendo de la existencia de la Iglesia, y si tuviésemos la desgracia de ser protestantes, nos parece que no habria preocupacion alguna, hija de la educacion, que pudiera arrebatarlos á las sindéresis que debe excitar en la conciencia del que los desconoce la simple revision de los referidos textos.

Y no se diga que la Iglesia existia cuando dichos textos fueron escritos, pero que desapareció despues: porque semejante manifestacion es contraria á la promesa de Jesucristo: *«Las puertas del infierno no prevalecerán contra ella»* y á esta otra: *«Permaneceré con vosotros hasta la consumacion de los siglos»*. Es contraria á la razon, porque por lo mismo que la revelacion estaba guardada por testigos auriculares en tiempo de los apóstoles, no habia tanta necesidad de que estuviese guardada por la Iglesia; pero más adelante esta fué la depositaria indispensable de una doctrina cuyos primeros discípulos habian desaparecido, y que de seguro habria acabado por desaparecer ella misma, si no hubiese existido una institucion especial para perpetuarla. De dónde se desprende, que sea el que quiere el

camino que sigamos llagaremos siempre á la misma conclusion: ó Jesucristo fué un fundador sin prevision, ó estableció para lo porvenir y no para una sola generacion de oyentes privilegiados.

Mas, ¿puede concebirse la fundacion de una sociedad destinada á la enseñanza de las generaciones venideras, sin establecer prviamente en dicha sociedad una autoridad docente? La razon no puede admitirlo, porque sin una autoridad para unir las inteligencias que componen la comunidad, sólo existirian entre las mismas lazos de compañerismo, no de solidaridad; una aglomeracion de individualidades, no un todo homogéneo. En lo espiritual, como en lo temporal, la idea de la sociedad implica la de un poder que hace un todo de las diversas partes; que constituye el centro de su convergencia y de sus movimientos.

El protestantismo presume poder eludir esta verdad fundamental, designando bajo el nombre de Iglesia, la coleccion de aquellos que sin hallarse sometidos á ningun poder doctrinal ó disciplinario, deducen de la Biblia la regla de su fé y de sus costumbres; pero el sentido comun hace á esta monstruosa concepcion la justicia que merece. Una Iglesia que abrigase, al par, al protestante ortodoxo que admite la divinidad

de Jesucristo, y al protestante independiente que ni siquiera admite la personalidad de Dios; al protestante místico que se imagina inspirado por el Espíritu Santo, y al protestante racionalista que ni cree siquiera en la inspiración de los libros santos, no sería más que una especie de hospedería para las inteligencias, semejante á las que existen en Oriente para las caravanas, y en manera alguna una sociedad de inteligencias: una invención encaminada á prescindir de la verdadera Iglesia, no una imitación formal de la misma.

Así es como habla la razón, respecto del particular, y el Evangelio no la desmiente.

Es evidente que Jesús eligió entre sus discípulos doce con el propósito de educarlos de una manera especial; que durante tres años los trató con la mayor intimidad, hablándoles en términos llanos y sin valerse de símbolos ni parábolas; que inflamó su fé, su celo, su valor; y que les preparó para una grande empresa, de la cual les habló sólo vagamente.

Lo evidente también, que más adelante Jesús dejó entrever á dichos discípulos el propósito que abrigaba, ora manifestándoles que como él serían la luz del mundo; ora inculcándoles la necesidad de predicar á las gentes lo que él

les confiaba secretamente; ora enviándoles como mensajeros para que ejercieran el apostolado en los pueblos que tenía resuelto visitar; ora confiándoles, antes de la última cena, que su misión personal iba á concluir, y que estaba próxima á comenzar la de cada uno de ellos.

Por último, llega la hora de su ascension y de legar á la Iglesia su voluntad suprema, y en este instante se expresa en términos más explícitos y confía á sus apóstoles el mandato creador que los transforma en doctores y en conquistadores.

«Así como mi padre me ha enviado . . . yo os envié. Estoy dotado de todos los poderes del mismo en el cielo que en la tierra: id pues, enseñad á todas las naciones bautizándolas en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo, encargándoles que cumplan cuanto os he ordenado, y permaneceré con vosotros hasta la consumación de los tiempos.»

Y en otra parte: *Recorred el mundo entero, predicad el Evangelio á todas las criaturas, el que crea y sea bautizado alcanzará salvación, el que no crea será condenado.*

Esto sentado, no cabe más recurso que arrojar el Evangelio ó inclinarse ante las siguientes conclusiones: luego, y toda vez que los apóstoles

les fueron enviados, como á su vez lo habia sido Jesucristo, heredaron del mismo la plenitud de su poder para enseñar y mandar; luego, puesto que su mision se estendió á todas las naciones, al universo entero, á todas las criaturas, nadie absolutamente puede sustraerse á la autoridad de su magisterio, sin renunciar á la Iglesia; luego, y toda vez que será condenado el que no crea en ellos, su colegio apostólico es el único medio externo que se ha instituido para llegar á la fé y á la salvacion, y el protestante que se emancipa del mismo invocando la Biblia, no hace más que convertirla en testigo falso contra la palabra de Dios, de cuantas existen la más perfecta y la más indubitable.

Después que Jesucristo se elevó á los cielos su institución no quedó reducida á letra muerta, puesto que continuó funcionando en la manera que habia dispuesto. Completados los doce por la eleccion de Matias, ejercieron una autoridad suprema en la transmision de la doctrina y en el gobierno de la comunidad cristiana.

Dotados del espíritu de verdad, en virtud de la promesa de Jesus, predicaron el Evangelio á los judíos y á los paganos, primeramente en Jertusalén, después en toda la Judea y la Samaria, y más tarde hasta los últimos límites del mundo

conocido, confirmando Dios su promesa por medio de los mila gros.

Convertidos al cristianismo por el intermedio del apostolado los judíos y los gentiles, lo consultan en todas sus dudas, le confían la resolucion de cuantas dificultades se les presentan, y se someten á sus decisiones, segun claramente lo dan á entender las epístolas de los apóstoles.

En el punto y hora en que entre los fieles surgen novatores, se reúnen los apóstoles y los más ancianos, bajo la presidencia de Pedro, y en un juicio supremo definen la verdad que toda la Iglesia recibe de ellos, y confiesa sin apelacion, segun nos lo manifiesta el libro de las actas.

Finalmente, en cuanto empiezan á pulular las herejias, aun en vida de los apóstoles, estos las refutan, las exterminan, y declaran incurso en anatema hasta al ángel que bajara del cielo para anunciar un Evangelio distinto del suyo.

Si todos esos textos, si todas esas demostraciones no prueban hasta la evidencia que la Iglesia ha sido establecida, propagada y defendida por un ministerio de institución divina, suprimamos la autoridad de Cristo, de los apóstoles, de la era apostólica; y si los protestantes se empeñan en desconocer tan palmaria verdad, digamos terminantemente que no es porque crean

mucho en la Biblia, sino precisamente porque no crean en ella lo bastante.

¿Será preciso añadir que este magisterio ha de haber sido constituido en las condiciones de seguridad y de infalibilidad suficientes para proporcionar cuantas garantías pudiesen apeteer las inteligencias sometidas á su direccion? Una autoridad con la cual *estis siempre Jesucristo*, no podría engañarse sin que se engañara también Jesucristo; un poder al cual promete Dios ratificar todos los actos en el cielo, no puede equivocarse sin inducir á error al mismo Dios; un oráculo doctrinal cuyas decisiones es preciso acatar so pena de condenacion, no puede ser falible sin que la salvacion de los hombres quede á merced de un cruel empirismo, y queden sujetas á discusion la justicia y la bondad de Dios.

«Todo el privilegio de la Iglesia consiste en enseñar la palabra de Dios á los hombres sin que pueda transformarse en error. ¿Cómo enseñar al género humano, cómo exigirle fé, sin la posesion de la infalibilidad? de aquí que toda religion que no se proclama infalible, está convicta de error, puesto que confiesa tácitamente que puede engañar, circunstancia que constituye el colmo del absurdo al par que el de la deshonra,

en una autoridad que enseña en nombre de Dios (1).»

¿Será menester probar también que ese magisterio ha sido destinado á todos los siglos y no á uno sólo? El sentido comun responde: por lo mismo que Jesucristo edificó para siempre, no puede haber dogmatizado para una sola época; por lo mismo que Jesucristo prometió la universalidad de los tiempos y de los países á su enseñanza, *omnes gentes, omnibus diebus*, no puede reducir este dominio sin caer en contradiccion, sin desmentirse. Por lo demás, en el momento en que dejara de existir la enseñanza de la Iglesia, prevalecerian contra ella las puertas del infierno, sin que fuese ya posible restablecer la derribada columna de la verdad.

A más de que, ¿es por ventura un misterio que los apóstoles transmitieron el magisterio que habian recibido? ¿No ha vivido en esta persuasion el catolicismo hasta tanto que apareció la protesta suscitada por la doctrina de Lutero? ¿No son perfectamente conocidos el ejercicio, los representantes, las asambleas solennes, las decisiones irreformables de ese magisterio desde

(1) Lacordaire, la Iglesia, segunda Conferencia.

el primer Concilio de Jerusalén, hasta el de Trento? ¿Pueden cerrarse los ojos á esta verdad histórica sin apostatar de la fé de los antepasados ménos sospechosos? ¿Los mismos herejes de todas las épocas, no han empezado por ventura su rebelion por un acto de fé á ese magisterio, apelando de su condenacion al Concilio próximo?

Después de la escritura y la historia, la experiencia de todos los dias nos enseña que la vía de autoridad es la más breve y la más segura para formar las convicciones en el individuo, para mantener la unidad en la sociedad religiosa, y que desde el momento en que no creen los pueblos basados en la fé de una autoridad doctrinal, no transcurre mucho tiempo sin que no crean en ninguna. No se vaya á presumir que los simples y los ignorantes sean los únicos en reclamar los beneficios de este método de enseñanza; no, los que guiados por su razon más duras han concebido, son por punto general los más inclinados á erigirse en dependencia, convencidos de lo impotente de sus ensayos, y de lo infructuoso de sus tentativas y vacilaciones.

«No os molesteis, decía Agustín Thierry, á un célebre apologista, me es imposible seguiros en vuestras demostraciones de filosofía religiosa. Todo ello será muy bueno para otros, mas no

para mí. Yo no soy más que un racionalista que se confiesa cansado y se somete voluntariamente á la autoridad de la Iglesia. Veo los hechos, veo por la historia, la necesidad de una autoridad divina y visible á fin de que pueda desenvolverse de la manera correspondiente la vida del linaje humano. Ahora bien, cuanto permanece fuera del cristianismo no debe tenerse en cuenta; mejor aún, cuanto existe fuera de la Iglesia católica carece de autoridad; por consiguiente la Iglesia católica es la autoridad que busco y á la cual gustoso me someto. Creo cuanto la misma enseña, y acepto el símbolo de su fé (1).»

¿Qué diremos de una religion que en las postimerías de una vida cuyas fuerzas han agotado tremendas agitaciones, y cabe la muerte pronta á devorar el último instante del tiempo disponible para la investigación, sólo puede ofrecer una biblia para recomponer su símbolo, á esas almas anhelantes y exhaustas? ¿Qué decir, repetimos, de esa religion, sino que prescinde

(1) Grisy. Carta al Arzobispo de París.

por completo de los intereses de la humanidad, ó que explota en provecho propio la necesidad de la region?



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MÉXICO

DIRECCIÓN GENERAL DE ESTUDIOS

CAPITULO II

LA VERDADERA SOCIEDAD CRISTIANA HA MENESTER
UN JEFE INFALIBLE.

Que el verdadero cristianismo debe estar constituido bajo una forma social, y en manera alguna formando una mezcla confusa de individualidades independientes entre sí, es un principio afirmado por S. Cipriano cuando dice que Dios ha establecido la Iglesia para que sea la depositaria, el órgano, el convienciente, el intérprete para conservárnoslas; el órgano para anunciárnoslas; el intérprete para explicárnoslas. Todo lo dicho resulta de nuestra exposición sobre la necesidad de una institución destinada á servir de media-

por completo de los intereses de la humanidad, ó que explota en provecho propio la necesidad de la region?



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MÉXICO

DIRECCIÓN GENERAL DE ESTUDIOS

CAPITULO II

LA VERDADERA SOCIEDAD CRISTIANA HA MENESTER
UN JEFE INFALIBLE.

Que el verdadero cristianismo debe estar constituido bajo una forma social, y en manera alguna formando una mezcla confusa de individualidades independientes entre sí, es un principio afirmado por S. Cipriano cuando dice que Dios ha establecido la Iglesia para que sea la depositaria, el órgano, el conviene, el intérprete para conservárnoslas; el órgano para anunciárnoslas; el intérprete para explicárnoslas. Todo lo dicho resulta de nuestra exposición sobre la necesidad de una institución destinada á servir de media-

dora entre Jesucristo y el mundo, como guarda infalible de la revelación escrita y de la tradición.

Hagamos notar, sin embargo, que así como al prohibir á la razón filosófica que pretenda demostrar *las verdades* de la fé, la inducimos á darse cuenta de la *verdad* de la fé, del propio modo; descansando sobre la Iglesia en cuanto concierne al examen de la verdadera revelación, nos reservamos el examen de la verdadera Iglesia, y por este medio, siguiendo la célebre antítesis de M. Bonald, á falta del testimonio de la evidencia, tenemos la evidencia del testimonio más grande que puede constituir la base de una convicción.

Y hé ahí el motivo que nos obliga á proseguir la investigación capital de dicha certeza. No nos basta saber que la Iglesia debía ser fundada y que realmente lo fué; nos es indispensable demostrar dónde se encuentra la Iglesia. No basta con haber rebatido los errores concernientes á los miembros de la verdadera sociedad cristiana, nos es indispensable destruir las prevenciones y restablecer los principios relativamente á su cabeza.

¿La verdadera sociedad cristiana debe ser un cuerpo *acéfalo*, es decir, un organismo sin jefe?

Esta concepción, que así repugna á la razón como al espíritu del Evangelio, constituye no obstante el fondo de los diversos sistemas que niegan la primacía del Papa. Tales son aquellos que hacen de la Iglesia, ó una oligarquía en la cual todos los obispos tienen los mismos derechos que el romano Pontífice, ó una democracia en la cual todos los poderes, procediendo de abajo á arriba, salen del seno de la muchedumbre para ser delegados por ella á los príncipes y á los obispos. La teoría democrática tiene por autor á Marsilio de Padua, teólogo cortesano, que se puso al servicio de Luis de Baviera, célebre opresor de la Iglesia en el siglo décimo cuarto. El protestantismo, el jansenismo y el rigorismo no han hecho más que dar vueltas al mismo tema, introduciendo algunas pequeñas variaciones apropiadas al especial punto de vista en que se colocaron. La teoría oligárquica constituye el fondo del cisma griego iniciado por la rebelión de Focio. El presente capítulo está especialmente consagrado á refutar este error.

Segun los cismáticos de Oriente y de Rusia, Jesucristo no confirió á ninguno de los doce Apóstoles la autoridad suprema concerniente á la enseñanza ó al gobierno de los demás pastores y de los rebaños; si atribuyó á San Pedro alguna

superioridad en este concepto, no debe considerarse más que como un privilegio personal que se extinguió con él. De donde resulta que la primacía de los Pontíficos romanos, no es en manera alguna una institución divina, si no una concecion de las Iglesias particulares y de los fieles, y una creacion de la historia, producto de causas enteramente naturales.

¿Como se ha constituido en cuerpo de doctrina y en vasto establecimiento religioso esa falsedad tan opuesta à la evidencia de las tradiciones cristianas? Vamos à manifestarlo. Constantinopla habíase convertido en capital del imperio: el obispo de esta ciudad no tardó en adquirir una preponderancia suma en relacion à la importancia política de su sede: la ambicion del clero, el espíritu de envidia y de discordia de los Griegos, y el orgullo de los emperadores de Bizancio no tardaron en esforzar, en su propio interés, las usurpaciones emprendidas por los Pontífices de la nueva capital sobre la primacía concedida à los sucesores de San Pedro.

Tímidamente y por medios indirectos en un principio, comenzaron por insinuar que todos los privilegios de la ciudad de Roma incluso los eclesiásticos, procedian exclusivamente de ser cabeza del imperio; deduciendo de ello, que pues

Constantinopla disfrutaba el mismo título, debía gozar idénticos privilegios. En vano les contestó indignado el Papa S. Leon. «Una es la fuente de la autoridad secular, otra la de los poderes divinos;» Constantinopla continuó pérdida, mente sus protestas de suision, y al par sus tentativas de emancipacion respecto de Roma, decidida à usurpar la primacía del Papado, sin perjuicio de tributarle frecuentemente y con afectacion, hipócritas homenajes.

En el siglo quinto el patriarca Acasio, en virtud de un simple decreto imperial, se arrogó la jurisdiccion inmediata sobre los patriarcas de Antioquia, de Alejandria y de Jerusalem. Cien años despues, Juan IV, secundado siempre por el emperador, tomó el título de arzobispo de Constantinopla y de patriarca *ecuménico*. Por último, Focio, despues de haber derribado al patriarca legítimo S. Ignacio, usurpó su puesto, y como por más que hizo no pudo alcanzar su confirmacion de parte de los pontífices de Roma, tuvo la audacia de excomulgarlos por herejes.

No transcurrió sin embargo mucho tiempo antes de que se reanudaran los vínculos de la Iglesia de Constantinopla con la grande Iglesia, permaneciendo en la propia situacion durante dos siglos, es decir hasta 1054, en que se rom-

pieron de nuevo en virtud de los manejos de Sergio y de Miguel Cerulario, continuando así hasta el Concilio de Florencia de 1439. En este tiempo las Iglesias de Oriente, después de una larga separación, se arrojaron en brazos de su madre la de Roma: todo anunciaba una era de completa paz religiosa; los diputados de todas las provincias cismáticas, previa autorización del emperador Paleólogo, habían suscrito la primacía del Soberano Pontífice y el símbolo de la Iglesia romana, cuando el espíritu turbulento de los orientales y la invasión musulmana vinieron á destruir la obra de reconciliación llevada á cabo en Florencia, y á separar lo que tras tan perseverantes esfuerzos había conseguido unirse.

Los emperadores otomanos interesados en alejar de la dominación Romana á sus súbditos cristianos, para tenerlos más sujetos á su propio poder, mantuvieron en el cisma á las iglesias de Oriente: los Czares por su parte considerando más cómodo mantener un Papa á sus órdenes que prestar obediencia al Pontífice, instituyeron en sus estados una primacía ejercida ora por el metropolitano de Moscou, ora por un sínodo de su creación, resultando de ello la aparición de una verdadera servidumbre en todos

los países cristianos, sobre los cuales dejó de reinar el Papa.

El cisma griego resultó pues, y así subsiste, en fuerza de cuatro odiosas pasiones, combinadas en proporciones variables: la aspiración de las capitales políticas á convertirse en capitales religiosas; la aspiración de los Emperadores á elevarse á Pontífices; la aspiración de los Obispos á convertirse en patriarcas independientes; la aspiración de las fieles encaminada á hacer á la Iglesia dependiente de la supremacía nacional. Con todo, como el pudor del alma necesita coexistir con razones plausibles los sentimientos más inexcusables, inventóse un sistema teológico que por medio de sutilezas doctrinales pretenda paliar esa grave defecion, sistema que consiste en la teoría cismática que niega la primacía del sucesor de S. Pedro.

Expuesta dogmática ó históricamente la cuestión, el lector podrá fácilmente medir todo el alcance de los asertos siguientes, que vamos á dejar completamente demostrados: 1.º. La verdadera sociedad cristiana debe tener un jefe; 2.º. dicho jefe debe ser infalible. Aun cuando la segunda parte de la tesis sea separable de la primera en el terreno especulativo, en el de los hechos es absolutamente lógica puesto que si el

jefe de la Iglesia fuese capaz de engañarla, lejos de llevar á cabo su perfeccion, podrá comprometer sus destinos.



Contra las negaciones de la teología cismática podemos aducir dos verdades á cual más importantes, á saber, que Jesucristo ha investido á S. Pedro de una verdadera primacía sobre los demás apóstoles y que esta primacía fué transmitida á sus sucesores. Para negar esta evidencia evangélica ha sido menester hallarse cegado por la pasión. No vaya á creerse sin embargo que la autoridad divina de los Obispos sea incompatible con la supremacía del Papa y que la una sea absorbida por la otra: la Iglesia ha sido definida una monarquía templada por la aristocracia; y cuantos conocen la constitucion de la Iglesia, saben perfectamente que el elemento

aristocrático puede ejercer libre y perfectamente sus funciones bajo la direccion de la Primacia monárquica. Esta aristocracia háse hecho revolucionaria en ocasiones, con el propósito de ascender desde el segundo grado al primero en el divino edificio; y para justificarse de haber destronado al Papa, ha recurrido al ingenioso recurso de sostener que el sucesor de S. Pedro no era su heredero universal.

Establezcamos en primer lugar que la primacía docente y jurídica fué realmente conferida á S. Pedro, y despues demostraremos que no la recibió con carácter exclusivamente personal y vitalicio.

San Pedro no tiene superioridad alguna personal por cuyo medio pueda explicarse la preeminencia que ejerce en el colegio apostólico. S. Mateo, S. Marcos y S. Lucas, escribieron la historia del Salvador; S. Juan mereció el nombre de Aguila de Patmos; S. Pablo será arrebatado hasta el tercer cielo y nos legará inmortales epístolas; mas S. Pedro no posee calidad alguna que le distinga desde el punto de vista de su talento, de manera que él se convierta en el primero en la Iglesia, despues de Jesucristo, no puede ser en manera alguna en virtud de las dotes que le deba á la naturaleza, sino por elec-

cion y disposicion del mismo Jesucristo. Y en verdad que se necesita ser presa de todas las prevenciones para cerrar los ojos á tan providencial economía. Si algun el dia recorre estas páginas unenemigo de la dominacion de los Papas, le ruego que puesta la mano en el corazon, medite sobre lo siguiente.

La predestinacion de Pedro á la supremacia revelóse el dia en que Jesus le dió un nuevo nombre. *Al verle Jesus por vez primera, contemplóte y le dijo: Tu eres Simon hijo de Jona, pero te llamarás Céfias que quiere decir Pedro (piedra).* Desde este instante se transparenta el designio del Salvador respecto del príncipe de los Apóstoles. Segun los usos judaicos un cambio de nombre, de esta manera impuesto á un hombre, equivale para él al anuncio de una vocacion, de una ventura ó de un orden de cosas verdaderamente extraordinario. Abraham, Sara, Jacob, son llamados Abram, Sarái, Israel, el primero en memoria de su alianza con el Señor, la segunda por haber concebido y parido en ancianidad, el tercero por su lucha contra el ángel. ¿No se ve pues de un modo clarísimo que al llamar Céfias ó piedra al hijo de Simon, quiso el fundador de la Iglesia señalarle y designarle como piedra fundamental de un edificio futuro?

Téngase en cuenta además, que con ser el nombre de Pedro muy significativo, no lo es más que las distinciones de que fué objeto este apóstol. El es el único que camina sobre el mar con Jesus, el único que es llamado por Jesus por su nombre y repetidas veces: el único que es objeto de una oracion especial; el único que después de la resurreccion alcanza el beneficio de una aparicion singular; el único á quien se anuncia con gran anticipacion la muerte que le espera; el único, en fin, que es distinguido entre todo el rebaño apostólico, hasta por los mismos ángeles, puesto que el ángel dice á las santas mujeres: *«Anunciad la nueva á los discípulos y á Pedro.»*

Y todavía existen otros datos que ponen más en evidencia su prerogativa. Pedro disfrutará las primicias de todo, será el primero en confesar á Dios, el primero en la obligacion del amor, el primero en la práctica de la penitencia, el primero que disfrutará la visita de Jesus después de haber resucitado, el primero que propondrá el que se complete el número de doce que resultaba incompleto en virtud de la muerte de Judas, el primero que confirmará la fé por un milagro, el primero que convertirá á los judíos, el primero en recibir á los gentiles, el primero ins-

crito en las cuatro enumeraciones diversas de los apóstoles hechas en los Evangelios, en suma, el primero siempre, y el objeto de la veneración del eminente Paulo que, descendido del tercer cielo, va á contemplarle ni fin de que resulte debidamente establecido, dice Bossuet, que por más santo y por más sabio que el hombre sea, y aun cuando fuese otro S. Pablo, es menester que vea á Pedro (1).»

No podrá decirse que sea fortuito semejante cúmulo de circunstancias; mas por si respecto de ello se abrigara alguna duda, podemos citar la preconización de este Primado inmortal erigido por el mismo Jesus, valiéndose para ello de palabras más convincentes si cabe, y que jamás se pronunciaron ni sobre la cabeza de los apóstoles reunidos, ni sobre la de cada uno de los apóstoles en particular.

Simon Barjona acaba de confesar la divinidad de su Maestro con una fé y un amor tan entusiastas, que han logrado conmover á todas las generaciones que se han sucedido en el transcurso de diez y ocho siglos, y hasta á su mismo Maestro que le contesta: *«Dichosa tú, Simon*

(1) Sermones sobre la unidad.

Barjona, puesto que ni por la carne ni por la sangre has tenido esta revelación, sino por mi Padre que está en el cielo; y yo te digo en recompensa, que tú eres Pedro y que sobre esta Piedra levantaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella.»

Estas palabras pronunciadas en presencia de los Apóstoles; pero en provecho de uno sólo, y sin hacer mención alguna de los demás, no revelan claramente que en esta divina construcción, el que se designa en ella para servir de fundamento á la Iglesia, tiene mas importancia que Bartolomé y que Tadeo!

Y todavía existe otra promesa en virtud de la cual resulta más claramente sin par respecto de todos los demás apóstoles, y esta promesa consiste en la investidura única, sublime, anunciada por medio de palabras capaces de causar vértigo. *«Te daré las llaves del Reino de los Cielos, le dice el que es su Maestro y cuanto en la tierra perdones, en el Cielo será perdonado.»*

¡Qué elevación para un pobre pescador! ¿Ea posible equiparar á los doce al que en virtud de tales prerogativas está muy por encima de los demás? No, al que dudo de la primacía de Pedro, basta con recordarle el divino poder de las llaves,

Añadamos también su derecho de confirmar á todo el Colegio apostólico en la fé Jesus próximo á su fin, movido por el cariño que tenía á la Iglesia, le dice á Pedro: *Simon, Simon, has de saber que Satan ha solicitado cribar á todos los que debéis succedermé, del mismo modo que se criba el trigo; pero yo he rogado por tí á fin de que tu fé no se debilite y tú por tu parte confir- marás á tus hermanos.*

¡Y aquel á quien se han hecho tales concesiones, y aquel á quien tales cosas se han predicho, el único en recibir mision tan elevada, el único favorecido con el apoyo de semejante oracion no ha de ser, no es más respecto de los otros apóstoles que *unus inter pares*? No, el recuerdo de la criba como el de las llaves, como el de la piedra fundamental, aseguran evidentemente á Pedro el principado del doctorado y del rectorado universal.

Y sin embargo, todo lo dicho no son más que preludios y los anuncios de la creacion de esa primacia: en cierta manera podemos poner de manifiesto al momento en que resulta instituido y consagrado el primer Pontífice. Próximo el instante en que Jesucristo va á abandonar la tierra, y resuelto á echar la base de esta sociedad espiritual que hasta aquel momento se ha,

bia contentado con predecir, llama á Pedro valiéndose de estas memorables palabras. *Simon Juan, ¿me amas más que á estos?* y el Apóstol contesta: *Señor, vos sabéis que os amo.* ¿Cuya será la recompensa para ese amor tres veces solicitado por el Maestro, y tres veces jurado por el discípulo? Será indudablemente este poder que es el más grande, el más extenso, el más omnímodo que jamás se haya confiado á mortal alguno. *Apacienta mis rebaños, apacienta mis corderos.*

Y este apóstol, el único que, con relacion á la, humanidad, tiene las atribuciones del Pastor es decir, las de alimentar, conducir y defender el rebaño universal, ese Pastor constituido en vigilante, no sólo de las ovejas, sino también de los rebaños, ¿debe ser considerado simplemente como una oveja semejante á las demás? Entónces, ¿como se explica que ninguno de los otros Apóstoles recibiera de parte de Jesus encargos parecidos? ¿Y por qué este empeño en Jesus, de decirnos respecto del particular una cosa por otra, de hablarnos en términos que más bien que la expresion de su pensamiento, serian un disfraz del mismo.

Y téngase en cuenta que Pedro confirma por medio de sus actos la elevada mision de que se

hallar investido, y que su primacía no se pone en tela de juicio por ninguno de los obispos ni de los fieles de su tiempo. Jefe siempre, y en todas partes reconocido, del magisterio y del gobierno, marcha á la cabeza de sus compañeros en la obra de la promulgación del Evangelio. Él funda la primera Iglesia en Jerusalem; él defiende ante el Sanhedrin la causa de los apóstoles; él, en viajes que merecen á justo título el nombre de primeras visitas pastorales, recorre la Judea, la Galilea y la Samaria; él es quien pronuncia la primera sentencia judicial dictada por la Iglesia contra Ananías y Saphira; él es finalmente el primero en lanzar y confundir bajo el peso del anatema á Simon el Mago.

Los apóstoles y los fieles consultaban á Pedro las dificultades doctrinales y disciplinarias que se les ocurrían; colocábanse los enfermos sobre el camión que debía seguir, y resultaban curados merced á la benéfica influencia de su sombra. Hasta Pablo que ha recibido directamente de Jesus la enseñanza de la doctrina, no da comienzo á las funciones del apostolado sin haber pasado quince días al lado de Pedro á fin de establecer con él mismo comunión de pensamientos y de sentimientos. Y ahora preguntamos: ¿á que vendría esa peregrinación, esa visi-

ta al príncipe de los apóstoles, más bien que á S. Juan el discípulo preferido de Jesus, mejor que á Santiago el hermano del Señor, el obispo de Jerusalem, rodeado de la aureola de la veneración, de parte de la naciente Iglesia? Porque, dice S. Juan Crisóstomo, S. Pedro era la boca y el jefe del Colegio apostólico.

Reflexionen respecto de lo dicho los pontífices del cisma establecidos en Constantinopla ó en San Petersburgo; la primacía de Pedro que con tanto desenfado rechazan, está tan plena y perfectamente demostrada como la misión de los apóstoles de quienes presumen ser legítimos herederos. Si los textos alegados en favor de la primera tesis carecen de valor, los que establecen la segunda están desprovistos de fundamento todavía, y el día en que el Padre Santo, que de despejado de su primacía, no quedará á los Obispos Griegos otro recurso que presentarse á la misión.

Por los demás, y atestigüando con la tradición, ¿por ventura la dignidad sobreeminente de la cathedra de S. Pedro ha experimentado en tiempo alguno comparación ni concurrencia por parte de alguna otra sede apostólica? ¿No reconoció Antioquía á Pedro como su primer Pastor, no obstante haber sido fundada previamente esa

criandad por Pablo y Barnabé? ¿Y más tarde Roma no ha sido constantemente considerada como la ciudad episcopal de Pedro, aun cuando Pablo fué muerto como aquel en ella por defender la fe, y como aquel, y acaso más todavía trabajó en favor de la misma? ¿Cómo explicar todo esto si se prescinde de una primacía de institución divina en el ministerio, en el gobierno y en el magisterio del primer vicario de Jesucristo?

Los Padres de la Iglesia por su parte forman una aclamación inmensa con los homenajes reservados al Primado de Roma, y el que fué nombrado el último de los padres en el orden cronológico, pero que fué acaso el primero por la elocuencia, ha resumido en los siguientes términos ese sublime concierto: «Es esta cátedra romana tan celebrada por los padres, á la cual han exaltado como á competencia, el principado de la sede apostólica, el principado principal, la fuente de la unidad, y en el lugar de Pedro, el grado eminente de la cátedra sacerdotal, la Iglesia madre que tiene confiada la dirección de todas las demás Iglesias; el jefe del episcopado de donde procede la luz del gobierno; la cátedra única en la cual guardan todas la unidad. Al expresarme en estos términos, me valgo del len-

guaje de S. Optato, S. Agustín, S. Cipriano, S. Ireneo, S. Próspero, S. Avito, S. Teodoro, el Concilio de Calcedonia y todos los demás; el Africa, las Galias, la Grecia, la Asia, el Oriente y el Occidente unidos en un todo homogéneo (1).

¿Dónde han estudiado, pues, la historia los sofistas Bizantinos, para creer que han podido de tal suerte confiscarla en provecho de una revolución, siquiera haya sido ordenada por los patriarcas ó los archimandritas? En verdad que cuando se observa el espíritu eminentemente autoritario que se cernió sobre toda la doctrina evangélica, es difícil persuadirse de que Jesu-haya fundado sin unidad, distribuyendo la autoridad de su Iglesia entre los obispos del mundo. Más racional sería decir, comprobando el carácter del divino maestro: si no existiera la primacía de Pedro, sería menester suponerla. Pero cuando considero que S. Pedro estableció en Roma la sede de su primacía y que nombró un sucesor al cual han seguido tantos otros sin solución de continuidad hasta Pío IX; cuando reflexiono que cinco Padres de los primeros siglos de la Iglesia han redactado un catálogo de los

(1) Serm. Sobre la unidad,
vol. 1.

Obispos de Roma cuya exactitud genealógica no ha podido ser puesta en duda (1): cuando fijó la atención en esa dinastía de Primados ilustres ejerciendo un poder universalmente reconocido en las causas de la fé y de la disciplina general, en la convocatoria, presidencia y ratificación de los concilios, en las apelaciones interpuestas ante su tribunal de todas las partes del mundo; en suma y finalmente cuando oigo al baron Starck, que no obstante sus prevenciones de protestante afirma que la primacia de S. Pedro en Roma goza el testimonio de toda la antigüedad; y á Barnago que á lo dicho añade que no existe tradición alguna que reuna más pruebas en su favor; á Parson conviniendo en que ninguno de los antiguos puso en duda la fundación de la Iglesia romana por S. Pedro, ni la sucesion de los Papas á su herencia; y por último, á Puffendorf y Grotio, hablar en alta voz de la primacia de la Iglesia Romana y de su jerarquía legítima, no puedo ménos que preguntarme si la sofística griega más bien que de refutación, es sólo digna de desprecio. Y poniéndola luego al mismo nivel de los teólogos de la here-

(1) San Irineo, Tertuliano, san Epifanio, san Oribáse, san Agustín.

jía que defienden lo mismo que ella ataca, me sienta con intento de decirle: «No os ocupéis ya en escribir la historia cristiana puasto que la falsificais, y no os empeñéis en apoyaros en el Evangelio puesto que lo destruis.»

Llegados á este punto juzgamos del caso concluir valiéndonos de las palabras de un apologeta por demás autorizado que se expresa en los siguientes términos: «¿Puede darse cosa alguna más formal, más sostenida, más acabada, que este pensamiento, esta voluntad que se desarrolla durante todo el curso de la vida mortal de Jesucristo, y que del estado de proyecto y de promesa pasa al estado de ejecucion en el preciso momento en que van á comenzar los destinos de la Iglesia? Si despues de estas palabras tan claras, tan energicas, tan majestuosas, resulta una impostura la primacia de S. Pedro, no podemos ménos que decir sin temor á Jesucristo: *Si error est, a ti descepti sumus* (1).» Y si no obstante la importancia y claridad de tales hechos, tan manifiestos como persistentes, que han venido á confirmar las palabras de Jesucristo, la primacia de Pedro es una impostura.

(1) Aug. Nicolas Estudios Bíblicos, vol. II.

no estamos en el caso de añadir que los siglos y el mundo civilizado están de acuerdo en el mantenimiento de semejante superchería?

No obstante todo lo alegado, la dificultad no está enteramente resuelta. No todos los cismáticos y herejes están conformes en negar la primacía de S. Pedro; los hay que la admiten; pero sin aceptar la del Papa, diciendo que la de S. Pedro no podía pasar á sus sucesores. Para ello dicen que así como quedó extinguido con los Apóstoles el poder de obrar milagros, la inspiración divina y el privilegio de la infalibilidad, la primacía eclesiástica espiró con el primer Vicario de Jesucristo. Cuando en ella ha querido apoyarse no es más que mera usurpación. Sembrada en la tierra la palabra divina, la verdad ha germinado por sí sola auxiliada por los escritos divinos; únicamente, en opinión de los cismáticos, es indispensable la existencia de Obispos en defecto del Papa, para velar por la conservación de dichos escritos; en tanto que, según la hereja, bastan impresores que los reimpriman, bñhoneros que los propagueen, y lectores que los consulten.

Averiguémos pues si es verdad que el primado de S. Pedro no sea hereditario en los que ocupan su sede, y si procede borrar esta gran a-

firmación de Bossuet: «No se diga que el ministerio de Pedro concluyó con él. Lo que debe servir de sostén y apoyo á una Iglesia eterna, no puede acabar. Pedro vivirá constantemente en sus sucesores; Pedro hablará constantemente desde su cátedra (1).»

A poco que merezca la razón el derecho de que se la cuente en el número de las apreciaciones teológicas, es menester confesar que no puede imponérsele el sistema cismático sopeña de torturarla. En efecto: ella nos dice que la primacía de Pedro, no ha podido tener en manera alguna en la Iglesia, una razón de ser provisoria ó transitoria. Esta primacía fué un medio indispensable para constituir la unidad contra los errores y un dique opuesto al desbordamiento de los vicios, y como todos los siglos están sujetos á los mismos vicios y á idénticos errores, la supremacía pontificia debe ser perpetua, sopeña de inconsecuencia en el fundador de la Iglesia y de confusión en su obra.

¿Qué pueden, qué fuerza tienen simples obispos diseminados sea para la instrucción, sea para la reforma del universo, cuando los derechos

(1) *Form. Sobre la unidad.*

de cada uno de ellos concluyen al pisar los límites de la diócesis del vecino? ¿Qué pueden, siquiera reunidos en concilio general, ya que el concilio por su naturaleza es transitorio, en tanto que las necesidades de la enseñanza y del gobierno eclesiástico son permanentes? ¿O consiguen aún una primacía permanente capaz de imprimir movimiento á los rodajes inferiores, es decir, sin una cabeza que pueda mandar á los miembros, no hay en la Iglesia unidad posible, y su movimiento de conjunto se convierte en un completo desbarajuste.

Por lo demás, ¿no es un verdadero contrasentido admitir una primacía en la Iglesia, cuando esta no tenía necesidad de ella, y rechazarla precisamente cuando la necesita imprescindiblemente? En tiempo de S. Pedro todos y cada uno de los apóstoles estaban dotados de dones excepcionales, según dejamos manifestar; los fieles eran relativamente, poco numerosos, más firmes en la fe, más ardientes en la caridad; no es pues cosa completamente destituida de sentido creer que Jesucristo haya querido suprimir la primacía en el preciso momento en que era más necesaria que nunca, es decir, cuando los obispos se han aumentado desde doce hasta muchos miles; cuando ninguno de ellos es más infalible ni está más

bien inspirado que los demás; cuando muchos son culpables de los delitos de escándalo y herejía; cuando los fieles, en fin, expuestos á todos los vientos de la doctrina, rodeados de toda suerte de errores, dispersos bajo todas las latitudes, separados por toda especie de lenguas, de nacionalidades, de preocupaciones, no podrían entenderse en materia de fé, sin una autoridad establecida en el centro del mundo, para servirles de lazo de unión? Es esta una demostración por absurdo, decisiva contra los adversarios de la supremacía papal, y es indispensable insistir en la luminosa teología de Bossuet.

«Era indispensable en la Iglesia la existencia nunca interrumpida de un Pedro, para confirmar á sus hermanos en la fé. Era el medio más propio para establecer la unidad de sentimientos que el Salvador deseaba, y esta autoridad era tanto más necesaria, á los sucesores de los Apóstoles, en cuanto su fé era más fuerte que la de sus antecesores. (1).»

Sí, era indispensable en la Iglesia la existencia perenne de un Pedro, y por más que se inquiera, no puede darse con la razón en virtud de la

(1) Bossuet, 76.

cual Pedro habria prescindido de esta fundacion inmoral para abdicar toda la autoridad en el episcopado. Jesucristo llama unas veces á la Iglesia reino, y en un reino no hay más que un rey; otras casa, y en la casa no hay más que un padre de familia; ora nave, y en la nave no hay más que un piloto; ora cuerpo, y en un cuerpo sólo hay una cabeza; ora rebaño, y el rebaño sólo tiene un pastor. Ahora bien, ó debe prescindirse de todas las semejanzas, de todas las analogías, de todas las indicaciones evangélicas, ó no puede ménos que admitirse el dógma de la primacía.

¿No es además inconcebible el que habiendo Jesucristo establecido un sacerdocio, sus sacramentos y su Iglesia para siempre, se contentara con señalar á la primacía una duracion temporal? ¿A qué esa anomalía de una supremacía momentánea en una sociedad cuyas ruedas todas son inmortales?

¿Y no es más inadmisibles aún que Jesus el predicador de la unidad por excelencia, el que en todo la ha establecido en honra y memoria de la que existe entre él y su Padre, haya basado su obra sobre una diversidad tan espantosa que en el caso en que fuera cierto el cisma, resultarian tantos Papas como Obispos existen, y

en consecuencia, existirian tantas Iglesias como diócesis! No puede desconocerse que todas las probabilidades racionales están en contra de esta hipótesis y el Focianismo, el Rusianismo, el Anglicanismo, no llevan tan profundamente impreso el sello del pensamiento de Jesus, para que debamos persuadirnos que de él proceden.

Demos de mano sin embargo á las consideraciones filosóficas, y preguntemos á la historia. ¿Qué nos dice con relacion á la perpetuidad de la primacía en los Soberanos Pontífices?

Cuando el cuerpo apostólico recibió de Jesus la mision de enseñar, componiase de dos elementos, á saber: los Apóstoles y su primado; por consiguiente, si en virtud de estas palabras *estare con vosotros hasta el fin*, los apóstoles se han perpetuado en sus sucesores, otro tanto ha de haber sucedido con el Primado. En aquel momento solemne S. Pedro gozaba plenamente de su prerogativa; su prerogativa debe pues subsistir siempre presente y en ejercicio en la Iglesia, so pena de admitir que Jesus ha dejado de ser con el Papa, para continuar siendo con los Obispos, lo que constituye el colmo de lo arbitrario en materia de interpretacion. O la palabra del Divino Maestro instituyendo el apostolado ha perdido toda la accion de transmisibili-

dad, aun para los obispos, ó es indispensable que dure aun para el Papa, porque evidentemente Jesucristo ha hablado de los sucesores de S. Pedro como de los doce apóstoles cuando ha dicho: *Permaneceré con vosotros*. Por consiguiente, el ministerio de Pedro se ha hecho *ordinario, principal y fundamental* en toda la Iglesia.

¡Extraña pretension la del episcopado separado de Roma de tener un árbol genealógico más verdadero que el de los Pontífices romanos! ¡Extraño delirio sobre todo el que consiste en no comprender que segun la doctrina docente, desapareciendo la primacia, ha de desaparecer el episcopado!

¡Justificaría acaso esta distincion inconsecuente la tradicion de los primeros siglos? De ninguna manera, porque despues de la muerte de Pedro, sus sucesores ejercen todos sus derechos sin reclamacion alguna de parte de las Iglesias.

El segundo concilio de Nicea hizo saber á todos los siglos, *omnibus seculis notum sit*, que el heredero de la silla de Pedro, está dotado de la primacia de jurisdiccion. El concilio de Efeso decretó que S. Pedro debe ser considerado como viviendo siempre y juzgando en sus sucesores. Finalmente, el cuerpo entero de los pastores, que, segun la doctrina de Constantinopla, está

en posesion de la infalibilidad, ha proclamado cien veces ántes que apareciera Focio, que era de institucion divina la primacia del Obispo de los obispos. Póngase el cisma de acuerdo consigo mismo, y no le será difícil entenderse con Roma.

¡Tuvieron los Padres, respecto del particular, opiniones distintas de las que nosotros profesamos? De ninguna manera: cuando San Ambrósio decia: *Donde está Pedro; allí está la Iglesia* (1), de seguro no veía en el Papa un sucesor empujueñado del primer Pontífice, puesto que en él veía la personificacion incesante de la Iglesia. Y cuando San Jerónimo escribía: «La salvacion de la Iglesia depende de la dignidad de su supremo sacerdote; si este jefe no estuviese revestido de un poder extraordinario superior á todos, habria tantos cismas como sacerdotes existen (2), de seguro que el sébio anacoreta se referia á una primacia permanente en el gran sacerdote del catolicismo, y no á una autoridad parecida á la de los demás obispos (3). Ciertamente

(1) In Ps. 60 a 20.

(2) In Job. lib. 1 a 24.

(3) Si somos sobrios en las citas patológicas, y cuidamos de abreviar todo lo posible los temas de que nos servimos para apoyar nuestros

que en los tiempos heroicos del cristianismo, como en nuestros días, los mayores santos han tenido, respecto de Roma, momentos de mal humor y palabras duras, resultado de ciertas pruebas; mas no deban confundirse en manera alguna sus torpezas con su doctrina.

Estudiásete en el conjunto de su existencia y no en momentos determinados de su vida; en su teología y no en lo que podría llamarse su retórica, y se les encontrará unánimes respecto del particular, y se adquirirá la convicción de que los griegos no han promovido su cisma por que fuera obscura la primacía de Pedro, sino que, por el contrario, han oscurecido la primacía con el propósito de excusar el cisma que promovieron.

Y no obstante lo dicho, la verdad es que se han sublevado contra el sentido común para autorizar su insurrección contra los Papas. ¿Cómo? Todo cuanto se ha operado de más grande en el orden moral de diez y ocho siglos acá, la pro-

principio, es porque nos proponemos evitar el causal factor. Dado caso que desee convencerse por sí mismo de los hechos que respecto de esta materia proporciona la tradición, encontrará datos abundantísimos en todos nuestros tratados relativos a la Iglesia.

pagación del Evangelio, la conversión de los infieles, la civilización de los bárbaros, los santos, los mártires, la transformación del mundo, todos esos frutos de la iniciativa y de la cooperación papales, serian únicamente efecto de una aña-gaza y de una supremacía usurpada!

En cambio, los excesos sacrílegos cometidos por los herejes y por los príncipes, por la violencia y por la impiedad, por los invasores y por los blasfemos en odio á los Pontífices, toda esa conspiración de rencores y de perversidades que de todos los puntos del horizonte se encarniza incesantemente contra el trono de S. Pedro, con el objeto de convertirlo en calvario, y contra sus sucesores para trocarlos en una dinastía de mártires, ¿no sería más que resultado de un acto de justicia? Porque la verdad es que si los Papas no son los verdaderos herederos del catolicismo, deben considerarse como verdaderos usurpadores.

Y esos errores que han sido abjurados bajo su palabra, y esas pasiones que han sido encajadas por su poder, y esos príncipes que se han inclinado ante su voluntad, y esos pueblos que han tomado dirección distinta obedeciendo á sus mandatos, y todo ese universo que en medio de tantas tormentas se postra de rodillas pa-

ra recibir sus bendiciones, aun cuando para hacerse obedecer no cuentan con nada más que su amor, ¿todo esto no ha de ser más que el imperio de una primacía prestada, y resultado de una alucinación general? Imposible.

Dirijámonos si no á los mismos enemigos del pasado, y veremos qué no han vacilado en reconocerlo, en tanto este ha querido reconocerlos á ellos. Desde Valentin y Marcion hasta Eriquo VIII, pasando por Ario, Pelagio, Nestorio, Eutichas, las grandes rebeliones se han dirigido constantemente contra Roma, hasta tanto que Roma se les ha mostrado contraria. Eocio decía modestamente á Nicolás I.º: «Os escribo para defenderme, no para contradeciros,» de donde se sigue que después de haber accedido á reconocer la primacía del papa como acusados, carecen del derecho de emanciparse en cuanto se han visto condenados, y que por consiguiente puede decirse al cisma oriental: Lo que os alejó de la primacía no fué la luz sino la pasión, y por nuestra parte recibimos vuestra actual persistencia, á la justicia de vuestros comienzos.

Detengámonos al llegar al término de estas consideraciones en la conclusión deducida por el protestante William Cobden: «O es menester

negar la verdad de las Santas Escrituras, ó es preciso confesar que Jesucristo en persona promete á todas las generaciones un jefe de la Iglesia (1).» En efecto, todas las generaciones son objeto de la solicitud de Jesucristo: á una mirada y á un amor infinitos les es imposible circunscribirse á más reducido espacio. Por consiguiente, para que la primacía de S. Pedro no constituya un argumento contra la sabiduría y la justicia de Dios, es indispensable que continúe al través de los siglos, como una antorcha inextinguible, llevando á los últimos habitantes de este mundo la verdad revelada por Jesucristo.

II.

La Iglesia debe pues tener un jefe. ¿Debe este jefe ser infalible? Una autoridad doctrinal divinamente instruida no se concibe sin el don

(1) Historia de la reforma Carta segunda.

de infalibilidad, dice Melebrache. Y no basta que esta autoridad se crea infalible por ser divina, sino que, puede decirse que solo es divina en cuanto se considera infalible. Imaginaos un jefe de religion reconociéndose capaz de engañarse, y que os condena si no os sometéis á su fe, y tendréis la barbarie más monstruosa fundada en la más monstruosa aberracion. Para tener el derecho de imponer una creencia, sopena de muerte eterna, es indispensable que el poder que la imponga esté seguro de no engañarse, de lo contrario eso poder degenera en la más atroz y estúpida de todas las tiranías. En este concepto el catolicismo no somete en manera alguna á sus adeptos á una prueba extraordinaria, puesto que la infalibilidad es una necesidad lógica en todo poder que hable en nombre de Dios, y la religion que de ella prescindia jamás lograría obtener la creencia de las domas por la razon sencilla de que no cree divinamente en sí misma. Tres principios existen para conciliar las repugnancias contemporáneas con este dogma tal cual lo entiende la Iglesia; la belleza del orden que constituye, la solidez de las razones que la apoyan, y lo fútil de las objeciones que se le oponen.

Detengámonos un instante en la contempla-

cion de las armonías y grandeza de esta parte del edificio católico. La infalibilidad de los Papas tiene por centro el lugar más célebre de la tierra. Roma ha superado á Jerusalem en los piadosos respetos de la cristiandad, y si las dos alianzas han llorado á su vez la pérdida de la segunda no hay quien pueda imaginar la suma de desgracias y de ruinas que en el campo de la historia representaría la destruccion de la primera. Hay en la tierra una colonia augusta que participa de la grandeza dei Tabor y de la del Sinai. Como este lanza rayos y torrentes de luz: sus rayos han aniquilado todas las herejías; los torrentes de su luz han servido de faro á la civilizacion en la carrera del progreso que lleva recorrida en el espacio de diez y ocho siglos. Como aquel recibe dicha colina luces superiores á las que proceden de este mundo, y sus perspectivas ocupan un lugar intermedio entre las visiones de la tierra y las de la eternidad, y singular coincidencia! esta fútilica colina se ha llamado con verdadera razon la montaña de los oráculos ó el Vaticano (1). Existe en ella un sér en el cual reside perpetuamente el Espíritu de

(1) De *Vaticano*.

Dios, que pronuncia fallos inapelables cuantas veces se sienta en la cátedra de S. Pedro para hablar. No hace la revelación; pero la guarda: no puede aumentar el tamaño del objeto; pero lo desarrolla; y por esto los decretos que promulga en el transcurso de los siglos, tocan más de cerca los intereses de la humanidad que el descubrimiento de los mundos desconocidos, y la humanidad sólo distinguirá matices y en manera alguna contradicciones entre las decisiones del pasado y las revelaciones del porvenir.

No se escandalice el lector si me ve en apariencia comparar lo que es incomparable. La verdad de la iglesia militante y la de la iglesia triunfante son una misma cosa, escepcion hecha de las tunicas que todos los días va desvaneciendo al pontificado. Como Sauto Tomás viera arrebatado por la muerte á uno de sus amigos más predilectos, alcanzó la gracia de tener un consuelo á su dolor con las frecuentes visitas que le hacía esa alma tiernamente amada, y como durante una de esas visitas ó apariciones el maestro dijera al discípulo: «Oh tú, que tienes al presente la dicha de contemplar la verdad en Dios, dime si en mis lecciones se encierra error.» Este dió esta respuesta sublime al Angel de las escuelas: «Lo que hemos aprendido es lo que

hemos visto en la ciudad de Dios. *Sicut audivimus, sic vidimus in civitate Dei* (1).» Hé ahí pues un testimonio que ningún doctor particular puede recibir bajo el mismo título que los vicarios de Cristo. En la tierra la verdad se manifiesta envuelta en el enigma, en el cielo resplandece como la luz del mediodía; y los Papas, que tienen la misión de iniciar al linaje humano del uno al otro de esos polos de la luz, con los maestros que más seguridad tienen de escuchar eternamente en boca de los elegidos este sublime himno de gratitud. «Lo que hemos oído en Roma, hemos visto en la ciudad de Dios.»

No hay pues para qué se haga á este pueblo un cargo por su inmovilidad. Su inmovilidad, si realmente existe, es como la del eje en rededor del cual gira el mundo incesantemente y con él cuanto en él mismo existe, sin que quede más remedio al que por la tanjente pretenda escapar, que precipitarse en los abismos más insomdables. Pekin, Constantinopla, San Petersburgo pueden desaparecer de la superficie terrestre sin que disminuya en lo más mínimo la intensidad de la ley; mas el día en que desaparezca Roma

de la sobre haz de la tierra, esta, semejante á un buque arrastrado por desecha borrasca, sin faro ni guía en medio de mares alborotados, será juguete de las más encontradas pasiones: sólo pueden dudarlo los que, ciegos de nacimiento, no experimentan el dolor de verse privados de luz, ó los malvados que gustan de la oscuridad por lo mismo que favorece la realizacion de sus intentos criminales.

No se me oculta que la luz que de Roma procede es muy distinta de la que brota de Paris; pero esta amenaza incendiar el mundo, en tanto que aquella evita que se precipite por la pendiente de un nuevo caos. No desconozco, tampoco, que la salvacion de los pueblos no se entiende del mismo modo en Paris que en Roma; mas en punto á doctrina social, como acontece con los caminos de Brindis y de Ostia, las vías romanas son las únicas que no pueden destruirse: una generacion podrá cubrir las con el polvo de su desprecio; pero otra generacion las descubrirá absorta bajo sus plantas y sobre sus losas inquebrantables y hará pasar el carro triunfante de su vilizacion.

Por esto no me ha causado sorpresa ni admiracion, el que nuestro siglo haya contemplado como verdadero martirio el morir en defenza de

esa porcion de tierra en que descansan los fundamentos del orden universal. En otro tiempo se vertía la sangre por la té, hoy se vierte tambien por el suelo desde el cual pronuncia sus verdades. Todas las patrias se han coligado para la defenza de esta patria comun, y así como la madre de Orígenes le guardaba bajo llave sus vestiduras para impedirle que se entregara al verdugo, en nuestros dias se ha visto á las madres católicas haciendo generosamente el sacrificio de su sangre en aras de esta santa causa.

Por desgracia, no obstante tan nobles esfuerzos y tan generosos sacrificios, por esta misma puerta del Pópulo por la cual pasó en otro tiempo Carlo-Magno, penetró la revolucion con el fin de destruir lo que Carlo Magno edificara. «Señor, decía un dia Canova á Napoleon I, sobre la tumba de los Apóstoles existen recuerdos que ni vos mismo podeis arrebatar.» De esos recuerdos que no pudieron arrebatar los poderes conquistadores, la Italia se ha apoderado por medio de la superchería y del escamoteo. Ha de esperar que su usurpacion se detendrá ante el dimital de la morada de los Papas. El día en que el Papa se viera desterrado de Roma, sería menester abrir de par en par las puertas de las demás ciudades para que por ellas pasara triunfante la

Magestad Pontificia: el día en que una dictadura plebeya se instalara en el Vaticano, sería indispensable dar en alquiler la mitad del edificio. Por lo demás la condición más importante para toda instalación, es que la casa convenga al inquilino y el inquilino al dueño de la casa. Y la verdad es que de todos los lugares de la tierra, no hay ninguno como el asiento de la infalibilidad, que menos se preste à la instalación de una demagogia hija de Machiavelo, que despues de haber confiscado la palabra de Dios, no tendrìa ni una sola palabra para garantizar al mundo su honradez.

¡A qué repetir las palabras de Jesucristo que dejamos citadas en otro lugar! Y no obstante no podemos prescindir de ello, porque el fundamento de la infalibilidad es el mismo que el de la Primacia Pontificia y sólo por ellas podemos formarnos cabal concepto de la perfecta economía que nos está ocupando.

Un día el divino Maestro, inquiria la opinión que de él tenia formada sus discípulos, y Pedro tomó la palabra expresándose en los siguientes términos: *Vos sois Cristo Hijo de Dios vivo.* Contestando à esta bella confesion de su divinidad, Jesús le dijo à su vez. *Dichoso tú, Simon Barjona, puesto que no es de la sangre ni de la carne*

sino de mi Padre de quien tienes semejante revelacion; y yo te digo, que tú eres Pedro (piedra) y sobre esta piedra levantaré mi Iglesia y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella (1).

Esas palabras son las más prodigiosas que en tiempo alguno se hayan pronunciado sobre la cabeza de un mortal. Desde el momento en que fueron proferidas han permanecido sobre el sòlio de S. Pedro como un son siempre vibrante y han obrado siempre en la inmensidad de los tiempos. En vano es que se asesine al hombre por ellas consagrado, pues se transmiten à su sucesor con tanta fuerza, que los verdugos más sacarnizados no pueden evitarlo. Las fórmulas sacramentales deben ser renovadas para que produzcan sus efectos, esta descendencia sobre la cabeza de todos y cada uno de los pontífices que han existido y han de existir, para consagrarlos, en virtud de una impulsión que cuenta diez y ocho siglos de existencia. Cierto que no es un sacramento; pero es algo superior, pues constituye el origen de los poderes de ordenacion, de los po-

(1) Mateo, 16. 17 y sigt.

deres de jurisdicción, de la genealogía pastoral, y los pontífices cuya frente con ellas ha quedado marcada, han merecido ser llamados los vicarios de Jesucristo, ó los *Padres de la luz* evangélica en el universo.

¡Queréis saber ahora la razón de no debilitarse esa luz, á pesar de tantos eclipsos y tempestades! Pues es muy fácil decirlo: consiste esto en que dicha luz procede del amor, y el amor, como todas las grandes hogueras se aviva, en vez de extinguirse al impulso de los vientos que pasan soplando á su alrededor. ¡Extraña coincidencia! el amor profano constituye un principio de ceguera, y por esto el paganismo lo representó con una venda en los ojos. El amor sagrado, por el contrario, constituye un principio de luz, y tenemos de él una prueba irrecusable en las siguientes palabras: *Simon Juan, ¿me amas más que á estos? Si Señor, sabéis que os amo. Y qué recompensa se dará á este amor! Héla ahí. Apacienta mis rebaños, apacienta mis hermanos (1)*, es decir, el gobierno del mundo por medio de la infalibilidad.

Si, el fuego en la Iglesia como en la naturaleza.

(1) Juan, 21. 15 y 16.

sa es la fuente de luz. El amor es el principio de la autoridad docente, y hé ahí la razón probable de llevar el órgano de la infalibilidad de la Iglesia, el nombre más dulce que pueda concederse á la soberanía. Los otros dominadores se llaman autócratas ó cesáres; este lleva el simpático nombre de Padre, Papa; y hasta para distinguir su tutela y su enseñanza de tantas paternidades metafóricas como llenan la tierra, los pueblos le llaman *Padre-Santo!* Es imposible pronunciar este nombre con la imparcialidad de la indiferencia. Cuanto se refiere á dicha paternidad constituye una cuestión de familia, de un extremo del mundo al otro, y no puede tocarse á ella sin que el universo entero se estremezca á impulsos de la emoción, cual si la majestad sagrada de la naturaleza se sintiera ultrajada en su seno.

Cuando en otros tiempos ibase desmoronando el imperio romano, los próceres galos expresaban á Avito la amargura de este desastre, diciendo: El universo sufre en Roma. Acaso en tiempo alguno se ha producido con más intensidad, este fenómeno de sentimiento moral, que al presente. Al contemplar el llanto de Pío IX nos hemos sorprendido considerando cuánto puede sufrir un hombre en el corazón de otro que no sea él.

Y es que siendo Roma el corazón del mundo, cuando el corazón está lleno de lágrimas, el cuerpo entero padece. Y esta pasión no es nueva, sino muy antigua; Tertuliano la conocía á fondo y la designaba por medio de ese sublime neologismo *Romanitas*, alusión consonante á este amor, no ménos universal, llamado *humanitas*! El amor de Roma, el amor de la humanidad, dos afectos que en el fondo se responden; pero de los cuales el primero parece ser superior, porque implica al par el amor de los hombres, y el amor de las enseñanzas de Dios.

Si hay quien juzgue exagerado el entusiasmo de mi subordinación, contestaré: Vos pertenecéis á la edad media, yo pertenezco á mi época. Que se guardaran prudentes reservas respecto de la infalibilidad del Papa cuando sojuzgaba á los príncipes y á los pueblos, se comprende; pero hoy día en que el Pontífice no tiene más fuerza que su debilidad, puedo y debo obedecerlo sin temor de esclavizarme; habría podido poner en tela de juicio su corona de Rey de Reyes; pero me declaro cortesano de su corona de espinas.

Hasta ahora el orden que acabamos de exponer, más bien que convencernos nos admira. Convengamos, pues, en que la infalibilidad del

Pontífice supremo se presenta en su historia rodeada del prestigio de los beneficios y de la grandeza de los recuerdos; mas gállese fundada en la verdad ó constituya su base una mera superstición católica!

No cabe dudar que todo decreto Pontificio, resolviendo *ex cátedra* en materia de fé, de costumbres y de disciplina general, es decir, dirigiéndose á la Iglesia universal, obliga en conciencia, porque el Papa hablando en tales condiciones es infalible. Nos ocuparemos más adelante en desvanecer las dificultades y reparos que á esto se oponen; al presente nos limitaremos á resumir la teología de este dogma, mucho ménos espantoso que otros para la razón, siquiera más rechazado, gracias á las preocupaciones de la época.

Las palabras que establecen la primacía del Papa, basta con que sean expuestas para que sirva de prueba á su infalibilidad. Abro, pues, el Evangelio, y pregunto á los que tienen la dicha de creer como yo creo.

Se ha dicho al soberano Primado: «Eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, luego la Iglesia descansa sobre Pedro, como un edificio sobre sus cimientos. Y puesto que las puertas del infierno no prevalecerán contra el

edificio, ménos podrán proyaecer contra su base, puesto que si la base pudiese padecer, el edificio dejaría de ser inquebrantable. «Es mas claro que la luz del mediodía, dice Fenslon, que la Santa Sede no sería el fundamento de la Iglesia si pudiese defuair algo herético en cuanto ordena crear.»

Ademas de esto, el Salvador dijo particularmente á Pedro: «Te daré las llaves de mi reino, y cuanto atares y desatares en la tierra, atado ó desatado será en el cielo,» de donde se sigue evidentemente que Jesucristo ha reconocido y anunciado el don de infalibilidad de los Papas, adelantándose á ratificar cuanto será enseñado ú ordenado por ellos, y Dios no puede sancionar ni lo falso ni malo. Mas adelante se dirjieron idénticas palabras á todo el esgrado colegio apostólico, y tales palabras se admitieron como prueba de la infalibilidad de la Iglesia, cuando conciernen únicamente al sucesor de S. Pedro. ¿En qué consiste que no se haya concedido á las segundas el mismo sentido y la misma virtud que á las primeras?

En otro texto hemos visto tambien á Satán desear de pasar por el harnero á todos los apóstoles, y á Jesus rogando en favor de San Pedro con el objeto de que su fé no desfallezca, y

procure por su parte animar á sus hermanos: y ahora, dirigiéndome á los que con tanta ligereza proceden en estas cuestiones, me permitiré preguntarles: ¿Puede racionalmente admitirse, que habiendo sido instituido para confirmar á sus hermanos, tenga Pedro en tiempo alguno necesidad de ser confirmado por ellos? Dudar de la eficacia de la oracion de Jesus en favor de Pedro, ¿no valdría tanto como dudar del mismo Jesus? Indudablemente, porque si semejantes promesas no expresan que el Príncipe de los apóstoles se halla libre de error, para corregir los errores de los demás, nada significan que sea digno de la razon evangélica.

Finalmente, existe otro texto suyo que concluye con las siguientes palabras: «Apacienta mis rebaños; apacienta mis ovejas.» El pasto del rebaño espiritual lo constituye en primer lugar la doctrina; mas si la Iglesia pudiese reformar la enseñanza dada por el Soberano Pontífice, no sería el Pastor quien alimentara los rebaños, sino que serian estos los que proporcionarían alimento al pastor.

Para escapar á tales conclusiones, no queda más recurso que ignorar el Evangelio; ó sabiéndolo, trastornarlo; ó sabiéndolo y no queriéndolo trastornar, renegar de él.

En su apoyo invoco la tradición que es la fe viva de las Iglesias desde su origen. Nada más conmovedor para la fe y para el corazón, que escuchar en los diferentes puntos del horizonte católico, las siguientes deposiciones de las antiguas cristiandades. Tan pronto es la primitiva Iglesia hablando por boca de San Ireneo y apelando à la cátedra de Pedro, como *regla de fe* (1), tan pronto es Cartago declarando por boca de San Cipriano «que si hay cismas y herejías proviene únicamente de no estar puestas todas las miradas en el Pontífice que juzga à la Iglesia en nombre de Jesucristo [2];» tan pronto es Cesaréa exclamando por boca de San Basilio: «Si lo que debe creerse no está definido por el Concilio, es menester que lo defina el romano Pontífice (3);» tan pronto es Hipona por boca de San Agustín (4); tan pronto el desierto cristiano, que por el órgano de San Jerónimo sostiene el mismo principio (5).

(1) Adv. Hæres. lib. II.

(2) Epist. 65, ad Cyrus.

(3) Epist. 26, ad Athan.

(4) Serm., 181.

(5) Epist., 15.

No nos detengamos en este largo proceso de los siglos, escuchando à Inocencio I, que al escribir à los obispos de Africa, decía: «Cuando se tratan materias que interesan à la fe, el episcopado debe referirse à la sede pontificia de donde procede su autoridad (1);» ni al papa San Leon diciendo al Concilio de Calcedonia: «No se trata de discutir valerosamente, sino de creer mi carta à Flaviano (2);» ni al papa San Celestino dando las siguientes instrucciones à sus legados àntes de que emprendieran su viaje à E-feso: «Si las opiniones se hallan divididas, acordados que estais allí, no para disputar, sino para juzgar (3).» Todos estos testimonios de la antigüedad cristiana; todas esas solennnes manifestaciones de los santos y de los doctores, hallanse contenidas en la reciente afirmacion del Concilio Vaticano. Este no ha inventado el dogma de la infalibilidad, lo que ha hecho ha sido definir, fundándose en los mumentos de la tradición, que el dogma formaba parte de la creencia católica. Su mision no se dirige à crear una verdad más, sino à arrancarla de la historia de la

(1) Epist., 29 y 30.

(2) Epist. 68.

(3) Epist. 17.

revelacion, como de una especie de seno mater-
no dentro del cual tenia ya vida: acto, por con-
siguiente, que puede ser considerado como una
especie de aclamacion de todos los siglos en fa-
vor de la infalibilidad; puesto que lo establecido
por el último Concilio con la asistencia del Es-
píritu Santo, tiene su base en deposicion que le
han proporcionado los siglos, de modo que si
los siglos no hubiesen dicho cosa alguna respec-
to del particular, el Concilio nada habria estable-
cido.

El asentimiento explícito de la Iglesia univer-
sal al dogma de la infalibilidad, no ejerce más
imperio en mi conviccion que la adhesion impli-
cita tanto más poderosa cuanto ménos vista. Los
decretos de los Concilios relativos á la fé, á las
costumbres, á la disciplina general, han pasado
siempre por ser ó no ser irreformables, segun
que hayan sido confirmados ó rechazados por el
Soberano Pontífice. Mas el Soberano Pontífice
no es infalible en la aprobacion ó no aprobacion que
concede á las decisiones conciliares, pudiendo
aprobar disposiciones que son contrarias á la fé,
pero no ratificar otras que son ortodoxas, la
Iglesia se hallará forzosamente inducida al error.

Prueba irrecusable de que los Concilios ge-
nerales y la Iglesia dispersa han siempre creído,

bien que implícitamente, en la infalibilidad del
romano Pontífice, porque en definitiva, la auto-
ridad del Concilio descansa sobre la del Papa,
ya que el Papa es Juez de la oportunidad de la
convocatoria, presidente necesario de las delibe-
raciones, fiscal omnipotente de la verdad de las
decisiones, y el derecho del Papa unido á la mi-
noría, es superior al de los sufragios de la ma-
yoría separada del Papa.

Nada más lejos de nuestro intento que dismi-
nuir la importancia de los obispos como jueces
de la fé; mas, entiéndase que son jueces en pri-
mera instancia, en tanto que el Papa pronun-
cia el último grado. Tampoco tenemos la pre-
tension de negar la infalibilidad de la Iglesia en
general; pero esta infalibilidad, lejos de excluir
la del Soberano Pontífice, la supone, porque a-
quella no existe sin el concurso de esta, en tan-
to que ésta tiene por sí sola poder omnimodo
para regir y gobernar. El episcopado, siquiera
de derecho divino, no es en materia de fé más
que el supremo Consejo del Papado, encargado
de dar dictámen si el Papado le pregunta, y ob-
ligado á someterse si prescinde de consulti-
larle.

De esta suerte se desvanece el error, que con-
siste en ver en la Iglesia dos infalibilidades pues

tas la una frente á la otra, y teniéndose en jaque ó manteniéndose en equilibrio. No en realidad no hay más que una, la del Pontífice; la otra es únicamente un apéndice, un complemento de la primera, sin facultad para decidir cosa alguna, en tanto el Papa no le concede misión para deliberar y aprobación para decidir.

Un argumento deducido del principio galicano corrobora singularmente la doctrina de la infalibilidad papal. El Galicanismo colocaba la infalibilidad en mayor número, á fin de evitar los inconvenientes de la infalibilidad personal: pues bien, el mayor número de los doctores, especialmente fuera de Francia, ha sido favorable al dogma por nosotros sustentado. El de la llamada Concepción, siquiera ménos contradicho después de su definición, contaba ántes con ménos sufragios. Puede decirse que la teología de todos los siglos ha sido ultramontana. Apenas si el cisma de Occidente, á causa de los anti papas que habian favorecido, suscitó una reaccion de algunos años contra las prerogativas del Pontífice romano. Por lo demás, casi todos los doctores que tomaron parte en ese movimiento, fueron de nuestro país y experimentaron una influencia cesariana que ha tenido sus principales

apogeos históricos en Felipe el Hermoso, Luis XIV y Napoleon I.

De Marca, que estaba bastante apartado de nuestra doctrina, para hablar con desinterés y sin apasionamiento, estaba de ello convencido, si hemos de juzgar por las siguientes palabras: «La opinion relativa á la infalibilidad del Soberano Pontífice es la única que se enseña en España, Italia y en las demás provincias de la Cristiandad, de manera, que lo que se llama el sentimiento de los doctores de Paris, debe colocarse en la categoría de las opiniones que sólo son toleradas. Todas las universidades, excepcion hecha, sin embargo, de la antigua Sorbona, convienen en reconocer en los Soberanos Pontífices la autoridad de decidir en cuestiones de fé por medio de un juicio infalible. Hay más aún, ni presente esta es la doctrina que vemos enseñar en la Sorbona.»

Tenemos, pues, que la oposicion teológica á la infalibilidad del Papa fué principalmente francesa; afortunadamente casi ha dejado de existir, y esto prueba que nuestra tesis dejada á la decision de la mayoría, entre los oráculos de la doctrina, y en defecto de la definicion de la Iglesia, podría contar con la consagracion del sufragio universal.

Y siendo esto así, ¿a qué viene el empeño de sostener como legítima en teoría, restricciones de obediencia que en el terreno de la práctica se juzgarían verdaderas rebeliones? La inconsecuencia ha sido siempre rasgo característico en ciertos adversarios de la infalibilidad pontificia: si, lejos ó líricos, aceptan todas las decisiones de los Soberanos Pontífices pronunciadas *ex cathedra*: todos miran como heréticos ó cismáticos á lo que no tienen esta deferencia, y por lo tanto podemos decir, que los Papas fueron siempre reconocidos como infalibles de hecho, y que la doctrina contraria, lejos de constituir un principio de conducta fundado en la verdad, es simplemente un arma de reserva puesta al servicio de los tiranos y de los apóstatas para las épocas de lucha, y manejada por imprudentes en tiempo de paz.

Será motivo de sorpresa en lo porvenir, el que en nuestra época haya podido ponerse en tela de juicio la infalibilidad de los Papas, después de haberse demostrado por el precedente de diez y ocho siglos de una experiencia inatacable y nunca interrumpida. Este hecho hace ya mucho tiempo que no constituye un tema de escuela, sino un hecho luminoso. No hay ejemplo de que decreto alguno pontificio, hasta aque-

llos que se han dictado sobre las materias más escabrosas, haya pasado por erróneo á los ojos de la posteridad cristiana. Los Papas han corregido las ideas de todo el mundo, sin haber tenido necesidad de ser en sí mismos corregidos doctrinalmente. Y esto no constituye la infalibilidad de los Papas afirmada por la misma infalibilidad, sino la deposición del sentido común basada en una verdad histórica. ¿Que alegan los adversarios de la infalibilidad en contra de este acerto? Tres hechos que, en último resultado, nada tienen que ver con la cuestión.

¿La negación de S. Pedro? Esta no fué más que una debilidad moral, no una separación en materia de doctrina. Por lo demás, no estuvo completamente desprovista de temor, condición indispensable para la función normal de la infalibilidad por la teología. A más de que en aquella ocasión S. Pedro no había recibido más que la promesa y no la investidura de la primacía, de sueto que si prevenció como discípulo, no faltó como Papa.

¿La adhesión de Liberio á la fórmula de Simium? En primer lugar, dicha fórmula no encerraba en manera alguna la herejía arriana, y sólo era reprobable por las reticencias. Además, Liberio no suscribió á ella habiendo *ex cathedra*;

sino vencido por el sufrimiento de un destierro de muchos años, por el temor del suplicio, y más aun, por la pena de saber que la silla de San Pedro se hallaba ocupada por un anti-papa. «Cuanto se refiere de la suscripción de Liberio, dicen los católicos de Magdeburgo, historiadores protestantes, no cae en manera alguna sobre el dogma arriano que no se hallaba contenido en la fórmula; sino sobre la condenación de Atebasio. La verdad es que Liberio no dejó de profesar la fé de Nicea (1).» Bossuet abreve á su vez la memoria de ese Papa que, después de haber faltado por escasez de valor, mejor que por haber hecho traición al símbolo, murió santamente.

¿El error de Honorio? Pero el error de Honorio no fué más que una debilidad de conducta y no una defecion en materia de doctrina. La contestacion de este Papa á las preguntas inauditas de Sergio, no es más que una carta de carácter privado sin valor alguno de juicio Pontificio. En una segunda carta declara el mismo Honorio que nada quiso definir, y sin esto no hace profesion de error alguno en las piezas en

(1) Historia eccl. Cent. IV cap. 46

virtud de las cuales se le acrimina. Si ha sido condenado por el sexto concilio ecuménico, se debe haber impuesto silencio á los dos partidos, y por haber favorecido á los monothelistas en el mero hecho de no haberlos condenado. Esta complicidad negativa no implicaba en grado alguno la adhesion de Honorio á los errores que no anatematizaba; pero el sexto concilio le tachó de hereje, porque en aquellos tiempos dicha calificacion se aplicaba á cuantos sin profesar la herejia la favorecian, siquiera fuese por medio una connivencia indirecta, y la prueba más decisiva de que la Iglesia jamás ha imputado á Honorio una debilidad respecto de la fé, la tenemos en que en el octavo concilio ecuménico el Oriente entero declara que «la verdadera doctrina ha subsistido limpia y sin mancha constantemente en la Sede Apostólica (1).»

Póngase la atencion en la innumerable multitud de decretos expedidos por los Pontífices en el transcurso de diez y ocho siglos; considérense los peligros de caer en error que han corrido los supremos legisladores de la cristiandad los pocos errores, siquier dudosos, que han podido echárseles en cara y esto solo bastará para

(1) Act. Labbes T. 6. Col 965.

dar á la infalibilidad papal la autoridad de una verdad histórica.

Hay sin embargo un lado en la cuestion, ménos explorado y ménos concluyente.

Que los racionalistas que no admiten lo sobre-natural no admitan la infalibilidad pontificia compréndase perfectamente; pero que se la nieguen católicos que miran con verdadero respeto al Vicario de Jesucristo, negándole el privilegio de no incurrir en error que él mismo cree tener, constituye al par un respeto y una resistencia que no se comprendan en manera alguna. ¿Qué podemos contestar efectivamente á ese razonamiento de Muzaralli?

Quiere ser tenido por infalible el que pronuncia decisiones dogmáticas, y las dirige á todo el episcopado sin solicitar el consentimiento directo ó indirecto, expreso ó tácito de los Obispos; y les manda publicar y ejecutar sus decisiones; y les prohíbe oponerse á las mismas sopena de excomunion; y corrige á los obispos abrigando la pretension de juzgar sus actos; y declara que para nada ha menester sus sufragios; y les exige la obediencia, cual lo han hecho sus predecesores en la Santa Sede durante una larga serie de siglos, con el consentimiento de la Iglesia universal.

Es así que esto es lo que han hecho los Soberanos Pontífices en sus constituciones dogmáticas, y esto lo que la Iglesia ha visto, aceptado y ejecutado; luego, los Papas quieren y deben ser tenidos por infalibles, sopena de tener que considerarlos como los usurpadores más tiránicos, más sacrílegos y más orgullosos de los presentes tiempos; y á la Iglesia, por su silencio ó aprobacion, como cómplice de un crimen, diez y ocho veces secular, habiendo en consecuencia dejado de ser esposa del Espíritu Santo, para convertirse en terrestre residencia de Satán.

Después de lo dicho volvemos á preguntar: ¿cómo lo hacen los que creen en la infalibilidad de la Iglesia para negar la de los Papas sin destruir las ambas? Esta pregunta nos conduce al argumento final de esta tesis. Según nuestros adversarios la prerogativa de no equivocarse reside en el cuerpo de los pastores unidos á su jefe. Admitido este principio podemos decir: Luego el Soberano Pontífice hablando *ex cathedra* es siempre infalible.

No es la piedra fundamental la que reclama solidez al edificio al cual sirve de fundamento; no son los miembros los que mandan á la cabeza; no son los apóstoles los que han merecido que se les confiara el poder de confirmar á su

jefe, sino todo lo contrario, de donde resulta que si el Soberano Pontífice en cuanto fundamento, jefe, pastor y gobernador de la Iglesia llegara á errar, no podría continuar en la tierra como medio divinamente instituido para mantener la Iglesia en la verdad, ni para volver al Soberano Pontífice al buen camino. Es imposible medir el desbarajusta y confusión que de semejante estado de cosas resultaría, ni la gratitud que debemos á Cristo no permitiéndonos la negación de la infalibilidad, sin insignificando el castigo de tales consecuencias.

Y finalmente ya que se tiene con razon á honra el ser católico, ¿porqué no serlo por completo? ¿Es que la creencia en el dogma de la infalibilidad es menos incomprensible á la razon que los dogmas de la Eucaristía y de la eternidad de las penas? ¿Es que esa creencia no nos está garantida por la misma palabra que todos los artículos de nuestro símbolo? ¿Es que cabe repudiaria sin faltar á todos los principios de nuestra comunión religiosa? Convengámonos pues en que la impopularidad del Concilio Vaticano es un escándalo enorme de sentido comun, por lo ménos para aquellos que tienen fe en la autoridad de la Iglesia, y que el partido de los viejos

católicos no es más que una facción más de nuevos protestantes.

Considerada la tésis desde el punto de vista de sus objeciones, no se impone ménos que por sus pruebas, precisamente por el valor de las pruebas queda puesto de relieve por la trivialidad de las objeciones. Estas se han prodigado á la nueva definicion con una ingratitud ininteligente, puesto que en último resultado constituye un error grosero la creencia de que el Papa es infalible en beneficio propio, cuando solo lo es en nuestro provecho. De manera que Jesucristo no se propone elevar á su vicario á costa de nuestra sumision sino por el contrario dar garantías á nuestra sumision por medio de las prerogativas de su Vicario. Una religion que no se considera infalible no es más que una filosofia, y como todas las filosofias entrega las almas á los tormentos del escepticismo.

Esto es de sentido comun y en nuestro concepto hay más dificultad en adherirse que en sustraerse á esta opinion. ¿Dónde está pues la razon de las rebeliones contemporáneas contra la infalibilidad personal? ¿Fúndase acaso en que se atribuye á uno el privilegio de infalibilidad que estaba repartido entre más de mil obispos? Pero la razon nos dice que es más fácil admitir

a infalibilidad en un sólo juez que un milésimo de infalibilidad en la sabiduría de cada uno de los padres del Concilio. Las asambleas desde la que decretó la muerte de Luis XVI, hasta el parlamento italiano que decidió el despojo de Pío IX, hauss equivocado con demasiada frecuencia para que estemos á cubierto de preocupaciones respecto de su infalibilidad. Las aberraciones y los caprichos del sufragio universal deponen en contra de la infalibilidad del número y en favor de la del Papa,

No vaya á creerse que pretenda hacer á nuestros Concilios la injuria de compararlos á nuestros conventículos de abogados subalpinos; mas no cabe desconocer que la infalibilidad ora se establezca en uno sólo, ora se considere en muchos, constituye un milagro, y milagro por milagro el de la infalibilidad colectiva es más complicado que el de la infalibilidad individual. Por esto se ha dicho con verdadero fundamento de causa, que es más fácil tocar un instrumento que dirigir una orquesta. Así los que sostienen la infalibilidad funcionando de una manera parecida al sistema constitucional, sin que de ello se den cuenta, son más bien racionalistas que cristianos. Tienen más fé en las mayorías que en la palabra de Dios, y si al presente se oponen

á la infalibilidad del Papa, es porque en otro tiempo suscribieron á la infalibilidad de Iglesia, en virtud de razonamientos filosóficos y no en fuerza de la convicción que distingue al verdadero creyente.

No faltan quienes se oponen á este orden de cosas teniendo en cuenta el prodigio que supone en el gobierno de la Iglesia; mas el hecho de este prodigio realizado durante tantos siglos, en una série de tantos pontífices, ese hecho subsistente, sin que de una manera fundada haya podido ser desmentido, ¿no es por ventura el testimonio más irrefragable históricamente hablando, de lo que en principio parece inadmissible? Por lo demás, cuando se cree en la Trinidad, en la Encarnación, en la Transubstanciación, el rechazar por inadmissible un acto de fé menos exorbitante que muchos otros, es una inconsecuencia que sólo puede explicarse diciendo que no quieren admitirse los milagros pequeños, después de haberse prestado asentimiento á los grandes, cuando ámbos se hallan garantidos por la misma autoridad: la de la Iglesia.

Otros hay que pretenden eludir la definición conciliar del Vaticano calificándola de dogma nuevo. Desde este punto de vista conyengamos en que tendrían razón si la calificación fuese

exacte; pero rigorosamente hablando todos los dogmas datan de la época de la revelacion. La Iglesia no inventa dogmas cuando se limita á definir dogmáticamente las creencias contenidas en el depósito que le confió Jesucristo. Una prueba de que el último Concilio nada ha inventado, la tenemos en que los teólogos hostiles á la infalibilidad pontificia se hallan respecto de los favorables en la proporción de tres á cien: los teólogos opuestos á la Inmaculada Concepcion eran muchos más, ya lo hemos dicho, y sin embargo las pasiones anti-católicas se agitaron ménos. En suma: cuando la Iglesia ha definido la doctrina de la infalibilidad, no ha anunciado una verdad nueva; no ha hecho más que agregar á los artículos de la fé católica, una verdad que era de fé divina, y los que se muestran sorprendidos por esta evolucion, que dista mucho de constituir un acrecentamiento en el objeto de la fé, se mostrarían tan destituidos de lógica como el que negara la Eucaristia, porque no se habla de ella en el simbolo de los Apóstoles.

¿Sería más justa la calificacion de dogma absurdo que la de dógma nuevo á la última definicion? En manera alguna: el dógma sería absurdo si el Papa hubiese sido declarado infalible, absolutamente sin condicion, en cuanto de-

cide lo prescribe; pero sólo lo es hablando en *cátedra* es decir, como papa ó autoridad suprema y dirigiéndose á la Iglesia universal, para imponer verdades contenidas en el depósito de la revelacion: sólo lo es decidiendo con libertad, con madurez y mediante los consejos que juzga necesarios para el ejercicio de su prerogativa: sólo lo es por consiguiente para guardar y promulgar verdades reveladas, en manera alguna para producir verdades que él crea tales; pues su privilegio no consiste en la inspiracion que crea lo que no existe, sino en la asistencia que descubre y conserva lo que existe ya: no lo es en manera alguna en geografia, ni en fisica, ni en astronomía, ni siquiera en teología cuando habla en el concepto de doctor privado, ya que la infalibilidad corresponde á la institucion y no á la persona; no lo es cuando procede en fuerza de la intimidacion, del secuestro ó de toda violencia exterior, como no lo sería el mismo concilio en tales casos: no lo es en fin en su conducta moral, aun cuando lo sea en sus decisiones doctrinales.

Muchos Papas, empezando por S. Pedro, han faltado en lo que se refiere á la caridad: ninguno en lo que concierne á la fé. Todos los Papas han necesitado un confesor que les perdonara

sus pecados, ninguno ha habido menester un corrector que pusiera á sus errores el reparo debido, y del mismo modo que la vida sacramental puede difundirse por el mundo desde el altar por medio de manos impuras; la verdad puede pasar de la tierra al cielo por el intermedio de labios manchados, desde el trono de S. Pedro.

En cuanto al fantasma de un Papa obstinado en el error, y decretando lo falso con perversa temeridad, constituya simplemente una quimera imaginada con el objeto de combatir los hechos acreditados por la historia. Y si no citese una sola constitución pontificia que haya necesitado ser reformada por tales motivos. Puesto que la Providencia ha cuidado de evitar durante tanto tiempo, todos los obstáculos provenientes de las debilidades de los Papas, para el cumplimiento de las promesas divinas, no hay fundados motivos para presumir que continuará evitándolas en adelante? Atacar la infalibilidad de los Papas fundándose en esta hipótesis vale tanto como suponer en provecho de la objecion, lo que precisamente está en tela de juicio, esto es, que los Papas pueden equivocarse. Si Dios les ha prometido la infalibilidad, ¿no es pues evidente que ha de proporcionarles los medios para que puedan alcanzar el fin? ¿Qué

hacíamos de saber que son infalibles, cuando definen sin temeridad, sino supiéramos que en virtud de la promesa divina la Providencia no puede permitir que definan temerariamente?

Por consiguiente, del mismo modo que á priori estamos convencidos de que la Iglesia en concilio general, jamás pronunciará una decisión dogmática, sin tomar las precauciones necesarias á fin de no tentar á Dios, de la propia suerte reconocemos como cosa indubitable que haciendo á los sucesores de S. Pedro la promesa de la infalibilidad, Jesucristo les ha garantido los auxilios indispensables para el ejercicio normal de esta prerogativa, porque, ¿de qué les serviría la infalibilidad si pudiesen engañarse respecto de sus condiciones esenciales?

Después de lo dicho, ¿hay para qué hacer mérito del número é ilustracion de los antagonistas que ha tenido esta doctrina? En tal caso les diria á los cristianos anti-infalibilistas: Es un hecho que la nueva definicion ha sido combatida por los Césares, que miraron siempre con envidia la influencia de los Papas y la de la Iglesia; mas tales adversarios constituyen un motivo de vergüenza para vosotros y un título de gloria para los que tenemos la dicha de mirarlos como adversarios. Es un hecho que ha sido

repudiada por todos los libres pensadores que, por lo mismo que no creen en Dios, no tienen razon alguna para creer en la infalibilidad de su Vicario; pero en lugar de enorgulleros, debierais avergonzaros de tener á vuestro lado semejantes adherentes. Es un hecho tambien que esa doctrina es el escándalo de todos los doctores de revista, de todos los teólogos de café, de todos los oráculos de salon que se extravian en la controversia; mas tanto peor para el que es capaz de preferir á la religion del Papa, los papas de semejante religion. Es un hecho finalmente, que la oportunidad de este artículo de fé, pareció discutible á una minoría del episcopado de la cual formaban parte autoridades eminentes; mas no vayan los viejos católicos á calumniar á grandes Obispos y á mártires excelsos, colocándose bajo su proteccion y amparo, porque estos han renegado de semejante prosapia, apelando de su oposicion de la vispera, á su completa adhesion del día siguiente.

Y tambien ha llegado repetidas veces á nuestros oidos esta especiosa lamentacion: ¡A qué vienen, qué necesidad hay de nuevas promulgaciones dogmáticas, que aumentando el número de los artículos de la fé, influyen en que disminuya el número de los creyentes; que provocan

apostasias y no suscitan un entusiasmo proporcionado; que debiéndonlo salvar todo, más bien que la panacea parecen ser el foco del mal en lo porvenir?

¡Extraño conjunto de injusticia y de equivocaciones! No se nos oculta que cada nueva definicion opera reducciones en el cuerpo de la Iglesia; mas esas reducciones, como la amputacion de los miembros gangrenados, influyen en la salvacion del cuerpo. Siempre ha sido lo mismo desde los tiempos más antiguos. La definicion de la Eucaristia produjo reducciones, puesto que alligido Nuestro Señor ante el espectáculo de la separacion de algunos discipulos, les dijo á los demás; tambien quereis marcharos vosotros? Mas no era esta una razon para dejar de instituir la Eucaristia. Tambien produjo numerosas deserciones la definicion de la *Consuetudine* puesto que un día el mundo, sin darse cuenta de ello se habia encontrado arriano; mas tampoco era esta una razon para que la Iglesia negara la divinidad atscada de su Verbo. En fin, las definiciones del concilio de Trento produjeron esa inmensa separacion de cien millones de protestantes que se ofrece todavia á la contemplacion de nuestras miradas; mas esa separacion no era tampoco un motivo para que el

Papa debiera transigir con Lutero. La Iglesia no consiste en el mayor ó menor número de adeptos; sino en la unidad de creencia y de gobierno. No desafiando creencias, todo el mundo estaría dentro de la Iglesia; pero esta no se encontraría en parte alguna.

ALÉ. No; no hay para que sobrecojerse ante la consideración de que esas deserciones han levantado una gran tempestad en las tranquilas aguas que surcaba la barquilla de S. Pedro, porque aun cuando dicha tempestad durara tanto como nuestra vida, nada significaría respecto de la duración de la Iglesia. A más de que la Iglesia es como los astros que permaneciendo sumidos en las tinieblas respecto de nosotros, brillan en el cielo con la misma luz y esplendor, y desaparecen en el horizonte para presentarse al otro día con idéntico resplandor.

No se me oculta en manera alguna la importancia y trascendencia de ciertas defecciones producidas en la familia católica por la resistencia al Concilio; ¿mas qué significan esas contadas excepciones respecto de la masa? ¿Qué significan principalmente con relación á la autoridad de la Iglesia? Tenemos el deber de creer en la Iglesia no porque sea popular, sino porque es divina; porque nos revela los oráculos de Jesucristo, no

porque los periodistas de nuestro partido le dispensen el honor de estar de acuerdo con ella. Culpable debilidad sería subordinar las convicciones sobrenaturales á la movilidad de las opiniones más frivolas y medir los asertos de Dios por el mismo rasero con que se miden las insinuaciones de una moda caprichosa é impia.

Es por cierto muy razonable y ménos generoso exigir de Dios que se rodee de muchas adhesiones para concederle los honores de la nuestra. En tiempo de los Césares los cristianos no esperaban á ser más numerosos para morir en defensa de su símbolo. Jamás acto de fé alguno ha merecido los honores de una impopularidad más horrible que el martirio. Seamos pues de aquellos que en las cuestiones de fé no consultan al número y si á este infalible polo de la verdad en la tierra: el Papado. Ateniéndonos á lo que dice el Evangelio, al volver el Hijo de Dios á la tierra para juzgarla encontrará muy pocos creyentes; ahora bien, ¿hemos de deducir de esto que sea tanto más digno de adoración cuanto ménos adorado? Oh no: aun cuando fuera por demás reducido el número de los católicos, el catolicismo continuaría siendo la verdad, y si las oleadas de la apostasía, como las aguas del diluvio, subieran hasta las cimas de las mon-

tañas más elevadas; si sitiados en una de esas solitarias y aisladas cumbres por la invasión de la iniquidad universal, nos encontráramos solos y sin más auxilio que nuestra cruz, nuestro tabernáculo y nuestro evangelio, en medio de las ruinas del mundo católico, con una mano extendida en dirección del lugar que Roma hubiese ocupado, y con la otra puesta sobre la adorada cabeza de nuestro amado Jesús, deberíamos exclamar y exclamaríamos: Señor, cuando el género humano entero se hubiese escandalizado por causa nuestra, nosotros no nos escandalizáramos nunca.

Por lo demás es indispensable ponerse á cubierto de los puntos de vista pesimistas relativamente á los efectos del dogma de la infalibilidad, pues si bien es cierto que da lugar á algunas divisiones entre los fieles, en cambio realiza la union entre los teólogos. Las divisiones serán pasajeras; la union durará siempre: aquellas no ejercen gran influencia en el porvenir del catolicismo; la union realizada producirá resultados incalculables, puesto que ha destruido el principio de discordia que de mucho tiempo á esta parte nos tenia expuestos á un verdadero cisma, es decir á las libertades galicanas.

Las opiniones como los hombres deben ser

juzgadas por los frutos que producen. Ahora bien, ¿qué revoluciones han tenido lugar, en la Iglesia, fundadas en las usurpaciones llevadas á cabo por la Santa Sede en la gerarquía inferior? Ninguna. En cambio que se cuenten los errores y los atentados cometidos por las insurrecciones de los subordinados contra las prerogativas pontificias y se verá que no tienen término.

Resulta pues que, hablando propiamente, los inconvenientes de la doctrina romana son poco ménos que nulos. ¿Resulta lo propio del galicanismo? ¿Puede jactarse de estar inocente de las perturbaciones religiosas que en los dos últimos siglos han pesado sobre nosotros? ¿No ha proporcionado á muchos pretextos y hasta verdaderos motivos? Sus males han alcanzado á los espíritus graves desde antes de su nacimiento.

La asamblea de 1632 no se había reunido aun; el galicanismo teológico no había dado señales de vida, y ya Bossuet se extremaba considerando los males que había de producir el nuevo sér próxim á ver la luz (1).

Si en dicha asamblea, el gran Bossuet no se

(1) Véanse las cartas al Sr. de Noailles.

hubiese impuesto como regulador á los Prelados más ardientes, y si concediendo la falibilidad del Papa, no hubiese hecho declarar la indefectibilidad de la Santa Sede, de seguro habríamos presenciado mayores escándalos en la patria de S. Luis.

Posteriormente cuando los *Quesnelistas* interpusieron apelacion de la bula *Unigenitus* ante el futuro Concilio, ¿de qué principio partieron? De un principio galicano.

Cuando José II abusó de su *placet* imperial, hasta el extremo de determinar el número de cirios que debían arder en el acto de la celebracion de la misa, mereciendo por ello el ser llamado por el rey de Prusia, *mi hermano el Sacristan* ¿qué decía para justificarse? Las doctrinas galicanas.

Cuando los discípulos de Ricci después del concilio de Pistoja quisieron ocultar, bajo un nombre acreditado, su fé de jansenistas y su falta de sumision á la corte de Roma, ¿qué máscara adoptaron? Las opiniones galicanas.

Cuando la constitucion civil del clero separó la Francia de Roma, y dió lugar á un cisma que duró diez años, ¿qué pretexto adujo para

fundar su proceder? Monseñor Fraysinous nos dice que fueron las libertades galicanas (1).

Cuando el Febronianismo alemán que constituía el fondo de esta constitucion fué puesto en evidencia merced á cuatro sucesivas instituciones dictadas por Pio VI, con el objeto de dispensarse de la obediencia, ¿de qué subterfugios echó mano la mala fé de los intrusos? De los subterfugios galicanos.

Cuando treinta y seis obispos se negaron á suscribir el Concordato, so pretexto de que Pio VI habia desplegado una autoridad superior á los Concilios y á los sagrados Cánones, ¿qué razones opusieron? Las razones galicanas.

Cuando Napoleón después de haber restaurado la Iglesia de Francia con el objeto de coonestar sus usurpaciones, redujola al extremo de caer en ruinas, ¿de qué sofismas echó mano? De los sofismas galicanos.

Cuando la monarquía de Luis Felipe y de Napoleón III quiso amordazar la polémica religiosa y poner esposas á la Iglesia y dar su aprobacion al Episcopado, ¿dónde fué á buscar su justificacion? En las autoridades galicanas (2).

(1) Prefacio de los Verdaderos principios.

(2) Vida del Cardenal d' Astros.

En suma: siempre y cuando un gobierno pretenda ejercer su tiranía bajo cierta apariencia teológica; engañar á los pusilánimes; desviar las conciencias; perturbar á los Obispos, y desmoronar una Iglesia; con el propósito de dominarla, dónde encontrará los recursos que haya menester? En las máximas galicanas.

Pues bien, hé ahí un inconveniente que desaparece por medio de la definición dogmática de la infalibilidad Pontificia. Desde este punto de vista el Concilio ha prestado servicios que el porvenir estimará más aun que nosotros mismos. Sean las que quieran las tempestades que nos amenacen, no tenemos por qué temer, pues contamos con un centro de union en torno del cual la confusion es imposible, y si bien es verdad que no tendremos que ser tantos á combatir, seremos tanto más fuertes cuanto más apretadas estén nuestras filas.

CAPITULO III.

LA VERDADERA SOCIEDAD CRISTIANA

TIENE VIDA PROPIA

É INDEPENDIENTE DE LA SOCIEDAD CIVIL.

Queda plenamente demostrado que la verdadera sociedad cristiana ha sido constituida bajo la autoridad de un jefe, y que este jefe debe ser permanente como la misma Iglesia. También hemos demostrado que este jefe es infalible y que su infalibilidad, lejos de ser la piedra de escándalo de la razon, ha sido, por sus efectos, una grandeza de la historia moderna, se halla apoyada en los argumentos más convincentes, y resiste á todas las objeciones del falso cristianismo, y de la negacion filosófica.

En suma: siempre y cuando un gobierno pretenda ejercer su tiranía bajo cierta apariencia teológica; engañar á los pusilánimes; desviar las conciencias; perturbar á los Obispos, y desmoronar una Iglesia; con el propósito de dominarla, dónde encontrará los recursos que haya menester? En las máximas galicanas.

Pues bien, hé ahí un inconveniente que desaparece por medio de la definición dogmática de la infalibilidad Pontificia. Desde este punto de vista el Concilio ha prestado servicios que el porvenir estimará más aun que nosotros mismos. Sean las que quieran las tempestades que nos amenacen, no tenemos por qué temer, pues contamos con un centro de union en torno del cual la confusion es imposible, y si bien es verdad que no tendremos que ser tantos á combatir, seremos tanto más fuertes cuanto más apretadas estén nuestras filas.

CAPITULO III.

LA VERDADERA SOCIEDAD CRISTIANA

TIENE VIDA PROPIA

É INDEPENDIENTE DE LA SOCIEDAD CIVIL.

Queda plenamente demostrado que la verdadera sociedad cristiana ha sido constituida bajo la autoridad de un jefe, y que este jefe debe ser permanente como la misma Iglesia. También hemos demostrado que este jefe es infalible y que su infalibilidad, lejos de ser la piedra de escándalo de la razon, ha sido, por sus efectos, una grandeza de la historia moderna, se halla apoyada en los argumentos más convincentes, y resiste á todas las objeciones del falso cristianismo, y de la negacion filosófica.

Mas de la propia manera que se ha suscitado una rebelion aristocrática en la Iglesia, contra la autoridad del Papa, ha tenido lugar tambien una usurpacion democrática contra los obispos y toda la gerarquía eclesiástica. Segun el primer sistema la infalibilidad reside en el cuerpo episcopal separado de su fe; segun el segundo todo el poder espiritual nace del pueblo, no siendo los obispos otra cosa más que mandatarios nombrados por él en primero ó en segundo grado, segun que los instituyó directamente ó por los gobernantes por él elegidos.

Hé ahí pues al antipoda de la doctrina y del derecho público enseñados y practicados en la edad media. Entónces lo temporal se hallaba subordinado á lo espiritual: el error que nosotros combatimos considera lo espiritual como una dependencia, como un departamento del Estado. En la teoria social que somete las cosas humanas á las divinas, los reinos á la tierra, los principes á Dios, y lo peracedero á lo eterno, respetábanse siquiera el órden moral y el órden lógico; pero el sistema que hace salir los obispos como los reyes de un voto popular, y que ve en el sufragio universal la fuente del derecho de bendicir, del mismo modo que del de gobernar, constituye un verdadero trastorno de todas las

leyes del sentido comun y de las garantías de la dignidad humana. Es la teocracia de la conmocion popular y el derecho divino de la revolucion en el interior del santuario.

Es más aun, es una marcha en sentido de retroceso hacia el paganismo, bajo la enseña del progreso. Entónces el pontificado supremo, venia á ser una anexion del poder superior. Uno de los mayores milagros llevados á cabo por el Salvador fué el poner término á esta confusion y una de las mayores dificultades que hubo de vencer fué el mantenerla. Durante toda la edad media el imperio procuró reducir á la servidumbre al sacerdocio. Afortunadamente Jesucristo se habia colocado entre los dos, con el objeto de impedirles absorberse mutuamente y si el sacerdote llegó á sobreponerse un momento, fué para la salvacion del mundo moderno, porque lo que se llamó la tiranía de los Papas, no fué más que la salvaguardia de la libertad de los pueblos, y cuando más, la opresion de los opresores.

Este retroceso hacia el cesarismo antiguo ha sido realizado bajo la influencia de dos corrientes: la una decididamente herética, representada por Marcillo de Pádua, Lutero, Jansenio, Rieher, etc., en odio á la supremacia Papal, suprime ó mutila su jurisdiccion; hace derivar la autor. de la

espiritual de la delegación de los príncipes, ó de la del pueblo y no conoce en el mundo más soberanía que la del Estado: la otra más esencialmente política, no se mete en discusiones teológicas, pero en el fondo profesa implícitamente la misma doctrina. Sus adeptos colocan la omnipotencia de la ley por encima de todos los derechos de la Iglesia, tratan á esta como vasalla del poder temporal, del cual debe soportar las más duras condiciones; sin tener derecho para imponer por su parte una sola, y en todas las cuestiones mixtas decide en provecho del interés civil contra la preponderancia y la libertad de la sociedad religiosa.

Resultan de lo dicho dos errores que debemos combatir, en igual grado amenazadores para esta institución divina á la cual deben los pueblos obediencia y los príncipes no solo obediencia sino protección. Averiguemos si es cierto que en conformidad al plan de Jesucristo, en lugar de escuchar á la Iglesia, el pueblo pueda gobernarla dándole sus ministros, y si los príncipes en vez de servir á la Iglesia, tienen el derecho de emplearla en provecho propio. En suma, examinemos si la sociedad espiritual tiene vida propia ó si no es más que una dependencia de la sociedad civil. Para establecer sólidamente la verdad,

nos bastará con demostrar en oposición y en respuesta á los dos aspectos de la negación, las dos proposiciones siguientes: 1.º La Iglesia debe subsistir independientemente del pueblo: 2.º la Iglesia debe ser independiente de los príncipes.

I.

Existe en la Iglesia un elemento objeto de especial disonancia por parte de la crítica protestante y racionalista; la gerarquía. Aféctase considerarla á la misma como expresión de las convenciones y de los abusos, y en manera alguna como manifestación del pensamiento divino. De aquí una larga serie de acusaciones formuladas en su mayor parte por M. Guizot, con su gravedad ordinaria; pero con una inexactitud por cierto bastante impropia de su autoridad.

En el comienzo de la historia eclesiástica, es decir, se encuentra una era democrática durante la cual no existía aún la más insignificante magistratura religiosa, teniendo la parte principal en la gestión de la comunidad cristiana, el pue-

blo, fuese presbiteriano, cuskero ó independian-
te. De manera que establecidos y ordenados
por Jesucristo los primeros obispos y los prime-
ros sacerdotes, sus sucesores lo habrían sido en
virtud de asiamación popular, cosa que valdría
tanto como suponer que Dios había confiado á
las masas, por demás rudas é ignorantes, la for-
mación de su sacerdocio. En el terreno del he-
cho, como en el del derecho, ¿qué juicio, qué va-
lor merecen tales alegaciones?

En el terreno del derecho es falso que el po-
der espiritual sea de origen popular en el sen-
tido de que todo el mundo pueda comunicarlo
y todo el mundo pueda ejercerlo. ¿Puede conce-
birse para el nombramiento de ministros sagra-
dos, un escrutinio público en el cual tomen par-
te todos los hombres más disipados y más im-
pios, con el carácter de electores y elegibles; o
bispos elevados ó depuestos por el capricho po-
pular, predicadores designados por la mayoría
de un club jacobino y ateo, sin garantía alguna
de capacidad ni de moralidad de parte de los
electores, ni de los elegibles? Es preciso conve-
nir en que si algo de esto pudiera imaginarse
como práctico, había de dar como resultado in-
mediato algo mucho peor que lo más abomina-

ble en religión, es decir, el término de la reli-
gión.

En segundo lugar, los poderes espirituales, son
por esencia sobrenaturales en la autoridad que
poseen, en la enseñanza que difunden, en los me-
dios que emplean, en el fin á que tienden; y en
cambio el sufragio de las muchedumbres nada
tiene que la eleve sobre la esfera natural. Hé
aquí pues dos órdenes de cosas no sólo distintos
sino también separados por un abismo. Creer
que una elección puramente natural es la fuen-
te de la jurisdicción espiritual, vale tanto como
empeñarse en que salga de la voluntad de las
masas lo que estas no contienen, por lo mismo
que la autoridad sobre las almas es de un orden
superior á aquel á que podría proveer la natu-
raleza. Acontece con la autoridad delegada lo
que con el agua que no puede elevarse so-
bre el nivel del receptáculo de que amana.

Esta teoría democrática tan absurda en prin-
cipio, no lo es ménos en sus consecuencias. Sa-
pongamos que fuese la delegación popular la
que constituyera la legitimidad de los pastores,
y por consiguiente la verdad de su doctrina, y
los plenos poderes de sus gobiernos. En tal caso
sería menester que el sufragio universal contara
con la asistencia de una verdadera infalibilidad

en sus operaciones; de lo contrario sus elegidos ofrecerían tanta variedad en sus matices como ofrece aquí en sus caprichos, de manera que el pueblo en fuerza de oír predicar todas las religiones, acabaría por no querer ninguna.

Y por más que otra cosa se diga, esto es, en último resultado, lo que pretenden los defensores de este sistema que del libre exámen han pasado al libre pensamiento. Ahora bien, imaginar que sin mandato alguno, sin misión de parte de Cristo, y hasta sin adorarlo, es posible ser su intérprete, su embajador, su lugarteniente, su continuador, otro él, con todo y existir la prohibición expresa de San Pablo, manifiesta por medio de las siguientes palabras: *Que nadie se arrogue este honor, sin llamamiento del Señor, y en virtud de una muchedumbre que pretende expresar la voluntad de Dios sin creer en Dios, es la insensatez llevada hasta lo ridículo.*

Y guardárase, sobre todo, los partidarios de tal doctrina, de llamar á la Iglesia un cuerpo místico, porque en un cuerpo cada uno de los órganos tiene señaladas sus funciones sin usurpar el destino de los demás. Si los pies de un organismo pretendieran desempeñar el oficio de los ojos, y las manos el de la cabeza, resultaría indispensablemente una perturbación que con-

vertiría en monstruo repugnante ese conjunto de miembros desordenados. Pues bien, lo mismo acontecería con el cuerpo de la Iglesia el día en que los gobernados tuviesen la pretensión de elevarse á gobernantes. El Salvador no puede haber condescendido una obra tan poco digna de su sabiduría, y con tal que se consulten los hechos, siquiera someramente, podrá afirmarse que no la ha llevado á cabo.

«En los primeros tiempos, precisamente en los primeros tiempos, dicen los autores de la objeción, la sociedad cristiana se presenta como una mera asociación de creencias y de sentimientos comunes. No se encuentra ningún cuerpo de magistratura. Ya se comprende que en las diversas congregaciones cristianas existirían hombres que predicaban, que enseñaban, que gobernaban moralmente; pero magistrado instituido no había ninguno.

«A medida que la sociedad de los hijos de Cristo adelanta, se ven aparecer diferentes magistrados, llamados unos ancianos, que se han convertido en sacerdotes; otros, conocidos con el nombre de inspectores, vigilantes, que más tarde se han convertido en los obispos; y otros, finalmente, á los cuales se les distingue con el nombre de diáconos, que tenían á su cargo el

cuidado de los pobres y la distribución de las limosnas.

«Es punto ménos que imposible determinar cuáles eran las precisas funciones de esos diversos magistrados. La línea de demarcación era probablemente muy vaga; pero, con todo esto, existe un carácter dominante, y consiste en que el imperio, la preponderancia en esta sociedad religiosa, pertenece al cuerpo de los fieles. Este es el que prevalece al tratar de la elección de los magistrados (1).»

Pongamos en evidencia la verdad histórica, en vez de ese artificioso conjunto hábilmente levantado por quien, en la presente ocasión, no justifica en manera alguna el sobrenombre de continuador de Montesquieu.

Digamos, pues, en primer lugar, que en los primeros tiempos, precisamente en los primeros tiempos, valiéndonos de las palabras empleadas por el autor de la objeción, la sociedad cristiana contaba con magistrados instituidos. Entre sus numerosos discípulos, Cristo eligió doce apóstoles, confiriéndoles el poder de atar y desatar, de enseñar á todos los pueblos, de apacentar los

(1) *Quintess. Hist.*, de la civil., T. II.

rebaños y las ovejas, de renovar el milagro de la Cena, en fin, de reemplazarle á la cabeza de su rebaño, en términos de que el que le escucha le escucha, y el que los desprecia le desprecia. ¿No es esto una verdadera magistratura (2)?

Más tarde, Matías es elegido por un número reducido de fieles, designados á este propósito, y consagrado por los apóstoles. Estos administran también los bienes de la comunidad, puesto que en ocasiones se venden esos bienes para entregarles el precio. Mas adelante y con el fin de proporcionarse más tiempo que consagrar á la oración y á la predicación, confían las viudas y los pobres á ministros subalternos. Por este tiempo, Pablo habla ya del obispo como del *ecónomo de Dios*; de Timoteo como habiendo recibido *la imposición de las manos del presbiterio*, es decir, de la reunión de los sacerdotes; y finalmente, las actas mencionan los diáconos como *sirviendo á las mesas*; y no deponen todo esto en favor de un cuerpo de magistrados divinamente constituido?

Inmediatamente despues de los apóstoles, S. Ignacio, discípulo suyo, hablando á los Magne-

(2) *San León*, VI. 13.

cianos, exclama: «Obedeced todos al Obispo, como Cristo obedeció á su Padre: obedeced al colegio de los sacerdotes, como á los apóstoles: reverenciad á los diáconos que sirven por orden de Dios. Nadie haga cosa alguna de lo que corresponde á la Iglesia sin el obispo.» Si se recuerda ahora que el mismo Papa, escribiendo á los Tirallianos y á los Filadelfos, ha señalado en términos no menos formales los mismos grados jerárquicos, no se concibe que haya podido ser negada la jerarquía de los tiempos apostólicos.

El Papa S. Clemente, contemporáneo de los apóstoles, hace mención de los tres órdenes mayores que componen la magistratura sagrada, expresándose en los siguientes términos en su carta á los Corintios: «Hay funciones propias y exclusivas del Pontífice; los sacerdotes tienen sus deberes señalados; los levitas ó diáconos están encargados del servicio que les corresponde, y el laico debe atenerse á los preceptos impuestos á los laicos. Que cada uno de vosotros rinda gracias al Señor en la esfera á que pertenece.»

San Justino en su primera apología, indica de la manera más precisa la diferencia establecida en el año 100 entre los poderes y el oficio de los ministros sagrados, espacialmente entre los del obispo y los del diácono, Clemente de Alejan-

dría en sus *stromatos*, dice: «Aquí, en el seno de la Iglesia, los grados de los obispos, de los sacerdotes, de los diáconos, son, en mi concepto, trasuntos de la gloria de los ángeles.» Orígenes exhala un profundo suspiro ante el espectáculo de los desórdenes del sacerdocio, y representa á los mundanos, exclamando: «Ved qué obispos, qué sacerdotes, qué diáconos,» y con una precisión más vigorosa aún, añade: «Se exige más de mí, que soy simple sacerdote, que del diácono, y más del diácono que del laico. En cuanto á aquel que sirve á la cabeza de la Iglesia, el obispo, dará cuenta de todo á la Iglesia.» ¡Cabe mayor exactitud en la distinción de los títulos, los rangos, las funciones, y por consiguiente en los diferentes grados de la jerarquía eclesiástica?

Tertuliano y San Cipriano confirman la existencia de las mismas instituciones durante la época llamada democrática. Por último, los cánones apellidados apostólicos, indudablemente anteriores al primer concilio general de Nicea, hacen frecuente mención de los diferentes cargos ejercidos en la Iglesia. «Que el obispo, dicen el primero y el segundo, sea ordenado por dos ó por tres obispos, y el sacerdote lo sea por un obispo del mismo modo que el diácono y los de más clérigos.»

Por consiguiente, sea la que quiera la incertidumbre que puedan abrigar algunos escritores modernos respecto à las dignidades eclesiásticas de los primeros tiempos, la antigüedad no dá pié para ello, la historia no la justifica, y los historiadores que la sostienen, substituyen teorías arbitrarias à hechos positivos.

Si así podemos decirlo, con lo que dejamos expuesto hemos quebrantado la cabeza de la obediencia; destruida ésta, los miembros se destruyen por sí solos. Demostrado que durante el período democrático existió en la Iglesia una verdadera magistratura, ¿cómo puede sostenerse que perteneciera la preponderancia al cuerpo de los fieles? Convenimos en que, dadas las circunstancias, se solicitaria el testimonio, los consejos, hasta la aprobación de la muchedumbre; pero obtenida ésta, de seguro se guardaria muy bien de concederle ni la decisión, ni el gobierno. Hoy mismo se consulta al pueblo ántes de ordenar los subdiáconos; pero únicamente la autoridad tiene el derecho de elegirlos y ordenarlos. Unas veces el pueblo, otras veces los príncipes han gozado el derecho de presentar los obispos al Papa; mas sólo el Papa ó su delegado ha podido nombrarlos. El pueblo unas veces, otras veces los príncipes han gozado el derecho de asis-

tir à los Concilios; pero sólo los obispos han tenido la facultad de emitir sus sufragios. ¿Unándonos ha visto à los pueblos fundar iglesias, ejercer la justicia contra los fieles culpables, distribuir los sacramentos, ocupar la cátedra del Espíritu Santo para instruirlos? Convoquemos en que es indispensable tener contraldado el compromiso de defender una religión que destruye la jerarquía eclesiástica, para desconocer hasta tal punto la de la religión verdadera.

En resolución: Resulta de lo dicho, que es falso que los primeros cristianos hayan sido presbiterianos, y decimos presbiterianos, porque estos no admiten en el sacerdocio diferentes grados, sino el presbiterio puro y simple, y el sacerdocio primitivo se componía de tres categorías. Debe tenerse en cuenta además, que la administración de las cosas de la Iglesia consistió para el presbiterio de un verdadero derecho: en tanto que para los fieles de la primera época constituía meramente un honor que se les concedía como confesores de la fe, ó un privilegio revocable según los tiempos y los lugares.

Resulta también que es falso que el sistema de la predicación individual prevaleciera en las asambleas del cristianismo naciente, y que nuestros primeros padres en la fe hayan sido verda-

deros cuakeros. Ciertamente que antes de la multiplicación de los sacerdotes, los laicos evangelizaron en determinadas ocasiones en el interior del recinto sagrado; más, ¿es posible que se confundan hasta tal punto cosas tan desemejantes? Si el laico ortodoxo predica, lo hace con el intento de suplir á su jefe espiritual cuya ausencia lamenta; al paso que cuando predica el cuakero, lo hace en la convicción de que tiene para sí verdadero derecho y de que puede prescindir de la existencia de ministros religiosos. Si el ortodoxo escucha la instrucción del laico, es porque no pueda proporcionarse las del sacerdote; en tanto que el cuakero no quiere admitirla sino de su igual. Los principios de que parten el cuakero y el ortodoxo son diametralmente opuestos: el cuakero excluye la jerarquía; el ortodoxo la supone cuando ménos: el primero considera la magistratura eclesiástica como una corruptela del principio cristiano; el segundo como una fundación divina. Para admitir el primero y negar el segundo, es indispensable estar preocupado hasta el punto de no reconocer el testimonio de la evidencia.

En conclusión, desde el tiempo de los apóstoles ha habido obispos, sacerdotes y diáconos. El Oriente y el Occidente están unánimes en

conceder á los obispos de la provincia, que imponen las manos, el derecho de decidir en las elecciones, perteneciéndoles con mayor derecho aún el conferir órdenes. La intervención del pueblo en la elección de los obispos, fué hecho de una condescendencia momentánea de la Iglesia, que suprimió sin que nadie reclamara en el instante mismo en que pudo convenirse de que el pueblo abusaba de su condescendencia. En cuanto á los príncipes, presentan, proponen los obispos al Papa; pero este nombramiento, siquiera más frecuentemente autorizado que la elección popular, no confiere poder alguno espiritual. El nombramiento de los Príncipes designa los futuros obispos; pero el Papa es quien los consagra y hace tales obispos.

II.

Es evidente que el pueblo no puede transmitir á los príncipes una autoridad espiritual que no posee; pero es más evidente aún que Jesús no la transmitió á los príncipes, que siendo en

en tiempo todos paganos, habrían hecho de ella un uso exclusivo contra la religion cristiana.

Pueda decirse que dentro del espíritu de la verdadera revelacion está al mantener la demarcacion entre los dos poderes. Bajo la antigua ley, Oseas se halla contaminado de la lepra por haber tomado al arca santa: bajo la ley nueva, Constantino el Grande no toma asiento en el Concilio de Nicea en tanto no le han autorizado los obispos, por medio de Osio legado del Papa, que le dirige las siguientes palabras: «Dios os ha confiado el Imperio y á nosotros el gobierno de la Iglesia: no nos está permitido usurpar vuestra autoridad; mas al propio tiempo tambien os está prohibido á vos poner la mano en nuestros incensarios.»

Dios ha dispuesto las cosas de este modo en interés de su verdad, que siendo universal, no debe ser nacional; que estando destinada á mandar á los reyes, no puede depender de ellos, y que siendo al par la regla y la protectora de los súbditos, no puede dejarlos abandonados al capricho de los reyes. Por manera que puede muy bien decirse que la libertad de la Iglesia es la garantía más segura de la libertad de los pueblos y de la pureza de la fé.

Para que la religion sea libre, es indispensable que solo dependa de ella misma, y que no obstante doblar la frente ante el poder temporal, en los negocios relativos al orden temporal, disfrutó una autoridad incontrastable en sus decisiones y en su administracion espirituales. Esto importa á la seguridad de las conciencias no ménos que á la dignidad de los caractéres. A la seguridad de los conciencias, porque jen virtud de qué derecho razonable un soberano será juez de la verdad, sólo porque se halla constituido en poder, es decir, infalible porque es fuerte? A la dignidad de los caractéres porque el despotismo que entra espada en mano en el campo de las almas, es el más insultante, y las almas capaces de aceptar su Dios de tales manos, y con él sus esperanzas, su derecho y su deber, son las más esclavizadas por la opresion.

Y sin embargo, esta esclavitud ha pesado sobre las naciones en tanto no las ha librado de ella el Evangelio. Si, Jesucristo ha sido el primero en restaurar la autoridad de Dios frente á frente á la del César, en separar la soberanía del pontificado, y en fundar, en un poder que no es de este mundo, es decir, en el dominio exclusivamente espiritual, el reino de la verdad en este mundo, de la propia suerte que la libertad y

la nobleza de la obediencia religiosa. Y esta distinción de los dos poderes es tan característica del pensamiento de Jesucristo, que cuanto más se separa de ella una secta cristiana, tanto más se inclina al cesarismo, y cuanto más se aparta de los Papas, tanto más se coloca bajo el yugo de los emperadores. Tal es la razón en virtud de la cual el cisma y la herejía que constituyen el divorcio con el poder espiritual, no tardan en expiar su ecesión por medio de una sumisión ilimitada á la autocracia temporal.

Dichas consecuencias se hallan fatalmente contenidas en la lógica del cristianismo separatista. Desde el instante en que se desconoce la supremacía doctrinal de la Iglesia, es indispensable echar mano de un recurso cualquiera capaz de reemplazarla, y en tal caso se presentan los reyes unas veces bajo el pretexto de mantener el orden entre los disidentes, otras como jefes manifiestos del sacerdocio, al propio tiempo que del imperio, y las conciencias, por medio de políticos escamoteos, quedan sometidas al yugo de los hombres de ley, ó al dominio de los que empuñan el sable. De manera que constituye una aberración y una iniquidad de nuestros tiempos, ver en Roma la capital del despotismo re-

ligioso, puesto que Roma es la verdadera ciudadela de nuestra libertad de conciencia.

Si en Constantinopla y San Petersburgo impera el despotismo, consiste en que una misma mano domina los cuerpos y las almas; mas de seguro se estrellaría si pretendiera habitar en Roma, por lo mismo que nada puede sobre los cuerpos y ménos aun sobre las almas, que únicamente obedecen cuando están movidas por el sentimiento del amor. No nos dejémos imponer por el fantasma de un soberano extranjero, tan amenguado y rotado á los ojos de nuestro patriotismo con el propósito de asustarlo: el Papa jamás será un soberano extranjero donde quiera que haya almas, por lo mismo que es su monarca legítimo. En cambio el monarca temporal es un soberano extranjero siempre y cuando penetra en el sagrado dintel de una alma, pues este dominio no le pertenece. Por consiguiente ya puede el libre pensamiento deslustrar en su propósito de ensayar en el buen sentido público la tiranía de sus palabras de efecto. El buen sentido público sabe perfectamente que todo el terreno perdido por el Papa en la conciencia de los pueblos, para á mano de los potentados y que los pueblos resultan más perjudicados que el mismo Papa, porque así como es muy lógico creer

en la palabra de un representante de Dios, es absurdo y vergonzoso adorarlo bajo el sable de un dictador que, por punto general, no cree ni adora á nadie más que á sí mismo.

Esto es lo que pasa y lo que forzosamente debe pasar cuando se rompen las relaciones que deben existir entre la Iglesia y un Estado cualquiera. Para convencernos de ello, nos bastará con aducir algunas pruebas sacadas de la historia de la herejía y del cisma.

La historia nos muestra á todas las iglesias heréticas convertidas en nacionales en el momento mismo en que dejan de ser romanas; transformación humillante por la cual, según hemos dicho, no tiene porque mostrarse satisfecho el sentimiento nacional, pues en el mero hecho de que el mismo soberano pueda decretar los impuestos y ordenar los actos del culto, es decir, convertir á Dios en agente de la tiranía, la nación queda reducida á la esclavitud. Ahora bien, la herejía moderna es en sus procedimientos exclusivamente cesariana: la reforma se ha establecido en Europa por la autoridad de los poderes temporales; en Ginebra, por el senado; en Suiza, por los consejos cantonales; en Alemania por los príncipes del imperio; en las Provincias Unidas, por los Estados; en Dina-

marca, en Suecia, en Inglaterra, por los reyes y los parlamentos; y si en Francia goza una preponderancia limitada, consiste en que le ha faltado el apoyo del trono para extenderse más, y en que la complicidad de los grandes señores y la del reino de Navarra no tuvo fuerzas suficientes para proporcionarle más (1).

No hay para qué sorprenderse si como prenda de gratitud por tales servicios, la herejía continúa siendo cesariana en principio: Jurieu ha escrito las siguientes palabras capaces de despertar á los cristianos sepultados en las catacumbas. «Los príncipes son los jefes de la religión cristiana del mismo modo que de la sociedad civil, señores de la religión como del Estado. ¡Oh valerosos antepasados y gloriosos mártires que disteis vuestra vida para obedecer á Dios mejor que á los tiranos enemigos de Dios: en virtud de lo expuesto sólo merecéis el dictado de rebeldes, y vuestros verdugos merecen las palmas que la posteridad ha colocado en vuestras manos!»

Finalmente, la herejía es cesariana en su organismo. Contemplad el universo de uno al otro

(1) Jurieu, Carta 2ª.

extremo, y en todas partes la veréis al lado, ó mejor marchando en pos de los poderes temporales, convertida en servidora complaciente de los reyes, hasta en aquellos países en que la Iglesia era la tutora de los pueblos. ¿Necesitaremos citar ejemplos en apoyo de esta opinión? También la historia nos los ofrece en abundancia. El rey de Prusia dicta prescripciones litúrgicas en sus estados; el de Suecia lleva el título de inspector supremo de la Iglesia; el de Dinamarca es el obispo de los obispos en el concepto de sus súbditos. La Sajonia, el Hannover, el Wurtemberg, el gran ducado de Baden ni aun tienen el honor de contar al César por jefe espiritual, puesto que hay un administrador de los cultos para desempeñar las cargas inherentes á este asunto. Finalmente, en Suiza el papado, que en otro tiempo usurparon Zuinglio y Calvino, ha caído en manos de las autoridades cantonales y los consejos laicos definiendo la doctrina, deponen los ministros y por último representan la sede apostólica de la federación. ¿Puede concebirse para las almas una servidumbre más humillante, y para la tiranía derechos superiores á los que dejamos expuestos?

No pretendemos sostener que los diversos so-

beranos pontifices instituidos por el protestantismo, fatiguen en gran manera la Europa con la tiranía de sus decisiones pronunciadas *ex cathedra*; más ¿de qué proviene esto sino de que su derecho es tan exorbitante que, por miedo á las consecuencias, apenas osan tocar en él; de que juzgan más cómodo y ménos expuesto á originar conflictos, dejar al pueblo que crea lo que quiera, con tal que este les dejé hacer lo que mejor se les antoje; de que bajo su cetro, finalmente, las creencias se fraccionan hasta tal punto, que nadie se apasiona por ninguna, y creando la indiferencia para mantener la paz, hasta la misma anarquía convierten en instrumento de despotismo? Mas el día en que cada soberano protestante tome por lo sério su supremacía doctrinal, sus súbditos no serán más que un rebaño de corderos. Felicitemos á nuestra nación por haber escapado á tal peligro, puesto que sería mucho ménos glorioso llamarse francés, si los franceses no fuesen católicos. Amo á mi patria por lo que es; pero más aún porque en su seno no hay una alma sola que esté gobernada por la fuerza. Y no se escandalice nadie por que diga que me siento tanto más apegado á mi país, cuanto más lo está él á la Iglesia, puesto

que cuanto más respeto guarda á la Iglesia, más respeto y consideracion guarda á mi libertad.

¿Puede acaso envejecerse el cisma de la independencia perdida por la herejía? Las tres ramas de que se componen recuerdan y personifican otras tantas servidumbres. Pasad la Mancha por ejemplo, *id hasta las islas de Cethym y aprended*. Allí veréis á un rey disipado proclamar á gran sacerdote de la religion, y despues de Enrique VIII el anglicanismo cambia con harta frecuencia de despota sin cambiar de despotismo. Allí veréis un consejo de ministros sin fé, reglamentar la práctica nacional de la fé, prescribir ayunos, y formar y reformar el ritual. Allí el cetro del soberano pontífice cae en las mismas manos que empuñan la rucra, y la anomalía de la papia Juana, tan falsamente imputada al catolicismo, se renueva en cada siglo para la Gran Bretaña, sin que su puritanismo se sienta ofendido. Allí, en fin, Elisabeth inspira á obispos, y firma mandatos en tanto que en nuestros dias por el contrario, una reina virtuosa, atraída acaso por el verdadero cristianismo, se ve condenada á conservar su tiara para no tener que desprenderse de su corona! Opresion humillante impuesta á la majestad de Inglaterra como castigo de la que, desde el punto de vista

religioso, impone ella misma, y que convierte las exigencias de la nacion en verdadera justicia contra las sacrilegas usurpaciones de sus soberanos.

Desde Lóndras trasladémonos á la patria del cisma bizantino y preguntémosle qué ha hecho de su libertad religiosa. Cuando la inspirada palabra de S. Crisóstomo, de S. Basilio y de S. Gregorio dejó de oirse en esas regiones de Oriente, cuna de la fé, las rivalidades del carácter local y la preponderancia latina suscitaron en Constantinopla determinadas prevenciones contra Roma. La capital del imperio miró con envidia á la capital de la religion: los preladados, los teólogos y los juristas ambiciosos se mostraron arrogantes respecto del Papa, que era débil y estaba lejos, y humildes hasta el servilismo con relación al emperador, que era fuerte y estaba á su lado. Las tendencias separatistas fomentadas por una parte por la corte bizantina, y justificadas por otra por la doblez de la sofística griega, se acentuaron de dia en dia, hasta tanto que en 1054, un emperador que queria ser papa, y un patriarca que pretendia ser independiente, hallaron medios para comprar, en ese país donde todo se vende, un conciliábulo de obispos cortesanos decididos á pronunciar la separacion definitiva,

Indudablemente ofrecía ménos dificultad obedecer al sucesor de Pedro, que á un César del Bajo Imperio. Y no obstante todavía hay algo peor que los Césares del Bajo-Imperio, que al cabo y al fin eran cristianos; hay los sultanes que no lo son, y bajo cuyo yugo dobló la cerviz el cisma oriental. Así, al realizarse la invasión de Mahometo II, la Iglesia de Roma, madre sublime, ofreció su apoyo á su culpable hija de Constantinopla; pero esta, desvanecida y orgullosa, contestó con arrogancia á los enviados de Occidente: *Antes el turbante que la tiara*, y sus criminales votos vieronse realizados. El 29 de Mayo de 1453, Mahometo II penetró á caballo en aquella basilica de Santa Sofía, en la cual cuatrocientos años antes se había consumado el cisma. El vencedor estampó su mano enrojecida por la sangre en los frescos de fondo de oro que cubren las paredes del santuario: era el símbolo, y si así podemos decirlo, la marca del nuevo despotismo bajo el cual iba á hallarse sometida la mal aconsejada Iglesia de Oriente.

Desde aquel día esa mano ensangrentada ha pesado duramente sobre esos cristianos rebeldes. Un día empuña la espinitarra para degollar á los discípulos del Evangelio, otro día remite el báculo pastoral al patriarca de Constantinopla.

Cuando los pontífices de esa Iglesia no logran ponerse de acuerdo en las cuestiones relativas al dogma ó á la disciplina, el sultan abandona momentáneamente el serrallo para explicarles el Evangelio y hacer que se entiendan, y en el caso de que sus ocupaciones multiplicadas no le consentan consagrarse á semejante asunto, encargásele á un bajá que, por punto general pone término á la cuestion ó dirima la discordia echando mano del procedimiento mahometano. Testigo de ello la querrela suscitada por los griegos y los armenios, respecto á la costumbre de mezclar agua al vino del sacrificio: llamado el Turco á resolverla, declaró que el vino es un brebaje impuro y pernicioso condenado por el Corán, y que griegos y armenios debían limitarse á consagrar con agua sola. Y dígasenos ahora: ¿hay en esa teología proconsular cosa alguna que pueda tentar nuestra dignidad, ni siquiera nuestra razón?

Finalmente, trasladémonos de Constantinopla á Moscú, y nos convenceremos una vez más de la manera como castiga Dios á los pueblos, que someten sus almas á los señores de la tierra. El moscovitismo es un retoño trasnochado del feticianismo, puesto que la Iglesia rusa conservó su ortodoxia mucho tiempo despues de

haber perdido la suya la de Constantinopla. No obstante, no trascurrió mucho antes de que los czares se dejaran seducir por la omnipotencia religiosa de los emperadores, y los metropolitanos de Moscú no permanecieron insensibles á la idea de convertirse en patriarcas. Y lo consiguieron, bien que siendo unas veces feudatarios del cisma de Oriente, viviendo en otras ocasiones completamente exentos de toda dependencia; mas cuando en 1702 falleció el undécimo de los pontífices usurpadores, Pedro el grande se negó á darle sucesor, persistiendo en este propósito durante once años, al cabo de los cuales, y como el clero ruso, cansado de esta servidumbre, insistiera de nuevo para que fuese llenada la vacante, el autócrata le contestó con voz amenazadora: *En mí tenéis el patriarca que salváis.*

Al cabo de breve tiempo ese patriarca omnipotente instituyó un sínodo, ó consejo de administración eclesiástico presidido por un procurador civil ó militar, y la iglesia ortodoxa se sometió á la tiranía, por haber opuesto resistencia á la autoridad legítima. Aquí desde el simple fiel á los primeros pontífices las servidumbres se enlazan con espantoso encadenamiento. Los obispos, valiéndose de las expresiones de

Pedro I, marchen á la voz del emperador, como los soldados al toque de los tambores, y más opresores que oprimidos, infligen al clero inferior el duro trato que á ellos se les prodiga. Los sacerdotes están condenados al matrimonio en virtud de una costumbre despótica, que hace del sacerdocio una casta especial, que se renueva con los séres procedentes de la misma, y que obligada por la miseria, no vacila ante las mayores defecciones inclusa la venalidad. Los apóstoles frecuentemente escoltados por la policía, sólo tienen libertad para alabar al czar reducción casi exclusivamente sus funciones á fortalecer la autoridad del cetro imperante. Finalmente, los confesores entregan á los ríos al llegar la Pascua, mediante un puñado de rublos, el certificado de una confesion irrisoria, formalidad peligrosa de la que procuran escapar cuidadosamente los desertores y los reclamados por la justicia, sabiendo como saben, que todos los secretos de Estado son trasladados por el tribunal de la penitencia al de policía, en virtud de una ley que declara acto de ilegalidad la confesion de un individuo sospechoso.

Después de lo que acabamos de manifestar, juzgamos natural hacer las siguientes preguntas: ¿Deberá buscarse la verdad en el cristianismo

cohibido, amordazado y flagelado de S. Petersburgo, ó en el cristianismo libre, desarmado y que no tiene más defensa que su debilidad representada por Roma? ¡Oh, Iglesia santa de Polonia con sus iglesias enlutadas, tus obispos desterrados, tus vírgenes y tus fieles prefiriendo todos los horrores de Siberia à la horrible apostasía, mucha semejanza ofrece con la iglesia de las catacumbas, para que se te pueda negar el derecho de proclamarte heredera suya! En cambio tú, iglesia adúltera y perseguidora de los Romanow, ofrece todos los rasgos de la tiranía neoromana, para que pueda dudarse que de ella descendes. La política de los tiempos presentes puede estar indecisa entre los mártires y sus verdugos; pero el honor y la justicia no vacilarán jamás.

Para la conciencia humana la libertad es la distinción entre las dos sociedades. Esta palabra Iglesia, que nos asusta como la expresión de una mística tiranía, es simplemente el sinónimo teológico de esta: la sociedad espiritual. Ahora bien, donde quiera que el Estado establece la ley religiosa, la sociedad espiritual no existe, y cuando esta concluye, comienza la esclavitud de las almas. Donde esto acontece no se presta obediencia á Pio IX, sino á Enrique VIII ó á Eli-

zabet; á Pedro I ó á Catalina; á Mahometo ó á otro cualquiera: en suma, al rey, al ministro de este rey, al secretario de este ministro, al agente de policía de este secretario, para que no pueda ocultarse al mundo ni á los siglos, que nadie desgarró impunemente el seno maternal de la Iglesia; que en el castigo se lleva la penitencia de tan ingrato proceder; y que cuanto más se pretende emanciparse, por medio de la herejía, de la unidad de enseñanza, mayores enseñanzas deben sufrirse; y cuando más se pretende emanciparse, por medio de la herejía, de la unidad de gobierno, tanto más duro es el gobierno que se debe soportar.



CAPITULO IV.

LA FORMA DE LA VERDADERA SOCIEDAD CRISTIANA
ES LA UNIDAD.

Hemos visto que esta sociedad tiene el derecho de vivir vida propia, porque tiene una autonomía real que la hace distinta é independiente de la sociedad civil. Hemos reconocido el error y el crimen de esta doble tiranía que se ha levantado contra la Iglesia de dos extremos opuestos, procedente la una de abajo y colocando la fuente de todo poder en el sufragio universal; la otra ejerciéndose de lo alto y haciendo del jefe del Estado el jefe de la religion. En otros términos la verdadera sociedad cristiana

tiene una constitucion gerárquica contra la cual no deben prevalecer ni la democracia ni el cesarismo, y este órden no es jamás violado por un pueblo sin que sufra la expiacion en su dignidad rebajada, porque dice S. Anselmo: *Dios, nada ama tanto como la libertad de su Iglesia.*

Pero todavia existe un rasgo más importante para la verdadera Iglesia que la libertad, y este rasgo es la unidad. Facilmente se concibe, especulativamente, que una Iglesia falsa conserve lo que caracteriza á la verdadera, es decir la unidad social formada por una coleccion de personas que profesan la misma fe y obedezcan á la propia autoridad; mas en el terrano de los hechos este fenómeno no ha existido jamás y cuando se conocen las condiciones esenciales del mismo, puede asegurarse que es moralmente imposible fuera de la Iglesia católica.

Examinemos la manera como define la unidad el protestantismo contemporáneo desesperando de producirla, y con el propósito de no perder sus ventajas. «Las Iglesias, dico, aparecen no como instituciones sobrenaturales destinadas á transmitir sacramentos maravillosos, sino más bien como una patria religiosa en la cual puede comunicarse, con el corazon y con la palabra, con muchas personas cuyas creencias no son las

mismas; en la cual las diferencias intelectuales vienen, en cierto modo, á fundirse en la comunidad del sentimiento religioso y del esfuerzo moral; en la cual el hombre de ciencia, sin perder su independencia santa, puede fortalecerse en la fé de los creyentes más sinceros. Tal es la razón que me mueve para desear el que dichas sociedades se hallen establecidas sobre tan ancha base, que sean capaces de proporcionar la mayor hospitalidad que pueda imaginarse. Consideren otros si quieren la 'glesia como una alianza dogmática sometida á una tradición inmutable: respetaré esta manera de ver, sin perjuicio de considerarla muy distinta é impropia del principio protestante. Por lo que á mí toca preferir ver en la Iglesia una sociedad religiosa abierta al espíritu de exámen, é indulgente por lo tanto con las diferencias de doctrina (1).»

En otros términos: la Iglesia es la reunion de todos los hombres animados de sentimiento religioso; pero sin creencias ni dependencias comunes, por que la creencia no se considera elemento de la religion. Vale tanto decir que todos los hombres son miembros de la Iglesia, excepto a-

(1) Sínodo protest. de 1871. M. Pécant. sesión del 18 de Junio.

quello que no quieran serlo. Esta unidad, tal cual la entienden los protestantes liberales, equivale á decir que Jesucristo, Mahoma, Boudha, Confucio y Lutero pertenecen á la misma Iglesia. ¿Y porqué nó Voltaire? En nuestros tiempos hemos visto ateos místicos adornados del sentimiento religioso.

Al lado de los protestantes liberales hay otros que se llaman ortodoxos, en opinion de los cuales no puede existir Iglesia sin una fé comun. «Mucho preocupan, dice M. Guizot, los progresos realizados por el espíritu de asociacion; mas así como en política y en literatura no existe asociacion sin la prévia existencia de un fin y una regla comun, lo propio acontece con las asociaciones que se proponen la realizacion de un fin religioso. Lo que es una verdad en el órden social, lo es igualmente en el órden religioso. Cuando se trata del estado de las almas; de las relaciones de la sociedad religiosa con Dios, es cuando más se necesita una fé comun, un trabajo comun, un fin comun (1).»

De manera que al paso que para los liberales la creencia es indiferente, pues cada cual depen-

(1) Sínodo protest. de 1871. M. Pécant. sesión del 18 de Junio.

de únicamente de su conciencia individual; toda regla de fé es tiránica y la unidad de la Iglesia no es más que la colectividad de esas diversidades, para los ortodoxos los miembros de la Iglesia deben tener creencias y obligaciones comunes, sometidas al principio de la autoridad soberana de las santas Escrituras. Hemos visto y veremos mejor aun, que la unidad, realizada en virtud de esta teoría, no es menos irrisoria que la del protestantismo liberal.

Si según la herejía, consultamos al cisma relativamente á la noción de la unidad, veremos que la define: la profesión de la misma fé y la participación en los mismos sacramentos. Mas como los mismos sacramentos no tienen la eficacia de un mismo gobierno para reunir en una sola faz, ora el conjunto de las iglesias griegas, ora los miembros de cada una de dichas iglesias, resulta entre Constantinopla y Moscu tal variedad en las cuestiones litúrgicas, disciplinares y á veces dogmáticas, que las hacen dignas de la anarquía protestante.

Sólo el catolicismo concibe y realiza la verdadera forma que conviene al cuerpo de la Iglesia. Precioso es el de verdad en una religión, puesto que la unidad consiste, lo mismo para una institución que para el hombre, en estar siempre de

acuerdo consigo mismo. Este carácter divino es mucho más difícil de comunicar á una institución que habla á todos los tiempos y que tiene una carrera individual más circunscrita por la duración y por la trascendencia de sus aciertos. Ahora bien, ¡qué magnífico espectáculo el de la unidad de la Iglesia en la unanimidad de tantas adhesiones sobre todos los puntos definidos, sin perjuicio de la libertad de discusión respecto de los demás, hasta tal punto que la sumisión á la fé, no representa jamás la esclavitud del pensamiento! Despues de haber pasado la importancia y valor de ese conjunto de sufragos, ténganse en cuenta las divisiones de la opinión hasta lo infinito, sea en política, sea en filosofía, sea en el terreno de la ciencia, y se verá que hay una diferencia tal, que no puede ménos que causar profundísima impresion. Pero la unidad de hecho que respaldase en la Iglesia adoctrinada, hallase completada por la unidad de derecho que reside en la Iglesia docente. Evaluemos además el testimonio que constituyen, doctrinalmente, doscientos sesenta Papas, más de ciento veinte mil obispos y cuarenta millones de doctores ó pastores secundarios que han cantado las excelencias y la sublimidad del *Credo* de Nicea, y convendremos sin el menor esfuerzo, en que

ai la verdad se halla personificada en una autoridad sobre la tierra, en esta precisamente debe estarlo.

¿Puede pedirse ménos al error que el que no caiga en contradicción? Y sin embargo, es lo que más difícilmente se alcanza.

Si aplicamos á las falsas iglesias, como piedra de toque, el principio que acabamos de proponer, no encontraremos una sola que ofrezca la garantía de nuestra unidad de derecho, ni siquiera la de nuestra unidad de hecho, por lo mismo que no existe una sola que posea ni el elemento activo que impone la unidad, ni el elemento pasivo que la ejecuta, es decir, ni la autoridad suficiente para prescribirla, ni la obediencia indispensable para realizarla, de donde resulta que en la herejía y en el cisma, pero más aun en la primera que en el segundo, sólo se encuentra *cierto lo incierto*.

I.

En primer lugar: ¿puede existir siquiera en el protestantismo ese órden y esa armonía que consiste en no desmentirse? En manera alguna, puesto que dicha herejía, como su propio nombre indica, protesta, pero á nadie reune. Sólo es una contra nosotros; pero en sí misma, según cuenta un célebre reformado, *aseméjase á un gusano cortado en mil pedazos*. Fijándonos exclusivamente en su única afirmación general, la negación del catolicismo, ¿qué es lo que vemos bajo su enseñanza? Individualidades que como los átomos de Epicuro, se peraugen, con el objeto de aglomerarse, sin poder conseguirlo; agregaciones de escepticismo, y amalgamas de incredulidad en todas las dósas imaginables; en fin, una verdadera pulverización de la doctrina evangélica, dando incesantes vueltas en el campo devastado de la autoridad religiosa y arrastrada por los vientos del libre exámen al nihilismo de la fé cristiana.

¿De qué manera se han producido tales consecuencias? Todo el mundo lo sabe; por lo menos todos aquellos que quieren saberlo. El cristianismo recibe la verdad por medio de tres afluentes que se completan al reunirse en su seno: la Escritura, que contiene la revelación escrita; la tradición, que es depositaria de la revelación oral; y finalmente, la Iglesia ó sea el cuerpo *docente*, que guarda é interpreta una y otra y las preserva de toda alteración. Ahora bien: ¿qué es lo que ha hecho el protestantismo de esas tres fuentes de la Verdad? Desde luego ha suprimido dos: la Iglesia, puesto que la condena, la tradición, por lo mismo que la contradice, y si ha conservado la Biblia, es por haber considerado que nada hay más fácil que hacer decir á un libro sagrado lo que á cada cual se le antoja, cuando se han eliminado los intérpretes sagrados.

Este semejante atentado constituye evidentemente una mutilación de la fé cristiana. ¿A qué reducir las tradiciones auténticas? A nadie dió Jesús la comisión de redactar la carta constitutiva del cristianismo; subió á los cielos sin haber escrito ni haber hecho escribir una sola palabra relativamente á este asunto: el mismo símbolo de los Apóstoles, no recibió una fórmula

determinada y concreta hasta el Concilio de Nicea, sin que esto fuera obstáculo para que constituyera ley mucho tiempo antes, de lo cual resulta que circunscribir la revelación á la letra de algunos textos, por más que sean venerables, vale tanto como apreciar judaicamente el conjunto de la fé cristiana.

¿A qué rechazar las tradiciones divinas? ¿A qué especialmente rechazar la Iglesia que es su oráculo divinamente establecido? De la propia manera que la luz natural ha brotado de estas palabras «Hágase la luz,» la luz sobrenatural ha resultado de esta orden no menos soberana, «Id y enseñad.» Desde este momento, es decir, con anterioridad á la existencia de los libros del Nuevo Testamento, existe, pues, una autoridad docente y una autoridad directriz constituidas en el cuerpo apostólico y en sus sucesores. Propagase la doctrina, fórmase la jerarquía, reglántase el culto, el mundo, finalmente se convierte antes de que se hayan redactado los Evangelios, por manera que la Escritura es evidentemente posterior á la Iglesia, puesto que, si así cabe decirlo, ha nacido en el seno de la misma.

Per lo demás, la Biblia, según dejamos anteriormente consignado, no es acaso en sí misma

letra muerta, incapáz de defenderse de los que la desnaturalizan, así como de darse á entender á los que no aciertan á comprenderla? Y hé ahí la razon en virtud de la cual tuvo Dios de establecer un intérprete y guardian incorruptible capáz de defenderla y explicarla, siendo esto de necesidad imprescindible, porque supuesto que la autoridad doctrinal no se halle en un cuerpo escogido, como es menester que exista, lo buscará en el espíritu de cada uno. Cuando la Iglesia no está en la Iglesia, se revela en el pensamiento individual: en el momento en que la cátedra de S. Pedro está abatida, preséntase el juicio particular con el objeto de ocupar su puesto, y en tal caso vuelan hechos pedazos los detalles de la unidad evangélica, bajo los embates dirigidos por esos innumerables protestantismos que nada más tienen de comun que su protesta.

La herejía cuenta con la inspiracion ó con la razon para penetrar en el sentido de las escrituras. Veámos cuales son las consecuencias que resultan del primer método. ¿Qué es la inspiracion? Segun unos, un rayo de luz proporcionada por el Espíritu Santo, que pone de manifiesto al alma las profundidades del texto sagrado, de la propia manera que el sol pone de manifiesto los objetos sensibles: segun otros, una intuicion

interna en virtud de la cual podemos facilmente distinguir la palabra divina de la humana, como el paladar distingue lo dulce de lo amargo. Teoría espantosa del iluminismo, que concede á la imaginacion de cada individuo la infalibilidad de que despoja á la Iglesia. ¿Se quiere saber ahora á qué se reduce la unidad, entregada á ese corriente de fanática teosofía?

Apareció Lutero: ¿Qué vió en la escritura? Que estamos justificados por la fé sin las obras, que el libre albedrio es invencion de la Edad media, que no hay más que cuatro sacramentos, que los religiosos quedan libres de sus votos, que los sacerdotes tienen derecho á casarse con una mujer, y los landgraves de Hesse pueden tener dos mujeres si les acomoda, todo, por supuesto, bajo la responsabilidad del Espíritu Santo.

Vino Calvino: ¿Qué vió en la Escritura? Que la realidad del misterio eucarístico, respetada por Lutero, no era más que una figura, y que los homeres, opavancidos de resistencia á las exaltadas comuniones, como Miguel Servet, debian expiar su crimen en la hoguera. Así lo tenía decidido el Espíritu Santo.

Vino Múncer: ¿Qué vió en las Escrituras? Que los títulos de nobleza y las propiedades considerables constituyen una usurpacion ímpia,

y que sus sectarios deben despojar de unos y otras á los grandes y á los ricos, valiéndose de las armas y del fuego. Nueva inspiracion del Espíritu Santo.

Vino Juan de Leyda: ¿Qué vió en las Escrituras? Que la obediencia á las leyes es una restriccion de la libertad cristiana: que él debia echar á un lado los instrumentos de su oficio para ponerse al frente de un populacho desenfrenado, apellidarse rey de Sion, y casarse con catorce mujeres, porque la poligamia constituye el privilegio de los santos patriarcas. Y todo esto, por supuesto, en virtud de una inmiscucion del Espíritu Santo.

En regimen, los puritanos, los cuáqueros, los metodistas que han ido apareciendo sucesivamente, ¿qué han visto, ó mejor, qué han dejado de ver en las Escrituras? El espíritu no puede calcularlo ni decirlo. Las alucinaciones del protestantismo místico son un lugar comun que no puede referirse. A sus ojos el hombre desaparece delante de Dios, la razon ante la fe, la naturaleza en presencia de la gracia, reina en el mundo una pavorosa predestinacion, el salvarse y el condenarse son únicamente la cuestion de fatalidad, en suma, lo único que conviene es tener en su favor la inspiracion del Espíritu Santo.

Lo que la locura del fanático en semejante estado puede achacarle al Espíritu Santo, es una de las mayores humillaciones impuestas á la razon por el espíritu de rebelion.

Esto es lo que acontece cuando es la inspiracion el intérprete de la Biblia. Lo que sucede cuando el intérprete es la razon, vamos á indicarlo. Desde luego el exámen individual se eleva á la categoria de un juicio infalible en materia de fe: cada cual pronuncia en última instancia sobre las creencias y los deberes enseñados por los libros santos, y se rechaza con horror toda autoridad religiosa para constituirse en pontífice de su religion, si es que puede darse aun este nombre augusto á los restos informes que en el fondo de sus crisoles deja una exegesis devoradora. Midamos los grados, ó por mejor decir, los abismos en que se arroja el espíritu humano dirigido por la Escritura comentada por el racionalismo.

Lutero abrigó la creencia de poder conservar la divinidad de Cristo, sin perjuicio de negar la de la Iglesia; pero dada esta rebelion general, los blasfemos no debian cejar hasta deducir en el breve espacio de trescientos años, el más crudo ateísmo, y la soberbia del Lucifer alemán debia comunicar á su país esa especialidad mons-

truosa, este orgullo característico, que podría deprimirse: la impudencia de la negación.

En efecto: después de Lutero encontramos á Scrivero, para el cual la Escritura le ofrece un Jesucristo un hombre adorable; pero en manera alguna divino. Mas tarde se presenta Kant, que distingue entre la fe religiosa y la eclesiástica, y que va á basar en los textos sagrados lo que le place á la primera, rechazando cuanto fortalece á la segunda. Luego, Semler, que prescinde de casi todos los libros de la antigua alianza, y admite únicamente los que tienen una tendencia moral. Después Eichhorn, que hace extensiva al Nuevo Testamento la crítica negativa aplicada por Semler al Antiguo. Después Strauss, que ya no se satisface con despojar las Escrituras de su autoridad divina, sino que además llega al punto de tratarlas como una mitología simbólica. Mas adelante vendrán aquellos de quienes habla Tremblay, que sólo empiezan la Biblia como introducción á la razón pura, y que nada afirman de Dios como no sea decir que el hombre virtuoso debe desear que exista uno. Finalmente, Hegel resolverá esta cuestión capital por medio de un ateísmo grosero en cuanto cabe, y la Alemania racionalista, cerrando el círculo de sus negaciones, sorprenderá al mundo

por una capacidad de aberración superior mil veces á su poder de investigación.

¿A qué se han reducido los artículos fundamentales, respecto de los cuales debían encontrarse y estar de acuerdo las divergencias heréticas? Nada de artículos fundamentales en un sistema que ha establecido como piedra fundamental el derecho de juzgarlos, reducirlos y hasta derribarlos. Nada de confesión de Augsburgo, nada de símbolo de la Rochela para un protestantismo tan alejado de su principio que no ha mucho arrojaba de su consejo presbiteral, por medio de cinco votaciones consecutivas, al francés más ilustre de su comunión, por la única razón de creer en la divinidad de Jesucristo. «Me han arrojado al par que á Cristo» exclamaba con voz elocuentísima, manifestando una sorpresa que á nosotros mismos nos ha sorprendido. ¡Guorabais, ilustre cristiano, que, según uno de vuestros correligionarios, «la mayoría de los protestantes no es cristiana (1)»! ¡Ignorabais que siendo el yo vuestro «criterio» doctrinal, de la propia manera que no hay dos rostros que se parezcan, es imposible que existan dos

(1) Gaspario.

conciencias que interpreten del mismo modo? Ignorabais finalmente que si Lutero decía ya de vuestros antepasados «tantas ca bezas como creencias» (1), al presente el individualismo ha reducido vuestra Iglesia á polvo, y que para obtener sus sufragios es indispensable afirmar la divinidad de la razón, no la de Cristo, porque la consecuencia inmediata del libre exámen no consiste en que Cristo sea verdad, sino en que la razón es infalible?

Con posterioridad á la expulsión de M. Guizot, que fué varrojado con Jesucristo de cierto conciliábulo protestante, se ha hecho un esfuerzo en el último sínodo nacional, para hacer entrar de nuevo á Cristo en el Calvinismo. El mundo conservará durante mucho tiempo el recuerdo de las escandalosas divagaciones de esta nueva Babel. De una parte estaban los liberales, para quienes la Biblia no constituye en manera alguna un libro divino, sino simplemente un tema de predicación, respecto del cual, el ministro del santo evangelio puede ejecutar cuantas variaciones se le ocurran, desde la negación de la divinidad de Jesucristo, hasta la negación im-

(1) Miguel Stiebel. 1824.

píocita de la persona de Dios. En el campo opuesto encontrábase los ortodoxos haciendo inútiles esfuerzos para establecer la unidad de fé, sin más regla que un libro del cual el juicio individual puede deducir lógicamente la negación de la fé. El lado triste del espectáculo consiste en que los oradores autoritarios de la asamblea no eran de lo más consecuente. Recorriendo aquellos escaños entre los cuales los había que formaban una derecha, una izquierda, un centro izquierdo, una extrema izquierda etc., afectábase uno dolorosamente al ver que la fé sólo existía en esas diversas categorías en razón inversa de la lógica. En efecto: los ortodoxos que hubieran querido imponer prácticamente la autoridad, después de haberla negado en principio, merecen que se les aplique esta sentencia de J. J. Rousseau: «Pruébame que en materia de fé, estoy obligado á someterme á las decisiones de alguno, y desde mañana me hago católico,» palabras que confirman un juicio verdaderamente célebre: «el protestantismo no es más que el lugar de una religión.»

Hemos pues llegado á conclusiones diametralmente opuestas á las anteriores, sin embargo de proceder del mismo punto de partida. En el primer caso la razón se nos ofrecía invadida por un

desbordamiento de la fe; en el segundo la fe desaparece bajo las usurpaciones de la razón y los doctores de esta ley mutilada quedan reducidos á profesores de incredulidad, que perciben del presupuesto del Estado, en el concepto de ministros de un culto reconocido.

Ante el espectáculo de esa unidad «hecha pedazos,» el alma se siente gozosa de pertenecer á una religion de la cual no es posible escribir una historia de las variaciones. Someted nuestra unidad á la prueba de las distancias y colocad un católico de París, al lado de un católico de Pekin, y les bastará recitar el símbolo de su fé, para que se reconozcan y se den el ósculo fraternal sobre el seno de su madre comun, la Iglesia. En cambio, colocad un Aglicano de Londres al lado de un Mormón de Boston, se estrecharán la mano al pronunciar el primer artículo de su «Credo;» pero ántes de concluir el segundo, se habrán anatematizado mutuamente. Someted tambien nuestra unidad á la prueba de los siglos haciendo comparecer un católico de las primitivas catacumbas en medio de las deslumbrantes asambleas de S. Pedro de Roma, y en el nuestro encontrará su símbolo, porque los dógmas que han sido definidos han dicho relación á las obligaciones de nuestra fé, no á la fé

de la Iglesia, y existian desde el principio en su seno, de tal suerte, que dado que en ellos se descubra alguna novedad, no se refiere en manera alguna á la creencia, sino en el precepto de adherirse á ella.

En cambio, ¿qué deben sentir y pensar los herejes, ante el espectáculo de esos santos de los siglos apostólicos, de los cuales se proclaman herederos, siendo así que no pueden envanecerse con en el título de discípulos? Cuando contemplo en nuestras antiguas catedrales de Basilea y Westminster, usurpadas por el protestantismo, las magnificas estatuas de nuestros primeros obispos yaciendo sobre las losas que el viajero huella sin postrarse de hinojos, pareceme escuchar la voz de esos muertos ilustres diciéndole á la herejía: ¿Qué habeis hecho del Evangelio que os legamos? Aquí existian altares sobre cuyas aras ofreciamos el sacrificio de la Víctima que se habia entregado para redimir al pueblo, y vosotros los habeis demolido; aquí habia bautisterio y piscinas para la penitencia en los cuales lavabamos los pecados del mundo, y vosotros los habeis destrozado; aquí habia Cruces é Imágenes de la Virgen, ante las cuales, el alma anegada en llanto, buscaba un consuelo á sus dolores, y vosotros las habeis profanado. Ea-

tónces formábase un rebaño que conducía un sólo pastor, y al presente cada uno de vosotros es al par pastor y rebaño; entónces éramos uno como Jesús y el Padre, al presente sólo estais unidos en el odio á la Iglesia y en el principio de division. Nó, no os apellideis hijos nuestros, pues en vuestro rostro no se descubren los rasgos de la fisonomía paterna; no os envanzeçais con el pretencioso título de reformadores de la religion, puesto que vuestras obras á nada más se dirijan que á empequeñecerla; no interrumpáis nuestro sueño con los murmullos importunos de vuestro culto, porque ni hemos entendido jamás vuestros himnos, ni comprendemos las pláticas y sermones que constituye vuestra predicacion, y en tanto que repetís una y otra vez el nombre de Cristo, Jesucristo se ha alejado de vosotros como de vuestros templos, para no dejaros más que una imágen desecha en mil pedacitos!

II.

No es ménos incompatible con la unidad el cisma que la herejía. Cierito que esta rompe la unidad doctrinal, en tanto que aquel destroza únicamente la unidad de comunión; mas ámbos á dos, al separarse de Roma, se deslizan á lo largo de la misma pendiente, sin más diferencia que detenerse el primero en un punto más elevado, la segunda en uno más bajo, y en cambio uno y otra se encuentran desprendidos del poder central y de la fuerza unitaria.

Entre las sociedades cismáticas, ¿podría existir unidad colectiva? Nó, porque la esencia de la doctrina cismática consiste en considerar á todos los obispos como independientes y disfrutan de los mismos poderes de orden y de jurisdicción. De manera que dentro de este sistema, no existe á la cabeza del cuerpo episcopal primacía alguna de derecho divino, y la supremacía ejercida por el Obispo de Roma, durante muchos

siglos, fué únicamente un privilegio concedido á la capital del Imperio.

De semejantes premisas han debido deducirse extraordinarias consecuencias segun en otro lugar dejamos demostrado. Convertida Constantinopla en capital, base atribuido las prerogativas espirituales de una segunda Roma; apoyándose Moscú en idénticos motivos se ha declarado la tercera; Londres la cuarta; sin perjuicio de que mañana puedan deducir la misma conclusión París, Turin, Viena y Madrid, y que el poder temporal despues de haber asorbido en todas partes al Pontificado pueda exclamar:

Roma no está en Roma, sino donde yo estoy.

¿Qué debe acontecer en efecto bajo el imperio de una teología que convierte en papas á todos los obispos? No es posible un concilio ecuménico puesto que no existe autoridad universal que pueda convocarlo ni que sea capaz de presidirlo. Y sin embargo, dado caso que sobrevenga una complicación religiosa, ¿qué medios escocitarán las Iglesias para resolverla, ya que no pueden existir precedentes en los siete primeros concilios ecuménicos reconocidos por todas las Iglesias, por lo mismo que no era posible que en dichos concilios se previnieran todas las

dificultades que andando los tiempos, podian presentarse? Vamos á decirlo y no se nos tache por ello de exagerados. Cuando el sacerdote griego está descontento de los juicios de su obispo se dirige al patriarca, y este al sultan. En Rusia el pope consulta al archimandrita, el archimandrita al santo sínodo, y el santo sínodo al conde que recibe las órdenes del czar si la cuestion lo exige. Finalmente, si se propone una cuestion parecida al tribunal de la reina Victoria, su consejo privado se decidirá en favor de los presbiterianos, tratándose de Escocia; en pro de los anglicanos, si el asunto se refiere á Inglaterra. Mas no vaya á creerse que los firmantes de Constantinopla, los ukases de San Petersburgo, y las encíclicas de Londres, referentes á asuntos religiosos, constituyan un cuerpo de doctrina que sea igual en todas partes. Compárense las ordenanzas pontificias de todos los soberanos cismáticos con las decretales de los Papas, y se verá que todo lo que tiene en estas de prodigiosa la condición de unidad, es en aquellas completamente imposible. Guárdenos pues la providencia, de esos jueces de religion que están al frente de los ejércitos, porque ó bien la duda que se somete á su decision es puramente espiritual y en este caso, permiten que cada individuo crea

lo que mejor se le antoja; ó bien es temporal y en este caso sacrifican todo el interés de la religion al del principio de su autoridad. Al llegar á este punto vése aparecer en el sitio más elevado de ambas sociedades, la colosal figura del despotismo moscovita ó bizantino dominando una gerarquía colosal de autoridades reducidas á la servidumbre, haciendo mover bajo un cetro de hierro los dos escándalos de esta anomalía, la más espantosa diversidad de opiniones religiosas, obediendo á la más espantosa unidad del poder civil militar.

Y ¿será más fácil á los pueblos cismáticos la unidad individual que la unidad colectiva? Consultemos su historia, y de seguro nos contestará.

La iglesia de Pocio léjos de tener una fuerza de cohesion sobrenatural, sólo posee la unidad material de los agregados que han incluido dentro de un círculo de hierro. Sus disidencias son llevadas á la barra de un patriarca que pronuncia bajo la sancion del sable musulman, y su identidad se halla sostenida únicamente por la política que ofrece el simulacro de la unidad religiosa.

El rusanismo, no obstante hallarse sometido un sínodo director, sometido á su vez á un pro-

ductor imperial, se ha disgregado á pesar de las cadenas que le estrechan. Véase en él innumerables sectas que han sacudido el yugo de la iglesia nacional. Sólo la de los «viejos creyentes» reúne trece millones de adeptos y una cuarta parte por lo ménos de los cristianos que viven bajo el dominio de los czares, en el foro interno, se ha emancipado de su jurisdiccion espiritual. Fácilmente puede comprenderse lo que sería de esta ortodoxia vacilante y amenazada de disolucion, sin el apoyo que le presta la perspectiva de Siberia.

Por último, en vano el anglicanismo al nacer de una disipacion real, se prometió conservar íntegro su Credo; pues involuntariamente y hasta á pesar suyo, se ha visto arrastrado á las divisiones y desheredado de las creencias que pretendia mantener. Desde luego se vio arrastrado á las separaciones que no queria, pues en cuanto hubo dicho «Basta de Papas, sólo obispos,» asomó su cabeza el presbiterianismo diciendo: basta de obispos, sólo sacerdotes; y vino después el calvinismo diciendo: basta de sacerdotes, sólo pastores; y siguieron en pos nuevas sectas diciendo: basta de pastores, sólo predicadores; y por último los cuáqueros que dijeron nada de predicadores, cada cual es doctor, predicador y

profeta de sí mismo. De manera que toda la gerarquía eclesiástica ha venido abajo en pos del Papa, lo cual es una nueva demostración de que destruida la clave de la bóveda, es imposible que el edificio se mantenga en pie.

Después el anglicanismo ha perdido las creencias que se empeñaba en manter. ¿Qué ha sido del bill de los seis artículos que Enrique VIII hizo jurar á su parlamento y á su pueblo bajo pena de muerte? La confesion auricular, la misa, la transubstanciacion, la infalibilidad de los concilios generales, las indulgencias, el establecimiento divino del episcopado, todas esas creencias que la Iglesia de Inglaterra recibió en su cuna, y que habia jurado conservar hasta la tumba, se han debilitado, disfigurado ó totalmente perdido despues de haber renegado de ellas. Ten cierto es que los errores populan á la sombra del cisma como á la de la herejía y que el privilegio de no contradecirse, pertenece únicamente á la verdad.

¿Puede darse contradicción más repugnante que la que ofrecen las Iglesias disidentes, renegando de su origen, y de la madre que les dió el ser? Rechazaba la Isla de los Santos la comunión de Roma cuando S. Gregorio le enviaba á Agustín para que la convirtiera; ni la Iglesia de

Rusia cuando S. Olga y S. Ulademiro se veian colocados en los altares por mano del Pontífice; ni la Iglesia de Constantinopla cuando S. Crisóstomo imploraba los sucesores de San Pedro en su adversidad? No queda pues más recurso á toda sociedad cismática, que renunciar á su pasado, ó volver sobre sus huellas, adoptando nuevamente su enseñanza.

Esos antepasados pueden decirle: Hemos vivido con el pontificado en la union que habeis abjurado; nuestra iglesia le es deudora del nacimiento, de la educacion y de los dias más bellos que ha conseguido disfrutar. Si somos nosotros los que nos hemos engañado ¿por qué os envanecéis de descender de nosotros? y si sois vosotros, porque no creis lo que nosotros creiamos? El dia en que pronunciais esta frase criminal: «Me separo» hasta muchos siglos que viviais unidos con la Iglesia Romana. Si no era legitima, fazeis culpables obediéndola: si lo era, os hicisteis más culpables abandonándola. No despreciéis pues las lecciones que de vuestros padres recibisteis. Thomas de Canterbury sufrió la muerte y S. Crisóstomo los rigores de dilatados destierros antes que humillar al Cesar la magestad del poder espiritual. Al presente hacéis del poder temporal el dispensador de las cosas ce-

lestea. Habiéis convertido la dominación de Cristo en un reino de este mundo y dobláis la rodilla ántes los señores de la tierra al par que levantaís con orgullo la cabeza en presencia del representante de Dios. Ah, tomáos el trabajo de vuestros antiguos pontífices, y de vuestros mártires, acordaos de vuestros siglos de gloria y de vuestras pasadas promesas, porque desde que no estáis con Roma, no estáis siquiera con vosotros mismos.

CAPÍTULO V.

DE LA EXISTENCIA QUE DEBE TENER LA VERDADERA SOCIEDAD CRISTIANA.

La unidad religiosa solo puede realizarse y se ha realizado en el seno del verdadero cristianismo. La herejía y el cisma han desfigurado la noción por la impotencia de formar el verdadero tipo, é ignorando la manera de hacer la unidad, han adoptado el parado de imitarla. Queda no obstante demostrado que la unidad, para el cisma, consiste en todo cuanto está conforme con el capricho de los sultanes ó de los czares, y que dicha unidad, para el protestantismo, es la concordia intelectual que puede resultar de

un estado de cosas parecido á este: "Puede distinguirse perfectamente el protestantismo; pero en manera alguna la Iglesia protestante. Entre nosotros no existe más vínculo común que el odio al papado. El protestantismo no ofrece al presente más que una serie de ceros sin numerador alguno (1)."

Una vez resuelta la cuestión de forma, en todo cuanto se refiere al cuerpo del verdadero cristianismo, se presenta otra que se contrae á la estatura que debe tener. Dicha estatura, ó sea su desarrollo en el espacio, la constituye su universalidad. Preciso es convenir en que los caminos de hierro y los buques de vapor han reducido al parecer el valor de esta prueba. Cuando los viajes eran difíciles, podía sin dificultad alguna admitirse que una doctrina que habia alcanzado al extremo opuesto del mundo, no podía menos que ser divina, por lo mismo que solo una fuerza divina era capaz de hacerla llegar á tan remotas regiones; mas cuando basta un tren de recreo para sembrar de Biblias el espacio comprendido entre San Petersburgo y Cádiz, parece que el catolicismo de la Iglesia, no tanto se

(1) De Bussière, Schmalz protestants, etc., etc.

debe á la conquista llevada á cabo por los mártires, como á la tarea de los viajeros y á las compañías de navegacion. Con todo esto, el verdadero cristianismo ha conservado, desde este punto de vista, un privilegio de universalidad que no resiste comparacion alguna.

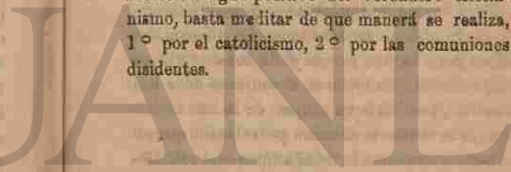
¿De qué manera el protestantismo entiende el catolicismo? Difícil es comprenderlo, puesto que este error es esencialmente proteiforme. No puede fotografiarse, porque no permanece un solo instante en la misma posicion. Sin embargo, puede decirse que ha imaginado un catolicismo para su uso particular, y en provecho propio, cómodo sobre toda ponderacion, el dia en que ha definido la Iglesia, la reunion de todos los hombres unidos en virtud de un sentimiento religioso. De esta manera el protestantismo se ha apropiado todas las iglesias, á fin de que nadie pueda echarle en cara la insuficiencia de la suya. Es la filosofía de aquel misero anciano que para consolarse decia: nada tengo; pero el universo entero me pertenece. Por lo demás, cual si tuviera el sentimiento de su impotencia de proselitismo respecto de los paganos, el protestantismo ha dirigido todos sus esfuerzos contra la verdadera Iglesia, contentándose con relajar á católicos sin conseguir hacer cristianos, lo cual,

como facilmente se comprende, es ménos costoso, y sobre todo ofrece ménos peligros.

Y en cuanto al cisma, ¿qué idea tiene formada del catolicismo? Una idea evidentemente arbitraria y falsa, porque todas las iglesias cismáticas son nacionales, y la nacionalidad se opone al catolicismo. La propagacion de la fé es imposible á esas iglesias, porque teniendo su apostolado el color de la bandera de la patria, no le es posible penetrar en el campo vecino sin que su propaganda, más bien que encaminada á evangelizar, ofrezca todos los caracteres de una declaración de guerra. Preséntase el Evangelio á un imperio bajo la enseña del soberano de otro imperio, y el Evangelio será rechazado como una especie de invacion extranjera en las almas; más que se presente en nombre del anciano venerable cuyo reino no es de este mundo, y que en lugar de pretender la sumision de los demás á su yugo, él mismo sufre las cadenas de la opresion, y se verá al Evangelio atravesar todas las fronteras y ser recibido en todas las naciones con los brazos abiertos.

Finalmente: ¿qué es el Catolicismo para la verdadera Iglesia? Vamos á manifestarlo en breves palabras. Séanos permitido ántes, sin embargo, hacer notar, que para definir las condi-

ciones de una comunión católica, nuestra Iglesia está más autorizada que todas, puesto que dicha definicion constituye la explicacion de su nombre. Desde el tiempo de los Apóstoles se le ha distinguido por sus mismos enemigos con el nombre de la Iglesia católica, que vale tanto como decir verdadera Iglesia, puesto que el catolicismo, tal cual debe atenderse, constituye un título de grandeza que ninguna otra le puede usurpar. Para convencernos de que el catolicismo es un signo positivo del verdadero cristianismo, basta meditar de que manera se realiza, 1.º por el catolicismo, 2.º por las comuniones disidentes.



UNIVERSIDAD AVILA DE NUEVO LEÓN

DEPARTAMENTO DE BIBLIOTECAS



I.

— El catolicismo es la difusión permanente y simultánea del Evangelio en la mayor parte del mundo conocido, y entre un número considerable de sus habitantes.

Cada una de esas palabras encierra un sentido muy digno de ser meditado. La difusión debe ser permanente, porque si dejaba de serlo un sólo instante, con relación al conjunto de la humanidad, resultaría un eclipse de la luz espiritual, más contrario al orden providencial que no lo sería físicamente la desaparición del sol. Debe ser también simultánea, porque si el reino de las claridades evangélicas fuese sucesivo para las diversas naciones, como lo es, por ejemplo, el paso de un viajero, su extensión no sería en manera alguna, geográficamente hablando, católica ó universal. Debe tener lugar, por lo menos, en la mayor parte del mundo «conocido», porque cuando Jesucristo les dijo á los apósto-

les: «Enseñad á todas las gentes, y cuando S. Pablo afirma que el Evangelio crece y fructifica en todo el universo, «no deben mentarse en son de burla, dice Bossuet, la China, las tierras australes, la América, para disputarles la verdad de la predicación escuchada por el mundo entero,» ya que la misión esencialmente espiritual de la Iglesia consiste en iluminar con las luces de la fé los países descubiertos, no en descubrir países desconocidos.

Por último, añade que la difusión requiere el ser aplicada á un número considerable de hombres pertenecientes á esta mayor parte del universo, porque si el catolicismo se extendiera por orden divino á todos los hombres, no sería compatible con la libertad moral, y si no se extendiera á un número considerable, constituiría en manera alguna una prueba, ya que al presente gracias á los medios de locomoción, es por de más facilísimo á toda negación tener representantes en las comarcas más lejanas. De manera que el cristianismo verdadero, deba estar presente á la vez y sin interrupción, en la mayor parte del mundo conocido y aceptado por un número considerable de sus habitantes. Este prodigio de su constitución le es propio hasta tal punto, que el error no puede falsificarlo; de ma-

bera, que si bien es cierto que el cisma y la herejía alcanzan algun resultado sobre la tierra, jamás alcanzarán el del catolicismo.

¿Y cómo nó, si el catolicismo es una consecuencia de la unidad y de la libertad? Donde quiera que la razon privada divide infinitamente la creencia, hay tantos cristianismos como cristianos. Sucede en este caso que los discípulos de una misma secta se tocan sin adherencia, semejantes á los granos de arena que cubren la playa, y estando cada catolicismo separado por los jalones que fija el pensamiento individual, hay millares de catolicismos; pero no existe un sólo catolicismo verdadero. El catolicismo en las sociedades cristianas depende tambien de su libertad espiritual. Donde quiera que el pontificado se halla absorbido por la monarquía, la Iglesia se convierte imprescindiblemente en un anexo del Estado. En tal caso, le sirve de límites una frontera; una línea de aduanas le circunscribe; los políticos y los espíritus mezquinos, se aplauden de haber convertido á Dios en servidor de la patria; pero las almas varoniles é ilustradas se sublevan, convencidas de que la nacionalidad de la religion es la exclusion de su dominio universal, y por consiguiente una negacion indirecta de la verdad.

No ignoro los prodigios de habilidad realizados por el cisma y la herejía con el objeto de escapar á estas conclusiones, valiéndose, principalmente, del medio de comprender dentro de la comunidad católica á todos cuantos creen en Jesucristo, con el propósito de que pueda el que quiera separarse del catolicismo sin salirse de él; pero basta juzgar con el criterio del sentido comun, para apreciar el valor de esta pretension y de este expediente. Renegar el simbolo y la autoridad de la Iglesia, y atribuirse sus caracteres incommunicables; rehusar el ser católico por la sumision y aspirar á serlo por las prerrogativas; reclamar, por último, el título de ciudadanía para abandonar la ciudad, é imaginar que se puede formar parte de un árbol no siendo más que una rama separada del tronco, es tener muchas exigencias respecto del catolicismo, y poquitas respecto de la propia razon. No queda, pues, mas recurso al cisma y á la herejía que trabajar en la tarea de universalizarse con nosotros, ó cesar en sus pretensiones de arrogarse los honores de nuestra universalidad. Si somos católicos en virtud de una fuerza puramente humana, tienen á su disposicion abierto el mismo campo, cuentan con los mismos medios, y por consiguiente pueden y deben con-

fundirnos por medio de un éxito igual al nuestro; pero en cambio, si somos católicos en virtud de las promesas que se nos hicieron, y de una gracia de la cual no pueden disfrutar, deben reconocer nuestras ventajas en lugar de pretender su beneficio, al propio tiempo que nos rechazan.

Véase ahora lo que ha hecho la Iglesia para establecer y sostener el milagro de su catolicismo, y lo que jamás podrá hacer sociedad alguna religiosa. Si consultamos la experiencia, nos enseña que la aspiración de la monarquía universal es un sueño irrealizable. Los errores, como las aspiraciones del hombre, tienen un alcance por demás reducido en su fuerza proselitica: su temperamento no es cosmopolita, puesto que para florecer necesitan un cielo especial. Por esto en un momento determinado, tal montaña detiene su vuelo, un río constituye una barrera que no se puede traspasar. Así vemos que el poder desbordado de Cambises encuentra en Egipto un dique opuesto á su invasión; que el de Alejandro se estrella en las márgenes del Indo; el de Anibal en Cápua; el de Napoleon en las llanuras de Moscou.

En cambio, el poder de Jesucristo es de tal modo universal por naturaleza, que bajo el pon-

tificado de San Pedro, el Evangelio habia sido ya predicado en todo el mundo y á todas las criaturas. En el siglo segundo, cuando la Iglesia no poseía más poder temporal que el reducido ámbito de las catacumbas y los suplicios, sus confesores contestaban á las preguntas de los procónsules: Partenezco á la Iglesia católica, y Plinio el joven se lamentaba de que apenas quedaran compradores de victimas paganas. Posteriormente, el imperio romano reducíase de día en día en virtud de la creciente invasión de los pueblos bárbaros, y al par crecía y se enanchaba la Iglesia por la adhesión de los bárbaros y la conversión gradual del imperio. Finalmente, después de esto, la sociedad religiosa más intolérante con las pasiones, es decir, la que prescribe la monogamia indisoluble, la confesión auricular, la adoración eucarística; ha continuado constantemente siendo la más numerosa, en términos que su población excede á la de todas las sectas cristianas consideradas en conjunto, y según las estadísticas protestantes, y la autoridad como se ve, nada tiene de sospechosa, en 1830 contaba con treinta y cinco millones de cristianos más que antes de la rebelión de Lutero.

El libre pensamiento puede, pues, prescindir del trabajo de entonar nuestra oración fúnebre.

Dios ha proporcionado en todo tiempo al catolicismo la verdad sobre la tierra, y continuará proporcionárselos. Y no puede abrigarse, respecto de esto, duda alguna, porque cuando las deserciones del arrianismo comprometieron la integridad de esa extensión, la conversión de la Etiopía, de España y de los Sarracenos vinieron á completarla: cuando los Griegos cismáticos se desprendían de este tronco sagrado, adheríanse al mismo los Daneses, los Noruegos, la Suecia y la Hungría; cuando Lutero y Calvino levantaban el estandarte de la insurrección, México, el Brasil y una gran parte de las Indias y del Nuevo Mundo se sometían al catolicismo; y al presente, lejos de estar en decadencia, como parecen indicarlo los cantos elegíacos que entonan con aira compasivo sus adversarios apasionados ó ignorantes, hállase próspero y pujante como siempre. Para contenerlos de ello y para convencernos también nosotros, no tenemos que hacer otra cosa más que acudir á las lecciones de la historia contemporánea.

Tómese un mapa-mundi, evalúense los continentes y los mares, cuéntese, en fin, todo el rebaño del Pastor Universal, y que la gran voz de esos pueblos desconocidos responda por Jesu-cristo. Hace cien años Inglaterra y Escocia solo

contaban en su seno sesenta mil católicos; hoy abrigan cuatro millones, sin contar catorce sedes episcopales distinguidas, y presteindiendo del restablecimiento de la jerarquía eclesiástica. Hace cien años solo existía un obispo en los Estados Unidos; al presente se cuentan treinta y ocho, que conducen un rebaño de cinco millones de fieles. Por último, en Alemania, en Asia, en África, en Oceanía, en suma, en todas partes sigue el desenvolvimiento católico la misma progresión, y los que cierran los ojos á la divinidad de este hecho, no pueden desconocer el hecho en sí mismo. Solo Pio IX, en su inmortal pontificado, ha erigido más de ochenta sedes episcopales; más de veinte vicariatos ó prefecturas apostólicas, y ha ensanchado en una décima parte el imperio de la propaganda. Muéstrenos el cisma y la herejía un aumento equivalente, ó reconozcan que su vitalidad, en decadencia, es el síntoma de un fin inevitable. Toda religión que no reemplaza sus muertos, está llamada á desaparecer; y si bien es cierto que los poderes materiales que la sostienen, continúan prestándole el apoyo material bajo el cielo en que viva, llega un día al cabo en que no obstante conservar el territorio, debe convencerse de que ha desaparecido la población.

Existan alarmistas enemigos de la Iglesia que se toman el trabajo de llorarla anticipadamente. Convergamos en que hay por su parte exceso de solicitud. Las fuerzas vivas del catolicismo son inmensas. Si se tiene en cuenta la plenitud de las pulsaciones en el corazón de la Iglesia, se sorprende uno del pesimismo ignorante capaz de confundir con la agonia, los síncope de semejante organismo. No, no, los que tenemos la honra de llamarnos cristianos, en la acepción antigua de esta palabra, no somos tan contados como se dice, de manera que horroriza el número de criminales que debería cometer la tiranía que por medio de la espada pretendiera corregirnos de este error.

Pero la mejor contestación que puede darse á los que nos entierran en vida, la tenemos en la obra de la propaganda de la fé. Cuando la sociedad romana rechazó á la Iglesia, esta se dirigió hácia los pueblos del Norte, diciendo: me voy con los bárbaros. Posteriormente, gracias á esta evolución renovada oportunamente, ha logrado reparar siempre y con la mayor rapidez los claros que resultaban en sus filas. Recuerde se que en 1836 no existía un solo aspirante al seminario de las misiones extranjeras; pues bien, hoy se cuentan ciento treinta: que en dicha é-

poca no existía entre nosotros cuerpo religioso á las órdenes de la Propaganda, y al presente á duras penas puedan contarse las congregaciones de hombres y mujeres que proporcionan reclutas á este apostolado: que entonces la China estaba cerrada con una doble muralla al paso de los misioneros, y hoy administran el sacramento del bautismo á más de veinte mil personas en el término de un año: que en 1822 el personal de los misioneros que evangelizan en tierra de infieles, solo se componía de 27 sacerdotes y de 350,000 neófitos, al paso que el año último (1) el número de los primeros se elevaba á 440 y á 700,000 el de los cristianos. Esas cifras bastan por sí solas para demostrar que no existe peligro alguno de que se extinga la actual familia de Nuestro Señor Jesucristo.

Y también podría decir el catolicismo á esos jeremías engañosos ó engañados, que presumen que fuera de la Francia no hay salvación para la verdad: ¿Con qué derecho me inscribís en el catálogo de los muertos, cuando no soy más que proscrito por vosotros? Si abandono una patria, no soy yo, es ella la que corre el riesgo de morir;

(1) 1870.

por lo que á mí toca, vivirá siempre. Bapontent do por un momento que habeis de conseguir arrojarme completamente de vuestro seno, ¡creéis que ha de faltar un suelo que pisar? Entregadme mis cálices y mis ostensorios; devolvedme mi cruz y mi báculo de peregrino, y emprenderé el viaje hacia el Japon ó Camboje, á la costa de Coremandel, á las dos Américas, donde de seguro seré bien recibido, y con tales muestras de aprecio, que han de bastar á consolarme de todas las ingraticudes y del más cruel abandono, y sabed que si la gloria de los imperios puede extinguirse con la tierra sobre la cual se levantan, la mia puede cambiar de sitio; pero es inmortal.

II

Elijámonos ahora en la contra prueba, presentémonos: ¿Qué debemos pensar del catolicismo protestante? Como carece de unidad social,

es imposible que queda poseer la extensión territorial y numérica que constituyen la esencia del catolicismo permanente y simultáneo. «El protestantismo es inorgánico, ha dicho un testimonio desinteresado: al presente vive aun el primero y vigoroso impulso que recibió en el siglo décimo sexto, de sus antecedentes políticos, del elemento de la nacionalidad; mas ese impulso se agota, la tabla del buque se desconjunta, el edificio cruje y se grieta y se cuartea por todas partes: las fuerzas auxiliares se retiran y si bien es cierto que existen protestantes, la verdad es que no hay protestantismo (2).»

En semejante estado de disolución el protestantismo consume toda su energía en mantenerse en pié, faltándole completamente todo lo que ha menester para la expansión y la conquista. Careciendo de fuerzas para ejercer la propaganda por medio de la palabra, contentase con distribuir biblias, mas la Biblia mutilada por los que la distribuyen, es frecuentemente profanada por los que la reciben, y en verdad que sería el colmo de la insensatez considerar que cada uno de esos volúmenes regalados, representa un al-

(2) *Vint protestante!*

ma conquistada para Jesucristo, pues las personas instruidas ven en las Escrituras lo que se les antoja, y los inocentes no entienden ni una palabra. «Entiéguense al Papa para que los emplee en las misiones; los caudales que la sociedad bíblica invierte en la distribución de libros, y en breve tiempo habrá hecho más cristianos que paganos tiene cada uno de dichos libros (1).

Ahora bien, ¿qué es lo que debe esperar la reforma en virtud de esta falta de fuerza expansiva! Que dentro de algunos siglos habrá dejado de existir. Semajante á esos montes escuetos de los cuales sólo queda, en fuerza de la influencia ejercida sobre los mismos por los agentes atmosféricos, el descarnado esqueleto de piedra, sólo quedará de lo que le dió origen, el orgullo de la razón, causa eterna y eficiente de toda herejía; mas el protestantismo como religion, desaparecerá, y los últimos restos de su existencia se dirijirán indispensablemente á uno de los dos polos constituidos por la afirmación absoluta, ó por la negación completa del cristianismo, es decir, al catolicismo, ó al racionalismo.

Por lo demás si el protestantismo ha renun-

(1) De Maistre. Del Papa.

ciado á la conquista, más bien que para ahorrarse el trabajo que importa, ha sido por el sentimiento y la convicción que tiene de su esterilidad. No hay nacion cristiana en el mundo que posea un campo más vasto para la propagacion de la fé que Inglaterra, que ejerce dominio sobre una poblacion de cien millones, únicamente en el Indostan. Pues bien, ¿qué frutos ha producido el apostolado anglicano en ese inmenso teatro en el espacio de treinta años! Unas trescientas conversiones entre las cuales no se cuenta la de un solo Bramin ni la de un Rajahpout. Así se explica que los órganos más distinguidos del protestantismo le «hayan aconsejado repetidas veces que abandone las misiones á la Iglesia católica, fundados en que la reforma no es atributo propio del cristianismo de las comunidades jóvenes (1).»

Ahora bien: ¿qué es la Iglesia anglicana! «Una inopia, un cadáver que no puede sostenerse ni siquiera respirar (2).» Especie de aparición nómada que se pasea protegida por el pabellon nacional y seguida de cargamentos de

(1) Monthly Review, 2.º 90, p. 323, an. 1822, Gar. off. de Aleu. 1833.

(2) Revue Britannique, 1838.

libros desde Londres al fondo del Indostan, haciendo negocios; mas no conversiones, vendiendo á muy buen precio el ópio, y no logrando colocar su Evangelio ni aun dándolo de balde. Convenimos en que es una empresa espléndidamente sostenida; mas en manera alguna un catolicismo: lo que es puramente británico, jamás será universal.

El catolicismo es igualmente y por las mismas razones imposible para el ciema. ¿Qué es la Iglesia de Focio? Un producto exclusivamente oriental, y un compromiso de la sofística griega con el despotismo musulmán, que jamás ha podido imponerse á la recta y firme razon del Occidente.

¿Qué es la Iglesia rusa? Una creacion hypérborea que se mantiene gracias al frío á que la ha reducido su aislamiento, semejante á esos cuerpos inanimados que se conservan merced á la congelación; pero que ni crecen ni se mueven. Creacion además completamente local, que sólo puede subsistir y subsiste dentro del círculo trazado por una espada cuya empuñadura está en S. Petersburgo, y cuya punta pretende dirigirse hácia el Bósforo sin conseguir traspasarlo. De manera que todas las dominaciones que no representan el verdadero cristianismo, tienen algo

de restringido, y sus brazos no pueden estrechar al mundo entero, por la razon sencillísima de que el mundo no les pertenece. Es que Dios jamás abandona al hombre más que un sólo punto del espacio; la universalidad se la reserva para él.

En cambio, ¿quién es ese anciano octogenario cuyo cetro es más grande que el de Alejandro y Sesostris? ¿Cuya es esa autoridad que teniendo el centro de residencia en Roma, su circunferencia alcanza á todas partes? Los mares la han visto llegar y se han replegado delante de ella. *Mare vidit et fugit*. Las cimas de los Alpes y de las Cordilleras han recibido su visita y se han aplanado ante su paso. Goza de todos los temperamentos y de todas las nacionalidades: ha dado la vuelta al mundo y en todas partes está como en su casa; ha vivido en todos los siglos siendo siempre la misma. ¡Oh Sion santa, oh torre de David, faro iluminado en las alturas para que se distinga de lejos: el error podrá desconocerte; mas en manera alguna reproducirte! Por esto cuando considero que tu luz abarca al par ambos hemisferios, en tanto que la del Sol sólo baña uno de ellos, lejos de anonadarse mi razon, comprendo que se engrandece en virtud

de ese homenaje prestado á tu universalidad, Creo en la Iglesia católica.

Y no se crea que semejante exclamacion sea resultado de entusiasmo de la fé, y una especie de lirismo supersticioso: no, al expresarnos de esta suerte tenemos ante los ojos una estadística reciente (1). La poblacion de la Iglesia sobrepasa numéricamente, no solo á las de las demás comuniones cristianas, sino tambien á las de las demás religiones. Cuentanse 70 millones de cismáticos griegos, 66 millones de protestantes, 100 millones de mahometanos, 60 millones de brahmanes, 180 millones de budhistas, 152 millones de paganos de otras creencias, y «doscientos ocho millones» de católicos. Si á esto añadimos que la poblacion de esos diversos cultos es el producto de las influencias y de los poderes locales, secundados por la ignorancia, en tanto que la nuestra es el fruto y la expresion de una civilizacion cosmopolita y adelantada, y que la Iglesia está llamada á ganar todo el terreno que vayan perdiendo las demás religiones, no queda más remedio que compadecer á los que hablan de una próxima sepultura. Si el número

(1) Véase la *Civiltà cath.*, año 1890.

y la vitalidad deciden del porvenir de las sociedades religiosas, la nuestra no tiene porque ocuparse en sus honras fúnebres, porque el mundo ha de asistir á muchas otras ántes que á las del catolicismo.

A más de que esta expansion caracteriza tan bien el verdadero cristianismo, que las falsas iglesias no pretenden siquiera ensayar la falsificacion. Separándose pierden el poder y la voluntad de convertir: no realizan conquistas, hay más aún, afectan desdenarlas, y nada más natural que su esterilidad, por lo mismo que han rechazado el «Esposo» (1). En vano es sin embargo que se consuelen y se envañezcan y hasta glorifiquen semejante inmovilidad: en el mero hecho de vegetar, están en decadencia; en el mero hecho de no difundir sus luces por todas partes, no merecen reinar en ninguna, y abandonando á nuestra Iglesia el glorioso nombre de católica, hacen una confesion implicita de su verdad, asemejándose al inconsciente y débil Pilatos que escribia los titulos de Jesus y que sin embargo no le prestaba el tributo de su adoracion.

(1) *De Maestre, Del Pope.*

UNIVERSIDAD AVILA

UNIVERSIDAD AVILA

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

®



LA VERDADERA SOCIEDAD CRISTIANA HA MENESTER
UNA MORALIDAD QUE LA CARACTERICE.

El verdadero cristianismo tiene su natural desenvolvimiento en el catolicismo, porque debe estar al alcance de todas las almas que quieran encontrarlo. El dogma, fuera de la Iglesia no hay salvacion, implica el del catolicismo: una verdad que, bajo pena de condenarse, debe abrazar el mundo entero, ha de estar al alcance de todas las miradas. No obstante, asi como el cisma y la herejia solo realizan la unidad en odio al catolicismo, es decir, valiendonos de la expresion de Hegel, "la unidad en la nulidad," de la

propia suerte son incapaces de alcanzar la extension territorial y el dominio universal que constituyen el catolicismo.

La Iglesia está marcada con otro signo que atestigua su divinidad, y es la moralidad excepcional que distingue su fin, su origen y sus efectos, y que el lenguaje teológico ha llamado la santidad. Ciertamente que hay en la Iglesia una parte humana que excluye la perfeccion absoluta: donde quiera que alcanza el oleaje de la libertad, deja algo del limo que tiene en suspension; mas la Iglesia permanece incorruptible en los elementos divinos que la componen.

Distincion verdaderamente importante. Jamás se ha dicho que la Iglesia seria asistida en la santidad de sus miembros, sino en la pureza de su doctrina: que no habria escándalos, pero sí que no habrian jamás errores; y nada hay, hasta en la condenacion de los errores por los mismos autores de los escándalos, que no sea una prueba de la inalterabilidad de la doctrina. ¿No es, por ejemplo, verdaderamente sorprendente, que las faltas de Alejandro VI, no hayan influido en perjuicio de la integridad virginal de la verdad confiada a su custodia, y que el Bulario de ese Maestro, como ha escrito, no recuerde

do donde, el conde de Maistre, sea impecable. Es preciso convenir en que semejante contraste ha sido motivo para que en determinados espíritus se fortaleciera la fé. Montaigne nos habla de un individuo que «habiéndose dirigido á Roma movido por el deseo de admirar la santidad de nuestras costumbres, al convencerse de la disolución en que vivían así los prelados como el pueblo de aquella época, lejos de desilusionarse se afirmó más y más en nuestra religión considerando quanto debe tener de robusta y de divina, como puede mantenerse brillante y esplendorosa en manos tan viciosas (1).»

No permita Dios que haga de esta tesis una cuestión de personas, y que estableciendo un paralelo entre católicos y disidentes, achaque á los unos todas las virtudes y suponga en los otros todos los vicios. Se positivamente que entre los herejes y cismáticos hay individuos de buena fé, hermanos que llevan impresa la señal de la grandeza evangélica y de la belleza de Cristo. Sería injusto desconocerlos y crueldad sacrilega perder á aquellos que Dios ha determinado salvar. Trátese pues de comparar aquí en la Igle-

(1) Lib. 2º cap. XII.

sia y fuera de la Iglesia, no á las personas á quienes conocemos, sino las instituciones y nada más que las instituciones.

Si juzgamos de estas por el testimonio de los que las han visto nacer y engrandecerse, tendremos motivos muy poderosos para conceder únicamente un aprecio mediano á la santidad de la herejía y del cisma. «La reforma, dice Erasmo, no tiene más fin al parecer, que transformar en maridos y mujeres, á los frailes y á las monjas. ¡Así es como se sacrifican!» Posteriormente Fita William, ha podido escribir con mucha razón: «El tránsito de la Iglesia á una secta se hace casi siempre por el camino de los vicios; en tanto que el de una secta á la Iglesia, se hace siempre por el camino de la virtud.» Y semejantes resultados no deberían causarnos la menor sorpresa, cuando sabemos que un autor herético ha osado lanzar el siguiente grito: «Probablemente el mundo no ha visto jamás reunidos dentro de un mismo siglo un hato de bribones como Lutero, Calvino, Zuinglio, Beza y otros célebres reformadores. Todos ellos, según confesión de sus propios sectarios, están manchados por los vicios más vergonzosos. El día en que punto en que estaban de acuerdo era la uni-

litud de las buenas obras (1)" Si es una verdad que en los efectos no debe buscarse más que lo que hay en las causas que los producen, preciso es convenir en que tales fundadores no se hallaban en estado de comunicar la santidad á su fundación.

Por lo que respecta á la santidad del cisma, sus obras nos dirán lo que debemos pensar. Indudablemente tiene cierta integridad de doctrina, que con la posesion de todos los sacramentos para desarrollar la moralidad en las almas le dan cierta superioridad sobre la herejía; empero tiene como esta un sacerdocio casado, es decir, infecundo para todo lo grande, porque el celibato religioso es la condicion de nuestra paternidad en el orden de los trabajos y de las virtudes heroicas. Fuera de este crisol y de semejante educacion, las almas estan condenadas á la medianía: el esfuerzo moral más inspirado por la mirada de los hombres que por el respeto hacia Dios, se cambia en una especie de honradez evangélica, y la santidad se ve reemplazada por la regularidad ó por la hipocresía. Por esto no me sorprende que un escritor ruso

(1) Cobden, historia de la reforma protestante.

exclame: "¡Qué diremos de nuestros sectarios mezcla confusa de depravacion y de locura, de credulidad cristiana y de licencia salvaje, todo lo que de más extremado puede imaginarse en punto á sencillez de creencias y en fantasías de disipacion (1)."

Por lo tanto, únicamente la Iglesia católica permanece siendo la verdadera escuela de la moralidad supraeminente. Así como existe un primer grado en la grandeza moral, al cual sólo por medio del cristianismo puede alcanzarse, existe todavía otro superior al que conducen únicamente las influencias católicas. Al expresar nos de este modo, no se crea que establecemos una tésis mística, hacemos hablar los hechos más incontestables, poniendo en evidencia que nuestra Iglesia cuenta en su temperamento con elementos divinos, y por consiguiente una superioridad verdaderamente miraculosa sobre los demás, desde el punto de vista de su origen, de los medios regeneradores que emplea y de las virtudes que alcanza.

(1) Rascol.



Nada tenemos que decir del origen santo del catolicismo, puesto que no ha menester ni ser conocido ni ser justificado. Los recuerdos de Jesucristo y de su costado herido, de donde ha brotado la Iglesia; del cenáculo donde germinó; de Pentecostés en cuyo día salió á la plaza pública; de los cuatro primeros siglos durante los cuales alcanzó un desarrollo completo, constituyeron un ideal de pureza moral tan perfecto, que no es posible que institución alguna haya brotado de otra más elevada. ¿Sería ofender al cisma, el proclamar que le hace repulsivo lo bajo de sus comienzos? No, y no se hagan ilusiones sus más fervientes adeptos: si Enrique VIII hubiese sido casto; si Focio y Miguel Cerulario no hubiesen sido ambiciosos; si dos ó tres ciudades de Europa no hubiesen abrigado la pretensión de elevarse á capital religiosa, todos los cismati-

cos serian todavía católicos. Resultan pues, no de la santidad de sus fundadores, sino de sus groseras pasiones: y si por acaso llevan en sí mismo, las huellas, las señales de la santidad, se debe á que los descendientes son mejores que los abuelos, y los cismáticos valen más que el cisma.

¿Y sería hablar mal del protestantismo, decir que estaba juzgado por los ejemplos de sus autores? Al llegar á este punto, debo manifestar que no abusaré de mi posición. Nada diré de la continencia de Lutero, ni de la mansedumbre de Calvino, temeroso de que se juzgue la justicia de mi palabra, resultado de un sentimiento apasionado; mas no puedo prescindir de manifestar que respecto de este asunto dijo Federico II. «Si redujéramos á su más sencilla expresión las causas de los progresos de la reforma, veríamos que para Alemania ha sido el interés; para Inglaterra el amor; para Francia la novedad. Que el protestante Bucer ha dicho, que la inmensa mayoría de los que han aceptado el protestantismo, solo se ha propuesto sustraerse á la autoridad del Papa y de los obispos, librar, se de los yutes religiosos, y cambiar una fé embarazosa, por un símbolo que niega la necesidad de la penitencia. Y que el mismo Lutero no va-

cilo en decir que hay muchos que son buenos evangelistas por la sencilla razon de que restan todavía monasterios que ofrecen la perspectiva de tierras que repartir y vasos sagrados que tobar (1).

¡Cuán poco se parece todo esto á nuestros comienzos!

Los cuatro primeros siglos de la Iglesia católica constituyen un apogeo sublime de pureza y magnitud, ante la cual el linaje humano se inclinara siempre con respeto: en cambio de todos los siglos de la reforma, el primero es indudablemente el más vergonzoso. ¡Qué diferencia entre el verdadero cristianismo en sus catacumbas y el cristianismo de Calvino durante su época de alumbramiento y de combates! ¡No pretender reanimar las pasiones dormidas, ni justificar excoeso alguno cometido hasta en interés de la verdad ¡quién osaría comparar nuestros mártires con esos soldados de Juan de Leyda y de Muncer que predicaban la tolerancia cuando eran los más débiles, y el exterminio cuando eran los más fuertes! ¡Quién se atrevería á preferir á nuestros modelos primitivos, esos monjes re-

(1) Mathews. *ibid.*

fractarios que, no pudiendo resistir el freno del catolicismo, prescindian, apostataban de él por incontinencia, sin perjuicio de publicar que se entregaban á la disipacion por exceso de virtud! Los apóstatas de la castidad siempre se han distinguido por el fanatismo de negarla al abandonarla, y de poner en duda la sinceridad de aquellos que con sus sacrificios les acusan, como si bastara rebajarse declaradamente para usurpar las glorias de la inocencia, y cual si para el honor de esos perjurios cínicos fuera menester contemplar en toda inocencia una degradacion que no tiene la franqueza de la confesion!

II.

En cuanto á los medios santificadores empleados por el catolicismo, y eliminados ó alterados por los disidentes, seria difícil darlos á conocer detalladamente sin traspasar los límites de nuestro cuadro: contentémonos pues con resumirlos.

¿Qué prueba mayor de la santidad de la Iglesia que su sinceridad doctrinal? ¿Cuán inmaculada sea en su fe una sociedad que respeta hasta tal punto las fórmulas! Antes que suprimir una sola palabra de su símbolo, las que se refieren á la consubstancialidad del Verbo, ha consentido en perder las innumerables adhesiones de las sectas arrianas; antes que transjir sobre la Procesion del Espíritu Santo, ha consentido en sacrificar sus más antiguas conquistas realizadas en el Oriente; antes que atentar á la indisolubilidad de un sacramento, sufrió la veoganza de Enrique VI I y la desercion de Inglaterra; antes que sancionar sin restriccion los principios del 89, pasa por hacer frente al choque de todas las preocupaciones modernas coligadas contra ella: es decir que no dá importancia alguna á su popularidad, en tanto que tiene á la verdad en más que todo, y hace incessantemente cuanto sería menester para ser humanamente sacrificada, si no tuviese en su favor el apoyo divino.

Fijémonos ahora en el último sínodo protestante y escuchemos á los miembros de la derecha MM. Guizot, Bois, d'Hombres, Delmas, reclamando con empeño una autoridad viviente que no pueda consentir su regla de fé; en tanto que los liberales de la izquierda MM. Colani,

Fontaúes, Coquerel, Martin Peschoud, Pecaut pretendian un naturalismo tal, que de seguro sería motivo suficiente para que no se les admitiera en los colegios para profesores de filosofía: recuérdese al propio tiempo que estos tales, sin crear en lo sobrenatural, y nada más que para no sacrificar sus materiales intereses y sus títulos oficiales, sostienen las ceremonias nupciales y funerarias, es decir una porcion de prácticas sobrenaturales, y dígasenos en cuál de las Iglesias brilla con más esplendor la firmeza y la honradez en las convicciones.

¿Qué mayor prueba de la santidad de la Iglesia que su pureza doctrinal! Para juzgar de ella nada mejor que compararla con las de las otras. El protestantismo en su conjunto no puede cerrarse en estas palabras que constituyen su programa teológico: «Creerás lo que quieras, y harás lo que creas.» «Sus ministros, dice J. J. Rousseau, no saben lo que creen, ni lo que quieren, ni lo que se dicen, ni siquiera puede saberse lo que aparentan creer, puesto que el único interés es lo único que influye en su fé (1).»
Procede esto de que el protestantismo no ha

(1) Carta 11 de la Montagne.

dogmatizado contra las pasiones sino en favor de ellas. Fué un bill de libertad general: para los príncipes, de toda sujecion espiritual; para los doctos, de toda autoridad doctrinal; para los frailes, de sus votos; para los sacerdotes, del celibato; para los laicos, de la abstinencia, de los ayunos, de la confesion, de las obras meritorias, sin contar con que se puso por delante el cebo de la rapiña de los bienes eclesiásticos, y un llamamiento á otras muchas malas pasiones, en virtud de la siguiente consecuencia derivada de este principio, «Cuanto queremos es santo.»

En efecto: á la rigidez de nuestra doctrina dogmática, y á su virtud moralizadora, ¿qué es lo que ha sustituido la reforma? El dogma del *ser-arbitrio* que viene á ser una especie de salvo conducto, concedido preventivamente para poder cometer con toda impunidad los crímenes más horrosos; la doctrina de la justificacion por la fé sin las obras, que es la ruina de todo esfuerzo moral; finalmente la fé en la predestinacion que somete las almas al yugo de la fatalidad y que al propio tiempo destruye la esperanza del hombre y la bondad de Dios. No me sorprende pues que el racionalismo impio, con esta especie de olfato que caracteriza el instinto del odio lo mismo en el hombre que en la fiera, ha-

ya exclamado: «Para desecristianizar la Europa es menester protestantizarla. Las mil sectas protestantes constituyen otras tantas puertas abiertas, por cada una de las cuales puede salirse del cristianismo (1).»

¡Qué mayor prueba de la santidad de la Iglesia, que la eficacia de sus sacramentos! No hay que hacerse ilusiones: la Iglesia ha regereneado el mundo moderno, no por medio de las teorías de la ciencia especulativa, sino en virtud de sus abluciones purificadores! Permítanos el lector que repitamos en esta ocasion lo que acaso tiene ya olvidado. «El hombre provisto de esta fuerza divina, practica más virtudes que un cristiano meramente especulativo. De la propia suerte toda religion que rechaza los sacramentos, se coloca, moralmente, debajo de la que conserva la confesion y la comunión. El mejor comprobante de la verdad que acabamos de establecer es la siguiente escala de proporcionalidad, justificada por la historia: el catolicismo, que guarda intacto el depósito de los sacramentos, es la religion que obtiene mayor número de sacrificios de la voluntad humana; viene en pos el cris-

(1) E. Q. Quat.

ma griego que los desfigura; y el protestantismo que rechaza la mayor parte, ocupa un lugar inferior en el camino de la verdadera moralidad.

«Y no vale oponer á lo que acabamos de manifestar, la moralidad más ó ménos auténtica de ciertas poblaciones rusas y anglicanas, comparada con el relajamiento de los católicos meridionales, puesto que al establecer el paralelo, hemos supuesto igualdad en la fuerza de las pasiones. ¿Y puede sostenerse que exista paridad de estímulos bajo el cieloplomado de Siberia ó de Alemania, y en las ardientes zonas de Italia ó de España? ¿A qué quedaría reducida la careada honestidad de las naciones heréticas, si cayeran sobre sus rollizos miembros los rayos de este sol que hace hervir nuestra sangre? El error ha abandonado los países difíciles de gobernar, desde el punto de vista del temperamento, para establecerse en las regiones en las cuales el frío del cielo conserva las costumbres en su lugar correspondiente; pero el día en que los sacramentos, especialmente la Penitencia y la Eucaristía fuesen abolidos, sea del lado allá de los Alpes, ó del lado allá de los Pirineos, desprenderíamos de nuestros ardientes climas tan impuros miasmas, que conducidos por el viento

del Mediodía, bastarían á envenenar la Europa entera.»

Hemos empleado estas palabras hablando de los sacramentos, en general, que pertenecen al cristianismo; mas nos vamos en el caso de reivindicar especialmente los frutos y el honor de esta verdad para la Iglesia católica, que ha conservado el depósito de los sacramentos más moralizadores: la Penitencia, la Eucaristía, el Orden sacerdotal y el Matrimonio. Imagínese en un mismo país, al lado del catolicismo, una religión que repudia esta confesión, en la cual la humillación de comunicar á otro la falta cometida, tiene su compensación en poderse levantar con la frente erguida en virtud del arrepentimiento; que rechaza esa comunión por cuyo medio Dios envía al corazón de los cristianos ávidos de su posesión, la ambición de todas las virtudes; que autoriza el divorcio; que hace y deshace los sacerdotes por delegación popular: hágase el experimento de ambos cultos en un número igual de almas, igualmente buenas ó malas y es imposible que la palma del poder santificador no se adjudique al catolicismo. ®

La verdad que el cisma conserva de una manera nominal los medios de purificación moral propios del catolicismo; pero en Inglaterra las

alteró al cabo de breve tiempo, y bajo las bóvedas de las iglesias griegas, solo los administradores mediante la autorización y el beneplácito del César. De esta manera la fuerza material emponzoña los sacramentos de la gracia sacramental, la santidad de esta ha resultado viciada por una imitación corruptora, y los pastos han perdido sus elementos de vida en cuanto los pastores han dejado de ser legítimos. Por lo demás era justo que este sacerdocio que ejercía su oficio en virtud de una autorización imperial, no tuviera más acción que la de un funcionario público, y en manera alguna la de un enviado de Cristo.

¡Qué mayor prueba de la santidad de la Iglesia que la santidad de sus influencias! La Iglesia es relativamente inmaculada en sus miembros, porque existe debajo del sol otra sociedad religiosa cuya santidad se ve continuamente acreditada por el poder de los milagros; se desdeñan posesivamente tipos de grandeza moral dignos de ser colocados sobre los altares; entre cuyos jefes cuenta 90 inscritos en el catálogo de los santos y 33 en el de los mártires; cuyas mismas pérdidas, en fin, atestiguan la pureza hasta el punto de que la herejía ha podido escribir: «El protestantismo es el albañal del catolicismo».

mo: cuando el Papa escarda su jardín, arroja la mala yerba por encima de nuestros muros.»

No hay pues para qué insistir respecto de la acción moralizadora de la Iglesia; lo contrario sería injuriar la memoria de nuestros contemporáneos. A sus oídos han llegado las palabras del *Te Deum* de cincuenta canonizaciones, palabras entocadas en el interior de ese otro *Te Deum* de mármol que se llama San Pedro de Roma, y si Pío IX se ve un día rodeado en el cielo de todos los bienaventurados á quienes ha ceñido la mayor corona, la gloria de su reino eterno ofrecerá compensaciones á su realeza temporal despojada y saturada de dolores.

Y esta santidad de la Iglesia es tan absoluta, que alcanza hasta á aquellas regiones en las cuales no se distingue la Iglesia, y llega á absorber todas las demás santidades de la tierra. Así como fuera de la Iglesia no hay salvación, tampoco fuera de la Iglesia pueden encontrarse estas virtudes sobrenaturales que proporcionan dicha salvación: cuanto penetra en el cielo debe haberse purificado, y por consiguiente debe proceder de este crisol preparatorio, sin que esto constituya una exigencia arbitraria. O bien los disidentes practican la virtud con tenacidad culpable contra la verdad, y en este caso Dios no

debe recompensa alguna á los esfuerzos de los cuales no es verdadero móvil, ó son fieles á su conciencia y se mantienen en un estado de irrefragable buena fe, en cuyo caso pertenecen al alma de la Iglesia. En consecuencia resulta que no está en la mano del hombre producir un bien sobrenatural fuera del seno maternal; que la Iglesia es al par la fuente y el depósito de toda santidad terreste; y que si, lo que es imposible, llegara á desaparecer, el mundo desaparecería con ella, puesto que el mundo sin Iglesia, sería cosa abominable á los ojos de Dios.

III.

Los efectos de la santidad y de la santificación católica son demasiado numerosos para que puedan fícidamente cometerse á clasificación. Con todo esto, á nuestro juicio, hallanse casi resumidos y compendiosos en esos tres tipos

del sacrificio evangélico, que sólo se encuentran en el verdadero cristianismo, — pues fuera de él, ó no se hallan, ó están muy rebajados, — y que se llaman el Sacerdote, el Religioso y el Mártir.

El Sacerdote es, entre nosotros, una víctima de oficio, enviada por la Santa Uñcion á todos los puestos difíciles de la Iglesia, y algunas veces de la patria. Es un ser predestinado al cual la Iglesia le dice al consagrarle: adquiero tu vida, y tomo tu sangre en arras para disponer de una y otra en cuanto lo reclama la necesidad pública. Vé, pues, como un bienhechor por entre las iniquidades del mundo; vírgen, con tus fatigas y afanes haz crecer las vírgenes; santo, por medio de tu palabra encita otros santos. Después de esto, aun cuando debas permanecer siempre sólo así en vida como en muerte, no elijas una tumba en ninguno de los lugares de esta tierra, porque así como el ángel arrebató al profeta, yo quiero, según mi antojo, poderte levantar del suelo y arrojarte á las ciudades ó á los campos, á los pueblos infestados por la epidemia, ó á los cañales para que expires en el martirio que me acomode. Hé ahí el sacerdote en su aceptación ideal y tal cual muchas veces lo ha producido el catolicismo.

Miremos ahora lo que pasa á nuestro lado: ¿Qué es el sacerdote en la herejía? Un profesor de religión que da su conferencia cada ocho días, mediante pingües honorarios; un hombre que ocupa el púlpito, no para enseñar las virtudes heroicas y la locura de la cruz, sino una especie de *decorum* evangélico; finalmente, un padre de familia que con lo sobrante de su prebenda, viste á la mujer, dota á sus hijos, y al cual tres siglos de apostolado no han costado una sola gota de sangre. Nos conviene hacer constar que no deben tomarse nuestros lamentos por recriminaciones anticuadas. En las filas del sacerdocio que estoy juzgando, he conocido figuras dignas del mayor respeto; pero las intenciones más respetables nada pueden contra la esencia de las cosas. Ahora bien, la esencia de las cosas exige que cuando el sacerdote ha perdido su pureza de pontífice, sea incapaz de convertirse en noble víctima. Quien dice víctima, en efecto, dice el sacrificio de su propia persona, y ese sacrificio no se lo pidais á un hombre que se siente ligado al hogar por vínculos los más tiernos, cuando los apesados le aguardan en los hospitales; que no pueda expirar sonriendo, porque herirá sus oídos el llanto de los huérfanos que gimen en torno de su lecho; que no tiene siquiera la pro-

piedad absoluta de su sangre, puesto que aun dando la vida no podrá dar su corazón.

Después de lo dicho, contemplemos al sacerdote en el cisma, y veremos las mismas degradaciones con mayor servilismo. En Rusia, el santo-sínodo está oprimido por el emperador; los obispos por el santo-sínodo; el clero inferior por los obispos, cuyo yugo se ha comparado al de los plantadores. Los detalles de la educación clerical, dice un sacerdote de esta comunión, horrorizan. El embrutecimiento resultante de los excesos de la dependencia, de las necesidades domésticas, del amor al lucro, y de la embriaguez, habitual en los rangos inferiores de ese sacerdocio, son tales, que apenas nos es dado formarnos idea de ellos. En 1839 sobre ciento dos mil eclesiásticos, el santo-sínodo debió pronunciar cinco mil condenas por delitos infamantes. La casa de los papas es el escándalo de las gentes por las discordias que la deshonran. Finalmente, el clero está hasta tal punto desprovisto de virtudes cristianas y de dignidad social, que hasta el mismo pueblo se avergüenza de la amistad de un sacerdote, y estrecha con desvío las manos sagradas que llevan la Eucaristía y que se extienden sobre las cabezas de los hombres para bendecirlas.

¿Y el cisma de Oriente puede conservar el tipo de la santidad sacerdotal? A juzgar por las deposiciones de testigos irrecusables, sus patriarcas compran frecuentemente su dignidad à fuerza de dinero, que recobran despues à fuerza de impusitos y depredaciones. La venalidad mancha las eminencias de esta jerarquía eclesiástica; la ignorancia los grados inferiores, y el envilecimiento reina desde las eminencias hasta los grados inferiores. Gentes que desempeñaban en el puerto el oficio de marineros, aparecen de la noche à la mañana convertidas en doctores que ocupan la cátedra, ó en sacerdotes que celebran en los altares. En una palabra: la sucesion de San Crisóstomo ha ido à parar à manos de renegados empedernidos, y los descendientes de los pontífices que en otro tiempo hacian temblar à los emperadores, se arrastran à los piés de un bajá turco: tan cierto es que ese sacerdocio al separarse, con sus bocas de oro perdió sus hombres de génio, su gloria, y lo que es más, la santidad que le habia sido concedida (1).

Despues del sacerdote, el religioso, puede ser

considerado como la medida de la pureza de una Iglesia, porque en su sacrificio representa tres virtudes que son la esencia de la perfeccion evangélica: la virginidad, la probeza y la obediencia voluntaria.

La virginidad es una especie de encarnacion del Angel en el hombre, y una transfiguracion de la materia que parece crear jerarquías. Santa poesia de la virtud que inspira à la multitud el gusto y el respeto hacia ella, y que conserva la moralidad de los pueblos por sus emanaciones purificadoras, à la manera que ciertos aromas difundidos en una atmósfera evitan los efectos del contagio. Compadecemos à aquellos que no conocen esta majestad. Creen adelantarnos y retroceden más allá del paganismo, porque los emperadores romanos que pasaron con sus carros triunfantes sobre todas las grandezas de la tierra, lo detenian para dejar que pasaran las vestales. El cristianismo añade todavia en sus soledades sagradas una nueva virtud à la que acabamos de consignar: la obediencia por amor. Dirigida à un hospital y contemplada trabajando esas criaturas tan dependientes, que hasta han perdido su nombre de familia para tomar, ora el de la Esperanza, ora el de la Misericordia, ora el de la Caridad, y que es tan poco lo que

(1) Véase Doellinguer, *La Iglesia y las Iglesias*, Piteglio, *La Iglesia Oriental*, Basco, *La Iglesia del Hombre Dios*.

á sí mismas se pertenecen, que todos los desgraciados y todos los séres corrompidos tienen derecho para darles el dulce nombre de hermanas, y decidme, puesta la mano en el corazón, si es posible concebir más noble esclavitud. Finalmente, agrégase á las precedentes una nueva virtud bajo el yugo sublime de la evocación religiosa; me refiero á la pobreza. Sean las que quieran las dificultades de la castidad y de la obediencia, la humana naturaleza puede ensayarlas si cuenta con el premio de la material recompensa: mas el trapense que trueca el brocado por el burdo sayo; el Mercenario que abandona sus bienes, temeroso de que los enfermos puestos á su cuidado puedan considerar que ellos no los tienen; las servidoras de los pobres, que no satisfechas con abandonar á su madre por extraños cubiertos de llagas, seunen á la pobreza para demostrar que tiene atractivos; todas esas águilas de la vida cristiana no se encuentran junto á la cátedra de cualquiera Iglesia que dogmatiza, sino y únicamente al lado del altar católico, es decir, en el único lugar en que se encuentra la carne que ha de alimentarlas. *Ubi fuerit Corpus, illic congregabuntur et aquila* (1).

(1) Mat. 24 28.

Ahara bien: ¿á qué quedan reducidos esos tres órdenes de la radiante corona que se llama consejo evangélico, en los monasterios del cisma y de la herejía? En Rusia, los conventos abiertos para los hombres que cuentan lo ménos cuarenta años, y para las mujeres cuando ya han cumplido cincuenta, se componen de neófito que renuncian al mundo despues de haber agotado sus placeres: un superior, nombrado por la autoridad, tiene á su cuidado el cumplimiento de la voluntad del santo sínodo y del emperador; cada neófito tiene asignada la renta de cuarenta francos para su mantención y cada religiosa la de veinticinco, con lo cual llega á tal extremo la degradación moral, que á excepcion del clero secular de Rusia, no existe en la cristiandad, raza de hombres más miserables que los monjes de ese país. « En Oriente los desiertos de la contemplación y de la mortificación cristiana se despueblan de día en día, y donde se respiraba el perfume virginal de la vida del claustro, se exhala el hálito infecto de una inmoralidad más propia del islamismo que del Evangelio. Finalmente la herejía ha hecho desaparecer los monasterios, convencida de que no podía reproducir sus ejemplos, ni sorportar su reproche, y acaso estamos más en lo cierto diciendo que ha substi-

tuido una comunidad por otra... Hacia el año 1550 un monje y una religiosa secularizados, sentados caba el mismo hogar meditaban tristemente sobre la larga senda sembrada de sacrilegios y apostasías que habían recorrido. Lutero decía á Catalina Bora su cómplice—Catalina, ese cielo hermoso que contemplamos, no ha sido hecho para nosotros.—Entónces, contestó la interpelada, quiere decir que ha llegado la hora del atrepantimiento.—Es tarde, contestó el herejiarca, asombrado ante el espectáculo de las ruinas que amontonara á su paso. De esta suerte la sociedad de los placeres impuros se había sustituido á la de los placeres del sacrificio y el matrimonio colmado de recordimientos se convertía en vengador de los votos de la religión profanados.

El martirio constituye el tercero de los heroísmos de la santidad cristiana que no florece fuera del verdadero cristianismo. Nada más frecuente que el valor de derramar su sangre en determinadas circunstancias; pero el martirio religioso constituye, respecto del particular, un acto sublime y verdaderamente inimitable. Morir con la espada en la mano, devolviendo los ataques que se reciben, es en Francia condicion

tan generalizada, que sólo llaman la atención los que de ella se hallan desprovistos; pero morir á pecho descubierto y con el brazo desarmado; ir á buscar la muerte en regiones ignoradas, como se va á buscar la fortuna al otro lado de los mares; morir finalmente con la sonrisa en los labios, expresando el sentimiento de la dicha, como Santa Perpetua, por ejemplo, que en mitad del circo se atusó cuidadosamente el cabello, para que los espectadores no pudieran imaginar que la dominara el sentimiento de la tristeza, ó como otros mártires que abrazaron estrechamente á sus verdugos para darles una muestra de agradecimiento, constituye una actitud heroica hasta la sublimidad, que el catolicismo ha ofrecido al mundo en repetidísimas ocasiones, y que jamás secta alguna ha tratado de imitar. Y en este punto prescindo de aducir pruebas, porque la evidencia no necesita demostrarse.

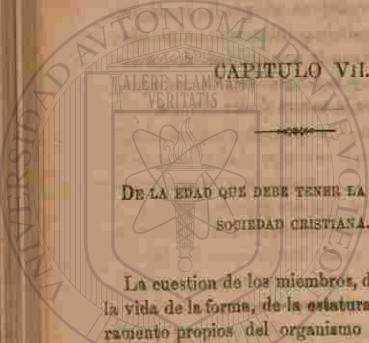
Si, la evidencia histórica nos manifiesta que cuando se trata de la muerte por la fé, el protestantismo se bate en retirada. Ciertó que durante las guerras religiosas, en determinadas ocasiones, ha herido y ha recibido la muerte; mas siempre ha sido al par verdugo y víctima, jamás ha sido mártir. Cuenta en el apostolado exploradores y viajeros decididos; mas no sublimes

combatientes. Fu misionero, cuidadosamente preservado del peligro por una esposa y unos hijos amorosamente interesados en la conservación de su salud y de su vida, viaja para la fé; pero sin confesarla. Su papel se reduce al de comisionista del Evangelio, dejando á otros la gloria de ser sus apóstoles. Así es como para castigar á la reforma el haber negado la sangre de Jesucristo en la Eucaristía, Jesucristo ha sacado la sangre de la reforma. Toda negacion deshonrosa se ve confundida.

X la verdad histórica nos pone de manifiesto mártires en el seno de las iglesias fociana ó moscovita? En parte alguna puede durar con un enviado de los patriarcas cismáticos marchando á la muerte en las misiones extranjeras: los confesores han concluido con el apostolado heroico. Los apóstoles se conservan para su familia, se sacrifican por sus emperadores; pero jamás acortan sus dias en favor de Dios. Tan cierto es esto, que por más que se investigue en los anales de la Rusia separatista, es imposible describir un solo mártir.... decimos mal, mártires existen bajo la tiránica dominacion de los czares; pero es de Polonia de donde nacen y es la Iglesia ortodoxa la que los produce. ¡Olas esas voces plañideras que brotan de las márgenes del Vie-

tulo? Son los ayes de una nacion católica que se ve torturada á causa de sus creencias; semejante á Sta. Catalina, háse visto asediada por los sofistas ántes de ser despedazada por los verdugos; mas los verdugos de la poltica, solo se han adelantado contando con la complicidad de los sofistas moscovitas, y la sangre vertida por aquellos ha caído sobre la cabeza de los últimos.

JANL
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA



CAPITULO VII.

DE LA EDAD QUE DEBE TENER LA VERDADERA SOCIEDAD CRISTIANA.

La cuestion de los miembros, de la cabeza, de la vida de la forma, de la estatura, del temperamento propios del organismo de la Iglesia, queda resuelta: háitanos examinar la relativa á su edad. ¿A qué época debe referirse el nacimiento de esta milagrosa institucion? No cabe desconocer que su edad es la edad del apostolado, puesto que toda religion que no prosede inmediatamente del mismo Jesucristo por una genealogía apostólica, es necesariamente humana de origen y de constitucion.

La libertad espiritual, con relacion á la Iglesia, es su prueba política: la unidad, su prueba

orgánica; el catolicismo, su prueba geográfica; la santidad, su prueba moral; el apostolado, su prueba cronológica. El apostolado, tal cual nosotros lo entendemos, es para una Iglesia la mision de enseñar la doctrina de Cristo, recibida de los apóstoles por una serie no interrumpida de pastores legítimos.

Fundada por el Salvador su obra con carácter de perpetuidad, la Iglesia puede ser comparada á un inmenso árbol genealógico cuyo tronco es Jesucristo, cuyas ramas principales constituyen los doce Apóstoles, siendo los demás pastores las ramas secundarias; pero cuyo conjunto vive exclusivamente merced á la circulacion de la savia divina. Por medio de esta imagen puede comprenderse la importancia que tiene en la sucesion apostolica de una Iglesia, la no interrumpida serie de los pastores legítimos. Desde el momento en que dicha serie se interrumpe, suspéndese la circulacion de la savia que no puede alcanzar á la rama cortada, y si el pastor es ilegítimo, podrá constituir, si se quiere, el tronco de un árbol nuevo; pero en manera alguna una parte, una rama del árbol divino. Esto es lo que inspiró á Bossuét esta elevada comparacion: "No existe ni existirá secta alguna, que sin interrupcion pueda llegar hasta Jesucristo,

Las herejías no constituirán jamás caudales de corriente constante cuyo origen fecundo é inagotable les proporcionara eternamente el caudal de sus aguas: no serán más que torrentes que pasan, que proceden de sí mismos, y que se secan del mismo modo que han venido (1).»

Véase ahora de qué manera se plantea la cuestión entre la verdad y la herejía. Tomemos la genealogía pastoral de la sede de S. Pedro, y encontraremos un pontífice ilustre que cuenta entre sus predecesores á un Gregorio XVI; á un Benedicto XIV; á un Martín V; á un Inocencio III; á S. Gregorio; á S. Leon; á S. Clemente; á S. Pedro, en fin, que fué heredero del mismísimo Dios. De Pio IX á Jesucristo, en el transcurso de diez y ocho siglos, y mediante una serie de doscientos cincuenta y ocho pontífices, el hilo genealógico no se interrumpe un sólo instante; la serie de los pastores legítimos no experimenta la más insignificante solución de continuidad.

En cambio, ¿en qué consiste el apostolado de la misión en las iglesias protestantes? En el sínodo de 1872, los calvinistas franceses han decretado en los siguientes términos su constitu-

(1) *Ibid.*, sobre las herejías.

ción orgánica.—La parroquia será regida por un consejo presbiteral elegido por sufragio universal; superior á la parroquia será el consistorio nombrado por el consejo presbiteral; superior al consistorio será el sínodo particular, elegido por el consistorio, y superior al sínodo particular, será el sínodo general designado por los sufragios de aquel.—Todo esto para subsistir, durante el breve espacio de tres años, sin perjuicio de cambiar inmediatamente este personal y semejantes disposiciones, si se considera que hay motivo para ello, y de reemplazar con simples lápicos los pastores que no satisfagan las aspiraciones de los adeptos, y de repetir los experimentos mientras lo juzgue necesario una comunidad indecisa, en la cual la divinidad de Jesucristo ha sido votada por los ministros de la religión por una mayoría de 52 votos contra 39.

Y ahora volveremos á preguntar: ¿Qué apostolado puede haber en ese ministerio evangélico, improvisado por escrutinio, que no ofrece relación alguna entre los miembros que lo constituyen y los verdaderos apóstoles? Conviene, sin embargo, que el lector sepa cómo y por qué esto es capital en la apreciación de los títulos de una Iglesia.

Que la verdadera Iglesia debe dimanar au o

rigen de una sucesion continua de engendramientos espirituales, de la sociedad misma que fundaron los Apóstoles, es un principio de sentido comun elocuentemente establecido en la página de Bossuet que acabamos de citar: «El carácter indeleble de todas las sectas, dice, consiste en el hecho de que siempre podrán señalarse su comienzo y el instante de su interrupcion con una exactitud tal, que ni aun ellas mismas podrán dejar de reconocer. Es este un remedio eterno preparado por Jesucristo á su Iglesia, para ponerse á cubierto de los males irrogados por todos los cismas. El hijo de Dios no deja á los que experimenten la tentacion de apartarse de esta senda sagrada, derecho alguno por medio del cual puedan encontrar un comienzo legitimo. No queda, pues, más recurso que volver á su origen á todas las sectas separadas. Ninguna podrá remontar, sin interrupcion á Jesucristo; «el punto de ruptura siempre permanecerá sangriento,» y el carácter de novedad que todas las sectas llevan eternamente impreso sobre su frente, hará que constantemente puedan ser reconocidas (1).»

(1) *Enid.* sobre las promesas.

Existe, pues, para las Iglesias, como para los individuos, una antigüedad de raza que es testimonio fehaciente de su verdadera nobleza. Si al producir hasta Adán la ascendencia genealógica de Jesucristo, ha podido decirse que aun cuando no fuera Dios, sería el prócer más distinguido del mundo, hay motivo para decir de la Iglesia verdadera, recomponiendo su línea pastoral hasta Jesucristo, que semejante sociedad sería la monarquía más antigua de la tierra, aun cuando no fuese el vestibulo del cielo. De suerte, que cuando un granadero católico contestaba á las inuaciones de un camarada protestante, encaminadas á hacerlo apostatar. «No me hables de tu religion, que no es más vieja que mi regimiento,» dicho soldado, hablaba sin saberlo, como el más profundo teólogo.

La cebra apostólica debe circular por las venas del verdadero cristianismo, sin intermitencia, sin interrupcion, como circula la sangre en un organismo natural. Ahora bien: al completar los dípticos de la Iglesia romana desde S. Pedro hasta Pio IX, y los de cada Iglesia particular desde su fundacion hasta nuestros dias, no se encuentra un sólo punto en que esté cortada la cadena de los pastores legitimos, no se distingue un sólo lugar en que halla cesado la

comunicacion con el tronco apostólico. Así como todos los Papas descienden del primero de los Papas, el cuerpo episcopal procede en línea recta del colegio de los doce Apóstoles. Nada de interrupción en los eslabones diversos de esta tradición viviente; nada de substitución fraudulenta en el innumerable personal de esta larga genealogía. De esta suerte, la virtud emanada de Jesucristo alcanza sin alteración y sin disminución á todos los puntos del tiempo y del espacio, gracias á un conductor sublime que se llama apostolado. Ciertos admiradores de las maravillas científicas no se confiesan sorprendidos viendo su pensamiento trasladado al través de los medios más diferentes por un simple aparato eléctrico; ¿consideran por ventura más difícil ó imposible para Dios, hacer pasar la gracia docente de los Apóstoles hasta el último Concilio, por intermediarios enlazados mutuamente á través de una dilatada senda, que lo es para ellos el hacer correr su pensamiento á lo largo de un hilo imantado de Francia á América debajo las ondas del Océano? En realidad no razonamos porque nos quepa respecto de ello la menor duda, sino porque nuestros razonamientos ponen de manifiesto la verdad en lugar de oscurecerla.

Resulta de lo que acabamos de exponer, que las sectas proceden contra la Iglesia, como los falsos nobles con relación á las antiguas razas: en defecto de la sangre toman su nombre, persuadidos de que los que no se fijan en ello, han de confundir fácilmente la identidad del nombre con la de la sangre. Mas las sectas han procurado por todos los medios imaginables proceder de otra suerte: «no hoy para qué decir, añade Bossuet, que es imposible nombrar una sola que, vuelta á su principio, no encuentre el lugar indoleblemente señalado, en el cual una parte se revolvía contra el todo, separándose de su tronco (1). «Desgraciadamente hasta tal punto irremediable, que no es posible centrizarlo, y cuya ruptura producida por desprendimiento de la rama, permanecerá constantemente ensangrentada.

El cisma y la herejía, han procurado constantemente y en todo tiempo pasar plaza de apostólicas, alegando que ya que no la misión, tenían de los Apóstoles la doctrina; mas no hay para qué decir que no puede haber doctrina verdaderamente apostólica sin misión de la propia

(1) *Intel. sobre las promesas.*

naturaleza. Hay más aún: toda misión procedente de otro origen que no sea la descendencia jerárquica, debería probarse lo menos por medio de los milagros; y la verdad es, decía Erasmo, que no se ha presentado un solo cojo que haya echado á andar para probarnos que Roma sea la nueva Babilonia. Tal es el motivo que Tertuliano, antes que admitir los herejes á discusión, los eliminaba diciéndoles anticipadamente, á fin de no tener que entenderse con ellos: «Mostradnos los orígenes de vuestras Iglesias; exponed á nuestras miradas la sucesión de vuestros pastores, estableced que el primero remonta hasta el origen, y ha sido ó un Apóstol, ó un delegado apostólico, de lo contrario, ¿á qué viene remover los límites que vuestros padres han señalado al mundo (1)». Y en efecto: así como en virtud de la herencia apostólica cada sacerdote es un nuevo Juan, un nuevo Pablo, un nuevo Cristo, de la propia manera todo ministro del Evangelio que intercepia las corrientes del apostolado entra «y sus sucesores, no viene á ser más que retico bastardo.

Llamemos ahora á juicio á Focio, Pedro I,

(1) De Prescrip. 6.

Enrique VIII y Lutero, y preguntémosles lo que se pregunta á un obispo el día en que se le consagra: ¿Teneis letras apostólicas? Todos se ven obligados á contestar: El autor de mi misión. Entre él y la verdadera dinastía apostólica no existe comunión, mejor aún: la comunión existía y ha sido rota; por consiguiente esos miembros aislados jamás constituirán el gérmen de un organismo completo y viable. Las ramas desprendidas mueren cuando carecen de raíces y por lo tanto no es menester evidenciar á la razón lo que salta á los ojos.

En un momento determinado los dos patriarcas de Constantinopla y de Moscú declaran la primacía del Papa un hecho humano en lugar de ser un hecho divino y dejan de prestar obediencia á Roma, que les retira sus poderes. *Punto de ruptura que todavía mana sangre.*

Mas tarde Enrique VIII se proclama jefe de la religion, convirtiendo á los obispos en papas de Inglaterra, á fin de proclamarse á su vez papa de todos ellos. Desde este momento su Iglesia se desprende de la primacía romana por la independencia de jurisdicción, no sacando de la rebelion otro provecho que el de disponer de poderes para ordenar, comprometidos al cabo de poco tiempo por los extravíos de una fé sin ri-

tual preciso, ó de un ritualismo sin fé: *Punto de ruptura que todavía mana sangre.*

Finalmente, Lutero arroja á las llamas en una plaza pública de Wittemberg, la bula de León X que le condenaba, y rompe con esta iglesia romana que le hiciera cristiano y sacerdote, bajo el doble concepto de los vínculos jerárquicos y de la unidad de creencias. *Punto de ruptura que todavía mana sangre.*

En cambio, ¿qué antigüedad, qué consecuencia y qué majestad en los hechos de nuestra genealogía pontifical. Los Apóstoles han escuchado á Dios Padre, dando su misión al Hijo junto á las márgenes del Jordán, y han recibido de Dios Hijo la orden de continuarla. Llegado al momento oportuno, la comunican á su vez, en virtud de poder conferido al cuerpo episcopal, como á todos los demás cuerpos, de reproducirse y renacer incesantemente de sí misma. Esta raza más que real, ocupa el trono de San Pedro cuatro siglos antes de que Clodoveo eche los fundamentos al imperio de los Francos; diez antes de que Guillermo el Conquistador, establezca la casa de los reyes Anglo-Normandos; doce antes de que los Señores de Hapsburgo se vean elevados al imperio de Alemania; diez y seis antes de que los Romanow se enseñoreen de la Ru-

sia; diez y ocho antes, en fin, de que Napoleón coloque sobre sus cienes la corona de Francia que con la cabeza de Luis XV rodara del cadalso para caer en un lago de sangre. Y esta sucesion de monarcas espirituales no sufre detrimento á consecuencia de las turbaciones propias de toda eleccion, siquiera la eleccion de los Papas haya sido más frecuente que no lo han sido los acontecimientos hereditarios en todas las dinastías europeas; y esta sucesion no se ha visto interrumpida por los destierros, ora porque, por lo mismo que los Papas son los únicos monarcas universales, donde quiera que se encuentran están en sus dominios, ora porque si abandonan ó se ven obligados á abandonar su capital, les cabe la seguridad de volver á ella vivos ó muertos. Finalmente, esta dinastía nada debe temer de la extincion que amenaza á todas las demás, porque los Soberanos Pontífices son los únicos príncipes á quienes cabe la seguridad de que no ha de faltarles sucesor.

Y nose olvide que la Iglesia, aprovechándose de los descubrimientos que según se dice mira con prevencion, podrá dar ántes de mucho á las comunicaciones de su apostolado en el espacio, la grandeza y esplendor que los caracteriza en el tiempo. La telegrafía perfeccionada comunica

instantáneamente á todos los puntos del globo las bendiciones del Padre común, así como á es- te los testimonios de gratitud y efecto de su familia. Pues bien, los Pontífices venideros con la rapidez del rayo transitarán sus decisiones al otro lado del Océano, y comunicarán á todas las Iglesias el mismo acto de fé. Así como antiguamente los Siles del Oriente, debían esperar que transcurrieran seis meses para obtener contesta- ción á las preguntas que á Occidente habia diri- gido, en la actualidad, en un mismo día puede establecerse el vínculo apostólico entre los dos más remotos confines: en un mismo día la pala- bra de Dios puede correr desde San Pedro de Roma hasta Constantinopla y Nueva York. De esta suerte en manos de la Iglesia, la ciencia contemporánea, fatora ó cómplice por lo mé- nos, de tantas falsedades, se verá reducida á ser- vir de mensajera á la verdad.

CAPITULO VIII.

DE LA EDAD Á QUE DEBE ALCANZAR LA VERDADERA
SOCIEDAD CRISTIANA.

Su edad en lo pasado debe ser la serie jamás interrumpida de los apóstoles; su edad en lo por venir debe ser la inmortalidad. Es imposible que una sociedad que reconoce por fundador á Je- sus no proceda del mismo Jesucristo; es imposi- ble que una sociedad destinada á conducir á la eternidad las almas, no deba alcanzar la eterni- dad y como bajel desmantelado deba sumergirse con la tripulación antes de alcanzar el puerto. Hemos visto que no pudiendo ser el cuerpo de la Iglesia la persona continuada de Jesucristo, si existe la más insignificante intermitencia en- tre su existencia de ayer y su existencia de hoy,

instantáneamente á todos los puntos del globo las bendiciones del Padre común, así como á es-
te los testimonios de gratitud y efecto de su fa-
milia. Pues bien, los Pontífices venideros con
la rapidez del rayo transitarán sus decisiones al
otro lado del Océano, y comunicarán á todas las
Iglesias el mismo acto de fé. Así como antiguamente los Siles del Oriente, debían esperar que
transcurrieran seis meses para obtener contesta-
ción á las preguntas que á Occidente habia diri-
gido, en la actualidad, en un mismo día puede
establecerse el vínculo apostólico entre los dos
más remotos confines: en un mismo día la pala-
bra de Dios puede correr desde San Pedro de
Roma hasta Constantinopla y Nueva York. De
esta suerte en manos de la Iglesia, la ciencia
contemporánea, fatora ó cómplice por lo mé-
nos, de tantas falsedades, se verá reducida á ser-
vir de mensajera á la verdad.

CAPITULO VIII.

DE LA EDAD Á QUE DEBE ALCANZAR LA VERDADERA
SOCIEDAD CRISTIANA.

Su edad en lo pasado debe ser la serie jamás
interrumpida de los apóstoles; su edad en lo por
venir debe ser la inmortalidad. Es imposible que
una sociedad que reconoce por fundador á Je-
sus no proceda del mismo Jesucristo; es imposi-
ble que una sociedad destinada á conducir á la
eternidad las almas, no deba alcanzar la eterni-
dad y como bajel desmantelado deba sumergirse
con la tripulación antes de alcanzar el puerto.
Hemos visto que no pudiendo ser el cuerpo de
la Iglesia la persona continuada de Jesucristo,
si existe la más insignificante intermitencia en-
tre su existencia de ayer y su existencia de hoy,

debe referirse á Jesucristo en virtud de una participacion no interrumpida de su sávia: vamos á ver ahora que no siendo más el cuerpo de la Iglesia que el cuerpo místico de Jesucristo, no puede evidentemente perecer, puesto que de Cristo resucitado se ha dicho que no muere.

¿La Iglesia debe alcanzar vida eterna? Semejante pregunta carece de valor para aquel que tenga fe en estas palabras divinas: «Las puertas del Infierno no prevalecerán contra ella: yo permaneceré con vosotros hasta la consumacion de los siglos.» Semejante pregunta carece de valor para todo aquel que conoce la economía sobrenatural en virtud de la cual la muerte es la consecuencia del castigo del pecado. Hé ahí ahora una poderosa consideracion que se impone al espíritu. La Iglesia no ha experimentado caída original, de suerte que las glorias de la humanidad en estado de inocencia, fueron las mismas que constituyen las glorias de la casta esposa de Cristo en su pureza inmaculada; y así como la caída de Adán, fué para la humanidad causa de la ignorancia, de la concupiscencia y de la muerte, del mismo modo la Iglesia que se halla libre de toda mancha original, debe estarlo tambien de la ignorancia por la infalibilidad, del pecado

por la incorruptibilidad y de la muerte por la inmortalidad.

Y sin embargo, á los piés de esta institucion que atraviesa los siglos con una juventud inalterable, existen gusanos miserables que perecen diariamente por centenares de miles, y que pasan su vida anunciándole que se halla próxima á la muerte. Esta monomanía vergonzosa para seres efimeros, de predecir la muerte de lo que no puede morir, háse convertido en enfermedad endémica de un determinado número de blasfemos. La ley mata algunas veces á esos transgresores en efígie, el odio mata el objeto de sus execraciones en esperanza. Esto explica porqué la Iglesia que, de todas las cosas del mundo, es la más duradera, sea sin embargo la más expuesta á morir para aquellos que temen que no muera nunca.

Permitanos el lector que nos valgamos de una imagen de sobras trivial; pero que expresa perfectamente el pensamiento: existe una especie de libre pensadores, que se han constituido en rabiosos anunciadores de los próximos funerales de la Iglesia. «Hace dos mil años se ocupan en abrir la fosa que continuamente sirve para ellos y en la cual aquella les entierra. Se non figura estar contemplando á esos insectos de

las márgenes del Hypanis, que viven un día, y que según cuenta Aristóteles, midiendo el universo por su corta duración, anuncianse mutuamente al declinar el sol, que la naturaleza debe acabar al cabo de poco tiempo y que el mundo desaparecerá al cabo de algunos centenares de minutos. (1).

Y no se crea que constituya una novedad de los enemigos contemporáneos de la Iglesia, esta falsa noticia de su próximo fallecimiento. Hace mil cuatrocientos años que S. Agustín los describía valiéndose de los siguientes terminos. Así se expresan: «La Iglesia va á morir y no transcurrirá mucho tiempo sin que desaparezca completamente: los cristianos desaparecerán por que ha pasado su tiempo; y en tanto que se expresan de esta suerte los veo morir todos los días, y la Iglesia permanece siempre triunfante anunciando la omnipotencia de Dios á todas las generaciones (1)».

Por consiguiente es ya achaque antiguo esto de la sepultura y enterramiento prematuro del catolicismo, por gentes que disfrutan de salud

(1) Noel et Lap. t. I. citado por M. Aug. Nicolás.

(1) Enarr. in Ps. LXX. 12.

tan quebrantada que en manera alguna puede compararse con la que ella goza. Todas las sectas cristianas posteriores al Gnosticismo han hecho la misma predicción. La filosofía ha repetido las fúnebres profeías de las falsas religiones con idéntico resultado y estas y aquellas han obtenido de los acontecimientos y de la apologética tan elocuentes refutaciones, que tanto como tiene hoy de ridículo exclamar: Cristo ha muerto, tanto hay de inútil en responder: «Cristo una vez resucitado no muere.»

Sin embargo, debemos reproducir este último testimonio en favor de la Iglesia. Su universalidad en la duración no es ménos decisiva que su extensión en el espacio, porque el tiempo es la prueba suprema de una doctrina. Siendo Dios eterno, cuanto mayor verdad divina contiene una doctrina es tanto más duradera. Por esto el catolicismo que no es únicamente verdad abstracta, sino Dios mismo, unido á un organismo humano, para servir á los hombres de enseñanza perpetua, debe tener la perpetuidad de Dios.

Al recorrer esta página de seguro no habrá un solo lector que no abrigue el deseo de penetrar hasta un lejano porvenir, con el fin de convencerse de que si la Iglesia florecerá todavía.

Imagine dicho lector lo que habian experimentado los Apóstoles cuando morian por la perpetuidad de la Iglesia, fiados en una palabra de su Maestro, si hubiesen podido tener á la vista los diez y ocho siglos de la historia del catolicismo que nosotros podemos contemplar. Por consiguiente nosotros tenemos una prueba más que nuestros padres en apoyo de la inmutabilidad de la Iglesia: ellos contaban únicamente con promesas, nosotros tenemos realidades. Examinemos este doble fundamento de la esperanza católica: 1.º Los hechos principales que establecen la vitalidad de la Iglesia en su pasado: 2.º Las principales promesas que le garantizan lo porvenir.

I

El día en que se consagra un Papa, la Iglesia hace quemar á su presencia un puñado de estopa diciéndole: *Sic transit gloria mundi*. Y en

efecto así es como pasa la gloria de los Pilotos; mas no acontece lo propio con la gloria de la Nave. Y téngase entendido que esto no es una vana esperanza. De seguro el día en que fue botada al agua, en el cual se dió á los Apóstoles a seguridad que expresan las palabras: «Estaré con vosotros hasta el fin,» contaban con la garantía de los milagros de Nuestro Señor; hoy podemos contar con una duración de más de diez y ocho siglos que es el mayor de todos los milagros. Este porvenir que era la prueba de los primeros tiempos constituya nuestra prueba, y nosotros recibamos este testimonio de la divinidad de Cristo, que nuestros padres no pudieron obtener, que realiza ventajosamente en y por su Iglesia, y que jamás adujo en otro tiempo para sí mismo. Ahora bien se ha dicho: para hacer tales promesas es preciso ser profeta; para cumplirlas es indispensable ser Dios. Midamos la autoridad inmensa de este argumento.

¿Hay en la tierra nada más efímero que los Estados y las doctrinas? Los diversos imperios de Asiria han durado unos doscientos años; el de Alejandria la vida de un hombre; el de Roma cuatro siglos y medio. Sócrates es destronado por Platon, Platon por Epicuro. El sensualismo sucede el eclectismo, á este el pantelamo,

al panteísmo el naturalismo. A los gnósticos suceden los arrianos, á estos los pelagianos, á estos los maniqueos, á estos el protestantismo del cual hablará un día la historia como de un error de tan efímera duracion como lo han tenido los precedentes: no da otra suerte se derrumban las obras del hombre, ora se hayan levantando por medio de los cetros, ora se huyan construido con el concurso de las ideas. Sólo existe una monarquía que sufre, lucha, viaja, derrama su sangre, y á veces va sus fronteras reducidas, sin que por esto concluya jamás.

Y ménos mal aún si pudiese contar con seducciones al servicio de su propaganda: mas nadie ignora que sus dogmas son misterios pavorosos; su moral, virtudes más pavorosas aún; y en contraposición sólo ofrece los siete pecados capitales. Y se comprendería también si pudiese contar con el apoyo de una espada invencible; mas sus soberanos se llaman ministros de paz que están dispuestos á entregar su cabeza en cuanto hay quien la exija, en términos que en el dilatado período de trescientos años sólo cuatro han fallecido en su lecho. Y se comprendería también si su marcha fuese un triunfo continuado; por ello es que muchas veces solo logra la victoria merced á sus derrotas que la ponen en nuevo

contacto con el principio de su existencia, la humillacion y el martirio. Así se explica el por qué muchos de sus perseguidores le han proporcionado acaso tantos beneficios como el mismo Constantino, porque las persecuciones segun se ha dicho, atacando los fundamentos de la Iglesia, han descubierto la mano que la dirige. Por lo demás nada prueba con mayor elocuencia la inmortalidad de una institucion, que el privilegio de sufrir siempre, sin sucumbir jamás. Si pudiera contar con el recurso de las transacciones cómodas y de las cesiones hábiles; pero ello es que nada indica que su fortaleza consiste en saber doblegarse.

Para convencerse de ello basta con presentarla conmovedora imagen de su destino. Un día Diocleciano mandó llamar á un oficial cristiano de su palacio para exigirle una apostasia, y como no pudiera obtenerla entrególe á los arceiros de la Mauritania que le acorbillaron á flechazos, dejándolo por muerto en el Palatino. Como San Ireneo fuera á recoger sus ensangrentados despojos para darles religiosa sepultura, apercibióse que en aquel cuerpo latía aún el corazón, y á fuerza de cuidados y de piadosa solicitud consiguió volverlo á la vida. Restablecido completamente, ¿sabéis cuál será el primer uso

que el mártir hará de sus fuerzas? Vedlo, vá á situarse en la escalera del palacio imperial para demostrar al César que si su crueldad no se halla de todo satisfecha, Sebastian cuenta con fuerzas suficientes para empezar de nuevo. Tal fué la vida de ese sublime soldado: tal es la vida de la Iglesia. Hoy se la cree muerta y mañana resucita; en un punto de la tierra se la sacrifica, y en otro va ella misma á solicitar sus verdugos, y cuando le cierra los oídos á las palabras que pronuncia desde la cátedra evangélica, como Pedro de Verona, al espirar escribo con su sangre sobre el polvo de los anfiteatros: Creo.

Y téngase en cuenta que no obstante lo dicho, muchos de sus monasterios han alcanzado una vida tres veces más dilatada que la república romana (1), y si echamos una ojeada sobre esa roca donde fué colocada como inmortal estalote, viéndola desafiarse por encima del polvo levantado por tantas revoluciones, las puertas eternas con una juventud que los golpes no pueden alcanzar, debemos convenir que únicamente una sociedad divina puede tener el privilegio de vivir de un modo distinto y durante mucho tiempo que todas las demás.

(1) Montserrat.

Si una vez resucitado Cristo en su Iglesia, no puede morir. En tiempo de Arrió se dijo que iba á perecer, porque el mundo se encontró hereje sin darse cuenta de ello. Vino el Islamismo á prestar poderoso apoyo á los sofistas, y el Evangelio rechazado en Oriente, no tardó en perder en el Oriente sus primeras conquistas é innumerables obispos, solamente en esa Africa que estaba llena de los recuerdos de San Cipriano y San Agustin. Mas las herejías como los torrentes, braman y pasan. Dios que anonada la generacion en los monstruos, la limita en los enemigos de su verdad. El arrianismo quedó destruido al cabo de breve tiempo; la media luna debilitada, y al presente la Iglesia de Africa ha visto reverdecer las palmas de su martirio.

La Iglesia fué, se decía en tiempo de los albigenses. Estos restauradores del maniqueismo, de acuerdo con los infieles, habian vertido en el corazón de los pueblos fanatizados el desprecio y el odio á la autoridad papal. Los Soberanos Pontífices, veíanse escarnecidos dentro de su propio rebaño, por los señores feudales y hasta por los miseros campesinos. Habíanse dado la señal para una formidable sublevación, el Mediodía en armas hallábase dispuesto á invadir la cristiandad con su errores y á cubrirla de ruinas.

Mas de repente surgen dos milicias espirituales que atacando á la herejía en el terreno de la persuasión, en tanto que los guerreros del Norte la reducian en el terreno de la fuerza, logran levantar poderosos diques contra esa invasion de sangre y de lodo que amenazaba sumergir la Iglesia, y la herencia divina resulta de nuevo milagrosamente salvada.

La Iglesia fué, dijese un siglo y medio despues. El papado llegado á su apogeo, vió levantarse contra su poder una reaccion terrible. Un déspota implacable y cauteloso, servido por los hombres de espada y por los hombres de ley nada escrupulosos, Felipe el Hermoso, dió comienzo á esa revolucion sacrilega. Un francés renovó la innober injuria de Malcos sobre el rostro angusto del Vicario de Jesucristo. El más valeroso de los Pontífices abofeteado y proserito, murió loco de dolor y de espanto. El solio papal fué trasladado á Avignon y estalló el gran cisma de Occidente. Los papas de Italia y los de Francia se anatematizaron recíprocamente: la fé de los pueblos y hasta la de los santos se dividió en obediencias distintas: las herejías dan la mano al cisma para desgolar las conciencias; la carrazon era profunda en todos los horizontes de la Iglesia, y el peligro mayor aun que en la época de

la cruzada contra los albigenses. . . Mas se convoca el Concilio de Constanza, y tomando Dios de nuevo su dominio sobre esos céos, parece decirle al mundo: Hombres de fé, ¿por qué habeis dudado? En cuanto se han celebrado las primeras sesiones el catolicismo comprende que se ha salvado merced á una intervencion milagrosa, y la Iglesia se ve muy pronto reducida á la unidad bajo el báculo glorioso de Martin V.

La Iglesia fué, se dijo en tiempo de Lutero: la palabra del heresiarca, semejante á un reguero de pólvora, habia brillado con el fulgor del incendio de los Pirineos hasta Islandia y de la Finlandia hasta los Alpes. En cuarenta años habia conquistado las nueve décimas partes de la Alemania, los dos tercios del Austria, y grandes porciones de todos los demás países. Ante semejante espectáculo los ignorantes abandonaron el catolicismo, como se hujo del interior del templo que amenaza ruina, y la reforma cantaba como desvanecida bacante sobre las ruínas de la Iglesia desolada por la apostasia: ¡Cayó, cayó al fin esa bellísima Babilonia, cayó al fin! «*Cecidit Babylon, cecidit Babylon!*»; más pronto la Iglesia monta las carabelas de Colón para contestar á los sofismas de Lutero; á fin de indemnizar de las pérdidas que en nuestro he

miserio experimentara, lleva á cabo la conquista de América, y vualta al centro de la Europa comovida por la tormenta, puede decirle: Por mi parte ni he desmoralizado los pueblos; ni desvanecido monarquías no menos falsas que la herejía, para hacerme abrir las puertas de los imperios, y no obstante gano mundos en cambio de las provincias que se me arrebatan. Cristianos de poca fé, sabedlo pues, mi verdad cambia de sitio; pero no acaba, no concluye, no muere: mi Cristo viva: pero es inmortal.

Cierto que la victoria no es completa, ya que el protestantismo afecta aun en ciertos países aires de dominador; mas no hay por qué asustarse: semejante escándalo concluirá. Para que se realice el milagro, para que los pueblos herejes ó cismáticos abjuren sus errores, es indudablemente que hayan recorrido hasta sus últimos límites la pendiente del racionalismo. Acontece á los pueblos lo que á los individuos. Los herejes, ya lo hemos dicho, no se convierten porque por lo mismo que creen algo ya que estén fuera de la verdad, no están fuera de la naturaleza; pero el día en que los racionalistas que, sea como quiera, experimentan por consecuencia de su proceder, los dolores que en el sentido de su fé, como acontece con el órgano de la vision,

causa el verse privados del objeto de la misma, vuelven en su acuerdo y se comienzan, convencidos de que están en rebelion perpetua contra sus necesidades y contra Dios. En resolucion, en un plazo más ó ménos largo, y siquiera parezca un sueño de nuestras místicas esperanzas, estoy seguro que se llevaré á cabo el acto de la abjuracion de sus errores por la Rusia y la Inglaterra. Por mi parte me apresuro á felicitar con semejante motivo al corazón de nuestra santa madre la Iglesia, y si me atreviera, pediria á Dios que nos hiciera testigos de esa fiesta sublime, para compensarnos de los muchos espectáculos vergonzosos y desconsoladoras á que hemos debido asistir.

Por último, tambien se dijo el catolicismo fué en tiempo de la revolucion francesa: medio siglo de no interrumpidas conspiraciones filosóficas habia tramado su muerte. Cuatro constituciones renegaron de él; cuatro asambleas lo declararon reo de lesa Estado, durante diez años de cuantas persecuciones fué perseguido despiadadamente y se derramó su sangre en abundancia; los setembristas danzaron en derredor de su tumba; los sabios de la época dieron fé de haber le visto exhalar el postrer aliento... El día de Pascua de Resurreccion de 1802, llenaba las

ámplias naves de Nuestra Señora de París una inmensa muchedumbre, de la cual formaban parte y entre la misma se distinguían, convencionales que oraban: generales que bajaban la cabeza; veinte obispos que volvían del destierro: sobre un estrado el Primer Consul, nuevo Constantino que se gozaba en la contemplacion de su obra: en frente de él la Iglesia Romana representada por su legado que la aprobaba, y por último, en el altar ocupado un día por una meretriz impúdica, Dios expuesto al pueblo por un Pontífice de noventa años. Si el corazón de la Francia se estremeció de placer aquel día, y al recordar sus extravíos avergonzose y dió pública satisfaccion de sus blasfemias, y ante semejante espectáculo, impíos y creyentes se preguntaban si era sueño ó verdad la resurreccion de Cristo.

Verdad, verdad era, porque esa Iglesia llamada por Dryden en una de sus sátiras la Cierva blanca, no puede perecer. La anarquía logró imperar un momento, mas de aquel caos nació un nuevo orden de cosas, tales como nuevas dinastías, nuevas leyes y un renacimiento religioso.

Una leyenda árabe refiere que la gran pirámide fué construida por tres reyes antediluvianos y que es la única de las obras debidas á la mano

del hombre que haya sobrevivido al diluvio. Tal fué entónces la suerte del papado. Vióse en vuelto en las procelosas aguas de aquella inundacion; pero no por esto se resistieron en lo más mínimo sus profundos cimientos, y al retirarse las aguas apareció sólo y tranquilo en medio de las ruinas del mundo destruido.

La república de Holanda, el imperio de Alemania, el gran consejo de Venecia, la antigua liga Helvética, la casa de Borbon, los parlamentos y la aristocracia de Francia habian desaparecido; Europa entera llena de creaciones nuevas. Los últimos acontecimientos no habian afectado únicamente las instituciones políticas y los límites territoriales; el espíritu y la composicion de las sociedades habian experimentado un cambio profundísimo en toda la Europa católica: sólo la Iglesia inmutable permanecia en pié (1).

No desconocemos que en el día nos hallamos en plena reaccion anticatólica; mas ya sabemos lo que duran esos movimientos de la opinion. En vano se ha repetido en todos los tonos que la dinastía de los Vicarios de Jesucristo iba á terminar su reinado; en vano los herejes y los

(1) Massaly;

impíos de las cuatro partes del mundo se han dado cita en Roma para asistir á la bendición del postrero de los Papas; en vano la revolución, semejante á Talio, ha lanzado su carro para la vía de la maldad, dispuesta á pasar sobre el cuerpo de un Papa agnato: las miradas acostumbradas á las vicisitudes de la historia, leen siempre encima del trono espiritual del papado estas palabras proféticas: Reino que no debe concluir: *ejus regni non erit finis*.

Durante el siglo décimo octavo la influencia de la Iglesia fué siempre en decadencia. La incredulidad se vió representada en todas las cortes de Europa por ministros y enviados poderosos. El papado respetado al presente en medio de sus desgracias, era entonces objeto de irritación y mofa por parte de los escépticos, de lástima y piedad por los mismos protestantes; y no obstante, añade el historiador ántes citado, con todo y ser protestante, en el siglo décimo nono esta Iglesia decida entra de nuevo en posesión de su poder y su imperio sobre los corazones y sobre los espíritus es mucho mayor que en la época de la Enciclopedia y del diccionario filosófico. En tanta ni la revolución moral del siglo décimo octavo, ni la contra revolución del décimo noveno no han añadido nada absoluta-

mente al poder del protestantismo: durante la primera de dichas épocas tanto cuanto fué perdido para el catolicismo lo fué para el cristianismo; durante la segunda tanto cuanto el catolicismo reconquistó, cedió únicamente en su exclusivo provecho... Con posterioridad al siglo décimo sexto los pueblos han pasado y visto á pasar del catolicismo á la incredulidad y de esta al catolicismo; mas ni uno solo se ha hecho protestante.

Hechas las precedentes consideraciones, cumplenos preguntar, ¿no debe verse en el pasado de la Iglesia la garantía de su porvenir? Sin duda alguna, y he de confesar que no concibo que se alarmen respecto del particular los que saben que los pueblos no pueden prescindir de ella, por lo mismo que es la substitucion de Dios al despotismo de los estados en el gobierno de las almas. Por lo que á mi toco y fundado en las precedentes razones creo en sus destinos como en el buen sentido de la humanidad y en la civilización. Mas la razon de mis esperanzas se funda principalmente en la contemplacion del cuadro que rápidamente acabamos de trazar. Meditando sobre esa grande historia se sienta crecer en el alma el respecto hácia la Iglesia al compás que decrecen muchos otros respetos. Y

cuando el hombre cercano al término de su viaje, ha comprobado que esta sí puede crecer á proporción de todos sus desencantos, se abandona con inexplicable delicia confiado en la palabra del genio que más sumiso que descorazonado dijo: «Mas no el más incrédulo de los hombres; pero el más creyente de los católicos (1).»

II.

Examinemos ahora cuáles son las prendas de inmortalidad que poseo la Iglesia; examinemos también las promesas que se le han hecho. Las recojo de diferentes puntos del horizonte doctrinal. Recorriendo la inmensa distancia que separa el pensamiento de Jesús del de Voltaire, distingo en el espíritu humano relativamente á la institución divina cinco etapas perfectamente distintas. La primera se halla marcada por el

(1) Chateaubriand.

testimonio de Jesús; la segunda, por el del genio cristiano; la tercera, por el de los escritores de conciencia; la cuarta, por el del protestantismo; la quinta, por el libre pensamiento. De todos esos centros elevase al par el mismo homenaje respetuoso tributado á la inmortalidad de la Iglesia.

Empecamos por el primero de esos testimonios, la promesa de Jesús. Me dirijo á todos los creyentes que la reciban como infalible, y les suplico que mediten detenidamente es estas palabras que han herido sus oídos á docenas de veces.

«Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella... Me ha sido concedido todo poder así en el cielo como en la tierra. Como mi Padre me ha enviado á mí, yo os envío á vosotros. Id, pues, enseñad á todos los pueblos y contad que permaneceré constantemente con vosotros hasta la consumación de los siglos.»

¿Qué responsabilidad para el que pronunció tales palabras, y qué garantía para aquellos á quienes iban dirigidas! Responsabilidad, si, puesto que de no haberse realizado, resultaba patente la falsedad del cristianismo. Garantías, por otra parte, porque si en virtud de semejante

promesa Jesucristo se nos ofrecía como prenda de seguridad, el cumplimiento de la misma nos obliga respecto de él hasta la adoración. Y efectivamente, los apóstoles que escucharon de sus labios esa promesa, pronunciada en son de profecía, no asistieron a su realización, y no obstante adoraron; y nosotros que hemos sido testigos del prodigio, siempre subsistentes, de la perpetuidad de la Iglesia, no hemos sido ménos favorecidos que ellos, puesto que, siguiendo la célebre antítesis de San Agustín, no vieron más que la cabeza y creyeron en el cuerpo, en tanto que nosotros por haber podido contemplar el cuerpo creemos en la cabeza.

«Pero lo admirable, lo incomparable, lo realmento divino, añade Pascal, es que la Iglesia que ha subsistido siempre, siempre se ha visto combatida (1).» «Su perpetuidad no se desarrolla en las costumbres estacionarias del Oriente, sino en el seno de la móvil Europa, patria de las revoluciones; en un centro de actividad incesante, donde los hombres y los acontecimientos, las ideas y los hechos se entrecrocaban sin tregua ni reposo, furioso Océano para el cual la sede de la

(1) Posidonio.

Iglesia ha venido á ser constantemente el cabo de las tormentas.»

«La Iglesia no ha vivido solamente en medio de esta actividad devoradora, sino que ha tomado en ella una parte muy retiva, hallándose constantemente en el lugar de mayor peligro. Hacia ella y contra ella se han dirigido los diversos agentes de este movimiento febril; en su mano ha tenido repetidas veces los negocios del mundo; todos los medios se han juzgado licitos para combatirla; pero la fuerza, la astucia, la política, el cisma, la herejía, la filosofía, el epigrama, el cadalso, es decir, todas las puertas del infierno que habrían bastado para aniquilar todo otro poder, se han estrellado contra ella (1).»

Pasemos al testimonio del génio cristiano.

«El cristianismo ha sido predicado por ignorantes y creído por sábios, razón que influye para que no se aparezca á nada conocido.

«Además de esto ha salido con bien de todas las pruebas. Se dice que la persecucion es un viento que nutre y propaga la llama del fanatismo. Sea. En este caso tendríamos que Diocleciano favoreció la causa del fanatismo; y por lo

(1) Augusto Nicolás, IV. vol. Estabilidad de Cristo.

mismo deberíamos deducir que la proteccion y apoyo de Constantino debió ahogarlo; más lo cierto es que no ha sucedido nada de esto. Lo que es cierto, es que ha resistido à todo, à la paz, à la guerra, à los cadalsos, à las humillaciones, à los triunfos, à los puñales, à los halagos, al orgullo, à la pobreza, à la noche tenebrosa de la edad media, à la intensa luz de los siglos de Leon X y de Luis XIV. Un emperador omnipotente y señor de la mayor parte del mundo conocido, agotó contra ella en otro tiempo todos los recursos de su génio; nada omitió para restablecer los dogmas antiguos; entregó al ridículo el culto cristiano; redujo à la pobreza al sacerdocio; difamaciones, calumnias, injusticias, opresion, fuerza y destreza, todo fué inútil; el *Galileo* triunfó de Juliano el filósofo."

"Al presenta el experimento se repite con circunstancias todavía más favorables. Nada falta absolutamente de cuanto debe hacerlo decisivo. Si triunfa, el filosofismo puede batir palmas y sentarse sobre una cruz derribada, más en cambio, si el cristianismo sale más vigoroso de esta prueba, si Hércules cristiano levanta al hijo de la tierra y le ahoga entre sus brazos, *patuit Deus*... ah, yo abrigo respecto de ello la más firme esperanza, entónces la Francia será cris-

tiana, la Inglaterra católica, y los pueblos de Europa irán à entonar un *Te Deum* en la basílica de Santa Sofia de Constantinopla (1)."

¿Qué pitecan de esto los escritores de una ortodoxia ménos acentuada, siquiera rectos ó imparciales?

"Un hombre de talento y de gran corazon dijo un dia delante de mí (era yo muy jóven todavía) En el dia no hay en el mundo nada fijo y estable à que pueda adherirse la existencia. Las ideas y los reyes pasan, todo se saca de quicio todo se gasta con rapidéz pasmosa, la sociedad cambia diez veces de modo de ser en el periodo comprendido entre el nacimiento y la muerte de un hombre. En realidad de verdad, en medio de ese movimiento vertiginoso, solo hay una ciudad y un hombre, que por su inmovilidad en el océano del tiempo, ofrecen de nuestra consideracion una imagen de consecuencia y perpetuidad: Roma y el Papa. Encontradnos si podéis para aquellos que estan cansados de vagar à merced de todos los vientos, y que piden à la vida la calma de la eternidad, un refugio seguro para prestarles abrigo, un puerto siempre abiert

to donde amarrar su barca, como no sea esa peñascosa más alto que todas las tempestades: ¡'o nina y al Papado!

Tales palabras pronunciadas sin intención preocupada, en una conversación amistosa, frívola y sería á intervalos, produjeron en mí impresión tan profunda, que jamás se han borrado de mi memoria. En efecto, para nosotros, almas extraviadas en las tinieblas de la duda, no constituye un espectáculo capaz de despertar el sentimiento de la fé, adormecido ó ahogado en nosotros, esta formidable inmutabilidad en la cual el tiempo, la guerra, la tortura, el desprecio, se han estrellado; esa fijaza de un solo punto en medio de todo cuanto pasa; esta luz azotada por el soplo de todas las tempestades, sin que soplo alguno la pueda extinguir?

Ignoro quién sea el autor de esta ingenioso dicho: nada es tan absurdo como un hecho. Sí, el hecho de la víspera que contradice el hecho del día siguiente.

Y más aún, si el hecho es de la naturaleza del siguiente: el Apostolado confiado por Jesucristo hace diez y ocho siglos á uno de sus discípulos, háse perpetuado de pontífice en pontífice hasta nuestros días: poder decir esto hoy y tener la seguridad de que lo mismo podrá de-

oirse mañana, es un hecho que significa alguna cosa. Y se considera que desde el día en que fué pronunciada dicha palabra en Judea, la bárbarie, el cisma, la reforma, la filosofía, se han abalanzado al par ó sucesivamente á la sede ocupada por el mismo Apóstol, continuado en mil vidas; que Roma, la ciudad eterna de los tiempos modernos, como lo era de los tiempos antiguos, ha sido tomada y vuelta á tomar, ocupada, saqueada y sacudida por cuantos azotes procedentes de Oriente y de Occidente han caído sobre ella; que no hace tres siglos aún, soldados embriagados, conducidos por un renegado, penetraron en ella en nombre de Lutero; que no hace treinta años un emperador, soberano suyo en virtud de la conquista, le enviaba un prefecto, como hacia los de Constantinopla en los primeros tiempos de sus pontífices; ¡oh! en tal caso, la fé, creciendo al compás de la idea, se hace tan inmensa como el dogma, y sea de ello lo que quiera, es menester, lo repito, que este hecho sin par, signifique algo.

En vano sería que pretendiéramos separar la vista de esta prodigiosa imagen de perpetuidad, los que hemos venido con posterioridad á las mayores perdonaciones que Roma haya experimentado después de los siglos de los márti-

ros, nos vemos forzados á decirnos; Indudablemente las promesas de los tiempos tendrán su cumplimiento. El sueño de la filosofía consistía en destruir el papado, por lo mismo que comprendía que en él residen la cabeza y el corazón del catolicismo, y que si lograba acabar con él, no podía esperar el cristianismo larga vida; porque el papado y el cristianismo constituyen desde este punto de vista un conjunto tan inseparable, que la reforma solo existe á condición de suscitar y mantener incesantemente el recuerdo de su rebelión, y que su fe, fundada en la desconfianza, no puede encontrar algo de la vitalidad que le falta, como no sea escitándose en el odio de lo que en su rabia impetuosa ha llamado al papismo. La derrocación del papado constituiría, pues, para nuestros padres, la gran cuestión del porvenir. Diez y ocho siglos constituyen indudablemente un período de largo aliento en el curso de los acontecimientos; más, destruido el Papado, ganaría el pleito la filosofía que se proponía demostrar que solo puede subsistir mediante el auxilio de la ignorancia y de la barbarie. Llegó la revolución, que conociendo perfectamente la consigna, tiró derecha al corazón, y llevó al Pontífice al destierro, donde murió. Más sucedióle otro Papa: la cadena de

perpetuidad no se rompió entonces, como no se había roto en los peores días del catolicismo. Entre tanto la filosofía había pasado de moda, y los destructores duermen en el pasado al lado de Latero; la Enciclopedia, la República y el Imperio. Roma continúa en pie, y en este centro de la cristiandad desgarrado por los ataques de la incredulidad y de la indiferencia existe un Pontífice, como existía uno también en los tiempos de Narón, cuando el cristianismo naciente se veía desgarrado en el circo por las bestias feroces."

"En torno de esta milagrosa continuidad, la Europa ha cambiado tres veces en su modo de ser: la antigüedad se ha extinguido; la edad media ha muerto; han surgido y han desaparecido completamente los imperios de Carlomagno, Carlo, V y Napoleón; han deslumbrado al mundo con sus fulgores, pueblos que ya no existen; descubriose un nuevo mundo cuyo dominio se repartió entre el poder temporal y el espiritual y solo este conserva su parte. Todo ha pasado, ideas, pueblos é imperios; solo el Papa ha permanecido. Hay algo en este hecho, no nos cansaremos de repetirlo, que vale bien la pena de que reflexionemos un poco.

"Más vivimos en una época en la cual se ha

inventado, para uso de los partidos, una lógica hábil que sabe negar la evidencia. Los odios antiguos contra Roma no han muerto en nuestros corazones revolucionarios. Los padres creyeron renegar el mundo, y los hijos, que aceptaron sin exámen esta creencia, no pueden acostumbrarse á la idea de que el Papado, desde su altura inexpugnable, haya contemplado con una mirada llena de tierna conmiseración y con una seguridad completa en las promesas divinas, nuestras tremendas luchas, nuestras poderosas rebeliones, los incendios producidos en todos los ángulos de la tierra, la sangre derramada á mares, el estrépito de los tronos derribados y de los monarcas destruidos, capaz de poner espanto en el corazón más fuerte, de la misma manera que el anciano marino avezado al fragor de las tormentas, contempla desde la playa la lucha de los elementos, seguro como está, por las señales que en el firmamento ha contemplado, de que al otro día, habrá concluido completamente todo ese espantoso fragor, y que en el Océano desbordado volverá á sus profundos abismos (1)."

(1) Eugenio Robín.

¡Qué fuerza, en apoyo de la misma verdad, en este magnífico testimonio del protestantismo, producido por el más grande historiador de Inglaterra!

"No existe, dice, ni ha existido jamás sobre la tierra obra alguna de la política humana más digna de exámen y de estudio que la Iglesia católica Romana. La historia de esta Iglesia enlaza las dos grandes épocas de la civilización. Ni una sola de las instituciones hoy día existentes puede remontar su origen á aquellos tiempos en que se escapaba del Panteón el humo de los sacrificios, y los tigres y los leopardos saltaban en el anfiteatro flavio. Las cesas reales de más elevada alcurnia cuentan solo un día de existencia cuando se las compara con esa serie de Soberanos Pontífices que, por sucesión nunca interrumpida, remonta desde el Papa que en el siglo XIX ha consagrado á Napoleón, hasta el que en el VIII consagró á Pepino; más allá de éste, la augusta dinastía apostólica va á perderse en la noche de los tiempos fabulosos. La república de Venecia que vivió en pos del Papado, era por demás moderna en materia de antigüedad, comparada con aquel. Y sin embargo, la república de Venecia ha desaparecido y el Papado subsiste, no en estado de decadencia, no

como ruina, sino lleno de vida y de vigorosa juventud.

«La Iglesia católica envía aún hasta el extremo del mundo misioneros tan celosos como los que desembarcaron en el condado de Ken con Agustín, misioneros que tienen el valor necesario para hablar á los reyes enemigos con la misma decisión que inspiró al Papa Leon X la presencia de Atila. El número de esos hijos predilectos es al presente más considerable que en ninguno de los siglos anteriores. Las conquistas en el Nuevo Mundo han compensado con creces lo que en el antiguo ha perdido. Su supremacía espiritual se extiende sobre las vastas comarcas situadas entre las llanuras del Missouri y el Cabo de Hornos, comarcas que, antes del transcurso de un siglo, corrían probablemente una población igual á la de Europa.»

«Los miembros de su comunión pueden, sin dificultad alguna, evaluarse en ciento cincuenta millones, y es cosa facilísima demostrar, que todas las demás sectas reunidas no alcanzan la cifra de ciento veinte millones (1). Nada hay que

(1) La cifra de la población católica varía según las estadísticas; mas todas convienen en reconocer la superioridad numérica en favor del catolicismo, superioridad numérica que sirve de fundamento á algunas de nuestras pruebas.

indique la próxima terminación de esta larga soberanía, que ha presenciado el comienzo de todos los gobiernos y de todos los establecimientos eclesiásticos que existen al presente, y no nos atreveríamos á decir que no está destinada á presenciar su fin. Era grande y respetada antes de que los Sajones pusieran su planta sobre el suelo de la Gran Bretaña; antes de que los Francos hubiesen atravesado el Rin; cuando la elocuencia griega floreciera aún en Antioquía; cuando en el templo de la Mecc, prestábase todavía culto á los ídolos. Y podrá ser grande aún, y tanto como grande respetada, cuando algun viajero, procedente de la Nueva Zelanda, se detenga en medio de una vasta soledad, para dibujar las ruinas de San Pablo, apoyado contra alguno de los embaldosados arcos del puente de Londres.»

Finalmente, véase el testimonio del libre pensamiento representado por su patriarca.

«El judaismo, ha dicho, el sabeiismo, la religión de Zoroastro, yacen en el polvo; el culto de Tyro y de Cartago ha caído con estas ciudades importantes. La religión de los Milcíades y de los Pericles, la de Paulo Emilio y de Catón no existen; la de Odín ha dejado de ser; hasta la misma lengua de Oasiris, convertida en len-

gna de los Ptolomeos ha desaparecido de la memoria de sus descendientes: el dejamo puro jamás existió. Solo el cristianismo es ha mantenido en pie en medio de tantas vicisitudes, y no obstante el fracaso de tantas ruinas, inmutable como el Dios que fué su autor.

«La verdad subsiste eternamente, y los fantasmas de la opinion pasan como sueños de imaginaciones calenturientas.

«La religion enbaiste hace seis mil años, según confesion unánime, en tanto que las aectas son de ayer. Por consiguiente me veo obligado á creer y admirar (1).»

Llegados á este punto de nuestra larga terca, juzgamos haber llenado el precepto del Apóstol. «Estat prontos á satisfacer á aquellos que os preguntasen por la razon de vuestra esperanza (2). Y toda vez que nos hallamos delante del verdadero tabernáculo de la fé cristiana, y que sus puertas coban de abrirse de par en par á

(1) Valtieri, citado en la rraon de cristianismo, pádra. *Deus Confessum*.

(2) S. Pedro, m. 14.

nuestra presencia, detengámonos un instante ántes de atravesar el dintel y besemos la tierra que pisamos puesto que es santa y digamos á la vista de esos sagrados atrios: «Santa Iglesia Romana, madre de las Iglesias y madre de todos los fieles, Iglesia escogida de Dios para unir á sus hijos en la misma fé, en la misma esperanza y en la misma caridad, desde el fondo de nuestros corazones trabajáremos constantemente para el sosten de tu unidad. Si te olvidó, oh Santa Iglesia Romana, permite que de mí mismo llegue á olvidarme: que mi lengua se seque y quede inmóvil en mi boca, si no eres tú eternamente la primera en mi recuerdo, y si no te nombro la primera en todos mis cánticos de regocijo y alabanza (3).

De esta suerte conduce á la verdadera Iglesia un estudio atento y detenido de las religiones, é introduce en la verdadera Iglesia un exámen comparativo de las Iglesias. Ninguno de los que nos han seguido en esta larga peregrinacion, tiene más motivos para resistir á esta verdad que para aceptarla, más si vacila aún,

(3) Bossuet, *Sermon sobre la Unidad*.

dígnese acompañarnos durante el tránsito en el camino que en la segunda parte debemos recorrer, y probablemente se confesará vencido.



CONCLUSION

Un cristiano ilustre de grata y melancólica memoria, que recibió la confianza de los tormentos íntimos, experimentados por un amigo suyo escéptico, escribió, á fin de proporcionar remedio á sus males, la siguiente preciosísima carta que reproducimos como resúmen fiel de nuestro libro, y acabamiento elocuente de nuestro propio pensamiento.

“Mi estimado amigo: las dificultades de la religión son como las de la ciencia; constantemente se van ofreciendo algunas nuevas. Mucho alcanza quien logra esclarecer unas pocas; para darse cuenta de todas no hay vida humana que baste. Para resolver todas las cuestiones que puedan suscitarse respecto de la Sagrada Escritura, sería indispensable conocer á fondo las len-

dígnese acompañarnos durante el tránsito en el camino que en la segunda parte debemos recorrer, y probablemente se confesará vencido.



CONCLUSION

Un cristiano ilustre de grata y melancólica memoria, que recibió la confianza de los tormentos íntimos, experimentados por un amigo suyo escéptico, escribió, á fin de proporcionar remedio á sus males, la siguiente preciosísima carta que reproducimos como resúmen fiel de nuestro libro, y acabamiento elocuente de nuestro propio pensamiento.

“Mi estimado amigo: las dificultades de la religión son como las de la ciencia; constantemente se van ofreciendo algunas nuevas. Mucho alcanza quien logra esclarecer unas pocas; para darse cuenta de todas no hay vida humana que baste. Para resolver todas las cuestiones que puedan suscitarse respecto de la Sagrada Escritura, sería indispensable conocer á fondo las len-

guas orientales: para contestar á todas las objeciones de los protestantes, convendría poder estudiar hasta en sus menores detalles la historia de la Iglesia y mejor la historia universal de los tiempos modernos. Esto sentado debe V. convenirse de que por más que hago, ha de serle imposible satisfacer á todas las dudas que para tormento de su corazón y de su alma, ha de suscitarle incesantemente su imaginación fogosa y animada. Por fortuna Dios no exige tanto para alcanzar la verdad y la certeza. Entónces qué es lo que importa? Importa hacer en materia de religion lo que hacemos en materia de ciencia: asegurarnos de un determinado número de verdades, y dejar á los sabios el cuidado de estudiar las objeciones. Yo creo firmemente que la tierra gira, yo sé que esta doctrina ofrece sus dificultades; pero los astrónomos las explican, y dado que hoy no las explican todas, el tiempo hará lo demás. De la propia suerte podemos decir que la Biblia se halla crizada de dificultades, de las cuales algunas hace mucho tiempo que están resueltas, al paso que otras, consideradas como insolubles, han obtenido su explicacion en nuestros dias: mucho queda por resolver; mas hemos de considerar que Dios lo tiene así dispuesto para mantener el espíritu humano en es-

pectativa y á fin de poner en ejercicio la actividad humana en los siglos futuros.

«Por lo que á mí toca, despues de haber abrigado muchas dudas; despues de haber pasado largas noches de insomnio, y regado con llanto y desesperacion las almohadas de mi lecho, he asentado mi fé en un razonamiento que puede proponerse á los albañiles y á los carboneros. Héme dicho que puesto que todos los pueblos tienen una religion, buena ó mala, la religion es una necesidad universal, perpétua y por consiguiente legítima para la humanidad. Esta necesidad la ha puesto Dios en nuestro corazón, por consiguiente Dios vive obligado á satisfacerla. Resultado de esto: que ha de haber una religion verdadera. Ahora bien: entre las diferentes religiones que se comparten el dominio del mundo, ¿quién puede dudar—sin que para ello haya menester llevar á cabo estudios detenidos, ni discutir hechos—quién puede dudar, repito, que el cristianismo merece indispensable preferencia, y que es el único que conduce al hombre á su destino final? Pero dentro del cristianismo existen tres Iglesias, la protestante, la griega y la Iglesia católica, que es como si dijéramos, la anárquica, el despotismo y el orden. La eleccion na-

da tierna de difícil, y la verdad del catolicismo no ha menester demostración.

«Tal es, mi querido amigo, el breve razonamiento por cuyo medio he penetrado en el templo de la fé, y ya en él me he visto iluminado con nuevas luces y más intensas y profundamente, merced á las pausas interiores del cristianismo: doy este nombre á la diaria experiencia que me permite encontrar en la fé de mi infancia, toda la fé toda la luz de la edad madura, toda la santificación de mis goces domésticos, todo el consuelo que mis penas han menester. Hay en la inexplicable dulzura de mi comunión, y en las lágrimas que hace verter, una convicción poderosísima que me obliga á abrazar la cruz y á desafiar la incredulidad del mundo, esto es, aun cuando el mundo entero hubiese abjurado de Jesucristo. Más estoy muy lejos de tener que exponerme á semejante prueba, dado que, por el contrario, esa fé en Cristo, que se representa como extinguida, conmueve profundamente al humano linaje. ¿cómo ignora usted, amigo mío, hasta qué punto es amado aun el Salvador del mundo; las virtudes que suiteita y los sacrificios que por amor suyo salieron á cabo; sacrificios que solo pueden compararse con los que se realizaban en los primeros siglos de

la Iglesia. Basta con citar la juventud sacerdotal que vemos marchar todos los días á las Misiones extranjeras para morir en Tokin como murió San Cipriano y San Ireneo, y esos eclesiásticos anglicanos convertidos, que abandonan beneficios y prebendas que les producen centenares de miles de francos al año y que vienen á Paris, dónde dan lecciones, para proporcionarse los medios indispensables con que atender á las necesidades de sus esposas y de sus hijos. No, el catolicismo no está desprovisto ni de heroísmo en el tiempo que ha visto perecer á Monseñor de Afre; ni de elocuencia en la época en que ocupa el púlpito el R. P. Lacordaire; ni de todos los géneros de gloria y de autoridad en el siglo que ha visto expirar cristianamente á Napoleón, á Royer-Collard y Chateaubriand.

«Sí amigo mío, creo firmemente en la verdad cristiana; si ofrece objeciones, estoy seguro de que tarde ó temprano se resolverán: creo también que hay algunas que no se resolverán nunca por la razón sencillísima de que el cristianismo trata de las relaciones entre lo finito y lo infinito. Todo cuanto mi razón me puede exigir, es que no la obligue á prestar fé á lo absurdo, y la verdad es que no puede existir absurdo filosófico en una religion que ha satisfecho la inteli-

gencia de Descartes y de Bossuet; ni absurdo moral en una creencia que ha santificado San Vicente de Paul; ni absurdo filosófico en una interpretación de las Escrituras que contentaba al espíritu vigoroso de un Silvestre de Sacy (1)."



FIN DEL TOMO PRIMERO.

DOCUMENTOS JUSTIFICATIVOS

NOTA AL CAP. V DEL LIB. I.

CONTESTACIONES DADAS HACE DOSCIENTOS AÑOS A
ESTE ARGUMENTO MODERNO:
DIOS ES LA CATEGORÍA DE LO IDEAL

1. ^o Contestación de Bossuet.

Díme, alma mía: ¿Cómo entiendes tú la nada, si no es por el conocimiento del ser? ¿Cómo entiendes la privación, si no es por la forma de que priva? ¿Cómo la imperfección, si no es por la perfección de que carece? Alma mía, ¿no sabes tú que tienes una razón; pero imperfecta, puesto que ignora, duda, se equivoca y se engaña? Más como sabe lo que es el error, si no es en virtud de la privación de la verdad; y lo que es obscuridad y la duda, si no es en virtud de carencia de luz y de inteligencia; y finalmente lo

que es la ignorancia, si no es como privacion de saber perfecto, y lo que son en la voluntad, el desarrollo y el vicio, si no es como privacion de regla, de rectitud y de virtud? Existe pues primitivamente una inteligencia, una ciencia cierta, una verdad, una firmeza, una inflexibilidad en el bien, una regla, un orden, antes de que exista una prescripcion de todas las cosas: en una palabra, hay una perfeccion antes que exista una imperfeccion. Antes de todo desarreglo, es menester que haya una cosa que es en sí misma su regla, y que no pudiendo suprimirse á sí misma, no puede en manera alguna ni acabar, ni desfallecer. Hé ahí pues un ser perfecto: Dios, naturaleza perfecta y feliz... Cuando recogidos en nosotros mismos prestamos toda nuestra atencion á las ideas inmortales, de las cuales llevamos la verdad en nosotros mismos, encontramos que lo primero que conocemos es la perfeccion, puesto que, segun hemos visto, no se conoce el defecto, sino como una falta de perfeccion.

2ª contestacion de Fenelon.

«Es un hecho en mí el tener una idea precisa de lo infinito; distingo perfectamente lo que le conviene y lo que no le conviene: jamás vacilo

en concluir de él todas las propiedades de los números y de las cantidades finitas... Dadme una cosa finita tan prodigiosa como podais imaginar: disponedla de manera que á fuerza de sobrepujar toda medida sensible, se ofrezca á mi imaginacion con las condiciones de infinita: siempre para mi espíritu será finita: concibo el limite con todo y serme imposible imaginarlo. Me es imposible señalar el punto dónde se encuentra: pero sé positivamente que existe y léjos de confundirlo con lo infinito, concibo evidentemente que se halla á infinita distancia de la idea que tengo formada del infinito verdadero. Y si se me viene á hablar de lo indefinido como de un medio entre lo que es infinito y lo que es limitado, contesto que semejante indefinido nada puede significar, como no sea algo verdaderamente finito cuyos limites escapan á la imaginacion, sin escapar al juicio. En suma; todo cuanto no es precisamente lo infinito, por inmensas que sean sus dimensiones, está infinitamente léjos de parecerle... Es cierto que yo concibo un sér infinito é infinitamente perfecto. Distingo decididamente de él todo sér de una perfeccion limitada y no me dejaré en manera alguna deslumbrar por una perfeccion indefinida que tiene un cuerpo indefinido. Por consiguiente es un

hecho y resaca de esto no me equivoco, que siempre llevo dentro de mí; siquiera sea finito, una idea que me representa una cosa infinita.

¿De dónde proviene en mí esa idea tan profundamente arraigada en mí, que me sobrepasa infinitamente, que me sorprende, que me hace desaparecer á mis propios ojos, y que me hace tangible lo infinito? De dónde procede! ¿Dónde he ido á buscarla? ¿En la nada? Canto existe finito no puede darme la, "porque lo finito no representa lo infinito" del cual difiere infinitamente. Si nada de cuanto existe finito, por grande que sea, puede darme idea del verdadero infinito, ¿podria darme la nada? No hay para que decir, pues salta á la vista, que yo no he podido darme á mí mismo, puesto que soy finito como todas las demás cosas de que puedo tener algunas ideas. Muy lejos de poder comprender que invento lo infinito, sino existe real y verdaderamente, no puedo comprender tampoco que un infinito real, fuera de mí, haya podido imprimir en mí, que soy limitado, una imagen parecida á la naturaleza infinita; es indispensable pues que la idea de lo infinito haya venido en mí de fuera de mí, y hasta me siento sorprendido de que haya podido penetrar en mi interior.

Y vuelvo á preguntar ¿de dónde me ha veni-

do esta maravillosa representacion de lo infinito, que participa de lo infinito y que en nada se parece á cosa alguna finita? Ella está en mí, es más que yo mismo, me parece todo, y yo nada. No me es posible suprimirla, ni oscurecerla, ni disminuirla, ni contradecirla. Está en mí, yo no la he puesto, la he encontrado en mí, y la he encontrado, porque estaba ya formando parte de mí, antes de que me ocurriera buscarla. Permanece invariablemente en mí, hasta cuando no me acuerdo de ella y pienso en otras cosas. En cuánta la siempre y cuando la busco, se me presenta frecuentemente aun cuando no la busque: No depende de mí: soy yo quien dependo de ella, Si me extravió, me llama, me corrige, rectifica mis juicios, y aun cuando la examine me es imposible corregirla, ni dudar, ni juzgar de ella, pues ella es la que de mí juzga y á mí me corrige.

"Si esto que distingo es lo infinito inmediatamente presente á mi espíritu, este infinito existe: si por el contrario no es más que una representacion de lo infinito que se imprime en mí, esta semejanza de lo infinito deba ser infinita, porque lo finito, como finito, en nada se parece á lo infinito y por consiguiente no puede ser su verdadera representacion. Importa pues que lo

que represente verdaderamente lo infinito, tenga algo de infinito para parecérselo y para representarlo.

«Esta imagen de la divinidad será pues un segundo Dios semejante al primero en perfección infinita; más, ¿cómo será recibido y contenido en mi espíritu limitado? Además, ¿quién habrá hecho esta representación infinita de lo infinito para dármela? ¿Se habrá hecho á sí misma? La imagen infinita de lo infinito carecerá de original que le haya servido de modelo, ni causa real que la haya producido? ¿Dónde estamos! ¿Qué monstruoso conjunto de extravagancias! Es por lo tanto indispensable concluir manifestando decididamente «que es el sér infinitamente presente en mí, cuando le concibo, y que constituye por sí mismo la idea que tengo de él.

3.^a contestacion de Malebranche.

«Es cierto que veis lo infinito, porque de lo contrario, cuando me preguntais si existe un Dios ó un sér infinito, me dirigiáis una pregunta ridícula, echando mano de una proposición cuyos términos no comprenderiais; ya que equivaldría á preguntarme si existe un *Blictri*,

es decir, una cosa determinada sin saber lo que sea. De seguro no hay hombre que no tenga idea de Dios ó piense en lo infinito cuando pregunta «si existe.» No sería imposible hablar de lo infinito, adquirir la existencia de Dios si no tuviésemos la idea de él.

«Considerad, sin embargo, que Dios ó lo infinito no es visible por una idea que lo represente: *Lo infinito es la idea de sí mismo. Carece de arquetipo; puede ser conocido, mas no es posible que sea hecho. Solo las criaturas, ó tales ó cuales seres son hacedores ó visibles por medio de ideas que los representan aun antes de ser hechos. Puede verse un sol, un círculo, una casa, sin que existan realmente la casa, el círculo, ni el sol, por lo mismo que todo cuanto es finito puede contemplarse en lo infinito que contiene las ideas inteligibles; pero lo infinito solo es dable verlo en sí mismo; puesto que nada finito puede representar lo infinito. Si se piensa en Dios, es indispensable que exista. Un sér determinado, siquiera conocido, puede no existir. Puede verse su esencia (esencia ideal ó metafísica) sin su existencia, su idea sin él; pero no es posible ver la esencia de lo infinito sin su existencia, la idea del sér, porque el sér carece de idea que lo represente. No existe arquetipo alguno que con-*

tenga toda su realidad inteligible. Es el arquetipo de sí mismo y encierra en sí el arquetipo de todos los séras.—De lo dicho puede deducir perfectamente que la proposición; *Existe un Dios*, es por sí misma la más clara de todas las proposiciones que afirman la existencia de alguna cosa y que es tan cierta como ésta: *Pienso, luego existo*. También comprendéis perfectamente que es Dios, puesto que Dios y el ser, ó el infinito, son una sola y misma cosa.

Los hombres presumen que pueden pensar en Dios sin que exista, porque no se paran en reflexionar que nada finito lo puede representar. Cómo pueden pensar en muchas cosas que no son, por lo mismo que las criaturas pueden ser vistas sin que existan... imaginan que acontece lo propio con lo infinito, y que se puede pensar en él sin que exista. *Esto es precisamente lo que influye en que busquen sin reconocerlo, al que encuentran incessantemente, y que reconocerían en cuanto se reconcentraran en sí mismos y reflexionarán sobre sus ideas.*

FIN DE LOS DOCUMENTOS JUSTIFICATIVOS.

Tomo Primero.

INDICE DE MATERIAS.

Prólogo Censura V.

A los incredulos I.

INTRODUCCION.

Razon y procedimiento de la composición de este libro I.

Razon.—Estado actual de los espíritus, relativamente à la fé.—Síntomas buenos y malos.

—Necesidad de una nueva apología.—Procedimiento.—Método empleado por el autor.—

Su fin,—sus medios,—su plan.—Diferencias

tenga toda su realidad inteligible. Es el arquetipo de sí mismo y encierra en sí el arquetipo de todos los séras.—De lo dicho puede deducir perfectamente que la proposición; *Existe un Dios*, es por sí misma la más clara de todas las proposiciones que afirman la existencia de alguna cosa y que es tan cierta como ésta: *Pienso, luego existo*. También comprendéis perfectamente que es Dios, puesto que Dios y el ser, ó el infinito, son una sola y misma cosa.

Los hombres presumen que pueden pensar en Dios sin que exista, porque no se paran en reflexionar que nada finito lo puede representar. Cómo pueden pensar en muchas cosas que no son, por lo mismo que las criaturas pueden ser vistas sin que existan... imaginan que acontece lo propio con lo infinito, y que se puede pensar en él sin que exista. *Esto es precisamente lo que influye en que busquen sin reconocerlo, al que encuentran incessantemente, y que reconocerían en cuanto se reconcentraran en sí mismos y reflexionarán sobre sus ideas.*

FIN DE LOS DOCUMENTOS JUSTIFICATIVOS.

Tomo Primero.

INDICE DE MATERIAS.

Prólogo Censura V.

A los incredulos I.

INTRODUCCION.

Razon y procedimiento de la composición de este libro I.

Razon.—Estado actual de los espíritus, relativamente à la fé.—Síntomas buenos y malos.

—Necesidad de una nueva apología.—Procedimiento.—Método empleado por el autor.—Su fin,—sus medios,—su plan.—Diferencias

entre la *Preparacion* y la *Demostracion* evangélica

LIBRO PRIMERO.

*La naturaleza del hombre reclama una religion
sobrenatural.*

CAPITULO PRIMERO.

Crear, ley de nuestra naturaleza, 45.

Ley esencial de la naturaleza humana, en general.—Signo irrecusable de su supremacia con relacion á la simple animalidad.—Ley esencial de cada una de nuestras facultades en particular:—de la inteligencia,—del amor,—de la perfectibilidad,—de la moralidad del hombre.

CAPITULO II.

Constitucion de esta ley con la dificultad de creer, 89.

La dificultad de creer proviene—de la naturaleza de la religion que no puede ser una evidencia;—que es una regla;—de la naturaleza del hombre, que busca á Dios con miradas des-

vaneada,—unas veces á consecuencia de padecimientos morales,—otras por causa de enfermedades intelectuales;—y finalmente, de un vicio de método consistente en marchar en pos de descubrimiento de la verdad por medios impropios,—desproporcionados al fin.

CAPITULO III.

Autoridad comparada de los creyentes y de los incrédulos en el conjunto de la humanidad, 133.

Los defensores de la religion, en general, triunfan de su destructores,—por la competencia,—por la sinceridad.—Los partidarios de la religion, considerados con el conjunto de la humanidad, forman una autoridad superior á todo otro jurado,—por su número,—por su capacidad,—por su moralidad,—por su universalidad.

CAPITULO IV.

Prescindir de la fé religiosa equivale á creerlo todo ó no dar crédito á cosa alguna, 185.

Si dejando de ser religioso, cede el hombre á la necesidad de creer, abraza—una religion

ménos razonable,—opinión es ménos probable,—determinaciones ménos seguras de la fé de que se emancipa.—Si cede a la dificultad de creer, cae, por la fuerza de las cosas—ó en el materialismo,—ó en el panteísmo,—ó en el cristianismo,—ó en el escepticismo,—ó en un espiritualismo filosófico que implica la negación de toda convicción religiosa.—Anomalía de cristiano incrédulo respecto de su religión; es el único que no tiene ninguna.

CAPITULO V.

El objeto de la religion no es ni quimérico, ni puramente natural. 233.

Ni puramente ideal, porque este objeto es real, siquiera inmaterial:—tiene derecho à que se le presten homenajes visibles aún cuando sea invisible.—Razon de ser de la liturgia,—del sacerdocio,—de los templos.—Ni puramente natural, porque la naturaleza es impotente para componer la religion,—para imponerla,—para circunscribirla.—Testigos poco sospechosos.

CAPITULO VI.

Realidad de lo sobrenatural. 275

1^o La razon lo exige porque constituye—la única religion lógica;—la única religion garantida;—la única religion posible: 2^o la naturaleza lo desea porque es para ella—físicamente, una armonía; moralmente, un complemento: 3^o la historia lo atestigua, porque—lo sobrenatural ha sido visto; puede ser comprobado;— puede ser distinguido.

LIBRO SEGUNDO.

La verdadera religion sobrenatural es el cristianismo

CAPITULO PRIMERO.

Pluralidad de las religiones, verdad de una sola religion. 349.

La pluralidad de las religiones no constituye una prueba de que no exista una religion ver-

daderá.—La honra de Dios,—la moralidad del hombre,—la suerte de los pueblos están interesados en esta cuestión.—Respuesta á las objeciones.—La verdad de una sola religion no prueba en manera alguna que Dios sea injusto respecto de aquellos que no la conocen.—Ésta es liberal en sus admisiones,—moderada en sus exclusiones.—No rechaza á los que son víctimas de un error involuntario.—Diferencia entre la buena fé de los que no han nacido en la Iglesia y la de los libres pensadores que se han separado de ella.

CAPITULO II.

La verdadera religion y los cultos orientales que se oponen á la misma. 327.

Tres criterios de verdad inherentes á la revelacion divina.—Paralelo entre la verdadera religion y los falsos cultos del Oriente bajo esta triple relacion: sus milagros, en el orden fisico,—intelectual,—moral.

CAPITULO III.

Jesuucristo y los otros fundadores de religion. 453.

El fundador del Cristianismo tiene sobre todos los demás una superioridad divina:—Por lo infinito de duracion en los acontecimientos que le procedieron y en las revoluciones que le han seguido;—Por lo infinito de su sabiduria,—de una originalidad,—de una elevacion,—de una infalibilidad,—de una prescencia sobrehumanas;—Por lo infinito de su poder—sobre la naturaleza fisica,—sobre la naturaleza moral,—sobre los contingentes futuros;—Por lo infinito de su santidad tan absoluta que es el modelo más perfecto,—tan mesurada que es el modelo menos descorazonador,—tan necesario que, si no es divinamente perfecto es humanamente despreciable;—Por lo infinito de los amores que ha sentido é inspirado;—Finalmente, para una constitucion en la cual se funden de tal modo Dios y el hombre, que este no habia concebido jamás esta figura, si Dios no la hubiese ejecutado.

CAPITULO IV.

Efectos sociales propios de la verdadera religion. 535.

Radicidad de la opinion que disputa à Jesucristo los beneficios sociales del cristianismo.— Sin Jesucristo desaparece la propiedad, sólidamente constituida, por lo menos, entre los pueblos cristianos.— Sin Jesucristo desaparece la familia.— Sin Jesucristo desaparece la sociedad civilizada.— Su accion sobre los elementos que componen: la civilizacion,— la ilustracion,— la fraternidad,— la autoridad,— la libertad,— la moralidad,— la estabilidad de las naciones.

CAPITULO V.

Efectos individuales reservados à la verdadera religion. 579.

Lleva en su seno una fuerza moralizadora que le es exclusivamente propia.— ¿Cuál es el motor de esta moralidad? Sus relaciones con la naturaleza humana, en general: la voluntad,

— el corazón,— la razon.— ¿Cuáles son los medios de accion de este motor? — Los sacramentos como agentes,— como signos de la gracia. ¿Cuáles son los prodigios que obra este motor?— Corrige tres impotencias características de la voluntad desprovista de la asistencia divina.— ¿Cuáles son los límites del poder concedido á este motor?— No es cierto que sin él sea posible la práctica de determinadas virtudes,— no es cierto que aun contando con él sea su práctica imposible.

CAPITULO VI.

Orígenes positivos de la verdadera religion: sus libros. 636.

Importancia de esta cuestion.— Manera como la propone la crítica moderna.— Pruebas de la autenticidad de los Evangelios.— Testimonio de la tradicion,— de los herejes,— de los paganos,— de los monumentos paleográficos.— Respuesta à las objeciones.— Semejanza entre los tres sinópticos,— sus incidentes contradictorios.— El Proto-evangelio.— La no autenticidad de las narraciones de S. Mateo y

de S. Marcos y S. Juan.—Estas objeciones no son más que una guerra de hipótesis contra el sentido comun.

CAPITULO VII.

*Orígenes positivos de la verdadera religion:
sus raíces primitivas. 698.*

Esos hechos están atacados por una teoría concebida a priori, en manera alguna por la verdadera ciencia. Dos sistemas de negacion.—La escuela racionalista que no reconoce los hechos evangélicos por sobrenaturales.—Su refutación por las deposiciones de la incredulidad judaica, — pagana, — y de la evidencia histórica.—La escuela mitológica que no admite esos hechos como reales.—Su refutación por medio del razonamiento, — por la etnografía, — por la numismática, — por la geografía, — por la integridad de los textos que garantizan la realidad de los hechos que expresan.

CAPITULO VIII.

*Orígenes positivos de la verdadera religion:
sus dogmas. 749.*

No son el producto de una transmision Mazdeana resultante de Zoroastro.—No son una ins-

piraciones del platonismo ni del estoicismo.—No son una elaboracion resultante de las ideas propias de las sectas judias ó cristianas.—No son una expansion del eclectismo alexandrino.

LIBRO TERCERO.

El verdadero cristianismo es el catolicismo.

CAPITULO PRIMERO.

*El verdadero cristianismo debe estar constituido
en cuerpo social. 799.*

Motivos que obligan á investigar dónde se encuentran el verdadero cristianismo.—Errores que respecto del particular deben ser combatidos.—Logicamente, es indispensable una sociedad divinamente instituida para conservar la notion de Cristo, — la revelacion oral, — la revelacion escrita.—En realidad dicha sociedad ha sido instituida por Cristo, — y lo ha sido para todos los siglos.

CAPITULO II.

De la cabeza de este cuerpo. 853.

La verdadera sociedad cristiana no es un organismo sin jefe.—Por consiguiente, no es una oligarquía,—ni una democracia;—es una monarquía.—Teoría del cisma.—San Pedro fué investido con la primacía.—Esta prerogativa transmisible y transmitida á sus sucesores.—La infalibilidad completamente lógica de la primacía.—Belleza del orden producido por el imperio de este dogma.—solidez de las razones que le sirven de apoyo.—Fruivolidad de las obligaciones que se les oponen.

CAPITULO III.

De la autonomía de este cuerpo. 924.

La verdadera sociedad cristiana no es una dependencia de la sociedad civil.—Teoría democrática segun la cual los poderes eclesiásticos emanan de la delegación popular.—Teoría política que somete la Iglesia á la supremacía espiritual de los príncipes.—Contestacion á estos dos errores en nombre del sentido común,—del Evangelio,—de la historia,—de la

libertad de conciencia,—de la dignidad humana.

CAPITULO IV.

De la forma de este cuerpo. 962.

Esta forma es una unidad:—la unidad segun el protestantismo,—la unidad segun la teología cismática,—la unidad segun el catolicismo.—Difarencias entre los efectos de las dos primeras comparadas á los de la unidad católica.—Por un lado, la confusión que caracteriza el error,—por el otro, el orden que es el signo de la verdad.

CAPITULO V.

De la estatura de este cuerpo. 991.

Esta estatura debe ser el catolicismo.—Razones en virtud de las cuales la verdadera sociedad cristiana debe tener la universalidad en el espacio.—Razones en virtud de las cuales no pueden realizarla el cisma ni la herejía.—Las falsas Iglesias son nacionales y la nacionalidad se opone á la universalidad.—Las falsas Iglesias cuentan con un sacerdocio casado, y la virginidad es condicion indispensable y esencial para el sacrificio y la fecundidad en

el apostolado,—y por consiguiente para la propagacion de la fé.

CAPITULO VI.

Del temperamento de este cuerpo. 1014.

Debe estar adornado de una pureza caracteristica,—indudablemente le ha sido prometida la asistencia para preservarlo del error, no del pecado; mas en lo que tiene de divino, subsiste sin mancha.—Su superioridad incomparable bajo este punto de vista.—Su origen tan puro al lado del de las comuniones disidentes.—Sus medios de santificacion tan eficaces.—Sus efectos moralizadores representados por tres tipos de santidad, nulos ó incompletos fuera de la Iglesia: el sacerdote,—el religioso,—el mártir.—Gradacion marcada de la moralidad cristiana à la moralidad católica.

CAPITULO VII.

De la edad de este cuerpo en lo pasado. 1044.

Esta edad debe ser el apostolado.—Razon en su favor.—La Iglesia verdadera se remonta por una serie no interrumpida de pastores legítimos hasta los Apóstoles.—Las falsas Iglesias

jamás han podido presentar un árbol genealógico que se remonte à tiempos tan lejanos.—Aplicacion de esta verdad al protestantismo,—al focianismo,—al anglicanismo.

CAPITULO VIII.

De la edad à que debe elevarse este cuerpo en lo porvenir. 1057.

Su edad en lo porvenir debe ser la inmortalidad.—Insistencia de sus enemigos en predecirle su muerte.—Ridiculez y odiosidad de tan malévolá monomanía.—Dos garantías de estabilidad para la Iglesia; las victorias alcanzadas y las promesas que ha obtenido. Sus victorias—sobre el arrianismo,—sobre el maniqueísmo valdense,—sobre el cisma de Occidente, sobre el protestantismo,—sobre el filsofismo.—Las promesas que ha obtenido de su divino fundador,—del genio cristiano,—de los escritores rectos y concienzudos,—de la heresía,—hasta el libre pensamiento.—Dicha inefable de penetrar en el templo de la verdad divina.

CONCLUSION 1093.

Notas al capítulo V. del libro primero. 1028.

